MEDITACIONES ACERCA DEL PLACER QUE SIENTE DIOS POR SER DIOS

Los Deleites de Dios

JOHN PIPER

EDITORIAL VIDA

Deleitémonos en Dios, porque su *deleite* es *ser* Dios

«Realmente tú no conoces a nadie hasta que realmente sabes qué lo hace feliz». Nuestro placer es la medida de nuestro carácter. Lo mismo pasa con Dios. Solo podemos conocer la grandeza de su gloria si conocemos lo que le da júbilo. Por tanto, debemos entender *Los deleites de Dios.*

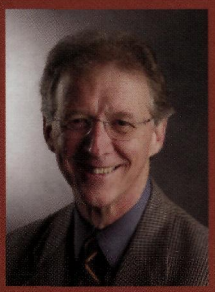
Este no es un libro sobre ti, sino sobre aquel que te creó, el mismo Dios. En este teológico paseo de fortaleza, el pastor John Piper navega por las evidencias bíblicas para revelar y hacernos sentir lo que Dios nos mostró como sus placeres. Conociéndolos podremos convertirnos en lo que percibimos de él.

Lo que la iglesia y el mundo necesitan hoy más que nada es conocer y amar la grandeza, la gloria y la soberanía alegre de Dios en la Biblia.

Un rico festín para los creyentes serios.
JOHN MACARTHUR
Pastor y maestro de Great Community Church
Presidente de The Master's College and Seminary

Corra, no camine, para comprar este notable libro.
JONI EARECKSON TADA Y STEVEN ESTES
en When God Weeps

Este es un único y valioso libro que todo el mundo debería leer más de una vez.
J. I. PACKER
Regente del Colegio Universitario en Vancouver, British Columbia



JOHN PIPER es pastor para Preaching and Vision en Bethlehem Baptist Church en Minneapolis, Minnesota. Desde 1980 es un respetado teólogo y autor. Más de dos millones de volúmenes de sus trabajos han sido vendidos, incluyendo *The Passion of Jesus Christ, Desiring God, Pierced by the Word, Future Grace y Live as a Vapor.* Él recibió su doctorado de Teología en la University of Munich e impartió estudios bíblicos por seis años en Bethel College antes de convertirse en pastor. John y su esposa Noël tienen cuatro hijos y una hija.

Cubierta diseñada por: Pablo Snyder

Teología / Teología y doctrina / Doctrina
Theology / Theology and doctrine / Doctrine
ISBN-10: 0-8297-4685-4
ISBN-13: 978-0-8297-4685-3

ZONDERVAN™
WWW.ZONDERVAN.COM

EDITORIAL Vida
DEDICADOS A LA EXCELENCIA
WWW.EDITORIALVIDA.COM

«Lo animo a que lea *Los deleites de Dios* dos veces; una para tener el panorama completo y la segunda vez para deleitarse en poder amar a un Dios tan magnífico, tan excelente y tan santo».

ERWIN W. LUTZER,
pastor principal de la iglesia Moody

«Pocos libros producen transformaciones. *Los deleites de Dios* de John Piper es ciertamente uno de esos. Con frecuencia comento: "Si estuviera en una isla desierta y solo pudiera llevar tres libros, además de la Biblia me llevaría *Desiring God* [Desear a Dios] y *Los deleites de Dios* de John Piper.»

SAM STORMS,
pastor asociado de la Metro Christian Fellowship, Centro de capacitación Grace, Kansas City, Missouri

«No hay autor contemporáneo que yo conozca que comprenda y exprese las gloriosas profundidades del carácter de Dios como lo hace John Piper. Este excelente libro no solo renovará su pasión por Dios sino que lo ayudará a obedecer la ley del salmista: "Prueben y vean que el Señor es bueno" (Salmo 34:8). John lo ha probado y aquí transmite su deleite en la supremacía de Dios en todas las cosas.

«Es teología de la mejor y de la más profunda, que surge del corazón de un hombre que aprendió a amar a Dios al disfrutarlo en su profundidad».

JAMES M. BOICE,
ministro principal de la iglesia presbiteriana Tenth, Philadelphia, Pennsylvania

«La generación del "yo" ha impulsado de manera trágica a la iglesia a mirar para adentro. ¡Los resultados son catastróficos! John Piper nos da sólidas buenas nuevas que ruego a Dios produzcan la reforma necesaria en nuestro entendimiento y adoración de Dios».

JOHN H. ARMSTRONG,
presidente de Reformation and Revival Ministries, Inc.

«Los libros tienen un profundo potencial, en especial el que tiene en sus manos. John Piper está saturado de Dios y su pasión llena las páginas de este libro».

C.J. MAHANEY,
PDI Ministries

«¡*Los deleites de Dios* es uno de mis diez libros preferidos!»

DOUG NICHOLS,
director internacional de Action International Ministries

Los Deleites de Dios

John Piper

Meditaciones acerca del placer que siente Dios en ser Dios

La misión de Editorial Vida es proporcionar los recursos necesarios a fin de alcanzar a las personas para Jesucristo y ayudarlas a crecer en su fe.

© 2006 Editorial Vida
7500 NW 25th Street, Suite 239
Miami, FL 33122, USA

Publicado en inglés con el título:
THE PLEASURES OF GOD
Published by Multnomah Publishers, Inc.
601 N.Larch Street, Sisters, OR 97759, USA
© 1991, 2000 por Desiring God Foundation
All non-English rights are contracted through:
Gospel Literature International
PO Box 4060, Ontario, CA 91761-1003, USA

Traducción: *Silvia Himitian*
Edición: *Virginia Himitian de Griffioen*
Diseño interior y cubierta: *Pablo Snyder*

Reservados todos los derechos

ISBN: 0-8297-4685-4

Categoría: *Teología / Teología y doctrina / Doctrina*

Impreso en Estados Unidos de América
Printed in the United States of America

06 07 08 09 ❖ 8 7 6 5 4 3 2 1

EX LIBRIS ELTROPICAL

A mis hijos

Karsten Luke Piper
Benjamin John Piper
Abraham Christian Piper
Barnabas William Piper

ÍNDICE

Otros libros del autor 7
Reconocimientos 8
Prefacio: A comienzos del milenio 9
Introducción: Cómo nació el libro 13
1. El deleite de Dios en su Hijo 23
2. El deleite de Dios en todo lo que hace 49
3. El deleite de Dios en su creación 83
4. El deleite de Dios en su fama 107
5. El deleite de Dios en la elección 135
6. El deleite de Dios en quebrantar al Hijo 177
7. El deleite de Dios en hacerles bien a todos los que esperan en él 203
8. El deleite de Dios en las oraciones de los justos 231
9. El deleite de Dios en la obediencia personal y en la justicia pública 265
10. El deleite de Dios en ocultarse de los sabios y revelarse a los niños 297
Epílogo: Demasiado bueno para ser cierto - Palabras finales de esperanza 347
Apéndice: ¿Existen dos voluntades en Dios? La elección divina y el deseo de Dios de que nadie se pierda 359
Ministerios Desiring God [Desear a Dios] 391
Guía de estudio 393
Índice de pasajes bíblicos 425
Índice de personas 439
Índice de temas 442

Otros libros del autor

Traspasado por la Palabra
La vida es como una neblina
Gracia Venidera

Reconozco que tengo una deuda infinita con Jesucristo. Y éste no es un intento por pagarla. Sería una ofensa a la gracia. Es un acto de adoración. Desde que comenzó mi existencia mi deuda con Cristo se ha ido profundizando cada vez más y así será por siempre. Cada inspiración, cada latido de mi corazón, cada libro, cada amigo, aumentan mi deuda con la gracia. Me regocijo en esto porque el Dador recibe toda la gloria (1 Pedro 4.11).

Bajo el aluvión de esta gracia que nunca cesa, las personas que me rodean me aman y ayudan. En el vigésimo año de mi ministerio en la iglesia bautista Bethlehem me maravillo por el apoyo de la gente y de los ancianos de esa iglesia.

Rick Gamache me ayudó a finalizar la guía de estudio para esta edición. Aaron Young se ocupó de cientos de detalles para que yo pudiera abocarme a escribir y corregir el texto. Justin Taylor y Matt Perman me convencieron de que abordara el serio e importante tema del capítulo 10. Carol Steinbach confeccionó los índices de personas y pasajes bíblicos. Don Jacobson y la casa editorial Multnomah accedieron con generosidad a realizar la edición revisada y ampliada. Todos lo hicieron por gentileza, le agradezco a Dios por ellos.

Noël, gracias por ser una roca para mí y por leer todo para hacerlo mejor. Se encontrarán más reconocimientos en el prefacio.

A COMIENZOS DEL MILENIO

Al iniciar el tercer milenio, estoy más persuadido que nunca de que recrearse en la supremacía de Dios, en sus sentimientos y en los nuestros es absolutamente crucial para la fortaleza de la iglesia y el sufrimiento que requiere llevar a cabo la gran comisión. De todas las frases de la primera edición de *Los deleites de Dios*, que dieron forma a la carga actual que siento por la iglesia y el mundo, sobresale ésta: «La gracia es el placer que Dios tiene en exaltar su propia valía al darle a los pecadores el privilegio y el poder de deleitarse en Dios sin por ello opacar su gloria». Lo que hace que me fije en especial en esta frase es que la gracia apunta a la exaltación de Dios, dándonos gozo en él. La gracia está radical y gozosamente centrada en Dios.

Por donde voy, pregunto a la gente: ¿Usted se siente amado por Dios porque cree que Dios hace mucho por usted o porque cree que lo ha liberado y fortalecido para gozar de hacer mucho por él? Ésta es la diferencia entre el mundo moderno en el que todo termina en uno mismo, y el mundo bíblico en el que todo termina en Dios. Démosle a esa afirmación el siguiente giro: Como sólo Dios puede satisfacer el alma para siempre, su acto de liberarnos para que hagamos mucho por él es el acto de amor más profundo que podría existir, en especial cuando ha sido a costa de su Hijo. Al sentirnos amados de esta manera, debemos disfrutar de Dios como del más magnífico ser. De eso se trata este libro.

En la introducción declaro que «el valor y la excelencia de un alma se mide por el objeto de su amor». Mi razonamiento es que como Dios ama el valor infinito de su gloria por sobre todas las cosas, como ama ser Dios por sobre todas las cosas, entonces es el ser más excelso que existe. Ser receptor del privilegio y del poder de conocer, admirar y hacer mucho por esta persona, con un gozo creciente por los siglos sin fin, es conocer lo que significa ser amado. Este es el significado de la gracia centrada en Dios.

Los deleites de Dios es un libro acerca de las buenas nuevas del gozo de Dios por ser Dios. Se trata de lo que el apóstol Pablo denominó: «el glorioso evangelio que el Dios bendito me ha confiado» (1 Timoteo 1.11). No trata principalmente de nosotros sino de aquello en lo que nos convertimos gracias a Dios.

El capítulo 10 es nuevo. Se titula «El deleite de Dios en ocultarse de los sabios y revelarse a los niños». ¿Por qué se regocija Jesús en que el Padre «habiendo escondido estas cosas de los sabios e instruidos, se las... [haya] revelado a los que son como niños» (Lucas 10.21)? ¿Qué nos revela este gozo de Jesús en cuanto a sí mismo y a su Padre? Este nuevo capítulo es la justificación y el fundamento bíblico para la tarea intelectual empapada de oración y centrada en Dios que es necesaria para escribir y leer un libro como éste. Tiene repercusiones en todos los niveles de la educación cristiana: desde la clase cuna hasta la universidad. ¿Nos llama Dios en realidad a esta clase de pensamiento o es demasiado peligroso para que valga la pena? ¿Deberíamos dejar de lado la búsqueda rigurosa del conocimiento bajo el lema de que: «el conocimiento envanece, mientras que el amor edifica» (1 Corintios 8.1)? ¿O deberíamos buscarlo de todo corazón bajo el lema: «No sean niños en su modo de pensar. Sean niños en cuanto a la malicia, pero adultos en su modo de pensar» (1 Corintios 14.20)? Ya descubriremos el punto adecuado desde el que aprender al amparo del lugar que Dios considera apropiado.

En la presente edición, la sección correspondiente al capítulo 4, que habla acerca de las misiones mundiales y se titula «El deleite de Dios en su fama», contiene material nuevo basado en los significativos cambios que suceden en la Tierra cuando Dios se goza en declarar su gloria en todo el mundo.

El nuevo apéndice: «¿Existen dos voluntades en Dios? La elección divina y el deseo de Dios de que nadie se pierda», es una ampliación de mi carga del capítulo 5 en cuanto a la doctrina de la elección. Pocas cosas son más maravillosas y a la vez tan controvertidas como «el placer que tiene Dios en elegir». La pregunta más frecuente que se hacen las personas que creen en la Biblia es de qué modo encuadra una elección incondicional con versículos como los que dicen: «Él quiere que todos sean salvos y lleguen a conocer la verdad» (1 Timoteo 2.4) y «Él tiene paciencia con ustedes, porque no quiere que nadie perezca sino que todos se arrepientan» (2 Pedro 3.9). El nuevo apéndice constituye un intento por considerar las Escrituras que parecen afirmar los dos aspectos de este tema.

La razón de haber omitido el antiguo apéndice: «Carta a un amigo en cuanto al llamado "Señorío de la Salvación"» es sencilla: Se amplió para convertirse en un libro. *Future Grace* [Gracia futura] (Multnomah Press, 1995) fue escrito con la intención de mostrar que la fe que justifica es siempre una fe que santifica. No hay salvación en la que Jesús no sea confesado como Señor y en la que la fe no lleve al nuevo corazón hacia una nueva obediencia. Me refiero a esto en forma parcial en el capítulo 9: «El deleite de Dios en la obediencia personal y en la justicia pública», pero *Future Grace* trata el tema en profundidad.

Cuando utilicé este material para enseñar en la iglesia, preparé una guía de estudio que se incluye en esta nueva edición.

Como siempre, y año tras año, mi esposa Noël trabajó junto a mí para dar a luz este libro. Ella leyó y releyó cada página a medida que las revisiones salían de la imprenta en la primera edición. Hizo lo mismo con la nueva edición. Noël, gracias por las caminatas a la mañana temprano por las calles de Atlanta durante la gestación de este trabajo. Y gracias por estar a mi lado durante el proceso de revisión. Te amo y puedo afirmar que estas frases son tan ciertas hoy en día como lo fueron cuando las escribí en nuestro vigésimo aniversario:

Aunque la higuera no florezca
Ni en las vides haya frutos
Aunque falte el producto del olivo
Y los labrados no den mantenimiento,

Y las ovejas sean quitadas de la majada,
Y no haya vacas en los corrales;
Con todo nosotros nos alegraremos en Dios, mi amor,
Y nuestro deleite será en él:
El Señor, nuestro Dios, será nuestra fuerza
Y nos dará vida, no importa cuál sea su extensión,
En la tierra que a él le agrade.
Hará nuestros pies como de ciervas,
Y en las alturas nos hará andar.
En la angosta y escarpada senda preparada
para el hombre y su mujer,
Que eleva y conduce a la vida

Por último, una palabra para mis hijos. Este libro está dedicado a ustedes: Karsten, Benjamin, Abraham y Barnabas. Las cosas han cambiado desde 1991. Karsten, eres el mayor y me has convertido en abuelo. Barnabas, eres el menor y también el más alto. Abraham, tú punteabas el banjo con Glen y ahora compones tus propias canciones y fabricas tus propios instrumentos. Benjamin, quisiste dejar la secundaria, pero perseveraste y ahora abandonas la universidad (por un tiempo) para anunciar el amor de Cristo a las víctimas del terremoto. Y todos tienen ahora una hermana, Talitha Ruth, un significativo regalo de Dios para nuestra familia.

Sin embargo, mi meta para cada uno de ustedes no ha cambiado. Si hubiera un legado que me gustaría dejarles, no sería dinero, ni casa, ni tierras, sino una visión de Dios tan grande y gloriosa como me fuera posible transmitirles. Sin embargo, más allá de eso, quisiera dejarles el legado de una pasión por este Dios. Una pasión tal que trascendiera a la pasión que cualquier otro ser humano pudiera despertar en ustedes. Una pasión por Dios que brotara del mismo corazón de Dios. Jamás olviden que Dios será más glorificado en ustedes cuanto mayor sea la satisfacción que encuentren en él. Es más (y esto es lo que pido a Dios en oración): que en el tiempo de Dios, la satisfacción de ustedes en él llegue a ser sin medida, mientras se convierte en el mismo placer que Dios tiene con respecto a sí mismo.

INTRODUCCIÓN

CÓMO NACIÓ EL LIBRO

El valor y la excelencia de un alma se miden por el objeto de su amor

HENRY SCOUGAL

DÓNDE ENCONTRÉ LA CLAVE

Estaba leyendo por segunda vez el libro escrito por Henry Scougal, La vida de Dios en el corazón del hombre. Era uno de esos momentos a los que yo llamo «salir a pastar» (quizás un lunes por la mañana, momento en el que un pastor se siente más como una oveja coja que como un pastor guía). Anhelaba comida sólida, rica, que me ayudara a profundizar, que despertara mi sed, que diera vida al alma agotada.

Recordé el momento, siete años atrás, en que había leído por primera vez el libro *La vida de Dios* y cómo lo había colocado de nuevo en el estante. Casi todas las páginas estaban llenas de marcas, con subrayados, anotaciones y signos de exclamación. Empecé a recordar lo profundo que el libro me había cambiado. Aun las anotaciones que encontraba en los márgenes despertaban viejos sentimientos.

Hay algunos libros cuya visión es tan profunda y clara que la verdad resuena en las páginas al igual que el tañido fuerte de una campana, perfectamente nítida, pero extraña y preciosa al mismo tiempo. Ponen de manifiesto el corazón del hombre y el de Dios con tal intensidad que la

verdad no sólo se descubre en la mente sino que también nace en el corazón.

Nuevamente leí que «el alma del hombre... alberga una sed atroz e insaciable...»[1]

¡Y tuve sed!

Seguí leyendo: «El alma nunca conoce lo que el gozo verdadero y el deleite abundante son hasta que, hastiada de sí misma, renuncia a toda pertenencia (y) se rinde a sí misma al Autor de su ser».[2]

Sentía en mí el enorme deseo de rendirme a Dios y de saciar esa «sed atroz».

Así fue como me apacenté en los verdes pastos de este libro extraordinario.

No todas las personas responden de la misma manera ante un libro escrito hace 300 años; pero debo admitir que la mayor parte de la comida para mi alma proviene de libros muy antiguos. Me doy cuenta de que la atmósfera actual está demasiado llena del hombre y distante de la dulce soberanía de Dios.

No sucede de este modo con Henry Scougal. Se lo recuerda como alguien «cuya alma parecía estar absorta en la contemplación de Jesucristo».[3] En el año 1677 cuando sólo tenía 29 años escribió *La vida de Dios en el corazón del hombre.*

Cuando tenía 15 fue a la Universidad de Aberdeen en Escocia. A los 19 fue nombrado instructor de filosofía y luego de enseñar durante cuatro años, dejó la universidad para ir a pastorear una iglesia por el período de un año en Auchterless, a unas 20 millas de allí. Lo llamaron de nuevo del King's College de la universidad para enseñar Divinidad y murió el 13 de junio de 1678 de tuberculosis, antes de cumplir los 38 años. Uno de los compases misteriosos de la melodía de la providencia de Dios es que personas como Henry Scougal (37 años), David Brained (29 años), Henry Martin (31 años) y Robert Murria McCheyne (29 años) hayan muerto tan jóvenes.

1 Henry Scougal, *The Life of God in the Soul of Man* [La vida de Dios en el corazón del hombre] (Harrisonburg, Va: Sprinkle Publications, 1986), 108

2 Ibíd., 71-72

3 Ibíd., XXVI

Sin embargo, todos ellos hicieron más por el reino de Dios en su corta vida que lo que muchos otros han hecho en 70 años. Los logros de Scougal fueron más allá de sus expectativas. *La vida de Dios en el corazón del hombre* no fue escrito para ser publicado. Era una carta a un amigo que pasaba por un momento de necesidad espiritual. El amigo comenzó a hacerla circular de manera privada, hasta que el obispo Gilbert Burnet la publicó. A lo largo de 300 años ha sido reimpresa a pedido de hombres sedientos de Dios, y se la considera actualmente un clásico de la devoción cristiana.

Por supuesto, no soy el primero en alimentarme de este pequeño libro. El gran evangelista del siglo XVIII, George Whitefield, le rindió un destacado homenaje:

> A pesar de que por mucho tiempo había ayunado, velado, orado y recibido los sacramentos, aun así nunca supe lo que era la verdadera religión hasta que Dios puso en mis manos este excelente tratado por medio de un amigo al que nunca olvidaré.

El amigo al que nunca iba a olvidar era Charles Wesley. Whitefield acudió a él en profundo desconcierto espiritual y Wesley le dio una copia del libro de Scougal *La vida de Dios.* La experiencia de Whitefield confirma el poder del libro:

> ¡Oh qué rayo de vida divina entró después a mi alma! Comencé a escribirles al respecto a todos mis hermanos y hermanas. A medida que mis alumnos entraban al aula hablaba con ellos del tema. Dejé de lado toda conversación insignificante. Dejé todo libro insignificante de lado también y me propuse estudiar para llegar a ser un santo y luego, un erudito. Desde ese momento Dios me ha ido llevando a través de su bendita obra en mi alma.[4]

4. Citado por Henry Scougal, The Life of God in the Soul of Man [La vida de Dios en el corazón del hombre], ed. Winthrop S. Hudson (Minneapolis: Bethany Fellowship, Inc., 1976), 13. Una declaración más completa de la respuesta de Whitefield al libro de Scougal se encuentra en Arnold Dallimore, George Whitefield, 1 (Edinburgh: The Banner of Truth Trust, 1970), 72-73.

Si el pequeño libro (105 páginas en la edición de Bethany; 160 en la edición de Sprinkle) tocó de una manera tan profunda el corazón de Whitefield, no sorprende que haya sido de ayuda para mí. Alrededor de la página 30 del libro se encuentra una sección titulada «La excelencia del amor divino». Una frase llamó mi atención. Se apoderó de mis pensamientos a principios de 1987 y por tres meses se convirtió en el centro de mi meditación. Lo que Scougal escribió en esta oración fue la llave que me abrió el cofre de tesoros que conforman los deleites de Dios. Escribió: «El valor y la excelencia de un alma se miden por el objeto de su amor».[5]

CONTEMPLAR A DIOS PARA SER TRANSFORMADOS

En el contexto de esta oración clave, Scougal se refiere al alma humana; pero mientras meditaba en estas palabras se me ocurrió la siguiente pregunta: Si esto es cierto en cuanto al hombre, ¿podrá ser verdad con respecto a Dios? ¿No será también el caso de que el valor y la excelencia de Dios se midan por el objeto de su amor? [6]

¿De qué otra forma podemos evaluar la belleza de un corazón invisible sino por aquello que ama? Alguien podría sugerir: «Por lo que piensa». Sin embargo el pensamiento claro y preciso es solamente hermoso cuando se refiere a buenos sentimientos. El diablo mismo es bastante inteligente pero ama todas las cosas malas. Entonces su pensamiento está al servicio del mal y su alma es inmunda.

O quizás alguno podría sugerir que se puede evaluar la belleza de un alma por lo que desea. Sí, pero hay corazones tibios y corazones íntegros. No se puede juzgar el valor de un alma si detrás de todo lo que desea hacer existen intereses mezquinos, o sólo una férrea determinación. Para conocer la magnitud de un alma es necesario conocer sus

5. Scougal, *The Life of God* [La vida de Dios], 62.
6. Cuando me refiero al alma de Dios no me refiero a una distinción entre cuerpo y alma como la que observamos en Mateo 10.28, como si Dios tuviera un cuerpo que se distingue de su alma. Utilizo el termino de manera amplia para referirme a la persona o al carácter interno de Dios de la misma forma que se utiliza, por ejemplo, en Jeremías 32.41: «Me regocijaré en favorecerlos, y con todo mi corazón y con *toda mi alma* los plantaré firmemente en esta tierra» o en Isaías 42.1 que expresa: «He aquí mi siervo... en quien *mi alma* tiene contentamiento».

pasiones. La verdadera dimensión de un alma se ve en sus deleites. Lo que revela nuestra excelencia o nuestra vileza no es lo que deseamos con diligencia sino lo que anhelamos con pasión.

El alma se mide por sus vuelos:
algunos bajos, otros altos.
El corazón se conoce por sus deleites
y las satisfacciones nunca mienten.

Evidentemente, éste es el concepto de amor al que Scougal se refiere cuando dice: «El valor y excelencia de un alma se miden por el objeto de su amor». Se refiere a los deleites y satisfacciones de los que disfrutamos según lo que amamos. Dice, por ejemplo:

> El amor de Dios es una sensación encantadora y afectuosa de la perfección divina que lleva al alma a renunciar y a entregarse en sacrificio a Dios, a desear por sobre todas las cosas agradarle, a deleitarse más que nada en el compañerismo y en la comunión con él, y a estar listo para hacer o sufrir cualquier cosa por su causa o su placer.[7]

Por lo tanto, cuando el amor esta bien enfocado, nada puede superar al deleite del alma:

> Los placeres más deslumbrantes, los deleites más puros y abundantes que la naturaleza humana puede disfrutar son aquellos que provienen de la ternura de un sentimiento fructífero y que ha sido puesto en el lugar correcto.[8]

Y cuando los placeres que provoca un sentimiento «que ha sido puesto en el lugar correcto» son insuperables, allí se revela su excelencia. Porque la «excelencia de un alma se mide por el objeto de su amor».

7. Scougal, *The Life of God* [La vida de Dios], 46-47 (itálicas añadidas).
8. Ibid., 66.

Sin lugar a dudas, para el ser humano los sentimientos de amor están «puestos en el lugar correcto» cuando se colocan en Dios. Porque este es el primer mandamiento y el más grande: «Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón» (Mateo 22.37). Por lo tanto, el alma más excelente es aquella que más ama a Dios. Y cuanto más amor se manifiesta, mayor será el valor y la hermosura que revelará el alma que ama.

Del mismo modo ocurre con Dios. El valor y excelencia del alma de Dios se miden por el objeto de su amor. El concepto de que el amor es esa pasión poderosa y dominante del alma de la que dependen su perfección y felicidad es incluso más real para Él que para nosotros. Por eso, si el amor de Dios es la pasión poderosa que predomina en él (esa omnipotente energía que se desprende de su aprobación, disfrute y delicia) entonces "los deleites de Dios" constituyen la medida de la excelencia de su alma.

Cuanto más pensaba en esto, más importante me parecía la idea de Scougal. Si está en lo cierto -pensé- la única forma de meditar en la excelencia de Dios es meditar en sus deleites. Una forma de ver su gloria es llegar a ver su gozo. Esto se convirtió en un pensamiento que me emocionaba, ya que conocía por experiencia y por las Escrituras que cuanto más me enfoco en la gloria de Dios, más soy transformado a su semejanza. Tenemos la tendencia a convertirnos en aquello que admiramos y disfrutamos. Y cuanto mayor sea nuestra admiración, mayor será la influencia que aquello ejercerá sobre nosotros. Henry Scougal lo expresa de esta manera:

> Aquel que ama cosas sórdidas y miserables se convierte en alguien vil y bajo. Sin embargo un sentimiento noble y bien dirigido avanza y mejora el espíritu conforme a la perfección de aquello que ama.[9]

Si podemos admirar los deleites de Dios admirando su excelencia, y si tendemos a ser conformados a la imagen de aquello que admiramos, entonces el enfocarnos en los deleites de Dios podría ayudarnos a ser conformados a su imagen. Esto tenía sentido no sólo a la luz de

9 Ibíd., 62-63.

la experiencia sino también por lo que dicen las Escrituras.
Por ejemplo, en 2 Corintios 3.18 (RVR60), Pablo señala: «Por tanto, nosotros todos, mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor».[10] Mirar es una forma de conversión. Entonces si los deleites de Dios son una marca de su excelencia, o de su gloria, meditar en estos deleites ofrece la esperanza de ser cambiados a su semejanza. Esto fue un tremendo incentivo para seguir adelante considerando la frase de Scougal: «El valor y excelencia de un alma se miden por el objeto de su amor».

Una vez que percibí esto con claridad, supe qué tenía que hacer. Me tomé una licencia de mis obligaciones de la Iglesia para dedicarme al estudio y me fui al norte de Minnesota con mi Biblia y una concordancia. A medida que buscaba en la Biblia todas las citas que mencionan los deleites y gozos de Dios, fueron surgiendo una serie de sermones. A principios de 1987 los prediqué. No sólo eso, sino que también ví surgir un importante estudio bíblico sobre el carácter de Dios. Me di cuenta de que los deleites de Dios eran en realidad un retrato de Dios. Cada deleite es un rasgo de la gloria de su semblante. Este libro ha resultado de ese descubrimiento hecho en el norte de Minnesota.

Considero este libro como la visión de Dios a través del cristal de su felicidad. Lo que la iglesia y el mundo necesitan hoy, más que ninguna otra cosa, es conocer y amar a Dios, el Dios grandioso, glorioso, soberano y feliz que muestra la Biblia. Muy pocas personas ven a Dios como alguien que disfruta sumamente de la comunión con la Trinidad, y de la obra de creación y redención. La exhuberancia casi

10 El vocablo griego traducido por «contemplando o mirando» es *katoptrizomenoi*, que significa «reflejando» y algunos intérpretes afirman que su significado aquí es: «Y nosotros todos, reflejando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor...», pero el contexto anterior y el posterior me llevan a pensar que es correcto utilizar la palabra «mirando». Justo antes del versículo 18, Pablo describe que los israelitas incrédulos tenían el entendimiento «embotado» y de este modo «velado» para que cuando leyeran el antiguo pacto no pudieran entender lo que realmente quería decir (vv. 14-15, RVR60). Es por esto que develar el entendimiento permite mirar verdaderamente lo que hay allí. Este es el sentido del versículo 18: el velo ha sido quitado de nuestra mente y ahora contemplamos la gloria de Dios como realmente es. Mas aún, en el contexto que sigue, Pablo vuelve a hablar de la gloria de Dios revelada en el evangelio (4.3-4). El contemplar la gloria de Dios depende de si la gloria esta «velada» o de si nuestras mentes están «cegadas». De nuevo, entonces, la cuestión que debe ser descubierta es una cuestión que primero pueda *mirarse* y no que primero pueda *reflejarse*. El reflejo es lo que viene después, cuando «somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor» (v. 18, RVR60).

volcánica con que Dios se goza en el gran valor de su Hijo, en la obra de sus manos y en el bienestar de su pueblo no son muy conocidos. En los lugares del mundo en los que se alaba a Dios, el deleite que Dios tiene en ser Dios no se canta con el asombro y la pasión con que debería ser cantado. Y cada vez somos más pobres y débiles al respecto.

Al escribir este libro, mi esperanza y oración es que cada vez más personas puedan meditar conmigo en los deleites de Dios, y que al hacerlo podamos fijar nuestra atención en su gloria y excelencia. De esta forma nuestras almas se satisfarán cada vez más en Dios e irán gradualmente transformándose a su semejanza. Entonces la gloria de Dios se manifestará más y más en el mundo a través de la misión de su iglesia.

EL HILO DE PENSAMIENTO DEL REINO

Los capítulos se han ordenado de manera intencional, ya que cada uno se basa en el anterior. Los primeros seis capítulos se refieren por completo a Dios. El centro de atención no se enfoca en cuáles son las actitudes y acciones del hombre en las que Dios se deleita, sino en el deleite que Dios tiene en su propia obra y naturaleza. Comenzamos con una verdad fundamentalísima, es decir, con aquella que afirma que Dios siempre ha estado sumamente feliz en la comunión con la Trinidad. De esta fuente inagotable de gozo que se retroalimenta fluye la libertad de Dios para realizar toda obra soberana (crear el universo, difundir su fama, escoger a su pueblo y herir a su Hijo).

En este punto nos encontramos ante un momento decisivo del libro. En el capítulo 7 comenzamos a enfocarnos en los deleites de Dios en relación con las respuestas de su pueblo. Este orden es muy importante. Primero y principal necesitamos ver que Dios es Dios, que él es perfecto y completo en sí mismo, que se encuentra rebosante de felicidad en la eterna comunión con la Trinidad, que no necesita de nosotros para completar su llenura y que nada le faltaría si no nos tuviera. Más bien, nosotros no somos nada sin él. La gloria de Dios, plenamente suficiente, que nos ha sido otorgada en

forma gratuita en la comunión, por medio del sacrificio de su Hijo, es la corriente de agua viva de la que siempre hemos deseado beber.

Si no entendemos a Dios de esta forma, cada vez que el evangelio llegue a nosotros, nos pondremos inevitablemente en el centro de la obra de Cristo. Sentiremos que el motor del evangelio no es el valor de Dios sino más bien nuestro valor. Remontaremos el origen del evangelio a la necesidad de Dios por nosotros y no a la gracia soberana que rescata pecadores que necesitan de Dios.

Sin embargo el evangelio son las buenas nuevas de que Dios es el fin que satisface plenamente nuestros deseos y, a pesar de que él no nos necesita y de que en realidad está separado de nosotros por el menosprecio de Dios que implican nuestros pecados, por el gran amor con que nos amó, ideó una manera para que nosotros, pecadores, pudiéramos beber del río de sus delicias a través de Jesucristo. Y no quedaremos cautivados por esta buena nueva a menos que sintamos que él no estaba obligado a hacerlo. Él no fue coaccionado o forzado por nuestro valor. El centro del evangelio es él. La exaltación de su gloria constituye la fuerza motriz. ¡El evangelio es un evangelio de gracia! Y la gracia se refiere al deleite que halla Dios en exaltar su propio valor a través de darles a los pecadores el derecho y la capacidad de deleitarse en él sin opacar la gloria de Dios.

Así que en los primeros seis capítulos nos centraremos en los deleites que Dios tiene directamente en sí mismo y en la libertad de su obra, para que no haya dudas de que Dios es el centro del evangelio. De esta forma podremos ver por qué la respuesta del hombre, demandada por Dios y agradable delante de él, viene como buena nueva a los pecadores, y aún así mantiene a Dios como el centro de sus propios deseos. Si el evangelio exige una respuesta de parte del pecador, entonces la exigencia debe ser en sí misma una buena noticia y no una carga extra; de otra forma el evangelio no sería evangelio. Y si el evangelio verdadero tiene siempre a Dios en el centro, la respuesta que demanda debe exaltarlo a él y no a nosotros.

Los tres capítulos siguientes retoman tres respuestas que satisfacen el corazón del hombre y glorifican el nombre de Dios. El capítulo 7 es un puente porque comienza con el deleite de Dios en hacernos bien y termina con el deleite que le provoca nuestra respuesta.

«Se complace Jehová... en los que esperan en su misericordia» (Salmo 147.11, RVR60). A su vez la respuesta de la esperanza se transforma, por momentos en una expresión verbal a través de la *oración* y por otros en una expresión activa a través de la *obediencia*. Cuando esperamos en Dios, lo glorificamos como fuente de gozo constante y profundo. Cuando oramos, le damos forma a esa esperanza que glorifica a Dios. Y cuando obedecemos con gozo, comprobamos que la esperanza en Dios, que todo lo satisface, es real en nuestras vidas. La obediencia es el irrefrenable proyecto de relaciones públicas de aquellos que han gustado y visto que el Señor es bueno (Mateo 5.16).

El capítulo diez es una de las razones que lleva a escribir y a leer un libro como este. También provee otro motivo de exaltación del valor de Dios. Se medita en estas palabras: «habiendo escondido estas cosas de los sabios e instruidos, se las has revelado a los que son como niños. Sí, Padre, porque esa fue tu buena voluntad» (Lucas 10.21). El deleite de Dios está en manifestarse a los «niños» y no a los «sabios e instruidos». En esto, la excelencia de Dios se hace evidente: la esconde de aquellos que buscan su propia gloria y la revela a aquellos que anhelan ver y saborear la gloria de Dios. El deleite de Dios en hacer esto finalmente muestra que su deleite esta en sí mismo. Por lo tanto, su valor y excelencia no pueden medirse, porque el objeto de su deleite es infinitamente glorioso.

El epílogo intenta expresar lo inexpresable: que Dios se deleita en darnos los mismos deleites que él tiene en sí mismo. «Entra en el gozo de tu Señor», es un mandamiento que estoy ansioso por obedecer. Pero, ¿cuál es ese gozo? Éste constituye el dilema crucial que tenemos por delante en este libro. ¿Cuál es el gozo del Señor? ¿En qué cosas encuentra Dios «los placeres más deslumbrantes, los deleites más puros y abundantes»? ¿Qué considera el Dios eterno como «un sentimiento fructífero y que ha sido puesto en el lugar correcto»? ¿Cuáles son *Los deleites de Dios*?

CAPÍTULO 1

EL DELEITE DE DIOS EN SU HIJO

«Este es mi Hijo amado; estoy muy complacido con él»

MATEO 17.5

ENTRAR EN EL GOZO DE DIOS

Existe una hermosa frase en 1 Timoteo 1.11 oculta bajo la superficie conocida de las palabras más renombradas de la Biblia. Antes de profundizar en ella, suena así: «El glorioso evangelio que el Dios bendito me ha confiado».[1] Sin embargo, una vez que se analiza más en detalle, suena así: «Las buenas nuevas de la gloria del Dios feliz».[2]

1 Algunas versiones como en el caso de la RVR60 consideran la frase "de la gloria de Dios" como un adjetivo y la traducen de la siguiente manera: "el glorioso evangelio del Dios bendito". Sin embargo, esto no es necesario ya que estas mismas versiones traducen una frase similar que se encuentra en 2 Corintios 4.4 como "el evangelio de la gloria de Cristo" y no como "el glorioso evangelio de Cristo". Estoy de acuerdo con Henry Alford cuando dice que todas las versiones deberían seguir el principio literal que aplican en 2 Corintios 4.4 en 1 Timoteo 1.11. "Todo el decoro y la belleza que tiene esta expresión (1 Timoteo 1:11) se destruye como consecuencia de esta traducción adjetivada. El evangelio son "las alegres buenas nuevas de la gloria de Dios" y lo mismo con respecto a Cristo en 2 Corintios 4.4, dado que él nos revela a Dios en toda su gloria". Henry Alford. *The Greek Testament [El testamento griego]*, 3 (Chicago: Moody Press, 1985), 307.

2 La palabra que se traduce por "bendito" (makarios) es la misma que se utiliza en las bienaventuranzas. "Dichosos los pobres en espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos. Dichosos los que lloran, porque ellos recibirán consolación. Dichosos los mansos, porque ellos recibirán la tierra por heredad" o "Bienaventurados..." (RVR60). Y de este modo continúan las bienaventuranzas. Esta palabra significa "feliz" o "afortunado". El mismo Pablo la utiliza en otros lugares para referirse a la felicidad que tiene una persona cuyos pecados han sido perdonados (Romanos 4.7) o para aquella cuya conciencia está limpia (Romanos 14.22). Como resultado, 1 Timoteo 1.11 se refiere al "evangelio de la gloria del Dios feliz".

Gran parte de la gloria de Dios es su felicidad. Para el apóstol Pablo era inconcebible que Dios pudiera estar privado de gozo infinito y aun así seguir siendo glorioso. Porque ser infinitamente glorioso era ser infinitamente feliz. Utiliza la frase: «la gloria del Dios feliz», ya que para Dios constituye algo glorioso ser feliz como Él lo es. La gloria de Dios consiste en gran parte en que él es feliz como jamás podríamos imaginar.

Como dijo el gran predicador del siglo XVIII, Jonathan Edwards: «La alegría de Dios es parte de la plenitud que él nos comunica. Esta alegría consiste en gozarse y regocijarse en él mismo. La alegría de la creación reside también en eso».[3]

Y este es el *evangelio*: «El evangelio de la gloria del Dios feliz». La gloriosa felicidad de Dios es una buena noticia. Nadie quisiera pasar la eternidad con un Dios triste. Si Dios es triste entonces la meta del evangelio no es una meta feliz, y eso significa que bajo ninguna circunstancia sería evangelio. Sin embargo, de hecho, Jesús nos invita a pasar la eternidad con un Dios feliz al decir: «¡Ven a compartir la felicidad de tu Señor!» (Mateo 25.23). Jesús vivió y murió para que *su* gozo, el gozo de Dios, estuviera en nosotros y para que nuestra alegría fuera completa (Juan 15.11; 17.13). Por eso el evangelio es «el evangelio de la gloria del Dios feliz».

Lo que intento mostrar en este capítulo es que la alegría de Dios es, en primer lugar y mayormente, la alegría que él tiene en su Hijo. Así que cuando compartimos la alegría de Dios, compartimos el mismo deleite que el Padre tiene en el Hijo. Por esta razón es que el Hijo nos dio a conocer al Padre. Al final de su gran oración en Juan 17, le dijo a su Padre: «Yo les he dado a conocer quién eres, y seguiré haciéndolo, *para que el amor con que me has amado esté en ellos*, y yo mismo esté en ellos» (v. 26). Jesús dio a conocer a Dios para que el deleite de Dios en su Hijo estuviera en nosotros y para que de ese modo pudiera ser nuestro deleite.

3 John Piper, God´s Pasion for His Glory [La pasión de Dios por su gloria] (Wheaton, Ill: Crossway Books, 1998, 158 72). Este libro es una meditación ampliada acerca de la gran obra escrita por Jonathan Edwards, The End for Which God Created the World [La finalidad con la que Dios creó el mundo]. La verdad de que Dios se encuentra infinitamente feliz en la comunión con la Trinidad se muestra como el sustento en cuanto a que nuestra felicidad debe estar siempre en crecimiento, ya que Dios nos garantiza el privilegio indecible de disfrutar de Dios con el mismo gozo de Dios.

Imaginemos lo que será poder disfrutar con una energía sin límites y con una pasión eterna de lo más placentero que existe. Ésa no es nuestra experiencia actual. Hay tres cosas que se interponen en el camino de nuestra plena satisfacción en este mundo. Una de ellas es que nada posee un valor personal suficientemente grande como para satisfacer los anhelos más profundos de nuestro corazón. Otra, es que carecemos de la fuerza para disfrutar al máximo de los mejores tesoros. Y el tercer obstáculo que impide la satisfacción plena es que nuestras alegrías aquí son temporales. Nada es eterno.

Sin embargo, todo esto cambiará cuando la meta de Jesús en Juan 17.26 se vuelva realidad. Si el deleite de Dios en su Hijo se convierte en nuestro deleite, entonces Jesús, el objeto de nuestro deleite, tendrá para nosotros un valor personal inagotable. Nunca causará aburrimiento, desilusión o frustración. No podemos concebir un tesoro más grande que el Hijo de Dios. Más aún, nuestra habilidad para disfrutar de ese tesoro inagotable no se verá limitada por la debilidad humana. Disfrutaremos del Hijo de Dios con el mismo disfrute de su Padre. El deleite de Dios en su Hijo estará en nosotros y será nuestro. Y eso nunca va a terminar, porque ni el Padre ni el Hijo tienen fin. El amor que existe entre ellos se convertirá en nuestro amor por ellos y así nuestro amor por ellos nunca dejará de ser.

AMADO POR BRILLAR COMO EL SOL

El deleite de Dios en primer lugar es un deleite en su Hijo. La Biblia nos lo revela al mostrar el rostro de Jesús brillando como el sol. En Mateo 17 vemos que Jesús toma a Pedro, a Jacobo y a Juan y los lleva a un monte alto. Algo totalmente asombroso sucede cuando ellos están solos con él. De repente, Dios descorre la cortina de la encarnación y deja brillar la regia gloria del Hijo de Dios. «Su rostro resplandeció como el sol, y su ropa se volvió blanca como la luz» (v. 2). Pedro y sus compañeros quedan maravillados. Estando cerca de su muerte, Pedro escribe contando que él ha visto la majestuosa gloria en el monte santo, y que ha oído una voz del cielo decir: «Este es mi Hijo

amado; estoy muy complacido con él. ¡Escúchenlo!» (2 Pedro 1.17; Mateo 17.5).

Cuando Dios declara abiertamente que él ama al Hijo y se deleita en él, provee una demostración visual de la inimaginable gloria del Hijo. Su rostro brilla como el sol. Su vestido se vuelve blanco como la luz, y los discípulos se postran sobre su rostro (Mateo 17.6). El punto no es sólo que los hombres deban sentirse intimidados ante tanta gloria, sino que Dios mismo se deleita de manera plena ante el resplandor de su Hijo. Lo revela como una luz que enceguece y luego dice: «¡Éste es mi deleite!».

Recuerdo bien una imagen que hizo que cobrara realidad en mi vida el resplandor del Hijo de Dios. A principios de 1991, nuestro personal se fue de retiro espiritual durante dos días para orar y planificar. El lugar de retiro era una antigua mansión que había sido remodelada por las hermanas Maryhill y convertida en un alojamiento sencillo destinado a personas que quisieran buscar a Dios. Al segundo día me levanté, tomé la Biblia y me dirigí hacia el jardín del frente donde había un rincón con ventanales de cristal que miraba al este, hacia una pendiente que descendía hasta el río Mississippi. Había luz, aunque el sol todavía no había salido.

Esa mañana me correspondía leer el Salmo 3. Leí: «Tú eres mi gloria; ¡tú mantienes en alto mi cabeza!». Y mientras meditaba en esto, un minúsculo punto rojo, el sol, comenzó a asomar en el horizonte, justo delante de mí. Me sorprendió; no me había percatado de que estaba mirando al este. Por un momento observé cómo ese minúsculo punto se convertía en una uña de fuego. Seguí leyendo: «¡Levántate, Señor!». Y levanté mi vista para ver esa bola roja de fuego ardiendo sobre el río. Al instante siguiente ya no se podía mirar al sol sin quedar ciego. Cuanto más alto se elevaba, más brillaba.

Pensé en la visión de Cristo que tuvo Juan en Apocalipsis 1: «Su rostro era como el sol cuando brilla en todo su esplendor» (v. 16). Esa mañana, lo que pude vislumbrar quizás haya durado cinco minutos antes de que la fuerza con la que el sol brillaba al despuntar me hiciera girar la cabeza. ¿Quién puede mirar al sol cuando brilla en todo su

esplendor? Dios puede. El rostro del Hijo resplandece para el deleite de su Padre. «Éste es mi Hijo a quien amo. Él es *mi* deleite. Ustedes necesitan postrarse sobre su rostro y alejarse. Sin embargo yo puedo contemplar a mi Hijo en su esplendor día a día, con un amor y un gozo que no se desvanecen.»

Pensé para mí mismo que con seguridad ésta es una de las cosas que trata de decirnos Juan 17.26; que un día podré deleitarme en el Hijo de la forma en que el Padre lo hace. Mi frágil vista podrá ver la gloria del Hijo brillando en todo su esplendor como lo hace el Padre. El deleite que Dios tiene en su Hijo será mi deleite y no me consumirá sino que quedaré eternamente cautivado.

AMADO POR SERVIR COMO UNA PALOMA

Una vez más el Padre habla con ternura y se deleita en su Hijo. Durante el bautismo de Jesús, el Espíritu Santo desciende en forma de paloma al tiempo que el Padre desde los cielos dice: «Éste es mi Hijo amado; estoy muy complacido con él» (Mateo 3.16-17). Aquí la imagen es muy distinta. No es un sol que arde con un brillo intolerable, sino una suave, tranquila, vulnerable paloma; el animal que la gente pobre ofrecía en el templo. El deleite de Dios en el Hijo no sólo proviene del brillo de su majestad sino también de la hermosura de su mansedumbre.

El Padre se complace tanto en la *supremacía* como en la *servidumbre* del Hijo. «El Padre ama al Hijo, y ha puesto *todo* en sus manos» (Juan 3.35). «Este es *mi siervo*, a quien sostengo, mi escogido, en quien me deleito» (Isaías 42.1). Mateo cita una porción del Antiguo Testamento como testimonio del gozo del Padre y lo relaciona con el ungimiento del Espíritu Santo y la mansedumbre de Jesús durante su ministerio.

«He aquí mi siervo, a quien he escogido;
Mi amado, en quien se agrada mi alma;
Pondré mi Espíritu sobre él,

Y a los gentiles anunciará juicio.
No contenderá, ni voceará;
Ni nadie oirá en las calles su voz.
La caña cascada no quebrará
Y el pabilo que humea no apagará.»
(Mt 12:18-20 RVR60)

El alma del Padre se regocija ante la mansedumbre de siervo y la compasión de su Hijo. Cuando una caña se doble y esté por quebrarse, con ternura el Siervo la mantendrá derecha hasta que sane. Cuando un pabilo comience a humear y apenas le quede fuego, el Siervo no lo apagará sino que ahuecará sus manos y soplará con cuidado hasta que se encienda de nuevo. Por eso el Padre exclama: «¡Aquí está mi siervo en quien estoy muy complacido!».

El valor y la belleza del Hijo provienen no sólo de su majestad y de su mansedumbre, sino de la manera en que éstas se combinan en proporciones perfectas. Cuando el ángel clamó en Apocalipsis 5.2: «¿Quién es digno de romper los sellos y de abrir el rollo?» la respuesta fue: «¡Deja de llorar, que ya *el León de la tribu de Judá*, la Raíz de David, ha vencido! Él sí puede abrir el rollo y sus siete sellos» (5.5). Dios ama el vigor del León de Judá. Y esta es la razón por la que ante los ojos de Dios él es digno de abrir los rollos de la historia y de revelar lo que sucederá en los últimos días. Aún así, la escena no está completa. ¿Cómo hizo el León para conquistar? El versículo que sigue describe su apariencia: «*Entonces ví*, en medio de los cuatro seres vivientes y del trono y los ancianos, *a un Cordero que estaba de pie y parecía haber sido sacrificado*». Jesús es digno de que el Padre sienta complacencia en él no sólo como el León de Judá sino también como el Cordero inmolado.

Entre los años 1734-1735 uno de los sermones de Jonathan Edwards que Dios utilizó para iniciar el gran avivamiento en Nueva Inglaterra se titulaba «La excelencia de Cristo». Allí Edwards develaba la gloria del Hijo de Dios al describirla como «la asombrosa conjunción de las diversas excelencias de Cristo». El texto en el que se basa es Apocalipsis 5.5-6, y revela la unión de las «diversas excelencias» pertenecientes al León-Cordero. Él expone

cómo la gloria de Cristo consiste en la combinación de atributos que se dan en él y que parecerían totalmente incompatibles en una persona.

En Jesucristo, dice, se encuentran la excelencia infinita y la infinita condescendencia; la justicia infinita y la infinita gracia; la gloria infinita y la mayor humildad; la majestad infinita y la trascendente mansedumbre; la más profunda reverencia hacia Dios y la igualdad con Dios; el merecimiento de todo bien y el mayor grado de paciencia para soportar el mal; un gran espíritu de obediencia y el dominio supremo sobre cielos y tierra; la soberanía absoluta y la resignación perfecta; autosuficiencia y una entera confianza y dependencia de Dios.[4]

AMADO COMO FELIZ CO-CREADOR

Aunque las cualidades de humildad y mansedumbre se manifestaron recién en la encarnación, no obstante ya eran parte del carácter del Hijo desde la eternidad. Él no pasó por una conversión antes de someterse a la voluntad del Padre para morir por los pecadores. Por esta razón, el amor que el Padre tiene por el Hijo existía aun antes de la creación. «Padre,... me amaste desde antes de la creación del mundo» (Juan 17.24). Nunca hubo un tiempo en el que el Padre estuviera privado del placer de deleitarse en la gloria de su Hijo.

Asimismo Dios amó a su Hijo durante el mismo acto de la creación del universo. Allí disfrutaba del Hijo como su propia Palabra de Sabiduría y Poder creador. «En el principio ya existía el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios. Él estaba con Dios en el principio. Por medio de él todas las cosas fueron creadas; sin él, nada de lo creado llegó a existir» (Juan 1.1-3). El Hijo era la Sabiduría de Dios, creando juntamente con Dios todo lo que no es Dios. Y, como dice Proverbios: «El hijo sabio es la alegría de su padre» (Proverbios 10.1; 15.20). Dios se alegraba en la sabiduría de su Hijo creativo.

4 Jonathan Edwards, "The excellencies of Christ" [Las excelencias de Cristo], The Works of Jonathan Edwards, 1, ed. Sereno Dwight (Edinburgh: Banner of Truth Trust, 1976), 680-683

En realidad, el libro de Proverbios es aun más específico en lo que concierne a la Sabiduría de Dios. Proverbios capítulo 8 personifica la Sabiduría como un maestro de obra que se encuentra presente en el comienzo de la creación deleitando el corazón de Dios. «Cuando Dios cimentó la bóveda celeste y trazó el horizonte sobre las aguas, allí estaba yo [la Sabiduría] presente... allí estaba yo, afirmando su obra. Día tras día me llenaba yo de alegría, siempre disfrutaba de estar en su presencia» (Proverbios 8.27,30).[5] El Hijo de Dios era el deleite del Padre cuando se regocijaba junto con el Padre en la obra magnífica de crear un millón de mundos.

Me pregunto si la camaradería creativa que se daba entre el Padre y el Hijo tuvo alguna ligera similitud cuando José y Jesús trabajaban juntos en la carpintería de Nazaret. Me imagino a Jesús, con unos 15 años, tarareando mientras trabaja. Corta el tablón con golpes magistrales; talla tres pequeños encastres en los lugares establecidos, que luego encajan de manera perfecta con las tablas que se utilizan para unir y de ese modo construir un banco firme. Jesús sonríe mientras golpea la madera con placer. Durante todo ese tiempo José ha estado parado en la puerta, observando las manos de su hijo. Ve reflejada la imagen de su propio esfuerzo y de su vida. La habilidad del hijo es una evidencia de la habilidad del padre. El gozo del padre se apoya en el canturreo de su hijo. Y cuando juntos se esfuerzan para levantar una mesa para la sinagoga que ya está terminada, sus miradas se cruzan con un deleite que expresa: «Eres un tesoro para mí y te amo con todo mi corazón».

Tengo cuatro hijos. Aunque no he visto a ninguno de ellos predicar, los he visto obtener buenas calificaciones en la escuela, escribir cartas a equipos deportivos universitarios, memorizar largas porciones de la Escritura y matar dragones con espadas de plástico. Al ver sus habilidades, pienso en las horas que hemos pasado juntos

5 El término hebreo no incluye la palabra «su» en la frase «su deleite» por eso algunas versiones y ciertos comentaristas interpretan que el deleite es de la sabiduría y no de Dios. Sin embargo, «Yo fui el deleite» es una manera inusual de expresar: «Fui lleno de deleite». Y, lo que es más, en el versículo 31 se emplea esa misma palabra con el pronombre personal «mi» añadido para dejar en claro cuándo se refiere al deleite de la sabiduría. De cualquier manera, el principio de un padre que se agrada en su hijo sabio se mantiene claro aun cuando no se mencione de manera explícita el agrado de Dios por su Hijo en la creación.

jugando y orando y pensando y peleando (¡con los dragones!) a través de los años. Y mi corazón se llena de una sensación de asombro al percibir que estoy creando cosas a través de mis hijos. Cuando ellos se regocijan en eso y cuando me sonríen desde los laterales o desde el centro del auditorio, para mí son un deleite tan grande como nada más puede serlo.

Quizás podamos apreciar en esto un débil eco del grito de alegría con que el Padre se regocijó en su Hijo cuando juntos crearon el universo de la nada. Imaginemos las miradas que cruzaron cuando un millón de galaxias aparecieron ante la orden dada por ellos.

INTIMIDAD INFINITA

Ninguna otra relación se parece a ésta. Es absolutamente única. Los sentimientos que el Padre tiene hacia el Hijo son únicos de una manera absoluta. Él es el «Hijo unigénito del Padre» (Juan 1.14,18; 3.16,18; 1 Juan 4.9). El Hijo existe por generación eterna y los otros «hijos» existen por adopción. «Pero cuando se cumplió el plazo, Dios envió a su Hijo... para rescatar a los que estaban bajo la ley, a fin de que fuéramos adoptados como hijos.» (Gálatas 4.4-5). El único modo de obtener el derecho a ser hechos «hijos de Dios» era recibiendo a Jesús como el Hijo. A menudo Jesús se refirió a Dios como «mi Padre» y «el Padre», pero nunca se refirió a él como «nuestro Padre» a excepción del momento en el que enseña a sus discípulos a orar (Mateo 6.9). Una vez usó la extraordinaria expresión «mi Padre y vuestro Padre, mi Dios y vuestro Dios» (Juan 20.17). La relación que tenían el Padre y el Hijo era totalmente única.

Su comunión e intimidad son incomparables. «Nadie conoce al Hijo sino el Padre, y nadie conoce al Padre sino el Hijo» (Mateo 11.27). «A Dios nadie lo ha visto nunca; el Hijo unigénito, que es Dios y que *vive en unión íntima con el Padre*, nos lo ha dado a conocer» (Juan 1.18). Jesús hablaba acerca de su Padre con tal ternura y mostrando una intimidad tan sin precedentes que sus enemigos lo perseguían para matarlo porque «incluso llamaba a Dios su propio Padre, con lo que él mismo se hacía igual a Dios» (Juan 5.18).

La intimidad existente entre el Padre y el Hijo era tal que el Padre le descubría todo lo que había en su corazón. «El padre ama al hijo y le muestra todo lo que hace» (Juan 5.20). No retuvo para con el Hijo ninguna bendición sino que sin medida alguna derramó su Espíritu. «El enviado de Dios comunica el mensaje divino, pues Dios mismo le da su Espíritu *sin restricción*. El Padre ama al Hijo, y ha puesto todo en sus manos» (Juan 3.34-35). Y mientras el Hijo lleva a cabo el plan del Padre de redimir a los pecadores, el corazón del Padre abunda en expresiones cada vez más intensas de amor para con el Hijo. «Por eso me ama el Padre: porque entrego mi vida» (Juan 10.17). La estima que rebosa continuamente y que el Padre tiene por su único Hijo se derrama sobre todos aquellos que sirven al Hijo. Jesús dice: «A quien me sirva, mi Padre lo honrará» (Juan 12.26). Así que el Padre busca por todos los medios posibles manifestar su deleite infinito en el Hijo de su amor (incluso a través de los convertidos): «¿Cuánto mayor castigo piensan ustedes que merece el que ha pisoteado al Hijo de Dios?» (Hebreos 10.29).

No existe ningún ángel en el cielo que haya recibido del Padre un honor y afecto tal como el que el Hijo ha recibido desde la eternidad. Ningún ángel tampoco puede rivalizar con el Hijo, por más grandioso y maravilloso que sea. «Porque, ¿a cuál de los ángeles dijo Dios jamás: "Tú eres mi hijo; hoy mismo te he engendrado"; "Yo seré su Padre, y él será mi Hijo"?» (Hebreos 1:5). «¿A cuál de los ángeles dijo Dios jamás: "Siéntate a mi derecha, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies"?» (Hebreos 1.13). El punto es claro. El Hijo de Dios no es un ángel, ni siquiera el más importante. Por el contrario, Dios dice: «Que lo adoren todos los ángeles de Dios» (Hebreos 1.6). El Hijo de Dios es digno de toda la alabanza que las huestes celestiales puedan ofrecer, sin mencionar nuestra alabanza. Dios no esta excluido de celebrar a su Hijo. Él mismo queda encantado ante la grandeza, la bondad y el triunfo de su Hijo. Le da un nombre que es sobre todo nombre (Filipenses 2.9); lo corona de honra (Hebreos 2.9) y lo glorifica en su misma presencia con la gloria que tuvo antes de que el mundo existiera (Juan 17.5).

FERVOR INIMAGINABLE

Es imposible exagerar la grandeza del afecto paternal que Dios tiene hacia su Hijo unigénito. Podemos observar este afecto ilimitado detrás de la lógica de Romanos 8.32 que expresa: «El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no habrá de darnos generosamente, junto con él, todas las cosas?». El punto clave de este precioso versículo es que si Dios estuvo dispuesto a hacer la cosa más difícil de todas por nosotros (entregar a su Hijo amado al sufrimiento y a la muerte), con seguridad aquello que también parece arduo (derramar sobre los cristianos todas las bendiciones que pudieran existir en el cielo) no es en realidad tan difícil para Dios. Lo que da sentido a este versículo es la inmensidad del afecto que Dios siente hacia el Hijo. La presunción de Pablo es que el «no escatimar a su propio Hijo» fue lo más inimaginablemente difícil que Dios tuvo que hacer.[6] Jesús es, como Pablo lo describe con sencillez en Colosenses 1.13, «su amado Hijo».

Si alguna vez ha habido alguna pasión en el corazón de Dios es la pasión por su Hijo. Una vez A.W. Tozer dijo: «Dios nunca cambia de humor, ni enfría sus sentimientos, ni tampoco pierde entusiasmo».[7] Si existe algún verdadero entusiasmo en Dios es el entusiasmo que Él tiene por el Hijo. Nunca cambiará. Nunca se enfriará. Arde con un celo y fervor imposibles de imaginar. Por consiguiente, afirmo junto con Jonathan Edwards: «La felicidad infinita del Padre consiste en gozarse en su Hijo».[8]

Por eso, cuando decimos que Dios ama a su Hijo, no nos referimos a un amor abnegado, hecho de sacrificios o compasivo. Hablamos de un amor que se deleita y disfruta. Dios no deja de compadecerse de aquellos que no lo merecen mientras ama a su Hijo. Esa es la forma en la que Dios *nos* ama, pero no en la que

6 Para una argumentación acerca de cómo puede Dios tener complacencia en algo que le resulta tan difícil de hacer, ver el capítulo 6: «El deleite de Dios en quebrantar al Hijo».

7 A.W. Tozer, A.W. Tozer: An Anthology [A.W. Tozer: Una antología] (Camp Hill, Pa: Christian Publications, 1984), 89.

8 Jonathan Edwards, «An Essay on the Trinity» [Ensayo sobre la Trinidad], Treatise on Grace and Other Posthumously Published Wrintings, ed. Paul Helm (Cambridge: James Clarke and Co. Ltd., 1971), 105.

ama a su Hijo. Él se siente muy complacido con su Hijo. ¡Su alma se deleita en el Hijo! Dios disfruta, admira, se enternece, se deleita y se goza al ver a su Hijo. El primer gran deleite de Dios es su deleite en el Hijo.

LA PLENITUD DE LA DEIDAD HABITA EN UN CUERPO

Con el fin de evitar un error en nuestra comprensión del amor de Dios que pueda resultar perjudicial, tenemos que seguir avanzando y demostrar que en el Hijo de Dios habita la plenitud de la deidad. Cualquier persona podría estar de acuerdo con la afirmación de que Dios se deleita en su Hijo y no obstante cometer, luego, el error de creer que el Hijo es sólo un hombre extraordinariamente santo a quien el Padre adoptó porque se complacía mucho en él. La iglesia desde épocas tempranas ha sabido distinguir la verdadera fe bíblica de las otras formas de enseñanzas derivadas del adopcionismo[9], como sucedió en el siglo II.

Colosenses 2.9 nos provee otro ángulo desde donde mirar la cosa: «*Toda la plenitud de la divinidad* habita en forma corporal en Cristo». El Hijo de Dios no es meramente un hombre fiel y santo. Él tiene la plenitud de la deidad. Dios no buscó un hombre santo que pudiera convertirse en un ser divino, si se lo dotaba de deidad. Más bien, «el Verbo se hizo hombre» mediante el acto de la encarnación (Juan 1.14). Dios busco una mujer fiel y humilde, y a través del nacimiento virginal, unió la plenitud de su deidad con un niño que él mismo engendró. «–¿Cómo podrá suceder esto –le preguntó María al ángel–, puesto que soy virgen? –El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra. Así que al santo niño que va a nacer lo llamarán Hijo de Dios» (Lucas 1.34,35). Dios no tomó a un

9 Ver William Cunningham, Historical Theology [Teología histórica], 1 (Edinburgh: Banner of Truth Trust, 1960), 275. Acerca de Teodoto, quien fue el primero en divulgar estas herejías en el siglo II, ver J. Stevenson, ed., A New Eusebius [Un nuevo Eusebio] (Londres: SPCK, 1968), 157-159, 165.

hombre y lo convirtió en deidad. Él cubrió a la plenitud de la deidad con la naturaleza humana nacida de una virgen; es Jesús de Nazaret, el Hijo de Dios, el Dios hecho Hombre, en quien «toda la plenitud de la deidad habita en forma corporal».

Por eso los amigos y los enemigos de Jesús quedaban una y otra vez atónitos ante lo que él hacía y decía. Caminaba por las calles; parecía ser como cualquier otro, pero de repente se daba vuelta y decía algo como: «Antes que Abraham fuese, yo soy». O, «Si me han visto, han visto al Padre». O, como señaló con toda tranquilidad luego de ser acusado de blasfemia: «El Hijo del Hombre tiene autoridad en la tierra para perdonar pecados». A los muertos podía simplemente decirles: «Ven», o «Levántate». Y obedecían. A las tormentas que se producían en el mar les ordenaba: «Calla». Y a un trozo de pan le mandaba: «Multiplícate». Y todo era hecho al instante. En respuesta a la pregunta del sumo sacerdote «¿Eres el Cristo, el Hijo de Dios?», respondió: «Tú lo has dicho... De ahora en adelante verán ustedes al Hijo del hombre sentado a la derecha del Todopoderoso, y viniendo en las nubes del cielo». Ningún hombre jamás había hablado así. Ningún hombre jamás había vivido y amado como lo hizo Jesús. Porque en este hombre, Dios mismo había hecho habitar corporalmente toda la plenitud de la deidad.

Y Dios hizo esto con todo su corazón. Fue su deleite hacer que el Verbo se encarnara. En una versión inglesa de Colosenses 1.19 dice: «En él toda la plenitud (de la deidad) se deleitó en habitar». Esta traducción parece decir que «la plenitud» se deleitaba. Esto es una declaración improbable, ya que las *personas* son las que suelen deleitarse y no las cosas abstractas como «la plenitud». La NVI se aproxima más al sentido cuando lo parafrasea de esta forma: «Porque a Dios le agradó habitar en él con toda su plenitud».[10] En otras palabras, era el

10 Alford está de acuerdo con esto en la analogía que Pablo hace del uso de eudokeo (deleitarse en) en las demás citas. «Se entiende con naturalidad que el sujeto en esta oración es Dios, tal como también se expresa en 1 Corintios 1.21 y en Gálatas 1.15». The Greek Testament [El testamento griego], 3, 205.

deleite de Dios hacer esto.[11] Hemos visto que Dios amó a su Hijo desde antes de la fundación del mundo (Juan 17.24), y que asimismo lo amó en su estado de encarnación (Juan 10.17). Ahora vemos que cuando Dios el Padre y Dios el Hijo se comprometieron a unir la deidad y la humanidad en la persona de Jesús, el Padre se regocijó en eso. Se deleitó en la disposición que mostró el Hijo de redimir al mundo. Como resultado dice: «Agradó a Dios que en él habitase toda plenitud».

ENGENDRADO Y NO CREADO

Para evitar confusiones y ampliar el panorama de la gloria con que se regocija Dios en su Hijo, debemos seguir avanzando. La plenitud de la deidad, que habita corporalmente en Jesús (Colosenses 2.9), existía ya en forma personal desde antes de que el Dios hecho Hombre existiera en la tierra como un maestro judío. Esto nos remonta aún más lejos. Nos remonta al contentamiento del trino Dios. El Hijo, en quien Dios se deleita, es la imagen eterna, el resplandor de Dios y es Dios mismo.

Pablo dice en Colosenses 1.15,16: «Él es la imagen del Dios invisible, el primogénito de toda creación, porque por medio de él fueron creadas todas las cosas en el cielo y en la tierra». Históricamente este ha sido un texto controversial. Y todavía hoy existen sectas, como los Testigos de Jehová, que le dan un sentido

11 La connotación de la palabra eudokeo está casi relacionada con un deleite intenso. El léxico de Bauer, Arndt y Gingrich ofrecen dos análisis en el uso de esta palabra. Uno de ellos es: «considerar bueno, consentir, determinar, resolver». El otro es: «estar bien satisfecho, deleitarse». A Greek-English Lexicon of the New Testament and Other Early Christian Literature [Léxico griego-inglés del Nuevo Testamento griego y otra literatura cristiana primitiva] (Chicago: The University of Chicago Press, 1957), 319. La connotación se deduce por el contexto. Creo yo que Colosenses 1.19 implica deleite por estas razones: primero, porque al menos seis de los diez usos que hace Pablo de esta palabra llevan esta connotación (1 Corintios 10.5; Romanos 15.26,27 [comparar con 2 Corintios 8.2]; 2 Corintios 5.8; 12.10 [comparar con Romanos 5.3]; 2 Tesalonicenses 2.12); segundo, porque los otros usos que se hace de esta palabra, fuera del que hace Pablo, parecen llevar esta connotación (Mateo 3.17 = Marcos 1.11= Lucas 3.22; Mateo 17.5 = 2 Pedro 1.17; Mateo 12.28; Lucas 12.32; Hebreos 10.6,8,38); tercero, porque los cuatro otros usos que Pablo hace (todavía no mencionados) pueden llevar esta connotación (1 Corintios 1.21; Gálatas 1.15; 1 Tesalonicenses 2.8; 3.1); y cuarto, porque resulta inconcebible para mí que, luego de todo lo que hemos visto en cuanto al deleite del Padre en el Hijo y el gozo profundo que encuentra en la obediencia encarnada del Hijo, él pueda hallar en el acto de la encarnación menor gozo y entusiasmo. (Ver nota 6.)

contrario al entendido por la ortodoxia cristiana histórica. Alrededor del 256 existió en Libia un hombre llamado Arrio, que tomó este texto para crear su doctrina. Se convirtió así en uno de los herejes más famosos de la iglesia cristiana. Instruido en Antioquia por un maestro de nombre Luciano, llegó a ser un anciano sobresaliente de la iglesia de Alejandría en Egipto. Se lo describió como un hombre «alto, delgado, de mirada abatida, hábitos muy austeros, con gran capacidad de aprendizaje, y una manera suave de expresarse, pero con una actitud pendenciera».[12]

Alrededor del año 318 comenzó en Alejandría la bien conocida controversia de Arrio, como resultado de una disputa que él tuvo con el obispo Alejandro con respecto a la eterna deidad de Cristo. Arrio empezó a enseñar que el Hijo y el Padre eran distintos en esencia y que el Hijo había sido creado por el Padre y que no era coeterno con el Padre. Sócrates, un historiador de la iglesia que vivió en Constantinopla entre el 380 y el 439 cuenta cómo comenzó esta controversia:

> Un día, Alejandro (obispo de Alejandría) intentó dar, en presencia de los presbíteros y el resto del clero, un discurso de bastante vuelo acerca de la Santa Trinidad, cuyo tema central era: «La unidad en la Trinidad».
> Arrio, uno de los presbíteros pertenecientes a aquella jurisdicción, hombre poseedor de una sagacidad lógica nada despreciable, creyendo que el obispo estaba presentando la doctrina de Sabelio el libanés [que hacia hincapié en el monoteísmo judío al punto de negar la verdadera Trinidad], y al ser amante de las polémicas, avanzó en un sentido diametralmente opuesto a la opinión del libanés, y, al parecer, contradijo de forma vehemente las declaraciones del obispo. «Si –dijo él– el Padre engendró al Hijo; entonces, la existencia del que fue engendrado tuvo un principio. A partir de esto,

12 Phillip Achaff, ed., A Religious Encyclopedia: Or Dictionary of Biblical, Historical, Doctrinal, and Practical Theology [Enciclopedia religiosa: o diccionario de teología bíblica, histórica, doctrinal y práctica], 1 (Nueva York: The Christian Literature Co., 1888), 139.

se hace evidente que hubo un tiempo en el cual el Hijo no era. -Por lo tanto se deduce que él obtiene su esencia a partir de la inexistencia».[13]

No es difícil descubrir la forma en que Colosenses 1.15 puede utilizarse para sustentar la posición de Arrio. Pablo dice que Cristo es «el primogénito de toda creación». Uno podría con facilidad tomar esa frase para decir que el mismo Cristo fue parte de la creación, que fue la primera criatura y la más importante. Así que, si él hubiera tenido un principio, hubiese habido un tiempo en que él no habría existido. Por lo tanto, su esencia no sería la misma que la de Dios sino que habría sido creado de la nada como ocurrió con el resto de la creación. Esto es en realidad lo que Arrio enseñaba.[14]

Durante los siete años que siguieron a la disputa, la controversia se difundió a lo largo del imperio. Constantino, que en aquel tiempo era el emperador, se vio obligado a involucrarse en el asunto por causa de la unidad del imperio. Con el fin de tratar algunos asuntos de relevancia, reunió un importante concilio en Nicea, según dijo: «por su excelente aire, y para que yo pudiera presenciar como espectador y participante esos eventos que tendrán lugar».[15] El Concilio proclamó un credo que puso de manifiesto que las ideas difundidas por Arrio constituían herejía.

El Credo de Nicea, que todos conocemos y recitamos, se basa en el credo que a continuación voy a citar, cuyo nombre técnico precisamente es «El Credo de Nicea». El lector podrá distinguir con facilidad las partes que intentan diferenciar la ortodoxia del arrianismo.

> Creemos en un solo Dios Padre omnipotente, creador de todas las cosas, de las visibles y de las invisibles; y en un solo Señor Jesucristo Hijo de Dios, nacido unigénito del Padre, es decir, de la sustancia del Padre, Dios de Dios, luz de luz, Dios verdadero de Dios verdadero, engendrado, no hecho,

13 Stevenson, A New Eusebius [Un nuevo Eusebio], 340.
14 Dos cartas de Arrio sustentan esta postura en Ibíd, 344-347.
15 Ibíd, 358

> consustancial al Padre, por quien todas las cosas fueron hechas, las que hay en el cielo y las que hay en la tierra, que por nosotros los hombres y por nuestra salvación descendió y se encarnó, se hizo hombre, padeció, y resucitó al tercer día, subió a los cielos y ha de venir a juzgar a los vivos y a los muertos. Y en el Espíritu Santo.
> Mas a los que afirman: Hubo un tiempo en que no fue y que antes de ser engendrado no fue, y que fue hecho de la nada, o los que dicen que es de otra hipóstasis [palabra griega que significa sustancia] o de otra sustancia, o que el Hijo de Dios es cambiable o mudable, los anatematiza la Iglesia Católica.[16]

Esto ha mantenido en pie la interpretación ortodoxa de la Escritura a lo largo de toda la historia de la iglesia hasta nuestros días. Me siento obligado a defender esta interpretación, ya que si el Arrianismo (o los Testigos de Jehová) hubiera estado en lo cierto, el deleite de Dios en su Hijo sería entonces algo radicalmente distinto de lo que yo considero que es. Y eso sacudiría los fundamentos de este libro. Todo se sustenta en el gozo ilimitado que existe en el trino Dios desde la eternidad. Esa es la fuente de la absoluta autosuficiencia de Dios como Dios soberano y feliz. Y todo acto verdadero de gracia en la historia de la redención depende de ello.

Entonces, ¿de qué forma debemos entender lo que Pablo dice en Colosenses 1.15 donde afirma: «Él [Cristo] es la imagen del Dios invisible, *el primogénito de toda creación*»? ¿Qué significa *primogénito*? ¿Acaso la frase «de toda la creación» no intenta decir que él es parte de la creación?

Primero, debemos darnos cuenta de que no hay razón para creer que la frase «de toda la creación» tenga que significar que Cristo fue parte de la creación. Si yo dijera: «Dios gobierna *toda la creación*», ninguno pensaría que quise decir que Dios es parte de la creación,

16 El credo fue tomado de Henry Bettenson, ed. Documents of Christian Church [Documentos sobre la iglesia cristiana], II edición. (Londres: Oxford University Press, 1967), 25. En español lo encontramos en El Dios que adoramos, Manual de trabajo, FLET (Facultad Latinoamericana de Estudios Teológicos), 178.

sino que me refiero a que Dios gobierna «*sobre* toda la creación». El siguiente versículo (Col 1.16) nos ofrece un buen indicio de lo que Pablo desea transmitir. Dice: «Él es la imagen del Dios invisible, el primogénito de toda creación, *porque por medio de él fueron creadas todas las cosas*». En otras palabras, la razón por la que Pablo llama a Cristo el «primogénito de toda creación» es «porque en él fueron creadas *todas las cosas*». La causa *no* es que él haya sido la primera cosa creada y la más importante. La razón es que *cada* cosa creada fue hacha por él. Y todo eso no nos lleva a pensar que «primogénito de toda creación» signifique que él sea el «primogénito *entre* todas las cosas creadas», sino más bien el «primogénito *sobre* todas las cosas creadas».

El segundo aspecto a tener en cuenta es que el término «primogénito» (*pròtotokos*) puede encerrar un sentido estrictamente biológico: «Así que dio a luz a su hijo *primogénito*. Lo envolvió en pañales» (Lucas 2.7). No obstante también puede tener un sentido de dignidad y precedencia que no está relacionado con un aspecto biológico.[17] En Salmo 89.27 por ejemplo, Dios dice de uno que se sentará en el trono de David: «Yo le daré los derechos de *primogenitura*, la primacía sobre los reyes de la tierra». El sentido en este versículo es que este rey tendrá preeminencia, honor y dignidad sobre todos los reyes de la tierra. Otros usos de este término en su sentido no biológico se encuentran en Éxodo 4.22 donde Israel es llamado el hijo «primogénito» de Dios, y en Hebreos 12.23 en donde todos los creyentes son llamados «los primogénitos inscritos en el cielo».

Por lo tanto, tenemos cuatro razones en contra de la interpretación bíblica que Arrio y los Testigos de Jehová hacen acerca de Colosenses 1.15 afirmando que Cristo fue creado por Dios. Primero, la palabra «primogénito» puede simplemente indicar preeminencia, o sea: «el que tiene una dignidad superior» o «el primero en tiempo y rango». Esto no implica que Cristo haya sido un producto de la creación.[18]

17 J. B. Lightfoot, St. Paul's Epistle to the Colossians [Epístola de San Pablo a los Colosenses] (Grand Rapids: Zondervan Publishing House, 1959), 146-150.

18 El uso de la palabra pròtokos en Colosenses 1.18 (primogénito de entre los muertos) no contradice esto. Las preposiciones «de entre» determinan que él es parte de los muertos, y no meramente por la palabra pròtokos. Esta preposición no figura en el versículo 15.

Segundo, el significado claro del versículo 16 (como hemos observado) es que Cristo fue el Creador de todas las cosas y no parte de la creación («porque en él fueron creadas todas las cosas»). Tercero, Crisóstomo (347-407) señaló que Pablo evitó utilizar una palabra que hubiera implicado claramente que Cristo fue el primer ser creado (*pròtoktistos*)[19] y optó por una cuyas connotaciones se refiriesen a la relación Padre-Hijo y no Creador-creación (primogénito, *pròtotokos*).

Esto nos conduce a la cuarta razón por la que rechazamos esa interpretación de Colosenses 1.15. Al utilizar el termino «primogénito», se produce una armonía excepcional entre lo dicho por Pablo y lo dicho por al apóstol Juan cuando describe a Cristo como el «Hijo Unigénito» (Juan 1.14, 18; 3.16, 18; 1 Juan 4.9) y enseña que esa característica lo convierte en Dios y no en una criatura. «En el principio ya existía el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y *el Verbo era Dios*» (Juan 1.1).[20] C.S. Lewis indica que el uso del término «unigénito» (y podríamos agregar, el de Pablo «primogénito») hace referencia a la deidad de Cristo y no a una criatura.

Cuando uno engendra, engendra algo de la misma clase de uno mismo. Un hombre engendra bebés humanos, un castor engendra pequeños castores y un pájaro engendra huevos que luego se convertirán en pájaros pequeños. Pero cuando uno hace algo, lo hace con un material distinto del de uno mismo. Un pájaro hace un nido, un castor construye una presa y un hombre una radio, o quizás algo que tenga más similitud con él, como por ejemplo una estatua. Y si es lo suficientemente inteligente al tallar, realizará una estatua que sea muy parecida a un hombre. Pero, por supuesto, ésta no es una persona de verdad, sólo se le parece. No puede respirar ni pensar. No está viva.[21]

19 Citado por Alford, The Greek Testament [El testamento griego], 3, 203.

20 El intento que hicieron los Testigos de Jehová con el fin de que este versículo dijera «y el Verbo era un dios», se define gramatical y contextualmente erróneo por Bruce Metzger, «The Jehovah's Witnesses and Jesus Christ» [Los testigos de Jehová y Jesucristo], Theology Today (Abril 1953): 65-85.

21 C.S. Lewis, Beyond Personality [Más allá de la personalidad] (Nueva York: Macmillan Co., 1948), 5.

Por estas razones con mucho gusto adopto mi postura colocándome al lado de la gran tradición de la ortodoxia cristiana y no junto al arrianismo, sea antiguo o moderno. Cristo es la imagen del Dios invisible, el primogénito sobre toda la creación. «El Hijo es el resplandor de la gloria de Dios, la fiel imagen de lo que él es» (Hebreos 1.3). «Quien, siendo por naturaleza Dios, no consideró el ser igual a Dios como algo a qué aferrarse» (Filipenses 2.6). «En el principio ya existía el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios» (Juan 1.1).

Así que el Hijo en quien Dios toma complacencia es la imagen de Dios y el resplandor de la gloria de Dios. Lleva el sello de la naturaleza de Dios y tiene la forma de Dios. Es co-igual a Dios, y, como dice Juan, es Dios.

Podemos decir que desde la eternidad, y antes de toda creación, Dios es la única realidad que ha existido siempre. Esto constituye un misterio muy grande ya que resulta difícil para nosotros imaginar que Dios no tenga ningún principio, que él haya estado por siempre y siempre, sin que nada ni nadie lo haya colocado allí. Se trata de una realidad absoluta que todos tenemos que considerar nos guste o no. Sin embargo, ese Dios que ha vivido eternamente no ha estado «solo». No fue un centro solitario de conciencia. Siempre hubo otro que era uno con Dios en esencia y gloria, pero distinto en tanto que persona, para que ellos pudieran tener a lo largo de toda la eternidad una comunión personal.

La Biblia enseña que este Dios eterno siempre ha tenido una *imagen* perfecta de él mismo (Colosenses 1.15), un *resplandor* perfecto de su esencia (Hebreos 1.3), una *imagen o impronta* perfecta de su naturaleza (Hebreos 1.3) y una *forma* o expresión perfecta de su gloria (Filipenses 2.6).

Aquí nos encontramos al borde de lo inefable, pero quizás podríamos animarnos a decir esto: en tanto que Dios es Dios, es consciente de sí mismo. La imagen que él tiene de sí mismo es tan perfecta, tan completa y tan plena que constituye la reproducción (o engendro) viviente y personal de sí. Y esta imagen, resplandor o forma viviente y personal de Dios es *Dios* o, más bien, el Hijo de

Dios. Y como consecuencia, Dios el Hijo es coeterno con el Padre e igual en esencia y en gloria.[22]

EL DELEITE QUE DIOS TIENE EN SER DIOS

A modo de conclusión, podríamos decir que el deleite que Dios tiene en su Hijo es en realidad un deleite en sí mismo. Debido a que el Hijo es la imagen, el resplandor, la forma de Dios e igual a Dios, él es verdaderamente Dios y, por lo tanto, el deleite de Dios en su Hijo es un deleite que él tiene en sí mismo. El contentamiento original de Dios, primario, más profundo y fundamental es el que él tiene en sus propias perfecciones al verse reflejado en la gloria de su Hijo. Pablo habla de que «la gloria de Dios resplandece en el rostro de Cristo» (2 Corintios 4.6). Dios ha contemplado desde toda la eternidad en el rostro de su Hijo el panorama de sus propias

22 Ver nota 24 para una explicación sobre la manera en que el Espíritu Santo, divino y personal, se adecua a esta concepción de la Trinidad. Jonathan Edwards desarrolla su punto de vista en cuanto a la deidad del Hijo en un ensayo titulado "An Essay on the Trinity" (nota 8). Primero, considera una analogía humana:
Si algún ser humano pudiera tener una ideaacabada de todo aquello que pasa por su mente y de toda la serie de ideas y operaciones que ésta realiza, en forma perfecta en todo sentido, en orden, grado, circunstancia, y referida a cualquier espacio de tiempo en el pasado, supongamos que a la última hora, este hombre sería nuevamente, a todos los efectos, lo que fue la última hora. Y si para un hombre fuese posible contemplar mediante la reflexión perfecta, en una hora, todo lo que está en su mente, tal como está y en el mismo espacio de tiempo que en su existencia primera y directa; esto es, si algún hombre tuviera una reflexión perfecta e idea contemplativa de cada pensamiento en el mismo momento que éste tuvo lugar, así también como de cada operación en el mismo momento y con la misma duración, y de esta forma lo hiciera durante el lapso de una hora, entonces ese hombre sería, en realidad, dos durante ese tiempo. Por lo tanto sería doble y como resultado, dos al mismo tiempo. La idea que él tiene de sí mismo sería ser él mismo nuevamente.
Luego Edwards traslada esta analogía al plano de Dios y dice:
De este modo, Dios se entiende a sí mismo con perfecta claridad, plenitud y fortaleza perfecta, y visualiza su misma esencia (en la que no se distinguen sustancia y acto, sino que es enteramente sustancia y enteramente acto), entonces aquella idea que Dios tiene de sí mismo es, de manera absoluta, él mismo. Esta representación de la naturaleza y de la esencia divina constituye la naturaleza y la esencia divina una vez más: por el pensamiento de Dios acerca de la deidad, se genera la deidad. Existe otra persona engendrada aquí. Existe otro todopoderoso infinito y eterno, otro santísimo, el mismo Dios y con la misma naturaleza divina.
Y esta persona es la segunda persona de la Trinidad: el unigénito y amado Hijo de Dios. Él es la idea eterna, necesaria, perfecta, sustancial y personal que Dios tiene de sí mismo, y esto es algo que creo que la Palabra de Dios confirma una y otra vez.
Aquí comienza Edwards una meditación en la Escritura más extensa para demostrar que este punto de vista no proviene meramente de la especulación racional sino que es el fruto de una meditación bíblica.

perfecciones. Todo lo que él es se ve entera y perfectamente reflejado en el semblante de su Hijo. Y en esto se regocija con gozo infinito.

En primera instancia esto suena un tanto vanidoso. Sería vanidad que los hombres al mirarse al espejo encontraran su gozo más profundo. Seríamos vanidosos, presuntuosos, engreídos y egoístas si nos pareciéramos a Dios en ese aspecto. Pero, ¿por qué? ¿No se supone que debemos imitar a Dios (Mateo 5.48; Efesios 5.1)? Sí, debemos imitar a Dios en algunos aspectos, pero no en todos. Este fue el primer engaño de Satanás en el jardín del Edén: tentó a Adán y Eva para que intentaran ser como Dios en un aspecto en el que Dios nunca tuvo la intención que lo fueran, es decir, en la autosuficiencia. Sólo Dios puede ser autosuficiente. El resto de nosotros deberíamos ser dependientes de Dios. De la misma manera, fuimos creados con un propósito infinitamente mejor, mayor, más noble y más profundo que la propia contemplación. ¡Fuimos creados para contemplar y disfrutar de Dios! Cualquier cosa inferior a esto significaría idolatría delante de sus ojos y desilusión para nosotros. Dios es el más glorioso de todos los seres. No amarlo y deleitarse en él constituiría un gran desperdicio e insultaría su nombre.

Lo mismo resulta verdad en cuanto a Dios. ¿Cómo evitaría Dios insultar aquello infinitamente hermoso y glorioso? ¿Cómo podría Dios no cometer idolatría? Sólo existe una respuesta posible: Dios debe amar y deleitarse por sobre todas las cosas en su propia belleza y perfección.[23] Hacer esto para nosotros frente a un espejo es la esencia de la vanidad. Para Dios hacer esto frente a su Hijo, es la esencia de su justicia.

¿Acaso no es la esencia de la justicia adjudicarle sumo valor a lo que es sumamente valioso, y todas las acciones justas que siguen a eso? Y ¿acaso no es lo opuesto a la justicia colocar los sentimientos más profundos en aquello que tiene poco o nada de valor, y todas

23 He tratado de mostrar en otro momento que esto no es meramente, o principalmente, una deducción lógica sino que es una verdad que ha sido revelada en la Escritura con claridad. Ver Desiring God [Desear a Dios], apéndice 1, (Portland, Ore.: Multnomah Press, 1996), 255-266.

las acciones injustas que ello conlleva? Así, la justicia de Dios es el gozo, fervor, deleite infinito, que él tiene en aquello que es de sumo valor; es decir, en su propia perfección y dignidad. Y si de algún modo alguna vez actuara en contra de esa pasión eterna hacia sus propias perfecciones, sería injusto y por lo tanto idólatra.

Esto no es una especulación carente de pertinencia. Constituye el fundamento de toda esperanza cristiana. Esto nos resultará aun más evidente en el capítulo 6, pero déjenme marcar el rumbo ahora. En esta justicia divina que tiene a Dios como centro se encuentra el mayor obstáculo para nuestra salvación. Porque, ¿cómo podría un Dios tan justo amar a pecadores como nosotros que hemos tenido en poco sus perfecciones? Sin embargo, la maravilla del evangelio es que en la justicia divina también yace el fundamento de nuestra salvación. El aprecio infinito que el Padre tiene hacia el Hijo hace que sea posible para mí, un pobre pecador, ser acepto y amado en el Hijo, porque en su muerte la gloria y dignidad del Padre fueron reivindicadas. Ahora puedo pronunciar con una nueva comprensión la oración del salmista: «Por amor a tu nombre, Señor, perdona mi gran iniquidad» (Sal 25.11). Esa nueva comprensión es que Jesús ha expiado el pecado y reivindicado el honor del Padre de modo que nuestros pecados son perdonados «por el nombre de Cristo» (1 Juan 2.12). Veremos cómo el deleite del Padre en sus propias perfecciones es una fuente de gozo inagotable. No es vanidad que el deleite en su Hijo sea un deleite en sí mismo. Es el evangelio.

GOZO SIN LÍMITES EN CONTRASTE CON CISTERNAS ROTAS

Si el pensamiento de Henry Scougal (que el valor y la excelencia de un alma se miden por el objeto y la intensidad de su amor) es correcto, entonces Dios es el ser más excelente de todos. La razón es que desde la eternidad él ha amado con poder infinito y perfecto a su Hijo, la misma imagen de su gloria. ¡Cuán gloriosos y felices han sido el Padre, el Hijo y el Espíritu de amor fluyendo entre

ellos desde toda la eternidad![24]

¡Admirémonos ante este gran Dios! Y convirtámonos de todos aquellos resentimientos triviales y deleites pasajeros, de la búsqueda insignificante del materialismo y una «espiritualidad» meramente humana. Y seamos capturados por el contentamiento que Dios tiene en la gloria de su Hijo, que es la imagen y el resplandor de su Padre. Se acerca el día en el que el deleite que el Padre tiene en su Hijo estará en nosotros y se convertirá en nuestro propio deleite. ¡Qué el deleite infinito y eterno de Dios en el mismo Dios pueda ahora fluir en nosotros a través del Espíritu Santo! Ésa es nuestra gloria y nuestro gozo.

Resulta sorprendente observar que millones «cambian su gloria por aquello que no aprovecha».

«¡Espántense, cielos, ante esto!
¡Tiemblen y queden horrorizados!
–afirma el Señor–.
Dos son los pecados
que ha cometido mi pueblo:
Me han abandonado a mí,

24 Aquí sería apropiado mencionar cómo se concibe al Espíritu Santo a los ojos de la Trinidad, que he desarrollado en su mayoría, a partir de Jonathan Edwards. En la nota 22 cité la forma en que él considera que el Padre engendró al Hijo. A continuación citaré un pasaje clave sobre la "procedencia" del Espíritu Santo.
Dios el Señor habiendo sido de este modo engendrado por la idea que él tiene de sí mismo y habiéndose mostrado en aquella idea una subsistencia o persona distinta, entonces procede al acto más puro, y es así como la santidad infinita y el poder sagrado se despierta entre el Padre y el Hijo en el deleite y amor puros que se tienen el uno por el otro, porque el amor y el gozo son mutuos: Proverbios 8.30 («Día tras día me llenaba yo de alegría, siempre disfrutaba de estar en su presencia»). Éste es el acto eterno más perfecto y esencial de la naturaleza divina, donde Dios el Señor actúa hasta el grado infinito y de la manera más perfecta posible. La Deidad actúa conjuntamente, y la misma esencia divina fluye como si hubiese respirado con amor y gozo. Como resultado, Dios, el Señor, aparece en otra forma de subsistencia, y así procede la tercera persona de la Trinidad: el Espíritu Santo, a saber, la deidad en acción, ya que no existe otro acto que la acción de la voluntad. (Edwards, An Essay on the Trinity [Ensayo sobre la Trinidad], 108)
Edwards prosigue, desarrollando una defensa bíblica ampliada sobre esta concepción del Espíritu Santo (Edwards, An Essay on the Trinity [Ensayo sobre la Trinidad], 108-118). La resume de esta forma:
Y supongo que esto es la bendita Trinidad de la cual leemos en las Sagradas Escrituras. El Padre es la deidad que subsiste de la manera más absoluta, excelente y sin origen, es decir, la deidad en su existencia directa. El Hijo es la deidad que se engendra por el entendimiento de Dios, o por la idea de sí mismo y la permanencia en aquella idea. El Espíritu Santo es la deidad que subsiste en acción. Es la esencia divina que fluye y se respira en amor hacia él y en el deleite en sí mismo. Creo que la esencia divina subsiste en su totalidad verdaderamente y distintamente en la idea Divina y en el amor Divino, y que cada uno de ellos son [sic] personas distintas. (Edwards, An Essay on the Trinity [Ensayo sobre la Trinidad], 118).

fuente de agua viva,
y han cavado sus propias cisternas,
cisternas rotas que no retienen agua.»
(Jer 2.12-13)

La única fuente de gozo inagotable es la que brota del contentamiento de Dios en él mismo Dios. Es un manantial sin principio ni fin, sin necesidad de fuente ni de causa, y sin necesidad de ayuda ya que se autoabastece eternamente. Toda la gracia y todo el gozo del universo fluyen de esta fuente incesante de gozo, y también lo que resta de este libro. ¡Acérquese todo aquel que esté sediento!

CAPÍTULO 2

EL DELEITE DE DIOS EN TODO LO QUE HACE

El Señor hace todo lo que quiere
en los cielos y en la tierra,
en los mares y en todos sus abismos.

SALMO 135.6

EL DESEO DE MI CORAZÓN

El objetivo principal de mi vida y la razón que me ha motivado a escribir este libro es que cada vez haya más personas que puedan reflexionar acerca de los deleites de Dios, para que de ese modo, podamos percibir algo de la medida infinita de su dignidad y excelencia y, para que al ver esta gloria, seamos transformados a la semejanza de su Hijo, y nos entreguemos a la obra de misericordia y a las misiones con tanta pasión que todas las naciones lo vean y den gloria a nuestro Padre que está en los cielos.

Fue un domingo del año 1987 cuando prediqué acerca de los deleites de Dios. Ese día, anoté un resumen de mis metas y una oración:

Pintar vívidamente sus deleites al predicar.
Contemplar su gloria al escuchar.
Acercarme a su semejanza al meditar.
Mostrar al mundo su dignidad.

Este es el deseo de mi corazón, ya sea al predicar o al escribir. Anhelo que todas las personas que pertenecen a Dios puedan decir: «Mis ojos están puestos siempre en el Señor... Siempre tengo presente al Señor... El corazón me dice: "¡Busca su rostro!" [el del Señor] Y yo, Señor, tu rostro busco. No te escondas de mí» (Salmo 25.15; 16.8; 27.8-9). Ansío que puedan buscar a Dios con el anhelo sincero que tuvo Moisés al orar «Déjame verte en todo tu esplendor"» (Éxodo 33.18) y que luego regresen de aquel encuentro con sus rostros resplandecientes porque han visto la gloria de Dios y que en esa condición se introduzcan en este mundo de tinieblas y desesperación (Éxodo 34.29).

En el capítulo 1 nos enfocamos en los deleites que Dios el Padre tiene en el Hijo. La lección más importante para aprender de aquella verdad es la siguiente: Dios siempre ha sido exuberantemente feliz. Desde la eternidad, Dios ha rebosado de gozo en el amor que tiene hacia su Hijo. Aun antes de que hubiera seres humanos a los que amar. Él nunca estuvo solo. La gloria y la compañía de su Hijo siempre han infundido en Dios un sentir de regocijo y satisfacción abundante. El Hijo siempre ha sido el paisaje en el que se refleja la excelencia de Dios y el horizonte en el que se contempla la perfección de Dios. Es así como, desde la eternidad, Dios ha observado satisfecho el terreno magnífico de su propio resplandor que se refleja en el Hijo.

La segunda lección que podemos aprender del deleite de Dios en su Hijo es que Él no está obligado por ninguna deficiencia interna ni por ningún rasgo de infelicidad a realizar cosas que él no quiera hacer. Si Dios estuviera triste, si de alguna manera fuera carente de algo, entonces, en cierta medida, podría sentirse obligado por situaciones externas a hacer aquello que no quería, con el fin de compensar su insuficiencia y llegar a ser feliz. Esto es lo que nos distingue de Dios. Tenemos un inmenso vacío interior

que anhela encontrar satisfacción en poderes, personas y placeres externos. Necesidad, anhelo y deseo son las cosas que componen nuestra naturaleza. Nacemos carentes, necesitados e insatisfechos. Venimos al mundo no sabiendo nada, y tenemos que pasar años y años yendo a clases y aprendiendo a duros golpes para poder llenar, al menos un poco, el vacío de la ignorancia. Nuestros padres y maestros nos piden que hagamos cosas que no nos gusta hacer, pero que son necesarias para sobrellevar nuestra debilidad. De esta manera aumentamos nuestro conocimiento, fortalecemos nuestros cuerpos, pulimos nuestras actitudes y moldeamos nuestra inteligencia.

Sin embargo, Dios no es así. Desde la eternidad, él ha sido completo, rebosando satisfacción. No necesita educación. Nadie puede ofrecerle algo que no provenga de Él.

«¿Quién ha conocido la mente del Señor?
¿O quién ha sido su consejero?
¿Quién le ha dado primero a Dios, para que luego Dios le pague?
Porque todas las cosas proceden de él, y existen por él y para él.
¡A él sea la gloria por siempre! Amén.»
(Romanos 11.34-36)

Así que no existe forma en que alguien pueda sobornar o coaccionar a Dios. Cualquier cosa que usted o yo, o alguna persona o circunstancia ofrezcan a Dios, viene a ser solo el reflejo de algo que él ha dado o hecho previamente. La fuente de todas las cosas no puede ser enriquecida o tentada por el servicio de los hombres o de los ángeles. «Ni se deja servir por manos humanas, como si necesitara de algo. Por el contrario, él es quien da a todos la vida, el aliento y todas las cosas» (Hechos 17.25). Si alguno desea ofrecer algo a Dios y desea hacerlo con un espíritu íntegro, debe decir junto con David: «Pero, ¿quién soy yo, y quién es mi pueblo, para que podamos darte estas ofrendas voluntarias? En verdad, tú eres el dueño de todo, y lo que te hemos dado, de ti lo hemos recibido» (1 Crónicas 29.14; comparar con 1 Corintios 4.7). En otras palabras, todo es un regalo que proviene del Dios rebosante, todo-suficiente

y eternamente feliz, incluso la habilidad de ofrecer algo en forma voluntaria.

LO QUE DAVID BRAINERD ENSEÑÓ A LOS INDIOS

La imagen que acude a mi mente cuando medito en esta gran verdad no es la sala de conferencias ni la sala de debates ni el lugar donde predico semana tras semana. El cuadro que se me representa es el de un claro en el bosque de Nueva Jersey. Transcurre el año 1745 en un pueblo llamado Crossweeksung. David Brainerd, un misionero de 27 años, cuyo ministerio se desarrolla entre los indios, escupe sangre cada día debido una la tuberculosis que lo conduce a la muerte. Apenas vivirá dos años más. David está predicándole a 130 indios a los que Dios ha llamado de las tinieblas mediante el asombroso avivamiento desencadenado por sus predicaciones. De acuerdo con el propio testimonio de Brainerd, el mensaje para este día tratará acerca de la plena suficiencia de Dios y de su eterno contentamiento. Nos cuenta cuál es la carga que tiene para transmitirles a esos indios instruidos escasamente en el desierto:

> En primer lugar, es necesario enseñarles que Dios ha existido desde la eternidad y que por lo tanto, se distingue de los demás seres, a pesar de que es muy difícil hacerles comprender algo de esa naturaleza, debido a que en su idioma no hay términos que designen una eternidad a parte ante [es decir, una eternidad pasada]... La absoluta autosuficiencia divina necesariamente debe ser mencionada también, para evitar que ellos piensen que Dios se sentía infeliz cuando estaba sólo, es decir, antes de la formación de sus criaturas.[1]

Al utilizar la palabra «solo», Brainerd no quiere decir que antes de la creación no hubiera comunión entre Dios y el Hijo a través del Espíritu Santo. Lo que intenta decir es que no existían criaturas

1. "Second Appendix to Mr. Brainerd's Journal" [Segundo apéndice al diario del Sr. Brainerd], en The Works of Jonathan Edwards [Las obras de Jonathan Edwards], 2 (Edinburgh: Banner of Truth Trust, 1974), 426.

con las que pudiera establecer un vínculo. A pesar de esta condición, Dios era feliz porque es autosuficiente en la comunión que disfruta con la Trinidad. Brainerd creía de todo corazón que no debían escondérseles estas buenas noticias a los creyentes más simples. Ellas constituían una buena parte de la gloria de Dios, y la gloria de Dios era el centro de toda experiencia religiosa verdadera.[2]

Cuando mi mente regresa de aquella escena en el bosque de Nueva Jersey, me siento impulsado a defender la verdad con más seriedad que nunca. Dios hace lo que hace, no a regañadientes o por obligación externa como si estuviera encerrado o atrapado por alguna situación que no pudo prever o planear. Al contrario, él obra con libertad y no por obligación, ya que está completo y feliz en extremo; encuentra abundante satisfacción en la comunión con la Trinidad. Sus obras son el fluir de su gozo. Esto es lo que la Escritura expresa cuando dice que Dios actúa según el «buen propósito de su voluntad» (Efesios 1.5). Significa que no hay nada que se encuentre fuera de su deleite, fuera de la complacencia que tiene en sí mismo, ni que fuerce sus decisiones y obras.

TODO LO QUE EL SEÑOR QUIERE

Esto nos lleva al tema central de este capítulo: «El deleite de Dios en todo lo que hace». Si Dios no está obligado por fuerzas externas a actuar en contra del buen propósito de su voluntad, sino que lo hace de acuerdo con el gozo proveniente de su ilimitada autosuficiencia, todos sus hechos vienen a ser una expresión de gozo y entonces, todo lo que hace le causa placer. Comencemos nuestra reflexión bíblica en el Salmo 135. Este salmo nos invita a alabar a

2. Cuatro meses antes de morir, escribió en su diario: "Me di cuenta con claridad de que la esencia de la religión consistía en que el alma estuviera acorde con Dios... Fue una visión precisa de su excelencia y dignidad infinita la que me condujo a aquel pensamiento: la dignidad de ser amado, adorado, alabado y servido por toda criatura inteligente. Entonces comprendí que cuando un alma ama a Dios con amor supremo, esta alma actúa de manera similar a como lo hace el mismo bendito [feliz] Dios, que ama con un amor supremo. Así que cuando el deseo de Dios y el deseo de esta alma se convierten en un mismo deseo, y esta alma desea glorificar a Dios, y se alegra al pensar que Dios es poseedor inmutable de la mayor gloria y bendición [felicidad], es entonces cuando esta alma comienza a actuar en conformidad con Dios". Jonathan Edwards, comp., Norman Pettit, ed., The Life of David Brainerd [La vida de David Brainerd], (New Heaven: Yale University Press, 1985), 449.

Dios: «¡Aleluya! ¡Alabado sea el Señor! ¡Alaben el nombre del Señor! ¡Siervos del Señor, alábenlo!». Luego, en el versículo 3 el salmista empieza a dar razones por las que debemos elevar nuestros corazones a Dios en alabanza. Dice, por ejemplo, que el Señor es «bueno» (v. 3) y que «el Señor escogió a Jacob como su propiedad» (v. 4), y que él es más grande que todos los dioses (v. 5). El versículo 6 culmina con la siguiente gran afirmación:

El Señor hace todo lo que quiere
en los cielos y en la tierra,
en los mares y en todos sus abismos.

Esta nota se expresa con fuerza y claridad de manera similar en el Salmo 115 (vv. 1-3). Comienza reconociendo que la gloria pertenece a Dios. Luego, el salmista es guiado a declarar su soberana libertad en los cielos:

La gloria, Señor, no es para nosotros;
no es para nosotros sino para tu nombre,
por causa de tu amor y tu verdad.
¿Por qué tienen que decirnos las naciones:
«¿Dónde está su Dios?»
Nuestro Dios está en los cielos
y puede hacer lo que le parezca.

Estos dos versículos (Salmo 135.6; 115.3) enseñan que Dios hace todo lo que a él le complace y que nada se lo impide. Para ponerlo de otra manera, Dios se complace en todo lo que hace. No puede evitar hacer aquello en lo que se deleita. Y no puede ser forzado a hacer cosas en las que no se deleita. Y esto es así en cada lugar del universo. Eso es lo que significa «en los cielos y en la tierra, en los mares y en todos sus abismos» (Salmo 135.6).

El profeta Isaías es otro personaje que da testimonio de esta verdad. Dios habla a través de él, diciendo:

Yo soy Dios, y no hay ningún otro,
yo soy Dios, y no hay nadie igual a mí.
Yo anuncio el fin desde el principio;
desde los tiempos antiguos, lo que está por venir.
Yo digo: Mi propósito se cumplirá,
y haré todo lo que deseo.
(Isaías 46. 9-10)

La palabra que se traduce por «todo lo que quiero» *(hephetz)* es la forma sustantiva del verbo «deleitarse» *(haphetz)* que aparece en el Salmo 135.6 y 115.3. Ésa es también la palabra que se utiliza en el Salmo 1.2 («en la ley del Señor *se deleita*»), Salmo 16.3 («son los gloriosos en quienes está toda mi *delicia*») y en Isaías 62.4 («Serás llamada "Mi *deleite*"; tu tierra se llamará "Mi esposa"; porque el Señor se deleitará en ti, y tu tierra tendrá esposo»).

LIBERTAD SOBERANA

El punto que quiero señalar es la libertad soberana que impulsa el obrar de Dios. Su libertad consiste en esto: sus actos no surgen de la necesidad de reparar deficiencias sino de la pasión por expresar la abundancia de su delicia. Le coloqué el nombre de libertad soberana ya que es lo que resalta en los tres versículos mencionados: que en realidad Dios hace todo lo que le place. Él es libre en el sentido de que no tiene deficiencias que lo obliguen a depender de algo, y es soberano en que obra de acuerdo con su complacencia y no existen poderes externos que se le interpongan. «El Señor hace todo lo que quiere.» Y todo eso nos lleva a afirmar que su libertad es una libertad soberana.

Lo que Dios el Padre contempla al examinar el panorama de su propia perfección en la Persona del Hijo es una escena de plena satisfacción, de infinita sabiduría, amor y poder. Por lo tanto, su contentamiento fluye de sus perfecciones incluyendo la perfección de su infinito poder. La garantía de la libertad del deleite de Dios en todo lo que hace está en lo inconmensurable de su poder.

El deleite es el gozo que él experimenta al ver el reflejo de su propia gloria en el Hijo. Sin embargo, parte de esa gloria consiste en su poder infinito. Y la función única de su poder es abrir un camino para que el gozo fluya cuando se efectúe la obra de la creación y la redención. Aquel poder es el que quita (en el tiempo y de la manera que Dios dispone) cualquier obstáculo que se interponga en el trayecto de alcanzar su buen propósito. Por eso la declaración que afirma que Dios hace todo lo que le place, es una declaración de su poder. Y esto es lo que conocemos como soberanía: que el poder de Dios siempre deja vía libre para que su perfección se exprese de acuerdo con su buena voluntad.

Me encanta la imagen que utiliza C.S. Lewis para describir la libertad soberana de Dios en el acto de la creación. Muestra la manera en que el buen propósito de su voluntad, atesorado en el corazón y con el que lleva a cabo la creación y la salvación, es el alegre fluir de su plena suficiencia. Lewis dice:

> Para Dios, ser el soberano del universo no es un gran asunto... Debemos tener siempre presente la visión de Lady Juliana en la que Dios lleva en la mano un objeto pequeño del tamaño de una nuez, y que aquella nuez es «todo lo creado». Dios, que no necesita de nada, trae a la existencia criaturas completamente superfluas para amar y perfeccionarlas.[3]

DE UNA CLASE O CATEGORÍA QUE LE ES PROPIA

Detrás de 1 Timoteo 6.15-16 se encuentra esta conexión entre poder y deleite. Allí, el apóstol Pablo describe a Dios como el «único y bendito Soberano, Rey de reyes y Señor de señores,...[el] único inmortal». En el capítulo 1 vimos (nota al pie 2) que «bendito» (*makarios*) significa «feliz» (1 Timoteo 1.11). Consecuentemente, Pablo habla acerca del «único Soberano y feliz». El poder único y absoluto de

3. Citado por Clyde Kilby, ed., The Four Loves [Los cuatro amores] en A Mind Awake: An Anthology of C.S. Lewis [Una mente despierta: antología de C.S. Lewis] (Nueva York: Harcourt, Brace and World, 1968), 85.

Dios por encima de todos los otros poderes es aquello que se enfatiza al llamar a Dios «bendito» o «feliz». Primero, se lo llama el «único Soberano» (no sólo el Soberano, sino que el único Soberano). Dicho de otra manera, no hay quienes compitan con su poder. Él es el único «poderoso».

A continuación, Pablo afirma que este Dios feliz es «Rey de reyes». El punto de atención es, otra vez, que él está por encima de toda autoridad real que intente desafiar el poder y la libertad para actuar de la manera en que le place. Pablo dice luego que Dios es «Señor de señores». Si existen dioses o señores (¡y los hay!), no existe ninguno que pueda derrocar el poder y la libertad del Señor de señores (1 Corintios 8.5-6). Finalmente Pablo afirma que «él es el único inmortal». Dios pertenece a una clase o categoría que le es propia. Todos los demás seres dependen de su poder creativo para existir y para vivir (Hechos 17.25). El no depende de nadie.

Todo esto nos enseña que el contentamiento de Dios nace de su poder totalmente único y de su autoridad en el universo. Él es el «*único* Soberano», y como consecuencia él es el feliz Soberano, ya que no existe nadie que pueda frustrar lo que él quiera hacer de acuerdo con su buena voluntad. C.S. Lewis lo expresa de la siguiente forma: «La libertad con la que Dios obra consiste en que no hay causa fuera de él que provoque sus hechos, en que no existen obstáculos externos que sean impedimento, en que su propia bondad es la raíz de la que todos se nutren para crecer y que su propia omnipotencia es el aire que permite que todos florezcan".[4]

¿ES DIOS NUESTRO MODELO DE RIESGO?

En el verano del año 1987 asistí a una conferencia titulada «Singapur '87», auspiciada por el Comité Lausanne para la Evangelización Mundial. Uno de los disertantes dijo algo que demuestra la gran relevancia de lo que afirmo en este capítulo. Entre tantas de las cosas excelentes que escuché en la conferencia,

4. Tomado de The Problem of Pain [El problema del dolor], en Ibíd., 80.

este punto resultó, a mi juicio, algo confuso. Me alegro de que bajo ninguna circunstancia fuera la nota dominante de la conferencia, ya que la causa de la evangelización mundial sufriría si ésta se convirtiera en la nota dominante en el concierto de la predicación misionera.

Este particular conferencista expuso la visión de Dios como si él fuera nuestro modelo de riesgo. Presentó a Dios como alguien que asumía grandes riesgos, y dijo que por esta razón nosotros también debíamos estar dispuestos a arriesgarnos por la causa de la evangelización mundial. Ahora bien, no me entiendan mal: me encanta oír a los líderes que hacen un llamado a una lealtad radical y arriesgada a la causa de la evangelización mundial. Por lo tanto, me sentí motivado a decir amén a las conclusiones de este conferencista. Sin embargo, cuando él hubo terminado, sentí que el fundamento cristiano referido a la acción de tomar riesgos se debilitaba en vez de fortalecerse, porque éste se basa en la verdad que afirma que «Dios está en los cielos; todo lo que quiere lo hace».

No tuve la oportunidad de hablar personalmente con este hombre, así que decidí escribirle una carta para expresarle mi preocupación. Me parece que el citar toda la carta sería la forma más cabal de explicar por qué creo que son tan importantes la soberanía y la libertad de Dios para hacer lo que él quiere. Hice algunos pequeños cambios para proteger la identidad y esclarecer algunos puntos. La carta tiene fecha del 6 de julio de 1987.

> Querido [amigo]:
> El motivo principal que me lleva a escribir esta carta es el de ofrecerle otra perspectiva en cuanto a una de las charlas que dio acerca de Dios como nuestro modelo de riesgo. Quise hablar acerca de esto personalmente, ya que parece que la visión que usted tiene de Dios es distinta de la mía. Por los comentarios que oí en los pequeños grupos, así también como por lo que hablamos al almorzar, tuve la impresión de que su visión de Dios no era la típica.
> Estoy absolutamente dispuesto a admitir que quizás hago una lectura demasiado amplia del término «arriesgado» y que las diferencias que percibo pueden ser de origen semántico. Sólo por las dudas, déjeme explicar mi respuesta con claridad...
> Me parece que la dimensión del carácter de Dios que me hace libre para asumir riesgos al buscar su gloria es justamente la verdad que sostiene Dios no se arriesga ni puede hacerlo.[5] El mayor obstáculo que encuentro en mi propia vida para no arriesgarme es la incredulidad: no creer en las promesas, el amor, el poder y la sabiduría de Dios. O quizás, poniéndolo de otro modo, que Dios tiene el poder, la autoridad y la sabiduría y la disposición para hacernos «más que vencedores», a pesar de nuestras heridas y fracasos. Esta es la confianza que me liberta para arriesgarme por la causa de Cristo.

Sin embargo, el Dios que usted describe como arriesgado no inspira en mí esa clase de confianza. El describir a Dios como alguien que se arriesga y apuesta sugiere: 1) que él no puede prever lo que pasará como consecuencia de sus decisiones y 2) que él no tiene control

5. No estoy limitando la soberanía de Dios al afirmar que existe algo que Dios no pueda hacer, porque lo que estoy diciendo es que Dios no puede usar su soberanía para convertirse en alguien dependiente. Todos hemos oído aquella pregunta: ¿Dios puede hacer una piedra tan grande que él mismo no pueda levantar? Si respondemos que sí, entonces Dios no puede levantar la piedra. Si decimos que no, entonces no puede hacer la piedra. Perdemos de una u otra manera. El problema con esta pregunta es que se trata de un juego de palabras y no de algo que debilite a Dios. C.S. Lewis lo explica de la siguiente manera:
   A Dios pueden atribuírsele milagros pero no disparates. Esto no significa limitar su poder...No hemos logrado nada al decir cualquier cosa acerca de Dios: las combinaciones de palabras sin sentido no lo adquieren simplemente por que les agreguemos la frase "Dios puede". Sigue siendo verdad que para Dios todo es posible: las imposibilidades esenciales no son sino incapacidades. No es más posible para Dios que para la más débil de sus criaturas escoger entre dos alternativas mutuamente excluyentes y la razón no es que existan obstáculos para Dios, sino que los disparates siguen siendo disparates aun cuando se los atribuyamos a Dios. (Tomado de The Problem of Pain [El problema del dolor], en A Mind Awake [Una mente despierta], 79).
   Desearía que estuviéramos lidiando sólo con un juego de palabras de alumnos de un curso intermedio de filosofía que intentan descifrar un acertijo. Sin embargo, no es el caso. Existen serios intentos de argumentar que la omnipotencia de Dios y su conocimiento incluyen la habilidad de crear, por ejemplo, un ser humano cuyas elecciones no puedan conocerse con anticipación. En otras palabras, parece ser que el conocimiento de Dios es lo suficientemente grande como para crear algo que exceda su conocimiento. Richard Rice, profesor de teología en la Universidad Loma Linda, propone lo siguiente: "¿Acaso puede [Dios] crear seres con la capacidad de sorprenderlo y deleitarlo, y también de decepcionarlo, sin que él pueda conocer con anticipación cuales serán las decisiones que ellos tomen? Si no puede, entonces encontramos que existe algo importante que Dios no puede hacer. Y esto significa que su poder es limitado". [De "Divine Foreknowledge and Free-Will Theism", en Clark H. Pinnock, ed., A Case for Arminianism: The Grace of God, the Will of Man [Un caso para el arminianismo: La gracia de Dios, la voluntad del hombre] (Grand Rapids: Zondervan Publishing House, 1990), 137]. Sin embargo, la pregunta que deberíamos hacerle al Profesor Rice es esta: ¿Es "importante" para un Dios omnisciente y omnipotente crear un ser cuyas *decisiones estén más allá de su conocimiento? ¿Se trata de una "incapacidad" o de un "disparate", como Lewis sugeriría?* Ver la siguiente nota al pie de página para más detalles sobre este asunto.

sobre las cosas como para que su consejo permanezca. A mí me parece que la Escritura retrata a Dios de una manera muy distinta.

1. ¿Acaso Dios se arriesgó al poner en nuestras manos la gran comisión? No lo creo, ya que él no la puso en nuestras manos de un modo en que quedara fuera de las suyas. Juan 10.16 dice que es responsabilidad de Jesús el recoger las ovejas que están fuera del redil, y que ¡ciertamente lo hará! («Tengo otras ovejas que no son de este redil, y también a ellas debo traerlas. Así ellas escucharán mi voz»). Él es el que abre el corazón del hombre (Hechos 16.14). También es el que atrae a las personas a su Hijo y vence todo aquello que resista la gracia soberana (Juan 6.44,65). Asimismo llama a sus mensajeros y ellos cumplen, con su poder, la misión (Romanos 15.15-18; 1 Corintios 15.10).

No se cuestiona la Gran Comisión. «Y este evangelio del reino *se predicará* en todo el mundo como testimonio a todas las naciones, y entonces vendrá el fin» (Mateo 24.14). «Se acordarán del Señor y se volverán a él todos los confines de la tierra; ante él se postrarán todas las familias de las naciones, porque del Señor es el reino; él gobierna sobre las naciones» (Salmo 22.27-28). Se convertirá el número completo de gentiles (Romanos 11.25). «Mi gloria... llena toda la tierra» (Números 14.21). Toda la Escritura afirma la victoria que Dios tendrá en las misiones mundiales. Eso no está en duda. Dios así lo ha prometido. ¡Dios es soberano! ¡Su propósito no puede fracasar porque es él quien gobierna el corazón del hombre y él es el Señor de la iglesia! Por lo tanto, Dios no se arriesgó al poner la gran comisión en manos del hombre.

Quizás antes de analizar otros puntos señalados por usted, debería intentar definir la palabra «riesgo». Mi definición sería la siguiente: una persona se arriesga cuando lleva a cabo una acción que lo expone a la posibilidad de daño o pérdida. Una acción que uno realiza sabiendo de antemano que ésta lo perjudicará no es tomar un riesgo. Se podría denominar imprudencia o, quizás, sacrificio. Pero también podría llamarse amor. El riesgo implica incertidumbre. Quizás gane; quizás pierda. No estoy seguro.

Lo mismo ocurre al apostar. Si se conociera el resultado de los dados antes de arrojarlos, entonces no sería una apuesta. Es con

seguridad pérdida o ganancia. La incertidumbre constituye el punto central del riesgo y de la apuesta.

En contraste, ¡Dios no tiene incertidumbres![6] «Yo soy Dios, y no

6 En la nota al pie de página anterior vimos que ésta no es la creencia de todos los cristianos. En realidad, se observa un esfuerzo renovado hoy en día, proveniente del hogar de la fe, para refutar la verdad acerca del conocimiento que Dios tiene sobre los eventos futuros. Hace poco tiempo, Clark Pinnock editó un libro titulado A Case for Arminianism [Un caso para el arminianismo], en el que junto con otros, defiende el conocimiento limitado de Dios. Luego de una transición del calvinismo al arminianismo (y aun más allá, ya que el arminianismo clásico afirma que Dios conoce todos los eventos futuros), Pinnock declara: "Las decisiones que aún no se han tomado, no tienen existencia en ningún plano, de modo que ni siquiera Dios puede conocerlas. Son potenciales, es decir, decisiones que están por tomarse, pero que no son reales todavía. Dios puede predecir gran parte de lo que haremos, pero no todo lo que haremos, ya que algunas de esas decisiones se encuentran escondidas en el misterio de la libertad humana... Dios enfrenta no solo certidumbres en el futuro, sino también posibilidades. Se dirige incluso a un futuro desconocido porque no ha sido fijado aún" (25-26).
Lo primero que impulsó a Pinnock a adoptar esta postura fue la lógica neoarminiana y no las Escrituras. Esto suena algo irónico porque muchas veces él acusó a otros de acallar las Escrituras con la "lógica calvinista" (19, 21, 22, 25, 26, 28). La lógica neoarminiana deduce lo siguiente: "La omnisciencia absoluta significaría necesariamente que todo lo que elegiremos en el futuro habría sido ya deletreado en el registro del conocimiento divino, y como consecuencia, la creencia de que existen decisiones importantes por tomar, parecería errónea" (25). De este modo, la suposición filosófica de que el conocimiento previo es incompatible con las "decisiones importantes" y de que la realidad de lo que él llama "decisiones importantes" es más cierta que el previo conocimiento absoluto de Dios; por lógica, llevan a Pinnock a rechazar el previo conocimiento absoluto de Dios (suposiciones derivadas del neoarminianismo y no del arminianismo clásico). Después afirma: "Por consiguiente, tengo que preguntarme si existe la posibilidad bíblica de sostener que... las libres decisiones no son susceptibles de conocerse, ni siquiera por Dios, ya que todavía no se han perfeccionado en la realidad" (25). En otro fragmento dice: "Permítame explicar cinco de los pasos doctrinales que requiere la lógica y que creo que la Escritura me permite dar..." (18-19, itálicas del autor). Se han buscado en la Escritura argumentos que confirmen la lógica neoarminianista.
A simple vista, el argumento principal que Pinnock presenta en contra del conocimiento previo que tiene Dios de las decisiones humanas, se asemeja a los ejemplos que da Lewis en contra del la limitación de la omnipotencia de Dios al decir que Dios no puede hacer una piedra tan grande de modo que no pueda levantarla (ver nota 5). Lewis dice que la idea de un ser con la capacidad absoluta de crear algo que exceda su capacidad es un disparate. Lo cual resulta de afirmar y negar una cosa de la misma manera y al mismo tiempo. Esto es irreal. Y decir que Dios es incapaz de crear una cosa irreal no significa, de ninguna manera, limitar su capacidad. Pinnock intenta algo similar con el conocimiento previo de Dios. Dice: "Las decisiones que aun no se han tomado, no tienen existencia en ningún plano, de forma que ni siquiera Dios puede conocerlas". En otras palabras, estas decisiones son una cosa irreal. Y, por lo tanto, negar que Dios pueda conocer una cosa irreal no significa limitar su conocimiento. A simple vista estos argumentos parecen similares, pero no lo son.
Hay una diferencia abismal. Lewis mantiene la omnipotencia de Dios porque una omnipotencia no omnipotente constituye una contradicción. Sin embargo, ésta no es la estructura lógica de Pinnock. Pinnock no conserva la omnipotencia de Dios al negar una omnisciencia no omnisciente, sino que redefine omnisciencia con el fin de excluir de ella el conocimiento anticipado de las decisiones humanas. La lógica no requiere de esto, y por lo tanto, no tiene similitud con el argumento de Lewis. Más bien, una suposición lógica necesita de esto, es decir, la suposición de que las decisiones a futuro no son concebibles en la realidad. Estas decisiones son irreales. La ley de la no-contradicción no es la base de esta declaración, es decir, que no puede concluirse del mismo modo que concluimos anteriormente (con Lewis) que una omnipotencia no omnipotente es una contradicción en sí misma, sino que más bien los fundamentos de la declaración de Pinnock son juicios ontológicos o metafísicos: las decisiones a futuro no tienen un sostén en la realidad que les permita ser objeto de conocimiento, ni siquiera de Dios. De la lógica no derivan estas conclusiones. Se deducen de un sistema filosófico neoarminiano.
Pinnock coloca a este sistema el nombre de "teísmo del libre albedrío", de acuerdo con la descripción que él mismo propone. Lo define como "la doctrina de Dios que transita un camino intermedio entre el teísmo clásico, que pondera la trascendencia de Dios en el mundo, y el teísmo en proceso, que proclama la inmanencia radical" (26). Una de las cosas más

desconcertantes en la presentación de este sistema propuesto por Pinnock, es que él mismo lo describe como una innovación creativa y valiente que se deduce de la interacción responsable con la cultura moderna. Sostiene que el comienzo de este nuevo cambio se produjo a raíz de "la lectura bíblica fiel y refrescante que establece un diálogo con la cultura moderna, caracterizada por el énfasis en la autonomía, temporalidad y devenir histórico" (15). Sugiere que los promotores de esta ideología se enfrentan ante una situación similar a la de San Agustín: "Si hubo un Agustín que tuvo el valor para desafiar la cultura de aquellos tiempos y exponer ideas deslumbrantes, entonces nosotros podemos hacer lo mismo en nuestro medio" (29). "De la misma manera en que San Agustín llegó a aceptar el pensamiento griego antiguo, nosotros estamos sembrando la paz con la cultura moderna y gracias a su influencia concebimos la realidad como algo dinámico e histórico. Esto nos conduce a considerar aspectos en la Biblia como nunca antes fueron considerados" (27).

Insisto en que esto es desconcertante. Si lo que presenta este "teísmo del libre albedrío" son "ideas deslumbrantes" bajo la influencia de la cultura moderna, ¿por qué razón leemos que los socinianos del siglo XVII formularon el mismo pensamiento? Lei en una enciclopedia del siglo XVIII que, de acuerdo con Sozzini (1539-1604), "la omnisciencia de Dios se define de tal manera que no se opone a la contingencia de los hechos ni a la libertad de la voluntad. Dios no sabe con certeza si todo aquello que él conoce sucederá. Si el conocimiento de Dios... hiciera que todo necesariamente sucediera, lo cual es así, entonces no habría pecado ni culpa por el pecado". Philip SCAF, ed., A Religious Encyclopedia [Enciclopedia de religión] (Nueva York: The Christian Literature Co., 1988), 2209.

Y si este sistema es el resultado de una interacción bíblica fidedigna, creativa y valiente con la cultura moderna, ¿por qué razón, si consideramos a Stephen Charnock (1628- 1680), un pastor puritano y capellán al servicio de Oliver Cromwell, encontramos que aun trescientos años atrás, se enfrentaba prácticamente a todo argumento moderno en contra de la omnisciencia divina? Supongo que la razón es que el "teísmo del libre albedrío" de Pinnock no es nada innovador, sino que es un sistema que surge debido a los mismos impulsos presentes en toda generación que resiste (¡sin importar cuán inocente sea!) los derechos que el Creador absoluto ejerce sobre sus criaturas y, como consecuencia, limita ya sea el poder o el conocimiento de Dios, o ambos, con el fin de dar lugar a la autonomía y la autodeterminación humana.

Charnock plantea a Pinnock y a sus colegas arminianos esta pregunta de total relevancia: "¿Pero qué sucede si el conocimiento anticipado de Dios y la libertad de la voluntad no pueden ser plenamente reconciliadas por el ser humano? ¿Deberíamos entonces negar la perfección de Dios para asegurar nuestra libertad? ¿Deberíamos atribuirle a Dios ignorancia, y acusarlo de ceguera, para así defender nuestra libertad?" (Stephen Charnock, Discourses upon the Existence and Attributes of God [Disertaciones sobre la existencia y los atributos de Dios] Grand Rapids: Baker Book House, 1979 , 450.) Los nuevos arminianos, que se oponen aun a la sabiduría de sus antepasados, han dado una respuesta totalmente equivocada a esta pregunta.

Por ejemplo, muestran que "la Escritura relata una gran cantidad de eventos contingentes anunciados por Dios y sobre los que ningún ser humano dispone de pruebas suficientes para afirmar que existan, cosas que escapan de su conocimiento anticipado. Es tan razonable pensar que él conoce todo evento, así como pensar que conoce aquello que permanece escondido del ojo de cualquier criatura, ya que no presenta mayor dificultad para un ser que conoce todo, el conocer solo algo" (422-423). Dios predijo antes de tiempo, por nombre y antes de que nacieran, que Ciro iba a ser quien ayudara a reconstruir Jerusalén (Isaías 44.28), y que Josías destruiría los altares que Jeroboam había edificado (1 Reyes 13:2). "¿El nombre de los hijos es una cuestión contingente -pregunta Charnock-, o tiene más que ver con la libertad de la voluntad humana?" (441). Incluso Dios sabía de antemano la decisión que tomarían los padres de Ciro y de Josías con respecto a la elección de sus nombres, sin mencionar que Dios también conocía las decisiones que estos dos hombres tomarían y que coincidirían con los hechos que Dios había predicho que harían.

Dios predijo la elección de Faraón de honrar al mayordomo y ahorcar al panadero (Génesis 40.13,19). Predijo las decisiones de hombres pecadores en cuanto a atravesar el costado de Jesús y no quebrar ninguno de sus huesos (Salmo 34.20; Zacarías 12.10; Juan 19.36,37), así como aquellas referidas a que habrían de echar suertes sobre sus vestidos (Salmo 22.18; Juan 19.24). Conocía previamente la opresión de los egipcios sobre Israel (Génesis 15.13). Conocía de antemano que Faraón endurecería su corazón (Éxodo 3.19) y que el pueblo al cual fue enviado Isaías se negaría a escuchar el mensaje (Isaías 6.9). Dios sabía que los israelíes se rebelarían después de la muerte de Moisés (Deuteronomio 31.16). Conocía que Judas había de traicionar a Jesús (Juan 6.64).

Dios sabía que la maldad de los amorreos llegaría al "colmo" en la cuarta generación, y prometió a Abraham que luego de que esto ocurriera vendría la prosperidad sobre ellos y habitarían la tierra (Génesis 15.16). Charnock hace esta pregunta

hay nadie igual a mí. Yo anuncio el fin desde el principio; desde los tiempos antiguos, lo que está por venir.» (Isaías 46.9-10).

Dios conoce desde tiempos antiguos lo que va a suceder en el futuro. «Las cosas pasadas se han cumplido, y ahora anuncio cosas nuevas; ¡las anuncio antes que sucedan!» (Isaías 42.9). Dios también tiene conocimiento de lo que sucederá con cada uno de sus planes. Entonces, ¿en qué sentido podemos sostener que Dios se arriesga, es decir, que Dios tiene incertidumbre acerca de la forma en que sus planes ocurrirán?

2. Usted mencionó que Dios se arriesgó al encarnarse y enviar a su Hijo al mundo. A modo de ilustración, dijo que los soldados de Herodes podrían haber matado a Jesús en Belén cuando él era bebé.

mordaz: "Si Abraham hubiera sido un sociniano [diríamos, un neoarminiano] y hubiera negado que Dios conoce de antemano todos los actos de los hombres, ¿no hubiera tenido entonces una excelente excusa para no creer?¿Qué respuesta le hubiera dado a Dios? "Ay de mí, Señor. Ésta no es una promesa en la que yo pueda confiar. La iniquidad de los amorreos depende de los actos de su propia voluntad, y no los puedes conocer. Señor, sólo existe una posibilidad de que eso suceda, y por lo tanto existe una posibilidad de que se cumpla la promesa, ¡y no una certeza! ¿No sería esta una respuesta descarada y blasfema?" (444). (Para más textos que muestren el conocimiento anticipado que Dios tiene acerca de los actos voluntarios a futuro, ver 1 Samuel 23.10-13; 2 Reyes 13.19; Jeremías 38.17-20; Ezequiel 3.6-7. Ver también Mateo 11.21 para apreciar el conocimiento que Dios tiene de decisiones que hubieran sucedido aun bajo distintas circunstancias.)

Agregaría sólo una observación con respecto al rechazo que manifiesta Clark Pinnock a la doctrina ortodoxa de la omnisciencia de Dios. Observo que varios frentes tienen una característica en común y es que cuando las personas comienzan a alejarse de una visión de la verdad que ha sido apreciada por mucho tiempo, intentan hacer que su desplazamiento luzca más atractivo, caricaturizando a la visión anterior de manera poco atrayente. Como ejemplo, podríamos mencionar que Pinnock describe al Dios que yo presento en este libro como "un ser que tiene control de todo de la misma forma en que lo hacían los déspotas orientales" (x), y "que obliga a las personas a promulgar decretos pre-programados" (20) y que guía el curso de la historia de manera "restrictiva" (21) y que es "prácticamente incapaz de mostrar sensibilidad" (24). Luego contrapone esta caricatura negativa a la imagen de un Dios que obra de manera excepcionalmente afable con la mentalidad moderna y contemporánea; por ejemplo, "dando salvación y vida eterna bajo condiciones de reciprocidad" (xi, itálicas del autor). Pinnock intenta dar la impresión de que aquellos que creen en el Dios soberano de Jonathan Edwards, George Whitefield, William Carey y J. I. Packer establecen una relación con él de una manera que la filosofía describe como fatalista e impersonal, y a la vez, que los arminianos renovados disfrutan de "una relación personal dinámica entre Dios, el mundo y el ser humano creado por Dios" (15).

Como respuesta a esto tengo la tentación de preguntar si la visión de Dios que retraté en Desiring God [Desear a Dios] (1996) y The Pleasures of God [Los deleites de Dios] es una visión inerte, fatalista e impersonal del Dios que amo y adoro. Sin embargo, preferiría dejar que A.W. Tozer respondiese por los miles de nosotros que conocemos a un Dios de absoluta omnisciencia y omnipotencia, para los que la esencia de nuestra fe no es una idea filosófica, sino que es la maravilla que todo lo satisface, un precioso Padre y Amigo de nuestras vidas.

La omnipotencia no es un nombre que se le otorga a la suma de todo el poderío, sino que es un atributo del Dios personal en quien los cristianos creemos, y que es el Padre de nuestro Señor Jesucristo, así como de todos aquellos que hemos creído para vida eterna. Los adoradores encuentran que ese conocimiento actúa como una fuente de fortaleza asombrosa para la vida interior. La fe conduce a disfrutar de una comunión con Aquél que puede hacer cualquier cosa que quiere, ya que nada es difícil o imposible para el que tiene el poder absoluto. A.W. Tozer: An Anthology [A.W. Tozer: una antología] (Camp Hill, Pa: Christian Publications, 1984), 94.

¿Acaso usted cree realmente que Dios podría haber entregado el control de las circunstancias de modo que todas las promesas que él hizo en el Antiguo Testamento en cuanto a la crucifixión, enseñanza y resurrección del Señor Jesucristo corrieran el riesgo de no cumplirse? ¿Pudo haber sido tan incierta la palabra de la promesa que se cumplió en la vida, muerte y resurrección de Jesucristo?

¿Qué podría deducirse de Hechos 2.23 cuando dice que Jesús fue entregado para ser crucificado (no como consecuencia de un riesgo que asumió Dios, sino) «según el determinado propósito y el previo conocimiento de Dios»? ¿Cómo podría decirse que la encarnación constituyó un riesgo cuando sabíamos (al menos setecientos años antes de que sucediera) que la voluntad precisa de Dios era herir al Hijo (Isaías 53.10)? ¿Cómo puede entenderse que el enviar a su Hijo al mundo haya sido un riesgo para Dios cuando su plan era que el Hijo fuera crucificado (Hechos 4.28)? Yo creo que no deberíamos llamar riesgo a la encarnación, sino más bien un sacrificio del Hijo que había sido planeado con exactitud.

La conversión individual parece funcionar de la misma manera. Hechos 13.48 dice: «Al oír esto, los gentiles se alegraron y celebraron la Palabra del Señor; y creyeron todos los que estaban destinados a la vida eterna». Dios ni siquiera dejó en manos del hombre la cuestión de la conversión, como si el carácter y la medida de la comunidad que adorará por toda la eternidad fuesen motivados por mentes pecadoras y no por la sabiduría infinita de Dios. El Señor conoce a los que son suyos (2 Ti 2.19). Es el único que concede arrepentimiento (2 Ti 2.25-26). Llamará a sus ovejas por su nombre y ellas lo oirán y vendrán (Juan 10.3-4).

Dios tampoco deja nuestro crecimiento y perseverancia en santidad en las inciertas manos del riesgo. Por el contrario afirma: «Infundiré mi Espíritu en ustedes, y haré que sigan mis preceptos y obedezcan mis leyes» (Ezequiel 36.27). El Señor es el que produce en nosotros tanto el querer como el hacer para que se cumpla su buena voluntad (Filipenses 2.12-13; Hebreos 13.21). Esto no es algo mecánico ni forzado. Es algo seguro para aquellos que le pertenecen. Festo Kinvengere, que sirvió en African Enterprise, describió la obra incomparable y soberana que el Espíritu hace en nuestra vida de la siguiente manera:

Él lucha continuamente con nuestra reticencia y titubeo. Se acerca y nos pone convicción acerca de algo que hemos hecho y por ello, comenzamos a movernos. Somos duros de manejar, ¿no es cierto? El misericordioso Espíritu Santo no nos empuja. Sólo nos codea suavemente.

Cuando ve que nos enredamos y nos cansamos se detiene por un momento y deja que sigamos adelante según nuestro propio camino. Entonces aparece nuevamente y nos atrapa en algún rincón donde no podemos movernos demasiado. En ese rincón, él lleva a cabo la magnífica obra de la conversión. ¿Y qué es lo que nos lleva a ver? Al Cordero de Dios.

¡Se ha hecho el corte en la piedra y ahora encajamos! Es así como él nos lleva a nosotros, piedras de todas las razas y entornos, para colocarnos de manera perfecta en la hermosa morada de Dios.[7]

Mi conclusión es que en verdad debemos arriesgarnos por la causa de Cristo. Para ser sincero, antes de ir a Singapur había estado meditando en tres sermones bajo la temática «El riesgo y la causa de Dios»; pero la razón por la que asumimos riesgos nosotros como humanos es porque desconocemos nuestro futuro terrenal. Tenemos incertidumbres en cuanto al resultado de los hechos. Sin embargo, Dios está en los cielos y hace todo lo que quiere (Salmo 115.3). Su consejo permanece y sus propósitos se cumplen (Isaías 46.9-10). Él puede sacrificarse a sí mismo y puede amar. Pero nunca juega a los dados. Nada de lo que él hace es por azar.

Él puede permitir, según sus sabios propósitos, que su causa sufra contratiempos temporales (a nivel individual y global). Puede amar a precio de la vida del Hijo. Sin embargo, describirlo como alguien arriesgado pone en duda la omnisciencia y la soberanía, de ese modo, quita el fundamento de nuestra confianza y como consecuencia, el poder

7. Outlook [Perspectivas], xv, 1 (enero 1978): 1.

que nos capacita para tomar riesgos por Dios.
Le agradezco mucho por tomarse un tiempo para leer esta carta. Por favor, sepa que fue escrita con la esperanza de que yo haya malinterpretado su visión de Dios. Escribo con la esperanza de que cualquier desacuerdo que quede entre nosotros no se convierta en un estorbo que perjudique nuestra lealtad a Cristo y el anhelo de rendir nuestras vidas para su honra.

Su amigo y compañero en la gran obra,
John Piper

En la Escritura podemos encontrar más versículos que muestran la visión de la libertad soberana de Dios para hacer lo que a él le place. He mencionado algunos de ellos en *Desiring God* [Desear a Dios] (34-39). No obstante, espero que hayamos visto lo suficiente como para entender que debemos inclinarnos ante Dios y alabar su libertad soberana: Él siempre actúa de acuerdo con su «buen propósito», siguiendo lo que dicta su complacencia. Nunca es víctima de las circunstancias. Nunca se encuentra en una situación en la que se vea forzado a hacer algo en lo que no pueda deleitarse.

Quizás la gloria de la grandeza de Dios en este aspecto brillará con más intensidad si consideramos la confianza y el ánimo que ha infundido a miles de misioneros que decidieron arriesgarse. Veamos el ejemplo de William Carey.[8]

El asombroso Dios de William Carey

A William Carey se lo conoce como el padre de las misiones modernas. Entregó cuarenta años de su vida al ministerio en la India, desde 1793 hasta 1834, y nunca se tomó una licencia para regresar a casa. La visión de Dios que inflamaba su corazón por las naciones era la de un Dios libre y soberano, visión que sostenía el calvinismo

8. Para más ejemplos, ver Iain Murray, The Puritan Hope [La esperanza puritana] (Edinburgh: Banner of Truth Trust, 1971).

evangélico. (Era el mismo Dios del evangelista George Whitefield, que murió cuando Carey tenía tan sólo nueve años; el Dios de Augustus Toplady, que vivió entre los años 1740 y 1778 y escribió el himno «Roca eterna» y el Dios de John Newton (1725-1807), autor de «Sublime gracia»). Con frecuencia se lo recuerda por su fuerte oposición a los hipercalvinistas que vivieron en la misma época. Se cree que ellos le habían dicho a Carey que enfriara el entusiasmo que sentía por las misiones mundiales porque Dios alcanzaría el corazón de los paganos sin la ayuda de él.[9]

Carey en verdad se opuso a esta visión antibíblica de la soberanía de Dios. Sin embargo no es tan conocido el hecho de que él no la contrarrestó con una visión arminiana del poder limitado de Dios, sino con una visión bíblicamente equilibrada de la gracia soberana y gratuita de Dios. Su visión se hace evidente en la manera en que él logra un adecuado balance entre la enseñanza bíblica de la soberanía de la obra de Dios durante la conversión y la responsabilidad que tenemos nosotros de persuadir a las personas para que hagan uso de su voluntad para creer. Él escribió:

> Estamos seguros de que creerán solamente aquellos que estén ordenados para vida eterna (Hechos 13.48) y que sólo Dios puede añadir a la iglesia los que han de ser salvos (Hechos 2.47). De todas maneras no podemos sino observar con admiración que Pablo, el gran campeón de la gloriosa doctrina de la gracia soberana y gratuita, fue el hombre que más llamó la atención por su celo personal en la obra de persuadir a los hombres a reconciliarse con Dios.[10]

Carey no pensaba que Dios pudiera sentirse frustrado en sus designios para este mundo, sino que creía que «todo lo que el Señor quiere, lo hace». Esta fue la confianza que lo mantuvo firme durante

9. Se asume que esto fue dicho por John Ryland en la Asociación de Ministerios Northampton. Sin embargo su hijo John Ryland (h.), cuestionó la historia: «Nunca había oído de ella hasta que la vi impresa, pero bajo ninguna circunstancia puedo dar crédito a eso». Citado en Ibíd., 280, nota 14

10. Tomado de su "Form of Agreement" [Formulario de acuerdo], que él escribió con el fin de guiar a la vida a los Hermanos de la misión en Serampore. Citado en Ibíd., 145.

los cuarenta años en que sufrió increíbles penalidades. Él nos muestra su visión de la libertad que Dios tiene para obrar conforme a su buena voluntad al dar respuesta a una de las preguntas más difíciles que se le pueden hacer a alguien que se encuentra en el campo misionero. Carey cuenta que en el año 1797, después de haber estado cuatro años en India, fue confrontado por un brahmán. Él había estado predicando acerca de Hechos 14.16 y 17.30 y había dicho que en tiempos antiguos Dios había dejado a las personas andar en sus propios caminos, pero que ahora mandaba a todos los hombres en todo lugar que se arrepintieran.

El brahmán respondió: «En realidad, opino que Dios es quien debe arrepentirse por no enviar antes el evangelio a nosotros».

No es una objeción fácil de responder. La respuesta que da Carey es sorprendente, como también lo era el Dios a quien él amaba y servía:

> A todo esto, agregaría lo siguiente: supongamos que un reino es invadido en repetidas ocasiones por los enemigos de su verdadero rey y, aunque él tiene el poder suficiente como para conquistarlos, sin embargo soporta esta situación para poder prevalecer sobre ellos y afianzarse todo lo posible. ¿El valor y la sabiduría del rey no serían mucho más exaltados cuando los exterminara que si les hubiera hecho frente al principio y evitado que entraran al país? Del mismo modo, la luz, la sabiduría, el poder del evangelio y la gracia de Dios serán más exaltados a través de vencer la idolatría arraigada y al destruir toda la oscuridad y el vicio que han prevalecido ampliamente en ese país, que si no hubieran sufrido para nada las consecuencias de caminar según sus propios deseos, durante tantos siglos.[11]

¡Que respuesta! ¡El Dios libre y soberano gobierna las naciones de manera tal que cuando la victoria del evangelio llega, aun en los países más paganos, los tiempos de descreimiento redundan en

11. Citado por Tom Wells, A Vision for the Missions [Una visión de las misiones] (Edinburgh: Banner of Truth Trust, 1974), 13.

beneficio de la gloria! Carey en ningún momento dijo que la dureza y la desobediencia de un pueblo al que él no podía santificar lo suficiente como para que obrara de la forma en que debía frustraban los buenos propósitos de Dios. Es absolutamente verdad que la desobediencia a la gran comisión viola los principios de la Palabra de Dios. Y también es cierto que muchas generaciones de personas que profesaron ser cristianas tendrán que dar cuenta a Dios por su pecado.

Sin embargo, la visión de Carey no continúa diciendo (mal que le pese a la lógica arminiana) que Dios había sido esposado y era incapaz de dar un nuevo corazón obediente a su pueblo (Ezequiel 11.19 y 20) o que no podía lograr que ellos anduvieran en sus mandamientos (Ezequiel 36.27). Más allá de la causa que hubiera provocado la desobediencia de la iglesia a la gran comisión, Carey sabía que no podía adjudicarlo a la impotencia divina. Por eso respondió de la forma en que lo hizo. Dios tiene santos y sabios propósitos en todo lo que hace y lleva a cabo todas las cosas conforme a su buena voluntad. Carey expuso la visión de Dios que he intentado describir en estos capítulos. ¡Aprendí mucho de él en cuanto a esto! Dios está en los cielos, y lleva a cabo su buena voluntad, aunque todo esto nos parezca muy misterioso. Ése era el poder que operaba detrás de la primera era de las misiones modernas.

La Visión subyacente en Operación Mundo

No deberíamos pensar que hoy el espíritu de Carey ha muerto. Todavía impulsa a cumplir la gran comisión en esta generación a grandes segmentos del movimiento misionero que se desarrolla en nuestros días. Uno de los libros que Dios está utilizando alrededor del mundo para despertar a la iglesia a la intercesión y pasión por las misiones es Operación Mundo, de Patrick Johnstone. El libro provee un informe de la situación por la que atraviesa cada país en el mundo con respecto a la difusión del evangelio y el crecimiento de la iglesia. No puedo evitar preguntarme si la versión actualizada que se publicó en 1987 fue un factor fundamental en los planes de Dios para

provocar los cambios que sucedieron en Europa Oriental a fines de los 80.[12] ¿Cuál es el espíritu que se esconde detrás de este libro que mueve montañas? Patrick Johnstone lo cuenta con fervor:

> Sólo el Cordero puede abrir los sellos. Todas las imponentes fuerzas desatadas sobre el mundo son soltadas por el Señor Jesucristo. Él reina hoy. Él está al mando del universo. Él es la única «Causa Final». Todos los pecados del hombre y las maquinaciones de Satanás tienden a, en última instancia, engrandecer la obra y el reino de nuestro Salvador. Eso también se aplica a nuestro mundo actual con sus guerras, hambres, terremotos y la maldad que aparentemente impera hoy. El proceder divino es justo y amante. Nos hemos vuelto excesivamente conscientes del enemigo, enfatizando demasiado el aspecto combativo de nuestra intercesión, pero debemos ser más concientes de quién es Dios, de modo que podamos reír con la risa de la fe sabiendo que tenemos potestad sobre toda fuerza del enemigo (Lucas 10.19). Él ya ha perdido el control gracias al Calvario en el que fue inmolado el Cordero de Dios. ¡Qué confianza y seguridad nos da esto para enfrentar un mundo tan convulsionado y necesitado![13]

¿Encuentra placer Dios en la muerte de los impíos?

Resulta una imagen gloriosa de la libertad soberana de Dios el pensar que el puede hacer todo lo que le place y alcanzar aquello que es su deleite. Sin embargo, si nos detuviéramos aquí, sería sólo una imagen borrosa y un tanto fuera de foco. Para hacerla nítida, tenemos que preguntarnos lo siguiente: «¿Cómo es que Dios puede decir en Ezequiel 18.23 y 32 que él no encuentra deleite en la muerte de

12. Se encuentra disponible una nueva versión. Patrick Johnstone, Operation World [Operación mundo] (Grand Rapids: Zondervan Publishing House, 1993).
13. Patrick Johnstone, Operation World [Operación mundo] (Kent, England: STL Books, 1987), 21.

cualquier impenitente, si en realidad él cumple su deseo y hace todo aquello que le agrada?».

En Ezequiel 18.30, Dios advierte a la casa de Israel sobre un juicio inminente: «Por tanto, a cada uno de ustedes, los israelitas, los juzgaré según su conducta. Lo afirma el Señor omnipotente». Y los insta al arrepentimiento: «Arrepiéntanse y apártense de todas sus maldades». Al final del versículo 31, dice: «¿Por qué habrás de morir, pueblo de Israel? Yo no quiero la muerte de nadie. ¡Conviértanse, y vivirán! Lo afirma el Señor omnipotente».

Esta figura parece ser muy distinta de la que vimos en el Salmo 135, donde Dios dice que él hace todo lo que le agrada. Éste es uno de los versículos que hace que las personas lleguen (¡demasiado rápido!) a la conclusión de que William Carey había dejado partes de la Biblia sin leer. Acá da la impresión de que Dios estuviera acorralado. Como si él se viera forzado a juzgar a los impíos cuando en realidad no quiere hacerlo. Parecería estar a punto de hacer algo en lo que no halla deleite.[14] ¿Cumplirá todo su deseo o no? ¿Es Dios realmente libre de hacer todo de acuerdo con su buena voluntad? ¿O su libertad soberana tiene límites? ¿Puede Dios hacer todo lo que le agrada sólo hasta un cierto punto y luego ser forzado a obrar de una forma que le causa aflicción?

Podríamos tratar de resolver este problema volviendo al Salmo 135 y declarar que Dios hace todo lo que le agrada en la esfera *natural* pero no en la *personal*. Después de todo, el Salmo 135 dice en el versículo 7: «Levanta las nubes desde los confines de la tierra; envía relámpagos con la lluvia y saca de sus depósitos a los vientos». ¿Podría esto implicar que Dios hace lo que le agrada en el ámbito de la naturaleza, pero no en la vida de las personas?

El intentar limitar la libertad de Dios al plano natural no funcionaría por dos razones:

Una de ellas es que si Dios controla el viento y lo hace soplar cuando quiere y donde quiere (lo que es verdad –Salmo 147.18– y

14. De manera similar, en la Biblia se mencionan textos donde se dice que Dios se retuvo de hacer cosas que tenía el deseo de hacer (por ejemplo, Mateo 23.37), así también como todos aquellos pasajes que muestran que Dios sintió pena por cosas que había hecho (por ejemplo, Génesis 6.7; 1 Samuel 15.11).

recordemos lo que Jesús dijo cuando se desencadeno la tormenta en el mar: «¡Paz! ¡Calla!»), entonces podríamos decir que Dios es de alguna manera responsable por la muerte de miles de personas que se ahogan a través de los siglos como consecuencia de las tormentas, huracanes, tornados, monzones y tifones que Dios «saca de sus depósitos».

¿Estamos acusando a Dios cuando decimos esto? ¿No debería ser Satanás el que hace soplar vientos que acarrean destrucción? Es una buena pregunta. Sin embargo, la respuesta no es tan simple. No me refiero a que es difícil encontrarla sino a que es compleja. En este mundo, Satanás tiene mucho poder para hacer daño. (Ver nota 16.) Sabemos que puede provocar enfermedades (Lucas 13.16; Hechos 10.38) y podríamos inferir que él puede matar, ya sea a través de ellas o incitando a personas a dar muerte, o de alguna otra manera, porque la Biblia dice que «desde el principio él ha sido un asesino». Es difícil no ver su mano en las muertes trágicas, como por ejemplo, en los casos de niños que son hijos de misioneros. Recuerdo que una vez recibí una llamada en la que me avisaban que el hijo de un misionero había fallecido en un accidente automovilístico. Otra familia misionera que vivía en Camerún, perdió a dos de sus tres hijos en un mismo día debido a la malaria, sólo un par de días después de haber vuelto a casa en su licencia. Y las historias se multiplican día a día.

Espero que nadie piense que lo que he estado diciendo aquí fue escrito en una aislada atmósfera que no ha sido golpeada por el dolor y la tristeza de la tragedia. Tampoco quiero decir que estas cosas sean fáciles de soportar o que se pueden superar con solo unas simples observaciones teológicas. Hay una etapa para cada cosa: «un tiempo para llorar, y un tiempo para reír; un tiempo para estar de luto, y un tiempo para saltar de gusto; un tiempo para esparcir piedras, y un tiempo para recogerlas; un tiempo para abrazarse, y un tiempo para despedirse; un tiempo para intentar, y un tiempo para desistir; un tiempo para guardar, y un tiempo para desechar; un tiempo para rasgar, y un tiempo para coser; un tiempo para callar, y un tiempo para hablar» (Eclesiastés 3.4,7). El momento de la tragedia y el dolor devastador es un tiempo para abrazar y permanecer en silencio. No obstante, el tiempo para hacer preguntas y

recibir respuestas llegará. Y cuando llegue, sería un compromiso con poca visión de futuro con el padre de mentiras decir que Satanás es más poderoso que Dios y que las manos del Altísimo estuvieron atadas. Los santos más consagrados nunca respondieron de esta manera. He llorado con muchos de ellos, orado y esperado para ver cuál sería la respuesta. Y, aunque no fueran tan elocuentes como Sarah Edwards, todos, tarde o temprano, dijeron algo similar a lo expresado por ella.

EL DIOS SOBERANO DE SARAH EDWARDS

Era el año 1758 y su esposo se había ausentado de casa por unas semanas para asumir el cargo de presidente en Princenton College. El 13 de febrero había sido vacunado contra la viruela. Sin embargo, la cura se convirtió en el asesino y murió el 22 de marzo como consecuencia de aquella inoculación. Tenía cuarenta y cuatro años cuando dejó a su esposa y diez hijos. Al oír Sarah sobre la muerte de su esposo, escribió cartas y la primera fue dirigida a su hija Ester:

> Mi muy querida niña:
>
> ¿Qué diré? Nos ha cubierto una nube oscura enviada por un Dios bueno y santo. ¡Ah, que pudiéramos besar la caña y poner las manos sobre la boca! El Señor lo hizo. Me hizo adorar su bondad, porque lo tuvimos con nosotros tanto tiempo. Y mi Dios vive y mi corazón es suyo. ¡Ah, qué legado nos ha dejado mi esposo y tu padre! Estamos todos entregados a Dios, allí estoy, y me encanta ser puesta en esta condición.
>
> Tu madre que te ama
>
> Sarah Edwards[15]

Creo con todo mi corazón que la enseñanza que la Biblia da acerca de la soberanía de Dios por encima de Satanás constituye la

15. Sereno Dwight, "Memoirs" [Memorias], en The Works of Jonathan Edwards, ed. S. Dwight, 1 (1834: edición reimpresa, Edinburgh: Banner of Truth Trust, 1974), clxxix.

respuesta más grande para el mundo cuando los horrores y tragedias de la muerte y enfermedad amenazan el sentido de la vida. Se trata de una respuesta dada por la Escritura que es verdad y que está llena de esperanza.

La Biblia no enseña que Satanás tenga el control supremo del mundo. La Biblia muestra que Dios es quien controla el viento en pasajes como Génesis 1.8; Éxodo 14.21; Salmo 78.26; 107.25; 148.8; Isaías 11.15 y Jonás 1.4; 4.8. Encontramos una única posible excepción en el libro de Job. En Job 1.11-12, Dios otorga a Satanás la libertad para atacar todo lo que Job tiene, incluso a su familia. Después leemos en Job 1.19 que un «gran viento» azota la casa donde estaban los hijos de Job y los mata a todos. El texto no especifica quién fue el que hizo que el viento soplara. Sin embargo, en Job 1.21 Job mismo dice: «El Señor ha dado; el Señor ha quitado. ¡Bendito sea el nombre del Señor!». Entonces, por más que Satanás haya tenido parte en este fenómeno, Job sabía que detrás de él se encontraba el Señor, verdadero gobernador del mundo y del viento.[16] Por lo tanto dice: «el Señor ha quitado». ¿Debió Job haber dicho esto? El autor disipa toda duda sobre si Job estaba en lo cierto o no al hacer tal aseveración en el versículo siguiente (1.22) en

16 Es cierto que Satanás tiene libertad excepcional para "gobernar" este mundo. Se lo llama "el príncipe de este mundo" (Juan 12.31), "dios de este siglo" (2 Corintios 4.3,4) y "el príncipe de la potestad del aire" (Efesios 2.2 RVR60). Le ofreció a Jesús "todos los reinos del mundo" si postrado lo adoraba (Lucas 4.5-7). No obstante, la Biblia muestra con claridad que Dios tiene el dominio del mundo, aun cuando Satanás es llamado "el dios de este siglo". Por ejemplo, la autoridad de los gobernadores de este mundo proviene de Dios (Romanos 13.1), incluso la que tuvo Pilato para condenar a Jesús (Juan 19.10-11). Dios es quien "pone y depone reyes" (Daniel 2.20,21); "Dios hace lo que quiere con los poderes celestiales y con los pueblos de la tierra. No hay quien se oponga a su poder ni quien le pida cuentas de sus actos" (Daniel 4.34,35); y "En las manos del Señor el corazón del rey es como un río: sigue el curso que el Señor le ha trazado" (Proverbios 21.1; ver también Esdras 1.1; 6:22).
Aunque Lucas 22.3 dice que Satanás entró en Judas y provocó la traición final, no obstante Pedro afirma que Dios estaba detrás de Satanás guiando todas las cosas: "Éste fue entregado según el determinado propósito y el previo conocimiento de Dios" (Hechos 2.23), y agrega que "en efecto, en esta ciudad se reunieron Herodes y Poncio Pilato, con los gentiles y con el pueblo de Israel, contra tu santo siervo Jesús, a quien ungiste para hacer lo que de antemano tu poder y tu voluntad habían determinado que sucediera" (Hechos 4.27-28). Sin embargo, todos estos líderes, influidos por Satanás y guiados por Dios, fracasaron al intentar oponerse a Dios, porque "el Señor frustra los planes de las naciones; desbarata los designios de los pueblos. Pero los planes del Señor quedan firmes para siempre; los designios de su mente son eternos" (Salmo 33.10,11; Isaías 43.13). Puede decirse de cada ataque en contra de los hijos de Dios: "¿Quién puede anunciar algo y hacerlo realidad sin que el Señor dé la orden? ¿No es acaso por mandato del Altísimo que acontece lo bueno y lo malo?" (Lamentaciones 3.37,38). "¿Ocurrirá en la ciudad una desgracia que el Señor no haya provocado?" (Amós 3.6). Aun así, debemos ser conscientes de que un principio es el que permanece firme en los tratos misteriosos con el mundo y con su pueblo: "Es verdad

el que expresa: «A pesar de todo esto, Job no pecó ni le echó la culpa a Dios». Tampoco lo hizo Isaías cuando cita a Dios diciendo: «Yo formo la luz y creo las tinieblas, traigo bienestar y creo calamidad; Yo, el Señor, hago todas estas cosas» (Isaías 45:7). Tampoco pecó Jeremías al decir: «¿No es acaso por mandato del Altísimo que acontece lo bueno y lo malo?» (Lamentaciones 3.38). Amós no cometió un error cuando preguntó «¿Ocurrirá en la ciudad alguna desgracia que el Señor no haya provocado?» (Amós 3.6)

Por lo tanto, la afirmación del Salmo 135 de que el Señor hace todo lo que le agrada, tiene que incluir el quitar vidas a través de vientos y mares, algo que solo él puede controlar. El Señor da y el Señor quita. Él es la fuente de vida (Hechos 17.25) y él fija tiempo para que la vida retorne (1 Samuel 2.6; Deuteronomio 32.39). Santiago da por sentado esto al exhortarnos a tener en cuenta el control soberano que Dios ejerce aun en los negocios de la vida diaria.

> Ahora escuchen esto, ustedes que dicen: «Hoy o mañana iremos a tal o cual ciudad, pasaremos allí un año, haremos negocios y ganaremos dinero». ¡Y eso que ni siquiera saben qué sucederá mañana! ¿Qué es su vida? Ustedes son como la niebla, que aparece por un momento y luego se desvanece. Más bien, debieran decir: «Si el Señor quiere, viviremos y haremos esto o aquello». Pero ahora se jactan en sus fanfarronerías. Toda esta jactancia es mala (Santiago 4.13-16).

Santiago asume que la voluntad de Dios es la que determina si iremos de una ciudad a otra. Para él, es una acto de humildad el

que ustedes pensaron hacerme mal, pero Dios transformó ese mal en bien" (Génesis. 50.20).
La mano de Dios se encuentra detrás de la libertad limitada de Satanás para obrar, guiando todas las cosas para el beneficio de su pueblo (Romanos 8.28). Comparemos la actividad de Dios con la de Satanás en estos tres pares de textos: 1 Crónicas 21.1 y 2 Samuel 24.1; Lucas 22.31 y 22.32; 2 Corintios 4.4 y Romanos 11.25.
La muerte y resurrección de Jesucristo logra claramente la derrota y caída de Satanás y sin duda alguna esa derrota será consumada en un futuro. Esto puede verse en Mateo 8.29; 16.18; 25.41; Lucas 10.17-18; 11.21,22; Juan 17.15; 1 Juan 2.14; 3.8; 5.18; Romanos 8.37-39; 16.20; Hebreos 2.14-15; Colosenses 1.13; 2.15 y Apocalipsis 20.10. Es por eso que hemos sido llamados en el presente siglo a resistir a Satanás por medio de la fe en el triunfo del Señor Jesucristo en la cruz. Santiago 4.7; 1 Pedro 5.8,9; Efesios 6.10-13; Hechos 26.1; 2 Timoteo 2.24-26; Romanos 16.19,20 y 2 Corintios 11.3 expresan esta verdad.

conceder a Dios este derecho y un acto de arrogancia no entregar nuestros planes en las manos de Dios, del mismo modo en que también lo sería el enseñar algo así.

Existe una segunda razón en el Salmo 135, por la que no podemos limitar la libertad de Dios al ámbito natural. El salmo va mucho más allá de la mera aseveración de que Dios es el que provoca el viento y los relámpagos. Los versículos 8 al 10 señalan que la libertad soberana de Dios se manifestó de la manera más vívida en el Éxodo, cuando Dios libró a Israel de las manos de Egipto: «A los primogénitos de Egipto hirió de muerte, tanto a hombres como a animales... A muchas naciones las hirió de muerte; a reyes poderosos les quitó la vida». De este modo, cuando el salmista declara en el versículo 6 que «El Señor hace todo lo que quiere», no se refiere *implícitamente* a las tragedias relacionadas con el viento, sino que también se refiere *explícitamente* a la destrucción de los egipcios, de naciones y reinos rebeldes. Ése es el alcance de lo que Dios hace cuando él hace lo que quiere.

Así que en Ezequiel se dice que Dios no quiere la muerte de aquellos que no se han arrepentido, y el Salmo 135 dice que Dios hace todo lo que quiere, incluso darles muerte, como sucedió en Egipto con los enemigos de su pueblo. El mismo verbo hebreo se utiliza en el Salmo 135.6 ("hace todo lo que *quiere*") y en Ezequiel 18.32 ("Yo no *quiero* la muerte de nadie").

El problema se agrava

Antes de sugerir una solución al problema, permítame hacerlo aún más grave.

Hoy muchos cristianos tienen el concepto de que Dios no se turba por el hecho de sentirse acorralado al hacer cosas que no desea. Yo rápidamente puedo pensar una respuesta que podríamos dar a lo que hemos considerado hasta el momento, y es que hemos creado un problema artificial porque el Salmo 135 no dice en realidad que Dios se deleita en destruir a los egipcios. Quizás alguno podría decir que el «hacer todo lo que quiere» es una manera de

decir, que no transmite un sentido de deleite o complacencia. Entonces podrían agregar que Dios se siente apenado al momento de juzgar a los pecadores que no se han arrepentido, así que no tiene sentido afirmar que él se deleita en lo que hace.

Como respuesta a este argumento, volvería a mencionar que la palabra que se usa en el Salmo 135.6 para describir el «deleite» de Dios, es la que también se utiliza en Ezequiel 18.32 para decir que Dios «no se deleita» en la muerte de personas no arrepentidas. Y haría referencia a la discusión previa sobre la palabra *(haphetz)* que se hizo en este capítulo. Después, pondría mi atención en el pasaje de Deuteronomio 28.63, que relata la advertencia que hace Moisés al pueblo de Israel acerca del juicio que vendría sobre ellos. Sin embargo, esta vez la Biblia expresa algo sorprendentemente distinto de lo que dice en Ezequiel 18.32.

> Así como al Señor le agradó multiplicarte y hacerte prosperar, también le agradará arruinarte y destruirte. *¡Serás arrancado de raíz, de la misma tierra que ahora vas a poseer!*

Volvemos entonces al hecho inevitable de que en cierta forma Dios no se deleita en la muerte de los impíos (ese es el mensaje de Ezequiel 18), pero en cierta manera sí lo hace (ese es el mensaje implícito del Salmo 135.6-11 y explícito de Deuteronomio 28.63). En otras palabras, no es suficiente oponerse a la tesis de este capítulo (que Dios se deleita en todo lo que hace) presentando como argumento el texto de Ezequiel 18.32. La Biblia nos muestra (en Deuteronomio 28.63; Proverbios 1:24-26; Apocalipsis 18.20; Ezequiel 5.13; Isaías 30.31-32) que aun los actos de juicio, que por un lado no son placenteros, por el otro le agradan. El método no consiste en elegir entre estos textos, o que uno anule al otro, sino penetrar en la misteriosa mente de Dios para descubrir (tanto como nos sea posible) la verdad que ambos encierran. ¿Cómo explicamos esta tensión aparente?

LA INFINITAMENTE COMPLEJA VIDA EMOCIONAL DE DIOS

La respuesta que propongo es que, en cierta medida, la muerte de los impíos causa aflicción al corazón de Dios y en cierta medida no.[17] La vida emocional de Dios es infinitamente compleja y va más allá de nuestra habilidad poder comprenderla en su totalidad. Por ejemplo, ¿quién puede entender que el Señor tenga la capacidad para escuchar al mismo tiempo a diez millones de cristianos que oran alrededor del mundo, y compadecerse por cada uno de ellos de modo personal e individual como un Padre afectuoso (como dice Hebreos 4.15), y que de esos diez millones algunos estén quebrantados de corazón y otros rebosen de alegría? ¿Cómo puede Dios llorar con los que lloran y gozarse con los que se gozan si todos acuden a él al mismo tiempo y sin siquiera darle un descanso? ¿O quién puede entender que la ira de Dios se encienda al ver el pecado del mundo día tras día (Salmo 7.11) y que, día tras día, momento tras momento se alegre enormemente cuando un pecador se arrepiente (Lucas 15.7,10,23)? ¿Quién puede entender que Dios arda en ira de forma continua ante la rebelión de los malvados y se aflija al escuchar las conversaciones impuras de su pueblo (Efesios 4.29-30), y que también se deleite en ellos diariamente (Salmo 149.4) y haga fiesta cuando un hijo prodigo arrepentido vuelve a casa? ¿Quién de nosotros se atrevería a decir que tal complejidad de emociones es imposible para Dios? Todas estas verdades son las que él ha elegido comunicarnos a través de la Biblia. Y una de las cosas que nos ha dicho es que en cierto modo a él no le place juzgar a los impíos, pero que en cierto modo, sí le agrada.

EL DOLOROSO GOZO DE LA JUSTICIA

De todo esto concluyo que Dios no se deleita en la muerte y miseria del impío. Dios no es sádico. No es malicioso ni sanguinario. En

17. Una descripción más completa de la solución propuesta, en especial de la manera en que Jonathan Edwards la elaboró puede apreciarse en Desiring God [Desear a Dios], 39-42.

lugar de deleitarse en juzgar a las personas rebeldes, malvadas e incrédulas, él se regocija en la exaltación de la verdad, la rectitud y la vindicación de su propia gloria.[18] (Para una mayor argumentación sobre el corazón de Dios en el momento del juicio, ver el capítulo 5, «¿En qué manera Dios se parece a George Washington?», pp.166-171).

Cuando Moisés advierte al pueblo de Israel que el Señor se complacerá en arruinarlos y destruirlos si no se arrepienten (Deuteronomio 28.63), significa que aquellos que se han rebelado en contra de Dios y han rehusado arrepentirse, no podrán gozarse de haber causado sufrimientos al corazón de Dios. Cuando triunfan los juicios rectos, Dios no es derrotado. Muy por el contrario. Moisés dice que al ser juzgados estarán, involuntariamente, dando a Dios la oportunidad de regocijarse en la demostración de su justicia, poder e infinita dignidad de su gloria. (Ver también Romanos 9.22-23).[19]

Hagamos de esto una advertencia para nuestras vidas. Dios no puede ser burlado. Él no está atrapado, acorralado o coaccionado. Tuvo legiones a su disposición, aun en el camino hacia el Calvario. «Nadie me quita la vida, sino que yo de mí mismo la pongo», de su

18. Esta es la manera en que Jonathan Edwards abordó el problema de cómo Dios y los santos serán felices en el cielo por toda la eternidad sabiendo que millones de personas estarán sufriendo en el infierno eternamente. No es que Dios y los santos se deleiten en el sufrimiento, sino que el aprecio por la vindicación de la santidad infinita de Dios que ellos sienten es muy profunda. Ver John Gerstener, Jonathan Edwards on Heaven and Hell [Jonathan Edwards sobre el cielo y el infierno] (Gran Rapids: Baker Book House, 1980), 33-38.

19. He intentado dar una descripción exegética cuidadosa acerca de la interpretación de Romanos 9.22,23 en el libro The Justification of God [La justificación de Dios] (Grand Rapids: Baker House, 1983). Desde una referencia de paso hasta este estudio en A Case for Arminianism [Un caso para el arminisnismo] (ver nota 5); parece que no se le ha prestado atención seria a los argumentos aquí expuestos. Pinnock manifiesta un interés legítimo en que Romanos 9 sea interpretado teniendo en cuenta la visión de Romanos 10 y 11. Dice: "Creo que si Piper hubiera avanzado más allá del capítulo 9 del libro de Romanos, hubiera descubierto que el deseo más profundo que Pablo manifestaba a Dios en sus oraciones era que los perdidos fuesen salvos (10.1) y también hubiera descubierto una explicación de por qué sucede que algunos están incluidos y otros no: por medio de la fe o de la ausencia de ella (11.20). El capítulo 9 de Romanos debe leerse dentro del contexto más amplio en que se incluye, o sea Romanos 9-11" (29, nota 10). Sin duda, no discrepo en que Romanos 9 deba ser leído en su contexto. Es por eso que, por ejemplo en las páginas 9-15 y 163-165, traté los límites que presentaba mi enfoque y también la estructura de Romanos 9-11. Con respecto a los dos puntos específicos que propone Pinnock, podemos decir que en realidad la fe nos incluye o nos excluye de la salvación. Sin embargo, eso no explica por qué una persona accede a la fe y otra no. Ni tampoco el "deseo del corazón de Pablo y oración hacia Dios" clamando por la salvación de los judíos en Romanos 19.1 contradice la declaración explícita de que "parte de Israel se ha endurecido, y así permanecerá hasta que haya entrado la totalidad de los gentiles" (Romanos 11.25).

mismo *deleite* por el *gozo* puesto delante de él. En aquel preciso momento de la historia en el que parecía que Dios estaba atrapado, en realidad él estaba haciendo exactamente lo que quería: muriendo para justificar a impíos como usted y yo.

MI PROPIA EXPERIENCIA SOBRE LA SOBERANÍA DE DIOS

La soberanía de Dios es una hermosa realidad en mi vida y en la de muchos hermanos de la iglesia. ¡Cuántas veces, hemos tenido palabra acerca de alguna calamidad que iba a estremecer a alguna familia de la iglesia! Nos hemos puesto de rodillas delante del Señor y clamado por socorro y consuelo. He oído una y otra vez a mi pueblo someterse a sí mismo a la voluntad soberana de Dios y hallar en ella sus buenos propósitos. En una ocasión, un tornado arrasó la zona en la que vivimos y destruyó casas, negocios y arrancó grandes árboles de raíz. Era un domingo por la tarde. Oramos aquella noche. Aún hoy, años después de la tragedia, puedo recordar a una mujer implorando a Dios que tuviera misericordia de las víctimas, y luego, alzando su voz, ensalzó a Dios por su poder mostrado aun en el rugir del viento. Le pidió que, ante tal autoridad majestuosa, fuéramos humillados y guiados al arrepentimiento.

El hijo de un ex diácono fue atropellado por una lancha. Sobrevivió. Sin embargo, sus piernas quedaron muy heridas y la hélice le había hecho pequeños cortes en el pecho y cuello. El padre contó el testimonio en una de las reuniones de diáconos, y señaló que su mayor lección y consuelo había sido la soberanía de Dios. Dijo: «Dios tiene sus propósitos para la vida de mi hijo y para toda la familia. Si confiamos en él, todo esto resultará para nuestro bien. Dios podría haberse llevado a mi hijo por una diferencia de media pulgada. Sin embargo, dijo a la cuchilla: "Hasta aquí nomás"».

Dios no siempre detiene la cuchilla. No salvó a mi madre el 16 de diciembre de 1974. Mi padre y ella estaban paseando en un transporte turístico que iba camino a Belén, en Israel. Una camioneta con unas maderas atadas al techo se desplazó bruscamente de su carril y

chocó de frente con el transporte en el que viajaban mis padres. Una de las maderas entro por la ventana y mató a mi madre en forma instantánea. El certificado de defunción decía: «herida en el bulbo raquídeo». Mi hermana se desmayó cuando vimos su cuerpo diez días después, luego de que la funeraria hiciera lo mejor que pudo para reconstruir el cadáver. Mi padre lloró a solas por un largo tiempo al lado del cajón.

Después fui yo y lo cerré. Durante el velatorio colocamos fotografías.

En esos días, ¿en qué consistió mi consuelo? En muchas cosas. No sufrió demasiado. Por veintiocho años fue la mejor madre que uno hubiera podido imaginar. Conoció a mi esposa y a uno de mis hijos. Ahora estaba en el cielo con Jesús. Su vida había sido rica en buenas obras y sus resultados positivos perdurarían aun después de su muerte. Y por debajo de todos estos consuelos, soportando mis preguntas sin respuestas y tranquilizando mi corazón, descansaba la confianza en que Dios tiene todo bajo control y que él es bueno. Mi consuelo no provino de la posibilidad de que la trayectoria de una camioneta todo terreno hubiera resultado incontrolable para Dios. No hubo consuelo en la suerte. Tampoco en darle a Satanás la delantera. Al arrodillarme junto a mi cama llorando, después de recibir la terrible llamada de mi cuñado, nunca dudé de que Dios fuera soberano sobre ese accidente ni de que Dios fuera bueno. No necesito explicaciones. Su reinado y amor son suficientes por ahora.

Maravillémonos ante ese Dios eternamente feliz en la comunión con la Trinidad, infinitamente exuberante en la sabiduría de su obra, libre y soberano en su toda suficiencia. «Nuestro Dios está en los cielos y puede hacer todo lo que le parezca». ¡Humillémonos ante su mano poderosa, regocijémonos en que su consejo permanecerá, y en que un día todas las familias de las naciones de la tierra le adorarán, porque suyo es el dominio y él gobierna las naciones!

CAPÍTULO 3

EL DELEITE DE DIOS EN SU CREACIÓN

Que la gloria del Señor perdure eternamente;
Que el Señor se regocije en sus obras.

SALMO 104.31

LA CABAÑA EN LOS BOSQUES DE GEORGIA, JULIO DE 1990.

Hace dos noches, tomé una silla de la cocina, la coloqué sobre el pasto que rodea la cabaña, y me senté a mirar la luna. Por lo general, vivo en el centro de Minnneápolis junto a una autopista transitada donde las luces de los autos y de las calles ocultan el cielo. Sin embargo, durante esas pocas semanas de vacaciones y licencia de estudio, vivo con Nöel y nuestros hijos en las afueras de Barnesville, Georgia, en una parcela cubierta de árboles llamada «Brightwood». No hay luces en las calles ni tampoco hay autopistas. Dormimos en una pequeña cabaña cuesta abajo de la colina donde viven los padres de mi esposa. Justo cruzando el alambrado, se encuentra un pequeño «estudio móvil» de alrededor de cinco metros de largo por dos y medio de ancho con ventanas en ambos lados. Yace

en un claro rodeado de robles de más de doscientos años de antigüedad y pinos de Georgia de más de veinte metros de altura, mezclados con arces y otros árboles de dulce fragancia. Allí es donde me siento y escribo, y entre párrafo y párrafo, contemplo el lago de cerca de dos hectáreas al pie de la colina.

Ése es un lugar creado para los ojos y los oídos, para el olfato, para sentir con la piel y con un corazón grande. Casi todos los días, me detengo y permanezco quieto entre la cabaña y el estudio o cerca del lago que está en medio del bosque en la colina de camino a la casa. Me conmueve tanto la belleza de este maravilloso mundo, creado para disfrutar con los cinco sentidos, que quisiera que ese momento durara lo suficiente como para que toda esa hermosura penetrara y permaneciera dentro de mí.

El otro día, cuando descendía de la cabaña a la casa de mis suegros, me detuve ante un tronco podrido y corté un trozo de madera. Este trozo era sorprendentemente duro y se partió en lugar de desmenuzarse. Miré y noté que la parte rota era fibrosa, rojiza y hasta húmeda. Lo acerqué a mi nariz y fui sacudido por la más rica fragancia de cedro que jamás haya olido. Todo el camino de regreso a la cabaña seguí inhalando este aroma extraordinario proveniente de un trozo de madera que probablemente había permanecido muerto por años.

A unos cincuenta metros de la cabaña, con dirección hacia el huerto de nueces pacanas, estamos cultivando un lecho de lombrices. Pusimos neumáticos viejos, ladrillos de cemento y una puerta de madera encima de una pila de mantillo, para mantener la humedad en la parte inferior. Primero lo humedecimos bien y luego le echamos agua con la manguera. Cuando queremos tomar algunas lombrices, levantamos la puerta y damos vuelta los neumáticos y ladrillos y dejamos que se dispersen a centenares. Después tomamos la horquilla para raspar la capa superior del humus mientras que mi hijo de siete años detecta los movimientos y meneos, arrebata las lombrices con la mano y las coloca en un balde. Son blandas y rápidas; pero Barnabas es más rápido que ellas.

Tres o cuatro veces al día, me agacho para pasar debajo del alambrado que separa el estudio de la cabaña. El alambre está

envuelto en una cuerda gruesa de color rosa para que no nos tropecemos en él. El poste de metal que sostiene el alambrado es hueco. Para nuestra sorpresa, descubrimos que en aquel poste vive una pequeña rana de San Antonio de color gris. En el hueco, hay un poquito de agua y la ranita sube y baja de acuerdo con la luz o el calor. Nos deja que caminemos directo hacia ella, cuando cada noche está sentada en el borde del poste. Ése es su lugar, sin duda. Ha permanecido por varias semanas hasta ahora y nada de lo que hacemos la ahuyenta. Eso me ha llevado a preguntarme acerca de las otras ranas de San Antonio que, durante la noche y en medio de bosques tranquilos, producen tan increíble zumbido y chasquido (junto con los grillos y chicharras). Me pregunto si la totalidad de ese tipo de ranas tendrá el mismo sentido de posesión de territorio como lo tiene ésta. Si es así, hay miles de pequeños huecos en las maderas, recodos y ramas, todos delimitados y reconocidos como propios por las ranitas de San Antonio. En esos árboles debe existir un mundo sorprendente de territorios y territorialismo, que escapa completamente a la mente humana.

En el extremo norte del lago, donde nadamos, los peces comen pecas, lunares, mordeduras de parásitos y otras imperfecciones que tengo en la espalda y piernas. Así que tengo que moverme en el agua o evitar adentrarme en la parte profunda para que no me muerdan. Generalmente, el agua en la superficie es tan cálida como la de un baño tibio y muy fría debajo. Sin embargo, lo que más me gusta es la forma en que se ve desde la ventana del estudio. Está en un tranquilo movimiento continuo. Temprano, por la mañana absorbe los rayos de sol con sus miles de destellos y refleja un despliegue infinito de trozos de cristal que se mueven en la superficie. Las hojas esparcidas entre el lago y yo, son de una gama que va desde el verde al amarillo oscuro, pasando por el amarillo verdoso, mientras que la brisa conspira con el reflejo del sol en el lago y con las sombras para hacer que toda la ladera estalle en vida y luz.

Para mantenerme en forma salgo a correr por las mañanas unas tres veces por semana (lo suficientemente temprano como para evitar los 35° C de temperatura con que contamos durante la mayor parte del tiempo de nuestra visita). Programo el cronómetro nuevo que

me regalaron para el día del padre y comienzo mi rutina cerca de las 7.15. Me dirijo hacia el pueblo por la calle Atlanta, doblo a la derecha para ir por la calle principal de dos cuadras de largo, llamada Main Street, paso por dos bancos, la Primera Iglesia Metodista y la biblioteca y voy por el otro lado hacia las afueras del pueblo, paso por dos mansiones con árboles gigantes en los jardines delanteros que datan de los días de la Guerra Civil y hasta los de la Revolución. Supongo que todos los perros de Barnesville han sido atacados por la gente, porque si alguna vez comienzan a ladrarme, lo único que tengo que hacer es agacharme como si estuviera levantando una ramita, y de ese modo se dan la vuelta y se van. Transcurridos casi veinte minutos desde mi salida de la casa, doy una vuelta en U para regresar por otro camino, sólo por variar un poco el recorrido. Ese camino me conduce por el cementerio. (¡Qué desolado es un cementerio sin árboles!). Luego me lleva por la Primera Iglesia Bautista y a continuación paso por la planta de praliné de nueces pacanas. Siguen la barranca de los kudzus y los pastos donde crían a Flash, un caballo asmático. Ya estoy empapado en transpiración. No me duelen las piernas porque están entumecidas. Sin embargo, el calor se convierte en mi enemigo. La transpiración corre por mi rostro y cabellera. (Siempre me olvido de usar una vincha en la frente). Es salada y quema los ojos. Algunas mañanas tengo que detenerme por un momento y caminar porque no llega demasiado oxígeno a los músculos ni refrigeración a los pulmones ni al corazón para que pueda seguir. Esta mañana es fresca y eso me permite seguir sin parar cerca de seis kilómetros y medio. Corro a toda velocidad los últimos 45 metros para obtener el primer puesto en una carrera imaginaria. ¡Ah, la gloria del cansancio y del triunfo!

LA VIDA REAL ES FÍSICA

¿A donde apunto con toda esta excursión divertida? A mostrar que la vida real se desenvuelve dentro del ámbito físico. Está relacionada con el tacto, el olfato, la vista, el oído y el gusto. También con árboles,

troncos, peces, ranas, hormigas, pájaros, hojas, agua, calor, ensaladas de repollo, zanahoria y cebolla con mayonesa, té frío, muslos entumecidos, transpiración salada, lombrices y saltamontes y miles de otras criaturas y sensaciones que percibimos porque Dios ha creado un mundo físico.

Como dije, dos noches atrás tomé una silla de la cocina, y alrededor de las 22.30, salí al exterior y me senté a mirar la luna. Durante las últimas noches, la luna había estado dibujando un arco cada vez más bajo sobre el horizonte que da al sudeste. Aquella velada, estaba justo encima de los cables eléctricos que invaden con la tecnología moderna este pequeño paraíso de Georgia. Había una luna casi llena. Hermosas imperfecciones grises acribillaban aquella cara gris anaranjada. La caricia constante de las delgadas nubes no lograba limpiar aquel viejo rostro. Sus defectos son muy profundos y antiguos.

Me senté, y de nuevo quedé absorto ante la espléndida belleza del cielo, ante los grillos zumbantes, las ranas de San Antonio; también ante la suave brisa que acariciaba mi rostro y ante la fragancia que emergía de los pinos. Me maravillaba pensar que Dios, que es espíritu y no puede ser visto ni tocado, haya creado un océano de realidades físicas que huelen, brillan, se sienten, se saborean y suenan. Como lo ha señalado C.S. Lewis:

> No tiene sentido intentar ser más espiritual que Dios. La intención de Dios no era que el hombre fuese un ser puramente espiritual. Por eso utiliza elementos materiales, como lo son el pan y el vino, con el fin de infundirnos vida nueva. Podemos pensar que eso suena un poco crudo y carnal. Pero Dios no lo cree así: él inventó la necesidad de comer. A Dios le agrada la materia. Él la inventó...
> Sé que algunos cristianos atolondrados hablan como si el cristianismo sostuviera que el sexo, el cuerpo o el placer, fuesen malos en sí mismos. El cristianismo es casi la única de las grandes religiones que aprueba completamente el cuerpo (afirma que la materia es buena, que una vez Dios mismo fue quien tomó un cuerpo humano, y que en el cielo se nos dará alguna

clase de cuerpo que constituirá una parte esencial de nuestra felicidad, belleza y energía).[1]

Debo admitir que cada vez que me siento y observo la belleza de la luna en Georgia, o contemplo el lago en la mañana temprana, o quedo maravillado ante la vejez y resistencia de un gran árbol, lucho con la duda sobre si ese profundo gozo debería provenir de cosas materiales. Ya mencioné este problema en Desiring God [Desear a Dios] (142-143) y expliqué la manera en que lo resolví, de acuerdo con mi propia experiencia.[2] Sin embargo, no planteé el problema en relación con Dios mismo.

Así que en este capítulo, me gustaría proponer dos preguntas: 1) ¿Dios se complace en su creación? y 2) Si es así, ¿qué hay de la intensidad del deleite que él tiene en el Hijo? ¿Por qué Dios no es idólatra si ama su creación?

1. Tomado de C. S. Lewis, Mere Christianity [Cristianismo y nada más], en A Mind Awake: An Anthology of C.S. Lewis [Una mente despierta: antología de C.S. Lewis], ed. Clyde Kilby (Nueva York: Harcourt, Brace and World, 1986), 210-211.
2. Allí, el problema surgió especialmente por los Salmos. A modo de ejemplo, Salmo 73.25,26 dice:
¿A quién tengo en el cielo sino a ti?
Si estoy contigo, ya nada quiero en la tierra.
Podrán desfallecer mi cuerpo y mi espíritu,
pero Dios fortalece mi corazón;
él es mi herencia eterna
Y el Salmo 27.4 declara:
Una sola cosa le pido al Señor,
y es lo único que persigo:
habitar en la casa del Señor
todos los días de mi vida,
para contemplar la hermosura del Señor
y recrearme en su templo.
Estos salmos parecerían indicar que un verdadero santo estaría tan lleno del gozo del Señor que el deleite en las cosas materiales, como por ejemplo una noche a la luz de la luna, no serían capaces de agregar nada a su alegría. Como si dijeran que el único gozo que debemos tener es el gozo en Dios y no en la creación. Sin embargo, San Agustín escribió algo que ha servido para unir estos dos pensamientos. Él oró de la siguiente manera: "Menos os ama el que ama con Vos alguna cosa que no ama por Vos". Citado por Henry Bettenson, ed., Confessions [Confesiones], en Documents of the Christian Church [Decomentos de la iglesia cristiana] (Londres: Universidad de Oxford, 1967), 54. Lo que San Agustín me enseñó es que existe una manera de deleitarse en la creación de Dios no por lo que la creación es, sino por lo que Dios es. El secreto para no cometer idolatría al disfrutar de una noche a la luz de la luna, o de un lago que centellea por la mañana, o al contemplar el festín semestral de los bagres, reside en descubrir el camino para hacerlo.

¿LE AGRADA A DIOS EL MUNDO?

Respondería a esta primera pregunta con un resonante ¡sí! Dios tiene complacencia en la creación. ¿Cómo lo sabemos? El capítulo 1 de Génesis nos describe no sólo una creación ordenada de la forma correcta, sino que también nos da la respuesta de Dios ante ella. Es como si Dios tomara distancia en seis oportunidades e hiciera un balance. En cada oportunidad, el texto dice: «Y Dios consideró que esto era bueno» (vv. 4,10,12,18,21,25). Y cuando hubo terminado todo y creó al hombre y a la mujer a su misma imagen, dice el texto: «Y Dios miró todo lo que había hecho, y consideró que era muy bueno».

Tomo estos versículos para intentar señalar que Dios estaba complacido en su obra. Él la aprobó. Estaba feliz de haberla realizado. Mirarla le provocaba placer. Era como decir: «Sí, eso es. Con esto me basta. Era justo lo que quería». La historia nos muestra con anterioridad que la raíz del deleite en la creación está relacionada con la transmisión de la imagen de su misma gloria, ya que sólo después de crear al hombre y a la mujer a su imagen, Dios le agrega a la frase «consideró que era bueno», la palabra «muy»

Quizás podemos entender de una mejor manera el gozo de Dios en su creación en el Salmo 104. Es un canto que expresa la abundancia de Dios en lo que ha creado. El versículo clave es el 31:

> Que la gloria del Señor perdure eternamente;
> Que el Señor se regocije en sus obras.

No se trata de una oración por algo que podría suceder o no, como si yo dijera «que Nöel haga espaguetis para cenar esta noche». El salmista no intenta decir: «Espero que Dios se regocije en sus obras. Sin embargo, no estoy seguro de que lo hará». Si ese fuera el significado de esta oración, entonces la primera línea del versículo llevaría el mismo sentido: «Espero que la gloria de Dios dure por siempre. Sin embargo, no estoy seguro de que así será». Sin dudas, no es eso lo que quiere decir. La confianza inquebrantable de la Biblia reside en que la gloria de Dios no solo durará por siempre sino que también cubrirá la tierra como las

aguas cubren el mar (Números 14.21; ver también Habacuc 2.14).

El salmista no está orando por algo que puede llegar a no ocurrir. Está gozoso ante la certidumbre de que sí ocurrirá y, de que en realidad, ha tenido lugar y tiene lugar en nuestros días. Ninguna duda se esconde detrás del primer grito: «Que la gloria del Señor perdure eternamente». Y tampoco detrás del segundo: «Que el Señor se regocije en sus obras».

Entonces la respuesta a la primera pregunta es ¡sí! Dios se complace en la creación porque el salmo entero muestra (como veremos más adelante) que las «obras» a las que hace referencia el salmista son las obras de la creación (cosas como el agua, las nubes, el viento, las montañas, los truenos, los manantiales, los asnos salvajes, los pájaros, el pasto, el ganado, el vino, el pan, los cedros, la cabras monteses, los tejones, las piedras, los leoncitos y los monstruos marinos). Dios se deleita en la obra de sus manos.

EL JÚBILO DEL CIELO ANTE LA CREACIÓN

Me encanta el cuadro que Dios le pinta a Job cuando le plantea interrogantes relacionados con la creación. Dios pregunta en Job 38.4-7:

> ¿Dónde estabas cuando puse las bases de la tierra?
> ¡Dímelo, si de veras sabes tanto!
> ¡Seguramente sabes quién estableció sus dimensiones
> y quién tendió sobre ella la cinta de medir!
> ¿Sobre qué están puestos sus cimientos,
> o quién puso su piedra angular
> mientras cantaban a coro las estrellas matutinas
> y todos los ángeles gritaban de alegría?

¿Vemos el cuadro? No había ningún hombre allí. Por lo tanto Job debe humillarse y darse cuenta que existen algunas cosas que él (¡y nosotros!) no podemos entender. Sin embargo, parece que Dios al recalcar este punto, no puede resistirse a mencionar el estado de ánimo del cielo en el momento de la creación. «Y todos los ángeles

gritaban de alegría». Es evidente que todos los ángeles habían sido creados antes que el universo. Y no es difícil ver por qué. Dios quería que hubiera una audiencia que pudiese contemplar la creación del mundo. Estoy seguro de que cuando Dios creó las galaxias exclamó: «¡Miren esto!» Imagínese el temor y el asombro que cundió entre los ángeles. Nunca habían visto ni imaginado la materia. Todos son «espíritus ministradores» (Hebreos 1.14 RVR60) y no tienen cuerpos tangibles como nosotros. Cuando Dios trajo cosas materiales a la existencia, con toda su variedad increíble, y con cualidades de visión, sonido, olfato, tacto y gusto de las que nadie había oído hablar; era algo desconocido para los ángeles. Todo había sido inventado por Dios. Aquello no fue como a descubrir un cuadro pintado con los colores que todos conocemos. ¡Todo era absoluta, total e inimaginablemente nuevo! Y la respuesta de los hijos de Dios fue dar un grito de júbilo.

Ahora bien, admito que este texto no expresa de manera explícita que Dios mismo haya gritado de gozo. Pero, ¿usted supone que, mientras millones de ángeles gritaban de alegría ante la creación, Dios se hubiera quedado de brazos cruzados, con un rostro impávido y carente de emoción? Si eso fuera verdad, entonces algo no funcionaría bien en el cielo. Pienso que Dios le habla a Job acerca del gozo de los «hijos de Dios» porque en realidad, los hijos heredan el carácter del Padre. Usted puede estar seguro de que si los hijos gritaban de alegría ante la grandeza y maravilla de lo que el Padre había creado, entonces el deleite del Padre en la creación y en el gozo de sus hijos era inmenso.

La pregunta es ¿por qué? ¿Por qué Dios se deleita en su creación? Encuentro dos razones que me indican la importancia de esta pregunta.

¿DEBERÍA EL HIJO PONERSE CELOSO?

Una de las cosas que me siento obligado a explicar es por qué no es un acto de idolatría el que Dios se deleite en la creación. ¿Por qué esto no deshonra al Hijo? ¿Por qué causa el Hijo no debería ponerse celoso?

En realidad, ¿debería el Padre compartir sus sentimientos con el mundo? ¿Acaso no debería él sentirse satisfecho por la hermosura que emana de su perfección y que se refleja en la persona del Hijo?

La otra razón para preguntarnos por qué Dios se deleita en su creación es que necesitábamos saberlo antes que el deleite en sí mismo pudiera decirnos algo acerca del carácter de Dios. Dos personas pueden desear la misma cosa por causas tan diferentes que una puede ser honorable y la otra perversa. (Cierto hombre puede querer granos para hacer pan y otro para hacer una bebida.) Nuestro objetivo es ver la verdadera gloria y valor de Dios. Y nuestra suposición es que «el valor y la excelencia de un alma se miden por el objeto de su amor». Entonces queremos descubrir qué es lo que Dios ama, cuál es su deleite. Sin embargo, esto presume que entendemos el motivo que conduce a Dios a amar. No podremos sacar ninguna conclusión acerca del sentido en que este deleite refleja el valor y la excelencia de Dios, a menos que conozcamos la razón por la que Dios se complace en su creación.

Intentaré resumir la respuesta a la segunda pregunta en cinco declaraciones cuya base se encuentra principalmente en el Salmo 104, así como también en otros textos de la Escritura. Estas declaraciones que explican por qué Dios se deleita en su creación en realidad no están separadas unas de otras, ya que coinciden en muchos aspectos. Pero la razón principal se expresa en cada una de manera un poco diferente. Ellas nos ayudarán a apreciar la belleza verdadera de una piedra preciosa cuando es puesta bajo un haz de luz y vista desde diferentes ángulos. Y advertiremos que la respuesta a la segunda pregunta también responde a la primera.

LO QUE EL DÍA Y LA NOCHE PROCLAMAN

Primero, Dios se regocija en sus obras porque estas son una expresión de su gloria. Notamos esto primero en el Salmo 104.31, que expresa:

> Que la gloria del Señor perdure eternamente;
> Que el Señor se regocije en sus obras.

Estas dos líneas muestran que Dios disfruta de sus obras porque ellas manifiestan su gloria. En otras palabras, las dos mitades de este versículo se relacionan con algo parecido a: «Dios se regocijará en sus obras mientras la gloria del Señor perdure en ellas». O podría decir: «Que la gloria de Dios permanezca para siempre, para que el Señor se regocije en sus obras».

Esta idea se confirma en el Salmo 19.1-2

> Los cielos cuentan la gloria de Dios,
> el firmamento proclama la obra de sus manos.
> Un día comparte al otro la noticia,
> una noche a la otra se lo hace saber.

Está claro que la gloria de Dios es el mensaje principal que la creación quiere comunicar al ser humano. La gloria de la creación no es el mensaje principal, sino la gloria de Dios. La gloria de Dios y la gloria de la creación son tan distintas como un poema de amor y el amor, un cuadro y el paisaje, un anillo y el matrimonio. Sería una enorme tontería y una gran tragedia si un hombre amara más a la banda que toca durante su boda que a la novia. Sin embargo, esto es lo que Romanos 1.19-23 relata que sucedió. Los seres humanos se han enamorado del eco de la excelencia de Dios en la creación y perdido la habilidad de escuchar el grito original de amor incomparable.

> Lo que se puede conocer acerca de Dios es evidente para ellos, pues él mismo se los ha revelado. Porque desde la creación del mundo las cualidades invisibles de Dios, es decir, su eterno poder y su naturaleza divina, se perciben claramente a través de lo que él creó, de modo que nadie tiene excusa. A pesar de haber conocido a Dios, no lo glorificaron como a Dios ni le dieron gracias, sino que se extraviaron en sus inútiles razonamientos y se les oscureció su insensato corazón. Aunque afirmaban ser sabios, se volvieron necios y cambiaron la gloria del Dios inmortal por imágenes que eran réplicas del hombre mortal, de las aves, de los cuadrúpedos y de los reptiles.

La creación anuncia este mensaje: detrás de todo este universo alucinante existe un gran Dios de gloria, poder y generosidad. Ustedes le pertenecen. Él es paciente para con ustedes y soporta su estilo de vida rebelde. Vuélvanse a él y depositen su confianza en él. Deléitense en él y no en la obra de sus manos. Ese mensaje será anunciado a todos los que ese día lo escuchen, hablando a través de la luz clara del sol, del cielo azul, de las nubes, y a través de los colores y figuras indescriptibles que abundan en las cosas visibles. La noche declara la «sabiduría» del mensaje a todos aquellos que lo oyen, hablando con grandes vacíos de oscuridad, lunas veraniegas, estrellas incontables, sonidos extraños, brisa fresca y aurora boreal. El día y la noche expresan lo mismo: ¡Dios es glorioso! ¡Dios es glorioso! ¡Dios es glorioso!

Esta es la razón más importante por la que Dios se deleita en la creación. En ella, Él ve el reflejo de su propia gloria. Esto indica por qué Dios no es idólatra al deleitarse en la obra de sus manos.

La creación y Cristo

Pero, ¿qué sucede con el Hijo de Dios? ¿Esto significa que el Hijo y la creación compiten por el afecto del Padre? Recordemos que también al Hijo se lo llama el resplandor de la gloria de Dios (Hebreos 1.3). ¿Dios se deleita en parte en la creación y en parte en el Hijo? ¿No le roba la creación al Hijo algo del deleite de Dios? ¿No debería el Hijo sentirse celoso?

No. El Padre y el Hijo se regocijaban el uno en el otro con satisfacción abundante antes de la creación. Ese fue el tema central del capítulo 1. Cuando llegó el tiempo de llevar a cabo la creación, la Biblia dice que el Padre y el Hijo estaban activos en la obra creadora. No es que el Padre estaba hastiado del Hijo y por eso decidió inventar otro disfrute que compensara la frustración que él le había causado. Esto se percibe claramente en las Escrituras:

> Para nosotros no hay más que un solo Dios, el Padre, de quien todo procede y para el cual vivimos; y no hay más que un solo Señor, es decir, Jesucristo, por quien todo existe y por medio del cual vivimos (1 Corintios 8.6).
>
> Porque por medio de él [Cristo] fueron creadas todas las cosas (Colosenses 1.16).
>
> En estos días finales [Dios] nos ha hablado por medio de su Hijo. A éste lo designó heredero de todo, y por medio de él hizo el universo (Hebreos 1.2).
>
> En el principio ya existía el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios. Por medio de él todas las cosas fueron creadas; sin él, nada de lo creado llegó a existir (Juan 1.1,3).

Dicho de otra manera, la obra de la creación no es meramente la obra del Padre, como si él tuviera que satisfacer una necesidad que el Hijo no podía saciar. Ni tampoco fue meramente una obra del Hijo, como si tuviera que satisfacer una necesidad que el Padre no podía saciar. En lugar de eso, se trata de una obra que hicieron juntos. Y lo que los impulsó no fue una insuficiencia en cuanto al deleite, sino un desborde de gozo mutuo. Jonathan Edwards lo expresa de la siguiente forma: «Con certeza, no es una lucha por llenar el vacío o cubrir la deficiencia de una fuente que tiende a desbordar»[3]. Si alguien preguntara si Dios era menos feliz antes de que el Padre y el Hijo liberaran su energía gozosa y creativa, Edwards respondería: «Aunque esta 'comunicación' de Dios [a través de la creación], los ejercicios, operaciones, y expresiones de su gloria perfecta en los que Dios se deleita, suceden en un tiempo determinado, el gozo que eso le produce no tiene principio ni fin. Ha estado siempre igualmente presente en la mente divina».[4]

Por consiguiente, cuando la Biblia nos enseña que la creación expresa la gloria de Dios, no debemos pensar meramente en la gloria del Padre o en la del Hijo, sino más bien en la gloria de ambos.

3. Jonathan Edwards, The End for Which God Created the World [La finalidad con la que Dios creó el mundo], en The Works of Jonathan Edwards [Las obras de Jonathan Edwards], 1 (Edinburgh: Banner of Truth Trust, 1974), 102.
4. Ibíd.

Y la gloria que ellos comparten es ese mutuo gozo que rebosa de la perfección de cada uno. Así que la creación es una expresión del desborde de ese gozo y vida que el Padre y el Hijo disfrutan recíprocamente.[5] En Dios el Señor no existe la competencia ni los celos. En la creación, el Padre y el Hijo son igualmente glorificados, porque la creación es el desborde de alegría que ellos tienen en sí mismos.

Entonces, la declaración básica y primera que podemos mencionar y que explica por qué Dios se regocija en la obra de la creación, es que la creación misma es una expresión de su gloria.

NINGÚN SER HUMANO PUEDE OÍR LAS ALABANZAS DE LAS PROFUNDIDADES

Segundo, Dios se regocija en las obras de su creación porque ellas lo alaban. En el Salmo 148, el salmista invita a toda la creación a alabar a Dios.

> Alábenlo, sol y luna,
> alábenlo, estrellas luminosas.
> Alábenlo ustedes, altísimos cielos,
> y ustedes, las aguas que están sobre los cielos
> Sea alabado el nombre del Señor,
> porque él dio una orden y todo fue creado ...
> Alaben al Señor desde la tierra
> los monstruos marinos y las profundidades del mar.
> (vv. 3-5,7)

David clama nuevamente en el Salmo 103.22, diciendo:

> Alaben al Señor, todas sus obras
> en todos los ámbitos de su dominio.

5. Creo que no sería erróneo decir que esto explica por qué la Biblia expresa: "Y el Espíritu de Dios iba y venía sobre la superficie de las aguas" (Génesis 1.2). El Espíritu es la vida y el gozo del Padre y del Hijo, y deja en claro que él también forma parte de la Persona divina, y que es tan perfecto y tan pleno como lo son el Padre y el Hijo. Ver capítulo 1, nota 24.

¿Qué quiere decir esto? Podríamos decir que el sol, la luna y las estrellas alaban a Dios porque nos dan testimonio acerca de Dios. Como hemos visto recién, eso sería verdad (Romanos 1.19-23); pero ¿qué hay del Salmo 148.7? «Alaben al Señor desde la tierra los monstruos marinos y las profundidades del mar». ¿Algún ser humano se encuentra en las profundidades como para oír las alabanzas?

Uno de mis poemas favoritos es el que escribió Thomas Gray en 1751, titulado «Elegía escrita en un camposanto». Una de sus estrofas dice:

> Gemas plagadas del rayo sereno más puro,
> Que las oscuras e ignotas cuevas del océano albergan:
> Flores que nacen y brotan sin ser vistas,
> Y desperdician su fragancia por el aire desierto.

Lo que motivó a Gray a escribir esto era el pensamiento de que en el fondo del mar había gemas hermosas que ningún ojo humano había visto, y que millones de flores que nunca nadie había tocado, visto u olido, excepto Dios, crecían en desiertos distantes, y estallaban en vívidos colores, despidiendo una dulce fragancia.

Parece que Dios quería que Job reflexionara sobre todo esto. Le preguntó: «¿Has viajado hasta las fuentes del océano, o recorrido los rincones del abismo? ... ¿Quién abre el canal para las lluvias torrenciales, y le da paso a la tormenta, para regar regiones despobladas, desiertos donde nadie vive ... ¿Sabes cuándo los íbices tienen sus crías? ¿Has visto el parto de las gacelas?» (Job 38.16,25,26; 39.1). En otras palabras, Dios estaba afirmando que él era el que podía ver las profundidades de los océanos, llevar lluvia a los desiertos donde ningún hombre habita, y contemplar, como lo hace una partera, el nacimiento de cada cabra montés y ciervo salvaje. Eso es lo que motiva al salmista en el Salmo 148.7: «Alaben al Señor desde la tierra los monstruos marinos y las profundidades del mar». ¡El salmista ni siquiera conocía lo que había en las profundidades del océano! Así que las profundidades no son algo que puedan de alguna manera dar testimonio al hombre. La creación alaba a Dios simplemente por ser lo que fue destinada a ser en toda su increíble variedad. Y ya que la mayor parte de la creación va más allá de la conciencia humana

(alcanza el espacio, las alturas de las montañas y el fondo del mar), no fue meramente creada con una finalidad relacionada con nosotros. Fue creada para el disfrute de Dios.

RANGER RICK ES UNA REVISTA TEOLÓGICA

Debo confesar algo. Una de mis revistas preferidas es Ranger Rick. Cuando solía llegar a casa dirigida a los «jóvenes Piper», yo era el primero de los Piper en sentarme en el sillón a leerla. La razón era simple: a pesar de sus prejuicios innecesarios e indeseados acerca de la evolución, era una revista que me inspiraba más alabanzas que otras. Era un registro mensual de los descubrimientos de increíbles fenómenos naturales que hasta ahora habían sido disfrutados sólo por Dios durante miles de años.

Por ejemplo, leí acerca de una araña de agua europea que vive en el fondo de los lagos, y que aun así, respira aire.[6] Sale a la superficie del agua, da una voltereta sobre sí misma y atrapa una burbuja de aire. Luego, mientras nada hacia el fondo del lago, retiene la burbuja en los orificios respiratorios que posee en el medio de su cuerpo, y al llegar allí teje entre las algas marinas, una telaraña de seda. Sube y baja burbuja tras burbuja hasta que debajo de la telaraña se forma un pequeño globo de aire donde puede vivir, comer y aparearse. Después de leer esto, hubo un momento de alabanza en aquella sala donde estaba sentado. ¿Esto no te hace querer gritar: «¡Oh Señor, cuán numerosas son tus obras! ¡Todas ellas las hiciste con sabiduría! ¡Rebosa la tierra con todas tus criaturas!» (Sal 104.24)?

Me quede sentado y con la boca abierta, y creo que Dios sonrió y dijo: «Sí, John. Y yo disfruto desde antes de los tiempos de Abraham de aquella pequeña obra de arte. ¡Si tan sólo supieras cuántos otros millones de maravillas existen más allá de tus ojos que yo ha podido contemplar con alegría cada día!».

Consideremos los monstruos marinos que nunca hemos visto. El Salmo 104.25-26 afirma:

6. Ellen Holtzen, "Home Is a Bubble" [Mi casa es una burbuja], Ranger Rick (enero 1987): 14-15.

Allí está el mar, ancho e infinito,
que abunda en animales, grandes y pequeños,
cuyo número es imposible conocer.
Allí navegan los barcos y se mece Leviatán,
que tú creaste para jugar con él.

¿Por qué Dios creó monstruos marinos? Solamente para ir a juguetear con ellos en el océano donde ningún hombre alcanza a ver, sólo Dios. El océano atestado también declara la gloria de Dios y lo alaba a miles de kilómetros del ojo humano. Esa es la segunda razón de por qué Dios se deleita en sus obras.

SABIDURÍA MÁS ALLÁ DE NUESTRO ENTENDIMIENTO

Tercero, Dios se regocija en la obra de la creación porque a través de ella se revela su sabiduría incomparable. Ese es el punto que nos muestra el Salmo 104.24:

¡Oh Señor, cuán numerosas son tus obras!
¡Todas ellas las hiciste con sabiduría!
¡Rebosa la tierra con todas tus criaturas!

«¡Todas ellas hiciste con sabiduría!» En otras palabras, el Señor halla deleite en la expresión de su sabiduría. El universo refleja una obra maestra de orden y sabiduría. Si tomamos sólo una parte de él, por ejemplo el cuerpo humano: ¡qué obra fantástica de inteligencia y sabiduría! ¿Quién puede desentrañar el cerebro humano y el misterio de cómo logran la mente y el cuerpo trabajar juntos? Ya sea que miremos de cerca o de lejos, ya sea que busquemos grandeza o pequeñez, los milagros de la naturaleza dejan la mente pasmada ante la sabiduría con la que han sido tejidos.

¿Sabíamos que se conocen diez millones de especies de diatomeas? En una cucharadita de agua tomada de cualquier lago, se pueden encontrar cerca de un millón de estas plantitas diminutas. ¿Y qué están haciendo mientras entretienen a Dios con su belleza

microscópica? (¡Sé que son hermosas porque he visto magníficas fotos a color de ellas publicadas en Ranger Rick!) ¿Qué están haciendo? ¡Producen toneladas y toneladas de oxigeno para que los animales que viven en el agua puedan respirar! ¡El mundo está lleno de la sabiduría de Dios!

¡Oh Señor, cuán numerosas son tus obras!
¡Todas ellas las hiciste con sabiduría!
El salmista estaba maravillado ante el modo en que tan sabiamente
todo lo creado trabajaba de manera conjunta.

Haces que crezca la hierba para el ganado,
y las plantas que la gente cultiva
para sacar de la tierra su alimento.
(Sal 104.14)

Qué experiencia maravillosa es cuando Dios nos concede un momento en el que no damos nada por hecho y contemplamos el mundo como si hubiera sido creado ayer. Cómo nos maravillamos ante la sabiduría de Dios. Deberíamos orar de nuevo pidiendo tener los ojos que tienen los niños cuando ven algo por primera vez. Hace poco tiempo, William Quayle me hizo recordar esto en su alegre libro The Pastor-Preacher [El pastor predicador] en el que escribe: «Una vaca tiene unos ojos hermosos, sosegados como una pileta de aguas calmas, pero sin interés. No hay un toque milagroso en sus profundidades sin sueños. Son ojos sin alma. Los ojos de los niños son casi como un rayo. Están allí para ver las cosas: son las ventanas de la mente y desconciertan como un juego de espadas de fuego».[7]

Estos son los ojos que necesitamos para ver la interminable sabiduría que reina en el mundo. La comprensión acerca de Dios no se agota. Por toda la eternidad estaremos descubriendo nuevas cosas.

7. William A. Quayle, The Pastor-Preacher [El pastor predicador], ed. Warren W. Wiersbe (Grand Rapids: Baker Book House, 1979), 76-77.

El Señor es el Dios eterno,
creador de los confines de la tierra.
No se cansa ni se fatiga,
y su inteligencia es insondable.
(Is 40.28)

PODER SIN IGUAL

Cuarto, Dios se complace en la obra de la creación porque ella revela su poder incomparable. En Isaías 40.26, el profeta quedó deslumbrado ante el cielo cubierto de estrellas (quizás como aquella noche que viene a mi mente en una montaña en Utah en septiembre de 1968. En esa noche, el cielo parecía literalmente una alfombra de luces, y no podía distinguirse una estrella de otra). Isaías se maravilló y dijo:

Alcen los ojos y miren a los cielos:
¿Quién ha creado todo esto?
El que ordena la multitud de estrellas una por una,
y llama a cada una por su nombre.
¡Es tan grande su poder, y tan poderosa su fuerza,
que no falta ninguna de ellas!

Si Isaías quedó atónito al contemplar el poder de Dios para crear, nombrar y sostener cada una de las estrellas del cielo que él estaba contemplando en ese momento, ¿cómo expresaría hoy su adoración si conociera que las estrellas más cercana, Alfa Centauro y Próxima Centauro, se encuentran a cuarenta billones de kilómetros? ¿Cómo manifestaría su admiración si supiera que aquello que estaba percibiendo era sólo un retazo diminuto de galaxias que, a su vez, cuentan con cien millones de estrellas, y que existen millones de galaxias más allá de la nuestra?

Parece que desde hace algunas décadas, Dios disfruta de mantener a los astrónomos al borde de sus sillas al observar nuevos destellos de su poder. En el otoño de 1989, los periódicos informaron

acerca del descubrimiento hecho por dos astrónomos de la escuela de Harvard. El hallazgo sacó a la luz la «Gran pared» de galaxias que se extiende a cientos de millones de años luz a lo largo del universo ya conocido. Se supone que la longitud de esta pared es de quinientos millones de años luz, y que tiene un ancho de doscientos millones y un espesor de quince. En caso de que la astronomía que aprendimos durante la escuela secundaria se nos haya vuelto un poco confusa, recordemos que un año luz equivale a un poco menos de diez billones (10.000.000.000.000.) de km. Más de quince mil galaxias componen la Gran pared, y cada una de ellas contiene millones de estrellas. Se la ha descripto como «la estructura sencilla y coherente más grande que se ha visto en la naturaleza hasta ahora».[8]

Dije «se la ha descripto» porque tres meses después, en febrero de 1990, Dios abrió otra de sus pequeñas ventanas para llenar de asombro a los diminutos hombres. Los periódicos informaron que los astrónomos habían descubierto más de una docena de grupos de galaxias uniformemente distribuidas desplegándose a lo largo de vastas extensiones del cielo, que sugerían una estructura para el universo tan inmensa y regular que desafía las teorías de los orígenes cósmicos de la actualidad. Este último modelo de materia galáctica encontrado, empequeñece la extremadamente extensa sábana de galaxias, duplica la «gran pared» (¡ahora se escribe sin mayúsculas!) sobre la que en noviembre de 1989 se informó que constituía la estructura más grande del universo. Los astrónomos ahora afirman que, en realidad, esta gran pared es solo uno de los grupos, o regiones, más cercanos, y contine una enorme concentración de galaxias.[9]

¡Qué otra cosa es este universo sino una demostración espléndida de la increíble, incomparable e inimaginable exuberancia, sabiduría, poder y grandeza de Dios! ¡Qué gran Dios debe de ser!

8. Minneapolis Star Tribune (18 de noviembre de 1989): 13 A.
9. Minneapolis Star Tribune (23 de febrero de 1990): 2 A.

DIOS Y SÓLO DIOS

En quinto lugar, Dios se regocija en las obras de la creación porque ellas nos conducen más allá de sí mismas. Nos conducen a Dios. El deseo de Dios para nuestras vidas es que la obra de la creación produzca en nosotros asombro; pero no por su propio bien. Él anhela que podamos mirar la creación y expresar: «¡Si la mera obra de sus dedos (¡sólo de sus dedos!, Salmo 8.3) está tan llena de sabiduría, poder, grandiosidad, majestad y hermosura, entonces cómo será ese Dios en sí mismo!».

La creación no es sino la parte trasera de su gloria, como si la viéramos empañada a través de un vidrio. ¡Cómo será ver al mismo Creador! ¡No sus obras! Un millón de galaxias no podrían satisfacer el alma humana porque el fin del alma es Dios y sólo Dios. Jonathan Edwards lo ilustra así:

> El disfrute de Dios es la única felicidad que puede satisfacer nuestra alma. Ir al cielo y deleitarse enteramente en Dios no se compara con el más agradable de los alojamientos que se puedan encontrar aquí. ...Estas no son sino sombras, pero Dios es la sustancia. No son sino rayos dispersos, pero Dios es el sol. No son sino arroyos y Dios el océano.[10]

Esta es la razón por la que el Salmo 104 (vv. 31-34) concluye centrando su atención en Dios:

> Que la gloria del Señor perdure eternamente;
> que el Señor se regocije en sus obras.
> Él mira la tierra y la hace temblar;
> toca los montes y los hace echar humo.
> Cantaré al Señor toda mi vida;
> cantaré salmos a mi Dios mientras tenga aliento.
> Quiera él agradarse de mi meditación;
> yo, por mi parte, me alegro en el Señor.

10. "The Christian Pilgrim" [El peregrino cristiano], en The Works of Jonathan Edwards [Las obras de Jonathan Edwards], 2, 244.

Al final, los océanos, las montañas, los cañones, las arañas de agua, las nubes, las grandes galaxias no serán las que asombren nuestro corazón o pongan en nuestros labios alabanza eternal. Dios mismo lo hará. Por eso Dios tiene placer en su creación. La satisfacción que Dios el Padre y Dios el Hijo tienen el uno en el otro fluye a través de la creación y, de este modo, también fluye día y noche la revelación y la proclamación de la gloria de Dios.

LAS DECISIONES DEL CLYDE KILBY

Al llegar al final de este capítulo, recuerdo una conferencia dada por Clyde Kilby que se celebro en Minneápolis en la Primera Iglesia de la Alianza, el 22 de octubre de 1976. Principalmente, asistí para ver a Kilby, ya que él había sido uno de mis profesores favoritos en Wheaton College donde yo era especialista en literatura dentro del departamento que él coordinaba. Recuerdo aquella noche porque lo que él dijo resulta de importancia para lo que estoy intentando transmitir en este capítulo. A través de ello quisiera conseguir que los lectores pudieran abrir aún más grandes los ojos ante la gloria de Dios que se manifiesta en el mundo que nos rodea. Kilby tenía ojos. ¡Qué ojos tenía! Aquella noche compartió con nosotros once decisiones que él había tomado con el fin de vivir para la gloria de Dios. Me gustaría mencionar una.[11] Dijo: «Algunas veces volveré mi mirada hacia la frescura de visión que tenía durante la infancia e intentaré, aunque sea por un momento volverme, según las palabras de Lewis

11. Las otras diez resoluciones de Kilby son dignas de una seria reflexión:
(1) Al menos una vez al día, miraré al cielo fijamente y recordaré que yo, una conciencia consciente, estoy en un planeta que viaja hacia el espacio con objetos misteriosos que están en un continuo movimiento maravilloso a mi alrededor.
(2) En lugar de la acostumbrada idea de un cambio evolutivo absurdo y sin fin al que no podemos ni agregar, ni sustraer, supondré que existe una Inteligencia que guía el universo que, como Aristóteles dijo del drama griego, necesita de un comienzo, un desarrollo y un fin. Creo que esto me librará del cinismo que expresó Bertrand Russel antes de su muerte, cuando dijo: "Hay oscuridad por fuera y cuando muera habrá oscuridad por dentro. No existe esplendor, ni vastedad por ningún lado, solo trivialidad por un momento, y después nada".
(3) No caeré en la falsedad de que este día, o cualquier otro, sean sólo otras veinticuatro ambiguas, lentas y cansinas horas, sino que más bien lo consideraré un suceso único, lleno, si así lo deseo, de potencialidades valiosas. No seré lo suficientemente tonto como para suponer que los problemas y los dolores son paréntesis completamente malos dentro de mi existencia, sino que son, sólo si yo lo deseo, escaleras que me conducen hacia la madurez moral y espiritual.

Caroll, «el niño de frente pura y despejada y ojos llenos de sueños maravillosos"».

Una de las grandes tragedias de crecer es que nos acostumbramos a las cosas. Por supuesto que eso tiene su lado positivo, ya que los enojos pueden dejar de ser enojos. Sin embargo, existe una tremenda pérdida cuando nos acostumbramos al carmesí del sol naciente, a la redondez de la luna, a la blancura de la nieve, a la humedad de la lluvia, al azul del cielo, al zumbido de las abejas, al cri-cri de los grillos, a la invisibilidad del viento, a la constancia inconsciente con que funcionan el corazón y el diafragma, a la peculiaridades que tienen las narices y las orejas, a la cantidad de granos de arena que llenan las miles de playas, al incesante estruendo de las incontables olas, al nacimiento de millones de flores que se visten de reinas y crecen y se marchitan en los bosques y valles montañosos sin que nadie más que Dios las vea. Los invito, junto a Clyde Kilby, a buscar «la frescura de visión» y a mirar, como si fuera la primera vez, no a un producto sin sentido que ha resultado de vagos accidentes evolutivos acumulados durante milenios (con el que ningún niño ha soñado), sino al trabajo personal de un artista infinitamente poderoso, creativo y exuberante que ha hecho la tierra y el mar y todo lo que en ellos hay. Los invito a creer (como creen los niños) «que hoy, este mismo día, una pincelada se añade

(4) No convertiré mi vida en una delgada línea recta que prefiere las abstracciones a la realidad. Y sabré qué es lo que estoy haciendo cuando haga abstracción, que es algo que, por cierto, deberé hacer a menudo.
(5) No rebajaré mi propia singularidad a causa de la envidia de otros. Dejaré de ahondar en mí para descubrir a qué categorías psicológicas o sociales pertenezco. Simplemente me olvidaré de mi persona y haré lo que tenga que hacer.
(6) Abriré mis ojos y mis oídos. Una vez al día observaré de manera simple un árbol, una flor, una nube o una persona. No me preocuparé por preguntar qué es lo que son, sino que simplemente me alegraré por lo que son. Les concederé, con gozo, el misterio de aquello que Lewis denomina su existencia "divina, mágica, aterradora, exultante".
(7) Seguiré el consejo de Darwin y recurriré con frecuencia a cosas imaginarias tales como buena música y literatura, y escogeré preferentemente, como aconseja Lewis, un buen libro y música imperecedera.
(8) No permitiré que la carrera infernal de este siglo absorba todas mis energías, sino que en lugar de eso, como sugirió Charles Williams, "llenaré los momentos como momentos". Intentaré vivir sólo el ahora porque el único momento que existe es el ahora.
(9) Aunque más no sea para cambiar la perspectiva, daré por sentado que mis antepasados vienen del cielo más que de las cavernas.
(10) Aun si resulta erróneo, cimentaré mi vida en la suposición de que este mundo no es estúpido, y que tampoco está gobernado por un propietario absentista, sino que hoy, este mismo día, una pincelada se añade al lienzo cósmico y que a su debido tiempo la entenderemos con alegría como una pincelada que da el Arquitecto, que se llama a sí mismo Alfa y Omega.

al lienzo cósmico y que a su debido tiempo la entenderemos con alegría como una pincelada más que da el Arquitecto, que se llama a sí mismo Alfa y Omega» (nota 11, decisión 10).

Capítulo 4

EL DELEITE DE DIOS EN SU FAMA

«Por amor a su gran nombre,
el Señor no rechazará a su pueblo;
de hecho él se ha dignado hacerlos a ustedes
su propio pueblo.»

1 Samuel 12.22

En 1747, unos pocos meses antes de morir, a la edad de veintinueve años, David Brainerd, misionero entre los indios de Nueva Inglaterra, le escribió a un joven candidato al ministerio: «Entrégate a la oración, a la lectura y a la meditación de las verdades divinas: esfuérzate en penetrar hasta el fondo de ellas y nunca estés contento con un conocimiento superficial»[1]. Fue un buen consejo. Y no sólo dirigido a los pastores, ya que al llegar al fondo de las cosas, encontraremos un fundamento fuerte de la esperanza que nos conduce a la victoria en la misión global de la iglesia. Hallaremos a un Dios cuyo compromiso con la causa de su pueblo se basa en sí mismo y no en su pueblo. La profundidad infinita que hay en él

1. Jonathan Edwards, The Life of David Brainerd [La vida de David Brainerd], ed. Norman Pettit, The Works of Jonathan Edwards [Las obras de Jonathan Edwards], 7 (New Heaven: Yale University Press, 1985), 496.

mismo es lo que alimenta su pasión por salvar y purificar, y no toma nada de nuestra tierra superficial y poco profunda. Al avanzar en este capítulo, observaremos que el tiempo que nos lleva profundizar en el corazón de Dios se ve recompensado por el descubrimiento de una veta de oro o de un pozo petrolífero. El gozo y el poder recompensan el esfuerzo más allá de toda expectativa.

¿QUISO DECIR «NOMBRE» O «FAMA»?

Cuando hice el primer bosquejo de este capítulo, le puse por título «El deleite de Dios en su nombre». Sigo creyendo que sería un título bien bíblico. La Escritura menciona docenas de veces que Dios obra «por amor a su nombre». Sin embargo, si nos preguntásemos qué es lo más conmovedor de aquella declaración (y de muchas parecidas), la respuesta es que Dios se deleita en dar a conocer su nombre. La oración más importante que puede hacerse es: «Santificado sea tu nombre». Esta es una petición que expresa el esperanza de que Dios obre en su pueblo de modo tal que provoque en ellos el deseo el santificar su nombre. Como a Dios le encanta que cada vez más personas «santifiquen» su nombre, el Hijo enseña a los cristianos a corresponder a la gran pasión del Padre. «Señor, haz que cada día más personas santifiquen tu nombre», esto es, que más y más personas estimen, admiren, respeten, aprecien, honren y alaben su nombre. Básicamente, es una oración misionera. Así que mientras más meditaba en esto, más evidente se hacía que debía enfatizar la fama y no sólo el nombre de Dios. Fama significa tener un nombre muy conocido. Su nombre indica lo que realmente él es, en especial, con respecto a nosotros.[2] La idea central de este capítulo es que Dios se deleita en que se lo

2. Gustav F. Oehler, Theology of the Old Testament [Teología del Antiguo Testamento] (Minneapolis: Klock and Klock Christian Publishers, 1987, orig. 1873), 125. "En resumen, Dios se coloca un nombre no de acuerdo con lo que él significa para sí mismo, sino de acuerdo con lo que él significa para el hombre. ... Sin embargo, la noción bíblica del nombre divino no se agota en ello. No es meramente el nombre que Dios lleva en virtud de una relación en la que él se presenta al hombre; sino que la expresión "nombre de Dios" designa al mismo tiempo la entera presentación que Dios hace de sí mismo a través de la que Dios mismo en persona da testimonio de sí (el lado completo de la naturaleza divina que se revela al hombre)". De modo que esto está en plena conformidad con el significado de "el nombre de Dios" que permite percibir la implicancia de "fama de Dios".

conozca como la persona que verdaderamente él es. Eso explica por qué en este capítulo hablaré mucho acerca del nombre de Dios. No obstante, elegí el título: «El deleite de Dios en su fama».

UNA HISTORIA PARA PECADORES REFERIDA A LA ESPERANZA CENTRADA EN DIOS

Comenzamos con una historia sobre el pecado del hombre y la misericordia de Dios. Es una historia que me encanta porque está llena de una esperanza centrada en Dios. Y pone sobre el tapete las buenas noticias de que el amor de Dios por su fama es el fundamento de la misericordia que él siente hacia los pecadores desesperados. La oración clave en esta historia se encuentra en 1 Samuel 12.22: «Por amor a su gran nombre, el Señor no rechazará a su pueblo». De inmediato, cualquiera puede vislumbrar que la misericordia de Dios («el Señor no rechazará a su pueblo») se basa en la lealtad a su nombre («por amor a su gran nombre»). Pero necesitamos poner en acción la historia para poder sentir toda la fuerza de la verdad de un evangelio que se centra en Dios.

El período de los jueces del Antiguo Testamento (Gedeón, Débora, Sansón y los otros) ha terminado. Vemos a Samuel en escena como una especie de puente entre el período de los jueces, los reyes y los profetas. Hasta el momento, Israel no ha tenido rey. Sin embargo el caos que prevalece en la tierra, con cada uno haciendo lo que bien le parece (Jueces 21.25), conduce a Israel a demandar un rey a Samuel.

Podemos leer esto en 1 Samuel 8. Samuel es viejo. Sus hijos, Joel y Abías, han ocupado su lugar y se han convertido en jueces corruptos. Así que los ancianos de Israel convocan a Samuel y le dicen (v. 5): «Tú has envejecido ya, y tus hijos no siguen tu ejemplo. Mejor danos un rey que nos gobierne, como lo tienen todas las naciones». La reacción de Samuel es disgustarse y acudir a Dios en busca de consuelo. Para su sorpresa, Dios le responde: «Considera seriamente todo lo que el pueblo te diga. En realidad, no te han rechazado a ti, sino a mí, pues no quieren que yo reine sobre ellos» (8.7). No obstante, esto

no es tan simple. Dios agrega: «Adviérteles claramente del poder que el rey va a ejercer sobre ellos» (8.9).

Entonces Samuel procede a comunicarle al pueblo la manera en que el rey tomará a sus hijos e hijas para que le sirvan y demandará la décima parte de todos sus bienes para sus propósitos. Sin embargo, Samuel no consigue que el pueblo desista del deseo de tener un rey. El pueblo tiene la respuesta final en los versículos 19 y 20: «¡De ninguna manera! Queremos un rey que nos gobierne. Así seremos como las otras naciones, con un rey que nos gobierne y que marche al frente de nosotros cuando vayamos a la guerra». Como consecuencia, Samuel unge a Saúl como rey sobre Israel (capítulo 10). Luego, en el capítulo 11, Saúl derrota a Najás y a los amonitas, y Samuel convoca a todo el pueblo a Gilgal para renovar el reino y para nombrar a Saúl de manera oficial.

En el capítulo 12, Saúl da un discurso inaugural, pero resulta ser un discurso inusual (¡no era lo que el pueblo quería oír!). Samuel sí tiene muy buenas noticias para ellos. Sin embargo, antes de comunicárselas, Samuel quiere asegurarse de que el pueblo conozca y sienta la magnitud de la maldad que se esconde en su deseo de querer ser como las otras naciones y en no estar satisfechos con que Dios sea su rey (1 Samuel 8.5). En el capítulo 12, versículo 17, Samuel afirma: «Ahora no es tiempo de lluvias sino de cosecha. Sin embargo, voy a invocar al Señor, y él enviará truenos y lluvia; así se darán cuenta de la gran maldad que han cometido ante el Señor al pedir un rey». Al enviar Dios truenos y lluvia, el pueblo teme a Dios y confiesa sus pecados: «Ora al Señor tu Dios por nosotros, tus siervos, para que no nos quite la vida. A todos nuestros pecados hemos añadido la maldad de pedirle un rey» (12.19).

Una vez que el pueblo teme a Dios y se arrepiente de su pecado, vienen las buenas noticias: «No teman, replicó Samuel. Aunque ustedes han cometido una gran maldad, no se aparten del Señor; más bien, sírvanle de todo corazón. No se alejen de él por seguir a ídolos inútiles, que no los pueden ayudar ni rescatar, pues no sirven para nada» (12.20-21). Este es el evangelio: que aunque el pecado sea grande y hayan deshonrado a Dios, aunque al escoger un rey hayan cometido un error irreparable y aunque sus consecuencias dolorosas estén

por venir, a pesar de todo, hay un futuro y una esperanza. ¡No teman! ¡No teman! Y así nos encontramos con la base inamovible del evangelio expresada en el versículo 22: «Por amor a su gran nombre, el Señor no rechazará a su pueblo; de hecho él se ha dignado hacerlos a ustedes su propio pueblo».

¿POR QUÉ NO LOS RECHAZARÁ?

¿En qué se basa el valor de ellos, de acuerdo con este versículo? En primer lugar, Dios promete que no los rechazará. A pesar del pecado que cometen al querer un rey, el versículo declara: «El Señor no rechazará a su pueblo». Sin embargo, ese no es el fundamento más profundo para su esperanza y para que no sientan temor. ¿Por qué motivo Dios no los rechazará? La respuesta que Samuel da a esta pregunta es que Dios no los rechazará «por amor a su gran nombre». La causa más profunda que explica el compromiso de Dios con su pueblo es el compromiso que primeramente él tiene con su propio nombre. La piedra fundamental en la que se apoya nuestro perdón, gozo y ausencia de temor es el compromiso que Dios tiene con su propio nombre. Primero, Dios se compromete a obrar por amor a su nombre. Y luego, por esa razón, él se compromete a obrar en favor de su pueblo.

¿De qué manera Samuel hace esta conexión que nos favorece en 1 Samuel 12.22? ¿Por qué el compromiso de Dios con su nombre resulta en no rechazar a su pueblo? ¿De qué manera este compromiso con su nombre produce un compromiso con su pueblo?

La última parte del versículo 22 da la respuesta: «Él se ha dignado hacerlos a ustedes su propio pueblo». O para decirlo de otra manera: el buen propósito de Dios fue unirnos a él de manera tal que se pusiera en juego su nombre según el destino que nosotros corriéramos. O, poniéndolo aun de otra manera: el buen propósito de Dios fue poseernos de manera tal que aquello en lo que nosotros nos convirtamos sea el reflejo de su nombre. De este modo, no nos rechazará por amor a su nombre.

Comienza a hacerse evidente que 1 Samuel 12.22 no sólo es la

base para el deleite de Dios en su fama (todo este capítulo), sino también la base para su deleite en la elección (capítulo 5). Estos dos deleites están íntimamente relacionados. Así que permítanme adelantarme hasta el capítulo siguiente que trata sobre el deleite de Dios en la elección, para luego volver nuestra mirada hacia el deleite de Dios en su fama. Samuel dice: «Él se ha dignado hacerlos a ustedes su propio pueblo». En otras palabras, el deleite de Dios ha sido escogerlos, elegirlos de entre todos los pueblos de la tierra y hacerlos su posesión especial. Veremos que la elección de Israel ha sido libre e incondicional, y que es el deleite de Dios ejercer de esta manera su libertad.

Sin embargo, 1 Samuel 12.22 muestra que el objetivo principal de Dios no es la elección, sino que ésta constituye un medio para alcanzar el designio de que su nombre sea honrado y su fama difundida. Declara que Dios ha escogido a Israel para sí mismo: «Él se ha dignado hacerlos a ustedes su propio pueblo». Los eligió como un medio para hacerse un nombre a sí mismo. Por eso Samuel afirma que Dios no los rechazará «por el gran amor a su nombre». Entonces, existe un deleite aún más básico que subyace debajo del deleite que tiene Dios en escoger a su pueblo (que trataremos en el capítulo 5), y es el deleite que tiene en su propio nombre (el deleite que estamos tratando en este capítulo).

La gloria de Dios dada a conocer

¿Qué significa que Dios se complazca en su nombre? Hemos visto que, aunque puede que no signifique algo muy distinto al deleite que Dios tiene en su gloria intrínseca, existe una leve diferencia a saber: la gloria de Dios en darse a conocer. En otras palabras, muchas veces el nombre de Dios hace referencia a su reputación, su fama, su renombre. Cuando decimos que alguien se está haciendo de un nombre, utilizamos la palabra «nombre» con este sentido. Lo mismo sucede cuando comentamos que determinado producto es de una marca «conocida». Queremos decir que es una marca cuya reputación ha sido difundida.

Creo que esto es lo que 1 Samuel 2.22 intenta decir cuando afirma que Dios ha hecho a Israel un pueblo «suyo» y que no lo rechazará «por el gran amor a su nombre». Este pensamiento acerca del celo que Dios tiene por su nombre lo confirman muchos otros pasajes. Por ejemplo, en Jeremías 13.11, Dios describe a Israel como un cinturón que Dios ha elegido para resaltar su gloria, pero que resultó ser temporalmente inútil.

> Porque así como el cinturón se ajusta a la cintura del hombre, así procuré que todo el pueblo de Israel y toda la tribu de Judá se ajustaran a mí —afirma el Señor— para que fueran mi pueblo y mi renombre, mi honor y mi gloria. ¡Pero no obedecieron!

¿Por qué fue escogido Israel y hecho como esa prenda de vestir para Dios? Con el propósito de ser «de renombre, de honra y de gloria». Las palabras «honra» y «gloria» en este contexto nos indican que «nombre» significa «renombre» o «reputación». Dios escogió a Israel con el fin de que el nombre de Dios fuese notorio entre la gente. Dios declara en Isaías 43.21 que Israel es «pueblo que formé para mí mismo, para que proclame mi alabanza» .Y cuando la iglesia se contempla a sí misma en el Nuevo Testamento como el verdadero Israel, Pedro describe el propósito de Dios para nuestras vidas de esta manera: «Pero ustedes son linaje escogido... para que proclamen las obras maravillosas de aquel que los llamó de las tinieblas a su luz admirable» (1 Pedro 2.9). En otras palabras, Israel y la iglesia fueron escogidos con la intención de dar a conocer el nombre de Dios en el mundo.

En una de sus oraciones, David nos enseña lo mismo. Veamos 2 Samuel 7.23. En esta oración, David reflexiona acerca de que Israel ha sido apartado de los otros pueblos sólo porque Dios ha decidido obrar a favor de ellos a fin de que su nombre fuera dado a conocer.

> ¿Y qué nación se puede comparar con tu pueblo Israel? Es la única nación en la tierra que tú has redimido, para hacerla tu propio pueblo y para dar a conocer tu nombre. Hiciste prodigios y maravillas cuando al paso de tu pueblo, al cual redimiste de Egipto, expulsaste a las naciones y a sus dioses.

Dicho de otra manera, cuando Dios decidió redimir a su pueblo que era esclavo en la tierra de Egipto, y lo condujo por el desierto hacia la tierra prometida, no estaba solamente favoreciendo a un pueblo; estaba obrando, como dijo Samuel, según el gran amor a su nombre (1 Samuel 12.22); o, como lo expresó David, su nombre se estaba dando a conocer: estaba construyendo su reputación. Dios estaba revelando el placer que tiene en su fama.

Al final de este capítulo, veremos que el conocer la verdad acerca de Dios tiene resultados inmensamente prácticos y se relaciona con la manera en que vivimos y servimos a Cristo día a día. Es apropiado entonces que no nos apuremos al analizar este deleite de Dios. Se convierte en una parte crucial del fundamento de nuestra esperanza, gozo y obediencia. Ahora prosigamos adelante para considerar el origen del deleite que tiene Dios en su fama.[3]

¿POR QUÉ DIOS NO TERMINÓ RÁPIDAMENTE CON FARAÓN?

Detengámonos un momento en el éxodo. Ése es el momento en el que Dios comienza a moldear la vida corporativa del pueblo escogido. Por el resto de su existencia, Israel considerará el éxodo como un evento clave en su historia. Podemos ver que Dios está listo para escoger al pueblo para sí mismo. En Éxodo 9.16 Dios se dirige al faraón y le da a conocer (a nosotros también) por qué él decide multiplicar por diez plagas sus actos poderosos, en vez de terminar rápidamente con la dureza de Egipto en una sola y repentina catástrofe. Este texto resulta tan crucial que Pablo lo toma y lo cita en Romanos 9.17 para resumir el propósito que Dios perseguía a través del éxodo. Dios declara ante Faraón: «Te he levantado precisamente para mostrar en ti mi poder, y para que mi nombre sea proclamado por toda la tierra».

3. En este punto no volveremos al tema de la creación ya que en el capítulo 3 examinamos el deleite de Dios en la creación. En ese capítulo quedó implícito que Dios se complace en la creación porque ella proclama su gloria (Salmo 19.1) y da a conocer su nombre. La creación también revela que su nombre es majestuoso a todos aquellos que intentan ocultar su nombre (Romanos 1.18). Ése es el punto del Salmo 8 que comienza y termina exclamando: "Oh Señor, soberano nuestro, ¡qué imponente es tu nombre en toda la tierra!" la creación del mundo es parte de la respuesta anticipada que Dios da a la oración "Santificado sea tu nombre".

Entonces el objetivo del éxodo era crear una reputación mundial con respecto a Dios. El objetivo de las diez plagas y del cruce milagroso del Mar Rojo era demostrar el poder asombroso de Dios actuando a favor de su pueblo escogido, con el fin de que aquella reputación, aquel nombre, fuese declarado en todo el mundo. Entonces, ¿no es evidente que Dios se deleita en su fama?

Una de las grandes implicancias del deleite de Dios en su fama se encuentra en la historia de Rahab, la ramera que vivía en Jericó. Ella se había convertido al Dios verdadero y había sido librada de la muerte a causa del conocimiento de la fama de Dios que se había difundido a partir del éxodo hasta llegar a su ciudad. «Tenemos noticias de cómo el Señor secó las aguas del Mar Rojo para que ustedes pasaran, después de haber salido de Egipto. ...Yo sé que el Señor y Dios es Dios de dioses tanto en el cielo como en la tierra» (Josué 2.10,11). De este modo, el amor que Dios siente por la buena fama de su nombre fue el medio a través del que Rahab se convirtió a Dios. Una y otra vez veremos producirse esta conexión maravillosa.

LA LÓGICA DEL EVANGELIO: LA CENTRALIDAD DE DIOS CONSTITUYE LA BASE PARA SU MISERICORDIA

Isaías también afirma que el objetivo del éxodo era que Dios se hiciera un nombre eterno. Describe a Dios como aquel que

> ... hizo que su glorioso brazo marchara a la derecha de Moisés, el que separó las aguas a su paso, para ganarse renombre eterno ¿Dónde está el que los guió a través del mar, como a caballo en el desierto, sin que ellos tropezaran? El Espíritu del Señor les dio descanso, como a ganado que pasta en la llanura. Fue así como guiaste a tu pueblo, para hacerte un nombre glorioso (Isaías 63.12-14).

Entonces, cuando Dios dio una muestra de su poder al librar a su pueblo de Egipto a través del cruce del Mar Rojo, él tenía puesta

su mirada en la eternidad y en la perpetuidad de la gloria que estos actos le iban a producir.

El Salmo 106.7-8 enseña lo mismo:

> Cuando nuestros padres estaban en Egipto, no tomaron en cuenta tus maravillas; no tuvieron presente tu bondad infinita y se rebelaron junto al mar, el Mar Rojo. Pero Dios los salvó, haciendo honor a su nombre, para mostrar su gran poder. (Ver también Nehemías 9.10; Ezequiel 20.9; Daniel 9.15.)

¿Notamos esa lógica del evangelio operando aquí también? Es la misma lógica preciosa que advertimos en 1 Samuel 12.22. Allí, el pueblo pecador había elegido a un rey y provocado la ira de Dios. Sin embargo, Dios decidió no rechazarlos. ¿Por qué? Porque estaba en juego su gran nombre. Allí se señala que el pueblo pecador se había rebelado en contra de Dios en el Mar Rojo y había fallado al no tomar en cuenta su amor. Aun así, los salvó mediante su tremendo poder. ¿Por qué? La misma respuesta: por amor a su nombre, para dar a conocer su poder majestuoso.

Así que el primer amor de Dios tiene sus raíces en el valor de su santo nombre, y no en el valor de hombres pecadores. Y por funcionar de esta manera, hay esperanza para el hombre pecador, porque la salvación no se fundamenta en él. El nombre de Dios constituye la base de la salvación. ¿Podemos percibir la razón por la que la centralidad de Dios constituye el fundamento del evangelio?

Tomemos como un segundo ejemplo a Josué, que también comprendió la lógica del evangelio centrada en Dios y la puso en práctica del mismo modo que Moisés al suplicar por su pueblo pecador.[4] En el capítulo 7 de Josué, Israel ya ha cruzado el Jordán, ha entrado en la Tierra Prometida y derrotado a Jericó. Sin embargo, para la frustración de todos, el pueblo es derrotado en la ciudad de Hai. Ante

4. Cuando Dios se enojó ante la desobediencia del pueblo de Israel y amenazó con destruirlos, Moisés intercedió a favor de ellos y expuso ante Dios argumentos basados directamente en la premisa de que Dios se deleita en que su nombre se dé a conocer, y alude a actos que podrían desprestigiar su poder y santidad (Éxodo 32.11,12; Deuteronomio 9.27-29; Números 1413-16).

este hecho, Josué queda atónito. Acude al Señor en una de las oraciones más desesperadas de toda la Biblia.

> Dime, Señor, ¿qué puedo decir ahora que Israel ha huido de sus enemigos? Los cananeos se enterarán y llamarán a los pueblos de la región; entonces nos rodearán y nos exterminarán. ¡Qué será de tu gran prestigio! (Josué 7.8-9)

El gran fundamento de la esperanza para todos los siervos del Señor que tienen a Dios en el centro de su vida ha sido siempre la imposibilidad de que Dios permita que su nombre permanezca por mucho tiempo deshonrado entre las naciones. Eso resulta inconcebible, pues constituye la base de su confianza. Muchas cosas pueden cambiar, pero no el compromiso que Dios tiene con su «gran nombre».

PROFANADOS Y VINDICADOS EN BABILONIA

Sin embargo, ¿qué conclusión que podemos sacar del hecho de que la rebeldía de Israel hizo que la nación fuera entregada en manos de sus enemigos durante la cautividad babilónica en el tiempo de Ezequiel? ¿De qué manera un profeta centrado en Dios como Ezequiel podía manejar este terrible revés que dañaba la reputación de Dios?

Prestemos atención a la Palabra del Señor que vino al profeta en Ezequiel 36.20-23. Ésa es la respuesta que Dios le ofreció ante la cautividad de su pueblo que él mismo había ocasionado.

> «Pero al llegar a las distintas naciones [durante la cautividad], ellos profanaban mi santo nombre, pues se decía de ellos: Son el pueblo del Señor, pero han tenido que abandonar su tierra. Así que tuve que defender mi santo nombre, el cual los israelitas profanaban entre las naciones por donde iban. Por eso, adviértele al pueblo de Israel que así dice el Señor omnipotente: Voy a actuar, pero no por ustedes sino por causa de mi santo nombre, que ustedes han profanado entre las naciones por donde han ido. Daré a conocer la grandeza de mi santo nombre, el cual ha sido profanado entre las naciones, el mismo

que ustedes han profanado entre ellas. Cuando dé a conocer mi santidad entre ustedes, las naciones sabrán que yo soy el Señor. Lo afirma el Señor omnipotente.»

De modo similar, Dios afirma en Ezequiel 39.25:

«Ahora voy a cambiar la suerte de Jacob. Tendré compasión de todo el pueblo de Israel, y celaré el prestigio de mi santo nombre»

En el momento en que se había perdido toda esperanza y el pueblo había sido puesto bajo el juicio de Dios como consecuencia de su pecado, sólo quedaba una esperanza (y siempre quedará): la realidad de que Dios siente un deleite imposible de ignorar con respecto al valor de su reputación y no permitirá que sea pisoteada por mucho tiempo.

Isaías escribió mucho antes, refiriéndose al mismo problema (la deshonra de Dios por la cautividad de su pueblo), y expresó con claridad el motivo que llevó a Dios a salvar a su pueblo de la cautividad en Babilonia.

Por amor a mi nombre contengo mi ira;
por causa de mi alabanza me refreno,
para no aniquilarte.
¡Mira! Te he refinado pero no como a la plata;
te he probado en el horno de la aflicción.
Y lo he hecho por mí, por mí mismo.
¿Cómo puedo permitir que se me profane?
¡No cederé mi gloria a ningún otro!
(Isaías 48.9-11)

Daniel, que se encontró él mismo en cautiverio, elevó una oración teniendo en mente la misma visión de Dios: «¡Señor, escúchanos! ¡Señor, perdónanos! ¡Señor, atiéndenos y actúa! Dios mío, haz honor a tu nombre y no tardes más; ¡tu nombre se invoca sobre tu ciudad y sobre tu pueblo!» (Daniel 9.19)

EL PERDÓN FLUYE DEL DELEITE QUE ÉL TIENE EN SU FAMA

El gran sustento de la esperanza, el gran motivo que nos conduce a orar, la fuente inagotable de misericordia es el compromiso sorprendente que Dios tiene con su nombre. El deleite que tiene en su fama se convierte en el compromiso que asume y la pasión que manifiesta al perdonar y salvar a aquellos que levantan su estandarte y proyectan su vida bajo sus promesas y misericordia. Los santos del Antiguo Testamento se aferraron a la esperaza del perdón no por sus méritos, ni por rituales externos. Suplicaron misericordia a Dios basándose en el amor de Dios hacia su gran nombre: «Por amor a tu nombre, Señor, perdona mi gran iniquidad» (Salmo 25.11). «Oh Dios y salvador nuestro, por la gloria de tu nombre, ayúdanos; por tu nombre, líbranos y perdona nuestros pecados» (Salmo 79:9). «Aunque nuestras iniquidades nos acusan, tú, Señor, actúas en razón de tu nombre; muchas son nuestras infidelidades; ¡contra ti hemos pecado! ... ¿Por qué te encuentras confundido, como un guerrero impotente para salvar? Señor, tú estás en medio de nosotros, y se nos llama por tu nombre; ¡no nos abandones!» (Jeremías 14.7,9).

Recuerdo que uno de mis profesores en el seminario solía decir que el mejor examen que se podía tomar para evaluar la teología de una persona era observar el efecto que ésta producía sobre su modo de orar. Eso me pareció cierto por lo que pasaba en mi vida. Nöel y yo recién nos habíamos casado y estábamos formándonos el hábito de orar juntos cada noche. Me di cuenta de que durante los cursos bíblicos que iban moldeando mi teología de manera profunda, mis oraciones iban cambiando de manera drástica. En aquellos días, el cambio más importante probablemente tuvo que ver con que aprendí a exponer mi causa delante de Dios sustentándola en su gloria. Comenzar con «santificado sea tu nombre» y terminar con «en el nombre de Jesús», significaba que el objetivo y motivo de cada petición era la gloria del nombre de Dios. Mi vida se fortaleció cuando aprendí que no sólo debía apelar a la misericordia de Dios al orar por perdón, sino que también debía apelar a que su justicia considerara el valor de la obediencia de su Hijo. «Dios, que es fiel y justo, nos los perdonará y nos limpiará de toda maldad» (1 Juan 1.9).

En el Nuevo Testamento, la base del perdón de pecados se revela se manera más clara que en el Antiguo Testamento. Sin embargo, la base del compromiso de Dios con su nombre no se altera. Pablo enseña que la muerte de Cristo puso de manifiesto la justicia de Dios al pasar por alto los pecados y vindicó la justicia de Dios al justificar a los impíos que cuentan con Jesús y no con ellos mismos (Romanos 3.25,26).[5] En otras palabras, Cristo murió una vez por todos para limpiar el nombre de Dios en lo que se parece a un error judicial flagrante (la absolución de pecadores sólo por causa de Jesús). Sin embargo, Jesús murió de tal forma que el perdón «por causa de Jesús» se convierte en lo mismo que perdón «por causa del nombre de Dios».

No sólo en Romanos 3.25,26 se puede observar esto, sino también en el Evangelio de Juan. De acuerdo con este Evangelio, Jesús vino en el nombre de su Padre (5.43) e hizo las obras en el nombre del Padre (10.25). Al final de su vida, Jesús afirmó que había manifestado el nombre del Padre a aquellos que el Padre le había entregado (17.6) y que se los haría conocer (17.26). Toda la vida y obra de Jesús parece estar dirigida a revelar y honrar el nombre del Padre. Esto toma especial relevancia en la muerte de Jesús, como él mismo nos muestra en Juan 12.27,28. En este pasaje, Jesús ora momentos antes de su muerte:«Ahora todo mi ser está angustiado, ¿y acaso voy a decir: "Padre, sálvame de esta hora difícil?" ¡Si precisamente para afrontarla he venido! ¡Padre, glorifica tu nombre!"». Luego, una voz vino del cielo «"Ya lo he glorificado, y volveré a glorificarlo"». La hora de la muerte de Jesús estaba cerca y el propósito por el que esa hora llegaba era para glorificar el nombre del Padre. De este modo, debemos entender la muerte de Jesús como la manera en que el Padre vindicó su nombre (su reputación) de todas las acusaciones de injusticia en el acto de perdonar a los pecadores.

Desde este lado de la cruz, deberíamos orar como David lo hizo en el Salmo 25.11 «Por amor a tu nombre, Señor, perdona mi gran iniquidad». Sin embargo, si como cristianos repetimos estas palabras,

5. Para una exposición y defensa detallada y exegética de esta interpretación de Romanos 3.25-26, ver de John Piper, The Justification of God {La justificación de Dios}, (Grand Rapids: Baker Book House, 1993), 135-150. Ver también el capítulo 6 de este libro, pp. 177-201

nuestra intención debiera indicar: «Señor, perdóname, porque la muerte de tu Hijo ha vindicado tu santo y gran nombre, y en este momento pongo mi esperanza en ella y no en mí mismo». Eso es lo que Juan intentó decir en 1 Juan 2.12: «Les escribo a ustedes, queridos hijos, porque sus pecados han sido perdonados por el nombre de Cristo». Entonces, ya sea que leamos el Antiguo Testamento o el Nuevo Testamento, el gran motivo de nuestro perdón sigue siendo la lealtad de Dios a su santo nombre. A esto se le añade el inagotable placer que siente al dar a conocer el valor y la justicia de ese nombre, especialmente a través del mensaje del evangelio: que Cristo murió para justificar a los impíos y vindicar la justicia del Padre. Si alguna vez Dios perdiera su deleite en la fama de su glorioso nombre, entonces el fundamento del perdón estaría en peligro.

El deleite de Dios en su reputación no sólo es la base de nuestro perdón, sino también la base de nuestra obediencia, servicio y misión. David nos exhorta a creer que Dios nos guía «por sendas de justicia por amor a su nombre» (Salmo 23.3). Y Jesús elogia a los santos perseverantes de la iglesia de Éfeso: «Has perseverado y sufrido por mi nombre, sin desanimarte» (Apocalipsis 2.3). Asimismo, Pablo exhorta a los siervos de la iglesia de Éfeso a considerar a sus amos como dignos de honor, así evitarán que se hable mal del nombre de Dios y de nuestra enseñanza (1 Timoteo 6.1). Probablemente es eso lo que Pablo intenta comunicar a través de Colosenses 3.17, donde resume toda la vida cristiana con las palabras: «Y todo lo que hagan, de palabra o de obra, háganlo en el nombre del Señor Jesús». O sea, vive tu vida entera para honrar el nombre de Jesús, para darle una buena reputación y difundir su fama.

LA FAMA DE DIOS COMO LA META AL MISIONAR

La Escritura proclama una y otra vez el celo que Dios tiene por que su fama se difunda. Dios desea que su fama llegue a oídos de todos los pueblos de la tierra que todavía no conocen su nombre. Por lo tanto, distinguimos dos clases de misioneros en el mundo: los misioneros del tipo de Timoteo y los del estilo de Pablo. Reconozco a Timoteo como

un misionero porque dejó su casa (Listra, Hechos 16.1), se unió a un grupo misionero, se introdujo en diversas culturas y terminó supervisando la iglesia en Éfeso (1 Timoteo 1.3). Sin embargo, esta forma de misionar se diferencia de la de Pablo en que Timoteo se quedó y continuó desarrollando su ministerio en el «campo misionero» mucho tiempo después de que la iglesia fuera establecida con sus propios ancianos (Hechos 20.17) y de que muchos hubieran ya sido alcanzados (Hechos 19.10).

Por otro lado, Pablo era impulsado por la pasión de dar a conocer el nombre de Dios a todos los pueblos no alcanzados de la tierra. Nunca permaneció por mucho tiempo en un lugar luego de que la iglesia fuera establecida. Había hecho de «predicar el evangelio donde Cristo no sea conocido» (Romanos 15:20) su mayor afán. El verdadero significado de la palabra «conocido» se descubre cuando volvemos al principio de la carta que escribe a los Romanos y vemos que afirma: «en honor a su nombre, recibimos el don apostólico para persuadir a todas las naciones que obedezcan a la fe» (Romanos 1.5). El propósito de las misiones es provocar la obediencia a la fe entre todos los pueblos no alcanzados del mundo. No obstante, ése no es el objetivo final. El objetivo último (aun en lo que hace a la fe o a la obediencia) debe ser motivado «a causa de su nombre». Aquello que hacía arder el corazón de Pablo era la fama de Cristo y su reputación. El cimentar la fe en las naciones no constituía un fin en sí mismo. De esa forma, el nombre de Cristo sería honrado. Y eso llenaba el corazón de Pablo de una tremenda pasión por la gran comisión. Jesús le había mostrado a Ananías «cuanto tendrá [Pablo] que padecer por mi nombre» (Hechos 9.16). Y nunca se volvió atrás en su disposición a sufrir si el resultado de ese sufrimiento lograba que la fama de Cristo se difundiera. Llegando al final de su vida, Pablo todavía afirmaba: «Por el nombre del Señor Jesús estoy dispuesto no sólo a ser atado sino también a morir en Jerusalén» (Hechos 21.13).

Es asombrosa la manera en que Pablo, en Romanos 15.19, describe su compromiso con la obra misionera. Este pasaje nos muestra claramente a qué estilo misionero pertenecía Pablo. Justo antes de expresar su aspiración a predicar el evangelio en los lugares donde el nombre de Cristo no fuera conocido aún (Romanos 15.20), declaró:

«habiendo comenzado en Jerusalén, he completado [peplerokenai] la proclamación del evangelio de Cristo por todas partes». Consideremos por un momento esta importante aseveración. Jerusalén estaba ubicada al sur de Palestina. Hoy en día Ilírico se encuentra en la zona noroeste de Grecia y Albania. Por lo tanto, lo que Pablo estaba diciendo era que él había «satisfecho el evangelio» (traducción literal) desde el sur de Palestina hasta el norte de Grecia. Avanzó aún más y dijo: «ya no me queda un lugar dónde trabajar en estas regiones» (Romanos 15.23).

Ahora bien, ¿qué significaba eso? El sentido no era que habían sido salvas todas las personas que tenían que ser salvas en aquella región. Lo sabemos porque Pablo dejó bajo el encargo de Timoteo una de las principales ciudades de esa región, Éfeso, y le aconsejó: «dedícate a la evangelización» (2 Timoteo 4.5). Sin lugar a dudas, todavía había mucho trabajo de evangelización por realizar. Entonces, ¿qué intentaba decir Pablo cuando escribía acerca de que ya no había más espacio en esa región para trabajar, y que había «satisfecho el evangelio de Cristo»? Significaba que el trabajo que realiza esta clase de misionero ya había sido completado. Lo que restaba por hacer era una evangelización local, y no misiones al estilo del trabajo de Pablo. Él estaba enteramente dedicado a difundir la fama de Cristo en los lugares y pueblos donde todavía no se había plantado ninguna iglesia. No hubiera sido posible realizar una tarea evangelizadora en esa área porque no había cristianos ni iglesias para hacerla. Era necesario que alguien atravesara la cultura y plantara una iglesia si se deseaba que la evangelización y todos los otros ministerios locales prosperaran.

Naturalmente, Pablo no fue el único que salió a la obra misionera para glorificar el nombre de Cristo. Tercera de Juan es una hermosa carta que cuenta cómo desarrollar un ministerio entre los misioneros. Dice, por ejemplo:

> Querido hermano, te comportas fielmente en todo lo que haces por los hermanos, aunque no los conozcas. Delante de la iglesia ellos han dado testimonio de tu amor. Harás bien en ayudarlos a seguir su viaje, como es digno de Dios. Ellos salieron

por causa del Nombre, sin nunca recibir nada de los paganos; nosotros, por lo tanto, debemos brindarles hospitalidad, y así colaborar con ellos en la verdad. (3 Juan 5-8)

HAY MUY POCOS MISIONEROS AL ESTILO DEL PABLO

Hoy parece que existiera un gran desequilibrio: hay muy pocos misioneros al estilo de Pablo. Quizás el 90% de la fuerza misionera se compone de misioneros del tipo de Timoteo.[6] El punto no es criticar a esta clase de misioneros. Estas personas están realizando una obra de importancia tremenda y debemos tener en cuenta que ellos también hacen avanzar la causa de alcanzar a los pueblos no alcanzados mediante la movilización de la iglesia donde ellos han sido puestos para realizar una misión pionera. Sin embargo, debería hacerse en todas las iglesia del mundo un fuerte llamado a seguir el estilo que deriva del apóstol Pablo, dirigido a difundir la fama del nombre de Cristo en los pueblos no alcanzados, ya que se trata de un trabajo que todavía no se ha completado.

Una manera simple de orientarnos en la causa de la evangelización mundial iniciada por la iglesia protestante es considerar las cuatro corrientes en la historia de la expansión del cristianismo protestante a partir de 1792. El siguiente esquema ha sido tomado del libro escrito por Patrick Johnstone, The Church Is Bigger than You Think [La iglesia es más grande de lo que pensamos].[7]

Primera corriente: La misión denominacional enfocada a las costas de los continentes (1792-1865). La fundación de la Sociedad Bautista Misionera de William Carey marca el comienzo de esta

6. Hay muchas maneras de hacer que el actual estado de desequilibrio se vuelva tremendamente obvio. Una es afirmar que: "Solo alrededor de 10.000 misioneros de los que componen el cuadro misionero en el extranjero desarrollan su tarea entre los 10.000 pueblos no alcanzados, mientras que 41 veces esa cantidad de misioneros extranjeros continúan trabajando entre los pueblos que ya han sido alcanzados" (Ralph Winter y Bruce Koch, "Finishing the Task: The Unreached Pople Challenge" [Terminar la tarea: el desafío de los pueblos no alcanzados], en Perspectives on the World Christian Movement: A Reader [Perspectivas sobre el movimiento cristiano mundial: una lectura], eds., Ralph Winter y Steven Hawthorne (Pasadena: William Carey Library, 1999), 519.

7. Patrick Johnstone, The Church Is Bigger than You Think [La iglesia es más grande de lo que creemos], (Ross-Shire, Inglaterra: Christian Focus Publications/WEC, 1998), 96-108.

corriente. Su característica fue llevar el evangelio principalmente a las zonas costeras de mayor importancia de los continentes no alcanzados.

Segunda corriente: La misión interdenominacional al centro de los continentes (1865-1910). La apertura de la Misión al Interior de China a cargo de Hudson Taylor (ahora OMF, por sus siglas en inglés) marca el principio de esta corriente. La palabra «interior» señala un cambio en el enfoque de la estrategia. Esta palabra también se observa en la Misión al Interior de Sudán (SIM), en la Misión al Interior de África (AIM) y en la Misión al Corazón de África (ahora WEC).

Tercera corriente: Las misiones evangélicas a los países del mundo (1910-1966). A principios de siglo, el ímpetu de la segunda corriente se redujo como consecuencia del desánimo, y fue interrumpida a causa de la debilitación del Movimiento Estudiantil Voluntario y de las dos guerras mundiales que durante tres décadas desviaron el foco de atención. Sin embargo, con el fin de la segunda guerra mundial, surgió entre los evangélicos otra corriente que se concentró en alcanzar a todos los países del mundo. Este movimiento tuvo éxito en un sentido geográfico, y dejó sólo una barrera por enfrentar.

Cuarta corriente: La misión mundial a los pueblos de la tierra (1966-actualidad). Dos fenómenos misionológicos han marcado este periodo. Uno es que el enfoque de las misiones se ha desplazado significativamente de los objetivos referidos a ámbitos geográficos a los objetivos que apuntan a los grupos étnicos. Ahora se pone énfasis en el hecho de que, cultural y bíblicamente, el mandamiento «hagan discípulos de todas las naciones» no hace referencia a entidades geográficas o políticas, como China, Indonesia, Alemania, Australia, Guatemala, Sudán, y otras, sino a grupos étnicos que nunca han sido alcanzados (es decir, aquellos en los que no existen iglesias de indígenas que puedan evangelizar a su etnia) aun en países donde las iglesias han estado presentes durante siglos. He intentado mostrar en el libro Let the Nations Be Glad [Que las naciones se alegren][8] que el enfocarnos en los pueblos en lugar de en los países, de hecho, es el llamado que nos hace la Biblia cuando nos invita a esforzarnos en completar la tarea de la evangelización mundial.

8. John Piper, Let the Nations Be Glad [Que las naciones se alegren] (Grand Rapids: Baker Book House, 1993).

«Por primera vez en la historia –observa Johnstone– disponemos de un listado razonablemente completo de los pueblos del mundo y el punto hasta el que han sido evangelizados».[9] Una estimación actual revela que en los países del mundo «existen cerca de 13.000 grupos etno-lingüísticos distintos».[10] Al momento de la publicación de este libro, se realiza un enorme esfuerzo por identificar aquellos pueblos entre los que no hay ningún movimiento eclesial, para luego considerar la posibilidad de conectarlos con una agencia misionera destinada a plantar iglesias o con algún grupo de iglesias.

Por ejemplo, Johnstone afirma: «The Joshua Project del 2000 d.C. and Beyond [El proyecto Josué del año 2000 d.C. y más allá] constituye la movilización estratégica cristiana más grande de la historia, en pro del discipulado de los pueblos del mundo. Se está dando un amplio respaldo, con entusiasmo, por parte del variado espectro de las denominaciones, agencias y países que participan».[11] Este proyecto ha sacado a la luz el hecho de que los pueblos no alcanzados se encuentran mayormente en el bloque de la población musulmana, hindú y budista llamado «ventana 10/40» (una zona que se extiende desde la costa oeste de África hasta la costa este de Japón y que abarca desde los 10° al norte del Ecuador hasta los 40° al sur).

La otra cuestión misionológica significativa en esta presente era de expansión cristiana la constituye el hecho de que «el centro de gravitación del protestantismo y, aún más, de los evangélicos, se haya trasladado decididamente fuera del mundo occidental».[12] Los pueblos que una vez fueron receptores de los esfuerzos misioneros, en muchos casos han desarrollado iglesias fuertes que envían misioneros. Si empleamos la definición más amplia de misionero y tenemos en cuenta todos los movimientos no-occidentales de la iglesia protestante, se estima que en 1997 el 31% de los 138.000 misioneros protestantes del mundo no eran occidentales.[13] Por ejemplo, el Manual de las

9. Johnstone, The Church Is Bigger than You Think [La iglesia es más grande de lo que creemos], 229.
10. Ibíd., 104-105.
11. Ibíd., 107.
12. Ibíd., 102.
13. Ibíd., 139.

Misiones Ibero-Americanas (1997) informó que había 397 agencias misioneras y 3488 misioneros que habían sido enviados por iglesias protestantes de América Latina.[14] Seúl (Corea del Sur), una ciudad en la que en los años 80 no había iglesias cristianas, hoy cuenta con 7 de las 10 iglesias evangélicas más grandes del mundo. La visión misionera está presente y sigue creciendo.

No obstante, aunque entre los cristianos no-occidentales haya tenido lugar un despertar hacia las misiones, la urgencia y el incremento de celo y compromiso tanto por parte del sector occidental como del sector no occidental del cristianismo resulta grandioso. En los años 90, una iglesia en Singapur llegó a ser «la iglesia con mayor visión misionera del mundo, medida por la cantidad de misioneros que enviaba por cada 1000 cristianos».[15] Aun así, a partir de la tabla que encontramos a continuación, podemos percibir lo lejos que se encuentra esto de lo que debería ser una respuesta de todo corazón a la gran comisión por parte de las iglesias del mundo.[16]

País	Congregaciones protestantes	Misioneros protestantes enviados	Misioneros por congregación
Singapur	393	567	1,44
Noruega	2341	1645	0,71
Finlandia	1965	1317	0,67
Suecia	3730	1701	0,46
Nueva Zelanda	8332	1749	0,21
Estados Unidos	383.328	59.074	0,15
Reino Unido	46.262	7012	0,15
Alemania	23.487	3510	0,15
India	97.796	11.284	0,12
Japón	6581	407	0,06
Corea	37.985	2237	0,06
Brasil	148.976	2755	0,02
Total	**761.176**	**93.267**	**0,12**

14. Ibíd., 138.
15. Ibíd., 115.
16. Estas cifras acerca de las naciones que más misioneros envían se basan en la edición 1993 de Operación Mundo, ed., Patrick Johnstone. La tabla fue tomada de The Church Is Bigger than You Think [La iglesia es más grande de lo que creemos], 181.

Esta tabla nos invita a reflexionar. Y el comentario que Patrick Johnstone hace de ella, lo vuelve aún más importante.

> La tabla muestra el hecho sorprendente de que, entre las naciones que más porcentaje de misioneros envían, solamente en Singapur el número de misioneros enviados por las iglesias protestantes ha superado a la cantidad de iglesias protestantes existentes en ese país. Los países que más misioneros envían tienen cerca de la mitad de las congregaciones protestantes del mundo. Sin embargo, estas congregaciones envían, en promedio, un misionero por cada ocho iglesias. En muchos casos la situación es todavía peor: en realidad, son muchas menos las iglesias que envían misioneros porque las que lo hacen, envían más de uno de ellos. Estimaría que en el occidente, el 90 % de las iglesias protestantes no tiene como congregación un compromiso o participación directa con la verdadera vida misionera. Las misiones se han convertido en un concepto vago y tan amplio que puede incluir casi cualquier actividad que la iglesia desempeñe y, si esa actividad se desarrolla en el exterior, consiste en poco más que colaborar con proyectos humanitarios o donaciones anuales que se relacionen con el cuerpo misionero de la denominación.[17]

¡Cuánto necesitamos experimentar esa pasión por la fama de Dios que resuena a través de toda la Biblia! No hay duda de que una gran ceguera opaca la visión de miles y miles de iglesias. O quizá debamos decir que un sector grande se encuentra como paralizado (la parte de la mente y el corazón por donde penetra la luz de la pasión de Dios por su gloria) y que simplemente no tiene sensibilidad. Mi oración es que uno de los efectos que provoque este libro sea el de cortar las callosidades que crecen en la mente y en el corazón y que impiden que se experimente la fuerza de la pasión que Dios tiene en cuanto a difundir su fama entre todos los pueblos del mundo no alcanzados.

17. Johnstone, The Church Is Bigger than You Think [La iglesia es más grande de lo que creemos], 181-182.

Las estadísticas suelen ser siempre ambiguas y fácilmente se usan sin propiedad. Dios para nada depende de los grandes números en su propósito de alcanzar el mundo y salvar a su novia, a la que ya ha redimido de «toda raza, lengua, pueblo y nación» (Apocalipsis 5.9). En realidad, como muestra la tabla que incluimos a continuación, los obstáculos a los que nos enfrentamos masivamente, y que parecen tan grandes dentro del pueblo musulmán, por ejemplo, pueden no resultar tan desalentadores como muchos piensan. Analicemos por comparación las tasas de crecimiento de los evangélicos[18] y de los musulmanes que se han dado durante las cuatro últimas décadas.

	Evangélicos		Musulmanes	
Año	Población en millones	Crecimiento anual	Población en millones	Crecimiento anual
1960	81	n.c.	464	n.c.
1970	114	3,5%	608	2,7%
1980	180	4,7%	788	2,6%
1990	303	5,3%	1034	2,8%
2000	480	4,7%	1340	2,6%

El fin de esta tabla no es predecir una enorme toma del poder mundial por parte del pueblo evangélico. El punto es ver que Dios lleva a cabo una gran obra entre las naciones a través de los cristianos que creen en la Biblia y que desempeñan un papel fundamental. Esta obra a menudo se esconde bajo la superficie de otras estadísticas y de la lectura pesimista que hacen las fuerzas musulmanas, hindúes y budistas. En realidad, del modo en que yo lo veo, en la Biblia no encontramos muchos datos que indiquen que existirá un poderoso «Reino de Cristo» con una predominancia mundial de la influencia cristiana antes de la venida de nuestro Señor. Más bien me parece que la visión de Patrick Johnstone acerca más a la realidad:

18. En una sección titulada "La dificultad de contar el número de evangélicos", Patrick Johnstone considera: "El evangelicalismo es básicamente una posición teológica basada en la suprema autoridad de las Escrituras en cuanto a la fe, la práctica y la *profesión experimental de la salvación personal y de una fe personal en Dios*. ... Esto trasciende todos los límites denominacionales, aun cuando existan denominaciones que no cuenten con una base doctrinal específicamente evangélica". The Church Is Bigger than You Think [La iglesia es más grande de lo que creemos], 109. La tabla que sigue se tomó de la página 112.

Nos sentimos obligados a regresar a una posición mucho más bíblica y radical: aquella de ser una minoría en el mundo pero no del mundo... La iglesia carente de poder político se encuentra libre de la carga de intentar usar el poder humano para dominar e influir sobre el mundo... Nuestro punto de referencia no es el gran crecimiento en cuanto al desarrollo de la iglesia o de su territorio, sino la construcción de un reino que no pertenece a este mundo, y que, aun así, cubrirá la tierra como una sociedad alternativa por contraste. Necesitamos volver al concepto de iglesia peregrina, aquella iglesia que será odiada, rechazada, despreciada, perseguida y aun así, constituirá una minoría incisiva, decisiva y victoriosa, que en un día no muy lejano estará lista para ser presentada ante su Esposo celestial como una esposa que ha sido perfeccionada.[19]

DELEITE INCONTENIBLE

Sin embargo, la razón principal de nuestra confianza no está en las estadísticas, sino en el deleite incontenible que a Dios le provoca que su fama sea conocida entre las naciones. Sus promesas dejan en claro que veremos su fama extendida entre todos los pueblos y que todas las naciones alabarán su nombre.

Y a algunos de sus sobrevivientes los enviaré a las naciones ...
y a las costas lejanas
que no han oído hablar de mi fama ni han visto mi gloria.
Ellos anunciarán mi gloria entre las naciones.
(Isaías 66.19)
Toda la tierra se postra en tu presencia,
y te cantan salmos;
cantan salmos a tu nombre.
(Salmo 66.4)

19. Johnstone, The Church Is Bigger than You Think [La iglesia es más grande de lo que creemos], 263.

Todas las naciones que has creado
vendrán, Señor, y ante ti se postrarán
y glorificarán tu nombre.
(Salmo 86.9)

Las naciones temerán el nombre del Señor;
todos los reyes de la tierra reconocerán su majestad.
(Salmo 102.15)

Todas estas promesas conducen inevitablemente a la más profunda de las oraciones para pedir que aquel triunfo de las misiones llegue:

¡Ojalá rasgaras los cielos, y descendieras!
¡Las montañas temblarían ante ti,
... Así darías a conocer tu nombre entre tus enemigos,
y ante ti temblarían las naciones.
(Isaías 64.1-2)

Y las oraciones del pueblo de Dios sin duda conducen a un llamado para que la iglesia salga con valor y confianza:

Alaben al Señor, invoquen su nombre;
den a conocer entre los pueblos sus obras;
proclamen la grandeza de su nombre.
(Isaías 12.4)

Glorifiquen al Señor en el oriente;
el nombre del Señor, Dios de Israel,
en las costas del mar.
Desde los confines de la tierra oímos cantar:
«¡Gloria al justo!»
(Isaías 24.15-16)

La inolvidable lección de Pedro

Resulta prácticamente imposible que exageremos al enfatizar lo primordial que es la fama de Dios en la tarea de incentivar la misión de la iglesia. Cuando el mundo de Pedro se puso patas arriba gracias a la visión de los animales impuros que tuvo en Hechos 10, y a la lección que Dios le dio acerca de evangelizar tanto a judíos como a gentiles, él regresó a Jerusalén y contó a los demás apóstoles que todo se debía al celo de Dios por su nombre. Sabemos esto porque Jacobo resume el discurso de Pedro en estas palabras: «Simón nos ha expuesto cómo Dios desde el principio tuvo a bien escoger de entre los gentiles un pueblo para honra de su nombre» (Hechos 15.14). Entonces, no nos sorprende que Pedro haya enseñado que el propósito de Dios era reunir un pueblo para su nombre ya que algunos años antes Jesús había tocado el corazón de Pedro con una lección inolvidable.

Recordemos la escena en la que Pedro le dijo a Jesús, luego de que el joven rico se alejó de él y se negó a seguirlo: «¡Mira, nosotros [a diferencia de este joven rico] lo hemos dejado todo por seguirte! –le reclamó Pedro–. ¿Y qué ganamos con eso?». Ante esta pregunta, Jesús respondió con una reprensión leve. Lo que Jesús intentaba advertir era que en realidad no existe un sacrificio supremo cuando uno vive para el nombre del Hijo del Hombre. «Y todo el que por mi causa haya dejado casas, hermanos, hermanas, padre, madre, hijos o terrenos, recibirá cien veces más y heredará la vida eterna» (Mateo 19.29).

La verdad resulta clara: Lo que Dios persigue con un deleite omnipotente es el propósito mundial de reunir un pueblo de toda tribu, lengua y nación para su nombre (Apocalipsis 5.9; 7.9). El entusiasmo que Dios tiene por que su fama se difunda entre los pueblos es inagotable. Por lo tanto, cuando nuestros sentimientos entran en armonía con los suyos y, por causa de su nombre, renunciamos a la búsqueda de placeres mundanos y nos unimos a su propósito global, nos rodea el compromiso poderoso de Dios para con su nombre y no podemos perder, a pesar de que atravesemos por muchas tribulaciones (Hechos 9.16; Romanos 8.35-39).

Las últimas palabras de David Brainerd

David Brainerd estaba en lo cierto. Es bueno esforzarse por llegar al fondo de las verdades divinas. En el fondo de nuestra esperanza, cuando todo lo demás ha desaparecido, nos enfrentamos con esta tremenda realidad. El Dios eterno todo suficiente tiene un compromiso sin vacilaciones con respecto a su santo y gran nombre. El va a actuar a causa de su fama entre las naciones. Su nombre no será profanado para siempre. La misión de la iglesia logrará la victoria. El vindicará su causa y a su pueblo. Esta confianza fue lo que sustentó la vida de David Brainerd hasta su muerte. Siete días antes de morir, expresó en palabras el tipo de sentimientos que este capítulo se propone despertar. Ésas fueron las últimas palabras que pudo escribir de puño y letra:

> Viernes 2 de octubre. En este día, por momentos, mi alma permaneció suavemente apoyada en Dios: Anhelaba «estar con él» para que pudiera «contemplar su gloria»; me sentí dulcemente dispuesto a encomendarle todo a él, aun los amigos más queridos, mi amado rebaño, mi hermano ausente y todas mis preocupaciones en cuanto al tiempo y a la eternidad. Oh, que su reino venga al mundo; que todos lo amen y lo glorifiquen por lo que él es en verdad; y que el bendito Redentor pueda «ver el fruto de la aflicción de su alma y quedar saciado». Oh, «¡ven Señor Jesús, ven pronto!»[20]

20. Edwards, The Life of David Brainerd [La vida de David Brainerd], 474.

CAPÍTULO 5

EL DELEITE DE DIOS EN LA ELECCIÓN

Al Señor tu Dios le pertenecen los cielos
y lo más alto de los cielos,
la tierra y todo lo que hay en ella.
Sin embargo, él se encariñó con tus antepasados
y los amó;
y a ti, que eres su descendencia,
te eligió de entre todos los pueblos,
como lo vemos hoy.

DEUTERONOMIO 10.14-15

Pueden enseñanzas que resultan controversiales nutrirnos y llevarlos a asemejarnos a Cristo? Antes de responder esta pregunta, quiero hacer otra: ¿Existe alguna enseñanza bíblica que no haya sido controversial? Ni siquiera puedo pensar en una; y mucho menos en la cantidad de enseñanzas que necesitamos día a día para alimentar nuestra fe. Si esto es así, no tenemos otra opción más que buscar el alimento espiritual en la feria de la controversia. Sin embargo, no hay necesidad de permanecer allí. Podemos regresar a casa y preparar un banquete si el día nos resultó provechoso. Sin embargo tenemos que hacer nuestras compras en esa feria primero. Por más que queramos, no contamos con el lujo de vivir en un mundo donde

no exista oposición en cuanto a la interpretación de las verdades que más nos nutren. Si creemos que podemos posponer el emitir juicio en cuanto a cuestiones controversiales y alimentar nuestras almas con lo que sobra, entonces vivimos en un mundo de fantasías. La razón por la que muchos piensan que podemos sostener nuestra vida con verdades que no estén en discusión es porque en realidad no conocen la historia o la diversidad que existe dentro de la iglesia profesante. Además de eso, ¿en verdad queremos darle al diablo el derecho de determinar nuestro menú espiritual al negarnos a probar cualquier enseñanza sobre la que él pueda causar controversia?

La enseñanza que las Escrituras nos proporcionan en cuanto a la elección ha sido polémica. Sin embargo creo con todo mi corazón que más allá de las palabras, se trata de una enseñanza preciosa y que nutre profundamente nuestra semejanza con Cristo. Mi discernimiento me conduce a creer que Dios se deleita en la elección. Comprender que esto es verdad y entender por qué es verdad significa percibir otra faceta de la gloria de Dios. Y esa visión tiene el poder para hacer de nosotros un pueblo santo y feliz.

EL DESCUBRIMIENTO DE GEORGE MUELLER QUE LE CAMBIÓ LA VIDA

George Mueller comprendió que esto era verdad. A él se lo conoce por los orfanatos que fundó y por la fe sorprendente con la que oraba pidiendo la provisión divina. Muchas personas no conocen la teología que rodeaba a ese ministerio. En el año 1829, a los veinticuatro años, tuvo una experiencia que fue luego registrada en su autobiografía. Describió este período como aquél en el que «llegó a apreciar sólo la Biblia como norma de juicio».

> Antes de este período, me había opuesto en gran manera a las doctrinas de la elección, en particular a la de la redención y la gracia perseverante. Sin embargo, fui guiado por la Palabra de Dios a examinar estas verdades preciosas. Nació en mí el deseo de no gloriarme cuando los pecadores se arrepintieran, sino que quería considerarme un mero instrumento; nació en mí el deseo de recibir lo que decían las Escrituras, y fui a la Palabra. Comencé a leer el Nuevo Testamento desde el comienzo, prestando especial atención a estas verdades.
>
> Para mi gran sorpresa, encontré que la cantidad de pasajes que hablan en forma contundente de la elección y la gracia perseverante son cuatro veces más que aquellos que al parecer hablan en contra de estas verdades; y aun esos pocos, un tiempo después, cuando ya los había examinado y entendido, sirvieron para confirmarme en las doctrinas antes mencionadas.
>
> Con respecto al efecto que provocó en mí la creencia en estas doctrinas, me siento obligado a declarar por causa de la gloria de Dios, que aunque todavía soy débil en extremo y de ninguna manera muerto a los deseos de la carne, los deseos de los ojos y la vanagloria de la vida, como debería ser y como debo ser, aun así, desde aquel entonces, por la gracia de Dios he caminado más cerca de él. Mi vida no ha sido tan inestable, y podría decir que he vivido mucho más para Dios que antes.[1]

George Mueller empezó en la controversia y terminó en una fe, santidad y estabilidad a la semejanza de Cristo que perduraron a lo largo de su vida. Esto puede suceder. A muchos les ha sucedido.

Y no es precisamente en la universidad donde ocurre. Muchas veces los cristianos se limitan a pensar: «Si los eruditos no pueden ponerse de acuerdo sobre estas cuestiones, sin dudas que no hay esperanzas para mí». Sin embargo, están equivocados. La intención de Dios es que todo su pueblo lea y entienda la Biblia. No pretende que el menú de la iglesia esté limitado a los asuntos en los que un clero formado por eruditos haya logrado llegar a un acuerdo. No existe un acuerdo unánime sobre las verdades bíblicas de importancia. Los cristianos no deben ceder ante una mentalidad académica elitista que coloca toda revelación certera en manos de unos pocos eruditos. La erudición ocupa un lugar fundamental en la vida de la

1. George Mueller, Autobiography of George Mueller [Autobiografía de George Mueller], comp. G.Fred Bergin (Londres: J.Nisbet and Co., 1906, 33-34 (itálicas del autor)

iglesia. Sin ella, no tendríamos la Biblia en nuestro idioma. Y sin eruditos fieles, devotos a la vida de la mente y a la credibilidad intelectual del cristianismo, la iglesia no hubiera sido capaz de soportar la presión de las ideas seculares. No obstante, la tarea de los eruditos no consiste en robarle a los cristianos la confianza que tienen en la comprensión de la Biblia para alimentar su alma con las grandes verdades.

EL CRECIMIENTO DE SPURGEON, DE NIÑO A HOMBRE

La experiencia de Charles Spurgeon no va más allá de la capacidad de cualquier cristiano. Spurgeon (1834-1892) fue contemporáneo de George Mueller. Por más de 30 años sirvió en el Tabernáculo Metropolitano de Londres y se convirtió en el pastor más famoso de sus días. Cada semana, más y más personas se entregaban a Cristo al oír sus predicaciones tan llenas de poder. Sus sermones se continúan imprimiendo hasta nuestros días y muchos lo consideran como un modelo en lo que hace a ganar almas. Él trae a la memoria una experiencia que tuvo a la edad de diez años, que marcó su vida y su ministerio por el resto de sus días.

> Cuando me acercaba a Cristo pensaba que yo lo hacía todo por mí mismo y aunque buscaba al Señor sinceramente, no tenía la menor idea de que el Señor me estaba buscando a mí. No creo que un joven converso esté consciente de esto al inicio. Puedo recordar exactamente el día y la hora cuando recibí por primera vez en mi alma esas verdades; cuando fueron grabadas en mi corazón con un hierro candente, como dice Juan Bunyan, y puedo recordar cómo sentí que había crecido súbitamente, dejando de ser un niño para convertirme en un hombre adulto que había logrado progresar en el conocimiento de las Escrituras al haber encontrado, de una vez por todas, la clave de la verdad de Dios.
>
> Una de las noches de la semana en que me encontraba en la casa de Dios, no estaba tan concentrado en el sermón del predicador, porque no creía lo que decía. Entonces me vino un pensamiento: ¿Cómo llegaste a ser un cristiano? Busqué al Señor. Pero ¿cómo fue que comenzaste a buscar al Señor? La verdad pasó por mi mente en un instante como un relámpago: Yo no hubiera buscado al Señor si no hubiera recibido previamente una influencia que me hubiese hecho buscarlo. Yo oré, pensé entonces, pero luego me pregunté: ¿Cómo fue que comencé a orar? Fui inducido a orar al leer las Escrituras. Y ¿cómo fue que comencé a leer las Escrituras? Era cierto que las había leído, pero ¿qué fue lo que me llevó a leerlas? Entonces, en un instante, pude ver que Dios estaba en el fondo de todo y que él era el autor de mi fe, y así la doctrina de la gracia completa se abrió ante mí y de esa doctrina no me he apartado hasta este día y deseo que mi confesión constante sea ésta: «yo atribuyo mi cambio enteramente a Dios».[2]

Esta no es una secuencia de pensamiento que escape a nuestra habilidad. Si a Spurgeon le sucedió de esta forma, pude sucederle a cualquiera. La vida de Spurgeon había recibido influencias que lo prepararon para ese gran descubrimiento. Sin embargo, los eruditos no resultaron las principales influencias: una de ellas fue la cocinera de la escuela en Newmarket, a donde Spurgeon había asistido cuando tenía 15 años.

> Las primeras lecciones de teología que recibí fueron de una vieja cocinera que trabajaba en la escuela de Newmarket... Era una buena anciana, y solía leer The Gospel Standard. A ella le gustaban las cosas bien dulces, y una fuerte y buena doctrina calvinista; su vida era sólida, así como su alimentación. Muchas veces habíamos examinado juntos el pacto de la gracia, y conversado acerca de la elección personal de los santos, su unión con Cristo, su perseverancia final y el significado esencial de la devoción; y creo con seguridad que de ella

2.. Charles H. Spurgeon, Autobiography [Autobiografía], 1 (Edinburgh: Banner of Truth Trust, 1962, orig. en 4 vols. 1897-1990), 164-165.

aprendí más de lo que lo que hubiera podido aprender de seis doctores en divinidades como los que tenemos hoy en día.[3]

A ella le gustaba algo muy dulce: la verdad de la elección personal de Dios. Es dulce al paladar de los santos porque es dulce al paladar de Dios. El deleite de Dios es engrandecer la gloria de su gracia soberana y gratuita al elegir a un pueblo para que le sea «un renombre, una gloria, una alabanza» (Jeremías 13.11). En otras palabras: Dios llamó a un pueblo para que disfrutara, alabara y proclamara ese nombre, para que de este modo aumentara el deleite que Dios tiene en su nombre. La Biblia llama a este pueblo «el elegido», «el escogido». Y eso es lo que queremos examinar en este capítulo: el deleite de Dios en la elección.

LA ELECCIÓN DE ISRAEL DE ENTRE TODOS LOS PUEBLOS (Y PARA TODOS LOS PUEBLOS)

Tomamos como punto de partida la elección de Israel en el Antiguo Testamento y luego nos trasladamos al Nuevo Testamento para ver si la iglesia puede ser concebida de la misma manera. En repetidas ocasiones el Antiguo Testamento enseña que Israel se convirtió en el pueblo de Dios porque fue escogido libremente por Dios de entre todos los pueblos de la tierra. Israel no fue el ganador de ninguna competencia. Dios lo eligió de manera incondicional y lo hizo su propiedad especial. El patriarca original del pueblo de Israel fue Abraham y Dios dice en Josué 24.2,3 que él había llamado a un hombre que había crecido en el seno de una familia idólatra: «Así dice el Señor, Dios de Israel: Hace mucho tiempo, sus antepasados, Téraj y sus hijos Abraham y Najor, vivían al otro lado del río Éufrates, y adoraban a otros dioses. Pero yo tomé de ese lugar a Abraham, antepasado de ustedes, lo conduje por toda la tierra de Canaán y le di una descendencia numerosa».

A ese «tomar» a Abraham de la idolatría (que en ese tiempo era

3. Ibíd., 38-39. Descubrimos en la pág. 40, nota 2, que el nombre de la cocinera era Mary King.

todavía Abram) en Nehemías 9.7 se lo llama «elección». Esdras ora: «Tú, Señor y Dios, fuiste quien escogió a Abram... y le pusiste por nombre Abraham». Otro modo de referirse a esta «elección» es diciendo que Dios «conocía» a Abraham, en el sentido que él había prestado a este hombre una atención especial y lo había reconocido como posesión. Esto es lo que Dios expresó antes de destruir Sodoma y Gomorra. El Señor pensaba: «"¿Le ocultaré a Abraham lo que estoy por hacer?"». Y se respondía: «"Yo lo he elegido para que instruya a sus hijos y a su familia, a fin de que se mantengan en el camino del Señor y pongan en práctica lo que es justo y recto. Así el Señor cumplirá lo que le ha prometido"» (Génesis 18:17,19). Esta manera especial de «conocer» se menciona nuevamente en Amós, donde Dios declara la relación única que tiene con el pueblo de Israel: «Sólo a ustedes los he escogido entre todas las familias de la tierra» (Amós 3.2). Eso no significa que Dios ignore a las demás familias de la tierra. Significa que Dios ha puesto atención especial en este pueblo y lo ha reconocido, entre todos los pueblos, como posesión única.[4]

Apoyado en la elección inicial de Abraham, el Antiguo Testamento habla con mucha frecuencia de todo el pueblo de Israel como de un pueblo que ha sido elegido o escogido por Dios. Por ejemplo, en Deuteronomio 14.2, Moisés declara: «Porque eres pueblo consagrado al Señor tu Dios. Él te eligió de entre todos los pueblos de la tierra, para que fueras su posesión exclusiva». La confirmación que Dios hace de la posesión de Israel luego de la liberación de Egipto, muchas veces es considerada como la elección de Israel. Podemos observarlo en Ezequiel 20.5: «Así dice el Señor omnipotente: El día en que elegí a Israel, con la mano en alto le hice un juramento a la descendencia de Jacob. El día en que me di a conocer a ellos en Egipto, volví a hacerles este juramento: "Yo soy el Señor su Dios"». Y así

4. Gustav Oehler señala que este uso de la palabra "conocer" también se encuentra en el Salmo 1.6 y 37.18. Es similar al pasaje de Éxodo 33.12 donde Dios le dice a Moisés "Yo te he conocido por tu nombre". Y es el sentido del uso en el Nuevo Testamento de la expresión 'elección de antemano', por ejemplo en Romanos 8.29. De este modo Oehler explica "La palabra yd' [conocer] no hace referencia simplemente a la relación que Dios ya tiene con el hombre, sino también a que Dios ha colocado al hombre en una relación con él en virtud de la cual él lo reconoce como su propiedad; es así que yd' [conocer] se convierte en otro nombre que designa la elección divina [sinónimo de bahar]". Gustav Oehler, Theology of the Old Testament [Teología del Antiguo Testamento] (Minneapolis: Klock Christian Publishers, 1978, orig. 1873), 177.

Moisés en Deuteronomio 4.20 establece una conexión entre el éxodo y la toma de posesión de Israel por parte de Dios: «Pero a ustedes el Señor los tomó y los sacó de Egipto, de ese horno donde se funde el hierro, para que fueran el pueblo de su propiedad, como lo son ahora». «Ustedes son testigos de lo que hice con Egipto, y de que los *he traído hacia mí como sobre alas de águila*» (Éxodo 19.4). La obra que Dios realizó al escoger a Israel para sí mismo fue libre, como lo es el vuelo de un águila que lleva a sus pequeños e indefensos aguiluchos a un lugar seguro donde Dios pueda ayudarlos a convertirse en lo que él quiere que sean.

Muchas veces la «elección» del pueblo que tuvo lugar durante el éxodo se entiende como una extensión del amor electivo que había sido demostrado al patriarca Abraham. Por ejemplo, en Deuteronomio 4.37-39, Moisés expresa: «El Señor amó a tus antepasados y escogió a la descendencia de ellos; por eso te sacó de Egipto con su presencia y gran poder. ... Reconoce y considera seriamente hoy que el Señor es Dios arriba en el cielo y abajo en la tierra, y que no hay otro». Por lo tanto, las Escrituras pueden revelar que la elección del pueblo de Israel deriva de haber amado y elegido a Abraham, o de que Dios haya libremente elegido librar al pueblo de mano de los egipcios en cumplimiento de las promesas que le había hecho a Abraham. En cualquiera de los dos casos, el pueblo debería «reconocer y considerar seriamente» y temer ante la realidad de que sólo el Señor es Dios.

La libertad de Dios al elegir a Israel

La libertad soberana de Dios en la elección está sugerida en la forma en que Isaías compara esta elección de Dios con el acto de crear y de engendrar: «Pero ahora, Jacob, mi siervo, Israel, a quien he escogido, ¡escucha! Así dice el Señor, el que te hizo, el que te formó en el seno materno y te brinda su ayuda...» (Isaías 44.1-2). Dios «escogió» a Israel y lo «hizo». Las dos acciones son verdad porque la elección de Israel fue una obra única y soberana de Dios. Isaías escribe de nuevo: «Pero ahora, así dice el Señor, el que te creó, Jacob, el que te formó, Israel: "No temas"» (Isaías 43.1). «"Yo soy

el Señor, su santo; soy su rey, el creador de Israel"» (Isaías 43.15). «Así dice el Señor, el Santo de Israel, su artífice: "¿Van acaso a pedirme cuentas del futuro de mis hijos, o a darme órdenes sobre la obra de mis manos?"» (Isaías 45:11). Dicho de otro modo, la elección que Dios hace de Israel es prácticamente lo mismo que el haberla concebido o creado.

Moisés declara lo mismo «"¿Así pagáis a Jehová, pueblo loco e ignorante? ¿No es él tu padre, que te creó?[5] Él te hizo y te estableció"» (Deuteronomio 32.6; RVR95). Así, a puertas del éxodo, Dios le ordena a Faraón: «Israel es mi hijo, mi primogénito. Ya te he dicho que dejes ir a mi hijo, para que me rinda culto» (Éxodo 4.22-23; ver también Oséas 11.1). De modo similar, Malaquías describe la elección que Dios hizo de Israel como aquello que un padre o un creador hace: «¿No tenemos todos un solo Padre? ¿No nos creó un solo Dios? ¿Por qué, pues, profanamos el pacto de nuestros antepasados al traicionarnos unos a otros?» (Malaquías 2.10; ver también 1.6). Isaías es el que nuevamente pronuncia la declaración más fuerte de todas al comparar la relación de Israel con Dios con la relación que existe entre una vasija y el alfarero: «A pesar de todo, Señor, tú eres nuestro Padre; nosotros somos el barro, y tú el alfarero. Todos somos obra de tu mano» (Isaías 64.8). Esto nos muestra el grado de libertad que Dios ejerció en el acto de la elección. Dios no fue influenciado por la buena moral de Abraham o del pueblo de Israel[6], como tampoco un padre es movido a engendrar un niño por la buena moral de ese niño que todavía no existe, o un alfarero es influido para hacer una vasija por la belleza de esa vasija que todavía no ha sido hecha. Eso es a lo que nos referimos cuando hablamos de amor incondicional.

5. La palabra hebrea para "te hizo y te formó" se utiliza en Génesis 4.1 en el sentido de tener un hijo. Eva declara: "Por voluntad de Jehová he adquirido varón".
6. Cuando se plantea la posibilidad de que Israel pudo haber obtenido las bendiciones de la gracia electiva de Dios por su propia fuerza o rectitud, Moisés echa por tierra este pensamiento al decir con claridad: "No se te ocurra pensar: Esta riqueza es fruto de mi poder y de la fuerza de mis manos. Recuerda al Señor tu Dios, porque es él quien te da el poder para producir esa riqueza..." (Deuteronomio 8.17-18). Con respecto a que las naciones paganas de Canaán fueron arrojadas de delante de ellos como parte de la promesa del pacto, Moisés les advierte: "Cuando el Señor tu Dios los haya arrojado lejos de ti, no vayas a pensar: El Señor me ha traído hasta aquí, por mi propia justicia, para tomar posesión de esta tierra. ¡No! El Señor expulsará a esas naciones por la maldad que las caracteriza. De modo que no es por tu justicia ni por tu rectitud por lo que vas a tomar posesión de su tierra. ¡No! La propia maldad de esas naciones hará que el Señor tu Dios las arroje lejos de ti. Así cumplirá lo que juró a tus antepasados Abraham, Isaac y Jacob" (Deuteronomio 9.4-5).

EL DELEITE DE DIOS EN SU AMOR ELECTIVO

Si la elección que Dios hizo de Israel de entre todos los pueblos de la tierra no fue motivada por un rasgo distintivo o por la prosperidad de Abraham, entonces ¿cuál fue el motivo? La respuesta es que la motivación vino del deleite de Dios. El amor electivo de Dios es absolutamente libre. Ese amor consiste en el fluir misericordioso de su felicidad ilimitada, guiada por su sabiduría infinita. Deuteronomio 10.14-15 describe el deleite que Dios tuvo en elegir a Israel entre todos los pueblos de la tierra.

> 14) Al Señor tu Dios le pertenecen los cielos y lo más alto de los cielos, la tierra y todo lo que hay en ella. 15) Sin embargo, él se encariñó con tus antepasados y los amó (literalmente: el Señor se agradó en[7] tus padres para amarlos); y a ti, que eres su descendencia, te eligió de entre todos los pueblos, como lo vemos hoy.

Notemos dos cosas. Primero, el contraste que se da entre los versículos 14 y 15. ¿Por qué Moisés describe la elección de Israel sobre el trasfondo de un Dios que es propietario de todo el universo? ¿Por qué el versículo 14 dice: «Al Señor tu Dios le pertenecen los cielos y la tierra» y luego el versículo 15 afirma «Te eligió de entre todos los pueblos»? La razón parece ser la voluntad de eliminar toda idea de que Dios haya obligado en cierto modo a elegir a este pueblo. El punto es desbaratar el mito de que cada pueblo tiene su propio dios y de que ese dios tiene derecho sólo sobre su propio pueblo. Este es el único Dios

7. El significado usual de la palabra hebrea hashaq es "amar" o "estar apegado a". F.Brown, S.R. Driver, C. Briggs, Hebrew and English Lexicon of the Old Testament [Léxico hebreo e inglés del Antiguo Testamento] (Oxford: Clarendon Press, 1962), 365 y siguientes. Esta palabra sugiere el sentimiento y el deseo de amor que se tienen hacia una mujer. Denota un compromiso apasionado y sufrido. Otros usos se encuentran en Génesis 34.8; Éxodo 27.17; 38.17, 28; Deuteronomio 7.7; 21.11; 1 Reyes 9.19; 2 Crónicas 8.6; Salmo 91.14 e Isaías 38.17. Lo extraño de este uso en Deuteronomio 10.15, es que se emplea el infinitivo "amar" (le'ahabah). Literalmente, se leería: "El Señor amó a tus padres para amarlos". O "El Señor se apegó a tus padres para amarlos". Parece que la palabra doble que expresa amor (hashaq y 'ahabah) es una forma que se emplea para enfatizar de manera profunda que aquí el motivo fue el amor cimentado en el amor y nada más. Ese amor era profundo, apasionado y lleno de deseo. De ahí que resulte correcto sugerir la traducción: "El Señor se agradó en tus padres para amarlos". (Ver la nota 9 acerca del uso del término en Deuteronomio 7.7

verdadero. Todo lo que hay en el mundo le pertenece y puede tomar cualquier pueblo para hacerlo su propiedad especial.

Así, sin lugar a dudas, la maravillosa verdad es que Dios escogió al pueblo de Israel. No tenía que hacerlo. Dios disponía del derecho absoluto y de los privilegios para escoger a cualquier otro pueblo que habitara sobre la faz de la tierra para llevar a cabo sus propósitos redentores. Como consecuencia, cuando Dios se llama «su Dios», no está intentado decir que él se encuentra a la par de los dioses egipcios o cananeos. Esos pueblos y esos dioses le pertenecen. Él podría haber escogido un pueblo totalmente distinto para cumplir sus propósitos, si a él le hubiera placido. El fin de colocar juntos los versículos 14 y 15 es el de resaltar los derechos universales, la libertad y la autoridad de Dios.

El segundo aspecto al que debemos prestar atención (en el versículo 15) es la forma en que Dios ejerce su libertad soberana para «encariñarse con los antepasados». «El Señor se agradó en tus padres para amarlos». Él los escogió conforme a su libertad para deleitarse en amar a sus padres. El amor de Dios por los padres de Israel era gratuito y misericordioso, y no fue obligado por algo que los padres pudieran ser en su judaísmo o en sus virtudes.

GRATUITA E INCONDICIONAL

Una de las formas en que Dios hace claro este punto es que cuando Abraham engendró dos hijos, Dios eligió sólo a uno de ellos (a Isaac y no a Ismael) para que fuera el hijo de la promesa. Y cuando Isaac tuvo dos hijos, Dios escogió a Jacob y no a Esaú, aun antes de que hubieran nacido, para que fuera quien continuara la línea de su pueblo escogido. En cada uno de los casos, el proceder de Dios resalta su libertad soberana en la elección. En el caso de Isaac, el niño nació por una milagrosa intervención divina cuando Abraham y Sara ya no tenían la edad adecuada para tener hijos. El punto es mostrar que los propósitos de Dios en cuanto a la elección no pueden quedar limitados por las posibilidades o deficiencias humanas. Dios es libre de elegir a quien quiera, aún si eso implica el tener que crear un niño a través de un nacimiento milagroso.

Esa verdad palpitaba en la mente de Juan el Bautista cuando les

advirtió a los fariseos y saduceos: «No piensen que podrán alegar: "Tenemos a Abraham por padre." Porque les digo que aun de estas piedras Dios es capaz de darle hijos a Abraham» (Mateo 3.9). En otras palabras, no piensen que Dios está obligado a escogerlos por algún rasgo distintivo como el hecho de que sean descendencia de Abraham. Si Dios necesita descendientes de Abraham para cumplir la promesa de la elección, puede crearlos hasta a partir de algunas piedras. Dios no está atrapado. No está limitado a ustedes. Tengan cuidado de andar presumiendo acerca de esta gracia electiva. Es absolutamente gratuita.

Dios procede del mismo modo cuando elige a Jacob y no a Esaú. En este caso, escoge al hijo que, de acuerdo con toda costumbre común y expectativa humana, no debería haber sido el elegido. Dios escoge al hijo menor. De este modo, él demuestra que los objetivos de Dios apuntan a socavar cualquier intento de limitar su libertad para elegir. Las distinciones que el hombre hace no pueden confinar u obligar a Dios. El apóstol Pablo recalca en Romanos 9.10-12 que la razón por la que Dios eligió a Jacob y no a Esaú, a Isaac y no a Ismael era mostrar que la elección de Dios es gratuita e incondicional. No se basa en el judaísmo, ni en la primogenitura, ni en la virtud, ni en la fe. Es gratuita y por lo tanto completamente misericordiosa y magnánima.

> 10) También sucedió que los hijos de Rebeca tuvieron un mismo padre, que fue nuestro antepasado Isaac. 11) Sin embargo, antes de que los mellizos nacieran, o hicieran algo bueno o malo, y para confirmar el propósito de la elección divina, 12) no en base a las obras sino al llamado de Dios, se le dijo a ella: «El mayor servirá al menor».

Lo que ese texto expresa es que el modo que emplea por Dios para elegir a los «hijos de la promesa» (Romanos 9.8) libera aquella elección de las obras del hombre y hace que dependa solamente de su propio llamamiento. Por eso se dice que la elección es incondicional. Pablo utiliza tres maneras para sacarla a la luz: 1) A diferencia de Isaac e Ismael, Jacob y Esaú tuvieron los mismos padres (versículo 10) para que entonces la paternidad no sea considerada como una «obra» que colocó a Jacob en una mejor posición para recibir la elección. 2) La

decisión había sido tomada antes del nacimiento (v.11) para que la elección no tuviera su base en el orden de nacimiento. 3) La decisión de escoger a Jacob había sido determinada antes de que él hiciera algo bueno o malo. El punto resulta evidente: la elección no está fundada en lo que uno hace después de nacer. Es gratuita e incondicional.

LOS AMÓ PORQUE LOS AMÓ

Encontramos en el Antiguo Testamento otro lugar donde se enfatiza esta verdad. En Deuteronomio 7.6-8.[8] Moisés describe la elección de Israel de esta manera:

> (6) Porque para el Señor tu Dios tú eres un pueblo santo; él te eligió para que fueras su posesión exclusiva entre todos los pueblos de la tierra. (7) El Señor se encariñó[9] contigo y te eligió, aunque no eras el pueblo más numeroso sino el más insignificante de todos. (8) Lo hizo porque te ama y quería cumplir su juramento a tus antepasados; por eso te rescató del poder del faraón, el rey de Egipto, y te sacó de la esclavitud con gran despliegue de fuerza.

De nuevo, este pasaje enseña la libertad que la gracia de Dios manifiesta al amar y escoger al pueblo de Israel. Prestemos atención a la pregunta que suscita el versículo 7: ¿Por qué motivo Dios «se encariñó con contigo y te eligió»? La respuesta de Moisés es que el motivo no es la grandeza del pueblo. Eran muy pequeños, candidatos con escasas probabilidades de ser elegidos por Dios. Entonces, ¿por qué Dios se deleitó en ellos y los escogió?

En el versículo 8 hallamos la respuesta. Primero: «Porque el Señor te ama». Ahora bien, recordemos la pregunta que suscitó el versículo 7. ¿Por qué Dios puso su amor en ustedes? Así que la primera respuesta de Moisés es: «Porque los amó». Los amó porque los amó. Eso es lo que

8. Este no es el único lugar donde se menciona. Ver, por ejemplo, Malaquías 1.1-5.
9. Esa es la misma palabra hebrea para amor (hashaq) mencionada en la nota 7.

pretendo transmitir al hablar de la libertad de Dios y la libertad del amor electivo. Dios no pone su amor en ellos porque ellos reúnan las cualidades para recibir ese amor. Los ama porque los ama.

Sin embargo, ¿qué hay de la segunda razón que Moisés menciona en Deuteronomio 7.8 para explicar por qué Dios amó a Israel, los eligió y los sacó de Egipto? Moisés declara que es porque «quería cumplir su juramento a los antepasados». ¿Esto significa que, después de todo, la decisión de Dios de amarlos y salvarlos no era libre? ¿Dios estaba obligado a salvarlos? No lo creo.

El juramento de la bendición (a la que se refiere el versículo 8) había sido dado a Abraham bajo libertad divina. Fue confirmada en libertad a Isaac, no a Ismael; y fue confirmada en libertad a Jacob, no a Esaú. Y de la misma manera, Dios era libre de salvar a esa generación rebelde del Mar Rojo (Salmo 106.7-8) o justamente dejar que el Faraón los destruyera, y luego levantar de las piedras hijos para Abraham, si era necesario. ¡La elección de Dios de rescatar a Israel en el Mar Rojo y transformarlos en un pueblo terrenal, fue gratuita, misericordiosa y magnánima! Fue sólo una extensión y cumplimiento parcial del primer juramento libre que Dios hizo a Abraham y luego a Isaac y a Jacob.

Extraigo como conclusión del pasaje de Deuteronomio 10.14-15 y 7.6-8 que en el Antiguo Testamento la forma en que Dios decidió alcanzar renombre por su gracia gloriosa fue mediante la elección de un pueblo de entre todos los pueblos de la tierra para que fuera la vitrina de su obra redentora. Y entonces leemos en Isaías que Dios creó a Israel «para su gloria» (43.7) y que los formó «para que declaren su alabanza» (43.21). En otras palabras, Dios escoge personas para que disfruten, alaben y proclamen ese nombre entre todos los pueblos con el fin de extender el deleite que tiene en su propio nombre. Y por lo tanto Dios se deleita en la elección.

El tiempo de los gentiles

Ahora bien, ¿qué sucede en el Nuevo Testamento con la venida de Cristo? Dios sigue regocijándose en la elección, pero ahora nos

trasladamos a un período de la historia en el que Israel como pueblo deja de ser el centro de atención de los tratos de Dios. Dios va en busca de los gentiles y comienza a reunir para sí mismo un pueblo llamado la iglesia. Eso es lo que Jesús quiso decir en Mateo 21.43: «"Por eso les digo que el reino de Dios se les quitará a ustedes [Israel] y se le entregará a un pueblo que produzca los frutos del reino [la iglesia]"». Jesús le coloca el nombre de «el tiempo de los gentiles» a los días en los que el foco de su obra salvadora se dirige hacia las naciones. «Caerán a filo de espada y se los llevará cautivos a todas las naciones. Los gentiles pisotearán a Jerusalén, hasta que se cumplan los tiempos señalados para ellos» (Lucas 21.24). Pablo declara que durante ese período «parte de Israel se ha endurecido, y así permanecerá hasta que haya entrado la totalidad de los gentiles» (Romanos 11.25). Como consecuencia, Dios está trabajando ahora en la tarea de juntar «el número completo de gentiles» (los elegidos) de entre todos los pueblos del mundo.

Antes de la venida de Jesús, el enfoque del reino salvador de Dios se centraba en Israel. «En épocas pasadas él [Dios] permitió que todas las naciones siguieran su propio camino. Sin embargo, no ha dejado de dar testimonio de sí mismo haciendo el bien, dándoles lluvias del cielo y estaciones fructíferas, proporcionándoles comida y alegría de corazón» (Hechos 14.16-17). Los siglos pasados fueron «tiempos de ignorancia» entre las naciones (Hechos 17.30). Sin embargo, la gran comisión está empujando el evangelio hacia todo pueblo, tribu, lengua y nación. No obstante, Dios no ha terminado con Israel. Regresará a aquella nación para atraerla a sí mismo y alejar la impiedad de Jacob (Romanos 11.12,15,24,32; Zacarías 12.10).

Debido a que la iglesia no está formada por un grupo étnico como lo estaba Israel, Dios no elige una nación entera para cumplir sus propósitos terrenales como lo hizo con Israel. En lugar de eso, el Nuevo Testamento habla de la elección como la elección de individuos para que crean y formen parte del pueblo redimido por Dios.[10]

REVELADO A LOS NIÑOS, CON ALEGRÍA

Teniendo en cuenta el deleite de Dios en la elección, consideremos primero Lucas 10.21. Elegí este versículo porque es uno de los dos únicos lugares en los Evangelios en que se menciona que Jesús se regocijó.[11] Los setenta discípulos recién regresaban de sus recorridos evangelísticos e informaban a Jesús sobre el éxito obtenido. Lucas escribió en el versículo 21:

> En aquel momento Jesús, lleno de alegría por el Espíritu Santo, dijo: «Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque habiendo escondido estas cosas de los sabios e instruidos, se las has revelado a los que son como niños. Sí, Padre, porque esa fue tu buena voluntad».[12]

Fíjese que en este pasaje los tres miembros de la Trinidad se regocijan. Jesús se regocija, pero la Biblia dice que se regocija por el Espíritu Santo. Tomo esto para mostrar que el Espíritu Santo es el que lo llena y lo mueve a regocijarse. Después, al final del versículo se describe el deleite de Dios el Padre.

Ahora bien, ¿qué es eso de que toda la Trinidad está regocijándose en ese lugar? Es el libre amor electivo de Dios el que esconde estas cosas de una elite intelectual y se las revela a los niños. «"Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque habiendo escondido estas

10. Teniendo en cuenta que la elección no se refiere a la elección que Dios hace de individuos específicos sino a la elección que Dios hace de Cristo y un cuerpo no específico de personas que se reunirán en Cristo no como resultado de la determinación de Dios sino por su propia determinación, veamos más adelante, es especial la nota 13. Tengamos en cuenta que la "elección" que Dios hace de Israel en conjunto en el Antiguo Testamento no implica que cada individuo fuera "elegido" en el sentido de salvación eterna. Pablo intenta corregir esta confusión en Romanos 9.6-8.
11. El otro lugar es Juan 11.15. Lo que intento decir no es que ésa sea la única ocasión en su ministerio en la que Jesús expresó gozo o alegría. Todo lo contrario. No obstante, estas son las únicas referencias explícitas en los evangelios (que yo he encontrado) en cuanto a instancias en las que Jesús se regocijó.
12. Para un estudio del verbo eudokeo, ver el capítulo 1, nota 11. Aquí se utiliza la forma sustantiva eudokia. En el Nuevo Testamento aparece otras ocho veces: Mateo 11.26 (pasaje paralelo a Lucas 10.21); Lucas 2.14 ("en la tierra paz a los que gozan de su buena voluntad"); Romanos 10.1 ("el deseo de mi corazón, es que lleguen a ser salvos"); Efesios 1.5,9 ("el buen propósito de su voluntad"); Filipenses 1.15 ("Es cierto que algunos predican a Cristo por envidia y rivalidad, pero otros lo hacen con buenas intenciones"); Filipenses 2.13 ("Dios es quien produce en ustedes tanto el querer como el hacer para que se cumpla su buena voluntad"); 2 Tesalonicenses 1.11 ("perfeccione toda disposición al bien").

cosas de los sabios e instruidos, se las has revelado a los que son como niños"». ¿Y qué es eso que el Padre esconde de algunos y revela a otros? Lucas 10.22 da la respuesta: «Nadie sabe quién es el Hijo, sino el Padre». Entonces lo que el Padre debe revelar es la verdadera identidad espiritual del Hijo. Cuando los setenta regresaron de su misión evangelizadora y dieron su informe a Jesús, él y el Espíritu Santo se alegraron de que Dios el Padre hubiera elegido, de acuerdo con su buen propósito, el revelar a los niños a su Hijo y esconderlo de los sabios. El punto no es que existe una cierta clase de personas que son elegidas por Dios. El punto es que Dios es libre de elegir para que participen de su gracia a los menos indicados. Del mismo modo que sucedió con la elección de Abraham (el idólatra menos probable de Ur) e Isaac (el hijo de la vejez nacido por obra de un milagro) y Jacob (el menor de hermanos gemelos), Dios contradice lo que el merito humano dicta. Se esconde de los sabios y se revela a los más indefensos y mediocres. Cuando Jesús contempla la obra iluminadora y salvadora del Padre en aquellos cuya única esperanza es la gracia, se alegra en el Espíritu Santo y se complace en la elección del Padre.

EXPECTATIVAS FRUSTRADAS

Dios el Hijo y Dios el Espíritu Santo están tan dedicados a exaltar a Dios el Padre que se regocijan cuando él ejerce su sabiduría, poder y gracia para elegir un pueblo para sí, valiéndose de medios que frustran toda expectativa centrada en el ser humano. A los sabios, por su orgullo, se los pasa por alto y a los niños, los menos indicados, los indefensos, se los sorprende con la libertad soberana del favor divino. Para el mundo se ha cambiado el sentido de las cosas. La sabiduría del hombre se deja a un lado. Y la libertad de la gracia de Dios es exaltada cuando se pasa por alto a los principales candidatos del mundo y Dios deja a todos boquiabiertos con la elección de los niños. Esto es lo que hace que Jesús y el Espíritu Santo se alegren: la humillación del orgullo del hombre y la exaltación de la libertad y gracia de Dios.

En esto pone Pablo su atención cuando describe la elección de Dios

en la formación de la iglesia, en 1 Corintios 1.26-31. Mientras leemos, detengámonos para apreciar aquello a lo que se opone y aquello que promueve el asunto de la elección descrito en estos versículos.

> 26) Hermanos, consideren su propio llamamiento: No muchos de ustedes son sabios, según criterios meramente humanos [¡recordemos los que Jesús pasó por alto!]; ni son muchos los poderosos ni muchos los de noble cuna. 27) Pero Dios escogió [¡elección!] lo insensato del mundo para avergonzar a los sabios, y escogió lo débil del mundo para avergonzar a los poderosos. 28) También escogió Dios lo más bajo y despreciado, y lo que no es nada, para anular lo que es, 29) a fin de que en su presencia nadie pueda jactarse. 30) Pero gracias a él ustedes están unidos a Cristo Jesús, a quien Dios ha hecho nuestra sabiduría —es decir, nuestra justificación, santificación y redención— 31) para que, como está escrito: «Si alguien ha de gloriarse, que se gloríe en el Señor».

Aquí el pensamiento resulta similar al de Lucas 10.21. Dios elige libremente a quienes formarán parte de su pueblo. Dios no sólo elige a Cristo y luego espera en la autodeterminación humana para gobernar a aquellos que están «en Cristo». Pablo declara de manera muy explícita: «Pero gracias a él ustedes están unidos a Cristo Jesús» (v. 30). Su unión con Cristo es decisión y obra de Dios. La elección no significa que Dios escoge a un grupo desconocido de personas para que vayan a los pies de Cristo en virtud de su poder de autodeterminación.[13]

13. El pasaje entero no tendría sentido si Dios sólo hubiera elegido a Cristo y dejado a cargo de la autodeterminación humana la composición individual de la iglesia. Sin embargo, ésa es una tendencia generalizada en contra del pensamiento que desarrollo aquí. Por ejemplo, R.T. Forster y V.P. Marston, God's Strategy in Human History [La estrategia de Dios en la historia humana] (Wheaton: Tyndale House, 1973) afirman: "El punto principal es que la elección de la iglesia constituye más bien un aspecto corporativo. No es que los individuos están en la iglesia porque han sido escogidos, sino que son escogidos porque están en la iglesia, que es el cuerpo del Elegido" (136). Todavía mas reciente, Clark Pinnock, "From Augustine to Arminius: A Pilgrimage in Theology" [De Agustín a Arminio: Un peregrinaje por la teología], en A Case for Arminianism [Un caso para el arminianismo] (Gran Rapids: Zondervan Publishing House, 1990) explica: "La elección es una categoría corporativa y no está orientada a la elección de individuos para la salvación". La elección "habla de una clase de personas más que de individuos específicos" (20). De modo similar, William G. MacDonald ("The Biblical Doctrine of Election" [La doctrina bíblica de la elección]) dice: "Cristo es el escogido en quien y a través de quien en corporación solidaria con él, la iglesia es elegida para ser propiedad de Dios" (228).
El texto al que más a menudo se hace referencia para defender esta visión "corporativa" de la elección se encuentra en Efesios 1.3-5: "Alabado sea Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos ha bendecido en las regiones celestiales con toda bendición espiritual en Cristo. Dios nos escogió en él antes de la creación del mundo, para que seamos santos y sin mancha delante de él. En amor nos predestinó para ser adoptados como hijos suyos por medio de Jesucristo, según el buen propósito de su voluntad". La pregunta clave aquí es ¿a qué alude la frase "nos escogió en él"? ¿Es la forma en que Pablo expresa que Dios no escogió individuos específicos o es una forma de decir que la elección de los escogidos se hizo en relación con Cristo? La segunda postura es la que honra enteramente la redacción del texto ya que todos los elegidos son escogidos en virtud de su relación con Cristo. La persona de Cristo no fue una idea que se le ocurrió después de haber pensado en la elección. Al mismo tiempo que Dios contemplaba el pueblo escogido para ser salvo, pensaba en que alcanzarían esa salvación a través de Cristo.
No encontramos nada en la frase "nos escogió en Cristo" que nos indique una interpretación no individual. Al contrario. Las Escrituras proponen muchos pasajes que requieren de una visión individual de la elección, como por ejemplo: Mateo 22.14; 1 Corintios 1.27-28; Santiago 2.5; Juan 6.37,39; 10.16,26; 13.18; 17.6,9,24; Romanos 8.28-33; 11.4-6, y otros. Más aún, la interpretación no individual de Efesios no encuadra bien con la de Efesios 1.11 donde Pablo menciona que en este asunto de la elección y la predestinación Dios "hace todas las cosas conforme al designio de su voluntad". Este "hacer todas las cosas" sugiere que Dios no está dejando la realidad increíblemente crucial de cuántos serán los que formen el cuerpo de Cristo en manos de la mera autodeterminación humana. No sólo eso, sino que la redacción de Efesios 1:4 tampoco coincide con una interpretación corporativa: "Dios nos escogió en él antes de la creación del mundo". El significado normal de la palabra "escoger" en el versículo 4 es "seleccionar" o "identificar" a un grupo (ver Lucas 6.13; 14.7; Juan 13.18; 15.16,19). El objeto de esta "selección" somos "nosotros". Por lo tanto, el significado natural del versículo es que Dios desde antes de la creación del mundo, selecciona a su pueblo de entre toda la humanidad. Y lo hace "en Cristo", esto es, viéndolos en relación con su Redentor: Cristo.

La elección es un acto de Dios por el cual él determina quiénes son los que estarán en Cristo. «Pero gracias a él ustedes están unidos a Cristo Jesús». Se socavaría el punto principal de este pasaje si la elección no fuera una elección de individuos para pertenecer a Cristo. El punto del pasaje es: «Observen la clase de individuos que están en Cristo: los insensatos, los débiles, los menospreciados. ¿Cómo se explica que estas personas con tan poco atractivo estén "en Cristo"? Por la simple razón de que Dios los escogió. "Dios escogió lo insensato... Dios escogió lo débil... Dios escogió lo vil y menospreciado... Por Dios ustedes están en Cristo"». Esta no es una designación de Cristo. Es la elección de quienes corresponden a Cristo.[14]

Y existe una razón para ese tipo de elección. Una razón muy determinante. Dios no obra porque se vea forzado a ello. Un objetivo bien definido es el que llena la mente de Dios cuando piensa en llevar a cabo la elección. Y ese objetivo se cumple al escoger a aquellos que estarán en Cristo, y no sólo al escoger a Cristo. El objetivo de Dios consta de dos partes, una positiva y otra negativa. El lado

14. En muchos aspectos, Santiago argumenta de la misma manera en que lo hace Pablo, y enfatiza las implicancias que tiene la elección de Dios en relación con aquellos que pertenecen a la iglesia. Critica el favoritismo que se muestra hacia los ricos y la discriminación de los pobres diciendo: "Escuchen, mis queridos hermanos: ¿No ha escogido Dios a los que son pobres según el mundo para que sean ricos en la fe y hereden el reino que prometió a quienes lo aman?" (Santiago 2.5).

negativo hace referencia a que su designio es que «en su presencia nadie pueda jactarse» (v. 29). El objetivo de Dios a través de la elección es eliminar todo orgullo humano, toda confianza en uno mismo, toda jactancia del hombre. El lado positivo es que toda jactancia sea sólo en el Señor: «El que se quiera enorgullecer, que se enorgullezca en el Señor» (v. 31). En otras palabras, le elección se propone quitar toda jactancia del hombre y centrarla en Dios. Humillar al hombre y exaltar a Cristo. Hacer que el hombre reconozca su total dependencia de la misericordia de Dios y engrandecer la gloria de la gracia de Dios. Por eso Dios tiene placer en la elección: ¡ella engrandece su nombre!

LA GLORIA DE SU GRACIA

En el primer capítulo de la carta a los Efesios encontramos que Pablo pregona tres veces ese gran propósito en cuanto a la obra de la elección. Todo es «para alabanza de su gloriosa gracia». Primero, en los versículos 4-6, Pablo declara que Dios nos escogió en Cristo[15] desde antes de la fundación del mundo «para que seamos santos y sin mancha delante de él. En amor nos predestinó para ser adoptados como hijos suyos por medio de Jesucristo, según el buen propósito de su voluntad, para alabanza de su gloriosa gracia». Segundo, en los versículos 11-12 dice: «En Cristo también fuimos hechos herederos, pues fuimos predestinados según el plan de aquel que hace todas las cosas conforme al designio de su voluntad, a fin de que nosotros, que ya hemos puesto nuestra esperanza en Cristo, seamos para alabanza de su gloria». Tercero, menciona en el versículo 14 que «Éste [el Espíritu Santo] garantiza nuestra herencia hasta que llegue la redención final del pueblo adquirido por Dios, para alabanza de su gloria». Cada una de estas oraciones manifiesta el plan de Dios. Dios elige, predestina y nos afirma para alcanzar el gran propósito final: que siempre haya alabanzas dirigidas a la gloria de su gracia. Ésa es la causa por la que Dios se deleita en la elección. Es la primera obra de la gracia que le

15. Ver nota 13 que trata acerca del "sentido corporativo" de la expresión "en Cristo".

quita al hombre el refugio último de la autosuficiencia y lo proyecta hacia la Roca inconmovible del amor del pacto.

En nuestros días, a muchas personas les sorprende que Jesús le conceda tanto valor al derecho soberano que tiene Dios para elegir libremente, de modo que les hable de la forma en que lo hace a aquellos que lo rechazan. La manera en él que habla revela su intención de impedir que ellos se jacten de poder desautorizar los propósitos finales de Dios.[16] Por ejemplo, en Juan 10.25-26, Jesús responde a lo escépticos que demandan más y más pruebas: «Ya se lo he dicho a ustedes, y no lo creen. Las obras que hago en nombre de mi Padre son las que me acreditan, pero ustedes no creen porque no son de mi rebaño». Pensemos por un momento en eso. Meditemos en lo que significa, y en el hecho de que Jesús se anima a hablarles así a los incrédulos.

Jesús no dice: «Ustedes no son de mi rebaño porque no creen». En este texto, la pertenencia al rebaño no depende de lo que se cree. Es justamente lo opuesto. La condición para creer es ser una de sus ovejas. El pertenecer a su rebaño es lo que permite que una persona crea. Así que Jesús está diciendo: «La razón por la que ustedes no creen es porque no son mis ovejas». Lo que Jesús quiere decir cuando menciona las palabras «mi rebaño» es que el Padre se lo ha entregado.

16. A pesar de las fuertes declaraciones en cuanto al consejo irrefrenable de Dios (como en Isaías 46.10 y Efesios 1.11), R.T. Forster y V.P. Marston argumentan, basándose en Lucas 7.30, que las personas en realidad sí frustran los propósitos específicos de Dios para su vida. Lucas 7.30 expresa: "Pero los fariseos y los expertos en la ley no se hicieron bautizar por Juan, rechazando así el propósito de Dios con respecto a ellos". En cuanto a textos similares (Mateo 23.37; 12.50; 7.21; Juan 7.17; 1 Juan 2.17; 1 Tesalonicenses 4.3; 5.17-19; Hechos 7.51) Forster y Marston comentan: "En las Escrituras no hay nada que sugiera que existe alguna voluntad o plan de Dios que sea inviolable". God's Strategy in Human History [La estrategia de Dios en la historia humana] (Wheaton: Tyndale House, 1973), 32. Sin embargo, muchos textos en las Escrituras sugieren precisamente que los planes de Dios permanecerán y que su consejo no puede fallar (Génesis 50.20; Deuteronomio 29.2-4; Proverbios 16.4,9,33; 19.21; 21.1; Isaías 46.10; 63.17; Jeremías 10.23; 32.40; Lamentaciones 3.37,38; Hechos 2.23; 4.27,28; 9.14-23; 11.24-36; Filipenses 2.12,13; 2 Timoteo 2.24-26; Hebreos 13.20; Apocalipsis 17.17 y muchos más). Con respecto a Lucas 7.30, la frase "respecto a ellos" muy probablemente no modifica la expresión "el propósito de Dios", debido a su ubicación en el fraseo. Más bien, las probabilidades son que modifique a "rechazaron". De este modo lo que Lucas estaría intentando comunicar es que el plan de la salvación que había predicado Juan el Bautista había sido aceptado por algunos y rechazado por otros "respecto a ellos ". El texto no brinda pruebas con respecto a si los planes de Dios para la vida de cada uno pueden ser frustrados con éxito. Para responder a esa incógnita, uno tendría que reflexionar sobre la posibilidad de que Dios deseara diferentes cosas en diferentes formas y que, de esta manera, permitiera que su voluntad se resistiera en cierta medida, a la vez que anulara esa resistencia de acuerdo con su voluntad final para así cumplir el propósito que nadie puede frustrar (Daniel 4.35; Job 42.2). Ver un estudio realizado sobre este tema en Desiring God [Desear a Dios], 39-41; 293-294 y en The Justification of God [La justificación de Dios] (1993), 191-192.

Por eso considera a ese su rebaño. También observamos lo mismo en Juan 10.27-29. «Mis ovejas oyen mi voz; yo las conozco y ellas me siguen. Yo les doy vida eterna, y nunca perecerán, ni nadie podrá arrebatármelas de la mano. Mi Padre, que me las ha dado, es más grande que todos; y de la mano del Padre nadie las puede arrebatar». El Padre le ha dado al Hijo las ovejas. Entonces ahora son «suyas».

Esa es la manera en que Jesús trata el tema de la elección en el Evangelio de Juan. Dios ha escogido un pueblo para sí. Y ésas son sus ovejas elegidas. Luego las entrega en las manos del Hijo para que, mediante la fe en él, puedan ser salvas. En Juan 17.6 podemos ver esto con claridad. En este pasaje, Jesús le dice al Padre: «A los que me diste del mundo les he revelado quién eres. Eran tuyos; tú me los diste y ellos han obedecido tu palabra». Jesús puede hablar con seguridad de algunos dentro del rebaño de Israel que definitivamente son suyos, porque primero pertenecieron al Padre debido a la elección («eran tuyos») y le fueron dadas por el Padre al Hijo («tú me los diste»). El acto de pertenecer al Padre es previo al acto por el que llegamos a Jesús. Eso es lo que Jesús declara en Juan 6.37-39: «Todos los que el Padre me da vendrán a mí; y al que a mí viene, no lo rechazo...Y ésta es la voluntad del que me envió: que yo no pierda nada de lo que él me ha dado, sino que lo resucite en el día final».[17]

Imaginemos ser alguno de los fariseos que, mientras escucha el mensaje de Jesús, piensa dentro de sí: «Si él cree que yo voy a ser arrastrado por este movimiento junto con los cobradores de impuestos y pecadores, está loco. Tengo voluntad propia y el poder para fijar mi propio destino». Y luego, imaginemos a Jesús, que conoce lo que pasa dentro de su corazón, y le dice: «Te jactas en tu propio corazón de que tienes el control de tu vida. Piensas que puedes frustrar el propósito final de mi ministerio. Crees que los grandes propósitos de Dios en cuanto a la salvación, dependen de tu voluntad inconstante. De cierto, de cierto te digo: la razón principal por la que no crees es porque el Padre no te ha escogido para que seas una de mis ovejas». En otras palabras, lo que Jesús dice es: «La doctrina de la elección

17. Ver también Juan 6.44,45,65; 10.16; 17.9,24; 18.9.

destruye la jactancia final de los incrédulos». Aquellos a los que el Padre elige, también los entrega al Hijo; y aquellos que el Padre entrega al Hijo, son aquellos que también el Hijo ha llamado; y por causa de aquellos que ha llamado, él entrega su vida y les concede gozo eterno para disfrutar en la presencia de su gloria. Ése es el deleite del Padre.

SALVACIÓN INFALIBLE

Podemos resumir esta gran salvación presentada en el Evangelio de Juan en los siguientes pasos: todo lo que el Padre ha escogido para que sea suyo, lo ha entregado al Hijo (17.6); y todo aquel que le ha sido entregado al Hijo, es conocido (10.14) y llamado por el Hijo (10.3); y todo aquel al que él llama, lo conoce (10.14) y reconoce su voz (10.4,5) y viene a él (6.37) y le sigue (10.27). El Hijo pone su vida por las ovejas (10.11,15); y da vida eterna a todos aquellos por los que muere (10.28) y los guarda en la palabra del Padre (17.6) para que ninguno se pierda (6.39) o sea arrebatado de su mano (10:28) sino que sea resucitado en el día postrero (6.39) para por siempre glorificar al Hijo (17.10). Por eso el Padre tiene complacencia en la elección. Es el fundamento indestructible de una salvación infalible que al final redundará para la gloria del Padre y del Hijo.

No es casualidad que la enseñanza dada en el Evangelio de Juan sea igual a la enseñanza de Romanos 8.28-32 acerca de la elección. Una gran realidad se esconde detrás de ambos textos.

> 28) Ahora bien, sabemos que Dios dispone todas las cosas para el bien de quienes lo aman, los que han sido llamados de acuerdo con su propósito. 29) Porque a los que Dios conoció de antemano, también los predestinó a ser transformados según la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos. 30) A los que predestinó, también los llamó; a los que llamó, también los justificó; y a los que justificó, también los glorificó.

¿SE BASA LA ELECCIÓN EN UNA FE QUE CONOCE DE ANTEMANO?

El punto básico de este pasaje es que Dios opera de manera infalible para alcanzar la salvación de su pueblo desde el conocimiento previo que tiene lugar en la eternidad pasada hasta conducirlo a la glorificación en la eternidad futura. Ninguno se pierde en el camino de la redención. No obstante, muchas veces se utiliza este texto para objetar la elección incondicional basándose en el versículo 29, que expresa: «A los que Dios conoció de antemano, también los predestinó». Algunos afirman que la elección de las personas no es incondicional, sino que depende de la fe que se produce a partir de su propio poder de autodeterminación. Y que Dios, en su conocimiento anticipado, percibe esta decisión tomada por la determinación personal y responde ante ella con la elección y predestinación del creyente para que sea semejante a Cristo y a su gloria.

Sin embargo, esto no encuadraría con el contexto. Notemos que Romanos 8.30 señala: «A los que predestinó, también los llamó; a los que llamó, también los justificó; y a los que justificó, también los glorificó». Consideremos por un momento el hecho de que a todos los que él llamó, también justificó. El llamado en el versículo 30 no se refiere a todas las personas. Lo sabemos porque no significa que todos los que son llamados sean justificados, sino que no todos son justificados. Por lo tanto, este llamado en el versículo 30 no constituye el llamado que los predicadores hacen al arrepentimiento general o que Dios comunica a través de la gloria de la naturaleza (Salmo 19.1-2). Todos recibimos ese llamado.[18] El llamado en este versículo apunta sólo a aquellos a los que Dios ha predestinado para que sean hechos conforme a la imagen de su Hijo, como si dijera: «A aquellos que han sido predestinados, a estos también ha llamado». Todos los llamados son justificados, no sólo algunos de ellos.

Sin embargo, sabemos que la justificación es por fe (Romanos 5.1). Así que, si todos los llamados son indefectiblemente justificados, entonces el llamado por sí solo debe provocar a la fe o garantizarla,

18. Esta clase de llamado es la que se menciona en Mateo 22.14: "Porque muchos son los invitados, pero pocos los escogidos".

ya que no hay justificación sin fe. Existe el divino acto del llamamiento entre la predestinación y la justificación. Ya que la justificación es sólo por fe, el llamado del que hablamos debe ser el acto por el cual Dios trae la fe a la existencia.[19] Y ya que resulta necesariamente en justificación, debe ser efectiva o irresistible. Ninguno de los que es llamado (en este sentido) deja de ser justificado. Todos los llamados son justificados. Por lo tanto, el llamado del versículo 30 es la obra soberana por la que Dios conduce a las personas a la fe por la que luego son justificadas.

19. Esta comprensión acerca del llamado de Dios se ve con mayor claridad en 1 Corintios 1.23-24: "Mientras que nosotros predicamos a Cristo crucificado. Este mensaje es motivo de tropiezo para los judíos, y es locura para los gentiles, pero para los que Dios ha llamado, lo mismo judíos que gentiles, Cristo es el poder de Dios y la sabiduría de Dios". Fijémonos en las dos clases de "llamados" que implica este texto.
Primero, la predicación de Pablo es para todos, tanto judíos como griegos. Este es el llamado general del evangelio. Ofrece salvación a todos aquellos que creen en el Cristo crucificado. Sin embargo, por lo general, este llamado cae en oídos poco receptivos y se lo considera una locura. Este es la clase de llamado a la que se refiere Mateo 22.14: "porque muchos son los invitados, pero pocos los escogidos".
No obstante, en segundo lugar Pablo se refiere a otro tipo de llamado. Escribe que entre aquellos que oyen, existen algunos que son "llamados" de tal manera que ya no consideran la cruz como una locura sino como la sabiduría y el poder de Dios. ¿Qué otra cosa puede ser este llamado sino el llamado real de Dios a salir de la oscuridad y pasar a la luz de Dios? La palabra "eficaz" significa que el llamado en sí mismo efectúa la fe que se requiere para la salvación. Si todos los que son llamados en este sentido suponen la cruz como el poder de Dios, entonces existe algo en el llamado que provoca la fe. Eso es lo que se conoce como gracia irresistible: no es una gracia que no pueda ser resistida (Hechos 7.51) sino que más bien, esta gracia puede, cuando Dios así lo quiere, superar toda resistencia y hacer que el corazón acceda a creer.
Este pensamiento se explica con mayor detalle en 2 Corintios 4.4-6: "El dios de este mundo ha cegado la mente de estos incrédulos, para que no vean la luz del glorioso evangelio de Cristo, el cual es la imagen de Dios... Porque Dios, que ordenó que la luz resplandeciera en las tinieblas, hizo brillar su luz en nuestro corazón para que conociéramos la gloria de Dios que resplandece en el rostro de Cristo". Se necesita de un milagro para que aquellos que están enceguecidos y no pueden ver el valor de la obra de Cristo vengan, vean y crean. Pablo compara ese milagro con lo que sucedió el primer día de la creación cuando Dios dijo: "Sea la luz". En realidad, se trata de una nueva creación o un nuevo nacimiento. Eso es lo que se quiere expresar cuando se habla de un llamado eficaz en 1 Corintios 1.24.
Los ojos de aquellos que son llamados están abiertos por el poder soberano y creativo de Dios de modo que la cruz ya no es locura para ellos, sino que es una expresión del poder y la sabiduría de Dios. El llamado efectivo consiste en el milagro por el cual nuestra ceguera es quitada.
Otro ejemplo de esto se encuentra en Hechos 16.14, donde Lidia está escuchando la predicación de Pablo. Lucas relata: "El Señor le abrió el corazón para que respondiera al mensaje de Pablo". A menos que Dios abra nuestros corazones, no podremos oír el mensaje del evangelio. Esta apertura del corazón es lo que ocurre cuando Dios "llama" a aquellos que han sido predestinados para ser conformes a la imagen de su Hijo (Ro 8.29-30). Esto explica por qué todos los llamados son glorificados. Este llamado no significa meramente una oportunidad que se da al hombre para escoger, sino que se convierte en la obra infalible de Dios para crear un nuevo corazón donde habite una fe voluntaria.

NO EXISTE UNA FE ENGENDRADA EN SÍ MISMA QUE PUEDA SER CONOCIDA DE ANTEMANO

Prestemos atención a las implicancias que esto tiene en cuanto al significado de «conocimiento previo» que se menciona en el versículo 29. Cuando en ese versículo Pablo dice «a los que Dios conoció de antemano, también los predestinó», no puede significar (como muchos intentan afirmar) que Dios sabe de antemano quiénes harán uso del poder de autodeterminación para llegar a la fe, de modo tal que él pueda, sobre esa base, predestinarlos a la comunión con los hijos. El sentido de este texto no puede ser ése porque, como vimos en el versículo 30, las personas no pueden por sí mismas llegar a la fe. En efecto, son llamadas. Por esta razón Pablo puede decir que todos los que son llamados son indefectiblemente justificados (la justificación es por la fe y entonces el llamamiento divino garantiza la fe). No es el producto de la autodeterminación a lo que Dios responde. La fe es resultado de la gracia de Dios que se inicia en Dios mismo.

Por lo tanto, el conocimiento previo que se menciona en Romanos 8.29 no es la mera conciencia de algo que sucederá en el futuro aparte de la eficaz gracia de Dios. Más bien, es el tipo de conocimiento al que hace referencia el Antiguo Testamento en textos como el de Génesis 18.19 («"Yo lo he elegido [literalmente: conocido] para que instruya a sus hijos ... a fin de que se mantengan en el camino del Señor"») y Jeremías 1.5 («Antes de formarte en el vientre, ya te había elegido; antes de que nacieras, ya te había apartado; te había nombrado profeta para las naciones») y Amós 3.2 («"Sólo a ustedes los he escogido entre todas las familias de la tierra"»). Como afirma C.E.B. Cranfield, el conocimiento anticipado de Romanos 8.29 es «ese conocimiento especial de una persona que deriva de la gracia electiva de Dios».[20] Ese conocimiento anticipado es prácticamente lo mismo que la elección: «Porque a los que Dios conoció de antemano, también los predestinó a ser transformados según la imagen de su Hijo».

20. C.E.B. Cranfield, The Epistle to the Romans [La epístola a los Romanos], 1, ICC (Edinburgh: T & T. Clark Ltd, 1975), 431. Ver nota 4.

DEL PRINCIPIO AL FIN, DIOS

De ese modo, este magnífico texto (Romanos 8.28-30) enseña que Dios es el que verdaderamente lleva a cabo la redención completa de su pueblo, de principio a fin. Antes de la fundación del mundo, Dios conoce de antemano (elige) un pueblo para sí, lo predestina para que sea hecho conforme a la imagen de su Hijo, lo llama a sí a través de la fe, lo justifica a través de la fe y finalmente lo glorifica. Y nunca nada puede separarlo del amor de Dios en Cristo (Romanos 8.39). Esta gran obra de la salvación está arraigada y fundada en el amor electivo de Dios. Si la piedra fundamental se derrumba, la salvación bíblica se derrumba. Sin embargo, no puede y no va a desmoronarse porque Dios se deleita en la elección, el terreno inamovible de la gloria de su gracia.

A menudo la gente me pregunta: «¿En verdad importa lo que creemos en cuanto a la elección? ¿Tiene alguna pertinencia con respecto a la forma en que vivimos y servimos?». Mi respuesta es, indiscutiblemente, sí. Y creo que será de gran ayuda cerrar el capítulo dando siete razones que revelan el valor de esa enseñanza y explicando por qué creo que Dios se deleita en ella. En cada uno de los siguientes puntos «esta verdad» se refiere a la verdad de la elección libre, soberana, incondicional e individual de Dios, realizada por gracia, con respecto a aquellos que serán salvos.

Primero: esta verdad es bíblica. Es bíblica porque su fundamento se encuentra no una sola vez en la Escritura, sino que se halla a lo largo de toda la Biblia. Recordemos la experiencia de George Mueller mencionada al principio de este capítulo: «Para mi gran sorpresa, encontré que la cantidad de pasajes que hablan contundentemente sobre la elección y gracia perseverante son cuatro veces más frecuentes que aquellos que en apariencia hablan en contra de estas verdades; y aun esos pocos, un breve tiempo después, cuando los hube examinado y entendido, sirvieron para confirmarme en las doctrinas antes mencionadas». George Whitefield, el gran evangelista del siglo XVIII, habló de parte de muchos santos al escribir a John Wesley para explicar por qué él creía en la verdad de la elección: «Ay Señor, nunca leí nada de lo que escribió Calvino; elaboré mis doctrinas en

base a Cristo y a sus apóstoles; Dios me las enseñó».[21] Dios se complace en la elección porque él exalta su palabra (Salmo 138.2) y su palabra enseña esta verdad.

Segundo: esta verdad humilla al pecador y engrandece la gloria de Dios. Ése es el punto que vimos antes en 1 Corintios 1.26-31: «Dios escogió ... a fin de que en su presencia nadie pueda jactarse ... "El que se quiera enorgullecer, que se enorgullezca en el Señor"» (NVI, 1995). El gran propósito del camino de Dios hacia la salvación es magnificar su gloria y derribar el orgullo humano. George Whitefield escribió a John Wesley, instándolo a buscar la verdad que...

> degrade al máximo al hombre y exalte el nombre del Señor Jesús. Nada, sino la doctrina de la Reforma puede hacer esto. Todas las demás le conceden al hombre libre albedrío y lo convierten, en parte, por lo menos, en su propio salvador. Mi alma, no te acerques a aquellos que enseñan tales cosas. ... Sé que Cristo es el todo en todo. El hombre no es nada; tiene la libertad de ir al infierno, pero no la de ir al cielo, hasta que Dios obra en él para desear y hacer su buena voluntad.
> ¡Oh, que excelencia tiene la doctrina de la elección y de la perseverancia final de los santos! Estoy persuadido de que hasta que un hombre no llega a creer y experimentar estas verdades importantes no puede salir de sí mismo. Sin embargo, cuando se convence de ellas y las reafirma en su corazón, entonces camina por fe de verdad.[22]

Tercero: esta verdad tiende a evitar que la iglesia se desvíe tras falsas filosofías de vida. La historia parece indicar eso. Por ejemplo, hacia fines del siglo XVIII: «Las convicciones del calvinismo fueron desapareciendo en Norteamérica. En un progreso de debilitamiento que (Jonathan) Edwards había anticipado correctamente, las iglesias congregacionales de Nueva Inglaterra comenzaron a abrazar el arminianismo después que el Gran Avivamiento se movió gradualmente

21. Arnold Dallimore, George Whitefield, 1 (Edinburgh: Banner of Truth Trust, 1970), 574.
22. Ibíd., 407.

hacia el unitarismo y el universalismo guiado por Charles Chauncy».[23] Parecería haber algo en la elección libre y soberana de Dios que lleva a la iglesia a montar guardia en la mente y el corazón para mantenerse alerta ante las tendencias y los cambios que se alejan de la plomada de la verdad de Dios.

Cuarto: esta verdad es la buena noticia de una salvación que no sólo se ofrece sino que también obra de manera eficaz. La elección es la garantía de que Dios no sólo extiende una invitación a las personas para que sean libres, sino que en realidad las libera. «Llamarás su nombre Jesús porque él salvará a su pueblo de sus pecados» (Mateo 1.21). Dios se encarga de salvar a su pueblo con omnipotencia. Lo planea a través de la elección, y lo alcanza a través de la obra de su Hijo e indiscutiblemente lo aplica a través del Espíritu Santo por la fe. Los predestinados son llamados, los llamados son justificados, los justificados son glorificados (Ro 8.30). El destino del pueblo de Dios, que tiene sus raíces en la elección, es seguro de manera inamovible. Y eso es una buena noticia.[24]

La compasión de Dios por la gente

Resulta perfectamente legítimo preguntar si esta enseñanza significa que el evangelio es una expresión sincera de la compasión manifestada

23. Iain H. Murray, Jonathan Edwards: A New Biography [Jonathan Edwards: una nueva biografía] (Edinburgh: Banner of Thruth Trust, 1987), 454. De manera insólita, cien años más tarde, C.H. Spurgeon relata los mismos movimientos doctrinales. Nota el abandono de la confesión y el catecismo del siglo XVII a lo largo del siglo XVIII y afirma: "Le siguió una era de tonterías en la que existió inconformismo de nuestra parte, pero gradualmente fue menguando hasta convertirse en arminianismo y luego en unitarismo, hasta que casi cesó. Los hombres sabían que eso era así pero igual quisieron realizar toda la actuación otra vez. Leen la historia y sin embargo, exigen que se abandone la vieja doctrina... ¡Oh, necios y tardos de corazón! ¿No les enseñará la historia? No, no lo hará si la Biblia no lo hace... Sin duda que los días malos se acercan, a menos que la iglesia se aferre de la verdad en su corazón nuevamente". Citado de Iain Murray, The Forgotten Spurgeon [El Spurgeon olvidado] (Edinburgh: Banner of Truth Trust, 1973), 189. Observo el mismo cambio teológico (si no es hasta el mismo punto) en el peregrinaje de Clark Pinnock mientras se propone revisar con más profundidad el teísmo histórico (ver nota 13 y el capítulo 2, nota 5 y 6).
24. Spurgeon declaró: "En mi opinión, no existe tal cosa como predicar a Cristo y a éste crucificado a menos que se predique lo que hoy conocemos como calvinismo. Es un apodo llamarlo calvinismo: el calvinismo es el evangelio, y nada más... No creo que podamos predicar el evangelio a menos que prediquemos acerca de la soberanía de Dios en la dispensación de la gracia, ni tampoco a menos que exaltemos el inmutable, eterno, conquistador y electivo amor de Jehová; ni tampoco creo que podamos predicar el evangelio a menos que lo basemos en la redención especial y particular de su pueblo elegido que Cristo consumó en la cruz. Tampoco puedo comprender un evangelio en el que los santos renuncien una vez que han sido llamados". (Spurgeon, Autobiography [Autobiografía], 168).

hacia aquellos a los que Dios ha escogido no condenar sino llamar y acercar al Hijo a través de una gracia eficaz. Muchas personas tropiezan con la sencilla enseñanza bíblica sobre la elección porque se dejan controlar por la lógica que expresa Juan 3.16 («Porque tanto amó Dios al mundo...») que no puede entonces ser cierto si Dios sólo elige algunas personas para que sean salvas. También afirman que el lamento de Jesús sobre Jerusalén no puede ser genuino si él está dispuesto a dar vida sólo a los escogidos. (Lucas 19.41-42: «¡Cómo quisiera que hoy supieras lo que te puede traer paz!»). Dicen, pues, que a pasajes como el de Ezequiel 18.32, que examinamos en el capítulo 2 (pp. 70-73)no se les puede dar un sentido natural si Dios elige algunos para que sean salvos y a otros no («Porque yo no quiero la muerte del que muere»; RVR95). De modo similar, 1 Timoteo 2.4 y 2 Pedro 3.9 a menudo son considerados como pasajes problemáticos con respecto a la enseñanza de la elección («Porque él quiere que todos sean salvos y lleguen a conocer la verdad ... porque no quiere que nadie perezca sino que todos se arrepientan.»).

Mi intención es dejar que las Escrituras se pongan de pie: dejarla que enseñe lo que desea y no hacerla decir lo que no dice. Muchas veces escucho a personas decir que los que creemos en la elección incondicional estamos más controlados por las exigencias de la lógica que por las exigencias de las Escrituras. Hasta donde conozco mi corazón, creo que esto no es así. Por el contrario, me parece que son las suposiciones de la lógica las que más a menudo causan el rechazo de la elección. Por ejemplo, la declaración: «Dios no puede escoger individuos y aun así sentir compasión por todas las personas» se basa en un cierto tipo de deducción filosófica y no en las Escrituras. Precisamente, las Escrituras nos conducen a esta posición paradójica. Estoy dispuesto a dejar que esta paradoja se mantenga en pie aun cuando yo no pueda explicarla.[25] Me parece que aquellos que enseñan en contra de la elección incondicional a menudo son controlados por

25. No creo que las Escrituras se contradigan. Entiendo por paradoja aquello que aparenta ser una contradicción, pero que en realidad es un pensamiento coherente. Para considerar un ejemplo de la manera en que muchas veces los arminianos son guiados por una lógica no bíblica, ver el capítulo 2, nota 6.

una lógica que no es bíblica. Toman los textos que acabo de mencionar y dicen (a raíz de ciertas suposiciones filosóficas) que esos textos no pueden coexistir con la enseñanza bíblica referida a la elección que he desarrollado aquí. Por lo tanto, niegan que la Biblia enseñe la elección incondicional ya que también enseña cosas que no encajan con la doctrina de la elección. Sin embargo, ése no es el método que yo sigo. No niego que Jesús se haya lamentado por Jerusalén. No niego que él haya experimentado una compasión genuina por las personas que se pierden. No niego que Dios ame el mundo de los perdidos (escogidos y no escogidos). Al contrario, todo lo que quiero hacer es intentar contar la manera en que estas dos enseñanzas bíblicas coexisten (la clara enseñanza que la Biblia brinda en cuanto a la elección y la clara enseñanza acerca de que Dios siente una compasión genuina por los que no han sido elegidos que la Biblia expresa de varias maneras). No permito que una fuerza extraña me obligue a elegir entre una de estas enseñanzas.

He incorporado un apéndice titulado «¿Dios tiene dos voluntades? La elección divina y el deseo de Dios de que todos sean salvos» (pp.359-390)con el fin de proporcionar más evidencias que aseguran que la Biblia enseña estas dos verdades. El propósito es mostrar que, por un lado, Dios no se deleita en la muerte de los impíos, sin embargo, por el otro lado, se deleita en la justicia que ordena el juicio de los incrédulos. No obstante, intentaré demostrar que esto no es así. En el caso que usted no quiera tomarse un tiempo para leer el apéndice ahora, podría ser de ayuda dar aquí una explicación sobre cómo estas dos cosas pueden ser verdad.

Me remonto a más de cien años atrás con el fin de encontrar la explicación más útil que conozco. Esta explicación proviene de un ensayo escrito por Robert L. Dabney, ministro presbiteriano y profesor de teología cuyos escritos han mostrado ser de utilidad por más de un siglo.[26] El tratamiento que él hace es muy detallado y da respuesta a muchas objeciones que van más allá del alcance de este

26. Robert L. Dabney, "God's Indiscriminate Proposal of Mercy, As Related to His Power, Wisdom, and Sincerity" [La propuesta de Dios de una gracia indiscriminada, relacionada con su poder, sabiduría y sinceridad], Discussions: Evangelical and Theological [Argumentaciones: evangélicas y teológicas], 1 (Edinburgh: Banner of Truth Trust, 1967, orig., 1890), 282-313.

libro. Simplemente mencionaré la esencia de la solución que él propone, ya que creo que va por buen camino, aunque tanto él como yo, admitimos que no «proporcionamos una explicación exhaustiva del misterio de la voluntad divina».[27]

¿De qué manera Dios se parece a George Washington?

Robert Dabney utiliza una analogía de la vida de George Washington extraída de La vida de Washington, escrita por Marshall, el presidente del Tribunal Supremo. Un cierto comandante llamado André había puesto en peligro la seguridad de la joven nación a través de actos «imprudentes y desafortunados» de traición. Marshall relata la orden judicial de muerte que había firmado Washington: «Quizás, en ningún momento de su vida el comandante en jefe debió sentir tanta resistencia a obedecer los severos mandatos relacionados con su deber y la política». Dabney observa que la compasión que Washington sentía por André era «profunda y real». También tenía «el poder pleno para matar o salvar su vida». Entonces, ¿por qué firmó la orden judicial de muerte? Dabney explica: «La decisión de Washington de autorizar la orden de muerte no provino de que su compasión hubiera disminuido o fuera simulada, sino porqué estaba equilibrada por el contrapeso racional de una serie de juicios superiores... relacionados con la sabiduría, el deber, el patriotismo y la indignación moral».

Dabney imagina que un defensor de André oyera lo que Washington dice: «La resistencia y pena más profunda me acompañan en este acto». Entonces, el defensor respondería: «Ya que usted es la autoridad suprema en este asunto, y cuenta con la completa posibilidad corporal de arrojar esa lapicera, entendemos que si usted firma esa orden judicial, entonces el sentimiento de pena del que habla es hipócrita». Dabney señala en respuesta a eso: «La

27. Ibíd., 309.

petulancia de esta acusación sería igual a su locura. La pena que sentía era verdadera, sin embargo había motivos superiores que lo llevaron a contenerla. Washington tenía el poder físico y judicial para retirarle los cargos a este criminal, pero no tenía el consentimiento de su sabiduría y justicia».[28] El punto correspondiente a la elección divina es que «la ausencia en Dios de una voluntad para salvar no implica necesariamente la ausencia de compasión».[29] Dios experimenta «una compasión verdadera que, no obstante, se ve restringida en el caso de los ... que no han sido escogidos, por razones santas y coherentes, para no transformarse en una voluntad regeneradora».[30] «La sabiduría infinita de Dios regula toda su voluntad y guía y armoniza (sin reprimir) todos sus principios profundos».[31]

En otras palabras, la compasión que Dios siente hacia los pecadores que perecen es profunda y verdadera. Ellos ocupan un lugar en su expresión de piedad y súplica. En el corazón de Dios existe una inclinación genuina a apiadarse de aquellos que han traicionado al reino. Sin embargo, esa motivación es compleja y cada elemento verdadero que la compone no resulta suficiente como para provocar la elección. Existen clases de anhelos y deseos atesorados en su misterioso y gran corazón, que son reales: nos comunican algo verdadero de su carácter. Aun así, no todos estos anhelos gobiernan las decisiones de Dios. Dios es gobernado por la profundidad de su sabiduría que lleva a cabo un plan que ninguna reflexión humana podría jamás concebir (Romanos 11.33-36; 1 Corintios 2.9). Existen razones justas y santas que explican por qué los sentimientos del corazón de Dios tienen la naturaleza, intensidad y proporción que muestran.

Dabney es consciente de que hay muchas objeciones que pueden surgir en contra de esta analogía de George Washington aplicada a

28. Ibíd., 285.
29. Ibíd., 299.
30. Ibíd., 307.
31. Ibíd., 309.

Dios.[32] Admite que «ninguna analogía puede ser considerada perfecta si se comparan acciones entre una inteligencia y voluntad finita y otra infinita».[33] Sin embargo, creo que está en lo cierto cuando declara que las objeciones no desmoronan la verdad esencial de que en un corazón grande y noble (aun en el corazón divino) pueda residir

32. Ibid., 287-299. Cita tres tipos de objeciones a esta analogía:
1) "Como se refiere a un gobernador humano, no puede aplicarse a Dios, que es todopoderoso". Un gobernador humano prevé los efectos negativos de su perdón y no puede superarlos y, de este modo, se ve obligado a condenar. Dios es omnipotente y por lo tanto, no se encuentra obligado por tal incapacidad. Dabney responde: "Sabemos que el fin último de Dios es su propia gloria. Pero no conocemos todas las formas en que Dios puede considerar que su gloria sea promovida... Dios puede ver en su omnisciencia un fundamento racional más que una incapacidad para contener su verdadera [inclinación] a la piedad hacia un cierto pecador" (288-289).
2) La segunda objeción tiene su origen en una especulación teológica avanzada: "Tal teoría de motivación e intervención gratuita puede que no se aplique a la voluntad divina, por la absoluta sencillez del ser de Dios, y por la unidad de sus atributos con su esencia, la unidad y la eternidad de su entera voluntad en relación con todos los eventos. Se teme que al establecer este paralelo, un despiadado antropomorfismo tergiverse los actos de la voluntad de Dios" (287). Aquí, el asunto principal es si se pone en peligro la inmutabilidad de Dios y si se lo coloca a la merced de criaturas que provoquen fluctuaciones en su corazón de modo tal que él se vuelva dependiente de ellos y divida su voluntad. Ésa es la preocupación cuando las confesiones de la historia afirman que Dios "no tiene pasiones". Dabney responde: "En tanto que Dios no tiene... la mentada susceptibilidad con respecto a que sus criaturas puedan causar un efecto independiente de la voluntad y la libertad divina, aun así tiene principios profundos. Dios no alberga pasiones en el sentido de fluctuaciones o inquietudes, pero no obstante están presentes los sentimientos de la voluntad, que se distinguen con profundidad de las cogniciones de su inteligencia" (291). Más aun, los actos de sus criaturas "son ocasiones reales, aunque no causas eficientes, de la acción de los sentimientos divinos y la voluntad" (291). En otras palabras: Dios no está a merced de sus criaturas, ya que, aunque él responde a sus acciones de manera genuina con sentimientos y elecciones, esa respuesta es siempre acorde a la disposición previa que le confiere la completa libertad. De este modo, Dios no está obligado a responder por otros ni tampoco está acorralado por una compasión frustrada que no puede anticipar.
La sencillez y la unidad de Dios no deben ser tomadas para explicar algo que la Biblia niega que signifique: "Siempre la Biblia habla acerca de los atributos de Dios como distintos, y que aun así, no dividen la unidad de Dios; habla de su inteligencia y voluntad como diferentes; de su ira, amor, piedad, sabiduría como que son actividades diferentes del Espíritu Infinito" (290). La unidad del Espíritu de Dios no radica en que no tenga sentimientos, ni en que todos sus sentimientos se reduzcan a un simple acto. La unidad radica en la armonía y en la proporción gloriosa de todo lo que él es. Cada sentimiento y propensión revelan algo de la complejidad armoniosa y unificada de la Mente infinita.
3) La tercera clase de objeción con respecto a la aplicación de la analogía de George Washington a Dios, es que "No existe tal cosa como un equilibrio de motivos subjetivos sin que se produzcan luchas internas, las que serían inconsistentes con la inmutabilidad y la santidad de Dios" (287). Dabney está de acuerdo con que esto es algo difícil de imaginar (que Dios sea movido por toda la energía de los sentimientos y que, aun así, manifieste toda la ecuanimidad de la deidad). Sin embargo, no es imposible. Observa con sabiduría que mientras más puros y constantes sean los sentimientos y los pensamientos de una persona, menor es la lucha por adaptarlos a una decisión justa y racional. Él imagina a un hombre con una condición más inestable que la "majestuosa calma" de Washington, enfrentando la misma situación: "Hubiera manifestado muchas más inquietudes; quizás, hubiera arrojado la lapicera y la hubiera recogido nuevamente, y hubiera temblado y llorado. Sin embargo, eso no hubiera puesto de manifiesto que la compasión de ese hombre fuera mayor que la de Washington. Su naturaleza superficial no sería capaz de permitir que tal profundidad de sentimientos llenara su vasta alma con algún rumbo virtuoso. La causa de la diferencia hubiera residido en esto: que el alma de Washington era un alma más grandiosa y sensata, así también como más llena de sentimientos" (298).
Dabney menciona una analogía sobre la manera en que la profundización de sentimientos mezclados no necesariamente

sincera compasión hacia un criminal que, a pesar de todo, no es liberado. Por lo tanto, afirmo que Dios ama al mundo con una compasión que desea la salvación; no obstante, también afirmo que él ha escogido desde antes de la creación del mundo a quienes salvaría del pecado. La elección es la buena noticia que anuncia que la salvación no sólo es una oferta veraz abierta a todos, sino que también produce resultados seguros en la vida de los elegidos, y una transformación que realiza la fe por el poder de la gracia de Dios.

Quinto: esta verdad nos permite descubrir las exigencias de santidad que se mencionan en las Escrituras y aun así, tener la seguridad de la salvación. La Biblia nos enseña que hay una santidad sin la cual nadie verá al Señor (Hebreos 12.14). Docenas de pasajes de la Biblia nos hablan de que la salvación final (aunque no la elección) depende de una vida y un corazón que han sido transformados.[34] La pregunta que surge entonces es ¿cómo puedo yo tener la seguridad de que perseveraré en la fe y en la santidad necesarias para heredar la vida eterna?

La respuesta es que nuestra elección garantiza nuestra seguridad (2 Pedro 2.10). La elección divina es la garantía de que Dios se encargará de completar a través de la gracia santificadora, lo que la gracia electiva ha comenzado. Esto es lo que el nuevo pacto significa: Dios no manda meramente que le obedezcamos. Él produce la obediencia. «El Señor tu Dios quitará lo pagano que haya en tu corazón y en el de tus descendientes, para que lo ames con todo tu corazón y con toda tu alma, y así tengas vida» (Deuteronomio 30.6). «Infundiré mi Espíritu en ustedes, y haré que sigan mis preceptos» (Ezequiel 36.27; 11:20; ver también Hebreos 13.20; Filipenses 2.13). La elección es el motivo final de la seguridad porque, ya que

deben resultar en inquietud y conflicto: "Muchas veces los santos que se encuentran en su lecho de muerte han declarado que el amor que sienten hacia su familia nunca antes había sido tan profundo y tierno; y que aun así la gracia agonizante les permite hacer una despedida final con alegre calma. Si, pues, el ennoblecimiento de los sentimientos permite a la voluntad encontrar un equilibrio interno y apaciguar las inquietudes, ¿cuál sería entonces el resultado, si la sabiduría fuera la de la omnisciencia, la virtud la de la santidad infinita, y el dominio propio el de la omnipotencia?

33. Ibíd., 287.

34. Para un estudio más profundo acerca del "señorío de la salvación", ver Letter to a friend [Carta a un amigo], (Minneapolis: Desiring God Ministries, 2000). Allí también podremos encontrar una lista de pasajes bíblicos que hablan acerca de la necesidad de la obediencia.

Dios es el que se compromete a salvar, también es él quien se compromete a producir todo lo necesario para la salvación.[35] San Agustín lo expresa así:

> Toda mi esperanza, Dios y Señor mío, se funda únicamente en vuestra grandísima misericordia. Dadme lo que me mandáis y mandadme lo que quisiereis... Porque la continencia es la virtud que nos reúne y nos reduce a ser una cosa sola, de cuya unidad habíamos degenerado haciéndonos de uno muchos y dividiendo nuestro corazón en multitud de cosas; y menos, Señor, os ama el que juntamente con Vos ama alguna otra cosa, que no la ama por Vos. ¡Oh amor, que siempre ardéis y nunca os apagáis! ¡Oh Dios mío, caridad infinita, encended mi corazón! Nos mandáis la templanza o continencia, pues dadnos lo que mandáis y mandad lo que queréis.[36]

La certeza de que Dios responderá esta oración conforme al juramento del nuevo pacto es la causa por la que la elección asegura que «a los que justificó, también los glorificó» (Romanos 8.30) de modo que todas las condiciones establecidas para la glorificación serán cumplidas por el poder de la gracia de Dios. «Porque desde el principio Dios los escogió para ser salvos, mediante la obra santificadora del Espíritu» (2 Tesalonicenses 2.13).[37]

La elección nos libra de caernos del caballo hacia cualquiera de

35. Para hallar un listado de pasajes bíblicos que hablan sobre la promesa de Dios en cuanto a la preservación de su pueblo en santidad, ver Letter to a Friend [Carta a un amigo].
36. San Agustín, Confessions [Confesiones], X, 40, citado en Henry Bettenson, Documents of the Christian Church [Documentos de la iglesia cristiana] (Londres: Oxford University Press, 1967), 54.
37. Gustav Oehler (ver nota 4) plantea el problema de esta manera: ¿Cómo se puede asegurar el propósito de la elección de Dios cuando la obediencia es un condicionante en el pacto de Dios con su pueblo? "Si Israel lo quebranta y queda expuesto al juicio y al rechazo de Dios, invalida el decreto que Dios ha hecho en cuanto a la elección. La realización del objetivo de su reino, aunque está garantizada por el juramento del pacto de Dios, nuevamente depende de la acción del hombre" (Theology of the Old Testament [Teología del Antiguo Testamento], 197). La respuesta del Antiguo Testamento, agrega, (es la misma respuesta dada en el Nuevo Testamento), es que Dios convertirá a su pueblo de manera tal que los prerrequisitos éticos para recibir la bendición eterna serán consolidados por el mismo Dios: "El propósito de la conversión es alcanzado cuando, por la obra de la gracia divina, se logra aquella renovación del corazón en virtud de la cual la ley ya no significa al pueblo un mandamiento externo, sino que, mediante el poder de Dios se convierte en una expresión alegre de su voluntad y propósito" (198).

los dos lados. Nos guarda del error de pensar que podemos ganarnos el favor de Dios a través de «las obras de la ley», ya que el favor de Dios hacia nuestra vida se basa en un acto gratuito de amor anterior a la fundación del mundo. No podemos ganarnos aquello que Dios decidió concedernos gratuitamente «antes de que hicieran algo bueno o malo» (Romanos 9.11). También nos guarda del error de pensar que, por el hecho de ser amados de manera gratuita y de estar seguros por toda la eternidad, la obediencia es optativa, y no necesaria. De esta manera, el incentivo para la santidad conserva su urgencia, ya que la santidad es necesaria (Hebreos 12.14); sin embargo, no se convierte en una carga legalista, porque servimos en las fuerzas que Dios nos da (1 Pedro 4.11; ver también 1 Corintios 15.10; Romanos 15.18). Estas dos declaraciones: «Pero estrecha es la puerta, y angosto el camino que conduce a la vida» (Mateo 7.14) y «Mi yugo es suave y mi carga es liviana» (Mateo 11.30) son verdad. La realidad de la elección preserva tanto la urgencia como la libertad con respecto a la obediencia bíblica. (Para más información sobre este tema, ver el capítulo 9.)

Sexto: esta verdad nos abre a la experiencia irresistible de ser amados de modo personal con el inquebrantable amor electivo de Dios. Muchas personas no viven la experiencia personal de saber que Dios los ha amado eternamente y que Dios los cuidará por siempre con un amor poderoso que todo lo suplirá. Muchas personas piensan en el amor de Dios en términos de un amor que ofrece y espera, pero que no nos toma para sí mismo y obra con entusiasmo infinito para preservarnos y glorificarnos por toda la eternidad. No obstante, ésa es la experiencia que se encuentra a disposición de todo aquel que viene y bebe gratuitamente del agua de vida (Apocalipsis 22.17).

EL CONSUELO Y LA FORTALEZA DEL CORAZÓN CRISTIANO

Hay un amor general que él concede a todas sus criaturas. Eso se hace evidente en Mateo 5.44-45: «Amen a sus enemigos y oren por quienes los persiguen, para que sean hijos de su Padre que está en el cielo. Él hace que salga el sol sobre malos y buenos, y que llueva sobre

justos e injustos». (Ver también Hechos 14.17; 1 Timoteo 4.10). Sin embargo, ese amor, que se extiende a todas las personas, no constituye el consuelo ni la fortaleza del corazón cristiano. Nuestro consuelo y fortaleza es la certeza de que formamos parte del pacto de Dios y que somos amados con un amor electivo que no sólo nos brinda buenas cosas sino que también realiza todo lo necesario para que nuestra salvación individual se lleve a cabo. Una expresión hermosa (entre muchas[38]) de este amor en el Antiguo Testamento se encuentra en Jeremías 31.2-3: «El pueblo que escapó de la espada ha hallado gracia en el desierto; Israel va en busca de su reposo. Hace mucho tiempo se me apareció el Señor y me dijo: «Con amor eterno te he amado; por eso te sigo con fidelidad». Ahí se manifiesta la preciosura de un amor eterno (electivo) que nos asegura no sólo la provisión de ayuda, sino el compromiso de un pacto de fidelidad. Es la voluntad de Dios que su pueblo conozca este amor. Sin embargo, no será posible apreciarlo en lugares en los que la verdad de la elección no se conozca ni se enseñe.

Las expresiones de ese amor en el Nuevo Testamento son demasiadas como para citarlas, pero también demasiado preciosas como para no mencionarlas. «Hermanos amados de Dios, sabemos que él los ha escogido» (1 Tesalonicenses 1.4). «Nosotros, en cambio, siempre debemos dar gracias a Dios por ustedes, hermanos amados por el Señor, porque desde el principio Dios los escogió para ser salvos» (2 Tesalonicenses 2:13). La elección es el primer regalo y el canal continuo por el cual se manifiesta el pacto de amor de Dios hacia su pueblo. «Como escogidos de Dios, santos y amados, revístanse de afecto entrañable y de bondad...» (Colosenses 3.12). Ser un «escogido» de Dios significa ser una persona «amada» de una manera única, como la «propiedad» de Cristo. «Se acercaba la fiesta de la Pascua. Jesús sabía que le había llegado la hora de abandonar este mundo para volver al Padre. Y habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin» (Juan 13.1; ver también 15.13-14; 17.22-23). «Pero Dios, que es rico en misericordia, por su gran amor por nosotros, nos dio vida con Cristo, aun cuando estábamos muertos

38. Ver Deuteronomio 10.14-15; 23.5; Salmo 60.5; Proverbio 3.2; Isaías 43.4; 48.14; Oseas 14.4; Malaquías 1.2,3.

en pecados. ¡Por gracia ustedes han sido salvados!» (Efesios 2.4-5). El pacto de amor de Dios con nosotros no sólo es una respuesta a nuestra fe, sino que también incluye con la gracia un poder de resurrección que nos ha dado vida aun cuando estábamos muertos y no podíamos ejercer la fe (ver también Romanos 8.7; 1 Corintos 2.14; Juan 10.27).

En el mundo impera una necesidad desesperada de sentirse amado que sólo la verdad de la elección puede satisfacer. Dios quiere que nosotros disfrutemos de esa experiencia. Y ver a su pueblo fortalecido y alentado por esa verdad constituye otra de las razones por las que él se deleita en la elección.

Séptimo: esta verdad nos da la esperanza de una evangelización eficaz y garantiza el triunfo final que obtendrá la misión de Cristo. Nada de lo que he dicho debe ser tomado en un sentido que disminuya la urgencia de la evangelización. La verdad de la elección no pone en peligro la evangelización ni las misiones, sino que más bien las fortalece y asegura su triunfo. Jesús dijo: «Tengo otras ovejas que no son de este redil, y también a ellas debo traerlas. Así ellas escucharán mi voz» (Juan 10.16). Eso denota que existen ovejas desparramadas alrededor del mundo (Juan 11.52). Ellas estarán allí, provenientes de «todo pueblo, lengua, tribu y nación» (Apocalipsis 5.9) cuando el misionero llegue a esa tierra para emitir el llamado de Dios absolutamente esencial a través del evangelio. Por eso Jesús dice que él debe traerlas. Y también declara que ellas oirán su voz. En otras palabras, el triunfo que alcanzarán las misiones mundiales en cuanto a recoger todas estas ovejas está asegurado a causa de la verdad de la elección: él tiene otras ovejas.

LO QUE PABLO SOÑÓ EN CORINTO

Esa verdad animó a Pablo de un modo tremendo. Una noche el Señor se le apareció en un sueño mientras él evangelizaba en Corinto. Con el fin de alentarlo, el Señor le dijo: «No tengas miedo; sigue hablando y no te calles, pues estoy contigo. Aunque te ataquen, no voy a dejar que nadie te haga daño, porque tengo mucha gente en esta ciudad» (Hechos 18.9-10). La base para la confianza de Pablo estaba en la

seguridad que había recibido del Señor en cuanto a que había «otras ovejas» en Corinto (muchas de ellas). Dios las había elegido. Sin embargo esta elección se cumplía a través de la predicación del evangelio (ver Hechos 13.48; 16.14). La verdad de la elección incluye la necesidad de la evangelización y de las misiones y garantiza su éxito en el tiempo de Dios y a la manera de Dios. Ésta ha sido la fortaleza que ha llenado el corazón de miles de misioneros y les ha infundido coraje.

EL PODER DE LA TUMBA DE LIVINGSTONE

Las exploraciones de David Livingstone no fueron meras aventuras seculares. «Visto en relación con mi llamado –escribió– el fin de la hazaña geográfica es sólo el comienzo de la empresa». El objetivo era «acercar a las naciones desconocidas a la compasión del mundo cristiano» y, de este modo, introducirlas al evangelio. «Jesús, llénaме de tu amor –escribió en 1852 en su diario– y te pido que me aceptes y me utilices para tu gloria».[39] Escribió a su esposa: «Iré, sin importar quien se oponga: sé que tu deseas tan ardientemente como yo que todo el mundo sea lleno de la gloria del Señor».[40] Falleció tan lejos de la civilización, que su cuerpo recién se enterró once meses después en Wetminster Abbey. El texto que se eligió para su tumba constituyó no solo la fuerza impulsora de su propia vida, sino que representó lo mismo para la vida de otro joven, como más tarde se supo.

Peter Cameron Scott nació en Glasgow, Escocia, en el año 1867 y fue el que fundó la Misión al interior de África. Sus esfuerzos por llevar el evangelio a África fueron interceptados por la tragedia y el desaliento. Su hermano John se había unido a la misión, pero a los pocos meses sucumbió, víctima de la fiebre. Solo en la jungla, Scott lo enterró y en la tumba renovó su voto de predicar el evangelio. Sin embargo, para agravar su tristeza, su salud se quebrantó y, completamente desanimado, tuvo que regresar a Inglaterra.

39. Citado en Iain Murria, The Puritan Hope [La esperanza puritana] (Edinburgh: Banner of Truth Trust, 1971), 172.
40. Ibíd., 179.

Algo maravilloso sucedió en Londres. Scott necesitaba una fuente fresca de inspiración y la encontró en una tumba de la Abadía de Westminster, donde yacen los restos de un hombre que inspiró a muchos otros en su servicio misionero en África. El espíritu de David Livingstone fue el que impulsó a Scott, mientras se arrodillaba y leía la inscripción:

TENGO OTRAS OVEJAS QUE NO SON DE ESTE REDIL;
TAMBIÉN DEBO TRAERLAS

Regresaría a África y, si era necesario, entregaría su vida por la causa por la que este gran hombre había vivido y había muerto.[41] Esa es la verdad de la elección («Tengo otras ovejas»), la libertad soberana de Dios salvando a personas para sí mismo, y es lo que garantiza el triunfo del evangelio y la fama universal de la gracia de Dios. Ese triunfo y esa fama producen en el corazón de Dios un deleite abundante.

41. Citado en Ruth Tucker, From Jerusalem to Irian Jaya [De Jerusalén a Irian Jaya](Grand Rapids: Zondervan Publishing House, 1983), 301.

CAPÍTULO 6

EL DELEITE DE DIOS EN QUEBRANTAR AL HIJO

Pero el Señor quiso quebrantarlo
y hacerlo sufrir ...
verá su descendencia y prolongará sus días,
y llevará a cabo la voluntad del Señor.

ISAÍAS 53.10

Algo perturbador ha surgido a lo largo de estos capítulos. Hemos visto que Dios se deleita en el Hijo: se deleita al ver que la gloria de su perfección se refleja en su semblante. Hemos dicho que Dios se deleita en la libertad soberana que él tiene: el Señor está en los cielos y hace todo lo que quiere. Hemos observado que se complace en la obra de sus manos: un día anuncia a otro su gloria. Hemos analizado cómo se deleita en su fama: apunta a hacerse un nombre entre todos los pueblos, tribus, lenguas y naciones y a adquirir una reputación con el propósito de exaltar la gloria de su gracia. Y hemos considerado que, como un medio para conseguir este fin, Dios se deleita en la elección realizada antes de la creación del mundo: se complace en revelar a los niños la gloria de su Hijo y en convocar para sí mismo un pueblo extraño cuya única jactancia será el Señor.

Sin duda, Dios muestra una gran pasión por impulsar su gloria. Sin embargo, el asunto preocupante que emerge es que Dios ha escogido a hombres pecadores. Está honrando, bendiciendo y exaltando a un pueblo pecador. Y el problema es que la esencia del pecado es el menosprecio de la gloria de Dios. Algo se ha torcido. ¡Un Dios comprometido de manera infinita en promover la dignidad de su nombre y la grandeza de su gloria invierte todo su poder en hacer que los enemigos de su nombre sean hechos participes de su gloria y honor!

No nos equivoquemos: el pecado se opone diametralmente a la gloria de Dios. Romanos 3.23 dice que el pecado es la «privación» de la gloria de Dios. «Pues todos han pecado y están privados de la gloria de Dios». Esto significa que el pecador no puede apreciar la gloria de Dios. Hemos cambiado[1] aquella gloria por otras cosas: por imágenes de gloria, como lo son una casa o un auto nuevo, un reproductor de vídeo, computadoras, días de vacaciones, un currículum excepcional o cualquier cosa que haga que nuestro corazón lata con mayor intensidad y que no sea la maravilla de la gloria de Dios.

¿ESQUIZOFRENIA EN EL CIELO?

Eso es el pecado. Es una característica común a todas las personas que han sido escogidas por Dios para ser salvas. A menudo esas vidas avergüenzan el nombre de Dios, aun después de haber sido tomadas como propiedad suya, ya que viven en la incongruencia y se fastidian por tener que obedecer el mandamiento que Jesús dio de amar a Dios con todo el corazón. Así que, el asunto que preocupa aquí es que Dios esté

1. La traducción literal de Romanos 3.23 es: "Por cuanto todos pecaron y están carentes de la gloria de Dios". ¿En qué sentido estamos carentes de la gloria de Dios?; este versículo no indica que Dios quisiera que fuéramos tan gloriosos como él. Más bien, significa que él quiere que nosotros reflejemos su gloria. Reflejamos su gloria en la medida en que la apreciamos, la contemplamos y la convertimos en el tesoro y objetivo de nuestra vida. Sin embargo, Romanos 1.23 nos describe como personas que hemos "cambiado" la gloria del Señor por la gloria de su creación. Por consiguiente, tenemos tesoros cambiados. En la vida, preferimos otras cosas antes que el deleite de contemplar y conocer la gloria de Dios. En este sentido estamos "carentes" de la gloria de Dios. No tenemos la gloria de Dios como el tesoro de nuestras vidas. La gloria de Dios no es nuestra pasión y objetivo. Carecemos de una visión de la gloria de Dios como algo que todo lo satisface. Ésa es la esencia del pecado: preferir otras cosas antes que la gloria de Dios.

tan entusiasmado por adoptar y exaltar a personas cuya pecaminosidad es como una peste para su nombre. Parece esquizofrénico. La Biblia nos muestra a un Dios que ama su nombre y su gloria con poder omnipotente y gozo sin limite. Y luego lo retrata extendiendo una invitación a los mismos pecadores que han menospreciado aquel nombre para que se sienten a su mesa, y se regocija con un pueblo que ha despreciado su gloria y degradado su nombre.

Si no comenzamos a sentir esta tensión creo que no es posible que comprendamos el drama central de la Biblia. Hasta la escena de la venida de Cristo, la Biblia es como una pieza musical que clama por una resolución final armoniosa. La historia de la redención se parece a una sinfonía que intenta transmitir dos grandes temas: la pasión de Dios por promover su gloria y el inescrutable amor electivo hacia pecadores que han desdeñado aquella gloria. Una y otra vez, a lo largo de la Biblia, estos dos grandes temas aparecen en la sinfonía de la historia. Se entrelazan y entretejen, y sabemos que algún Compositor deslumbrante está trabajando. Sin embargo, durante siglos no se oye la resolución. La armonía siempre se nos escapa, y tenemos que esperar.

La muerte y la resurrección de Jesucristo es la sinfonía de la historia. En la muerte de Cristo se resuelven los dos temas del amor de Dios: por su gloria y por el pecador. Y como en toda buena sinfonía, ha habido insinuaciones y sugerencias en cuanto a cómo será la resolución final. Esto es lo que encontramos en Isaías 53, setecientos años antes que Jesús viniera.

El deleite de Dios en su nombre y el deleite en hacerles bien a los pecadores se encuentran y se unen en el deleite en quebrantar al Hijo de Dios. Antes de citar Isaías 53.10, quisiera mostrar dos textos que afectan el modo en el traduzco este versículo.

Primero, consideremos Isaías 1.11

> ¿De qué me sirven sus muchos sacrificios? -dice el Señor-: Harto estoy de holocaustos de carneros y de la grasa de animales engordados; la sangre de toros, corderos y cabras no me complace [o: no me deleita]

La palabra para expresar ese «complacerse» o «deleitarse» es la misma palabra hebrea que se utiliza en el primer renglón de Isaías 53.10: «Pero el Señor quiso quebrantarlo» o «El Señor se deleitó en quebrantarlo».

Luego, consideremos Isaías 62.4. El Señor le dice a su pueblo:

> Ya no te llamarán «Abandonada», ni a tu tierra la llamarán «Desolada», sino que serás llamada «Mi deleite»; tu tierra se llamará «Mi esposa»; porque el Señor se deleitará en ti, y tu tierra tendrá esposo.

Cuando Dios expresa «serás llamada "Mi deleite"», el sustantivo que se utiliza para «deleite» es la misma palabra hebrea empleada en la última frase de Isaías 53.10: «Llevará a cabo la voluntad del Señor». La misma palabra hebrea se utiliza en la primera y en la última frase de Isaías 53.10, sólo que en la primera aparece la forma verbal y en la última frase la forma sustantiva.

Así que, aquí está la traducción que yo hago de Isaías 53.10:

> Pero el Señor quiso quebrantarlo y hacerlo sufrir [o: causarle dolor], y como él ofreció su vida en expiación, verá su descendencia y prolongará sus días, y llevará a cabo la voluntad del Señor.

Esta es una profecía y una imagen del Cristo Jesús crucificado y levantado de entre los muertos dada cientos de años antes de que sucediera. El quebrantamiento se refiere a la crucifixión y muerte de Jesús, mediante el que Cristo se entrega como una ofrenda por el pecado. Es un quebrantamiento hasta la muerte. Esto se confirma en Isaías 53.8,9: «Fue arrancado de la tierra de los vivientes... Se le asignó un sepulcro con los malvados». Y de nuevo en el versículo 12: «Derramó su vida hasta la muerte». La referencia acerca de que prolongará sus días, por otro lado, es una referencia de la resurrección a la vida eterna que Cristo obtiene luego de su muerte. Esto queda confirmado en el versículo 12 por la profecía que declara que Dios «le dará un puesto entre los grandes» aun cuando ya había muerto. Y cuando dice que verá la descendencia, significa que el sufrimiento

dará como fruto el que muchas personas sean salvas de la muerte y del pecado. El versículo 11 lo confirma: «Después de su sufrimiento, verá la luz y quedará satisfecho; por su conocimiento mi siervo justo justificará a muchos, y cargará con las iniquidades de ellos».

¿QUIEN MATÓ A JESÚS?

El elemento esencial a tener en cuenta para resolver la disonancia que aparece en la historia de la redención es que todo esto es obra de Dios el Padre: «El Señor quiso quebrantarlo y hacerlo sufrir». Tengo un compañero en el ministerio que me contó una experiencia conmovedora que tuvo en una de sus predicaciones. Era jueves santo por la noche, y hablaba en una cárcel en Illinois. En un momento del mensaje sobre la cruz de Cristo que estaba dando, se detuvo y preguntó a los reclusos: «¿Quién creen ustedes que mató a Jesús?». Uno dijo: «Los judíos». Otro respondió: «Los soldados». Otro dijo: «Pilato». Otro dijo: «Judas». Mi amigo respondió: «No, me parece que están equivocados». Ellos preguntaron: «Entonces, ¿quién fue?». El les dijo: «Su Padre lo mató».

Hubo silencio. Después, leyeron en la Biblia: «El Señor quiso quebrantarlo y hacerlo sufrir». Jesús no fue entregado por la ira de hombres que habían perdido el control. Fue quebrantado por su Padre. O, como lo expresó el apóstol Pedro: «Éste (Jesús) fue entregado según el determinado propósito y el previo conocimiento de Dios» (Hechos 2.23). Esta verdad terrible captó la atención de los reclusos. (Algunos de ellos sabían lo que era ser rechazado y «quebrantado» por un padre injusto y lleno de ira). Estaban ansiosos por escuchar el motivo por el que Dios había hecho tal cosa.

¿Por qué razón Dios quebrantaría al Hijo y lo haría sufrir? Lo hizo para resolver la disonancia que irrumpía entre el amor por su gloria y el amor por el pecador. Isaías 53.6 nos da un pantallazo general sobre esto: «Todos andábamos perdidos, como ovejas; cada uno seguía su propio camino, pero el Señor hizo recaer sobre él la iniquidad de todos nosotros». Prestemos atención a dos cosas. Nuevamente (como en el v.10) es el Señor el que obra: «El Señor (Dios el Padre) hizo

recaer sobre él la iniquidad de todos nosotros».Y ahora fíjese que el motivo es la iniquidad, otra palabra para denominar al pecado. El Hijo fue quebrantado porque no podía ignorarse la deshonra que el pecado había causado al nombre de Dios. ¿Y por qué no podía ser ignorada? ¿Por qué Dios no podía decir «a lo pasado, pisado»? Por la simple razón de que Dios ama el honor de su nombre. Él no podía actuar como si el pecado, que revela un menosprecio por su gloria, no importara. No podía simplemente ser soterrado como si nada asombroso estuviera en juego. El juez de toda la tierra hará justicia (Génesis 18.25). Juzgará al mundo con justicia (Salmo 9:8).

Así que Dios el Padre y Dios el Hijo llegan a un acuerdo en el que el Hijo se compromete a demostrar al mundo el infinito valor de la gloria del Padre. ¿Cómo? Sufriendo y tomando el castigo que nuestros pecados merecían. Isaías 53.5 hace la substitución más explicita: «Él fue traspasado por nuestras rebeliones, y molido por nuestras iniquidades». De modo similar, el versículo 12 descubre: «Cargó con el pecado de muchos, e intercedió por los pecadores». Y el versículo 8 afirma que él «fue golpeado por la transgresión de mi pueblo». El versículo 9 deja claro que el quebrantamiento no se debía al pecado del Hijo: «Se le asignó un sepulcro con los malvados, y murió entre los malhechores, aunque nunca cometió violencia alguna, ni hubo engaño en su boca».

El Padre no decidió quebrantar al Hijo por su propio pecado. Lo hizo porque quería mostrarnos el significado de la misericordia. Quería perdonarnos, sanarnos, salvarnos y regocijarse entre nosotros con canción. Pero él es justo. Eso significa que su corazón estaba lleno de un amor por la dignidad infinita de su propia gloria.[2] Y eso significa que nuestro corazón estaba lleno de sentimientos de desprecio hacia Dios. Por lo tanto, para salvar a los pecadores y al mismo tiempo exaltar el valor de la gloria, Dios puso nuestro pecado sobre Jesús y lo abandonó a la vergüenza y al sacrificio de la cruz.

2. Este concepto en cuanto a la rectitud de Dios presenta una defensa exegética más extensa en el libro de John Piper, The Justification of God [La justificación de Dios], 103-105. "La rectitud de Dios consiste básicamente en el compromiso inquebrantable de conservar el honor de su nombre y mostrar su gloria. Por consiguiente, si Dios alguna vez abandonara este compromiso y dejara de buscar en todas las cosas la magnificencia de su gloria, habría, de hecho, impiedad en Dios" (119).

EL PÁRRAFO MÁS IMPORTANTE DE LA BIBLIA

La declaración bíblica más importante y más precisa de esta verdad se encuentra en Romanos 3.23-26. Si alguien me preguntara: «¿Cuál es el párrafo más importante de la Biblia?» creo que ese sería el párrafo a mencionar. Llega hasta la misma raíz del evangelio de Cristo y descubre el corazón de Dios como pocos otros textos lo hacen. Si hay un momento en la sinfonía de la revelación bíblica en el que los temas contrapuestos de la justicia y la misericordia se encuentran en una magnífica declaración orquestal de unidad, armonía y paz, es aquí, en Romanos 3.23-26:

> 23) Pues todos han pecado y están privados de la gloria de Dios, 24) pero por su gracia son justificados gratuitamente mediante la redención que Cristo Jesús efectuó. 25) Dios lo ofreció como un sacrificio de expiación que se recibe por la fe en su sangre, para así demostrar su justicia. Anteriormente, en su paciencia, Dios había pasado por alto los pecados; 26) pero en el tiempo presente ha ofrecido a Jesucristo para manifestar su justicia. De este modo Dios es justo y, a la vez, el que justifica a los que tienen fe en Jesús.

¿DEBERÍAMOS ACUSAR A DIOS?

Este texto maravilloso explica la aparente falla que cometió la justicia del evangelio. Todos sabemos que la justicia procede según el principio establecido en Proverbios 17.15: «Absolver al culpable y condenar al inocente son dos cosas que el Señor aborrece». Acusamos a los jueces que absuelven a los culpables. Nuestra sensibilidad moral se indigna cuando legalmente se aprueba el mal. Aun así, esta sentencia que se erige en el centro del evangelio de Cristo: Dios justifica al impío (Romanos 4.5). Él absuelve al culpable. Este es el evangelio. Sin embargo, ¿cómo podemos considerar justo que Dios haga eso?

Romanos 3.24 nos da parte de la respuesta. Dice que los impíos son absueltos (justificados) según una transacción divina que tiene

lugar a través de la experiencia de Jesucristo. Esa transacción recibe el nombre de «redención». «Por su gracia son justificados gratuitamente mediante la redención que Cristo Jesús efectuó». La redención hace referencia a una clase de compra o recompensa que la muerte de Jesús pagó. Algo tan estupendo ocurrió con aquella muerte que ahora es la que sirve como base para la absolución de miles y miles de pecadores que confían en Cristo. ¿Qué es lo que sucedió en esta redención? ¿Cual fue la transacción divina que se celebró cuando Jesús murió? Pablo lo responde en los versículos 25-26.

Primero vemos (como en Isaías 53.10) que es Dios el Padre el que entrega al Hijo a la muerte. «Dios lo ofreció como un sacrificio de expiación». Al Padre le agradó quebrantar al Hijo. Luego, vemos que la razón por la que él entrega a su Hijo es para efectuar la «propiciación» (LBLA, RVR60). Esta palabra antigua es importante ya que otras expresiones como por ejemplo «sacrificio de expiación» (NVI) no transmiten tan claramente la idea de apaciguar la ira, que esta palabra sí sugiere. La cuestión es que la ira de Dios se revela en contra de los impíos que han profanado su gloria, y debe encontrarse una forma de apaciguarla. Y eso es lo que logra la muerte de Jesús. La muerte del Hijo apartó la ira del Padre.[3]

El antiguo problema de Pablo con Dios

Cómo pudo suceder esto y por qué, se explica en la última parte del versículo 25: «Para así demostrar su justicia. Anteriormente, en su paciencia, Dios había pasado por alto los pecados». Acá vemos de

3. Para una exégesis más extensa de Romanos 3.25-26, ver The Justification of God [La justificación de Dios], capítulo 8. Se ha desarrollado un debate más amplio con respecto a la palabra griega hilaskesthai para determinar si ella conlleva la idea de propiciación. Ver Roger Nicole, "C.H. Dodd and the Doctrine of Propiciation" [C.H. Dodd y la doctrina de la propiciación], Westminster Journal of Theology, 17 (1955): 117-157; y "Hilaskesthai Revisited", Evangelical Quarterly, 49 (1977): 173-177. C.K. Barret provee una evaluación equilibrada al afirmar: "Propiciación" no es un equivalente (completamente) adecuado, ya que su significado es que el ofensor lleva a cabo una acción con el fin de apaciguar a la persona que ha ofendido, mientras que Pablo nos dice que Dios mismo entregó a Cristo. La palabra propiciación en este sentido, no obstante, es correcta ya que por medio del sacrificio de Cristo, la ira de Dios se ha alejado de nosotros; sin embargo, el hecho que sustenta la propiciación es que en realidad, Dios ha borrado (expiado) nuestro pecado, y nos ha hecho justos delante de él, Reading through Romans [Lectura de Romanos] (Filadelfia: Fortress Press, 1977), 16 (itálicas del autor).

forma más clara el problema que la justificación de los impíos le causó a Pablo. En el momento en que Dios pasa por alto el pecado, la rectitud de Dios se pone en tela de juicio. Ahora mismo Dios está pasando por alto el pecado de aquellos que ponen su confianza en Jesús (como el v. 26 y el 4.5 lo demuestran). Pero no sólo eso, sino que por generaciones Dios ha estado pasando por alto el pecado de aquellos que confían en él. Romanos 4.6-8 da testimonio de esta realidad: «David dice lo mismo cuando habla de la dicha de aquel a quien Dios le atribuye justicia sin la mediación de las obras: "¡Dichosos aquellos a quienes se les perdonan las transgresiones y se les cubren los pecados! ¡Dichoso aquel cuyo pecado el Señor no tomará en cuenta!"». Dios pasó por alto los «pecados pasados» cuando justificó a pecadores como Abraham (Génesis 15.6), David (Salmo 32.1-2) y muchos otros (Hebreos 11.4,7). Y Romanos 3.25 prueba que esto pone en duda la rectitud de Dios.

La razón por la que la rectitud de Dios es puesta en tela de juicio cuando se pasa por alto el pecado y no se juzga es porque el pecado constituye un ataque en contra del valor de la gloria de Dios. Y la justicia de Dios consiste en su compromiso inquebrantable de defender la dignidad de su gloria y difundir su fama en el mundo. Cuando se trata con trivialidad el pecado, es la gloria de Dios en realidad la que se trata con trivialidad. Si Dios pasara por alto el pecado, parecería que él aceptara que su gloria es de poco valor. Si Dios actuara de una manera que negara el valor infinito de su propia gloria, entonces sería él el que cometiera el ultraje, profanando aquello que es infinitamente santo y blasfemando contra aquello que es infinitamente sagrado. Se uniría a los pecadores de Romanos 1.23 y cambiaría la gloria del Dios inmortal por la de las criaturas. Esta perspectiva es tan terrible que si llegara a acontecer, no habría evangelio y no habría esperanza, porque no habría un Dios justo.

No obstante, Dios ha escogido a los pecadores para sí mismo. Él desea pasar por alto el pecado y traerlos a su presencia para concederles un gozo eterno. A pesar de que el pecado ha profanado su gloria, él ha decido obrar de esta forma. ¿Cómo, pues, pudo hacer para defender la dignidad de su gloria y aun así, salvar a los pecadores? La respuesta se hace palpable en Romanos 3.25-26: «Dios lo ofreció

como un sacrificio de expiación que se recibe por la fe en su sangre [esto es, por medio de la muerte en la cruz], para así demostrar su justicia [el compromiso inquebrantable con la dignidad de su gloria] ... pero en el tiempo presente ha ofrecido a Jesucristo para manifestar su justicia. De este modo Dios es justo y, a la vez, el que justifica a los que tienen fe en Jesús». En otras palabras: Dios no iba a soterrar el pecado del pueblo escogido. Si Dios absolviera la culpa de los pecadores que han menospreciado su gloria simplemente por la fe, algo terrible y asombroso, que vindicara su lealtad a la dignidad de su gloria, tendría que suceder. Y ese algo fue la muerte del Hijo. Esa muerte puso de manifiesto la pasión indescriptible que Dios siente hacia la dignidad de su gloria y hacia la restitución de su justicia.

LA MANERA EN QUE CRISTO REVINDICA A DIOS Y JUSTIFICA A LOS PECADORES

¿Cómo logró eso la muerte de Cristo? Pablo no nos lo explica en detalle, pero en otras partes de las Escrituras encontramos rastros evidentes. Sabemos que todo lo que Jesús hizo en su vida y en su muerte fue para la gloria del Padre. A modo de ilustración, podemos mencionar el momento en el que Jesús se acerca a la hora de su muerte. Allí, él expresa: «Ahora todo mi ser está angustiado, ¿y acaso voy a decir: 'Padre, sálvame de esta hora difícil?' ¡Si precisamente para afrontarla he venido! ¡Padre, glorifica tu nombre!» (Juan 12.27-28). El propósito fundamental que condujo a Jesús hasta la hora de su muerte fue la glorificación del Padre. Y Jesús quiere que nosotros consideremos la disposición que él tuvo de perder su vida por amor a la gloria del Padre. Así es como la muerte de Jesús exalta la gloria de Dios.

Nuevamente, luego de que Judas abandona el lugar en el que celebraban la última cena y la muerte de Jesús se ve como algo inminente, Jesús declara: «Ahora es glorificado el Hijo del hombre, y Dios es glorificado en él» (Juan 13.31). Ésa es la transacción elemental que se ejecuta durante las últimas horas del sufrimiento de Jesús. Jesús, en su magnífica oración en Juan 17, ve la muerte como algo ya cumplido y afirma: «Yo te he glorificado en la tierra, y he llevado a cabo la

obra que me encomendaste» (Juan 17.4). Toda la obra de Jesús fue diseñada con el fin de honrar la dignidad de la gloria del Padre. Todo lo que sufrió Jesús, lo hizo a causa de la gloria del Padre. Por lo tanto, todo su dolor, vergüenza, humillación y deshonra sirvieron para exaltar aquella gloria, porque mostraron lo infinitamente valiosa que es esa dignidad como para sufrir semejante perdida. Cuando consideramos el sufrimiento aniquilador y la muerte en la cruz del Hijo de Dios, perfectamente inocente y perfectamente digno, y escuchamos que todo lo soportó para que la gloria del Padre, profanada por los pecadores, fuera restaurada. Entonces entenderemos que Dios no negó el valor de su gloria; no fue infiel a sí mismo; no dejó de defender su honor y de revelar su gloria. Él es justo. Y él es el justificador de los impíos.

Sin lugar a dudas que ésta es una verdad maravillosa. El fundamento de nuestra justificación (nuestra absolución y perdón) no es un ligero sentimentalismo de Dios, ni tampoco es un clamor superficial de dignidad humana. Es la roca inmensa del inquebrantable compromiso de Dios por defender el valor de su gloria, fomentar la alabanza de su santo nombre y vindicar su justicia. La centralidad divina de Dios es el fundamento de la gracia demostrada a los impíos. Si Dios no estuviera en primer lugar comprometido a reivindicar la dignidad de su gloria, no habría evangelio y no habría esperanza, porque no habría un Dios glorioso.

RECHAZO TRÁGICO

Trágicamente para ellas, muchas personas en la iglesia cristiana rechazan y desdeñan esta visión de la obra expiatoria de Dios a través de la muerte de su Hijo. Pienso que nuestra comprensión sería más profunda, nuestras convicciones más firmes y nuestra pasión por Dios más fuerte si tomáramos nota de este rechazo y supiéramos por qué está mal. Usaré como ejemplo a George MacDonald, un hombre que fue repudiado por tener una visión de la justicia de Dios y el significado de la muerte de Cristo como el que esbozo en este capítulo. Aunque falleció en 1905, no dejó

de ser insigne, porque sus populares escritos todavía ejercen una influencia significativa. Y parece que algunos filósofos y escritores cristianos lo siguen muy de cerca.[4]

A George MacDonald se lo conoce mejor por las novelas populares que fueron reeditadas en inglés americano, cambiando el estilo escocés originario. Su credibilidad se ha catapultado a lo más alto de los sentimientos evangélicos, gracias a las menciones sorprendentes que C.S. Lewis ha hecho de él, y a sus citas reunidas en una antología. Por ejemplo, reflexiona: «Apenas conozco otros autores que parezcan acercarse más, o acercarse con mayor continuidad, al Espíritu del mismo Cristo... Nunca he ocultado que lo considero mi Maestro; es más, creo que no he escrito ningún libro donde no lo

4. Por ejemplo, Thomas Talbott, profesor de filosofía de la universidad Willamette ha publicado las ideas de MacDonald en periódicos tales como "What Jesus Did for Us" [Qué hizo Jesús por nosotros], Reformed Journal, 40, número 3 (marzo 1900): 8-12; "On Predestination, Reprobation and the Love of God" [Sobre la predestinación, la reprobación y el amor de Dios], Reformed Journal, 33, número 2 (febrero 1983): 11-14; y "God's Inconditional Mercy-A Reply to John Piper" [La misericordia incondicional de Dios-Una respuesta a John Piper], Reformed Journal, 33, número 6 (junio 1983): 9-12. A estos últimos dos artículos, respondí por escrito: "How Does a Sovereing God Love?" [¿Cómo ama un Dios soberano?], Reformed Journal, 33, número 4 (abril 1983): 9-13; "Universalism in Romans 9-11? Testing the Exegesis of Thomas Talbott" [¿Universalismo en Romanos 9-11? Prueba a la exégesis de Thomas Talbott], Reformed Journal, 33, número 7 (julio 1983): 11-14.
Una popular escritora cristiana, Madeleine L'Engle, parece compartir la perspectiva que MacDonald tiene del cielo y del infierno, aunque no sé si considerar a MacDonald como su guía principal. En su libro The Irrational Season [La etapa irracional] (Nueva York: Seabury Press, 1977), hace referencia a la expiación substitutiva y a la necesidad de la muerte de Cristo para apaciguar la ira de Dios y declara: "Muchos de nosotros hemos sentido en un momento u otro de nuestra infancia parte de esa cuchillada de terror. Por muchas razones, nunca asistí a la escuela dominical y por lo tanto me ahorré el tener que desaprenderme de una gran cantidad de enseñanzas raras. Fue hace poco que descubrí que no fue otro que San Anselmo el que consideró la expiación en términos del apaciguamiento de un Dios enojado, de lo que se deriva la herejía de que Jesús vino al mundo a salvarnos de Dios el Padre" (88). Uno desearía que ella hubiera tenido la oportunidad de asistir a una escuela dominical para que hubiera podido aprender la verdad básica de que el Padre envió a su Hijo a rescatarnos de su propia ira como se lee con claridad en Romanos 5.8-9.
Con respecto a la realidad del infierno y del universalismo, sostiene: "Conozco a un grupo de personas muy sensibles e inteligentes que forman parte de mi comunión que consideran como una herejía mi fe acerca de que la afectuosa preocupación de Dios por su creación durará más que nuestro orgullo y obstinación. No importa cuantos siglos Dios tenga que invertir: él no descansará hasta que toda la creación, incluso Satanás, se reconcilien con él, hasta que no exista criatura que no pueda devolverle su mirada de amor con una alegre respuesta de amor... Siempre la iglesia me ha enseñado que debemos pagar por nuestros pecados, que seremos juzgados y castigados de acuerdo con nuestra pecaminosidad. Sin embargo, no creo que Dios quiera para nosotros un castigo más interminable de lo que desea un padre afectuoso. El objetivo de un castigo afectuoso es el de enseñar, y dura tanto como sea necesario para que la lección sea aprendida. Y siempre la lección es el amor" (97). Deberíamos notar que Madeleine L´Engle en ningún momento nos da argumentos o razones bíblicas. Su libro no es una exposición de las Escrituras, sino que más bien se trata de una expresión creativa de su propia opinión ("No puedo creer que..."). Considero que constituye una pérdida enorme que muchos de los escritores cristianos más creativos de nuestros días, a diferencia de C.S. Lewis, se muestren indiferentes a seguir con fidelidad y minuciosamente los detalles que encontramos en las Escrituras y se tornen impacientes ante la monotonía que supone que implica una interpretación bíblica cuidadosa.

haya citado».[5] De hecho, es difícil dejar de admirar el compromiso substancial de MacDonald a seguir a Cristo Jesús. Sus novelas son populares no sólo por ser buenas historias, sino también porque sus historias tratan acerca de lo bueno. A menudo la gente se desprende de ellas con un deseo renovado de pureza. Ése fue en mí el resultado que produjo el primer contacto con las novelas de MacDonald: Panthastes, Lilith, y Sir Gibbie. Si él hubiera sido una mala persona, sería mucho más sencillo criticar su perspectiva en cuanto a la expiación. Sin embargo, no es una mala persona.

MacDonald nació el 10 de diciembre de 1824 y fue el segundo hijo de un agricultor arrendatario que vivía en Huntly, en las tierras altas de Escocia.[6] Se instruyó en la universidad King's College, en Aberdeen y luego asistió a la universidad teológica en Londres. En 1851 se casó con Louisa Powell. Entre 1851 y 1853 sirvió como pastor en la iglesia Trinity Congregational, donde luego fue obligado a renunciar, en parte porque había llegado a defender la opinión de que todos los hombres al final serían salvos y que el infierno, que es real y espantoso, tendría un efecto purificador en el peor de los pecadores que lo conduciría al arrepentimiento y a la vida eterna.

MACDONALD ABORRECIÓ EL RETRATO QUE EDWARDS HIZO DE DIOS (Y EL QUE YO HAGO)

Durante algunos años él predicó en alojamientos alquilados a cualquiera que quisiese escuchar. A principios de 1860 comenzó la carrera literaria que lo acompañaría hasta el final de su vida y que resultó en cincuenta y dos volúmenes de poemas, novelas y sermones, muchos de los cuales se encuentran hoy disponibles. Gran parte del material de esos escritos es bueno. Tanto que hace algunos años

5. C.S. Lewis, George MacDonald: An Anthology [Una antología] (Londres: Geoffrey Bless: The Centenary Press, 1946); 18,20.
6. Estos detalles bibliográficos y los siguientes con respecto a la vida de MacDonald los he extraído de la introducción del libro de Rolland Hein: George MacDonald: Creation in Christ [George MacDonald: Creación en Cristo], ed. Rolland Hein (Wheaton: Harold Shaw Publishers, 1976), 7-12.

quedé atónito al leer en uno de sus sermones: «Todas las copias del retrato hecho por Jonathan Edwards acerca de Dios, sin importar lo amarillentas que se hallen por el tiempo, sin importar lo descoloridas que estén por el uso de pigmentos menos brillantes, todas me resultan aborrecibles».[7] Esto constituyó un golpe tremendo para mí. Todos mis estudios bíblicos, todo mi ministerio, toda mi meditación, me habían llevado por más de treinta años a amar al Dios de Jonathan Edwards, pues creo con todo mi corazón que es el Dios y Padre de Cristo Jesús que se revela en la Escritura, el Dios que ahora gobierna todo el universo y el Dios que conoce cada cabello de mi cabeza y que lleva mis cargas. Así que estaba atónito. Tenía que saber qué explicación tenía MacDonald al respecto. El resultado de mi estudio me llevó al triste descubrimiento de que MacDonald había arrojado al bebé junto con el agua del baño, al desechar enseñanzas bíblicas verdaderas para deshacerse de cierta rama del calvinismo, sombría e inerte. Resultaba evidente en especial en lo que respecta a la enseñanza bíblica sobre la justicia de Dios y la manera en que ésta se expresa en la crucifixión de Cristo.

LA JUSTICIA: ¿NO EL CASTIGO SINO LA DESTRUCCIÓN DEL PECADO?

MacDonald enseñaba que ya que Dios había creado un mundo en el que el pecado había acontecido, su justicia demandaba no sólo un castigo, sino también la destrucción del pecado en todos los seres. «En primera instancia, Dios no está obligado a castigar el pecado; está obligado a destruirlo. Si él no fuera el Creador, no estaría obligado a destruir al pecado (no lo sé). Pero considerando que él creó criaturas que pecaron, y como consecuencia de eso el pecado entró en el mundo por el acto creador de Dios, Dios entonces está obligado, en su justicia, a destruir el pecado» (69).[8] «Su rectitud lo obliga a destruir el pecado que impera en su creación» (72). «Está obligado en sí

7. Tomado de un sermón titulado "Justice" [Justicia] en Creation in Christ [Creación en Cristo], 81.
8. Todas las referencias de página del texto se mencionan en Ibíd.

mismo a reparar el mal que han hecho sus hijos» (73).

De esta manera, MacDonald rechaza el concepto de justicia o rectitud que demanda un castigo pertinente o sufrimiento merecido por el pecado cometido. Declara que el castigo o el sufrimiento de un pecador no son suficientes para saldar la cuenta. «El castigo no contrarresta el pecado en ninguna manera... El castigo o el sufrimiento merecido no se equiparan con el pecado» (69). De hecho, el castigo puede ser justo, pero sólo como un medio para alcanzar la santidad final. «Allí donde (el castigo) pueda ayudar al pecador a ser consciente de su culpa, donde sirva para ablandar su corazón para que vea el orgullo, el mal y la crueldad, allí, la justicia demanda que el castigo no sea suave» (73). Sin embargo, el castigo no tiene parte en la justicia como simple compensación por el sufrimiento. Por lo tanto, la venganza tampoco tiene parte en la justicia de Dios. «La venganza del pecador, la ley de ojo por ojo y diente por diente, no está en el corazón de Dios, ni tampoco en su mano» (69). La razón de todo esto es que la única justicia que MacDonald admite es aquella que destruye el pecado en vez de castigar al pecador. «La única venganza digna para el pecado es hacer que el pecador sea su propio verdugo» (70). En otras palabras, la justicia debe promover la condena del pecado y la liberación del pecador. MacDonald pregunta: ¿Qué bien que se obtiene a través del sufrimiento del pecador? Sin lugar a dudas que la respuesta es: ninguno. Lo único que puede ofrecer una «compensación» por el pecado cometido es el arrepentimiento, no el sufrimiento. «La pena, la confesión y un amor autohumillante compensaran el pecado; el sufrimiento no lo hará» (70). Además, es claro y convincente en su concepto de justicia divina: «Estoy diciendo que la justicia no es y nunca podrá ser satisfecha por el sufrimiento. Mejor dicho: no puede obtener satisfacción en el sufrimiento o de él» (71).

¿NO EXISTE UN INFIERNO ETERNO NI TAMPOCO UNA EXPIACIÓN SUSTITUTIVA?

Estas convicciones en cuanto a la justicia de Dios traen consecuencias inevitables. Primero, MacDonald se compromete con el universalismo

(al final todos serán salvos). Y segundo, rechaza la perspectiva de la expiación que declara que la justicia de Dios exige el castigo del pecado y que Cristo sufrió ese castigo como nuestro sustituto. Estas dos perspectivas van de la mano. Si la justicia de Dios entiende que él está obligado a destruir el pecado y no a castigarlo (69) entonces no hay una condenación inevitable que Cristo deba soportar en nuestro lugar, y por lo tanto no existe el infierno de retribución eterna. Consideremos, una a una, estas dos consecuencias.

MacDonald era un universalista porque él creía que al final, el «infierno» llevaría a todos los hombres al arrepentimiento y por lo tanto, todos serían salvos. «Creo que no faltará un infierno que ayude a la justa misericordia de Dios a redimir a sus hijos» (77). Un infierno eterno de tormentos espantosos significaría para el hombre una injusticia y para Dios una derrota. «No creo que ningún ser, que nunca puede ser lo suficientemente bueno como para ver la fealdad esencial del pecado, pueda pecar tanto como para merecer un castigo semejante» (71) y por consiguiente, el infierno sería una injusticia. Más aún «Dios queda derrotado de manera triunfal por el infierno de su venganza. Aunque sea dirigida contra el mal, no es sino la crueldad vana e innecesaria de un tirano» (71) por lo tanto para Dios el infierno significa su derrota. «Dios sigue derrotado, por haber creado aquello que pecó, que no se arrepentirá ni reparará sus pecados» (74). El problema aquí con MacDonald es que él se compromete más de lo que debería con sus propias concepciones y no con lo que la Biblia enseña en realidad. La enseñanza bíblica con respecto a la eternidad del infierno no se puede obviar.[9] Y ya antes he intentado demostrar,

9. Creer en el infierno es algo terrible e inquietante. Sin embargo, resulta todavía más terrible e inquietante no creer en el infierno, si éste es real. La Biblia indica, como veremos en los textos a continuación, que se trata de una realidad ineludible:
"Y del polvo de la tierra se levantarán las multitudes de los que duermen, algunos de ellos para vivir por siempre, pero otros para quedar en la vergüenza y en la confusión perpetuas" (Daniel 12:2).
La palabra hebrea ´olam no significa siempre "perpetuo"; sin embargo en este contexto parece serlo ya que apunta a una división decisiva entre el gozo y la amargura que tendrán lugar después de la muerte y la resurrección.
"Tiene el rastrillo en la mano y limpiará su era, recogiendo el trigo en su granero; la paja, en cambio, la quemará con fuego que nunca se apagará" (Mateo 3.12; ver Lucas 3.17)
Ésa es la predicción que hace Juan el Bautista acerca del juicio final que traerá Jesús. Se imagina una separación decisiva, y el término "fuego que nunca se apagará" (puri asbesto) denota un fuego que, como bien dice, no se apagará y por lo tanto un castigo que nunca terminará. Marcos 9.43-48 confirma esto:
"Si tu mano te hace pecar, córtatela. Más te vale entrar en la vida manco, que ir con las dos manos al infierno, donde el fuego nunca se apaga. Y si tu pie te hace pecar, córtatelo. Más te vale entrar en la vida cojo, que ser arrojado con los dos pies al infierno. Y si tu ojo te hace pecar, sácatelo. Más te vale entrar tuerto en el reino de Dios, que ser arrojado con los dos ojos al infierno, donde su gusano no muere, y el fuego no se apaga."
Aquí la frase "el fuego nunca se apaga" claramente hace referencia al infierno, y la ultima línea nos muestra que la cuestión a resaltar es la tristeza interminable que tendrán aquellos que irán allí ("su gusano no muere"). Si se tuviera en mente la aniquilación (la enseñanza de algunos sobre que se deja de existir después de la muerte), entonces ¿por qué se recalca que el fuego nunca se apagará y que el gusano no morirá? Este énfasis en la duración se confirma en Mateo 18.8, que dice:
"Si tu mano o tu pie te hace pecar, córtatelo y arrójalo. Más te vale entrar en la vida manco o cojo que ser arrojado al fuego eterno con tus dos manos y tus dos pies."
Aquí no sólo el fuego es insaciable sino más aún, es explícitamente "eterno" (to pur to aionion). Que ese fuego no es meramente un fuego purificador del "siglo" venidero (como algunos piensan que la palabra aionion significa), lo demuestran posteriores declaraciones de Jesús, en especial aquella que se refiere al pecado imperdonable. (Ver más abajo: Mateo 12:32)
"No teman a los que matan el cuerpo pero no pueden matar el alma. Teman más bien al que puede destruir alma y cuerpo en el infierno." (Mateo 10.28, ver Lucas 12.4-5)
La "destrucción" a la que se refiere aquí es una destrucción definitiva y final. Aun así, no necesariamente tiene que significar borrar o aniquilar. A menudo la palabra apolumi significa "arruinar" o "perder" o "perecer" o "deshacerse de" (Mateo 8.25; 9.17;10.6; 12.14). Se trata de una ruina eterna. (Ver más abajo 2 Tesalonicenses 1.9).
"Luego dirá a los que estén a su izquierda: Apártense de mí, malditos, al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles ... Aquellos irán al castigo eterno, y los justos a la vida eterna" (Mateo 25.41,46).
En este pasaje el fuego eterno es explícitamente "castigo". Y se opone a la vida eterna. Decir que la "vida eterna" se refiere sólo a una calidad de vida sin connotaciones eternas es no reconocer todo el valor que se le asigna. Por lo tanto, el afirmar que el "castigo eterno" no señala una duración eterna distorsionaría la verdad.
"A la verdad el Hijo del hombre se irá, tal como está escrito de él, pero ¡ay de aquel que lo traiciona! Más le valdría a ese hombre no haber nacido" (Mateo 26.24)
Si Judas hubiera sido destinado a la gloria, o aún si hubiese sido destinado a la aniquilación, resulta difícil imaginar la razón por la que le hubiera sido mejor no haber nacido. En Juan 17.12 se lo llama el "hijo de la perdición" (huis tes apoleias), un término que se relaciona con la palabra destrucción que se menciona en Mateo 10.28.
"Excepto a quien blasfeme contra el Espíritu Santo. Éste no tendrá perdón jamás; es culpable de un pecado eterno." (Marcos 3.29).
"Cualquiera que pronuncie alguna palabra contra el Hijo del hombre se le perdonará, pero el que hable contra el Espíritu Santo no tendrá perdón ni en este mundo ni en el venidero." (Mateo 12.32).
Estos versículos descartan la idea de que después de que los pecadores hayan pasado un tiempo en el infierno, serán perdonados y se les dejará entrar al cielo. Mateo dice que en el siglo venidero no habrá perdón para el pecado imperdonable, y por lo tanto, Marcos lo llama pecado eterno, lo que indica que la palabra "eterno" de hecho es una palabra que designa duración y no sólo hace referencia a un período limitado en el siglo venidero.
"Además de eso, hay un gran abismo entre nosotros y ustedes, de modo que los que quieren pasar de aquí para allá no pueden, ni tampoco pueden los de allá para acá." (Lucas 16.26)
Estas son las palabras que Abraham le comunica al hombre rico que está en el Hades. El punto aquí es que no se puede escapar del sufrimiento. No hay salida. "El cual pagará a cada uno conforme a sus obras: vida eterna a los que, perseverando en hacer el bien, buscan gloria, honra e inmortalidad; pero ira y enojo a los que son contenciosos y no obedecen a la verdad, sino que obedecen a la injusticia." (Romanos 2.6-8, RVR95)
Es importante mencionar este texto, ya que las palabras alternativas para "vida eterna" son ira y enojo. Esto parece implicar que la ira y el enojo impiden por siempre el paso a la vida eterna.
"Ellos sufrirán el castigo de la destrucción eterna, lejos de la presencia del Señor y de la majestad de su poder." (2 Tesalonicenses 1.9).
La palabra que se utiliza para "destrucción" (olethros) significa "ruina" (1 Timoteo 6.9; 1 Corintios 5.5). La figura no ilustra la destrucción sino la ruina de una vida que se encuentra por siempre fuera de la presencia de Dios.
"*Por eso, dejando a un lado las enseñanzas elementales acerca de Cristo, avancemos hacia la madurez. No volvamos a poner* los fundamentos, tales como el arrepentimiento de las obras que conducen a la muerte, la fe en Dios, la instrucción sobre

en este capítulo y en otro sitio[10], que la rectitud de Dios es su compromiso inquebrantable por defender la dignidad de su gloria, y que un castigo justo (una perdida equivalente) de hecho puede «compensar» la profanación de esa gloria. Un infierno eterno no es injusto, porque el pecado del hombre contra un Dios infinitamente glorioso merece un castigo infinito.[11]

CRISTO: ¿UN AYUDANTE EN NUESTRA AUTOEXPIACIÓN?

Otra consecuencia derivada de la concepción de la justicia de Dios que MacDonald presenta es el rechazo al tipo de expiación que yo he desarrollado en este capítulo. Eso es, a mi entender, un error aún más grave que el universalismo. Ataca directamente nuestra fe y ataca el fundamento del evangelio. MacDonald habla de un concepto de expiación, pero en el que nosotros la logramos por nosotros mismos. La muerte de Cristo no es en nuestro lugar, sino para nuestra inspiración. Según MacDonald, expiación quiere decir compensación por el mal que se ha hecho. «Creo en la expiación como una compensación por el mal que el hombre ha cometido contra Dios» (78). ¿Cómo se logra esta «compensación»? «La pena, la confesión y un amor autohumillante compensarán el pecado; el sufrimiento no lo hará» (70). En la expiación, el sufrimiento o el castigo no necesariamente ocupan un lugar. La expiación es necesaria pero es la obra

bautismos, la imposición de manos, la resurrección de los muertos y el juicio eterno." (Hebreos 6.1-2)
"Estos individuos son un peligro oculto: sin ningún respeto convierten en parrandas las fiestas de amor fraternal que ustedes celebran. ... Son violentas olas del mar, que arrojan la espuma de sus actos vergonzosos. Son estrellas fugaces, para quienes está reservada eternamente la más densa oscuridad." (Judas 12-13)
"El humo de ese tormento sube por los siglos de los siglos. No habrá descanso ni de día ni de noche para el que adore a la bestia y su imagen, ni para quien se deje poner la marca de su nombre." (Apocalipsis 14.11)
La expresión griega más fuerte para designar la eternidad es: eis aionas aionon.
"Y volvieron a exclamar: "¡Aleluya! El humo de ella sube por los siglos de los siglos." (Apocalipsis 19.3)
"El diablo, que los había engañado, será arrojado al lago de fuego y azufre, donde también habrán sido arrojados la bestia y el falso profeta. Allí serán atormentados día y noche por los siglos de los siglos." (Apocalipsis 20.10)
Nuevamente observamos aquí la expresión más fuerte que designa duración eterna: eis tous aionas ton aionon.

10. Ver nota 2.
11. Lo que he intentado demostrar es que la enseñanza bíblica en cuanto al infierno no es injusta y que existe una correspondencia entre lo que una persona merece y el castigo que recibe. Ver Piper, Desiring God [Desear a Dios], 58-59.

del pecador y no la obra que Cristo hizo a favor de él. «Debe haber expiación: una compensación, un hacer las paces y reunir a las partes; expiación que, creo, no puede ser hecha sino por el hombre que ha pecado» (70).

¿Por qué causa, pues, murió Cristo, si nosotros somos los únicos capaces de llevar a cabo la expiación necesaria? La muerte de Cristo es la forma misericordiosa a la que Dios recurre para llevarnos a reconocer la maldad del pecado y arrepentirnos por él. «Lo único posible, la única compensación verdadera por el pecado es el arrepentimiento, la restitución, la confesión, la oración pidiendo perdón y una conducta recta de ahí en adelante. Cristo murió por nada menos que esto» (73). Cristo murió para inspirarnos a llevar a cabo la expiación de nuestros pecados. «No podría hacerlo sin nuestra ayuda. Sin embargo, él es el que nos conduce a los pies del Padre: nos insta a consumar la expiación» (79). MacDonald niega que haya «una palabra en el Nuevo Testamento que nos indique que Dios tiene que reconciliarse con nosotros; nosotros somos los que tenemos que ser reconciliados con Dios» (78).[12] Por consiguiente en la cruz no se celebra ninguna transacción divina que aparte de los

12. Los seguidores de MacDonald (junto con muchos que nunca han oído hablar de él) continúan afirmando: "No es Dios el que necesita ser reconciliado con nosotros; somos nosotros los que necesitamos reconciliarnos con él" (Thomas Talbott, "What Jesus Did for Us" [Lo que Jesús hizo por nosotros], 10). Sin embargo, esta declaración no sólo tiene como base una idea de la gracia de Dios simplificada en exceso, como si Dios no pudiera experimentar al mismo tiempo ira y misericordia por un pecador, sino que su base también es una interpretación confusa de textos bíblicos claves (Romanos 5.10-11; 2 Corintios 5.18-21). MacDonald y otros suponen que cuando Pablo declara: "Fuimos reconciliados con Dios" o exhorta "Reconcíliense con Dios", debe querer decir que el único cambio necesario ha de darse en nosotros. No obstante, la expresión griega "reconciliarse" no necesariamente significa eso, y los distintos contextos nos muestran que en este acto la eliminación de la ira de Dios está incluida. Roger Nicole expone con persuasión este sentido basándose en la idea de reconciliación que observamos en Mateo 5.24.
Asimismo se discute, desde el punto de vista del lenguaje de la Escritura, que nunca es Dios el que dice estar "reconciliado", sino el hombre. Sin embargo, ése es un argumento muy engañoso. En primer lugar, en el griego el uso de la palabra es precisamente el contrario del uso que se emplea en el inglés y el francés. En Mateo 5.23-24, Jesús expresa: "Por lo tanto, si estás presentando tu ofrenda en el altar y allí recuerdas que tu hermano tiene algo contra ti, deja tu ofrenda allí delante del altar. Ve primero y reconcíliate con tu hermano; luego vuelve y presenta tu ofrenda". ¿Quién se reconcilia con quién? Supongamos que el hombre devoto es A y el hermano es B. Queda claro que B es el que tiene el sentimiento de agravio: "Tu hermano tiene algo contra ti". Aún así es A el que necesita reconciliarse. Por lo tanto, cuando Pablo dice: "Reconcíliense con Dios", Dios es el que tiene el sentimiento de agravio, y la exhortación nos insta a que nos aseguremosde que Dios no guarde este sentimiento en contra de nosotros. La reconciliación de la que la Escritura nos habla es una reconciliación por la cual Dios en su misericordia desecha el sentimiento de agravio que tiene justamente a causa de nuestro pecado. Y eso lo hace mediante la intervención de Cristo Jesús; Dios estaba en Cristo proveyendo aquello que se necesitaba para olvidar el agravio.

pecadores la ira de Dios. Toda reconciliación ocurre en el corazón del hombre, no en el de Dios. «No hay nada que [Dios] pueda hacer para compensar el mal hecho sino inducir al malhechor al arrepentimiento» (73).

Esta es una reinterpretación muy grande de la enseñanza bíblica en cuanto a la cruz. No se equivoca al afirmar que la muerte de Cristo está diseñada para vencer el pecado y no sólo perdonarlo. Sin embargo, si es verdad lo que antes hemos considerado en Romanos 3.24-26, entonces MacDonald está profundamente equivocado con respecto a lo que sucedió con la muerte de Jesús. Dios es un Dios de venganza (Romanos 12.19). Es más, él necesita ser reconciliado con el hombre, es decir: es necesario que su ira contra los pecadores sea apartada (ver nota 13). Contrastemos las palabras que William Childs Robinson escribió en contra de la negación de esta necesidad que sostiene MacDonald:

> La enemistad rebelde del hombre contra Dios (Colosenses 1.12; Romanos 8.7 y siguientes) ha provocado la santa enemistad contra el mal (1 Corintios 15.25; Romanos 11.28; Santiago 4.4); la ira (Romanos 1.18; 2.5,8,9; Efesios 2.3,5; Colosenses 3.6); los juicios (Romanos 12.24-32; 2.3,16; 3.6,19; 2 Corintios 5.10); la venganza (Romanos 12.19; 2 Tesalonicenses 2.8) y la maldición de la ley (Gálatas 3.10). En el juicio final, la ira de Dios se mostrará en relación directa con la enemistad que él ha quitado por la reconciliación (Romanos 5.9-10). Por consiguiente, Dios entrega a su Hijo para que sea hecho pecado y maldición por nosotros de modo que su ira se aparte y su rectitud se manifieste a través del perdón de aquellos que creen (Romanos 3.25-26). La gracia del Señor Jesucristo garantiza que la sentencia de condenación no existe más en su contra.[13]

Los contextos de aquellos dos pasajes importantes (Romanos 5.10-11; 2 Corintios 5.18-20) advierten con claridad que ése es el pensamiento que Pablo tiene en mente al escribirlos. Romanos 5.9 dice explícitamente que somos salvos de la ira de Dios por medio de Cristo; no salvos de nuestra disposición impía sino salvos de la ira de Dios. En 2 Corintios 5.19 Pablo explica que en el acto de la reconciliación Dios estaba "no tomándole en cuenta sus pecados". Por lo tanto, la reconciliación que la Biblia describe de manera principal es aquella que parte de Dios y se dirige hacia nosotros. [Roger Nicole, "The Achievement of the Cross, Part One: The Biblical Variety of Language" [El logro de la cruz, parte uno: La diversidad bíblica del lenguaje], Sola, 2, número 6 (diciembre 1989), 3.]

VOLVAMOS A EDWARDS

Qué tragedia es que MacDonald y sus seguidores hayan construido un concepto de la justicia divina que parece ser anuncio de buenas noticias porque el infierno resulta derrocado, pero al que contrapone la mala noticia de que la muerte del Señor Jesús no obtiene para nosotros sino una inspiración para que la alcancemos por nuestro propio esfuerzo. Se paga un alto precio por tratar de descartar algo que es indiscutiblemente bíblico. No se trata de un acto de amor el negar la realidad de un futuro terrible del que hombres y mujeres pueden escapar si saben que se aproxima. Y no constituye un acto de amor hacia Cristo el rebajar a simple modelo de martirio la sobrecogedora substitución por la que él soportó el peso del pecado. Años atrás, James Denney advirtió que si afirmáramos que Dios sigue siendo para nosotros lo que él es, independientemente de cualquier valor reconciliador que tenga para Dios la muerte de Cristo, eso significaría «poner a Cristo fuera del cristianismo por completo».[14] Por lo tanto, por amor a Cristo y al hombre, regreso a mi viejo amigo del alma: Jonathan Edwards. Ni MacDonald ni sus seguidores[15] contemporáneos han estado cerca de sacudir los fundamentos bíblicos de la rectitud divina demostrados de manera tan magnífica en las dos

13. William Childs Robinson, "Reconciliation" [Reconciliación], Baker's Dictionary of Theology [Diccionario Baker de Teología], ed. Everett F. Harrinson (Grand Rapids: Baker Book House, 1960), 437-438
14. Citado en Vernon Grounds, "Atonement" [Expiación], Baker's Dictionary of Theology [Diccionario Baker de Teología], 77.
15. Thomas Talbott explica: "Son muchas las personas que presentan a Dios como si fuera un gran monarca cuyo objetivo principal es el de defender su honor y buscar su gloria. Sin embargo, ése no es el Dios que nos es revelado en Cristo Jesús. En Cristo encontramos el mismo carácter de Dios: su amor, su humildad, su docilidad". (Talbott, "What Jesus Did for Us" [Lo que Jesús hizo por nosotros], 12). No obstante, los derechos imperiales de Dios y su gran condescendencia no pueden ser enfrentados. Repito: ni MacDonald ni sus seguidores han podido alcanzar o a percibir la profundidad de las revelaciones de Jonathan Edwards ni desmerecerlas. En su discurso The Excellency of Christ [La excelencia de Cristo], Edwards retrata una figura de Cristo y de su obra que permanece intacta ante los esfuerzos de Talbott de separar al Monarca del manso Cordero de Dios. Edwards expone la verdad de que "existe una conjunción admirable de diversas excelencias en Cristo". Basado en numerosos argumentos bíblicos, nos muestra cómo en Jesucristo se encuentran la infinita grandeza y la condescendencia

obras de Edwards: The End for Which God Created the World [La finalidad con la que Dios creó el mundo] y Concerning the Necessity and Reasonableness of the Christian Doctrine of Satisfaction for Sin [En cuanto a la necesidad y racionabilidad de la doctrina cristiana de la compensación por el pecado].[16]

Mi oración es que las personas puedan llegar a contemplar más y más la verdad sobrecogedora y liberadora de que el Hijo de Dios «cargó con el pecado de muchos». «Fue golpeado por la transgresión de mi pueblo» (Isaías 53.12,8). Qué el mensaje de Isaías sea divulgado a todas las personas de la tierra: «Ciertamente él cargó con nuestras enfermedades y soportó nuestros dolores... golpeado por Dios, y humillado ... El Señor hizo recaer sobre él la iniquidad de todos nosotros. ... El Señor quiso quebrantarlo» (Isaías 53.4-6,10).

¿CÓMO PUDO DIOS DELEITARSE EN LA MUERTE DEL HIJO?

Por lo tanto, ahora retomamos el hilo de nuestra meditación acerca del deleite de Dios que Isaías 53.10 señala. Este versículo expone que Dios se complació en la gran transacción que se realizó entre el Padre y el Hijo durante la muerte de Jesús. Le agradó a Dios quebrantarlo. O, como lo expresó Pablo: el sacrificio de Cristo fue «sacrificio fragante para Dios» (Efesios 5.2). Entonces, la pregunta que estamos ahora en mejores condiciones de responder es: ¿Cómo el Padre pudo deleitarse en el sacrificio de su Hijo?

El final del versículo 10 subraya una parte de la respuesta: el deleite de Dios radicaba en lo que la muerte del Hijo conseguiría. Dice: «Llevará a cabo la voluntad del Señor». El deleite de Dios no se centra tanto en el sufrimiento del Hijo, considerándolo en sí mismo,

infinita; la justicia infinita y la infinita gracia; la gloria infinita y la mayor humildad; la majestad infinita y la mansedumbre trascendente; la más profunda reverencia hacia Dios y la igualdad con Dios; el merecimiento de todo bien y el mayor grado de paciencia para soportar el mal; un gran espíritu de obediencia y el dominio supremo sobre cielos y tierra; la soberanía absoluta y la resignación perfecta; la autosuficiencia y la entera confianza en Dios y dependencia de Dios. Una vez que una persona ha contemplado al Cristo que describe la Escritura, las reconstrucciones de Talbott y MacDonald pierden gran parte de su atractivo. The Excelency of Christ, The Works of Jonathan Edwards [La excelencia de Cristo, Las obras de Jonathan Edwards], 1 (Edinburgh: Banner of Truth Trust, 1974), 680-689.

16. Estas dos obras se encuentran en Edwards, Works [Obras], 1-2 (Edinburgh: Banner of Truth Trust, 1974).

sino en el tremendo resultado que se obtendría a partir de él. Menciona, por ejemplo: «Como él ofreció su vida en expiación, verá su descendencia y prolongará sus días, y llevará a cabo la voluntad del Señor». Es como si Jesús estuviera engendrando, a través de su muerte, un linaje espiritual. Jesucristo penetra delante de ellos la eternidad, prolongando sus días para siempre. Resucita de entre los muertos y declara, usando las palabras de Hebreos 2.13: «Aquí me tienen, con los hijos que Dios me ha dado». El deleite de Dios prospera en manos del Hijo al concebir lo que podríamos llamar el «linaje de la cruz». ¿Quiénes son estas personas?

Isaías 53.11 describe, prácticamente con los mismos términos de Pablo en Romanos 3.24, a aquellos que conforman esa descendencia. Ese linaje está integrado por pecadores que han sido justificados (aquellos que son considerados justos debido a la muerte de Jesús). «Después de su sufrimiento, verá la luz y quedará satisfecho; por su conocimiento mi siervo justo justificará a muchos». La justificación de los impíos es el deleite de Dios que prospera en las manos de Jesús. Y constituye la primera parte de la respuesta al interrogante de por qué el Padre se deleitó en quebrantar al Hijo.

Sin embargo, creo que la otra parte de la explicación tiene que ver con lo que hemos considerado en Romanos 3.25-26 (que la profundidad del sufrimiento del Hijo es la medida del amor que él siente por la gloria del Padre). La justa lealtad del Padre a su nombre fue lo que hizo necesaria la compensación. Así que, cuando el Hijo, por su propia voluntad, cargó sobre sí el sufrimiento que implicaba aquella compensación, cada pisada en el camino al Calvario retumbó en todo el universo con este mensaje: ¡El valor de la gloria de Dios es infinito! ¡El valor de la gloria de Dios es infinito!

ABANDONADO PERO AMADO

El Padre no había dejado de amar al Hijo aun cuando lo abandonó, lo entregó a la maldición de la cruz y permaneció inmóvil ante ese sufrimiento. En aquel mismo momento en el que el Hijo cargaba sobre sí todo lo que el Padre odia de nuestras vidas, y era abandonado

hasta morir, aun en ese momento, el Padre sabía que la medida del sufrimiento de su Hijo era la profundidad de su amor por la gloria del Padre. Y el Padre halló deleite profundo en ese amor. La crucifixión de Jesús fue un suceso misterioso. En aquella hora Jesús «fue hecho por nosotros maldición» (Gálatas 3.13). Sin embargo, el amor del Padre alcanzó dimensiones increíbles en aquel mismo instante en que la maldición de Dios se descargaba profundamente sobre Jesús a causa del pecado. Esto explica por qué Jesús, con su último suspiro, pudo decir: «¡Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu!» (Lucas 23.46). Aunque sabía que la ira del Padre se estaba derramando sobre él, también sabía que la causa por la que la soportaba era la gloria del Padre y que el Padre lo amaba por eso. Jesús dijo: «Por eso me ama el Padre: porque entrego mi vida para volver a recibirla» (Juan 10.17). Y el Padre recompensó al Hijo por el sufrimiento que la maldición del Padre le había provocado: «Vemos a Jesús, que fue hecho un poco inferior a los ángeles, coronado de gloria y honra por haber padecido la muerte» (Hebreos 2.9; ver también Filipenses 2:9).

La muerte de Jesús glorificó el nombre del Padre y salvó a su pueblo. Y dado que el Padre se deleita abundantemente en el honor de su nombre, y dado que él se alegra con gozo ilimitado en la elección de un pueblo pecador para sí, ¡cómo no se complacerá en el acto de quebrantar al Hijo, ya que a través de ello estas dos magníficas maravillas divinas se reconcilian y se hacen una!

UNA PARÁBOLA COMO CIERRE

Cierta vez hubo una región gobernada por un príncipe malvado. Éste había venido de un país extranjero y había tomado como esclavos a todas las personas de la región y les exigía que trabajasen duro en las minas de carbón que estaban al otro lado del cañón. Sus vidas se habían vuelto tristes y miserables. Este príncipe había construido un puente enorme para que transitaran los trenes que cada mañana transportaban a los esclavos. El puente estaba muy bien vigilado.

En ese reino, todavía quedaban dos hombres libres: un anciano y un joven. Vivían en un acantilado que daba al puente, y al que era

imposible acceder. Por fin decidieron juntos hacer explotar el puente y terminar con la explotación de los esclavos del príncipe enemigo. Planearon y oraron y se recordaron a sí mismos la realidad del cielo.

Llegó la noche en la que la obra sería consumada. Los corazones palpitaban de alegría. Era un plan difícil. Era posible ajustar el cronómetro al tiempo que le llevaba a la vigilancia realizar su recorrido, y en este lapso cargar los explosivos y colocarlos en un lugar vulnerable del puente. Sin embargo, no quedaría tiempo para que el encargado de transportar los explosivos regresara. Si intentaba volver, seguramente sería descubierto por los vigilantes y el plan fracasaría. Así que para asegurarse de que el puente explotara, los dos hombres pactaron que el joven haría detonar la bomba manualmente. Él volaría junto con ella.

No obstante, creían en el cielo y amaban a las personas de aquella región. Y por lo tanto, sus corazones saltaban de alegría al pensar en el honor que significaba hacer ese sacrificio. Llegó la hora. Doblaron el mapa en el que figuraba la estrategia, se pusieron de pie y se abrazaron. Cuando el joven llegó a la puerta, con los explosivos amarrados a su espalda se dio vuelta, miró al anciano y le dijo: «Te quiero, papá». Y el anciano con alegría respiró hondo y le dijo: «Yo también te quiero, hijo».

CAPÍTULO 7

EL DELEITE DE DIOS EN HACERLES BIEN A TODOS LOS QUE ESPERAN EN ÉL

El Señor tu Dios está en medio de ti
como guerrero victorioso.
Se deleitará en ti con gozo,
te renovará con su amor,
se alegrará por ti con cantos

SOFONÍAS 3.17

El Señor no se deleita en los bríos del caballo,
ni se complace en la agilidad del hombre,
sino que se complace en los que le temen,
en los que confían en su gran amor.

SALMO 147.10-11

Podemos imaginar cómo sería escuchar a Dios cantar?. La mera palabra de su boca hizo que el universo existiera. ¡Qué pasaría si Dios levantara su voz y no solamente hablara, sino también cantara! Quizás nacerían un cielo nuevo y una tierra nueva.

Presten atención, que estoy por crear un cielo nuevo
y una tierra nueva...
Estoy por crear una Jerusalén feliz,
un pueblo lleno de alegría.
Isaías 65.17-18

¿Qué es lo que escuchamos cuando imaginamos el canto de la voz de Dios?

Yo puedo oír el estruendo de las Cataratas del Niágara entrelazado con el goteo de un riacho cubierto de musgo. Puedo oír la explosión del monte Santa Helena mezclado con el ronroneo de un gatito. Puedo oír la energía que emerge de un huracán atravesando la costa este y el soplo apenas perceptible de una nevada nocturna en los bosques. Y también puedo oír el rugir del sol, una bola de 1.400.000 kilómetros de espesor, 1.300.000 veces más grande que la tierra, compuesta por nada más que fuego, de la cual la temperatura de la superficie más fría en su corona es de 1.000.000º C. Sin embargo, puedo oír ese rugido inimaginable mezclado con el crepitar tierno y cálido de la leña durante una acogedora noche de invierno.

ANONADADO

Y al oír este canto, quedo anonadado, estupefacto, mudo, al saber que él está cantando acerca de mí, alguien que tantas veces y de tantas maneras lo ha deshonrado. Es demasiado bueno para ser verdad. Él se regocija en mí con toda el alma y con todo el corazón. Prácticamente se pone a cantar cada vez que encuentra una nueva manera de hacerme bien. No me atrevería a decir algo así bajo mi responsabilidad. Ni tampoco podría si no hubiera visto que el fundamento de su gozo es algo distinto de mi rectitud. Sin embargo, lo hago bajo la responsabilidad del profeta Jeremías.

> 39) Haré que haya coherencia entre su pensamiento y su conducta, a fin de que siempre me teman, para su propio bien y el de sus hijos 40) Haré con ellos un pacto eterno: Nunca

> dejaré de estar con ellos para mostrarles mi favor; pondré mi temor en sus corazones, y así no se apartarán de mí. Me regocijaré en favorecerlos, y con todo mi corazón y con toda mi alma los plantaré firmemente en esta tierra (Jeremías 32:39-41).

Uno no puede quedarse afuera de la alegría de este texto al pensar que estas promesas fueron dirigidas a Israel. Dios no lo dejará alejarse de su bondad tan fácilmente. Cuando Jeremías habla acerca del «pacto eterno» que Dios hará con su pueblo (v. 40), se refiere al «nuevo pacto» descrito un capítulo antes: «Haré un nuevo pacto con el pueblo de Israel... Pondré mi ley en su mente, y la escribiré en su corazón. ...Yo les perdonaré su iniquidad, y nunca más me acordaré de sus pecados» (Jeremías 31.31-34). Pero este nuevo pacto es el pacto que Jesús selló con su sangre. Recuerde lo que mencionó en la última cena: «Esta copa es el nuevo pacto en mi sangre» (1 Corintios 11.25; comparar con Marcos 14.24; Hebreos 8.6-13). Por lo tanto, los beneficios de este pacto llegan tan lejos como llega la sangre de Jesús. El ministerio de Pablo entre los judíos y gentiles, según escribió él, se trataba del ministerio del «nuevo pacto» (2 Corintios 3.6). Eso significa que «los gentiles son, junto con Israel, beneficiarios de la misma herencia, miembros de un mismo cuerpo y participantes igualmente de la promesa en Cristo Jesús mediante el evangelio» (Efesios 3.6). Por lo tanto, no podemos dejar pasar inadvertida la alegría que causa la promesa de Jeremías alegando que nosotros no somos judíos. Pero por la fe en Cristo, por medio de la sangre del pacto podemos decir que somos «verdaderos judíos» (Romanos 2.29). «Y si ustedes pertenecen a Cristo, son la descendencia de Abraham y herederos según la promesa» (Gálatas 3.29).

Ahora, pensemos por un momento en esto. No le echemos una ojeada a las promesas de Dios como si fueran páginas equivocadas en la guía telefónica. El Dios Todopoderoso, Creador de la tierra y el cielo declara: «Nunca dejaré de estar con ellos para mostrarles mi favor. ... Me regocijaré en favorecerlos, y con todo mi corazón y con toda mi alma». Tratemos de darnos cuenta de lo que estas promesas significan.

Promesa 1. Dios no dejará de favorecernos. Él seguirá haciéndonos bien. No es que algunas veces hace cosas buenas a sus hijos y otras veces cosas malas. Él continúa haciendo el bien y nunca cesará de hacer el bien. Cuando las cosas salen «mal» no significa que Dios haya dejado de hacer el bien. Significa que él está acomodando las cosas alrededor de nosotros para colocarlas en un lugar que redunde en un bien mayor, si seguimos amándolo. Él obra de tal modo que «para aquellos que le aman» todas las cosas ayudan a bien (Romanos 8.28). «El Señor brinda generosamente su bondad a los que se conducen sin tacha» (Salmo 84.11). «Sin duda, fue para mi bien pasar por tal angustia» (Isaías 38.17). «Me hizo bien haber sido afligido, porque así llegué a conocer tus decretos» (Salmo 119.71; comp. v. 67).

LA BONDAD DE DIOS EN LA TRAGEDIA DE GEORGE MULLER

George Mueller, el gran hombre de oración, que construyó orfanatos e inspiró a la fe de a miles de personas, nos muestra la manera en que debemos aferrarnos a la verdad de que Dios no dejará de hacernos bien. En julio del año 1853, su única hija, Lydia Mueller, contrajo fiebre tifoidea. Estuvo al borde de la muerte. Sin embargo, fue librada a través de las oraciones de muchos. Mueller describe esta prueba lleno de fe y sabiduría.

> Mientras pasaba por esa aflicción, una aflicción tan grande, además de estar en paz en lo que concierne a la dispensación de la gracia del Señor, también me sentía con perfecta paz en lo que respecta al motivo que estaba causando aquella desgracia. Anteriormente ya la mano del Señor se había agravado sobre mi familia y sobre mí. En esa ocasión no tuve la menor duda de que era la vara del Padre la que en su infinito amor y sabiduría se aplicaba con el fin de restaurar mi alma, que se hallaba en la tibieza. Sin embargo, esta vez no experimentaba esa sensación. Consciente como era de mis múltiples debilidades, fracasos y defectos, estaba preparado para decir como el apóstol Pablo: «Miserable de mí»; no obstante, estaba seguro

> de que esta desgracia no era la vara del Padre sobre mí, sino la prueba de mi fe. ... Los padres saben lo que es un hijo único, un hijo amado, y lo que un hijo creyente significa para sus padres creyentes. Bueno, el Padre que está en los cielos preguntó a través de esta prueba: ¿Estás dispuesto a entregarme esta niña? Mi corazón contestó: Mientras a ti te parezca bien, mi Padre celestial, que se haga tu voluntad. Pero cuando nuestros corazones se dispusieron a devolver a nuestra amada hija a Aquel que nos la había dado, él se dispuso a dejarla a nuestro lado. Ella vivió. «Deléitate asimismo en Jehová, y él te concederá las peticiones de tu corazón» (Salmo 37.4). Mi corazón deseaba conservar a mi amada hija, si era la voluntad de Dios; el medio para conservarla fue estar satisfecho con la voluntad de Dios.
>
> De todas las pruebas de fe por las que hasta el momento he tenido que atravesar, ésa ha sido la más grande. Y por la gracia abundante de Dios, lo reconozco para su gloria, se me permitió deleitarme en la voluntad de Dios, ya que sabía perfectamente que si el Señor decidía llevarse a mi amada hija, sería lo mejor para sus padres, lo mejor para ella y por sobre todo contribuiría más para la gloria de Dios que si ella viviera: y esa era la parte con la que estaba más satisfecho, había en mi corazón paz, perfecta paz y ninguna preocupación.[1]

Antes de que usted diga: «Es fácil hablar de la bondad de Dios cuando una hija se recupera», escuche lo que queda de la historia. El 6 de febrero de 1870, Mary, la esposa de George Mueller murió a causa de la fiebre reumática. Habían estado casados por treinta y nueve años y cuatro meses. George tenía 64 años. Al poco tiempo del funeral, estuvo lo suficientemente fuerte como para predicar un «sermón de funeral», como él lo llamó. ¿Qué texto habrá escogido para este momento en el que Dios se había llevado a su amada esposa? Eligió el Salmo 119.68: «Tú eres bueno, y haces el bien». Desarrolló estos tres puntos:

1. George Mueller, Authobiography of George Mueller [Autobiografía de George Mueller], comp.G. Fred. Bergin, (Londres: J. Nisbet and Co., 1906), 424.

1. El Señor fue bueno e hizo bien en dármela.
2. El Señor fue bueno e hizo bien en permitirme estar con ella tanto tiempo.
3. El Señor fue bueno e hizo bien en quitármela.[2]

Bajo ese tercer punto relató la manera en que él había orado mientras ella estuvo enferma.

> Sí, mi Padre, los tiempos de mi querida esposa están en tus manos. Harás aquello que sea mejor para ella y para mí, ya sea que esto signifique la vida o la muerte. Si es posible, levanta a mi preciosa esposa. Tú puedes hacerlo a pesar de su enfermedad, pero sea como fuere que trates conmigo, sólo ayúdame a estar completamente satisfecho con tu santa voluntad.[3]

Al mirar hacia atrás y ver la manera en que Dios había respondido a su oración, expresó:

> Cada día me doy cuenta con mayor claridad de lo mucho que significa para los orfanatos su pérdida. Sin embargo, con frecuencia y sin esfuerzos, lo más recóndito de mi alma se alegra en el gozo de mi amada difunta. Su felicidad me alegra. Si fuera posible traerla de regreso, mi querida hija y yo no lo haríamos. Es Dios mismo quien hizo esto. Estamos satisfechos en él.[4]

Dios nunca deja de hacer el bien al pueblo de la promesa. Y si un enemigo sacara ventaja y aun tuviéramos que parados directamente frente a la boca de la pistola, podríamos decir: «Es verdad que has pensado hacerme mal, pero Dios transforma ese mal en bien» (Génesis 50.20). Debido a que Dios es soberano y ha prometido que no dejará de hacerle el bien al pueblo de la promesa, sabemos más allá

2. Ibíd., 431.
3. Ibíd., 442.
4. Ibíd., 440.

de cualquier duda, que en la tribulación o en la angustia, en la persecución, el hambre, la indigencia, el peligro, o la violencia, somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó (Romanos 8.35-37).

ÉL SE REGOCIJA EN HACERNOS BIEN

Promesa 2. Sin embargo, la promesa es más grande aún. No sólo Dios nos promete no dejar de hacernos el bien, sino que agrega: «Me regocijaré en favorecerlos» (Jeremías 32.41). «El Señor se complacerá de nuevo en tu bienestar, así como se deleitó en la prosperidad de tus antepasados» (Deuteronomio 30.9). Dios no nos bendice a regañadientes. Existe un cierto anhelo relacionado con la benebolencia de Dios. Él no espera que nosotros nos acerquemos. Él sale en nuestra búsqueda porque su deleite es hacernos bien. «El Señor recorre con su mirada toda la tierra, y está listo para ayudar a quienes le son fieles»[5] (2 Crónicas 16.9). Dios no nos está esperando. Dios nos busca. En realidad, eso es lo que dice la traducción literal del Salmo 23.6: «La bondad y el amor me seguirán todos los días de mi vida». Nunca me olvido la forma en que un gran maestro me lo explicó. Me dijo que Dios es como la policía caminera que te sigue en la autopista interestatal con sus luces intermitentes y una sirena que te avisa que te detengas, no porque quiere multarte, sino porque tiene un mensaje tan bueno que no puede esperar a que llegues a casa.

A Dios le encanta mostrarnos misericordia. Déjenme decirlo de nuevo. A Dios le encanta mostrarnos misericordia. No está vacilante, indeciso o inseguro de sus deseos con respecto a hacernos bien. Su enojo tiene que abrir una cerradura muy difícil de abrir, pero su

5. La palabra hebrea shalem (ser íntegro, perfecto, completo) no significa que tengamos que estar sin pecado delante de Dios para que él nos haga bien. El Antiguo Testamento atestigua que Dios hizo bien a algunas personas que se habían metido en serios problemas a causa de su pecado. Ver en especial el Salmo 107.10-13. Al decir que nuestros corazones deben ser "íntegros" delante de Dios nos referimos a que nuestra lealtad no debe estar dividida. Nuestro Dios tiene que ser Dios. No podemos buscar en parte a Dios, pero dudar de él y buscar luego ayuda en otro lugar. El punto parece ser el mismo que se menciona en Santiago 1,5-6 y Mateo 6:24. El Señor procura bendecir a aquellos que, desesperados, lo buscan de todo corazón para recibir la ayuda que necesitan.

misericordia tiene un gatillo muy sensible. Eso es lo que quiso transmitir cuando descendió al Monte Sinaí y le dijo a Moisés: «El Señor, el Señor, Dios clemente y compasivo, lento para la ira y grande en amor y fidelidad» (Éxodo 34.6). El asunto es mostrar el contraste que existe entre la lentitud de su enojo y la efusividad de su amor.

DIOS NUNCA SE ABURRE

Dios nunca está irritado o con los nervios de punta. Nunca se siente cansado, ni deprimido, ni triste, ni malhumorado, ni agobiado. Su enojo nunca salta ante la más mínima provocación.[6] No se enoja fácilmente. Se encuentra por encima de cualquier posibilidad de ser susceptible, cascarrabias o temperamental. En lugar de eso, se muestra infinitamente lleno de energía, con un entusiasmo sin límite ni fin, para dar cumplimiento a sus deleites. Para nosotros eso es algo difícil de comprender porque tenemos la necesidad de dormir cada día sólo para poder arreglárnoslas; ni hablar si nuestra intención es prosperar. Nuestros disfrutes suben y bajan. Un día nos aburrimos y nos desanimamos y otro día nos sentimos entusiasmados y llenos de esperanzas. Somos semejantes a pequeños géiseres que borbotean y crepitan y estallan de forma imprevisible. Sin embargo Dios se parece a las cataratas del Niágara. Uno las ve y piensa: sin dudas que esto no puede correr con tal fuerza año tras año. Nos da la impresión de que en algún momento van a tener que parar y descansar. O nos parece que en algún lugar, río arriba, se pueden estar secando. No obstante, no es así. Siglo tras siglo continúan encrespándose y rompiendo, para deleite de los recién casados en su luna de miel. De esa misma forma actúa Dios al hacernos bien. Nunca se cansa. Nunca se aburre.

6. La traducción del Salmo 2.11, en la versión Dios Habla Hoy, no contradice esa frase: "Su furor se enciende fácilmente". Aquí el punto no es que Dios actúe de manera impetuosa o que no se enoje a menos que la provocación sea grande. Los versículos 4 y 5 dejan en claro esto. Dios soporta el pecado de los gobernantes seculares, orgullosos por mucho tiempo antes de reaccionar ("enojado, los asusta"). El punto del versículo 11 es que los gobernadores no deberían abusar de la paciencia de Dios, ya que en cualquier momento podría desatarse su enojo contra ellos.

Lancen voces de alegría y regocijo
los que apoyan mi causa,
y digan siempre: «Exaltado sea el Señor,
quien se deleita en el bienestar de su siervo».
(Salmo 35.27)

SU DELEITE DEMUESTRA SU GRANDEZA

Dios se deleita en el bienestar de su siervo porque eso demuestra su grandeza. «Exaltado sea el Señor, que se deleita en el bienestar de su siervo». Dios ha superado para siempre cualquier obstáculo que le impida demostrarnos su amabilidad generosa. Ése fue el tema del último capítulo que desarrollamos. Cristo fue quebrantado para cargar con la condenación que se interponía como un dique entre el valle desierto de nuestra vida y la reserva de un billón de toneladas de agua fresca, transparente, profunda y refrescante de la bondad de Dios. Sin embargo, ahora no hay condenación para los que están en Cristo Jesús (Romanos 8.1). Él llevó nuestras aflicciones y cargó con nuestros dolores y triunfó sobre la muerte «para mostrar en los tiempos venideros la incomparable riqueza de su gracia, que por su bondad derramó sobre nosotros en Cristo Jesús» (Efesios 2.7). Las compuertas del dique se abren cada vez más, mucho más allá de nuestra capacidad de soportar las bendiciones de Dios. Dios no es un matón inseguro al que le gusta mostrar su fuerza con orgullo dejando en el suelo a los débiles. A Dios le encanta mostrar con orgullo su grandeza convirtiéndose en fuente inagotable de fortaleza que puede reanimar a los débiles. La medida de la inmensidad de sus recursos se mide por la satisfacción que siente al deleitarse en el bienestar de su siervo. Eso es lo que la Biblia llama «gloriosas riquezas». «Así que mi Dios les proveerá de todo lo que necesiten, conforme a las gloriosas riquezas que tiene en Cristo Jesús» (Filipenses 4.19). «Porque el Señor se complace en su pueblo; a los humildes concede el honor de la victoria» (Salmo 149.4).

Otra manera de traducir la última línea del Salmo 149.4 sería: «Hermoseará a los mansos con la salvación». El deleite que Dios tiene en el Hijo es el mismo deleite que tiene en el panorama impresionante

de su propia perfección que se refleja en el semblante de Cristo. Dios es una persona infinitamente hermosa. Si alguna vez hemos amado algo bello, entonces podríamos entender esto. Toda la belleza del universo deriva de la belleza original de Dios. Y una de las formas que Dios halla para deleitarse en esa hermosura es repartiéndola entre su pueblo. Se complace en adornarlos y embellecerlos con su propia hermosura. Parte de ese proceso de embellecimiento que él está realizando ahora es la obra maravillosa de la gracia llamada el fruto del Espíritu: poner en nosotros amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza (Gálatas 5.22). Y este proceso culminará en el momento de la resurrección, cuando la creación entera se ponga de pie para celebrar la «libertad gloriosa de los hijos de Dios» (Romanos 8.21) y todos ellos «brillarán en el reino de su Padre como el sol» (Mateo 13.43). No hay ninguna alegría que los hombres y mujeres hayan experimentado en sus momentos más felices, sin importar lo grande que sea, que pueda compararse con el gozo que Dios siente en embellecer a su pueblo.

En ese proceso Dios también se regocija en quitar todo dolor, aflicción y tristeza.

> Me regocijaré por Jerusalén
> y me alegraré en mi pueblo;
> no volverán a oírse en ella
> voces de llanto ni gritos de clamor.
> (Isaías 65.19)

Fue necesario durante nuestro tiempo en la tierra «que a través de muchas tribulaciones entremos en el reino» (Hechos 14.22 RVR60). Muchas son las razones para que esto sea así y todas están relacionadas con nuestro bien. No obstante, Dios se alegrará cuando las lecciones hayan terminado y hayamos aprobado los exámenes finales y comiencen las vacaciones. Dios se pondrá a cantar en el momento en que nos vea perfectamente íntegros, sin lágrimas, sin dolor, sin mancha, sin discapacidad, sin defecto. Y nuestro gozo en la belleza de una tierra nueva, de un cuerpo nuevo y de la perfecta santidad será el gozo en la belleza del regocijo de Dios.

CON TODO SU CORAZÓN Y CON TODA SU ALMA

Promesa 3. La promesa es todavía más grande. Primero, Dios nos promete no dejar de hacernos bien. Después, nos asegura que con mucho gusto nos hará ese bien. Por último, nos promete que el regocijo que él experimentará cada vez que haga bien a su pueblo será con todo su corazón y con toda su alma. «Me regocijaré en favorecerlos, y con todo mi corazón y con toda mi alma los plantaré firmemente en esta tierra» (Jeremías 32.41).

¿De qué manera podríamos describir el gozo de algo que hacemos «con todo el corazón»? Una de las formas es por medio de comparaciones que puedan despertar en nosotros la clase de emoción que esto supondría. Por ejemplo, Isaías utiliza ese recurso para ayudarnos a concebir la plenitud del gozo de Dios sobre su pueblo. «Ya no te llamarán "Abandonada", ni a tu tierra la llamarán "Desolada", sino que serás llamada "Mi deleite"; tu tierra se llamará "Mi esposa"; porque el Señor se deleitará en ti ... como un novio que se regocija por su novia, así tu Dios se regocijará por ti» (Isaías 62.4-5). La actitud que Dios tiene al hacerle bien a su pueblo no se parece a la de un juez reacio que intenta ser amable con un criminal que para él es despreciable (a pesar de que hay algo de verdad en esa analogía); Dios se parece más bien a un novio que intenta demostrarle sus sentimientos a su novia.

LA LUNA DE MIEL NUNCA TERMINA

Algunas veces decimos como broma acerca del matrimonio: «Se terminó la luna de miel». Pero esto nos sucede a nosotros porque somos seres finitos. No podemos mantener el nivel de intensidad y sentimientos que encontramos en la luna de miel. No podemos prever los enojos que surgirán a largo plazo con la convivencia. No podemos mantenernos tan lindos y en forma como lo éramos antes. No se nos pueden ocurrir demasiadas cosas buenas que ayuden a mantener la relación así de fresca. Sin embargo Dios compara su gozo con el de un novio hacia su novia. Está hablando de la intensidad, los placeres, la energía, la emoción, el entusiasmo y el disfrute que se viven en una

luna de miel. Intenta introducir en nuestro corazón el significado de regocijarse sobre nosotros con todo su corazón.

Y agreguémosle a esto la realidad de que la luna de miel con Dios no tiene fin. Dios es infinito en poder, sabiduría, creatividad y amor. Y por lo tanto, no tiene dificultades para encontrar la manera de mantener el nivel de intensidad de la luna de miel. Puede prever todas las manías de nuestra personalidad y ha decidido que mantendrá aquello que en nosotros es bueno y cambiará aquello que no lo es. Siempre será tan lindo como lo fue desde un principio y siempre se ocupará de que nosotros seamos más y más bellos. También es infinitamente creativo y puede pensar en nuevas cosas que podemos hacer juntos de modo que no haya aburrimiento por los próximos billones de milenios.

LOS SEÑORES CON DIGNIDAD NO CORREN

Jesús utiliza otra comparación para ayudarnos a percibir la fuerza de lo que significa que el Padre se regocije sobre nosotros con todo su corazón. Dos veces menciona en Lucas 15 que «habrá más alegría por un solo pecador que se arrepienta, que por noventa y nueve justos que no necesitan arrepentirse» (vv. 7,10). Luego, con motivo de ilustrar lo que sucede en el cielo, procede a contar una historia que trata de un padre que tenía un hijo rebelde que abandonó su casa y malgastó toda su herencia. Mientras alimentaba a unos cerdos en un país lejano, este hijo entró en razones y decidió regresar a casa y buscar la misericordia de su padre. Durante el camino, preparó un discurso en el que afirmaba este hecho: «Papá, he pecado contra el cielo y contra ti, ya no merezco que se me llame tu hijo; trátame como si fuera uno de tus jornaleros».

A medida que Jesús cuenta la historia, podemos sentir cómo crece el poder del amor, cuando muestra la manera en que el padre se regocija «con todo su corazón» por la llegada del muchacho. Cuando el hijo aun está lejos, el Padre lo ve y su corazón es movido a misericordia (v. 20). No se queda atrás al notar el aspecto que trae el muchacho, sino que sale corriendo y atraviesa la puerta de entrada. Ahora,

no perdamos la fuerza de esta escena. Los hombres prósperos, señoriales, miembros de la aristocracia, ya ancianos, no corren. Caminan. Mantienen la compostura. Demuestran que están por encima de las emociones. Sin embargo, no es eso lo que sucede en la historia que relata Jesús acerca del gozo de Dios por su pueblo.

El padre corre. ¿Podemos imaginarnos a esos dos personajes corriendo? Quizás el muchacho se encuentra demasiado confundido como para correr. Tal vez no puede dar crédito a lo que ven sus ojos. A lo mejor todavía huele como los cerdos que ha cuidado. Probablemente lo primero que viene a su mente es darse vuelta y escapar de esa muestra de afecto completamente inesperada. Pero no da la vuelta. Jesús cuenta que el padre lo abraza y lo besa (con olor a cerdo y todo). ¿Podemos imaginar ese abrazo sin sentir aquella emoción? Yo no puedo. Quizás porque tengo cuatro hijos. He perdido la cuenta de la cantidad de veces que los hemos mandado a participar en proyectos misioneros sea a seiscientos o a dieciséis mil kilómetros de distancia. Todavía puedo sentir el fuerte abrazo que cada uno de ellos me daba al partir. Y aún puedo sentir el abrazo que se aproxima.

Sin embargo, creo que esta emoción es mucho más profunda que aquellas. Sé que en la historia de Jesús el hijo soy yo. Y no puedo comprender que el Padre que está en los cielos, el glorioso y gran Creador del universo y Soberano sobre todas las cosas, deje de lado toda su dignidad y corra hacia mí y me abrace y me bese como si... —¡no! no es ficción— me abrace y me bese porque se regocija en mí. Él se alegra con todo su corazón de que yo sea parte de su familia. Es por eso que no puedo imaginar ese abrazo sin hacer una pausa para que mis ojos y mi garganta se recuperen.

Sin embargo, Jesús no termina aún la historia. Todavía no hemos sentido todo lo que las palabras «con todo mi corazón» quieren decir. Antes de que el hijo le pida ser como uno de sus esclavos, el padre interrumpe el discurso. ¡Nada de eso! El padre ordena traer el mejor vestido para reemplazar los harapos; busca un hermoso anillo de la familia; le da calzado nuevo aunque él ha usado los zapatos los viejos para escaparse, y, para colmo, organiza un gran banquete con la mejor comida y contrata una banda de juglares para que llenen de alegría la fiesta.

Ése es el mensaje que Jesús tiene para todo aquel que quiera regresar al Padre y buscar el gozo en las maravillas de su amor. No es un mensaje nuevo. Es tan viejo como los profetas. Uno de ellos expresó este mensaje en la forma de una magnifica e increíble promesa que habla del canto de Dios sobre su pueblo:

> El Señor tu Dios está en medio de ti
> como guerrero victorioso.
> Se deleitará en ti con gozo,
> te renovará con su amor,
> se alegrará por ti con cantos
> (Sofonías 3.17)

Me parece demasiado bueno como ser cierto: cuando el padre llama a los juglares para que canten durante el banquete, él mismo es el que dirige el canto y la canción habla del gozo que siente al ver que estamos allí. De hecho, a algunas personas les resulta demasiado bueno como para ser cierto, y lamentablemente, no lo pueden creer. Sin embargo, bajo la maravillosa inspiración de Dios, Sofonías es guiado a superar cualquier obstáculo que le impida creer, sentir verdaderamente y disfrutar de la extraordinaria verdad con respecto a que Dios se alegra sobre nosotros con cánticos. Supongamos que nosotros, almas débiles y heridas estamos luchando por creer esto y no lo logramos. Déjenme por un momento hablar en lugar de Sofonías y formular algunas preguntas.

QUÉ SUCEDE SI NO PODEMOS CREER EN TAL BONDAD

Pregunto: «¿Podemos hoy sentir la maravilla de que Dios se regocija sobre nosotros con cánticos?»

«No, —responde alguien— no puedo porque siento demasiada culpa. No soy digno. Mi pecado es muy grande y hay muchos juicios contra mí. Dios nunca podría regocijarse sobre mí.»

Pero yo le digo: «Piensa en lo que dice Sofonías 3.15. Dios puede ver nuestra duda de antemano. Él comprende. Así que su profeta

declara: "¡El Señor ha apartado tus juicios de ti!" ¿No somos capaces de experimentar la maravilla de que el Señor hoy se alegre sobre nosotros con cánticos, aun cuando hayamos pecado? ¿No logramos comprender que la sentencia de la condenación ha sido levantada porque él quebrantó a su Hijo en nuestro lugar, si sólo decidimos creer?»

«No, —contesta aquella persona— no puedo porque hay enemigos a mi alrededor. Encuentro obstáculos donde quiera que vaya. Hay personas que nunca me permitirían creer esto. Hay personas que se ocuparían de amargarme la vida si Dios fuera mi tesoro. Hay personas dentro de mi familia que me harían a un lado por eso. Mis amigos darían cualquier cosa por arrastrarme. Nunca podría continuar creyendo. Tendría muchos enemigos. La opresión sería demasiado pesada como para soportarla. Nunca podría hacerlo.»

No obstante, respondo: «Reflexionemos sobre Sofonías 3.17: "Porque el Señor tu Dios está en medio de ti como guerrero victorioso"; y miremos el versículo 19: "En aquel tiempo yo mismo me ocuparé de todos los que te oprimen"; y el versículo 15: "El Señor ha puesto en retirada a tus enemigos". ¿Podemos sentir la maravilla de que Dios está haciendo todo lo necesario para que nosotros disfrutemos del deleite que él mismo tiene en nosotros? ¿Nos damos cuenta de que para Dios los enemigos y los opresores no son muy fuertes? Nada lo detiene cuando él se alegra sobre nosotros con cánticos. Ahora, ¿percibimos la maravilla de eso? ¿Podemos creer que él se regocije sobre nosotros?»

Tal vez alguno pueda responder nuevamente «No. Todavía no puedo porque pienso que él es un Dios grande y santo y siento como si él estuviera lejos de mí. Soy muy pequeño. No soy nadie. El mundo es un lugar muy grande y hay muchas personas importantes. Seguramente que él estará preocupado por los movimientos y las instituciones de envergadura que existen en el mundo y se sentirá feliz con ellos. Yo soy demasiado pequeño. Es como si Dios fuera el presidente. Está allá lejos en la capital del país, ocupado en asuntos más importantes.»

Yo agrego: «Considera Sofonías 3.15: "El Señor, rey de Israel, está en medio de ti". Dios no se encuentra lejos de nosotros. Sí, admitimos que eso (el que Dios pueda mostrarse personalmente a

cualquiera que se acerque a él y crea) va más allá de la imaginación y hace que debamos extender nuestra fe casi hasta el límite. Pero repitámonos a nosotros mismos una y otra vez: ¡Él es Dios! ¡Él es Dios! ¿Existe algo que pueda detenerlo de estar cerca de nosotros si él así lo desea? ¡Él es Dios! ¡Él es Dios! La misma grandeza que hace que parezca estar demasiado lejos como para estar cerca, es la que le permite hacer todo lo que quiere, incluso estar cerca de nosotros. ¿No nos ha dicho por esa razón: "Yo habito en un lugar santo y sublime, pero también con el contrito y humilde de espíritu"? (Isaías 57.15) ¿Podemos no sentir la maravilla de que Dios hace fiesta (hasta con cánticos) cuando nos acercamos y creemos en él?».

Sin embargo, alguien podría seguir sosteniendo: «No entiendes. Soy una víctima y un esclavo de la vergüenza. Mis padres me han despreciado constantemente (ver Sofonías 2.8,10). Se han burlado de mí. He sido amenazado, manipulado y difamado. Aun dentro de este capullo de vergüenza el cantar de Dios suena tenue, lejano e indescriptible. Es como si mi vergüenza me hubiera dejado sordo e incapaz de oír que alguien puede ser feliz por mi causa, en especial Dios. No puedo sentirlo».

Agrego: «Estoy seguro de que no puedo sentir todo lo que sientes. No he pasado por las situaciones que has tenido que pasar. Sin embargo, Dios no permanece ajeno a la vergüenza. Aunque no lo creamos, el Hijo de Dios fue colmado de vergüenza (Hebreos 12.2) y la terrible difamación de muchos de sus propios conciudadanos (Mateo 13:55-58). Por lo tanto, «No tenemos un sumo sacerdote incapaz de compadecerse de nuestras debilidades» (Hebreos 4.15). Sé que nunca he estado en tu lugar. No tuve que vivir con la clase de familia con la que has vivido. Sin embargo, Jesús te conoce. Él siente todo lo que tú sientes. Y, lo mejor de todo, el Padre dice justo aquí, en Sofonías 3.19: «Salvaré a la oveja que cojea y juntaré a la descarriada. Les daré a ustedes fama y renombre en los países donde fueron avergonzados». ¿No es asombroso lo bien que Dios nos conoce? ¿Podemos sentir el calor de su corazón en el modo en que él responde cada pregunta que podamos tener? ¿No comenzamos a escuchar el canto de Dios a medida que nos acercamos a él?

¿DIOS SE DELEITA EN MÍ O EN ÉL MISMO?

Tal vez alguien responda: «Puedo casi sentir esa inexpresable maravilla de que Dios se alegra sobre mí (a pesar de lo que soy) con cantos. Sin embargo, todavía queda un obstáculo. Me has dicho que Dios se deleita en difundir su fama y el honor de su nombre. No entiendo cómo eso puede ser coherente con el hecho de amarme. No lo he honrado como debo. De hecho, durante toda mi vida lo he deshonrado de una u otra manera; algunas veces olvidándome de él, otras veces permaneciendo indiferente a su presencia. Por momentos desconfié de sus promesas y otras veces me enojé por la forma en que él permitía que sucedieran las cosas. No entiendo cómo aun así puede seguir deleitándose infinitamente en su gloria y al mismo tiempo emocionarse tanto conmigo, al punto de alegrarse sobre mí con cantos».

Y yo digo: Si ese es el último obstáculo, entonces ¡preparémonos para cantar! Porque la respuesta se encuentra en Sofonías 3.12. Quien me objeta tiene razón: Dios se deleita por sobre todas las cosas en la gloria de su nombre. Ése es el tema de este libro. No quisiéramos que Dios fuera un idólatra y hallara gozo en alguna belleza menor que la infinita belleza de Dios. Tampoco querríamos un Dios injusto que valorara otra cosa más que aquello que más valor tiene, o que intentara engañar al mercado ofreciendo plata cuando él sabe muy bien que el oro es mejor. Sí, es cierto. Dios es infinitamente santo e intensamente feliz en el valor incalculable de su propia perfección.

«Pero ahora, hagámonos esta pregunta: Si quisiéramos participar de aquel mismo gozo que Dios tiene con respecto a su nombre glorioso y ser parte de aquel deleite de Dios, ¿a dónde iríamos? Sofonías 3:12 tiene la respuesta: "Dejaré un remanente en medio de ti, un pueblo pobre y humilde. En el nombre del Señor, se cobijará". Aquí se encuentra la conexión entre el deleite de Dios en su nombre y el deleite de Dios en nosotros. Cuando nos refugiamos en su nombre, él se alegra sobre nosotros con cantos. El buscar refugio en el nombre de Dios honra a Dios y cuando Dios es honrado, él se regocija».

JESÚS ES EL NOMBRE DE DIOS

Hoy, más acá del Nuevo Testamento, sabemos que refugiarse en el nombre de Dios significa refugiarse en el nombre de Jesús. Jesús vino en el nombre del Padre (Juan 5.43); murió para glorificar y vindicar el nombre del Padre (Juan 12.28); manifestó el nombre del Padre a los discípulos y los guardó en el nombre del Padre (Juan 17.6,12). Y ahora a Cristo mismo se le ha dado un nombre sobre todo nombre (Filipenses 2.9), y el deseo de Dios es que su nombre sea glorificado por medio del nombre de su Hijo (Juan 14.14). Hoy no existe otro refugio fuera de Jesús. «No hay bajo el cielo otro nombre dado a los hombres mediante el cual podamos ser salvos» (Hechos 4.12). Y todo aquel que confiesa que Jesús es Señor glorifica el nombre del Padre (Filipenses 2.11). Jesús recibe a pecadores desesperados por la gloria del Padre (Romanos 15.7). El Padre decidió quebrantar al Hijo para que los pecadores pudieran hallar un refugio en aquel nombre conmovedor y para que «los gentiles glorifiquen a Dios por su compasión» (Romanos 15.9).

Si nos humillamos y buscamos la gloria de Dios, si escondemos nuestro nombre en el nombre de Dios (que se deletrea J E S U S), entonces el Padre celestial que ama por sobre todas las cosas su nombre, nos recompensará más allá de todas nuestras fantasías y se regocijará sobre nosotros con cantos. Pensémoslo de esta forma. A pesar de que hemos pecado y profanado la gloria de Dios, Jesús fue quebrantado para reparar la herida que le causamos a la gloria de Dios. Nuestras iniquidades fueron puestas sobre él. Eso significa que cada vez que buscamos refugio en él, pedimos salvación no teniendo como base nuestros antecedentes, que nos destituyen de la gloria de Dios, sino en la vindicación de la gloria del Padre que ha realizado Jesús. De este modo, la gloria de Dios se convierte en el fundamento de nuestro llamado, ya que nos escondemos en aquel que murió, resucitó y volvió a vivir para glorificar la pasión de Dios por su nombre y la misericordia de Dios por salvar.

Eso es lo que la palabra «justo» quiere decir en 1 Juan 1.9: «Si confesamos nuestros pecados, Dios, que es fiel y justo, nos los perdonará y nos limpiará de toda maldad». El texto está diciendo que Dios sería

injusto (no solamente inmisericorde) al no perdonar nuestros pecados confesados. ¿Por qué? ¿Por qué razón el perdón es ahora una cuestión de justicia y no un mero asunto de misericordia? La respuesta está en que Jesús derramó su sangre (1 Juan 1.7) con el fin de compensar de manera justa a todos aquellos que confiesen sus pecados y se refugien en él. Por lo tanto, Dios sería injusto en no perdonarlos, no porque hayan honrado a Dios con vidas sin pecado, sino porque han buscado refugio en el nombre de Jesús. La muerte de Jesús dio honra al Padre y vindicó la gloria de su nombre de manera que Dios está obligado no sólo por su misericordia, sino también por su justicia a perdonar a todos aquellos que anclen sus vidas en la dignidad de Jesús. Expresó Juan: «Sus pecados han sido perdonados por el nombre de Cristo» (1 Juan 2.12).

El nombre de Cristo, y por lo tanto el nombre y el honor de Dios están en juego cada vez que acudimos a Jesús en busca de refugio y para contar con su dignidad en vez de con la nuestra. Esto explica porqué no hay contradicciones al declarar que Dios ama por sobre todas las cosas su nombre y aun así tiene un compromiso de todo corazón con su pueblo, el pueblo que espera en Jesús, para hacerles bien. No dejará de hacerles bien. Él se alegra en hacerles bien. Y, para todos aquellos que pueden creerlo, él se goza por nosotros con cantos.

¿DE QUÉ MANERA AGRADAMOS A DIOS?

Quisiera aclarar algo que en estos capítulos se ha dado por supuesto (a decir verdad, en todo el libro). En muchas ocasiones he dado por sentado que los beneficios de las promesas de Dios y la adquisición que hizo Jesús con la muerte y la resurrección están dirigidos al pueblo de Dios. También se supone que la señal que caracteriza a este pueblo no es meramente que han sido «elegidos desde antes de la creación del mundo», sino que también, en cierta manera, han respondido con mucho gusto al llamado de Dios. En este capítulo me he centrado principalmente en el deleite de Dios en el bien de su pueblo. Con todo su corazón y con toda su alma él se regocija en hacernos bien. Sin embargo, ha quedado claro que para poder explicar eso he planteado

una pregunta sobre cuál es la respuesta que debemos darle a Dios. Dios no se alegra en hacer el bien a todos por igual. Aunque el sol sale sobre justos e injustos (Mateo 5.45), existe una gracia salvadora que abunda para con aquellos que esperan en su amor. «Dios se opone a los orgullosos, pero da gracia a los humildes. ... Acérquense a Dios, y él se acercará a ustedes» (Santiago 4.6,8).

Por lo tanto, me parece adecuado que por un momento nos explayemos sobre esto. El deleite de Dios en el bien de su pueblo está relacionado de manera íntima con el deleite que él tiene en un cierto tipo de respuesta que define la identidad de su pueblo. La verdad del capítulo 5 (El deleite de Dios en la elección) no anula la enseñanza bíblica que dice que nadie que no responda a la orden e invitación del evangelio sea salvo. Dios se ocupará de que sus elegidos reciban la invitación y respondan de la manera que deben (Deuteronomio 30.6; Ezequiel 11.19-20; 36.27; Mateo 11.27; Juan 6.37,44,65; 10.16; 11.52; Hechos 13.48; 16.14; 18.10; 1 Corintios 2.23,24; 1 Tesalonicenses 1.4-5; 2 Tesalonicenses 2.13; 2 Timoteo 2.25). Sin embargo, el propósito de Dios con todo esto no es disminuir nuestra responsabilidad de escuchar y creer. «El que cree en él no es condenado, pero el que no cree ya está condenado» (Juan 3.18). La respuesta que *nosotros* le damos a Dios es totalmente crucial. Y Dios se complace en un cierto tipo de respuesta.

ESTE CAPÍTULO CONSTITUYE UN PUNTO DE INFLEXIÓN

Este capítulo marca un momento decisivo ya que hasta ahora no hemos enfocado la clase de actitudes y acciones humanas en las que Dios se deleita. Nos enfocamos primero en el deleite que Dios tiene en su gloria. Creo que ese orden es muy importante. Principalmente es necesario que veamos que Dios es Dios, que él es perfecto y completo en sí mismo, que él se encuentra rebosante de felicidad en la comunión eterna con la Trinidad; no nos necesita para completar su plenitud y no carece de nada sin nosotros. Más bien, nosotros estamos carentes sin él. La toda suficiente gloria de Dios, otorgada de manera libre en la comunión por medio del sacrificio de su Hijo, es el arroyo

de agua viva por el que hemos estado esperado durante toda nuestra vida.

Si no comenzamos de esa forma, cuando el evangelio llegue a nosotros, inevitablemente nos pondremos en el centro del evangelio. Sentiremos que la fuerza impulsora es nuestra dignidad más que la dignidad de Dios. Remontaremos el origen del evangelio a una necesidad de Dios de nuestra parte en vez de remontarlo a la gracia que rescata a los pecadores que necesitan de él.

No obstante, el evangelio es la buena nueva de que Dios es el fin que satisface plenamente nuestros anhelos, y que, pese a que él no nos necesita, y de hecho, está separado de nosotros por nuestros pecados que indican un menosprecio hacia la gloria de Dios, él, en el gran amor con que nos amó, ha construido un camino a través del que los pecadores pueden llegar al río de sus deleites y beber de él por medio de la persona de Cristo Jesús. Y no seremos cautivados por estas buenas noticias a menos que creamos que él no estaba obligado a hacer todo eso. No fue coaccionado o forzado por nuestro valor. Él centro del evangelio es él. La exaltación de su gloria, la fuerza impulsora. ¡El evangelio es un evangelio de gracia! Y la gracia es el deleite que Dios tiene en magnificar su dignidad dándoles a pecadores el derecho y la capacidad de deleitarse en él sin opacar la gloria de Dios.

EVALUÉMONOS

A continuación presentamos una prueba acerca de por qué los hijos de Dios aman que Dios ocupe una posición central en el evangelio. Les encanta decir como Pablo: «Porque todas las cosas proceden de él, y existen por él y para él» (Romanos 11.36). Les encanta gloriarse en el Señor (1 Corintios 1.31). Les encanta contar que en el asunto de la salvación Dios está al principio, al medio y al final. Les encanta afirmar que fueron elegidos para la gloria de su gracia (Efesios 1.6), llamados de las tinieblas a la luz con el propósito de anunciar las maravillas de su gracia (1 Pedro 2.9), justificados porque Cristo murió para vindicar la santidad de la gracia de Dios (Romanos 3.25-26) y que un día serán absorbidos en vida y gloria (2 Corintios 5.4; Romanos 8.30).

Así que a lo largo de siete capítulos nos hemos centrado en los deleites que Dios tiene en sí mismo y en la libertad con que su obra se lleva a cabo, de modo tal que resulte innegable que Dios es el centro del evangelio. A menudo hemos sugerido el tipo de respuesta que causaría placer a Dios, pero ahora estamos listos. Ahora podremos ver por qué la respuesta que Dios demanda y disfruta constituye una buena noticia para el hombre pecador y aun así, mantiene a Dios en el centro de sus sentimientos. Si el evangelio exige de los pecadores una respuesta, entonces la demanda misma debe ser una buena razón y no una carga extra, de lo contrario el evangelio no sería evangelio. Y si el evangelio bíblico verdadero siempre coloca a Dios en el centro, entonces la respuesta demandada debe exaltarlo a él y no a nosotros.

¿QUÉ CLASE DE ÓRDENES PUEDEN RESULTAR BUENAS NOTICIAS?

Ahora bien, ¿qué tipo de respuesta puede incluir estas dos cosas: buenas noticias para el pecador y gloria para Dios? La respuesta la encontramos claramente en el Salmo 147.10-11:

> El Señor no se deleita en los bríos del caballo,
> ni se complace en la agilidad del hombre,
> sino que se complace en los que le temen,
> en los que confían en su gran amor.

Primero, teniendo en cuenta el versículo 11, consideraremos la razón por la que Dios se complace en «los que le temen, en los que confían en su gran amor». Luego, miraremos el versículo 10 y completaremos nuestra respuesta preguntándonos por qué Dios no se deleita en «los bríos del caballo, ni en la agilidad del hombre».

TEMOR Y CONFIANZA AL MISMO TIEMPO

¿No provoca una sensación extraña el que debamos ser animados a

temer y confiar al mismo tiempo y en la misma persona? «Se complace en los que le temen, en los que confían en su gran amor». ¿Confiamos en aquel al que tememos y tememos a aquel en el que confiamos? Normalmente es de otro modo: si tememos a una persona, confiamos en que alguien más venga y nos libre. Sin embargo, acá se supone que debemos temer a aquel en quien confiamos y confiar en aquel a quien tememos. ¿Qué significa esto?

Creo que quiere decir que debemos dejar que la vivencia de la confianza penetre en nosotros y transforme la vivencia del temor. En otras palabras, la clase de temor que debemos sentir hacia Dios es todo aquello que queda cuando alcanzamos la confianza en él.

EL GLACIAR DE GROENLANDIA

Supongamos que exploramos un glaciar desconocido en el norte de Groenlandia a fines del invierno. Una tormenta terrible se desata cuando nos acercamos a un precipicio escarpado que ofrece un panorama espectacular en el que se pueden ver kilómetros y kilómetros de hielo irregular y montañas de nieve. El viento sopla tan fuerte que tememos que nos empuje al precipicio. Sin embargo, en medio de la tormenta descubrimos una grieta en medio del hielo para escondernos. Nos sentimos seguros allí. Sin embargo, a pesar de que nos encontramos a salvo, la tormenta continúa bramando con fuerza asombrosa, y un cierto tipo de deleite nos hace temblar al observarla crecer de repente a lo largo de los glaciares que vemos en la distancia.

Al principio, temíamos que la terrible tormenta y ese territorio inhóspito reclamaran nuestra vida. Sin embargo, al encontrar un refugio, nace en nosotros la esperanza de que podemos permanecer seguros. No obstante, no todo el sentimiento de miedo desaparece de nuestro corazón. Solamente aquel de sentirnos en peligro de muerte. Todavía permanecen el temblor, el temor, el asombro y la sensación de que nunca querríamos vernos sacudidos por una tormenta semejante ni ser enemigos de esa potente fuerza.

Con Dios sucede lo mismo. En el mismo salmo leemos: «Extiende la nieve cual blanco manto, esparce la escarcha cual ceniza. Deja caer

el granizo como grava; ¿quién puede resistir sus ventiscas?» (v. 16-17). El frío de Dios es algo tremendo: ¡quien puede resistirse ante él! Y los versículos 4 y 5 apuntan al mismo poder de Dios en la naturaleza: «Él determina el número de las estrellas y a todas ellas les pone nombre. Excelso es nuestro Señor, y grande su poder; su entendimiento es infinito».

Dicho de otra manera: la grandeza de Dios es más vasta que el universo en el que están las estrellas. Su poder se esconde detrás del frío insoportable de las tormentas del ártico. Aun así, él nos cubre con sus manos y nos repite: «Refúgiate en mi amor y deja que el terror de mi poder se convierta en los hermosos fuegos artificiales que iluminen tu cielo nocturno». El temor de Dios es lo que queda de la tormenta cuando tenemos un lugar seguro desde el que observar directamente lo que sucede en medio de ella. Y en ese lugar de refugio expresamos: «¡Este poder es asombroso, terrible, increíble; qué emoción es estar acá en el centro del tremendo poder de Dios, y aun así sentirnos protegidos por el mismo Dios! ¡Qué terrible debe ser caer en las manos del Dios viviente sin esperanzas y sin Salvador! ¡Mejor sería atar una piedra de molino a mi cuello y ser arrojado en las profundidades del océano que ofender a este Dios! ¡Qué enorme privilegio es poder experimentar el favor de este Dios en medio de su poder!»

Esto nos da una idea de que es posible tener miedo y confianza al mismo tiempo. La confianza convierte al miedo en un milagro de paz que nos hace temblar; y el miedo elimina todo aquello trivial de la esperanza y la hace seria y profunda. Los deleites del pueblo de Dios se hacen más intensos al experimentar el terror de Dios. La comunión que tenemos al lado de la chimenea se hace aun más dulce cuando la tormenta ruge fuera de la cabaña.

Ahora bien, ¿por qué Dios se deleita en aquellos que tienen esta experiencia en él (en las personas que lo temen y confían en su amor)?

Sin duda la razón es que nuestro temor pone de manifiesto la grandeza de su poder y nuestra confianza la exuberancia de su gracia. Dios se complace en las respuestas que reflejan su grandiosidad. Es lo que podríamos esperar de un Dios todo suficiente y que no tiene necesidad de nosotros, de un Dios que nunca abandonará la gloria de ser la única fuente de todo gozo, que nunca entregará el honor de ser

la fuente de toda seguridad, que nunca abdicará al trono de su gracia soberana. Dios se deleita en aquellos que confían en su amor porque esa confianza destaca la libertad de su gracia. Cada vez que clamo: «¡Dios es mi única esperanza, mi roca, mi refugio!», desvío la atención de mí mismo y la pongo en los recursos ilimitados de Dios.

EL MANDAMIENTO QUE CONSTITUYE UNA BUENA NOTICIA PARA EL PECADOR

Hace unos instantes nos preguntamos: ¿Qué tipo de respuesta puede incluir estas dos cosas: buenas noticias para el pecador y gloria para Dios? Ésta es la respuesta: la demanda de mantener la esperanza en su amor con un serio y profundo sentido de su imponente poder.

Un pecador que no puede alcanzar la rectitud por sí mismo, de pie ante un Dios santo y autosuficiente, qué otro mandamiento podría oír que no fuera: «¡Espera en mi amor!» Si solamente lo descubriéramos, sabríamos que cada uno de nosotros está varado sobre una superficie de hielo en Groenlandia, con el viento enfurecido soplando alrededor. Nuestra posición es tan precaria que aun el sólo inhalar profundamente variaría nuestro peso y ocasionaría que fuéramos arrojados al vacío para nuestra destrucción. En ese mismo momento, Dios se acerca y nos dice: «Te libraré de la tormenta. Pero con una condición». Nos desanimamos. Sabemos que no podemos cumplir con los requisitos. Nuestro rostro está aplastado contra el hielo. Nuestras uñas enterradas. Sentimos cómo las fuerzas van cediendo. Somos concientes de que si tan sólo intentáramos mover los labios, caeríamos al vació. ¡Tenemos en claro que no hay nada que podamos hacer para Dios!

Entonces, él pronuncia el mandamiento del evangelio: «La condición, —dice— es que confíes en mí». Ahora, pregunto: ¿No son estas buenas noticias? ¿Qué otra cosa podría ser más fácil que confiar en Dios cuando todo lo demás se nos va de las manos? Y eso es todo lo que pide. Ese es el evangelio.

Sin embargo, no se trata de una buena noticia sólo para los pecadores. Dios es glorificado al pedirnos esto. ¿Por qué? Porque cuando confiamos en Dios, demostramos que él es fuerte y nosotros, débiles;

que él es rico y nosotros, pobres; que él es pleno y nosotros, vacíos. Cada vez que confiamos en Dios demostramos que nosotros somos los que estamos en necesidad y no Dios (Salmo 50.10-15; 71.4-6,14). Nosotros somos los pacientes y Dios, el doctor. Nosotros somos aquel ciervo sediento en el bosque y Dios, el manantial que desborda. Nosotros somos la oveja perdida y Dios, el buen pastor.

La hermosura del evangelio reside que en un simple pedido («¡Deposita tu confianza en Dios!»). Nosotros recibimos la buena noticia y Dios recibe la gloria. Por eso Dios se deleita en aquellos que confían en su amor: porque en el simple acto de confiar, su gracia es glorificada y los pecadores son salvos. Ése es el mandamiento del evangelio que pone a Dios en el centro: el centro de sus sentimientos y de los nuestros.

¿QUÉ HAY DE MALO EN LA FUERZA DEL CABALLO Y EN LA AGILIDAD DEL HOMBRE?

Ahora nos toca preguntarnos por qué Dios no se deleita en los caballos y en la agilidad del hombre, como dice el Salmo 147.10:

> El Señor no se deleita en los bríos del caballo,
> ni se complace en la agilidad del hombre.

La cuestión aquí no es que los caballos y las piernas fuertes sean malos. Después de todo, Dios los hizo. Es más, en el capítulo 3 vimos que Dios se regocija en la fuerza y libertad que tiene este tipo de caballos. Por ejemplo, le pregunta a Job:

> ¿Le has dado al caballo su fuerza?
> ¿Has cubierto su cuello con largas crines?
> ¿Eres tú quien lo hace saltar como langosta,
> con su orgulloso resoplido que infunde terror?
> Patalea con furia, regocijándose en su fuerza,
> y se lanza al galope hacia la llanura.
> Se burla del miedo; a nada le teme;

> no rehuye hacerle frente a la espada.
> En torno suyo silban las flechas,
> brillan las lanzas y las jabalinas.
> En frenética carrera devora las distancias;
> al toque de trompeta no es posible refrenarlo.
> En cuanto suena la trompeta, resopla desafiante;
> percibe desde lejos el fragor de la batalla,
> los gritos de combate y las órdenes de ataque.
> (Job 39.19-25)

Evidentemente Dios se alegra en la fuerza del caballo que él mismo ha creado. Job no puede adjudicarse el mérito por ninguna de las habilidades maravillosas que tiene un caballo. El punto no es que ése glorioso animal sea malo. El punto es éste: en el día de la batalla, los hombres confiarán en los caballos en lugar de confiar en Dios. No obstante, Proverbios 21.31 dice: «Se alista al caballo para el día de la batalla, pero la victoria depende del Señor». Luego el Salmo 20.7 dice, «Éstos confían en sus carros de guerra, aquéllos confían en sus corceles, pero nosotros confiamos en el nombre del Señor nuestro Dios». Y el Salmo 33.17: «Vana esperanza de victoria es el caballo; a pesar de su mucha fuerza no puede salvar».

Dios no está disgustado con la fuerza del caballo ni con la agilidad del hombre, ya que son cosas buenas que él creó. Él se disgusta con aquellos que confían en sus caballos y en sus piernas. Se disgusta con las personas que ponen su esperanza, por ejemplo, en los misiles o en el maquillaje, en tanques o en un salón de bronceado, en bombas o en el físicoculturismo. Dios no se deleita en la eficacia empresarial o en los presupuestos equilibrados, o en los sistemas de bienestar o en nuevas vacunas, o en la educación, o en la elocuencia, o en la excelencia artística o en los procesos legales, cuando estas cosas son el tesoro en el que ponemos nuestra esperanza, o el logro del que nos jactamos. ¿Por qué? Porque cuando nuestra confianza está en caballos y hombres, ellos son los que reciben la gloria y no Dios.

Por lo tanto, cuando decimos que Dios se alegra sobre su pueblo con cantos, estamos diciendo que él se alegra en aquellos que confían en su amor. De este modo, Dios sigue conservando su lugar legítimo, el lugar que queremos que él ocupe: el centro del evangelio. Hay una condición que debemos cumplir si deseamos experimentarlo como nuestro Dios y ser parte ese pacto maravilloso en el que él nos promete que no se volverá atrás en su voluntad de hacernos bien sino que se regocijara en nosotros con toda el alma y el corazón. Y esa condición es confiar en él como el Refugio y el Tesoro que todo lo satisface. Dios se deleita con todo el corazón en esa respuesta porque exalta la gloria de su gracia y satisface los anhelos de nuestra alma.

CAPÍTULO 8

EL DELEITE DE DIOS EN LAS ORACIONES DE LOS JUSTOS

«El Señor aborrece las ofrendas de los malvados, pero se complace en la oración de los justos»

PROVERBIOS 15.8

En cierta ocasión, Dwight L. Moody, el famoso evangelista del siglo XIX, estaba predicando en un encuentro de niños que se celebraba en Edimburgo, Escocia. El lugar estaba lleno. Con el fin de captar la atención de los niños, Moody planteó una pregunta: «¿Qué es orar?», esperando dar él la respuesta. Sin embargo, para su sorpresa, un montón de manos se levantaron en todo el salón. Así que Moody pidió a uno de aquellos niños que respondiera. Este explicó en tono claro y seguro: «Orar es elevar a Dios, en el nombre de Cristo, la ofrenda de nuestros deseos por cosas acordes a su voluntad, confesando nuestros pecados y reconociendo con gratitud sus misericordias». La respuesta que Moody, lleno de asombro, le dio fue: «¡Gracias a Dios que naciste en Escocia!».[1]

1. La anécdota se menciona en el escrito anónimo The Kneeling Christian [El cristiano de rodillas] (Grand Rapids: Zondervan Publishing House, 1945), 51.

En aquellos días, en Escocia los padres todavía creían que tenían el deber solemne de enseñarles a sus hijos la verdad bíblica en forma de catecismo. Sin embargo, es probable que muy pocos de mis lectores hayan crecido en hogares donde se practicara tal rigor pedagógico. Y es probable que todos tengamos todavía mucho que aprender en cuanto a la oración, y aun más acerca del Dios que se deleita en la oración. Cuando estamos en presencia de aquellos que han aprendido a orar nos damos cuenta todo lo que nos falta aprender.

A modo de ejemplo, puedo afirmar que George Mueller me ha dado lecciones en cuanto a la paciencia y la perseverancia en la oración:

> Estoy ahora, en el año 1864, esperando ciertas bendiciones de parte de Dios, por las que día a día le he suplicado a lo largo de 19 años y 6 meses, sin tomarme ningún día de descanso. Todavía no recibo una respuesta completa con respecto a la conversión de algunas personas. Mientras tanto, he recibido muchas miles de respuestas a la oración. Durante diez años he orado día a día, sin descanso, rogando por la conversión de algunas personas. Por otras he orado seis o siete años, por otras cuatro, tres y dos años, por otras alrededor de dieciocho meses, y aun así todavía no se me ha concedido la respuesta de aquellas personas (por quienes he orado durante diecinueve años y medio). ... Sin embargo, continúo orando todos los días y esperando la respuesta. ... Querido lector cristiano: anímate con sinceridad absoluta a entregarte a la oración, sólo si estás seguro de que las cosas que pides son para la gloria de Dios.[2]

EL PODER QUE BLANDE EL ARMA

Cuanto más meditaba en el significado de la oración y más intentaba aprender de Jesús en la «escuela de la oración» privada, tanto más me convencía de que la oración es principalmente un instrumento de

2. George Mueller, Autobiography of George Mueller [Autobiografía de George Mueller], comp. G. Fred Bergin (Londres: Nisbet and Co., 1906), 296.

poder que pone en funcionamiento el arma espiritual de la Palabra de Dios. En una ocasión, durante una «semana de oración» di un sermón titulado: «El poder que blande el arma». En la última mitad de este capitulo, usted verá con claridad por qué creo que es tan importante esta conexión entre la Palabra de Dios y la oración. De acuerdo con mi propia experiencia, sacando las Escrituras, nadie me ha mostrado de manera más gráfica que John Hyde la pasión con la que el ministerio de la oración puede servir al ministerio de la Palabra. A menudo se lo conoce como «Praying Hyde» [Hyde, el que ora]. Fue misionero en la India y comenzó su ministerio en el extranjero en el año 1892. El capitán E.G. Carré es quien cuenta la historia de este hombre, y nos da un pantallazo del compromiso inspirador de John Hyde para servir a la Palabra por medio del poder de la oración.

> Le debo más a él que a cualquier otro hombre, por mostrarme el significado de una vida de oración y de una vida verdaderamente consagrada. Siempre alabaré a Dios por permitirme conocerlo... La primera vez que lo ví fue en Ludhiana en el Punjab, lugar donde él vivía en aquel tiempo. Me habían invitado a participar de las Conferencias de la Misión Presbiteriana de los Estados Unidos. Yo debía dirigirles algunas palabras acerca del avivamiento en las colinas de Khassia. Había viajado desde Allahabad con destino a Ludhiana por la noche y había llegado en la mañana temprano. Me llevaron a tomar una taza de té junto con los delegados y ahí me presentaron al Sr. Hyde. Lo único que me dijo fue: «Quiero hablar contigo. Te espero en la puerta». Y allí estaba en la puerta. Sus primeras palabras fueron: «Acompáñame al cuarto de oración. Queremos que estés ahí». No sé si fue una orden o un pedido. Sentí que debía ir. Le conté que había viajado toda la noche y que estaba cansado y que a las cuatro tendría que hablar. Sin embargo, fui con él. Nos encontramos con seis personas allí, y Hyde inclinó su rostro frente al Señor. Me arrodillé y comencé a percibir una sensación extraña. Algunos oraron, y luego Hyde empezó. Recuerdo muy poco lo que sucedió. Sabía que estaba en la presencia de Dios mismo, y no quería irme de

aquel lugar; es más, creo que no pensé en mí ni en lo que sucedía a mi alrededor, ya que había entrado a un mundo nuevo y quería quedarme allí.

Habíamos entrado al cuarto alrededor de las ocho de la mañana. Muchos se habían ido, otros se habían agregado, pero Hyde seguía con su rostro pegado al suelo y nos guió varias veces en oración. Las comidas habían quedado en el olvido, mi cansancio se había esfumado y el relato del avivamiento y el mensaje que tenía que dar (por los cuales había estado muy preocupado), habían desaparecido de mi mente, hasta que fueron las tres y media, y Hyde se levantó y me dijo: «Tienes que hablar a las cuatro en punto. Te llevaré a tomar una taza de té». Le contesté que él necesitaba algún refresco también, pero respondió: «No. No quiero tomar nada, pero tú debes tomar algo». Pasamos por mi habitación. Me lavé de prisa y luego los dos tomamos una taza de té. Se hizo la hora de la reunión. Me llevó hasta la puerta, tomó mi mano y dijo: «Ve y habla. Esa es tu responsabilidad. Yo volveré al cuarto de oración y oraré por ti. Esa es mi responsabilidad. Cuando termine la reunión, ven al cuarto de oración que juntos alabaremos a Dios». Qué emoción me inundó cuando él se fue. Como si fuera una descarga eléctrica. Era fácil hablar, a pesar de que tenía un intérprete. ¿Qué dije? No lo sé. Antes de que terminara la reunión, el traductor de la India, vencido por sus sentimientos y doblegado por el Espíritu de Dios, no pudo continuar y otro tuvo que tomar su lugar. Sé que el Señor fue quien habló aquella noche. Me habló a mí y habló a muchos. Entonces me di cuenta del poder de la oración. Cuántas veces había leído acerca de las bendiciones que Dios daba en respuesta a la oración, sin embargo aquella noche tomó tanta intensidad que a partir de ese momento intento alistar guerreros de oración para que intercedan por mí cada vez que me pongo de pie para dar el mensaje de Dios. Fue una de las reuniones más maravillosas a las que he asistido, y sé que fue aquel santo que oraba entre bastidores el responsable de las bendiciones.

Cuando terminó la reunión, regresé a donde él estaba para

> alabar al Señor. No preguntó nada, ni si la congregación había sido bendecida o no; tampoco pensé en contarle la bendición que había recibido personalmente y la manera en que sus oraciones habían sido contestadas. Parecía saberlo todo. Cómo alabó él al Señor y con cuánta facilidad pude alabar yo al Señor y contarle a él acerca de las bendiciones que me había dado.[3]

Luego regresaremos a la relación entre la oración y la Palabra. Sin embargo, hay otra cosa que debemos considerar primero. Resulta crucial que no nos fascinen ni nos apasionen más las oraciones de un hombre que los deleites de Dios. Es más fácil emocionarse ante la devoción radical de un hombre que ante la belleza de Dios. Se trata de un peligro sutil. Y para evitar ese obstáculo, primero meditaremos en el deleite de Dios en las oraciones de los justos y luego nos concentraremos en el lugar asombroso que ocupa la oración en el ministerio mundial de la Palabra.

CÓMO HA CAMBIADO EL ENFONQUE DEL LIBRO

El rumbo del libro ha ido cambiando poco a poco en los últimos tres capítulos. Primero, el enfoque estaba centrado en el deleite de Dios en su perfección y en su obra de creación y providencia. Distinguimos su autosuficiencia, la plenitud de su gozo que desborda y su libertad soberana, que no permite que sea coaccionado, obligado o sobornado. Luego, por medio de los capítulos que tratan acerca de la elección, el quebrantamiento del Hijo y el bien del pueblo de Dios, hemos ido cambiando aún más el rumbo y centrándonos en el deleite de Dios en el tipo de respuesta que él espera de sus hijos. Igual que al principio, nuestra pregunta sigue siendo: ¿Cuál es la medida del valor y la excelencia de Dios? Él es el enfoque principal, no nosotros. De todas maneras, el valor y la excelencia de un alma se miden por el objeto de su amor. Por lo tanto, debemos orientarnos a descubrir qué es lo que Dios ama en nosotros. Hemos comenzado a hacer eso en el capítulo 7 y

3. Captain E. G. Carré, ed., Praying Hyde [Hyde el que ora] (South Plainfield, N. J.: Bridge Publishing, Inc., sin fecha), 67-69.

seguiremos con este enfoque hasta el fin del libro. Por lo tanto, por más de que nos concentremos en lo que Dios demanda de nosotros, la razón siempre descansa en una pregunta más profunda: ¿Por qué? o ¿Qué aspecto del valor y la excelencia de Dios revela esa demanda?

Este enfoque corresponde a una pregunta práctica muy importante que debemos hacernos: ¿Cómo podemos nosotros, pecadores, agradar a un Dios santo? ¿Puede causarle deleite algo de lo que sintamos, pensamos o hagamos? Sabemos que ésa es una pregunta legítimamente bíblica ya que Pablo declara en 2 Corintios 5.9 que dónde quiera que él estuviese, ya fuera en el cielo o en la tierra, el objetivo principal de su vida estaría dirigido a «agradar al Señor». Ésa es una cuestión crucial porque si Dios nos permitiera entrar al cielo aún siendo personas que no le agradáramos, el cielo no sería el cielo. Y resultaría deprimente si no existiera nada que nosotros pudiéramos hacer para deleitar el corazón de Dios. No es posible concebir una relación personal feliz con Dios en el cielo si no existiera una forma en la que nosotros pudiéramos agradarle.

Así que alguno podría preguntar: «Si ésa es una pregunta tan importante y útil, ¿por qué dedicó tantos capítulos a escribir acerca del deleite que Dios halla en él mismo en vez de ir directamente al asunto práctico que aborda la manera en que nosotros podemos agradar a Dios?». La respuesta es que la visión de Dios que he desarrollado en los capítulos anteriores constituye el fundamento de mi fe: que yo (pecador como soy) pueda ser capaz de agradar a Dios. ¡Y una esperanza tan asombrosa como ésta necesita un fundamento muy, pero muy profundo! El modo en el que vemos a Dios determina nuestra idea de cómo podemos agradar a Dios. Y la manera en que decide una persona agradar a Dios es la decisión más tremenda que uno puede tomar.

¿Qué sucedería si descubriéramos (como lo hicieron los fariseos) que hemos dedicado toda nuestra vida a intentar agradar a Dios y, sin embargo, todo el tiempo, hemos estado haciendo cosas abominables a sus ojos (Lucas 16.14-15)? Alguno podría replicar: «No creo que eso sea posible; Dios nunca rechazaría a alguien que ha estado intentando agradarle». Sin embargo, ¿nos damos cuenta de lo que este interlocutor ha hecho? Ha basado su convicción en la idea que él tiene de Dios. Ésa es precisamente la razón por la que comenzamos a tratar primeramente el carácter de Dios.

En los capítulos iniciales vimos que Dios no tenía necesidades que alguna vez pudiera pedirnos que satisficiéramos. Dios no tiene deficiencias que nosotros pudiéramos suplir. Él es completo en sí mismo. Rebosa de felicidad en la comunión con la Trinidad. Como resultado podemos decir que Dios es un manantial de montaña, no un abrevadero. Un manantial de montaña se autoabastece. Fluye constantemente y suministra agua también a otros. Sin embargo, un abrevadero necesita de una bomba o de una cuadrilla de baldes para llenarse. Así que si queremos glorificar el valor de un recipiente, tendremos que trabajar duro para mantenerlo lleno y en condiciones de uso. No obstante, si deseamos glorificar el valor de un manantial sólo debemos ponernos en cuatro patas y beber hasta saciarnos, hasta habernos refrescado y recuperado fuerzas para regresar al valle y contarles a los demás lo que hemos encontrado. No glorificaríamos a un manantial de montaña si diligentemente sacáramos agua del río que corre al lado y la vertiéramos en el manantial. Podemos apreciar que Dios es como un manantial de montaña, no como una tina. Y debido a que Dios es así, no nos sorprende que las Escrituras enseñen, fortaleciendo nuestra fe para que nos mantengamos firmes, que la manera de agradar a Dios es acercándose a él para recibir y no para ofrecer, para beber y no para regar. Nuestras vidas glorifican más a Dios cuanto más satisfechas están en él.

MI ESPERANZA EN LOS VALLES DE SOMBRA DE MUERTE

Como un pecador desesperado que vive en el valle de la muerte de la impiedad, mi esperanza se apoya en la siguiente verdad bíblica: que Dios es la clase de Dios se complace en una sola cosa de las que yo puedo ofrecerle: mi sed. Es por eso que la libertad soberana y la autosuficiencia de Dios son tan preciosas para mí. Constituyen el fundamento de mi fe: Dios se deleita no en la inventiva de una brigada de personas que acarrean baldes, sino en las rodillas de los pecadores quebrantados que se doblan para beber de la fuente de gracia.

Fuera de ti, desde tiempos antiguos
nadie ha escuchado ni percibido,
ni ojo alguno ha visto,
a un Dios que, como tú,
actúe en favor de quienes en él confían.
(Isaías 64.4)

En otras palabras, esa noticia inefable (que Dios no se deleita cuando le ofrecemos nuestra fuerza sino cuando confiamos en su fuerza) dirigida al pecador impotente —verdad que necesito oír una y otra vez— se fundamenta en la visión de un Dios soberano, todo suficiente y libre. Si no tenemos en mente esa visión cuando nos preguntamos acerca de la forma en que podemos agradarle, es casi seguro que nuestros esfuerzos por hacerlo se convertirán en sutiles medios de autoexaltación, y terminarán siendo un opresivo cautiverio de luchas legalistas. Para que una esperanza perdure toda la vida tiene que apoyarse en la gracia abundante de un Dios que puede satisfacer todas nuestras necesidades («¡conforme a sus gloriosas riquezas!»); no resistirá mucho tiempo si no está arraigada en la doctrina de Dios.

En el capítulo 7 intenté de dejar en claro que la respuesta que Dios exige de nosotros a sus buenas noticias debe, en sí misma, ser una buena noticia. El evangelio no sería buenas noticias si Dios nos proveyera una salvación por medio de Cristo pero después demandara que lleváramos cargas insoportables y trabajáramos bajo un yugo intolerable. No habría evangelio si Dios exigiera, como base de su deleite en nosotros, el fin de nuestro deleite en lugar de su verdadero comienzo.

Por lo tanto, en este capítulo nos proponemos como objetivo difundir la buena noticia acerca de cuál es la clase de respuesta en la que Dios se deleita. Este capítulo y el siguiente son una aplicación específica y una extensión del capítulo 7 en el que hemos considerado que Dios se deleita en los que esperan en su amor. Ahora veremos que el esperar en Dios motiva a la oración y la obediencia.

MAYOR DELEITE EN SATISFACER LAS NECESIDADES QUE EN HACER DEMANDAS

Nuestro punto de partida ha sido Proverbios 15.8:

El Señor aborrece las ofrendas de los malvados,
pero se complace en la oración de los justos.

Mi esperanza es que este capítulo no sólo nos anime a orar, sino que también reafirme en nuestra vida la naturaleza de Dios como fuente de gracia gratuita. Dios es la clase de Dios que halla su mayor deleite no en hacer demandas, sino en satisfacer necesidades. La oración es un deleite porque muestra los límites de nuestra pobreza y las riquezas de su gracia. La oración es aquella transacción en la que se exalta la riqueza de la gloria de Dios y en la que se satisfacen los deseos de nuestra alma. Por eso es que Dios se deleita en las oraciones de los justos.

RELIGIÓN ABOMINABLE

Meditemos juntos por algunos momentos en Proverbios 15.8. Nos haremos algunas preguntas e indagaremos acerca de por qué Dios abomina los sacrificios de los malvados y disfruta de las oraciones de los justos. Mi primera pregunta es: ¿Por qué algo tan bueno como el sacrificio ofrecido a Dios, y establecido por Dios en el libro de Levítico, puede convertirse en una abominación delante del Señor? La primera mitad de Proverbios 15.8 declara: «El Señor aborrece las ofrendas de los malvados, pero se complace en la oración de los justos».

La respuesta parece ser que un acto bueno en sí mismo puede llegar a resultar desagradable delante de Dios cuando se lo realiza con una disposición interna equivocada. Un acto externo que puede parecernos piadoso puede ser terrible ante los ojos de Dios cuando proviene de un corazón equivocado. Parece haber un principio implícito: la belleza ante los ojos de Dios (y de ahí el disfrute) de un acto es la manifestación exterior de la belleza que mora en el interior, y la fealdad de un acto es la manifestación exterior de la fealdad que mora en el interior. Ya que Dios siempre considera el corazón (1 Samuel 16.7),

él siempre ve nuestros actos externos de una manera distinta de la que los ven los hombres. Él los considera como una extensión de aquello que hay en el interior de la persona. Ya sea que nuestros actos tengan un carácter inmoral, como por ejemplo el robo, la mentira o el adulterio, o que su carácter sea moral, como la asistencia a la iglesia y el servicio comunitario, los dos pueden resultar abominables ante los ojos de Dios si el corazón no tiene la actitud correcta.

Pablo intenta enseñar lo mismo cuando menciona en la carta a los Romanos capítulo 14 versículo 23. «Y todo lo que no se hace por convicción es pecado». La belleza interna de esperar en Dios, de confiar en él para encontrar ayuda y guía, hace que el acto externo resulte hermoso. Y si esa fe no es lo que motiva la acción, entonces la acción no es del agrado del Señor; en realidad, es pecado. Hebreos 11.6 nos enseña eso cuando dice: «Sin fe es imposible agradar a Dios». La mera rectitud externa no le agrada a Dios. Es más, veremos que si no proviene de la fe no es rectitud en absoluto. En el contexto cercano de Hebreos 11.6 habla de la misma cuestión de los sacrificios que se menciona en Proverbios 15.8. Hebreos 11.4 expresa: «Por la fe Abel ofreció a Dios un sacrificio más aceptable que el de Caín». ¿Por qué razón el sacrificio de Abel fue agradable delante de Dios y el de Caín no? El motivo es que el sacrificio de Abel fue ofrecido por medio de la fe, pero el de Caín no; y sin fe es imposible agradar a Dios.

Por lo tanto, respondo a la primera pregunta al explicar que la razón por la que una acción «buena» (como un sacrificio) puede llegar a ser una abominación delante de Dios porque Dios considera aquel acto como una manifestación exterior de la condición en la que se encuentra el corazón. Si la acción no surge por impulso de la fe, entonces no es agradable delante de Dios, no importa lo «religiosa» o «moral» que sea.

Otra manera de expresar eso sería afirmar que si nuestro comportamiento no glorifica a Dios, entonces no agrada a Dios. Lo que hace que nuestro comportamiento glorifique a Dios, en gran parte es porque lo hacemos con la confianza de que Dios suple cada necesidad que podamos enfrentar. «[Abraham] se reafirmó en su fe y dio gloria a Dios, plenamente convencido de que Dios tenía poder para

cumplir lo que había prometido» (Romanos 4.20-21). Confiar en las promesas de Dios y actuar apoyados en esa confianza (esperanza) glorifica la confiabilidad de Dios, su habilidad, sabiduría y poder para efectuar aquello que promete. Glorificamos a Dios cuando nuestro servicio proviene de nuestra fe en sus fuerzas, porque aquel que da la fuerza es el que recibe la gloria. Esa es la clara declaración que encontramos en 1 Pedro 4.11: «El que presta algún servicio, hágalo como quien tiene el poder de Dios. Así Dios será en todo alabado». Por lo tanto, Dios se deleita en las acciones que provienen de la fe porque él se deleita en que su gloria se manifieste. Los hechos que no se originan en la fe no tienen a Dios como el centro y por lo tanto no pueden agradar al Dios que hemos llegado a conocer a través de las Escrituras.

OBJECIÓN

Hay una posible objeción a esto. Alguno podría pensar que cuando leemos a los profetas como Isaías y Amós, encontramos que la razón por la que Dios desecha los sacrificios y las oraciones de los malvados no reside en su disposición interna sino en el comportamiento exterior que ellos manifiestan durante la semana, entre los días de reposo. Por ejemplo, en Isaías 1.13 el profeta declara: «No me sigan trayendo vanas ofrendas; el incienso es para mí una abominación. Luna nueva, día de reposo, asambleas convocadas; ¡no soporto que con su adoración me ofendan!». Luego, en los versículos 15 y 16 Isaías expone la causa del desagrado de Dios ante la adoración de su pueblo: «Tienen las manos llenas de sangre. ¡Lávense, límpiense! ¡Aparten de mi vista sus obras malvadas! ¡Dejen de hacer el mal! Aprendan a hacer el bien! ¡Busquen la justicia y reprendan al opresor! ¡Aboguen por el huérfano y defiendan a la viuda!». Así que la pregunta que surge es esta: ¿No es que Dios abomina los sacrificios de los malvados simplemente porque él aborrece la incoherencia de alguien que durante la semana vive una vida torcida y el domingo se comporta como un piadoso?

RESPUESTA

El problema con esta objeción es que no llega al meollo del asunto. Sí, es verdad que Dios aborrece la incoherencia. Sin embargo, cuando una persona inicua se presenta delante de Dios y ofrece un sacrificio con un corazón arrepentido, Dios acepta aquel sacrificio. Ése era el propósito de la ofrenda por la culpa. Una persona que durante la semana ha pecado puede ser acepta por medio de un sacrificio cuando lo acompaña con un corazón contrito, humillado y arrepentido.

Así que lo que Isaías quiere decir en realidad es que la razón por la que Dios abomina los sacrificios de los injustos no es meramente la incoherencia del comportamiento externo que muestran durante la semana, sino el hecho de que se presentan delante del Señor con corazones no quebrados por el pecado y no existe la genuina intención de abandonarlos. Y esa condición del corazón, de dureza e impenitencia, es la que hace que sus sacrificios resulten abominación para Dios. Se supone que el sacrificio debe ser un evento mediante el cual el pecador recibe el perdón. Por lo tanto el pecado de las personas, en sí mismo, no constituye una respuesta suficiente para que el sacrificio sea rechazado.

Por consiguiente, creo que podríamos sacar como conclusión que: el sacrificio de los impíos es abominación porque Dios considera nuestros actos como una extensión o manifestación del corazón, y cuando el corazón es malo, entonces el hecho es malo, ya sea que se trate de una acción secular o religiosa.

Entonces mi segunda pregunta es: ¿Cuál es la esencia de la maldad de ese corazón? O, más importante aún: ¿qué sería lo opuesto a ese mal corazón? ¿Qué es lo que hace que una persona sea justa en lugar de vil, de modo que sus oraciones deleiten a Dios y no sean consideradas abominación? Acá volvemos a lo que dice la segunda mitad de Proverbios 15.8:

> El Señor aborrece las ofrendas de los malvados,
> pero se complace en la oración de los justos.

Se distinguen aquí dos características del corazón justo que muestran con claridad por qué sus oraciones deleitan el corazón de Dios.

TIEMBLAN ANTE LA PALABRA DEL SEÑOR

La primera característica de un corazón justo es que tiembla ante la Palabra del Señor. Deduzco esto de Isaías 66, capítulo que trata el mismo problema: algunos adoran de una forma que agrada a Dios y otros de una manera que no lo agrada. Isaías 66.3 describe al impío que trae su sacrificio: «Pero los que sacrifican toros son como los que matan hombres; los que ofrecen corderos son como los que desnucan perros». Sus sacrificios son abominación para Dios. Están al mismo nivel que el asesinato. ¿Por qué? En el versículo 4 Dios explica: «Porque nadie respondió cuando llamé; cuando hablé, nadie escuchó». Para Dios esos sacrificios son abominaciones porque su pueblo había hecho oídos sordos a su voz.

Sin embargo, ¿qué ocurre con aquellos cuyas oraciones son oídas? Dios declara en el versículo 2: «Yo estimo a los pobres y contritos de espíritu, a los que tiemblan ante mi palabra». Por lo tanto, obtengo como conclusión que la primera característica de los justos, en cuyas oraciones Dios se deleita, es que tiemblan ante la Palabra de Dios. Esas son las personas a las que Dios mira. Por lo tanto, la oración del justo que deleita a Dios proviene de un corazón que, ante todo, se siente frágil en la presencia de Dios. Que tiembla al oír la palabra de Dios, porque siente que está sumamente lejos del ideal de Dios y que es vulnerable a su juicio, impotente y lamenta sus defectos.

Eso es lo que David expresó en el Salmo 51.17: «El sacrificio que te agrada es un espíritu quebrantado; tú, oh Dios, no desprecias al corazón quebrantado y arrepentido». Esto también fue lo que el Señor le dijo a Salomón en 2 Crónicas 7.14. Lo primero que hace que una oración resulte acepta delante de Dios es el quebrantamiento y la humildad del que ora: «Si mi pueblo que lleva mi nombre se humilla y ora ... yo lo escucharé desde el cielo». Entonces, la primera cualidad del corazón justo, cuyas oraciones agradan al Señor, es el quebrantamiento, la contrición, la humildad y el temblor. En otras palabras, lo

que hace a un corazón justo y lo que hace que las oraciones sean olor grato a Dios es la conciencia de nuestra tremenda necesidad de misericordia.

La otra cosa que identifica al corazón del justo es la confianza en la disposición y el poder de Dios para derramar sobre nosotros la misericordia que necesitamos. El Salmo 4.5 nos exhorta: «Ofrezcan sacrificios de justicia y confíen en el Señor». Tomo eso para expresar que una parte esencial del corazón justo, cuyos sacrificios no son abominación, es la confianza.

JUSTICIA NO SIGNIFICA PERFECCIÓN

Fácilmente podríamos equivocarnos y pensar que cuando el Antiguo Testamento habla de los «justos» o «rectos» no se refiere a nosotros porque todavía nos encontramos en la condición de pecadores. Sin embargo, los justos y los rectos no son personas perfectas. Son personas que confiesan su pecado, lo aborrecen y confían en Dios para recibir perdón y socorro. Uno de los lugares en que mejor se aprecia esto es el Salmo 32. Comienza así: «Dichoso aquel a quien se le perdonan sus transgresiones, a quien se le borran sus pecados». Por lo que notamos que el salmo nos habla de los pecadores que han sido perdonados, no de personas perfectas. Luego, al finalizar el salmo podemos ver la distinción que se hace entre rectos y justos. ¿Cuál es la diferencia? Los versículos 10 y 11 la describen de la siguiente manera:

> Muchas son las calamidades de los malvados,
> pero el gran amor del Señor
> envuelve a los que en él confían.
> ¡Alégrense, ustedes los justos;
> regocíjense en el Señor!
> ¡canten todos ustedes,
> los rectos de corazón!

El versículo 10 establece un contraste entre «los malvados» y aquellos que «confían en el Señor». El versículo 11 los llama justos y

rectos de corazón. Por lo tanto, en este salmo los justos no son las personas que llevan vidas sin pecado. Son los dichosos «a quienes se les perdonan sus transgresiones, a quienes se les borran sus pecados». Así que si nosotros nos acercamos a Cristo confiando en él y buscando perdón, quebrantados por nuestros pecados y con un sentimiento de desprecio hacia el mal que cometimos, deberíamos pensar en nosotros mismos como en «justos».

Y la misma palabra que se emplea en el Salmo 32 para referirse al «justo» es la que se utiliza en Proverbios 15.8: «[El Señor] se complace en la oración de los justos». Extraigo como conclusión que existen al menos dos características esenciales que distinguen al corazón del justo. La primera es que tiembla ante la Palabra de Dios. Se siente precario e impotente y con una necesidad tremenda de misericordia. La segunda es que confía en que la misericordia de Dios proveerá perdón, ayuda y salvación.

¿POR QUÉ DIOS SE DELEITA EN LA ORACIÓN DEL JUSTO?

¿Por qué, entonces, Dios se deleita en las oraciones de los justos? Se deleita en sus oraciones por la misma razón que abomina el sacrificio de los impíos: las oraciones de los justos son una extensión y manifestación de lo que hay dentro del corazón, que, a diferencia del impío, exalta el poder y la gracia de Dios. La oración del justo deleita a Dios porque expresa aquellos sentimientos que abriga el corazón y que colocan la plena suficiencia de Dios en el centro de la atención.

Así que este capítulo nos conduce un paso más allá del capítulo 7. Allí consideramos en el Salmo 147.11 que «Se complace en los que confían en su gran amor». Y aquí vemos que el Señor se complace en las oraciones que expresan esa esperanza. El motivo por el que Dios se deleita en esta confianza es porque demuestra que nuestro gozo proviene de la exuberancia de su gracia. Y nuestras oraciones deleitan a Dios porque expresan una confianza que tiene como fin exaltar a Dios. Más allá de las palabras, la confianza constituye algo precioso, en particular cuando llega el momento de enfrentar la muerte: tenemos un Dios cuya naturaleza es tal que se complace no en las cosas

que podamos hacer por él sino en todo lo que necesitamos de él.

La intensidad del deleite de Dios se hace aun más evidente al considerar la relación que une la oración con los otros asuntos acerca de los que Dios se ha comprometido con todo su corazón.

Por ejemplo, a Dios le encanta magnificar su gloria en la vida de su pueblo. Con el propósito de lograr eso, él diseñó la oración. Jesús declaró: «Lo que pidan en mi nombre yo lo haré» (Juan 14.14). Por lo tanto, Dios ha diseñado la oración como un medio por el cual el Padre y el Hijo serán glorificados como la fuente y el agente que efectúan el bien a su pueblo. Por eso es que encontramos en Apocalipsis que las oraciones de los santos están simbolizadas por incensarios que se presentan delante del trono de Dios (Apocalipsis 5.8). Dios se deleita en el aroma que emana de su gloria al mismo tiempo que lo percibe a través de las oraciones de su pueblo.

EL AROMA DE LA COMIDA PREFERIDA DE DIOS

Es como si Dios tuviera una comida favorita. Cada vez que oramos, él huele el aroma que sale de la cocina mientras preparamos ese plato especial. Cuando a Dios se le antoja una satisfacción especial, sale en busca de una oración para responderla. Nuestra oración es el dulce aroma que sale de la cocina y asciende hasta llegar a la cámara del Rey, despertando su apetito. Sin embargo, el verdadero disfrute de la comida es la obra gloriosa que él realiza al responder la oración. El alimento de Dios es responder nuestras oraciones. Una de las cosas más maravillosas de la Biblia es que nos revela a un Dios que satisface su propio apetito de gozo dando respuesta a las oraciones. Como no cuenta con deficiencias que necesite llenar, su satisfacción consiste en magnificar la gloria de sus riquezas saciando las insuficiencias que presentan aquellos que oran.

Ese parece ser el punto al que se refiere el Salmo 50.13-15. «¿Acaso me alimento con carne de toros, o con sangre de machos cabríos? ... Invócame en el día de la angustia; yo te libraré y tú me honrarás». Cada vez que Dios responde a una oración, lo celebra, ya que entiende que su gloria ha quedado demostrada. Si queremos alimentarlo con

el único gozo que el Señor es capaz de encontrar, todo lo que debemos hacer es alzar nuestra taza vacía de oración y dejar que él la llene y nos muestre las riquezas de su gloria. De este modo, la medida de su deleite en las oraciones de su pueblo es la intensidad del deleite de Dios en su misma gloria.

LA ORACIÓN Y LA ELECCIÓN

Otro ejemplo que podemos mencionar para ilustrar la pasión que Dios siente por las oraciones de su pueblo es estableciendo una conexión entre oración y elección. En el capítulo 5 desplegamos la enseñanza bíblica acerca de que Dios se deleita en la libertad sin condiciones de escoger un pueblo para que sea de su propiedad especial. Vimos que Dios es libre y tiene el derecho soberano para salvar (salvar de verdad) a cualquier pecador perdido que él desee y que de hecho debe hacerlo si sus elegidos han de heredar las bendiciones que fueron designadas de antemano. Lo que podemos considerar ahora, mientras reflexionamos en el deleite de Dios en la oración, es que la oración que salva al perdido tiene sus raíces en la elección. La oración es uno de los medios convenidos para traer al elegido a la fe. Por consiguiente, Dios ama esas oraciones con la misma pasión que lo movió a escoger un pueblo para que lo glorifique.

Hasta que no abracemos la soberanía que Dios manifiesta en la elección (y por lo tanto en la conversión), no podremos orar de manera real y constante para que Dios salve a los pecadores perdidos. No podremos orar de la manera que Pablo describe en Romanos 10.1: «Hermanos, el deseo de mi corazón, y mi oración a Dios es que lleguen a ser salvos». Pablo desea en su corazón la salvación de sus compañeros judíos. Y cuando nuestros corazones se duelen por algo, intercedemos por eso. Y por eso Pablo dice que su oración a Dios es que todos sean salvos. Desea que su misión se cumpla: la salvación de los judíos a medida que predica en las sinagogas. Por lo tanto pide a Dios que eso suceda. Le pide a Dios que los salve. «¡Oh, Dios que ellos sean salvos! ¡Hazlo, Dios! ¡Haz lo que sea necesario para que mis parientes puedan alcanzar la salvación!»

Sin embargo, esa oración se convierte en algo incongruente si no creemos en la soberanía de Dios para llevar a cabo la elección y la conversión. La soberanía es el derecho y el poder que tiene Dios para salvar a los pecadores incrédulos, impenitentes y endurecidos. Muchas personas no creen que Dios tenga este derecho. No creen que Dios tenga el derecho de invadir la rebelión de una persona, y vencerla y atraer a esa persona con eficacia a la fe y la salvación. No creen que Dios mismo tenga el derecho de esforzarse en la gracia en gran manera, de modo que supere toda la resistencia que presenta un corazón endurecido por el pecado. Creen que el hombre tiene todo el derecho a expresar una voluntad final con respecto a las elecciones y sentimientos que se involucran en su relación con Dios. Afirman que toda persona cuenta con la autodeterminación final necesaria para decidir si derrotan la dureza de su corazón y se acercan a Cristo. Y por lo tanto está en las manos del hombre y no en las de Dios, decidir quiénes serán salvos y cuántos serán los que heredarán el reino.

El rechazar la soberanía de Dios en la elección y conversión produce efectos devastadores en las oraciones de esas personas cuando intentan orar regularmente. Eso significa que no pueden pedirle a Dios que en realidad cumpla muchas de sus promesas y que efectivamente salve a alguien.

> No pueden orar: Dios, arráncales «el corazón de piedra que ahora tienen, y pon en ellos un corazón de carne» (Ezequiel 11.19)

> No pueden orar: «Señor, circuncida el corazón de mi hija para que te ame» (Deuteronomio 30.6)

> No pueden orar: «Padre, infunde tu Espíritu en mi papá, y haz que siga tus preceptos y obedezca tus leyes» (Ezequiel 36:27)

> No pueden orar: «Señor, concédele a mi maestra el arrepentimiento para conocer la verdad» (2 Timoteo 2.25-26)

> No pueden orar: «Abre el corazón de mi hermana para que crea en el evangelio» (Hechos 16.14)

El motivo por el que estas peticiones no pueden formar parte de sus oraciones es que todas ellas conceden a Dios un derecho que ellos han reservado para el hombre: la voluntad final y decisiva del destino del hombre. Si nosotros le pedimos a Dios que haga cualquiera de estas cosas, será él el que en realidad lleve a cabo la salvación. Entonces, ¿de qué manera podemos orar si creemos en que el hombre, y no Dios, es el que debe tomar la decisión final con respecto a la salvación individual (y por consiguiente la decisión final de cómo se compondrá y cuántas personas tendrá la población celestial)?

LA ORACIÓN DIRIGIDA A UN DIOS QUE NO ES SOBERANO EN LA CONVERSIÓN

Tomaré un ejemplo de un libro muy conocido que trata acerca de la oración y que parece rechazar la soberanía de Dios en el acto de la salvación de los pecadores. El autor propone que la forma en la que deberíamos orar es «pidiendo a Dios que haga que una persona específica... comience a cuestionarse en quién puede confiar en la vida realmente».[4] Entonces mi pregunta es: ¿Por qué está bien que Dios haga que dentro de una persona surja una pregunta y por qué está mal que Dios haga que esa persona encuentre una respuesta? ¿Por qué es legítimo para Dios tomar el control sobre una persona al punto de provocar que la persona se haga una pregunta que de otra manera no se hubiera hecho, pero no es legítimo para Dios hacer uso de esa

4. Permítanme decir de manera directa que este libro ha sido de gran bendición para mí, y estoy seguro de que Dios lo está utilizando, junto con otros ministerios del autor, en la obra de la evangelización mundial. El que yo piense que él se equivoca en cuanto a este asunto, y que de hecho su equivocación resulta perjudicial, no significa que yo me considere más espiritual que él o que niegue la gracia y el poder de Dios en su vida. Hablo de Dick Eastman, The Hour That Changes the World [La hora que transforma al mundo] (Grand Rapids: Baker Book House, 1979). En la página 158 escribe: "Todos sabemos que cada persona tiene la decisión de elegir o rechazar el mensaje de amor de Cristo. Por lo tanto, no podemos pedirle a Dios que fuerce a los que no creen ... a que crean en él". El autor sugiere que deberíamos orar para que Dios hiciera nacer en estas personas seis preguntas: ¿En quién puedo confiar? ¿Cuál es mi propósito en la tierra? ¿Cuándo seré verdaderamente libre? ¿Por qué motivo las personas desprecian la religión? ¿Cómo puedo arreglármelas? ¿A dónde iré cuando muera? Considero que estos son muy buenos consejos. Con la diferencia de que yo también animaría al pueblo de Dios a orar para que Dios venza toda resistencia que pueda interponerse y que guíe a las personas al punto en el que, por voluntad propia, le concedan a Dios el derecho de responder esos interrogantes y realizar la obra de la fe. Uno no "fuerza" la fe cuando procura que alguien quiera creer.

misma influencia para provocar que la persona dé una respuesta que de otra manera no hubiera dado, y que es que debería depositar su confianza en Jesús?

Este escritor propone otra manera de interceder por los incrédulos: «Ore pidiendo a Dios que él sea el que plante en los corazones de estas personas ... un malestar interno junto con un deseo de conocer la "Verdad"». Ahora bien, mi pregunta es: Si para Dios es legítimo «plantar un deseo» en el corazón de una persona, ¿cuán intenso puede ser el deseo que él puede plantar? Hay dos clases de deseos que Dios podría poner en el corazón de un incrédulo. Uno de ellos es tan fuerte que lleve a la persona a buscar y abrazar a Cristo. El otro deseo no es tan fuerte y no conduce a la persona a abrazar a Cristo. Entonces, ¿por cuál deberíamos orar? Si pedimos el fuerte, entonces estamos orando para que el Señor obre de manera eficaz y esa persona se salve. Si oramos por el deseo débil, entonces nos estamos refiriendo a un deseo ineficaz que deja que la persona permanezca en pecado (pero preserva su autodeterminación).

¿Ve usted a dónde nos lleva esto? Las personas que están convencidas que el hombre debe tener la potestad última de la autodeterminación son personas que no pueden orar con congruencia para que Dios convierta el corazón de los pecadores incrédulos. ¿Por qué? Porque si oran para que la influencia divina obre en la vida del pecador están orando por una influencia exitosa (que elimina la autodeterminación última del pecador), o por una influencia que no obre exitosamente (que en realidad no es una oración para que Dios haga que el pecador se convierta). Por lo tanto, o deja de orar para que Dios obre la conversión de los pecadores o abandona la creencia de la autodeterminación final de parte del hombre.

La oración dirigida a un Dios que salva de manera eficaz

Pablo, en Romanos 9.16 no deja ningún lugar a dudas acerca de cuál es su postura con respecto a este asunto: «No depende del deseo ni del esfuerzo humano sino de la misericordia de Dios». ¡Él está orando

para que Dios convierta a Israel! ¡Ora por su salvación! No pide que actúen influencias ineficaces, sino que sean influencias eficaces las que obren. Y esa es la manera en la que cada uno de nosotros deberíamos orar. Deberíamos aferrarnos a las promesas del nuevo pacto que Dios ha hecho con nosotros e implorarle que él las transmita a nuestros hijos y a todos los campos misioneros del mundo.

> «Dios, arráncales el corazón de piedra que ahora tienen y pon en ellos un corazón de carne» (Ezequiel 11.19)
> «Señor, circuncida su corazón para que te amen» (Deuteronomio 30.6)
> «Padre, infunde tu Espíritu en ellos, y haz que sigan tus preceptos y obedezcan tus leyes (Ezequiel 36.27)
> «Señor, concédeles el arrepentimiento para conocer la verdad, de modo que se despierten y escapen de la trampa en que el diablo los tiene cautivos» (2 Timoteo 2.25-26).
> «Padre, abre sus corazones para que crean en el evangelio» (Hechos 16.14)

Cuando creamos en la soberanía de Dios (en que Dios tiene el derecho y el poder para elegir y traer a la fe y salvación a los pecadores), entonces seremos capaces de orar sin incongruencia, apoyados en grandes promesas bíblicas a favor de la conversión de los perdidos. Por consiguiente, Dios se deleita en esta clase de oración, ya que le atribuye a él el derecho y el honor de ser el Dios libre y soberano que es en la elección y la salvación.

La oración hecha en su nombre con el fin de difundir su fama

Otra manera de percibir el deleite que Dios halla en las oraciones de su pueblo es considerando la conexión que existe entre ella y la pasión asombrosa de Dios por que su fama sea extendida. En el capítulo 4 reflexionamos acerca de eso. Sin embargo, ahora veremos que la pasión de Dios por la extensión de su fama es la medida del

deleite que él tiene en las oraciones. Segunda Tesalonicenses 3.1-2 descubre con sorprendente claridad esta conexión:

> Por último, hermanos, oren por nosotros para que el mensaje del Señor se difunda rápidamente y se le reciba con honor, tal como sucedió entre ustedes. Oren además para que seamos librados de personas perversas y malvadas, porque no todos tienen fe.

Ese texto le otorga un significado enorme al rol que cumple la oración en los propósitos de Dios de difundir su fama alrededor del mundo. La oración es utilizada por Dios como un medio a través del cual la Palabra de Dios vence los obstáculos y alcanza una gloriosa victoria. Se compara a la Palabra con un atleta que corre una carrera para ganar el premio y la gloria. El atleta es enaltecido cuando gana la carrera, es reconocido y aclamado como un deportista superior a todos los otros que han participado en la carrera. Así que, la Palabra de Dios participa de una carrera a nivel mundial. Un día ganará la carrera que se disputa entre todas las palabras (la carrera donde compiten la filosofía, las teorías y las distintas concepciones que circulan en el mundo). Se la reconocerá y aclamará como superior a todas las demás palabras y filosofías, si nosotros ¡oramos! «Oren por nosotros para que el mensaje del Señor se difunda rápidamente y se le reciba con honor.»

El significado extraordinario de la oración en la extensión de la fama de Dios no podrá experimentarse hasta que seamos capaces de ver con claridad cómo todas las cosas dependen del triunfo de la Palabra del Señor. En la misión de la iglesia nunca debería exaltarse la oración por sobre la Palabra. La proclamación del evangelio en hecho y en verdad constituye el frente de batalla más importante de las misiones mundiales. La oración es el poder que blande el arma de la Palabra; sin embargo, la Palabra por si misma es el arma que utilizaremos para traer a las naciones a la fe y a la obediencia. El propósito de Dios de difundir su fama entre todos los pueblos y llenar la tierra con el conocimiento de su gloria triunfará por medio de la extensión de la Palabra y no sin ella.

> Porque todo el que invoque el nombre del Señor será salvo. Ahora bien, ¿cómo invocarán a aquel en quien no han creído? ¿Y cómo creerán en aquel de quien no han oído? ¿Y cómo oirán si no hay quien les predique? ... Así que la fe viene como resultado de oír el mensaje, y el mensaje que se oye es la palabra de Cristo (Romanos 10.13-17).

> El evangelio es poder de Dios para la salvación (Romanos 1.16).

> Pues ustedes han nacido de nuevo, no de simiente perecedera, sino de simiente imperecedera, mediante la palabra de Dios que vive y permanece (1 Pedro 1.23).

> Y este evangelio del reino se predicará en todo el mundo como testimonio a todas las naciones, y entonces vendrá el fin (Mateo 24.14).

La Palabra de Dios, el evangelio del Reino, es el arma que Dios ha diseñado con el fin de penetrar en el reino de la oscuridad y reunir a los hijos de luz de entre todas las naciones. El plan entero de redención del universo depende del éxito de su Palabra. Si la predicación de la Palabra se aborta, entonces los designios de Dios fracasan. No obstante, esto no puede suceder.

> Así como la lluvia y la nieve descienden del cielo,
> y no vuelven allá sin regar antes la tierra
> y hacerla fecundar y germinar para que dé semilla al que siembra
> y pan al que come,
> así es también la palabra que sale de mi boca:
> No volverá a mí vacía,
> sino que hará lo que yo deseo
> y cumplirá con mis propósitos.
> (Isaías 55.10-11)

Dios es soberano. Sus propósitos no pueden fallar aunque todos los planes relacionados con su fama universal estén elaborados de manera que dependan del éxito de su Palabra. El evangelio correrá y recibirá la gloria. A lo largo de toda las Escrituras observamos la certeza de esta declaración. Permítanme ilustrarla mediante el efecto que esto surtió en una de las corrientes de la historia del cristianismo.

LA ESPERANZA PURITANA

Los primeros esfuerzos misioneros de las iglesias protestantes tuvieron sus orígenes en las regiones donde imperaba la esperanza puritana. Los puritanos fueron aquellos pastores y maestros de Inglaterra (que después se extendieron a Nueva Inglaterra) que, aproximadamente entre los años 1560 y 1660, intentaron purificar la iglesia de Inglaterra e introducirla, en cuanto a teología y lineamientos prácticos, a las enseñanzas bíblicas de la Reforma. La visión de la soberanía de Dios que ellos sostenían infundía una esperanza imperturbable en la victoria que la palabra de Dios alcanzaría en todo el mundo. Ellos creían en realidad en las promesas de Dios con respecto a su triunfo en todas las naciones.

> ¡Por medio de ti serán bendecidas todas las familias de la tierra! (Génesis 12.3)

> Quien merece la obediencia de los pueblos (Génesis 49.10)

> Se acordarán del Señor
> y se volverán a él todos
> los confines de la tierra;
> ante él se postrarán
> todas las familias de las naciones.
> porque del Señor es el reino;
> él gobierna sobre las naciones
> (Salmo 22.27)

> Porque escuchas la oración. A ti acude todo mortal. (Salmo 65.2)

> Toda la tierra se postra en tu presencia,
> y te cantan salmos; cantan salmos a tu nombre. (Salmo 66.4)

> No hay, Señor, entre los dioses otro como tú,
> ni hay obras semejantes a las tuyas.
> Todas las naciones que has creado vendrán, Señor,
> y ante ti se postrarán y glorificarán tu nombre (Salmo 86.8- 9)

Esa confianza tremenda de que un día la Palabra de Cristo penetraría en todas las naciones y sería glorificada por todos los pueblos de la tierra fue lo que dio origen al primer esfuerzo misionero protestante en el mundo anglosajón. Tuvo lugar 150 años antes de que el movimiento misionero moderno comenzara con William Carey en el año 1793.

Entre los años 1627 y 1640 se produjo un movimiento migratorio de personas que partieron de Inglaterra con destino a los Estados Unidos, en su mayoría puritanos. Promovieron esa confianza que ellos abrigaban en el reinado mundial de Cristo. De hecho, el celo que ardía en los colonizadores de la Bahía de Massachussets respondió al clamor que los indios de Norteamérica expresaban a través de las palabras de Hechos 16.9: «¡Pasa a Macedonia y ayúdanos!». Esto demuestra que, en general, los puritanos consideraron su emigración a los Estados Unidos como parte de la estrategia que Dios había diseñado para extender su reino entre las naciones.

EL EMBELESO DE JOHN ELIOT

Uno de aquellos puritanos que cruzó el Atlántico lleno de esperanzas en 1631 fue John Eliot. En aquel entonces tenía veintinueve años, y un año más tarde se convirtió en el pastor de una iglesia nueva fundada en Roxbury, Massachussets, a casi dos kilómetros de Boston. Sin embargo, ocurrió algo que lo convirtió en más que un simple pastor.

Según Cotton Mather, había veinte tribus de indios en las cercanías. Él los llamaba «naciones» para enfatizar el sentido misionero («hagan discípulos a todas las naciones»). John Eliot no podía evitar las implicancias prácticas que tenía su teología: si la promesa infalible de la Escritura dice que un día todas las naciones se postrarán ante Cristo, y que Cristo es soberano y por su Espíritu capaz de someter toda oposición bajo su reino prometido, entonces la persona que fuera como embajadora de Cristo a alguna de estas naciones tendría la buena esperanza de ser un instrumento en las manos de Dios para abrir los ojos de los ciegos y establecer el enclave del reino de Cristo.

Y cuando tenía apenas cuarenta años, Eliot se propuso estudiar Algonquin. Descifró el vocabulario, la gramática y la sintaxis, y finalmente tradujo toda la Biblia, así también como otros libros que consideraba de valor, como el que escribió Richard Baxter: Call to the Unconverted [Llamado a los no convertidos]. Cuando Eliot tenía ochenta y cuatro años se habían plantado numerosas iglesias entre los indios y algunas de ellas contaban con sus propios pastores indios. Es la sorprendente historia de un hombre cautivado por el triunfo inevitable de la evangelización mundial.

Ése es el principio al que estaba sujeta la mente puritana, que finalmente dio a luz al movimiento misionero moderno en el año 1793. William Carey, el «padre de las misiones modernas», se nutrió de esta tradición, así también como David Brainerd, Adoniram Judson, Alexander Duff, David Livingstone, John Paton y una infinidad de otros que dieron su vida por llegar a los pueblos no alcanzados de la Tierra. El movimiento misionero moderno no surgió en un vacío teológico. Resultó de una convicción que puso en el centro de la vida del hombre la soberanía de Dios, la que se nutría diariamente con la promesa infalible de que la palabra de Dios participaría de la carrera y sería glorificada entre todas las naciones.

El lugar asombroso que ocupa la oración

No obstante, ahora estamos preparados para considerar el lugar extraordinario que ocupa la oración, y la razón que hace que sea un

dulce aroma para Dios que ama el triunfo de su evangelio y la extensión de su fama. John Eliot no trabajó según sus fuerzas. Una vez él dijo: «¡La oración y el dolor alcanzarán cualquier cosa por medio de la fe en Cristo!»[5] La oración puede venir antes del dolor, durante el dolor o una vez que el dolor haya pasado. Y la oración fue la clave para que este hombre pudiera soportar el dolor hasta el día de su muerte, a la edad de ochenta y cuatro años.

Dios ha planeado que la extensión de su fama dependa de la predicación de su Palabra; y él ha planeado que la predicación de su Palabra dependa de las oraciones de sus santos. Ése es el lugar asombroso que la oración ocupa en los propósitos que Dios tiene para el mundo. La Palabra no triunfará sin la oración. ¿Cómo lo sabemos?

Lo sabemos por la forma en que Pablo suplica que otros intercedan por él mientras cumple con su ministerio de la Palabra. En tres ocasiones pide la oración de las iglesias a fin de que la Palabra que él predique resulte exitosa en la misión para la que estaba planeada. «Oren también por mí para que, cuando hable, Dios me dé las palabras para dar a conocer con valor el misterio del evangelio» (Efesios 6.19). «Intercedan por nosotros a fin de que Dios nos abra las puertas para proclamar la palabra, el misterio de Cristo» (Colosenses 4.3). «Por último, hermanos, oren por nosotros para que el mensaje del Señor se difunda rápidamente y se le reciba con honor» (2 Tesalonicenses 3.1).

Un walkie-talkie para tiempos de guerra, no un intercomunicador doméstico

La oración es un walkie-talkie en el campo de batalla del mundo. Sirve para pedir valor a Dios (Efesios 6.19). Es útil para llamar a las tropas a sus puestos e indicar el destino final (Hechos 13.1-3). Puede ser usada para pedir protección y cobertura aérea (Mateo 6.13; Lucas 21.36). Nos es de utilidad para pedir que se abra fuego y esto despeje el camino para la Palabra (Colosenses 4.3). Sirve para pedir provisiones para el ejército (Mateo 6.11; Filipenses 4.6). Sirve para lograr el milagro de salvar a los

5. Cotton Mather, Great Works [Grandes obras], 1 (Edinburgh: Banner of Truth Trust, 1979, orig. 1702), 562.

soldados heridos (Santiago 5.16). Y es útil para pedir los refuerzos necesarios (Mateo 9.38). Ése es el lugar que tiene la oración: en el campo de batalla del mundo. Es un walkie-talkie para tiempos de guerra a fin de llevar adelante una guerra espiritual; no se trata de un intercomunicador doméstico al servicio de la comodidad de los santos. Y una de las razones por las que no funciona bien en las manos de muchos cristianos es porque lo tienen desconectado.[6]

El Dios Todopoderoso ha hablado. *Si él es Dios, seguramente su* Palabra cumplirá todos sus propósitos. La verdad de Dios debe ganar la guerra espiritual de todos los tiempos. Sin embargo, 2 Tesalonicenses 3.1 declara: «Oren para que el mensaje del Señor se difunda rápidamente». Tomo este versículo para afirmar que en realidad Dios va a hacer que su Palabra sea glorificada. Sin embargo, su intención no es obtener la victoria sin la oración. Dios será glorificado como corresponde cuando la Tierra sea llena del conocimiento de su gloria como las aguas cubren el mar (Habacuc 2.14). Y la Tierra será llena del conocimiento de su gloria cuando la Palabra del Señor triunfe en todos los pueblos de la Tierra. Y la Palabra triunfará solamente por medio de una oración poderosa y perseverante.[7] Por lo tanto, la intensidad del deleite de Dios en la oración es proporcional a la intensidad de su pasión por que se cumplan todos

6. Es de suma importancia que cada cristiano considere la vida como si fuera una guerra. No es sólo eso; no obstante, constantemente nos vemos inmersos en una guerra. Las Escrituras nos enseñan eso. Pablo dijo en 2 Timoteo 4.7, cuando se acercaba a sus últimos días: "He peleado la buena batalla, he terminado la carrera, me he mantenido en la fe". Y en 1 Timoteo 6.12 exhorta: "Pelea la buena batalla de la fe; haz tuya la vida eterna, a la que fuiste llamado". Por lo tanto, la vida es una guerra constante porque necesitamos luchar para mantener la fe y echar mano de la vida eterna. En 1 Tesalonicenses 3.5 Pablo aclara que nuestra fe es el blanco principal del ataque de Satanás. Jesús nos dijo que si perseveramos hasta el fin, seremos salvos (Marcos 13.13). Satanás lucha incansablemente para destruir nuestra fe y llevarnos a la ruina.
Antes Pablo había dicho, con respecto a la batalla que él estaba peleando: "Así que yo no corro como quien no tiene meta; no lucho como quien da golpes al aire. Más bien, golpeo mi cuerpo y lo domino, no sea que, después de haber predicado a otros, yo mismo quede descalificado" (1 Corintios 9.26-27). En cuanto a su ministerio, declaró: "Pues aunque vivimos en el mundo, no libramos batallas como lo hace el mundo. Las armas con que luchamos no son del mundo, sino que tienen el poder divino para derribar fortalezas. Destruimos argumentos y toda altivez que se levanta contra el conocimiento de Dios, y llevamos cautivo todo pensamiento para que se someta a Cristo" (2 Corintios 10.3-5). La vida y el ministerio son una guerra. (Ver Apocalipsis 12.17; 17.14.)
Probablemente el pasaje que más se relaciona con la guerra que peleamos a diario es el de Efesios 6.12-13: "Porque nuestra lucha no es contra seres humanos, sino contra poderes, contra autoridades, contra potestades que dominan este mundo de tinieblas, contra fuerzas espirituales malignas en las regiones celestiales. Por lo tanto, pónganse toda la armadura de Dios". Se podrían mencionar más pasajes, pero pienso que estos son suficientes para demostrar que la vida es una batalla y que tenemos que desarrollar una mentalidad y un estilo de vida de tiempos de guerra.
7. Ver Wesley L. Duewel, Mighty, Prevailing Prayer [La oración poderosa que prevalece] (Grand Rapids: Francis Asbry Press, 1990)

sus designios. Si Dios ama al Hijo, si ama su soberanía, si ama su creación, su fama, su gracia electiva, su obra redentora, el bienestar de su pueblo y la reunión de todos los hijos de Dios, entonces debe amar con todo su corazón la oración.

Estoy más convencido que nunca de que ese regalo no representa un mero dispositivo útil que nos permite adaptarnos mejor a este mundo. Más bien Dios nos ha dado el recurso de la oración porque Jesús nos ha encomendado una misión. El deleite de Dios en las oraciones de su pueblo es proporcional a la pasión que mueve su corazón por la evangelización mundial. Nuestro objetivo aquí en la tierra apunta a ejercer presión sobre las fuerzas de la oscuridad, y por medio de la oración tenemos entrada al cuartel general para que nuestra causa pueda seguir avanzando. La oración falla y nuestra fe comienza a flaquear cada vez que intentamos convertirla en un intercomunicador hogareño sólo pensado para aumentar nuestra comodidad material.

ORACIÓN EVANGÉLICA MATERIALISTA

David Bryant, fundador de la asociación Concerts of Prayer Internacional [Conciertos de oración internacionales], cuenta acerca de una asistente social hindú que fue a los Estados Unidos y se hospedó en su casa. Una noche, él y su esposa Robyne la llevaron a cenar a la casa de unos amigos. En el camino, esa mujer hindú les «testificó» a David y Robyne. Les enseñó una foto de un gurú que había fallecido hacía cuarenta y cinco años. Ahora ella y su familia le rendían culto y elevaban sus oraciones a él.

Ella se mostró en desacuerdo cuando a David se le escapó un: "¡Pero está muerto!", y les contó que en respuesta a sus oraciones él le había dado una buena vida y que estaba rodeada de muchas bendiciones.

Al llegar a la casa donde habrían de cenar, David esperó que su amigo cristiano lo ayudara a dar un testimonio creíble a esta mujer hindú. Pero quedó consternado cuando, estando sentados a la mesa, el anfitrión comentó: «Linda casa, ¿no es cierto? Sé que invierto más dinero del que jamás podría obtener de ella; pero no me interesa. Dios

mediante, planeamos vivir aquí durante los próximos cuarenta y cinco años. Estamos tan agradecidos... El Señor nos ha bendecido de tantas maneras. No sé que hubiéramos hecho sin él».

A la mañana siguiente, Bryan se sentó en el patio trasero y se preguntó: ¿Esa es la cuestión de la oración, tratar a Dios como si fuera una Coca-Cola? Algunos dicen que con una Coca-Cola las cosas van mejor. Algunos dicen que con Dios las cosas salen mejor. En ese momento, un pájaro se zambulló en una fuente cercana y trajo Mateo 6 a la mente de Bryan. «Sí —pensó— se supone que tenemos que ser libres y mansos como las aves. Pero ¿por qué? ¡Para que busquemos primero el Reino!»[8]

UN LLAMADO FINAL A LA ORACIÓN POR LOS TIEMPOS DE GUERRA

La necesidad apremiante de esta hora (de cada hora) es poner a las iglesias en pie de guerra. Los líderes de las misiones vociferan: «¿Dónde quedó el concepto de militancia, de un ejército poderoso que avanza dispuesto a sufrir para tomar al mundo por asalto? ¿Dónde han quedado los que están determinados a asumir riesgos, y sólo cuentan con la ayuda de Dios?»[9]

La mentalidad pacifista ha devorado todo esto. Miles de cristianos no escuchan las bombas que el diablo arroja y el silbido de las balas que pasan por encima de sus cabezas. No huelen el infernal Agente Naranja (químico letal utilizado en la guerra de Vietnam) espolvoreado sobre la cosecha del mundo que ya está blanca. No se aterrorizan ni lloran al ver que miles y miles perecen semana tras semana. No consideran las huestes espirituales de maldad que circulan por las regiones celestes y los gobernadores del mundo en la oscuridad actual. De hecho, señalan que no está oscuro. El día les parece claro, todo es comodidad y alegría: 'Miren mi casa, mi auto, mi oficina, mi cabaña

8. David Bryant, "Agression: Is It for the Birds?" [La agresión: ¿Es para las aves?] World Christian, 3, no. 5 (septiembre/octubre, 1984), 36-37.
9. Jim Reapsome, "What's Holding Up World Evangelization?" [¿Qué detiene la evangelización mundial?] Evangelical Missions Quarterly (abril de 1988), 118.

y mi bote. Escuchen mi equipo de música nuevo y fíjense en el equipo de vídeo que me compré'.

Necesitamos una mentalidad que perciba que nos encontramos en tiempos de guerra a nivel mundial. Digo «tiempos de guerra» porque la vida es una guerra (1 Timoteo 6.12; Efesios 6.10 y siguientes; 2 Corintios 10.3-5). Digo «a nivel mundial» porque «el campo de batalla es el mundo» (Mateo 13.38). Y porque hay miles de pueblos no alcanzados alrededor de todo el mundo.

«Pueblos», no sólo personas. El mandamiento dado a la iglesia no fue ganar a cada persona antes de la venida del Señor, sino ganar personas de todo pueblo. ¡Ésa es una tarea pendiente!

«Quien merece la obediencia de los pueblos» (Génesis 49.10). «Que te alaben, oh Dios, los pueblos; que todos los pueblos te alaben» (Salmo 67.3). «Lo he puesto como testigo para los pueblos, como su jefe supremo» (Isaías 55.4).

¿De qué manera llegaremos a sentir la devastación extraordinaria de Satanás que está causando estragos entre lo que resta de los pueblos no alcanzados del mundo? ¿Cómo podemos hacer para que nuestro pueblo se dé cuenta de la irracionalidad de tener una mentalidad tipo Disneylandia, vivaz y pacifista cuando sabemos que los días son malos (Efesios 5.16), y que el dios de este mundo está enceguecieno a miles de millones (2 Corintios 4.4) y que Satanás está lleno de ira porque sabe que le queda poco tiempo (Apocalipsis 12.12) y que los intereses que están en juego son infinitamente más altos que cualquier tercera guerra mundial, nuclear o cualquier desastre ambiental que pueda concebirse (Lucas 12.4-5)?

¿Cómo podemos lograr que un sentido de urgencia, vigilancia y celo forme parte del estilo de vida cristiano hoy? ¿Cómo hacer para que la valentía apasionada, llena de magullones y sudorosa, propia de la camaradería que aflora en tiempos de guerra, se arraigue en nuestra mente del mismo modo en que lo hacen las amables imágenes de la familia y el rebaño? ¿Cómo podemos hacer para sacar nuestras conferencias fuera de los hoteles lujosos y elegantes y de los centros de convenciones y trasladarlas a algún sitio que se adecue más al camino del Calvario, y que indique la estrechez que se sufre en los tiempos de guerra, que nos de un sentido de sacrificio radical, que

nos transmita una disposición espartana para ir a donde haga falta y que nos confiera la capacidad de tomarnos la molestia de hacer lo que sea por el Rey?

Es necesario desarrollar entre los pastores, iglesias y creyentes una clara conciencia de que, a nivel mundial, nos encontramos en tiempos de guerra.

Y eso es doblemente cierto, ya que vemos que las dificultades que se atraviesan en el frente interno son también muchas. (¡Sí, aun en los alegres y seguros cuartos de nuestras casas en los Estados Unidos, equipados con aire acondicionado y videos!). La primera vez que me senté a escribir este llamado especial, un hombre de la iglesia me habló por teléfono. Lloraba porque su esposa se había divorciado de él y se había llevado a los niños. Nos encontramos y oramos. La llamé a ella y acordamos encontrarnos. Luego regresé a intentar escribir la parte final de este capítulo.

Unas horas más tarde, una mujer llamó para avisarnos que su papá estaba agonizando. De nuevo abandoné el escrito y manejé durante treinta minutos para llegar junto a su cama y orar. Murió dos horas después.

Una vez más estaba frente al teclado, intentando comprender la necesidad del mundo, tratando de sentir la manera en que no sólo mi iglesia y mi ciudad son devastadas satánicamente por el pecado, sino también aquellos lugares donde no hay 1000 iglesias como las hay en las Twin Cities [Ciudades gemelas; en referencia a St. Paul y Minneapolis].

El teléfono llama todo el tiempo. Los hijos se pelean y se enferman. El matrimonio se retuerce en medio de expectativas insatisfechas y actitudes de autocompasión. Una centena de personas expresa distintas ideas sobre cómo debería ser el nuevo edificio de la iglesia, el gimnasio y el estacionamiento.

Y muchos dicen que ésta es la batalla real. Muertes, divorcios, desacuerdos. Sin embargo, no lo creo. Sí, es real. Y sí, es una batalla. Pero no es la batalla principal. ¿Es el hospital de campaña la razón principal por la que tenemos tropas en el campo de batalla? ¿Cuál es el motivo fundamental por el que los sargentos están en las trincheras? ¿Para resolver las disputas que surjan entre los soldados?

¿Los capellanes van solamente para enterrar a los muertos? ¿O acaso hay una guerra por ganar?

Sí. Y la victoria se acerca. Sin embargo, no será fácil ni barata. La misión es clara y asombrosa: «Y este evangelio del reino se predicará en todo el mundo como testimonio a todas las naciones, y entonces vendrá el fin» (Mateo 24.14). Cristo ha elegido un pueblo de todo pueblo, tribu, lengua y nación (Apocalipsis 5.9). El enemigo los tiene cautivos (2 Timoteo 2.26). Así que debemos cruzar los campos minados, cortar los alambrados, esquivar a los francotiradores, y en medio de semejante oposición, administrar el antídoto del evangelio contra las drogas psicotrópicas de Satanás (Lucas 21.12-19).

Así que pregunto de nuevo: ¿Cómo haremos para que la iglesia pueda pensar de esta manera? ¿Cómo haremos para que los millones de cristianos tibios y poco entusiastas se preparen para los tiempos de guerra y estén en un estado de alerta militar? ¿Cómo podemos hacer para vencer la mentalidad masiva de la prosperidad norteamericana, de la paz mundial y de la comodidad familiar?

Creo que la respuesta, que sustenta y apoya la autoridad renovada de la palabra de Dios, consiste en un movimiento de oración perseverante, que cree y espera. La oración es la que abre nuestros corazones al indescriptible valor de Dios (Efesios 1.17 y siguientes) y nos hace experimentar la altura y la profundidad del amor de Cristo (Efesios 3.18). Es la oración la que nos mueve a amar a los perdidos (1 Tesalonicenses 3.12) y en tener pasión por la rectitud (Filipenses 1.11). La oración es la que nos abre las puertas para evangelizar (Colosenses 4.3), gana reclutas (Mateo 9.38) y los convierte en personas audaces (Efesios 6.19). La oración es la que nos protege del enemigo (Romanos 15.31; Mateo 6.13) y hace que la Palabra corra la carrera y sea glorificada (2 Tesalonicenses 3.1).

Sólo cuando Dios vea a su pueblo «clamando de día y de noche» vendrá con poder, vindicará su causa en el mundo y establecerá su Reino (Lucas 18.7 y siguientes). En esa esperanza la Iglesia puede continuar haciendo la obra con gozo indestructible. Quiera el Señor despertarnos a la realidad de esa terrible batalla, del triunfo de Cristo, del poder asombroso de la oración y de la prioridad trascendental que deberían tener para nosotros los pueblos no alcanzados,

considerándolo una misión corporativa.

Hace cien años, A.T. Pierson dijo: «Todo nuevo Pentecostés ha tenido un periodo de preparación a través de la súplica. ... Dios ha instado a sus santos a buscarlo en el trono de la gracia, para que en cada nuevo avance se reconozca tan claramente su poder que aun el incrédulo se vea obligado a confesar: "¡Sin duda, el dedo de Dios ha hecho esto!"»[10] Esa fama produce deleite al corazón de Dios y, por lo tanto, constituye la medida de su pasión por las oraciones de su pueblo.

Patrick Johnstone en su libro de estrategia Operación Mundo lanza un grito urgente de batalla. Notamos claramente en sus palabras la clase de respuesta que Dios exige de nosotros y la clase de respuesta en la que el Señor se deleita. ¿Cuál es, pues, el valor y la excelencia de ese Dios?

> ¡El interceder por las naciones del mundo es algo solemne! ¡Movilicémonos en oración! Podemos cambiar el rumbo de la historia. Los cristianos podemos ser el factor decisivo en el desarrollo del escenario mundial. No nos dejemos acosar por el enemigo, sino subamos ya a tomar los reinos de este mundo para Cristo (Números 13.30; Daniel 7.18) pues a él le place dárnoslos (Daniel 7.22,27; Lucas 12.32). En términos prácticos, ¡qué estas verdades conviertan nuestra vida de oración individual y corporativa en una intercesión hacia arriba y hacia afuera que haga temblar a Satanás, que libere a los cautivos, conquiste reinos, produzca avivamiento, glorifique a Cristo y sea un canal de poder en las manos de Dios![11]

10. A.T. Pierson, The New Acts of the Apostles [Los nuevos hechos de los apóstoles] (Nueva York: The Baker & Taylor Co., 1894), 352 y sig.
11. Patrick Johnstone, Operation World [Operación mundo] (Kent: STL Books and WEC International, 1986), 21-22.

CAPÍTULO 9

EL DELEITE DE DIOS EN LA OBEDIENCIA PERSONAL Y EN LA JUSTICIA PÚBLICA

¿Qué le agrada más al Señor: que se le ofrezcan
holocaustos y sacrificios,
o que se obedezca lo que él dice?
El obedecer vale más que el sacrificio,
y el prestar atención, más que la grasa de carneros.

1 SAMUEL 15.22

El Señor aborrece las balanzas adulteradas,
pero aprueba las pesas exactas.

PROVERBIOS 11.1

En los capítulos 7 y 8 recalcamos la buena noticia de que Dios es como un manantial que surge de la montaña y no como un abrevadero. Se autoabastece y no necesita que una brigada de personas con baldes acuda a él para satisfacer sus necesidades. Nuestro servicio no suple insuficiencias, como si a él le faltara algo (Hechos 17.25) sino que cada vez que nos acercamos a él para beber del agua de vida, honramos su plenitud rebosante. Nuestras vidas glorifican más a

Dios cuanto más satisfechas están en él. Eso significa que cada vez que nos encontramos en una condición de sed desesperada, nuestra alma puede cobrar ánimo al saber que no sólo existe un impulso misericordioso en el corazón de Dios, sino también que la fuente y el poder de aquel impulso es el celo de Dios por obrar de manera que su nombre sea glorificado. Puedo implorar junto con el salmista: «Por amor a tu nombre, Señor, perdona mi gran iniquidad» (Salmo 25.11). En el día de la angustia puedo clamar: «Oh Dios y salvador nuestro, por la gloria de tu nombre, ayúdanos» (Salmo 79.9). En la noche oscura puedo pedir luz: «Guíame, pues eres mi roca y mi fortaleza, dirígeme por amor a tu nombre» (Salmo 31.3).

Los últimos dos capítulos nos han mostrado que la pasión que Dios siente por la gloria de su nombre es la medida del deleite que tiene en aquellos que confían en su amor y oran en su nombre. Cada vez que esperamos en Dios, lo glorificamos como la fuente de gozo profundo y duradero. Y cada vez que oramos, expresamos aquella esperanza que abriga nuestro corazón y que glorifica a Dios. En este capítulo avanzamos otro paso y decimos que la obediencia a Dios es lo que hace visible esa esperanza y manifiesta que es real en nuestra vida. La obediencia es la proyección pública e irrefrenable de aquellos que han gustado y visto que el Señor es bueno (Mateo 5:16).

DOS PREGUNTAS CLAVES

Nuestro punto de partida son las palabras que Samuel le dice a Saúl y que aparecen en el libro de 1 Samuel 15.22: «¿Qué le agrada más al Señor: que se le ofrezcan holocaustos y sacrificios, o que se obedezca lo que él dice?». Evidentemente la respuesta es la segunda opción. El Señor se deleita mucho más en la obediencia que en la celebración desobediente de ceremonias de adoración. Mientras reflexiono en este texto, surgen dos preguntas: 1) ¿Por qué Dios se deleita en la obediencia? y 2) ¿Es una buena noticia? ¿Es bueno oír que aquello que a Dios le agrada en mi vida es la obediencia, o es una carga desalentadora? Muchas personas escuchan el llamado a la obediencia como si fuera algo muy distinto del evangelio. En realidad, ellos creen oír en esto el

tono amenazador del legalismo, de las «obras» y de la inseguridad. Entonces hacen todo lo posible por mantener en categorías separadas el llamado al evangelio por la fe y el llamado a la obediencia. Creen que si el llamado a la obediencia y el llamado a la fe estuvieran entrelazados, entonces las «obras» contaminarían la salvación por fe y el evangelio sería destruido. ¿Eso es verdad? Antes de responder a estas dos preguntas, asegurémonos de que nuestras mentes tengan en claro el escenario sobre el que se desenvuelve la problemática del capítulo 15.

Cuando Israel huyó de Egipto y tuvo que atravesar el desierto fue atacado por los amalecitas. Podemos leerlo en Éxodo 17.8-16. Dios le dio la victoria al pueblo de Israel, sin embargo aquel maltrato no quedó en el olvido. Dios, en Deuteronomio 25.17-19, declaró:

> Recuerda lo que te hicieron los amalecitas después de que saliste de Egipto: cuando estabas cansado y fatigado, salieron a tu encuentro y atacaron por la espalda a todos los rezagados. ¡No tuvieron temor de Dios! Por eso, cuando el Señor tu Dios te dé la victoria sobre todas las naciones enemigas que rodean la tierra que él te da como herencia, borrarás para siempre el recuerdo de los descendientes de Amalec. ¡No lo olvides!

Finalmente, llegó el tiempo designado para ejecutar el juicio y el Señor ordenó a Saúl, el primer rey de Israel, consumar la sentencia en contra de los amalecitas. La orden aparece en 1 Samuel 15.2-3:

> Así dice el Señor Todopoderoso: He decidido castigar a los amalecitas por lo que le hicieron a Israel, pues no lo dejaron pasar cuando salía de Egipto. Así que ve y ataca a los amalecitas ahora mismo. Destruye por completo todo lo que les pertenezca; no les tengas compasión. Mátalos a todos, hombres y mujeres, niños y recién nacidos, toros y ovejas, camellos y asnos.

Así que Samuel convocó al ejército y subió en contra de la ciudad de Amalec. Ordenó a los quenitas que se apartaran de aquella ciudad

si querían librar sus vidas (1 Samuel 15.6). Y desde Javilá hasta llegar al sur, al oriente de Egipto, Saúl derrotó a los amalecitas. Sin embargo, el versículo 9 nos relata la decisión irreparable de Saúl:

> Además de perdonarle la vida al rey Agag, Saúl y su ejército preservaron las mejores ovejas y vacas, los terneros más gordos y, en fin, todo lo que era de valor. Nada de esto quisieron destruir; sólo destruyeron lo que era inútil y lo que no servía.

El Señor vio la desobediencia y se arrepintió[1] de haber puesto a Saúl como rey (1 Samuel 15.11). Samuel se enojó al enterarse de este cambio de actitud de Dios y decidió clamar a él durante toda la noche (1 Samuel 15.11; ver también 12.23). El resultado de aquella velada de oración fue la firme determinación de hacer lo que Dios dijera. A la mañana siguiente, se levantó temprano y advirtió que Saúl se había ido a Carmel, había erigido un monumento y estaba en camino a Gilgal, lugar donde había sido ungido rey (1 Samuel 11.15). Samuel se dirigió al encuentro de Saúl y quedó sorprendido por las palabras que le dijo para congraciarse: «¡Que el Señor te bendiga! He cumplido las instrucciones del Señor» (1 Samuel 15.13).

Entonces Samuel le preguntó qué significaba el balido de las ovejas y el bramido de las vacas que se escuchaba, si es que de verdad había destruido todo de acuerdo con lo que Dios le había ordenado; pero Saúl le echó la culpa al pueblo: «Son las que nuestras tropas trajeron del país de Amalec respondió Saúl. Dejaron con vida a las mejores ovejas y vacas» (1 Samuel 15.15). Sin embargo, él no sabía que nada de lo que dijera podría arreglar lo que había hecho. Había desobedecido la orden del Señor. Finalmente, en el versículo 24, reconoció su pecado: «¡He pecado! -admitió Saúl-. He quebrantado el mandato del Señor y tus instrucciones».

1. Sólo quiero señalar algunas cosas con respecto a este concepto de "arrepentimiento" divino. Samuel en 1 Samuel 15.29 dice que "la gloria de Israel no mentirá ni se arrepentirá, porque no es hombre para que se arrepienta". Tomo este pasaje para explicar que el arrepentimiento de Dios (por ejemplo, en el v. 11) no es como el arrepentimiento del hombre. De hecho, es tan distinto que en cierto sentido, no es arrepentimiento como lo expresa el versículo 29. No se basa en la ignorancia ni en el engaño. El arrepentimiento de Dios consiste en un cambio de rumbo del corazón hacia una nueva dirección, pero no en una dirección imprevista. Dios no se arrepiente porque un giro en los sucesos lo toma desprevenido. Eso sería arrepentimiento humano. Sin embargo, la gloria de Israel no es hombre para que se arrepienta. Al decir esto la Biblia, quiere decir que él enuncia una actitud diferente con respecto a algo que ha expresado antes, no porque el giro de los hechos haya sido inesperado, sino porque ese cambio de rumbo hace que ahora sea adecuado manifestar una actitud diferente debido a un cambio en las circunstancias.

Ahora sí, con esa escena en mente, retomamos la primera pregunta: ¿Por qué a Dios le desagrada tanto la desobediencia? O, para ponerlo de una manera positiva: ¿Por qué Dios se deleita tanto en la obediencia?

POR QUÉ DIOS SE DELEITA EN LA OBEDIENCIA

En esta historia, encuentro al menos cinco razones por las que Dios aborrece la desobediencia y ama la obediencia. Las mencionaré de menor a mayor, de acuerdo con el orden de gravedad que me parece que tienen.

Primero: Dios se deleita en la obediencia porque la desobediencia opera un defasaje en el temor. En 1 Samuel 15.24 (RVR60): «... Saúl dijo a Samuel: Yo he pecado; pues he quebrantado el mandamiento de Jehová y tus palabras, porque temí al pueblo y consentí a la voz de ellos». ¿Por qué Saúl obedeció al pueblo y desobedeció a Dios? Porque tuvo temor del pueblo y no tuvo temor de Dios. Le producían más miedo las consecuencias humanas que las consecuencias divinas del pecado. Temió más desagradar a los hombres que desagradar a Dios. Y para Dios eso constituye un insulto muy grande. En dos ocasiones Samuel le había recordado al pueblo: «Los exhorto a temer al Señor y a servirle fielmente y de todo corazón» (1 Samuel 12.14,24). Sin embargo aquel líder había temido al hombre y vuelto la espalda a Dios (1 Samuel 15.11).

La Biblia nos enseña que temer es rendir homenaje. En Isaías 8.12-13, el profeta pronuncia una advertencia en contra del error que cometió Saúl:

> No digan ustedes que es conspiración todo lo que llama conspiración esta gente; no teman lo que ellos temen, ni se dejen asustar. Sólo al Señor Todopoderoso tendrán ustedes por santo, sólo a él deben honrarlo, sólo a él han de temerlo.

Si nuestras vidas se dejan llevar por los mismos temores que tienen los incrédulos significa que no «consideramos a Dios santo». Quiere decir que no lo honramos ni lo reverenciamos como el supremo sobre todas las cosas. De hecho, Isaías declara que temer lo que los hombres nos pueden hacer y permanecer indiferentes ante las promesas de Dios supone un tipo de orgullo. Cita a Dios haciendo esta pregunta mordaz: «Soy yo mismo el que los consuela. ¿Quién eres tú, que temes a los hombres, a simples mortales, que no son más que hierba? ¿Has olvidado al Señor, que te hizo?» (Isaías 51.12-13). Quizás no sentimos que temer a los hombres sea una clase de orgullo, pero eso es lo que Dios insinúa: «¡Quién crees que eres para tener miedo del hombre y olvidarte de tu Creador!»

El apóstol Pedro retoma la enseñanza del profeta y la aplica a la vida cristiana. Declara: «¡Dichosos si sufren por causa de la justicia! No teman lo que ellos temen, ni se dejen asustar. Más bien, honren en su corazón a Cristo como Señor» (1 Pedro 3.14-15). Isaías dijo: «No tengas miedo del hombre, reconoce a Dios como un Dios santo». Pedro dijo: «No tengas temor del hombre, honra a Cristo como Señor». La palabra que encontramos detrás de «reconoce como... santo» y «honra» es prácticamente la misma. Y el punto es el mismo: cada vez que tenemos temor del hombre, hemos comenzado a negar la santidad y el valor de Dios y de su Hijo Jesús. Dios es infinitamente más fuerte. Él es infinitamente más sabio y está infinitamente más lleno de gozo y recompensa. Alejarse de él por miedo a lo que el hombre pueda hacer es descartar las promesas que Dios ha hecho para aquellos que le temen. Es un insulto muy grande. Y Dios no puede deleitarse en un insulto de tal magnitud. Pero cada vez que prestamos atención a sus promesas[2] y confiamos con valentía en él, temiendo la manera en que Dios pueda reprochar nuestra incredulidad, sucede lo contrario. Él se siente muy honrado. Y se deleita.

Segundo: Dios se deleita en la obediencia porque en la desobediencia se produce un defasaje del deleite. Saúl intentó persuadir a Samuel de que era una intención noble la que lo había conducido a

2. "Dios ha dicho: "Nunca te dejaré; jamás te abandonaré." Así que podemos decir con toda confianza: "El Señor es quien me ayuda; no temeré. ¿Qué puede hacerme el ser humano?"" (Hebreos 13.5-6)

desobedecer a Dios y a mantener con vida las mejores ovejas y vacas (1 Samuel 15.21). Le contó que quería ofrecerlas en sacrificio el Señor en Gilgal. Sin embargo, el Señor conocía el verdadero motivo de Saúl y del pueblo. Lo leemos en 1 Samuel 15.19: «¿Por qué, entonces, no obedeciste al Señor? ¿Por qué echaste mano del botín e hiciste lo que ofende al Señor?»

Ellos «echaron mano» del botín como pájaros hambrientos ansiosos por satisfacer su apetito. Esta expresión «echar mano» se utiliza en 1 Samuel 14.32 para describir la manera en que el pueblo había echado mano del botín después de haber vencido a los filisteos. Expresa: «Echaron mano del botín. Agarraron ovejas, vacas y terneros, los degollaron sobre el suelo, y se comieron la carne con todo y sangre».

Cuando Samuel le preguntó: «¿Por qué echaste mano del botín e hiciste lo que ofende al Señor?» él quería señalar que el pueblo había sido impulsado por un deseo desmedido por lograr el placer que esa carne les producía. Su placer estaba en el lugar equivocado. Debería haber estado en Dios. Sin embargo, se deleitaron más en la carne de ovejas y vacas que en la sonrisa y la comunión de Dios. Por supuesto que eso constituye un insulto muy grande para Dios, y por lo tanto, resulta muy desagradable delante de sus ojos. Pero, contemplar las promesas de Dios y la visión de su presencia asombrosa, y hallar más deleite en eso que en los placeres temporales de la desobediencia, honra a Dios. Y a él le agrada.

Tercero: Dios se deleita en la obediencia porque la desobediencia produce un defasaje en cuanto a la alabanza. Una vez que Saúl hubo derrotado a los amalecitas, lo primero que hizo fue levantarse un monumento. Primera Samuel 15.12 expresa: «Le dijeron: Saúl se fue a Carmel, y allí se erigió un monumento». Evidentemente, Saúl estaba más interesado en hacerse un nombre que en difundir el nombre de Dios a través de la obediencia cuidadosa a su Palabra. Puso la alabanza en el lugar incorrecto.

A medida que leemos 1 Samuel 15.17-18, vemos que ese pecado se vuelve cada vez más grande:

> Entonces Samuel le dijo: ¿No es cierto que, aunque te creías poca cosa, has llegado a ser jefe de las tribus de Israel? ¿No fue

el Señor quien te ungió como rey de Israel, y te envió a cumplir una misión? Él te dijo: Ve y destruye a esos pecadores, los amalecitas. Atácalos hasta acabar con ellos.

Unos capítulos más atrás, en 1 Samuel 9.21, encontramos a un Saúl que se asombró de que Dios lo eligiera para reinar sobre Israel cuando él provenía de la tribu más pequeña, la tribu de Benjamín, y de la familia más insignificante de la tribu. ¡Y en verdad debía estar asombrado! Si anhelaba honor, debería haberse sentido extrañado y satisfecho por la manera en la que Dios lo había honrado. A ese punto quería llegar Samuel en el versículo 17: ¿por qué te dejas llevar por las ansias de gloria humana cuando de hecho Dios te ha concedido el privilegio glorioso de ser la cabeza de las tribus de Israel y te ha ungido como el rey del pueblo de Dios?

Sin embargo, Saúl no estaba satisfecho con la gloria de Dios y el honor que implicaba ser el rey. Quería recibir su propia gloria y alabanza. Y esa clase de gloria y alabanza no se encuentran en la senda de la obediencia y la sumisión. Entonces decidió hacer las cosas a su manera y obtener gloria por su propia cuenta.

Cuarto: Dios se deleita en la obediencia porque la desobediencia es como el pecado de adivinación. Ésa es la razón que Samuel le da a Saúl en 1 Samuel 15.22-23 y que explica por qué a Dios le desagrada la desobediencia: «El obedecer vale más que el sacrificio, y el prestar atención, más que la grasa de carneros. La rebeldía es tan grave como la adivinación».

Mucho antes, en Deuteronomio 18.10, Dios había hablado con respecto a la adivinación y la había colocado dentro de una categoría que incluía las cosas horribles que él odia:

Nadie entre los tuyos deberá sacrificar a su hijo o hija en el fuego; ni practicar adivinación, brujería o hechicería; ni hacer conjuros, servir de médium espiritista o consultar a los muertos. Cualquiera que practique estas costumbres se hará abominable al Señor.

¿Por qué la rebelión y la desobediencia se parecen al pecado de la adivinación? La adivinación consiste en intentar conocer lo que debemos hacer ignorando la Palabra y el consejo de Dios. La adivinación descarta la guía y la revelación de Dios, o la considera como equivocada e insuficiente. Y la base de la desobediencia es exactamente lo mismo. Dios nos dice una cosa y nosotros decimos: «Me parece que voy a consultar otras fuentes de sabiduría». En el caso de la adivinación la fuente de sabiduría es un médium de algún tipo. Y en el caso de la desobediencia la fuente de sabiduría a la que consultamos la mayoría de las veces ¡es nuestro propio yo! La desobediencia a la Palabra de Dios coloca mi propia sabiduría en el sitio que le corresponde a la sabiduría de Dios y, por lo tanto, insulta a Dios, que es la única fuente segura y confiable de sabiduría. ¿Qué sucede si vamos al médico, y él nos prescribe que tomemos tres pastillas por día y nosotros decidimos tomar sólo una? Eso significa que nos estamos colocando por encima del médico. Desconfiamos de su competencia, aptitud y buena voluntad. Es un insulto muy grande, y eso no le agradaría al doctor (¡y nosotros no nos sanaríamos!).

Quinto: Dios se deleita en la obediencia porque la desobediencia es idolatría. Eso es lo que encontramos en 1 Samuel 15.23: «La rebeldía es tan grave como la adivinación, y la arrogancia, como el pecado de la idolatría». Cuando Dios dice una cosa y nosotros decidimos consultar al pequeño brujo de nuestra propia sabiduría y nos empeñamos en hacer lo que nosotros queremos, en realidad nos convertimos en idólatras. No sólo porque tomamos a Dios como una alternativa más y consultamos con nuestra propia sabiduría, quedamos presa de la adivinación, sino porque vamos aun más allá y estimamos la conducción de nuestra mente como superior a la conducción de Dios. Lo peor de todo es que nuestro ídolo es el propio yo.

Por lo tanto, resulta evidente que a Dios le desagrada la desobediencia; constituye un ataque contra la gloria de Dios en todos sus aspectos. Coloca el temor a los hombres en el lugar que debería ocupar el temor a Dios. Exalta el deleite en las cosas por sobre el deleite en Dios. Busca la guía adicional del hombre en vez de descansar en la sabiduría de Dios. Y también le otorga más valor a lo que dicta el yo que a lo que dicta Dios, y de ese modo, intenta destronar a Dios al

rendirle lealtad al ídolo de la voluntad humana.
Pero la obediencia es exactamente lo contrario. La obediencia coloca a Dios en el trono y lo honra en todas las cosas. Y por eso Dios se deleita profundamente en ella. Dios sonríe como lo haría cualquier padre al ver que sus hijos cobran valor porque saben que los brazos fuertes de su papá están detrás de ellos. Se deleita en nosotros al ver que nuestro tesoro está en él y no en los incentivos del pecado, y que por eso lo obedecemos. Se complace en la mansedumbre y humildad de la sumisión que busca difundir el nombre de Dios y no el del hombre. Se regocija cuando nuestras almas descansan en la suficiencia de su sabiduría. Y se alegra sobre nosotros con cánticos cuando consideramos que su voluntad sobrepasa los caminos del hombre y le damos el primer lugar.

¿SON BUENAS NOTICIAS?

Sí, es cierto que a Dios le agrada la obediencia, ¿pero podemos también nosotros hallar deleite en ella? ¿Es una buena noticia saber que Dios se complace en la obediencia? ¿O es una carga de la que creíamos haber escapado cuando escuchamos hablar acerca del evangelio del perdón y de la justificación por fe? Yo creo que el saber que Dios se deleita en la obediencia es una buena noticia para nosotros. Encuentro, por lo menos, cuatro razones.

Primero: es una buena noticia saber que Dios se deleita en la obediencia porque eso significa que él es digno de confianza y loor. Si Dios no se deleitara en la obediencia sería una viva contradicción. Amaría su gloria por sobre todas las cosas y aun así no se complacería en aquellas cosas que dan a conocerla. Como consecuencia, sería falso y mentiroso. ¡Nuestra alabanza desaparecería junto con toda su hermosura! Y no podríamos depositar nuestra confianza en él ya que no podríamos fiarnos de un Dios cuyos valores son tan inconsecuentes que primero se exalta a sí mismo y luego permite los insultos. Dios debe alegrarse en el tributo de la obediencia si es digno de loor y confianza. Y la seguridad de que él es digno de alabanza y digno de confianza es la noticia más importante que podríamos oír.

Segundo: es una buena noticia saber que Dios se deleita en la obediencia porque significa que Dios ordena todas las cosas para nuestro bien. Jesús es el gran médico, no el gran dictador. «No son los sanos los que necesitan médico sino los enfermos. No he venido a llamar a justos sino a pecadores para que se arrepientan» (Lucas 5.31-32). Jesús manda. Él ordena. Sin embargo, sus mandamientos son como la prescripción o la terapia que asigna un médico. No son arbitrarios. Han sido diseñados para hacernos sentir mejor y más felices. Que los efectos colaterales resulten dolorosos no quiere decir que el doctor sea cruel o imprudente. Es que la enfermedad que padecemos presenta una gravedad que hace necesario el uso de medicamentos fuertes para tratarla. Cada mandamiento que Jesús nos ha dado es para nuestro bien.

Pero no sólo los mandamientos de Jesús son para nuestro bien: todos los mandamientos que aparecen en la ley del Antiguo Testamento fueron pensados en función del bien de Israel. No eran cargas crueles que ellos debían soportar. Eran las directrices cariñosas de un Padre celestial infinitamente sabio que buscaba el bien de su pueblo.

> El Señor nuestro Dios nos mandó temerle y obedecer estos preceptos, para que siempre nos vaya bien y sigamos con vida. Y así ha sido hasta hoy.
> (Deuteronomio 6.24)

> Y ahora, Israel, ¿qué te pide el Señor tu Dios? Simplemente que le temas y andes en todos sus caminos, que lo ames y le sirvas con todo tu corazón y con toda tu alma, y que cumplas los mandamientos y los preceptos que hoy te manda cumplir, para que te vaya bien.
> (Deuteronomio 10.12-13)

Cuando la Biblia nos dice que Dios se deleita en la obediencia, deberíamos regocijarnos porque eso significa que al doctor le preocupa que nos recuperemos de nuestra enfermedad. Él no sería un Dios de amor si no se deleitara en que lleváramos a cabo las tareas asignadas

que producirán nuestro bien. Por lo tanto es una muy buena noticia, no sólo porque él nos ha dado mandamientos pensando en nuestro bien, sino porque también él se deleita en verlos puestos por obra.

Tercero: es una buena noticia saber que Dios se deleita en la obediencia porque eso significa que sus mandamientos no son superiores a nuestras fuerzas. Moisés lo expresó con claridad en Deuteronomio 30.11: «Este mandamiento que hoy te ordeno obedecer no es superior a tus fuerzas». La ley del Antiguo Testamento no era un acuerdo en el que Dios se paraba al lado de su pueblo con una vara y un garrote en la mano esperando que alguno se deslizara en alguna cosa para intervenir. No. El Dador de la Ley reveló su identidad estando en el Monte Sinaí, lugar donde aquella ley había nacido y declaró: «El Señor, el Señor, Dios clemente y compasivo, lento para la ira y grande en amor y fidelidad, que mantiene su amor hasta mil generaciones después, y que perdona la iniquidad, la rebelión y el pecado...» (Éxodo 34.6-7). Partiendo del corazón de Dios, la ley había previsto minuciosamente el perdón y la restauración. Por lo tanto, aun aquellos que en repetidas ocasiones necesitaban del perdón contaban con la posibilidad de cumplir con toda la ley. La perfección no era una demanda esencial. Por lo tanto, no «era superior a sus fuerzas».

Jesús lo expresa de esta manera: «Vengan a mí todos ustedes que están cansados y agobiados, y yo les daré descanso. Carguen con mi yugo y aprendan de mí, pues yo soy apacible y humilde de corazón, y encontrarán descanso para su alma. Porque mi yugo es suave y mi carga es liviana» (Mateo 11.28-30). Esto no quiere decir que el yugo y la carga no existan. Significa que en Jesús hay algo que hace que sus exigencias (aun cuando nos separen del hogar, la riqueza y la vida misma) sean «livianas» y «suaves». Por muchas décadas, el apóstol Juan pudo comprobar en la práctica que eso era verdad, y escribió: «En esto consiste el amor a Dios: en que obedezcamos sus mandamientos. Y éstos no son difíciles de cumplir» (1 Juan 5.3).

El deleite de Dios en la obediencia no es como el placer sádico de un entrenador desalmado al que le gusta ver que sus muchachos transpiren y se esfuercen por alcanzar algo que es imposible bajo esas condiciones de ejercitación. De hecho, Dios maldice ese tipo de exigencias morales: «¡Ay de ustedes también, expertos en la ley! Abruman a

los demás con cargas que apenas se pueden soportar, pero ustedes mismos no levantan ni un dedo para ayudarlos» (Lucas 11.46). El carácter de Dios no es así. Dios no sólo levanta su dedo ante cada mandamiento sino que también pone a nuestra disposición todas sus preciosas promesas y todo su poder omnipotente. «Fuera de ti, desde tiempos antiguos nadie ha escuchado ni percibido, ni ojo alguno ha visto, a un Dios que, como tú, actúe en favor de quienes en él confían» (Isaías 64.4). Los mandamientos de Dios son difíciles de cumplir sólo si sus promesas son difíciles de creer. Eso nos conduce directamente a la cuarta razón por la que la obediencia llega a nosotros como una buena noticia.

Cuarto: es una buena noticia saber que Dios se deleita en la obediencia porque la obediencia que él desea es la que proviene de la fe. En nuestros días podemos ver que se confunde este concepto de modo tal que muchas personas no son capaces de comprender que la fe y la obediencia están necesariamente conectadas como la raíz y la rama. Así que a menudo uno encuentra que muchas iglesias y ministerios fomentan un cristianismo de dos etapas: la etapa de la fe y después (quizás) la etapa de la obediencia. Sin embargo, la Biblia no retrata la vida de fe de esta manera. Es un error separar la fe de la obediencia, como si la fe fuera necesaria para la salvación y la obediencia fuera optativa. Ese error es el resultado de malinterpretar lo que la fe verdaderamente es. La fe que salva de verdad no es una creencia que no produce cambios en la vida y en el corazón. Si eso fuera así, entonces sería una mala noticia para nosotros descubrir que Dios se deleita en la obediencia. Pues de ese modo Dios estaría diciendo que somos salvos por la fe, pero que necesitamos ir más allá de la fe para comportarnos bien y agradarle por medio de la obediencia. Esas no son buenas noticias. La buena noticia es que la fe que salva es por naturaleza un poder que cambia vidas.[3]

3. Ver John Piper, The Purifying Power of Living by Faith in Future Grace [El poder purificador de vivir por fe en la gracia futura] (Sisters, Ore: Multnomah Press, 1995). Este libro ha sido escrito con el fin de mostrar por qué la naturaleza de la fe es tal que debe llevar fruto. También explica la razón por la que el fruto de la obediencia que aparece en la Biblia puede ser considerado como el prerrequisito para la salvación final, aunque la justificación es sólo por fe, sin obras. La fe que justifica nunca permanece sola. Future Grace [Gracia futura] va más allá de esta afirmación histórica e intenta explicar las dinámicas de por qué la fe salvadora es también una fe santificadora.

LA OBEDIENCIA ES EL FRUTO DE LA FE

La fe que salva también tiene el poder intrínseco de producir frutos. Como expresó Pablo en Gálatas 5.6: «En Cristo Jesús de nada vale estar o no estar circuncidados; lo que vale es la fe que actúa mediante el amor». La fe obra por medio del amor. De otra manera, está muerta y no puede salvar. Como dice Santiago 2.17: «Así también la fe por sí sola, si no tiene obras, está muerta». La buena noticia no reside en que la obediencia no sea crucial, sino en que lo único que nos puede llevar a la obediencia debe ser la fe. Dios aprueba la obediencia que viene de la fe (ver Romanos 1.5 y 14.23).

Qué ironía es que aquellos que promueven un cristianismo de dos etapas lo hagan bajo el nombre de la gracia, pero en realidad anulen la gracia. Afirman que para entrar al cielo se necesita haber pasado por una etapa de fe y que la etapa de la obediencia no es necesaria para entrar al cielo (pero quizás sí lo es para recibir mejores recompensas allí). Eso parece ser gracia ya que la obediencia, se dice, no es obligatoria. Sin embargo, toda la vida cristiana se va trasformando poco a poco en la experiencia de una vida vivida por fe. De hecho, la vida de obediencia se define como una vida de obras que debemos lograr no por medio del poder eficaz de la fe salvadora sino por algún otro tipo de esfuerzo. Intentan convertir a la obediencia en una opción y exaltar la gracia separándola de la obediencia. Sin embargo, no se trata de gracia cuando el poder por el que debemos obedecer es distinto de la fe.

LA GRACIA ES PODER, NO SÓLO PERDÓN

El error que subyace aquí proviene de una confusión en el concepto de gracia. La gracia no es simplemente el trato benevolente que recibimos cada vez que pecamos. La gracia es el don que nos capacita para no pecar. La gracia es poder y no sólo perdón. Primera Corintios 15.10, por ejemplo, es uno de los pasajes que señala claramente esta verdad. Pablo describe la gracia como el poder que lo capacita para llevar su obra adelante: «Pero por la gracia de Dios soy lo que soy, y la

gracia que él me concedió no fue infructuosa. Al contrario, he trabajado con más tesón que todos ellos, aunque no yo sino la gracia de Dios que está conmigo». La gracia no significa sólo que los pecados de Pablo han sido perdonados, sino que ése es el poder del que él se vale para seguir adelante en obediencia. Por consiguiente, el esfuerzo que hacemos para obedecer a Dios no se basa en nuestras propias fuerzas, sino en «el poder de Dios. Así Dios será en todo alabado por medio de Jesucristo» (1 Pedro 4.11). Vivir por fe significa confiar en las fuerzas que Dios nos da para hacer todo lo que tenemos que hacer. Por lo tanto, Dios se deleita en la obediencia que es por gracia a través de la fe. Es la obediencia que proviene de la fe.

En 2 Tesalonicenses 1.11-12 encontramos que Pablo confirma esto al colocarle el nombre de «obras de la fe» a los actos de bondad y al explicar que Jesús es glorificado «conforme a la gracia de nuestro Dios» porque son el resultado «de [su] poder». «Por eso oramos constantemente por ustedes, para que nuestro Dios los considere dignos del llamamiento que les ha hecho, y por su poder perfeccione toda disposición al bien y toda obra que realicen por la fe. Oramos así, de modo que el nombre de nuestro Señor Jesús sea glorificado por medio de ustedes, y ustedes por él, conforme a la gracia de nuestro Dios y del Señor Jesucristo». La obediencia que deleita el corazón de Dios es aquella que produce el poder de la gracia de Dios que obra a través de la fe. En cada etapa de la vida cristiana opera la misma dinámica. El mismo poder de la gracia de Dios que salva por medio de la fe (Efesios 2.8) es el que santifica por medio de la fe.

«SALVOS MEDIANTE LA OBRA SANTIFICADORA»

Éste título indica que la santificación es parte de la salvación. Es un gran error creer que la etapa número uno en la vida cristiana es la salvación y que la número dos es la santificación (o santidad u obediencia). En la Biblia, el término salvación es amplio y describe la obra salvadora pasada, presente y futura que Dios hace por nosotros y en nosotros. Hemos «sido salvos» (Efesios 2.8), «somos salvos» (1 Corintios 1.18) y «seremos salvos» (Romanos 13.11; 1 Pedro 1.5).

La salvación en la vida cristiana no es una etapa. Es la vida cristiana. Y una parte esencial de ella es la santificación.

Así que Pablo afirma en 2 Tesalonicenses 2.13-14: «Nosotros, en cambio, siempre debemos dar gracias a Dios por ustedes, hermanos amados por el Señor, porque desde el principio Dios los escogió para ser salvos, mediante la obra santificadora del Espíritu y la fe que tienen en la verdad» (ver también 1 Tesalonicenses 4.7-8; 1 Pedro 1.2). Prestemos atención a dos cosas. Primero, la salvación y la santificación no son dos cosas separadas. «Dios los escogió para ser salvos, mediante la obra santificadora». La santificación es una parte esencial de la salvación, no una etapa optativa para transitar después de la salvación. Segundo, este proceso de salvación por medio de la santificación ocurre «mediante la fe que tienen en la verdad».[4] Esto significa que la santificación es por medio de la fe. O para ponerlo de manera más clara: a Dios le agrada la obediencia que es por la fe, y la obediencia por la fe es un aspecto fundamental de la salvación. Decir que fuimos escogidos para ser salvos mediante la santificación es decir que la obediencia es por medio de la fe.

¿DE QUÉ MANERA LA FE PRODUCE OBEDIENCIA?

Entonces, ¿de qué manera la fe produce obediencia? En el momento en que dejamos que Cristo se haga cargo de nuestro futuro («la fe es la garantía de lo que se espera»), el resultado inevitable es que las estrategias que el pecado emplea en la búsqueda de la felicidad comienzan a perderse en la serena confianza de que Dios cuenta con los medios para hacernos aún más felices. Por lo tanto, uno de los frutos de la fe es asemejarnos moralmente a la imagen de Cristo (Romanos 8.29).

¡Martín Lutero vio esto de manera tan clara! El indómito reformador pudo respirar del asedio romano entre octubre de 1518 y octubre de 1520. Sin saber cuánto tiempo duraría su seguridad, trabajó con

4. En el camino a Damasco, el Señor Jesús le refirió a Pablo las mismas palabras: "Te envío a estos [los gentiles] para que les abras los ojos y se conviertan de las tinieblas a la luz, y del poder de Satanás a Dios, a fin de que, por la fe en mí, reciban el perdón de los pecados y la herencia entre los santificados" (Hechos 26.17-18).

vehemencia durante ese período y escribió aquel pequeño folleto titulado The Freedom of a Christian [La libertad de un cristiano]. Aún cuatro siglos después, se continúa traduciendo y sigue vibrando con la misma pasión que le imprimió este hombre fogoso.

Esto capta (¡o debería decir libera!) la conexión que existe entre fe y santidad, aquello que une la confianza en las promesas de Cristo con la semejanza a la persona de Cristo. Lutero escribe:

> La fe honra a aquel que, con la estima más reverente y superior, confía en ella, ya que lo considera veraz y fidedigno. ... Así que cuando un alma confía firmemente en las promesas de Dios, la fe lo considera un alma justa y veraz. ... Cuando eso sucede, el alma consiente a la voluntad de él. Por lo tanto santifica su nombre y se permite a sí mismo ser tratado de acuerdo con la buena voluntad de Dios, aferrándose a las promesas de Dios; no duda de que aquel que es verdadero, justo y sabio hará y dispondrá todas las cosas para su bien.
> ¿No demuestra un alma por esa fe mayor obediencia a Dios en todas las cosas? ¿Qué mandamiento es aquel que este tipo de obediencia no pueda cumplir de manera completa? ... No obstante, esta obediencia no se describe según las obras, sino sólo por la fe.[5]

Nunca deberíamos pensar que la obediencia es un concepto independiente de la fe salvadora, como si una pudiera subsistir sin la otra. La obediencia a Cristo es el resultado necesario de la fe.[6]

Sin embargo, es preciso exponer el sentido de la fe salvadora con más claridad de lo que lo hemos hecho hasta ahora para que sea más notorio por qué la fe engendra obediencia, o una semejanza práctica con Cristo. Más adelante veremos en Hebreos que es esencial la

5. Martín Lutero, The Freedom of a Christian [La libertad de un critiano] en Three Treatises (Filadelfia: Fortress Press, 1960), 284-285.

6. Hoy muchas personas niegan esto en el nombre de un cristianismo en dos etapas que propone la distinción entre la primera etapa necesaria de la fe y la segunda etapa opcional de la obediencia (o discipulado). Muchas veces el debate se describe en términos de si uno debe tener a Jesús como Señor para que también sea Salvador. Me he referido en parte a este asunto en el capítulo 9 y de manera más amplia en Future Grace [Gracia Futura].

dimensión futura de la fe salvadora si la fe ha de tener en nosotros un efecto santificador. Confiar en Dios como aquel que suple nuestras necesidades rompe la promesa del pecado de hacernos más felices. No obstante, aquí necesitamos ver que la esencia de la fe es estar satisfechos con todo lo que Dios es para nosotros a través de Cristo.

Esta declaración enfatiza dos cosas. Una de ellas es el centralismo divino de la fe. No son las meras promesas de Dios las que nos satisfacen. Es todo lo que para nosotros es Dios en sí mismo. La fe abraza a Dios (no sólo sus dones prometidos) como nuestro tesoro. La fe deposita su esperanza no sólo en la herencia real del siglo venidero, sino también en que Dios estará allí (Apocalipsis 21.3). E incluso ahora mismo lo que la fe abraza de manera más sincera no es sólo la realidad de que nuestros pecados son perdonados (que es una realidad preciosa), sino también que la plenitud de Dios mismo y del Cristo viviente mora en nuestros corazones (Efesios 3.17-19).

El segundo aspecto que se recalca aquí al definir la fe como el estar satisfechos con todo lo que Dios es para nosotros a través de Cristo, es el término «satisfacción». La fe no es solamente creer en las obras de Dios. No es un mero consentimiento intelectual. La fe es saciar la sed del alma bebiendo de la fuente de Dios. La evidencia bíblica que muestra esto de manera más clara es Juan 6.35: «Yo soy el pan de vida —declaró Jesús—. El que a mí viene nunca pasará hambre, y el que en mí cree nunca más volverá a tener sed». «Creer» significa «ir» a Jesús y comer del «pan de vida» y beber del «agua que da vida» (Juan 4.10,14).[7] Y cada vez que comemos de esta comida y bebemos de esta agua estamos satisfechos con Jesús. Ése es el significado de la fe. Descansamos en él. Aquí se esconde el secreto del poder de la fe para romper la fuerza esclavizante de las atracciones del pecado. Si el corazón está satisfecho con todo lo que Dios es para nosotros en Cristo, el

7. A lo largo de todo el pasaje de Juan 6.53, Jesús promociona esta imagen: "Ciertamente les aseguro -afirmó Jesús- que si no comen la carne del Hijo del hombre ni beben su sangre, no tienen realmente vida". Creo que el sentido de esta simbología es la siguiente: Jesús quiere ser la satisfacción de nuestra hambre y de nuestra sed más profunda. Por lo tanto, ir a él en busca de esta satisfacción es como comer y beber del alimento vivo que se nos ofrece por medio de su cuerpo quebrantado y su sangre derramada. Otra evidencia de que estamos en el camino correcto es equiparar el ir a Jesús para ser satisfechos con la fe que se menciona en Juan 7.37-38: "Jesús se puso de pie y exclamó: -¡Si alguno tiene sed, que venga a mí y beba. De aquel que cree en mí, como dice la Escritura, brotarán ríos de agua viva". Ver también Juan 6.64-65 para una equiparación entre venir a Jesús y creer en Jesús.

poder del pecado que nos aleja de la sabiduría de Dios se rompe. Y amaremos la santidad porque es una expresión de la personalidad de aquel que tanto nos satisface.[8]

LA FUENTE DE LA OBEDIENCIA DE MOISÉS

El escritor a los Hebreos utiliza algunas ilustraciones prácticas a fin de descifrar este asunto. Toma como ejemplo la vida de Moisés y nos muestra a través de él que su amor y obediencia eran el resultado de ese tipo de fe.

> Por la fe Moisés, ya adulto, renunció a ser llamado hijo de la hija del faraón. Prefirió ser maltratado con el pueblo de Dios a disfrutar de los efímeros placeres del pecado.
> Consideró que el oprobio por causa del Mesías era una mayor riqueza que los tesoros de Egipto, porque tenía la mirada puesta en la recompensa (Hebreos 11.24-26).

Aquí vemos la clave del triunfo de la obediencia sobre la desobediencia: la certeza de que lo que Cristo ofrece es mejor que «los deleites temporales del pecado». Moisés contempló la recompensa de las

8. Henry Scougal representa gran parte de la tradición cristiana al considerar la fe en términos de la satisfacción que el alma encuentra en las bellezas espirituales. Explica: "La fe es la raíz de la vida divina (en el corazón del hombre). ... En la vida divina, la fe ocupa el mismo lugar, y su sentido de las cosas naturales es, de hecho, nada más que un sentido, o persuasión espiritual de las cosas espirituales" (itálicas del autor). Scougal, The Life of God [La vida de Dios], 46.
Jonathan Edwards es parte también de la tradición. Y en su ensayo "Concerning Faith" [En cuanto a la fe], Works, 2 (Edinburgh: Banner of Truth Trust, 1974) muestra que esta tradición tiene raíces firmes en las Escrituras. Define a la fe como "la creencia de la verdad, espiritualmente hablando, y el deleite de aquello que es divino y excelente" (578). Él nota que "el amor surge de la fe, o forma parte de la fe", de acuerdo con lo que Juan 3.18-19 expresa: "El que no cree ya está condenado. ... Ésta es la causa de la condenación: la humanidad prefirió las tinieblas a la luz". Observa la misma implicancia en Juan 5.1-4 donde la fe y el amor se muestran como la victoria que vence las dificultades de la obediencia. Comenta: "El amor nos capacita para superar las dificultades a las que nos enfrentamos al intentar guardar los mandamientos de Dios: lo que pone de manifiesto que el amor es el elemento principal en la fe salvadora, la vida y el poder de ella, a través del cual produce grandes resultados" (586).
Edwards admite que las definiciones cortas de la fe son inadecuadas para expresar la realidad que comprende: "La dificultad que tenemos al definir la fe es que no existen palabras adecuadas y claras que expresen el acto entero de aceptación, o cercanía del alma o corazón con respecto a Cristo. La palabra "inclinación" la expresa, pero en parte; "convicción" también la expresa en parte; "la sensación del alma" no la expresa por completo. Si empleamos expresiones metafóricas, tales como abrazo, amor, y otras, resultan oscuras y no encierran en todas la mente la misma idea" (582).

promesas de Dios, rechazó las recompensas de la impiedad y descansó satisfecho en Dios. De este modo, se quebró el poder del pecado y Moisés quedó libre para poder amar durante cuarenta años a un pueblo rebelde. A esa satisfacción liberadora el escritor a los Hebreos le coloca el nombre de «fe». «Por la fe Moisés ... prefirió ser maltratado con el pueblo de Dios».

La definición de fe que se esconde tras este uso se encuentra en Hebreos 11.1: «La fe es la garantía de lo que se espera». Dicho de otra manera, la fe es la garantía completa de que Dios en un futuro resolverá las cosas mucho mejor de lo que nosotros podríamos solucionarlas si confiáramos en nosotros mismos o nos apartáramos del camino de la obediencia, aun cuando la obediencia significara que debamos sufrir. El poder para resistir las tentaciones atractivas de la desobediencia reside en estar satisfecho con todo lo que Dios es para nosotros por medio de Cristo, en el pasado, en el presente o en el futuro.

EL PODER PARA ACEPTAR CON AMOR Y GOZO EL SER DESPOJADOS

El autor de la carta a los Hebreos nos provee otra ilustración, aún más grafica, de la manera en que la fe produce obediencia. Nos cuenta la historia de cómo los cristianos en los primeros tiempos de su fe, demostraron un gran amor por aquellos que se hallaban presos al visitarlos a costa de ellos mismos. ¿Cuál fue la fuente poderosa que los llevó a obedecer el mandamiento: «Acuérdense de los presos» (Hebreos 13.3)?

> Recuerden aquellos días pasados cuando ustedes, después de haber sido iluminados, sostuvieron una dura lucha y soportaron mucho sufrimiento. Unas veces se vieron expuestos públicamente al insulto y a la persecución; otras veces se solidarizaron con los que eran tratados de igual manera. También se compadecieron de los encarcelados, y cuando a ustedes les confiscaron sus bienes, lo aceptaron con alegría, conscientes de que tenían un patrimonio mejor y más permanente. Así que no pierdan la confianza, porque ésta será grandemente recompensada (Hebreos 10.32-36)

El poder para amar que tenían estos cristianos, era la confianza de que el futuro estaba en las manos de Dios. Por lo tanto, la obediencia que ellos profesaban era la obediencia que proviene de la fe. El costo de la obediencia (que era inmenso) no les resultaba tan grande como aquello que perderían si no confiaban en las promesas de Dios. La convicción de lo que se espera (ver concepto de fe de Hebreos 11.1) era el motivo de la obediencia de amor. A eso se refiere Pablo cuando en Gálatas 5.6 escribe: «En Cristo Jesús de nada vale estar o no estar circuncidados; lo que vale es la fe que actúa mediante el amor». La fe obra por medio del amor porque la fe se satisface con todo lo que Dios es para nosotros en Cristo, y por lo tanto la fe destruye el poder de atracción de las tentaciones egoístas.

El hincapié que se hace en la satisfacción es lo que muestra el secreto de la dinámica psicológica de por qué la fe produce obediencia. Cuando estamos satisfechos con nuestro consejero hacemos lo que él nos aconsejo hacer. Sin embargo es más que eso. La fe verdadera se deleita en todo lo que Jesús es (su carácter, su persona, su naturaleza). Eso quiere decir que para nosotros su consejo mismo es hermoso. Amaremos la santidad porque constituye una expresión de la personalidad de aquel cuya personalidad apreciamos.

SOMOS SU DELEITE CUANDO ÉL ES NUESTRO TESORO

El punto que he estado intentando señalar es que saber que Dios se deleita en la obediencia es una buena noticia, porque la obediencia que a él le agrada es aquella que viene de la fe. Otra manera de formular esto sería afirmando que Dios está contento por nuestra obediencia cuando esa obediencia constituye un desborde de nuestra felicidad con Dios. Dios se deleita en la obediencia cuando es el fruto de nuestro deleite en él. Nuestra obediencia se convierte en el deleite de Dios cuando ella demuestra que Dios es nuestro tesoro. Esas son buenas noticias, porque significa que el

mandamiento de obedecer es simplemente el mandamiento de estar contentos en Dios. Es difícil obedecer los mandamientos de Dios cuando nos es difícil creer sus promesas. Es difícil obedecer la Palabra de Dios cuando nos es difícil apreciar la belleza de Dios.

EL DELEITE DE DIOS EN LA JUSTICIA PÚBLICA

Antes de terminar este capítulo quisiera dejar en claro que el deleite de Dios en la obediencia se extiende al ámbito público de la vida. Me gustaría establecer una conexión entre el deleite de Dios y los asuntos relacionados con la justicia pública. En los últimos tres capítulos nos hemos ido moviendo desde el interior de la vida hasta el exterior. Dios se alegra en aquellos que confían en su amor. Dios se deleita en las oraciones de los justos. Dios se complace más en la obediencia que en los sacrificios. Podemos apreciar la manera en que nos hemos ido trasladando desde la experiencia interior a la exterior. La más profunda de ellas es la confianza, que se expresa a través de la oración. Y esta confianza devota en Dios es la que da origen a la obediencia.

Sin embargo, hasta ahora no hemos recalcado la dimensión pública o secular que tiene la obediencia. Incluye acciones como llenar el tanque de gasolina, comprar antigüedades, marcar tarjetas y pagar los impuestos. ¿Se deleita Dios en la manera en que desarrollamos nuestras actividades en la tienda, la oficina, el mercado o la cocina? ¿Existe algún mal comportamiento en esas áreas que no se relacionan con la vida religiosa que puedan ser tan importante como para que Dios lo considere una abominación?

Con eso en mente, hemos avanzado tan lejos como nos ha sido posible: de la confianza a la oración, de la oración a la obediencia, de la obediencia a formas específicas en el ámbito secular o no religioso de la vida. Sin embargo, todavía podríamos avanzar un paso más, y me gustaría hacerlo en la última parte de este capítulo. Podríamos preguntarnos: ¿Dios halla algún deleite en el comportamiento de las personas que no son cristianas en el ámbito secular?

Así que antes de terminar el capítulo, tenemos todavía dos áreas

que examinar: la que concierne al ámbito secular de los cristianos, y la relacionada con el ámbito secular de los no cristianos. ¿Qué clase de acciones son las que agradan a Dios? ¿Y por qué?

«APRUEBA LAS PESAS EXACTAS»

Proverbios 11.1 es un indicador decisivo para responder estas preguntas. El versículo no menciona si se refiere a los creyentes o a los no creyentes. Simplemente dice: «El Señor aborrece las balanzas adulteradas, pero aprueba las pesas exactas».

Las implicancias son muchas. Supongamos que fuéramos comerciantes en el tiempo del Antiguo Testamento y vendiéramos harina de maíz. Supongamos que en aquellos días pedir diez centavos la libra hubiese sido un precio justo. Alguien venía y nos pedía cinco libras de harina de maíz. Así que buscábamos la piedra que equivalía a cinco libras y la colocábamos de un lado de la balanza. Luego tomábamos la bolsa y comenzábamos a verter harina en el otro plato de la balanza. Vertíamos hasta que los dos platos se equilibraban al mismo nivel. Después, vertíamos el contenido del plato lleno en el recipiente que había traído nuestro cliente, y él sabía que le habíamos dado la cantidad justa. Todos conocían el tamaño de una piedra de cinco libras.

Sin embargo, supongamos que durante la noche, tomábamos una cuchilla filosa y dura y a un lado de la piedra le hacíamos un pequeño agujero y vaciábamos el interior hasta que la piedra llegaba a pesar cuatro libras. Luego cubríamos el agujerito con barro del mismo color y lo dejábamos secar. Al día siguiente, evitábamos utilizarla con las personas educadas y fuertes, porque ante el montón de harina más reducido podrían armar un alboroto, y hasta quizás podrían examinar la piedra. Sin embargo, cuando venía un niño a hacer las compras que le había encargado su madre o una viuda casi ciega, utilizábamos aquella piedra ahuecada. El texto dice que para Dios eso hubiera sido totalmente reprobable: «El Señor aborrece las balanzas adulteradas».

LAS BALANZAS ADULTERADAS DE HOY

Ahora bien, ¿que clase de acciones cotidianas se podrían colocar bajo el rubro de «balanza adulterada»? Mencionaré cuatro categorías que son en realidad dos maneras distintas de dividir los actos en dos categorías.

Primero, este versículo se refiere a los vendedores y a los compradores:

1. Incluye actos relacionados con la venta: tiene que ver con que el vendedor ofrezca bienes y servicios que no valen los honorarios que está cobrando. Por ejemplo, podemos pensar en un surtidor de gasolina que lee un centavo más por litro o en una balanza en la verdulería que no está bien equilibrada y por lo tanto lee de más, o en la etiqueta de un medicamento que señala un precio mayor al que corresponde, o un agente inmobiliario que no le menciona al comprador acerca de los problemas de inundaciones que tiene la casa que le está vendiendo, o un profesor universitario que en diez años no ha editado un sólo apunte nuevo, sino que pasa su tiempo remodelando el sótano.

2. Incluye actos relacionados con la compra: tiene que ver con que el comprador conspire para pagar menos de lo que valen los bienes o servicios que recibe. Podemos ver lo que Dios piensa de estas acciones en Proverbios 20.14: «¡No sirve, no sirve!, dice el comprador, pero luego va y se jacta de su compra». Eso incluiría actos tales como pagarle a un pobre vendedor de Tijuana una suma de dinero ridícula por una alfombra de calidad que él mismo ha confeccionado, ya que él está desesperado por venderla y nosotros tenemos la opción de tomarla o dejarla. También abarcaría el no pagar el recargo de la cuenta vencida del agua emitiendo un cheque con fecha anterior al vencimiento.

Otra forma de clasificar los actos que se denuncian en Proverbios 11.1 es considerando que se refieren a actos de engaño y a actos de injusticia.

3. Comprende actos que encierran engaño en las transacciones que se celebran con otras personas. Y por lo tanto constituyen una mentira. Por ejemplo, cuando hacemos nuestra declaración de impuestos sobre la renta. Este versículo nos marca un punto claro con respecto a si ese informe agrada a Dios o no. Podemos también

decidir presentar una demanda ante el seguro y mentir en cuanto a la magnitud de los daños que nos han causado para conseguir una cifra mayor.

4.La otra cara de estos actos es que siempre significan una injusticia para el otro. Hay alguien que no recibe lo que es justo. Por ejemplo, podríamos vender un auto con piezas defectuosas y en el momento de la venta no ser sinceros en cuanto a las condiciones en las que se encuentra el auto. O podemos apurar a una familia de refugiados para que firme un contrato de alquiler por un departamento que no ha visto, cobrándoles un alquiler exorbitante y dejando el departamento en malas condiciones y sin reparación.

Espero que tengamos la capacidad de ver que Proverbios 11:1 incluye todas esas cosas: «El Señor aborrece las balanzas adulteradas, pero aprueba las pesas exactas». Podemos engañar al comprar o al vender. Y podemos hacer injusticia a un comprador o a un vendedor.

LOS INTERESES SECULARES DE DIOS

La lección que aprendimos es que Dios se interesa por nuestra vida fuera de la iglesia. Él se preocupa por todos los negocios. Dios no es alguien distante o tan «religioso» que sólo le importa lo que sucede en la iglesia o durante nuestras oraciones. Cada pulgada de esta Tierra le pertenece y cada minuto de nuestra vida el nos presta su aliento. Él es un ser mucho más relacionado con lo secular de lo que a menudo pensamos.

En el segundo Congreso Lausanne de Evangelización Mundial que se celebró en Manila en el año 1989, Os Guiness disertó acerca de los desafíos de la modernidad. Fue un mensaje muy fuerte. Habló en cuanto al espíritu moderno secular y su infiltración en la iglesia. Advirtió que podríamos adquirir tantos rasgos del mundo como para llegar a «ganar el mundo y perder el alma». Expuso la religiosidad superficial de muchos de los cristianos practicantes en Estados Unidos y la comparó con el sentimentalismo de un ejecutivo de alto rango en la empresa McDonald´s. Se comenta que este hombre decía: «Creo en Dios, en la familia y en McDonald´s. Y cuando entro a la oficina

invierto el orden». Guiness explicó que eso no es estar sometido al señorío de Cristo. Citó las palabras de Abraham Kuyper: «En la vida no existe ninguna esfera sobre la que Jesús no diga "es mía"». Dios se está fervientemente interesado en la manera en que conducimos nuestros negocios.

Hace un siglo, Charles Bridges, pastor evangélico en la iglesia de Inglaterra formuló esta perspicaz pregunta: «¿No es algo solemne pensar que el ojo de Dios califica cada trato en nuestra vida diaria como un deleite o una abominación?».[9] Deberíamos examinarnos a nosotros mismos. ¿Hemos sido moldeados por el espíritu secular del mundo o por el Espíritu de Dios? El examen consiste en lo siguiente: ¿percibimos que las tergiversaciones sutiles en la esfera de los negocios forman parte de las reglas de juego del día y que para Dios son abominaciones? ¿En cuestiones políticas y de negocios la voluntad de Dios es nuestra preocupación prioritaria o sólo lo es en las áreas personal y doméstica? El deleite de Dios en la obediencia se extiende ampliamente sobre al ámbito público de la vida.

¿Por qué a Dios le agrada que los creyentes obren con justicia en el ámbito público de la vida? Si tomamos en cuenta lo que hemos visto en este capítulo con respecto a que la obediencia es la exteriorización de la fe, la respuesta debería ser evidente. La obediencia en la justicia pública glorifica a Dios cuando nace de un corazón que confía en sus promesas y está satisfecho con la protección y el cuidado de Dios. La obediencia agrada a Dios porque Dios, como vimos en el capítulo 4, está muy interesado en su reputación. Quiere la gloria que proviene del amor y de la rectitud de sus hijos. «Hagan brillar su luz delante de todos, para que ellos puedan ver las buenas obras de ustedes y alaben al Padre que está en el cielo» (Mateo 5.16). Una conducta justa y honesta refleja el señorío de Dios que salva y satisface.

Leemos en Proverbios 20.17: «Tal vez sea agradable ganarse el pan con engaños, pero uno acaba con la boca llena de arena». Dicho de otra manera: cada vez que usamos balanzas adulteradas o mentimos al hacer la declaración de impuestos, o en los tratos tergiversamos los hechos, declaramos que la dulzura temporal del pecado es más

9. Charles Bridges, Proverbs [Proverbios] (Edinburgh: Banner of Truth Trust, 1968), 112.

deseable que la paz eterna de Dios. Esto significa deshonrar a Dios y, por lo tanto, no le agrada a él. «El Señor aborrece las balanzas adulteradas, pero aprueba las pesas exactas».

LAS OBRAS HONESTAS DE QUIENES NO CREEN

¿Qué sucede con los que no creen? ¿Dios se deleita en sus tratos justos aunque no vengan de la fe? Existen personas que no creen en Dios y aun así conducen sus vidas y negocios con justicia y honestidad. ¿Dios se agrada de esto?

Sí y no. Dios considera la honestidad de los incrédulos de dos formas diferentes. Dios no se deleita en ellos al considerar que la justicia y la honestidad son la manifestación de un corazón incrédulo, porque es un corazón que tiene pecado. Romanos 14.23 (RVR95) dice: «Todo lo que no proviene de fe es pecado».

Podríamos decir que estas personas se parecen a un adolescente rebelde que rechaza a sus padres y todo lo que ellos representan, y decide mudarse a otra ciudad. Sin embargo, al insertarse en el mundo, decide manejarse con las reglas aprendidas de ellos. Así que consigue un trabajo como cocinero en un restaurante. Resulta ser que sus padres meses después visitan aquella ciudad y van a ese restaurante. Piden sus comidas preferidas, sin saber que su hijo trabaja en aquel lugar (llamémoslas «pesas exactas» o «balanzas honestas»). Y también sin saberlo, su hijo prepara las comidas que a ellos les gusta. Sin embargo, en la cocina el hijo sigue siendo el mismo rebelde de siempre. No prepara los platos por el bien de ellos. Y por lo tanto, aún el acto de preparar la comida que a ellos les gusta es una expresión de rebeldía. Y si sus padres supieran la verdad, no se alegrarían ni dirían: «¡Qué bueno, nuestro hijo nos deleita porque está preparando nuestra comida preferida!»

Del mismo modo, Dios no se deleita al ver que las obras justas y honestas reflejan corazones rebeldes e incrédulos. Dios no se deleita en las obras que se hacen sin confiar en su gracia y sin amor por su gloria.

VESTIGIOS DE LA RECTA IMAGEN DE DIOS

No obstante, en un sentido Dios se deleita en las balanzas exactas y en las bolsas honestas de aquellos que no creen y es cuando Dios considera esa honestidad y justicia como fragmentos de la propia obra divina que manifiestan un vestigio de la recta imagen de Dios.

Parecería que a esto se refiere Proverbios 16.11 (RVR95): «Las balanzas y el peso justo son de Jehová; obra suya son todas las pesas de la bolsa». Creo que el sentido de este versículo es que siempre que encontremos balanzas exactas y bolsas con pesas honestas estaremos ante la obra de Dios. Dios creó la justicia. Él diseñó la honestidad. La integridad es obra de sus manos (aun en los incrédulos), tal como lo son la cabeza, el corazón, las manos y los pies.

Los teólogos la llaman gracia común. No es la gracia salvadora. No conduce a las personas al cielo. Es la misma gracia que hace que cada día el sol nazca sobre buenos y malos y la misma gracia que envía la lluvia a los justos e injustos (Mateo 5.43-47, ver también Mateo 22.10). Es la gracia que impide que la sociedad se sumerja en la anarquía. Y Dios se deleita al ver que la obra de esa gracia en común guarda al mundo de la corrupción prematura y le otorga, al menos, un lugar para que sus propósitos de justicia y honestidad se expresen.

La honestidad y la justicia del que no cree son semejantes a las conchillas que el mar arrastra hasta la playa. En ellas no hay vida. Sin embargo, todavía conservan algo de belleza. Reflejan resistencia, simetría y orden. Permiten que la vida pueda disfrutarse un poco más. Tienen sus usos: en ellas podemos plantar una flor, o adornar una pared de piedra, o podemos usarlas en la escuela con fines didácticos y enseñar que esas conchas fueron formadas a partir de un ser vivo.

Eso es lo que sucede con la integridad de aquellos que no creen. Es la conchilla sobrante que produjo la santidad en algún momento, es un vestigio de la imagen de Dios, es el residuo de algo glorioso y bello que existe en el corazón de Dios. Es parte de la obra de la gracia evitar que la humanidad caída se desmorone en el precipicio del caos y de la anarquía. Dios se deleita al considerar la justicia y la honestidad de esas personas desde ese punto de vista. Se complace en la honestidad de ellos. Es la obra de sus manos y el regalo de su gracia.

EL DELEITE DE DIOS EN EL COMPROMISO POLÍTICO PERSEVERANTE

Ya que en cierta manera Dios se deleita en que los incrédulos se conformen, aunque externa y parcialmente, a los designios que Dios tiene con respecto a la justicia y la honestidad, William Willforce hizo lo correcto al dedicar veinte años de su vida para luchar en el Parlamento a favor de la abolición del comercio de esclavos en Inglaterra, pese a que la gran mayoría de los comerciantes que abandonaron la venta lo hicieron por obligación y sin santas intenciones. La obra de la gracia de Dios libró a Inglaterra de la barbarie del comercio de esclavos. Y por consiguiente, el 22 de febrero de 1807 la mirada de Dios se dirigió hacia abajo con deleite al ver que la Casa de los Comunes aprobaba definitivamente el proyecto de ley. Ocurrirá lo mismo cuando la perseverancia de las fuerzas pro vida acaben con el asesinato legal y descontrolado de niños en los Estados Unidos.

Sí, Dios se agradó al máximo en el poder de santidad que guiaba las vidas de Willberforce y Henry Thornton cuando se abrazaron y jugaron en la nieve como escolares, al salir de la cámara parlamentaria. Y de una manera diferente y misteriosa Dios también se deleitó al ver el escudo de santidad que se formó en la sociedad inglesa una vez que fue librada del pecado del comercio de esclavos definitivamente. Dios se deleita en la obra de sus manos.

El gran evangelista John Wesley le escribió una carta a Willberforce con el fin de fortalecerlo en Dios. Le dijo:

> A menos que Dios te haya levantado para que hagas esto, caerás rendido ante la oposición de los hombres y de las fuerzas del mal. Sin embargo, si Dios es con nosotros ¿quién contra nosotros? ¿Son todos ellos juntos más fuertes que Dios? ¡Oh, no te canses de hacer el bien!...[10]

Mi oración es que el conocimiento de la verdad de que Dios se

10. Citado en Charles Colson, "Standing Tough against All Odds" [Permanecer firme contra todos los pronósticos], Christianity Today (6 de septiembre de 1985): 29.

deleita en la justicia pública inspire a muchos en nuestros días a tomar el manto de William Willberforce y ponérselo para pelear la batalla en contra de las múltiples injusticias que nos abruman hoy. Pocas son las injusticias que ceden antes de que se vislumbren pequeñas escenas de indignación. Requieren un gran compromiso, como el que tuvo Willberforce. Que la visión de la pasión de Dios por la obediencia que viene de la fe en la justicia pública sea la que en medio de una sociedad incrédula alimente nuestra pasión hasta que «fluya el derecho como las aguas, y la justicia como arroyo inagotable» (Amós 5.24).

A DÓNDE NOS CONDUCEN LOS DELEITES DE DIOS

Todos los deleites de Dios nos guían de manera irrevocable al establecimiento de un Reino en el que no habrá más desobediencia ni incredulidad. Dios reinará en justicia, paz y rectitud, y la esencia de la vida será el gozo y la obediencia que proviene de la fe.

> El deleite que Dios tiene en el Hijo nos lleva hacia un reino de obediencia ya que el deseo de Dios es que todos sus habitantes sean conformes a la semejanza de Cristo (Romanos 8.29).
> El deleite de Dios en la libertad soberana nos conduce al reino de la obediencia porque en su omnipotencia hará que todos caminemos en sus estatutos y guardemos sus ordenanzas (Ezequiel 36.27).
> El deleite que Dios halla en su creación nos empuja al reino de la obediencia ya que la creación está esperando con ansias la revelación de los hijos de Dios; la misma creación reflejará de manera perfecta la majestad de Dios cuando el mundo sea lleno de fe y rectitud (Romanos 8.19-22).
> El deleite de Dios en su fama también conduce al reino de la obediencia porque su pasión increíble quiere quitar la deshonra que nuestras transgresiones le provocan a su nombre (Isaías 48.9-11; Ezequiel 36.22-23).
> El deleite de Dios en la elección nos arrastra hacia el reino de la obediencia ya que él nos escogió en Cristo desde antes de la creación del mundo «para que seamos santos y sin mancha delante de él» (Efesios 1.4).
> El deleite de Dios en quebrantar al Hijo conduce al reino de la obediencia porque Cristo se entregó por la iglesia «para hacerla santa ... para presentársela a sí mismo como una iglesia radiante, sin mancha ni arruga ni ninguna otra imperfección» (Efesios 5.25-27; Tito 2.14; Hebreos 10.10).
> El deleite que Dios tiene en aquellos que confían en su amor lleva al reino de la obediencia, porque la luz interna de la esperanza se manifiesta en su plenitud a través de los rayos del amor y la rectitud (Colosenses 1.4-5; Hebreos 10.34-36).
> El deleite de Dios en oír las oraciones de los justos lleva al reino de la obediencia ya que todas las oraciones se resumen en «santificado sea tu nombre, venga tu reino, hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo» (Mateo 6.9-10).
> Y, como veremos en el último capítulo, el deleite de Dios en esconderse de los sabios y revelarse a los niños nos conduce a un reino de obediencia porque sólo aquellos semejantes a los niños son capaces de convertir el conocimiento en la gracia de obedecer.

Capítulo 10

EL DELEITE DE DIOS EN OCULTARSE DE LOS SABIOS Y REVELARSE A LOS NIÑOS

¿Se deleita Dios en el pensamiento o no?

Se deleita Dios en el esfuerzo mental que requiere escribir y leer un libro como éste? De hecho, ¿se complace en toda la empresa educativa de los cristianos desde jardín de infantes hasta la universidad? ¿Cuál es el uso adecuado de la mente? ¿Cómo se relaciona con la obra sobrenatural que Dios hace a través de la revelación? ¿Qué revela eso en cuanto a la excelencia de Dios?

Estas preguntas resultan apremiantes ya que la Biblia no nos proporciona una imagen homogénea en cuanto a que la producción intelectual sea digna de alabanza.

> El conocimiento envanece, mientras que el amor edifica (1 Corintios 8.1).
> Destruiré la sabiduría de los sabios; frustraré la inteligencia de los inteligentes (1 Corintios 1.19).
> Perecerá la sabiduría de sus sabios (Isaías 29.14).
> Que no se gloríe el sabio de su sabiduría (Jeremías 9.23).
> Evita... los argumentos de la falsa ciencia (1 Timoteo 6.20).
> Ésa no es la sabiduría que desciende del cielo, sino que es terrenal, puramente humana y diabólica (Santiago 3.15).

Por el otro lado, a menudo la sabiduría y el conocimiento se exaltan como más preciados que las joyas.

> Vale más la sabiduría que las piedras preciosas, y ni lo más deseable se le compara (Proverbios 8.11).
> Si ... tu oído inclinas hacia la sabiduría y de corazón te entregas a la inteligencia; si llamas a la inteligencia y pides discernimiento; si la buscas como a la plata, como a un tesoro escondido, entonces comprenderás el temor del Señor y hallarás el conocimiento de Dios (Proverbios 2.1-5).
> La sabiduría vendrá a tu corazón, y el conocimiento te endulzará la vida (Proverbios 2.10).
> Mi pueblo es llevado cautivo porque no tiene conocimiento (Isaías 5.13 RVR95).
> Por falta de conocimiento mi pueblo ha sido destruido (Oseas 4.6).
> Algunos tienen «celo por Dios, pero su celo no se basa en el conocimiento» (Romanos 10.2)
> Pónganse la nueva naturaleza, que se va renovando en conocimiento a imagen de su Creador (Colosenses 3.10.
> Crezcan en la gracia y en el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo (2 Pedro 3.18).
> Los necios aborrecen el conocimiento (Proverbios 1.22).

Por consiguiente, el mensaje de la Biblia con respecto a la esfera de la mente no resulta simple. Algunas veces lo muestra como positivo y otras veces como negativo. Algunas veces Dios se deleita en el uso de la mente, y otras veces no. Por lo tanto, la pregunta requiere respuesta urgente: ¿Qué es lo que le agrada y qué es lo que aborrece?

El triunfo del relativismo y del pragmatismo

El lugar que debe ocupar la tarea intelectual también es una cuestión urgente de resolver, ya que el siglo XXI finalizó con un triunfo del pragmatismo y del subjetivismo. El subjetivismo propone que la

mente es útil como un medio por el cual justificar los deseos subjetivos. El pragmatismo declara que la mente es útil como un medio que sirve para poner las cosas en funcionamiento. Paradójicamente, esas corrientes pueden alcanzar logros asombrosos de orden intelectual. Sin embargo, ambas perspectivas carecen de una visión sobre la realidad de la verdad objetiva. ¿Qué deseos podrían ser justificados desde la perspectiva de la verdad? ¿Qué cosas deberían funcionar desde esa perspectiva? Intentaré demostrar que la mente no fue diseñada para defender lo que queremos sino para descubrir la verdad suprema, que en última instancia debería moldear nuestros deseos y satisfacerlos de manera más profunda en Dios. El propósito de la mente no es racionalizar en cuanto a preferencias subjetivas sino desarrollar la capacidad de reconocer la realidad objetiva y contribuir a que Dios pueda revelarse al corazón.

Una herencia de anti-intelectualismo

El mal uso del intelecto, puesto al servicio de cosas vanas (grandes y pequeñas), ha provocado que muchos cristianos no se sintieran inclinados a asumir un compromiso serio con el desarrollo de un pensamiento riguroso y la vida intelectual. Estados Unidos, en particular, tiene una larga historia de sospechas por parte de los evangélicos hacia la educación y la labor intelectual. El evangelista Billy Sunday, que falleció en 1935, en un discurso dirigido a muchos cristianos expresó: «Si yo tuviera un millón de dólares, donaría 999.999 dólares a la iglesia y 1 dólar para educación».[1] Años antes, el evangelista Charles Finney había expresado su preocupación por ver que los ministros «salían de la universidad con corazones tan duros como las paredes del establecimiento».[2]

1. Citado en Richard Hofstadter, Anti-Intellectualism in American Life [Anti-intelectualismo en la vida norteamericana] (Nueva York: Vintage Books, 1962), 122)
2. Ibíd., 94.

TEOLOGÍA SIN TONTERÍAS

Peter Cartwright, el incansable líder metodista, escribió en el año 1856, en su autobiografía: «Los predicadores analfabetos procedentes del metodismo realmente han prendido fuego al mundo ... ¡en tanto que los otros se dedicaban a encender sus fósforos! ... Muchos de los predicadores que conozco de entre los que han recibido educación me recuerdan vivamente a las plantas de lechuga que crecen bajo la sombra de un duraznero o a las crías de ganso que abren sus patas al caminar sobre el rocío. Me provocan náuseas. ... ¿Qué hace por el mundo un ministro instruido que ha estudiado divinidades como una ciencia?"[3] Del mismo modo, D.L. Moody echó por tierra la teología formal. En una ocasión le preguntaron acerca de su propia teología. Respondió: «¡Mi teología! No sabía que tuviera alguna. Me gustaría que ustedes me dijeran cuál es mi teología».[4]

Esta actitud negativa hacia la actividad intelectual es motivada por una preocupación genuina y legítima. Se basa en un cierto antagonismo evidente. El que consideremos esta preocupación un problema real o ficticio marcará nuestra vida intelectual. Richard Hofstadter explica ese antagonismo de la siguiente forma:

> El intelecto confronta al sentimiento porque de alguna manera manifiesta incongruencia en sus emociones fuertes. Se enfrenta al carácter, que fácilmente se vuelve malicioso y diabólico porque según la suposición más ampliamente difundida, el intelecto representa una mayor inteligencia. Se enfrenta a lo pragmático, porque entiende que la teoría se opone a la práctica, y la práctica desestima a la mente «puramente» teórica. Se enfrenta con la democracia, ya que se concibe al intelecto como una forma de distinción que desafía al igualitarismo.[5]

3. Ibíd., 102-103.
4. Ibíd., 108.
5. Ibíd., 45-46.

Estos antagonismos evidentes persisten en la actualidad. ¿Quién de nosotros al oír un discurso especializado no ha sentido que el disertante no estaba al tanto de lo que sucedía en la vida real, en particular en el ámbito emocional y racional? Verdaderamente parece que existen aspectos relacionados con la esfera de la mente que le resultan inhóspitos a otras esferas de la experiencia humana que apreciamos y que pueden ser aun más importantes.

¿DE QUÉ MANERA DESCRIBE LA BIBLIA LA ESFERA DE LA MENTE?

La pregunta que nos compete no se relaciona tanto con el rol que desempeña el anti-intelectualismo en la sociedad y en la iglesia, sino con lo que la Biblia nos dice en cuanto al uso de la mente. ¿De qué manera la Palabra de Dios describe la esfera de actividad de la mente? George Ripley menciona varios aspectos bíblicos claves en su arremetida contra la Facultad de Divinidades de Harvard en el año 1839:

> He conocido los efectos importantes y beneficiosos que surgen de la sencilla exposición de la verdad del evangelio al corazón y a la mente, gracias a hombres serios que confiaban en el poder intuitivo del alma debido a su percepción de la divinidad. ... Así como valoro que la lógica racional ocupe un lugar adecuado, estoy seguro de que no es el instrumento poderoso mediante el cual Dios derriba las fortalezas del pecado. Puede detectar el error, sin embargo no sirve más que para echar un vistazo a la gloria de Cristo. Puede refutar falacias, pero no puede ligar el corazón al amor de la santidad. ... Sostenemos que el «aprendizaje exhaustivo» por lo general es un requisito para aquellos que quieren influir sobre sus seguidores en asuntos religiosos. Sin embargo Jesús no tomó eso en consideración al elegir a doce de entre la masa para que fueran sus discípulos; encomendó a personas «ignorantes y sin estudios» la proclama de su religión; las verdades más sublimes fueron confiadas a las mentes más comunes; y, de esta

forma, «Dios enloqueció la sabiduría del mundo» ... Cristo ... vio que la ostentación de orgullo que los libros producen, era nada delante de la «luz que ilumina toda mente humana». El curso entero de la historia de ésta nación constituye una ilustración de que «los métodos han sido consideramos como los grandes embajadores de Dios para la humanidad» ... Cristo no fundó escuelas para los apóstoles; no resucitó la escuela de profetas que ya había desaparecido; no le mostró veneración al orgullo de aprender; en lugar de eso, muchas veces dio a entender que todo esas cosas constituían un obstáculo en la percepción de la verdad. Gracias a Dios que, en tanto que él les escondió los misterios del reino de los cielos a los sabios e instruidos, se los ha dado a conocer a aquellos que son tan ingenuos como niños dentro de la escuela del saber popular.[6]

Ripley realiza al menos seis aseveraciones que considera fundamentadas en la Escritura:

1. La lógica contundente no es el instrumento poderoso que Dios utiliza para derribar las fortalezas del pecado (2 Corintios 10.4).
2. La lógica puede ser útil para detectar errores, sin embargo no sirve más que para echar un vistazo a la gloria de Cristo (2 Corintios 4.4).
3. La lógica puede refutar falacias, pero no puede hacer que el amor a la santidad se apegue al corazón.
4. Cristo no le dio importancia al «aprendizaje exhaustivo» sino que encomendó divulgar su religión a hombres «sin letras y del vulgo» (Hechos 4.13).
5. Dios enloqueció la sabiduría del mundo (1 Corintios 1.20).
6. Cristo le agradece a Dios: «porque has mostrado a los sencillos las cosas que escondiste de los sabios y entendidos» (Lucas 10.21, DHH)

6. Ibíd., 48, nota 8.

DOS OCASIONES EN QUE JESÚS EXPRESA ALEGRÍA

Esta última referencia a Lucas 10.21 nos conduce al punto central del asunto que nos concierne en este capítulo: el deleite que Dios tiene en esconderse de los sabios y revelarse a los niños. Si ahora tomamos nuestra primera clave de los deleites de Jesús y de los deleites de Dios, desembocaremos de manera directa en este texto y en este asunto. Existen sólo dos instancias en que los evangelios describen a Jesús alegrándose de verdad.[7] Una de ellas es Juan 11.14-15: «Por eso les dijo claramente: Lázaro ha muerto, y por causa de ustedes me alegro de no haber estado allí, para que crean. Pero vamos a verlo». Para Jesús la importancia de la fe supera la importancia de la vida. Y por eso Jesús se alegra de no haber tenido ocasión anterior de salvar la vida de Lázaro, porque de ese modo la fe de los discípulos se fortalecería.

La otra instancia en la que observamos a Jesús regocijándose es en Lucas 10.21. Mencionaré el versículo clave en su contexto.

> (17) Cuando los setenta y dos regresaron, dijeron contentos: —Señor, hasta los demonios se nos someten en tu nombre. (18) —Yo veía a Satanás caer del cielo como un rayo —respondió él—. (19) Sí, les he dado autoridad a ustedes para pisotear serpientes y escorpiones y vencer todo el poder del enemigo; nada les podrá hacer daño. (20) Sin embargo, no se alegren de que puedan someter a los espíritus, sino alégrense de que sus nombres están escritos en el cielo. (21) En aquel momento Jesús, lleno de alegría por el Espíritu Santo, dijo: «Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque habiendo escondido estas cosas de los sabios e instruidos, se las has revelado a los que son como niños. Sí, Padre, porque esa fue tu buena voluntad. (22) Mi Padre me ha entregado todas las cosas. Nadie sabe quién es el Hijo, sino el Padre, y nadie sabe quién es el Padre, sino el Hijo y aquel a quien el Hijo quiera

7. Existen otras referencias al gozo de Cristo (Juan 15.11; 17.13) pero no a una instancia del mismo acto de regocijarse. Su peregrinaje aquí en la tierra fue un ciclo de grandes cargas: "Despreciado y rechazado por los hombres, varón de dolores, hecho para el sufrimiento" (Isaías 53.3).

revelárselo.» (23) Volviéndose a sus discípulos, les dijo aparte: «Dichosos los ojos que ven lo que ustedes ven. (24) Les digo que muchos profetas y reyes quisieron ver lo que ustedes ven, pero no lo vieron; y oír lo que ustedes oyen, pero no lo oyeron».

En el versículo 21 Lucas nos relata que el gozo de Jesús se centra en esconder algunas cosas de los «sabios e instruidos» y en revelárselas a los que son como «niños». «Jesús, lleno de alegría ... dijo: "Te alabo, Padre, ... porque habiendo escondido ... las has revelado"». Para poder comprender el motivo que llevaba a Jesús a deleitarse en el acto de esconder y revelar, y para ser capaces de considerar las implicancias que esto tiene en la esfera de la actividad intelectual, necesitamos esclarecer *qué es lo que permanecía escondido o revelado y quiénes* eran los receptores de esas acciones.

¿QUÉ ES AQUELLO DE LO QUE DIOS SE ALEGRA EN ESCONDER?

¿Qué es lo que el Padre había decidido esconder de algunos y revelar a otros? Podemos deducir del contexto que incluiría «el evangelio del reino, del que las obras poderosas y la predicación daban testimonio»[8] ya que el motivo específico del gozo de Jesús era el regreso de los setenta que habían salido a predicar este mensaje: «El reino de Dios ya está cerca de ustedes» (Lucas 10.9,11). Por lo tanto, la presencia del reino de Dios durante el ministerio de Jesús era lo que permanecía escondido de algunos y revelado a otros.

Los versículos 23-24 confirmarían esto: «"Dichosos los ojos que ven lo que ustedes ven. Les digo que muchos profetas y reyes quisieron ver lo que ustedes ven, pero no lo vieron; y oír lo que ustedes oyen, pero no lo oyeron"». Esos ojos eran «dichosos» porque eran los ojos que el Padre había elegido para revelar aquello que escondía de otros. Jesús explica que esos «niños» podían recibir la revelación que

8. I. Howard Marshall, Commentary on Luke [Comentario de Lucas] (Grand Rapids: Wm. B. Eerdmans Publishing Company, 1978), 434.

los profetas en el Antiguo Testamento habían anhelado ver y no habían podido. La interpretación más lógica de este misterio sería la aparición del Mesías para establecer el reino de Dios. Eso era lo que los profetas habían anhelado.

Jesús es el Mesías ansiado que inaugura el Reino de una manera que ellos no esperaban. No se vale de ejércitos ni de poder político. Se vale de la obediencia, el sufrimiento, la muerte y la resurrección. Ese reino encierra el misterio de que su cumplimiento en la historia sucede mucho antes que su gloriosa y global consumación.[9] En Lucas 17.24-25 se pueden distinguir estas dos etapas en su cumplimiento: «Será como el relámpago que fulgura e ilumina el cielo de uno a otro extremo. Pero antes él tiene que sufrir muchas cosas y ser rechazado por esta generación». Se distingue una primera venida del Mesías que tiene como fin el sufrimiento y una segunda venida que consuma el triunfo glorioso.

EL CORAZÓN DEL ASUNTO: ¿QUIÉNES SON EL PADRE Y EL HIJO?

Sin embargo, ése no es el centro de la revelación. El corazón del asunto es una cuestión más personal. El contexto inmediato, el más cercano, es el que nos señala de forma específica aquello que se esconde y aquello que se revela. Inmediatamente después de que Jesús expresó su regocijo en la obra que el Padre revelaba y escondía, dijo: «Mi Padre me ha entregado todas las cosas. Nadie sabe quién es el Hijo, sino el Padre, y nadie sabe quién es el Padre, sino el Hijo y aquel a quien el Hijo quiera revelárselo». Prestemos atención a la palabra «revelar». En el versículo 21 vemos a Jesús contento de que el Padre «revelara [estas cosas] a los que son como niños» y en el versículo 22 nos declara que hay algo entre el Padre y el Hijo que sólo ellos conocen y a lo que los demás únicamente pueden acceder por revelación.

9. "El misterio del Reino es la llegada del Reino a la historia antes de su manifestación apocalíptica. Es, en resumen, "el cumplimiento sin consumación"". George Ladd, The Presence of the Future [La presencia del futuro] (Grand Rapids: Wm. B. Eerdmans Publishing Company, 1974), 222.

Por lo tanto, la «revelación» que ocurre o no ocurre en el versículo 22 es la misma «revelación» que ocurre o no ocurre en el versículo 21. ¿Cuál es? La revelación se refiere la verdadera identidad del Padre y del Hijo. «Nadie sabe quién es el Hijo, sino el Padre, y nadie sabe quién es el Padre, sino el Hijo». Eso es lo que permanece oculto para algunos y les es revelado a otros.

¿QUIÉN ES EL QUE REVELA O ESCONDE: EL PADRE O EL HIJO?

Notemos aquí algo extraño. En el versículo 21, Jesús dice que la *acción de revelar o de esconder pertenecen a Dios el Padre:* «Padre, ... habiendo escondido estas cosas de los sabios e instruidos, se las has revelado a los que son como niños». Sin embargo, Jesús dice en el versículo 22 que él mismo, el Hijo, es el que ejecuta la revelación: «Mi Padre me ha entregado todas las cosas. Nadie sabe quién es el Hijo, sino el Padre, y nadie sabe quién es el Padre, sino el Hijo y aquel a quien el Hijo quiera revelárselo». Entonces, ¿cómo se relacionan estas dos revelaciones entre sí? ¿Qué es lo que le concierne al Padre y qué es lo que le concierne al Hijo? En un contexto más amplio, hemos visto que el Padre revela la verdad acerca del misterio del reino del Mesías: que por medio de Jesús ha venido el Reino, que él es el Mesías verdadero y que el tiempo se ha cumplido. Esta verdad encaja con la declaración del versículo 22 que indica que «nadie conoce al Hijo excepto el Padre». Dios el Padre es el que lleva a cabo la obra en el corazón de los «niños» para que reconozcan a Jesús como el Mesías y el Hijo de Dios.

EL PADRE LE REVELÓ A PEDRO QUIÉN ERA CRISTO, Y CRISTO LE REVELÓ AL PADRE

Precisamente eso es lo que Mateo 16.15-17 (RVR95) confirma. El pasaje coloca en la escena a Jesús y sus discípulos. Jesús les pregunta: «¿Quién decís que soy yo? Respondiendo Simón Pedro, dijo: Tú eres

el Cristo [es decir, el Mesías], el Hijo del Dios viviente» Ante esa declaración, responde: «Bienaventurado eres, Simón, hijo de Jonás, porque no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos». Eso nos indica que lo que el Padre revela a algunos y no a otros es la verdadera identidad de Jesús. Él es el Mesías, el Hijo del Dios viviente: debido a su esencia, la «carne y sangre» (o sea, lo que por naturaleza humana somos nosotros[10]) no puede reconocer el carácter divino y mesiánico de Jesús. Dios el Padre debe revelárnoslo.

Por otro lado, Lucas 10.22 pone de manifiesto que Jesús nos revela la verdadera identidad del Padre. «Nadie sabe ... quien es el Padre sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo quiera revelárselo». Cuando una persona llega a conocer quién es Dios el Padre es sólo debido a que Jesús quiso revelarle a esa persona (a ese «niño») la identidad del Padre.

¿CÓMO ENCAJA ESTA DOBLE REVELACIÓN?

Entonces, ¿de qué manera estas dos operaciones de revelación se relacionan la una con la otra (la revelación que el Padre hace del Hijo y la revelación que el Hijo hace del Padre)? En cierto modo, existe una secuencia cuya primera etapa es la obra reveladora que el Hijo hace del Padre. En otro sentido, estas dos revelaciones ocurren al mismo tiempo, es decir, son simultáneas. Para conocer al Padre primero debemos ir al Hijo. Cuando Felipe le pidió a Jesús: «Señor, muéstranos al Padre», Jesús respondió: «¡Pero Felipe! ¿Tanto tiempo llevo ya entre ustedes y todavía no me conoces, Felipe?» (Juan 14.8-9). Por lo tanto, la obra del Padre de revelarnos al Hijo parecería preceder a la obra del Hijo de revelar al Padre.

PRIMERA ETAPA PARA CONOCER AL PADRE: ACUDIR AL HIJO

Sin duda, ésta es una de las implicancias que tiene el pasaje de Juan 6.44 donde Jesús afirma: «Nadie puede venir a mí, si no lo atrae el

10. La evidencia de esto se encuentra en 1 Corintios 15.50; Gálatas 1.16; Efesios 6.12; Hebreos 2.14.

Padre que me envió». En otras palabras, una persona debe acudir primero a Jesús para que luego él le revele al Padre. Sin embargo, el venir al Hijo se debe a la obra reveladora del Padre, como la que realizó al atraer a Pedro a Jesús: «No te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos». El Padre fue quien le reveló a Pedro la verdad acerca de Jesús.

SEGUNDA ETAPA PARA CONOCER AL PADRE: COMUNIÓN CONSTANTE CON JESÚS

Ahora bien, es a través de la comunión con Jesús que nosotros llegamos a conocer la verdadera identidad del Padre. Eso corresponde a la segunda etapa de la secuencia. «Nadie sabe ... quien es el Padre sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo quiera revelárselo» (Lucas 10.22). Primero, tenemos la posibilidad de ir a Jesús porque el Padre nos revela que él es «el Cristo, el Hijo del Dios viviente». En la segunda etapa, Jesús se encarga de revelarnos a Dios el Padre en toda su plenitud. Esa es la secuencia descrita en la oración que Jesús eleva al Padre en Juan 17.6: «A los que me diste del mundo les he revelado quién eres». El Padre atrae personas hacia el Hijo, se las entrega y luego el Hijo lleva a cabo la tarea de manifestarles al Padre.

¿ES EL PADRE O EL HIJO EL QUE ELIGE REVELAR AL PADRE?

Sin embargo, afirmar algo como esto nos enfrenta a dos problemas. El primero es que parece contradecir lo dicho en Lucas 10.22, donde se resalta que el Hijo es el que decide a quienes les revelará al Padre. «Nadie sabe ... quien es el Padre sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo quiera revelárselo». Ese versículo subraya la voluntad del Hijo. Él elige a quienes les será revelado el Padre. No obstante, según lo que hemos estado diciendo, el Padre es el que toma la decisión de «entregar» (Juan 17.6) y «atraer» personas al Hijo (Juan 6.44).

¿LA REVELACIÓN DEL PADRE Y DEL HIJO ES UN MISMO HECHO O SON DOS?

El otro problema surge a partir de que detrás de esta secuencia se esconde una unidad más profunda. La revelación de la verdadera identidad del Hijo supone la verdadera revelación de Dios el Padre. «El que me ha visto a mí ha visto al Padre» (Juan 14.9). Por lo tanto, en cierto modo, ver al Hijo verdaderamente es ver en él al Padre. Y en eso consiste contemplar al «Dios con nosotros», contemplar, como dijo Pablo en 2 Corintios 4.6, «la Gloria de Dios que resplandece en el rostro de Cristo».

No está mal decir que existe una secuencia, porque seguimos viendo más y más de Dios el Padre cuando permanecemos en Cristo y continuamos en nuestra comunión con él. Sin embargo, es profundamente importante que vislumbremos que el reconocimiento de la verdadera persona de Jesús abarca al mismo tiempo el reconocimiento de que él es la imagen de Dios el Padre y que su gloria es la gloria de Dios el Padre (2 Corintios 4.4).

Habiendo considerado eso, ya contamos con la ayuda necesaria para resolver el otro problema mencionado: que la elección del Padre acerca de quienes verán al Hijo parece adelantarse a la elección del Hijo con respecto a quienes verán al Padre (Lucas 10.22). Lo que hemos considerado hasta ahora nos conduce a pensar que las dos obras de revelación están tan unidas que la iniciativa de ambos, la del Padre y la del Hijo, pueden ser simultáneas. Parecería que esa es la idea que Jesús intenta transmitir en Juan 5.30 (RVR60): «No puedo yo hacer nada por mí mismo; según oigo, así juzgo, y mi juicio es justo, porque no busco mi voluntad, sino la voluntad del Padre, que me envió». En otras palabras, la voluntad del Padre y la voluntad del Hijo se encuentran entrelazadas con tanta profundidad que no existe ninguna contradicción al declarar que el Hijo elige a quienes les será revelado el Padre y que él les revela la identidad del Padre a aquellos que el Padre ha elegido entregarle.

Las palabras de Jesús en Lucas 10.22: «Mi Padre me ha entregado todas las cosas» no se refieren a que las manos del Padre hayan quedado vacías al dejar en las manos del Hijo aquello que se había

propuesto entregar, sino más bien significa que el Hijo tendría en el mundo la autoridad del Padre para llamar, salvar, juzgar y revelar. «Cualquier cosa que hace el padre, la hace también el hijo» (Juan 5.19). Por lo cual, aunque Jesús dijo: «Nadie puede venir a mí si no lo atrae el Padre que me envió» (Juan 6.44), también agregó: «Tengo otras ovejas que no son de este redil, y también a ellas debo traerlas» (Juan 10.16). La tarea del Padre es atraerlos y la tarea del Hijo es traerlos. No constituyen actos separados. «El Padre y yo somos uno» (Juan 10.30). El Hijo comparte la elección del Padre de revelar y el Padre comparte la elección del Hijo de revelar. El Padre y el Hijo se unen para revelar la plenitud de la verdadera gloria e identidad.

AQUÍ ESTÁ NUESTRA RESPUESTA: EN CRISTO LA GLORIA DE DIOS SE ESCONDE Y SE REVELA

¿Qué es lo que se esconde y qué es lo que se revela en Lucas 10.21? La respuesta es: no es sólo la presencia del Reino, sino también la gloria divina y la identidad personal del Rey mesiánico y de su Padre.

¿A QUIÉN SE REVELA DIOS Y DE QUIÉN SE ESCONDE DIOS?

Recordemos que nuestro objetivo es hallar la respuesta acerca de por qué el Padre y el Hijo se deleitan en esconderse y en revelarse. «Jesús se regocijó en el Espíritu, y dijo: "Yo te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque escondiste estas cosas de los sabios y entendidos y las has revelado a los niños ... porque así te agradó"» (Lucas 10.21). Hemos llegado a comprender con claridad que el deleite que Jesús tiene en revelarse y en esconderse es el mismo deleite que Dios el Padre tiene en esconderse y revelarse. Ahora bien, nuestra próxima pregunta es: ¿Ante quiénes permanecen ocultas estas cosas y ante quiénes las hacen manifiestas? Eso nos explicará el motivo por el que Dios el Padre y Dios el Hijo se complacen en obrar de esta forma.

LOS NIÑOS Y LOS SABIOS SON DOS TIPOS DE PERSONAS ADULTAS

Jesús declara que estas cosas son reveladas a los «niños» pero escondidas de los «sabios e instruidos». El versículo 23 evidencia que el término «niños» no hace referencia a bebés de seis meses de edad. El término se aplica a los discípulos. «Volviéndose a sus discípulos, les dijo aparte: "Dichosos los ojos que ven lo que ustedes ven"». Por lo tanto, parte de aquellos «niños» que tienen la «dicha» de participar de la revelación del Hijo son los discípulos.

Así que los «niños» y los «sabios e instruidos» indican dos tipos diferentes de adultos (o jóvenes). No se refiere literalmente a los niños. Pero, ¿a qué clase de personas hace referencia? ¿y por qué el Padre y el Hijo se agradan en esconder la verdad de «los sabios e instruidos» y revelársela a los niños (Lucas 10:21)?

¿TODOS LOS «SABIOS» SON MALVADOS?

Sin embargo, no todos los sabios son vistos desde un punto de vista negativo. Por ejemplo, Jesús dijo: «Por eso yo les voy a enviar profetas, sabios y maestros. A algunos de ellos ustedes los matarán y crucificarán; a otros los azotarán en sus sinagogas y los perseguirán de pueblo en pueblo» (Mateo 23.34). Aquí el término «sabios» (la misma palabra que en Lucas 10.21) se refiere a los verdaderos emisarios de Jesús (a los apóstoles o misioneros). Estos «sabios» no son personas confundidas. Ellos han recibido la revelación de Jesús y del Padre y hablan en su nombre. Por lo tanto, no podríamos decir que toda la sabiduría se opone a la revelación de la naturaleza de Dios. Hay diferentes tipos de sabiduría y diferentes clases de «sabios».

¿LA INFANCIA ES SIEMPRE LOABLE?

Es más, en la Biblia no siempre se considera el ser «niño» como algo loable. Por ejemplo, Pablo dijo: «Cuando yo era niño, hablaba como niño, pensaba como niño, razonaba como niño; cuando llegué a ser

adulto, dejé atrás las cosas de niño» (1 Corintios 13.11). También previno en contra de la debilidad y de la vulnerabilidad que manifiesta la condición mental de un niño al escribir: «Así ya no seremos niños, zarandeados por las olas y llevados de aquí para allá por todo viento de enseñanza y por la astucia y los artificios de quienes emplean artimañas engañosas» (Efesios 4.14). Se supone que debemos desarrollar madurez, estar alertas, ser entendidos y usar nuestras mentes para descubrir y evitar la astucia de los vientos falsos de doctrina (1 Corintios 14.20). Resulta evidente que no todo lo que compone la identidad de un niño es digno de imitación, especialmente su credulidad.

Por otro lado, Jesús se complacía en presentar a los niños como aquellos que «reciben el Reino». «Les aseguro que el que no reciba el reino de Dios como un niño, de ninguna manera entrará en él» (Marcos 10.15). «Dejen que los niños vengan a mí, y no se lo impidan, porque el reino de los cielos es de quienes son como ellos» (Mateo 19.14). «Les aseguro que a menos que ustedes cambien y se vuelvan como niños, no entrarán en el reino de los cielos. Por tanto, el que se humilla como este niño será el más grande en el reino de los cielos» (Mateo 18.3-4).

Todo parece indicar que el aspecto que Jesús se propone señalar es la humildad. Probablemente no se refiere a que los niños sean humildes por naturaleza, sino que, como niños, representan la humildad. Los niños se sienten felices, en su evidente incapacidad, de tener que depender de sus padres para obtener ayuda. No pueden alimentarse solos. No pueden asearse solos. Al principio necesitan de alguien para poder trasladarse. No saben cómo vestirse o protegerse por su propia cuenta. Dependen completamente de los padres (o de alguien) para recibir cuidados y ver suplidas sus necesidades. Quizás esa sea la «humildad» que Jesús tiene en mente al declarar que es necesario que alcancemos esa condición para «entrar en el reino de los cielos» (Mateo 18.3).

PREOCUPACIONES PARALELAS EN PABLO

Profundizaremos nuestra comprensión acerca de los «niños» y de los

«sabios e instruidos» si consideramos un pasaje de las Escrituras que se relaciona de manera íntima con Lucas 10.22. El pasaje que trata más exhaustivamente este tema es 1 Corintios 1.17–2.16. A modo de ilustración, Pablo cita en 1 Corintios 1.19 el pasaje de Isaías 29.14: «Destruiré la sabiduría de los sabios; la inteligencia de los inteligentes frustraré» (traducción del autor). Las palabras que se utilizan en el original para denotar «sabios» e «instruidos» son las mismas que figuran en Lucas 10.21. Por lo tanto se deduce de la similitud en la terminología, que 1 Corintios y Lucas 10.21-22 abordan el mismo tema: la existencia de un cierto tipo de «sabiduría e instrucción» que provoca el distanciamiento entre una persona y la verdad de Dios.

No sólo eso, sino que Pablo, al igual que Jesús en Lucas 10.21, dice que la sabiduría de Dios permanece oculta. Acabamos de considerar en 1 Corintios 1.19 que Dios intenta «frustrar» la misma sabiduría e inteligencia que Jesús condena en Lucas 10.21. Uno de los medios que Dios utiliza para lograrlo es haciendo que su verdad permanezca oculta de los «sabios y entendidos».

En 1 Corintios 1.21 encontramos otro ejemplo en cuanto a esa preocupación paralela acerca del «ocultar». Pablo nos cuenta que «Dios, en su sabio designio, dispuso que el mundo no lo conociera mediante la sabiduría humana». En otras palabras, Dios en su sabiduría decidió que la sabiduría humana no condujera al conocimiento de Dios. La sabiduría de Dios impuso que él debía esconderse de «la sabiduría [del mundo]».

Nuevamente las palabras de Pablo en 1 Corintios 2.7-8 son: «exponemos el misterio de la sabiduría de Dios, una sabiduría que ha estado escondida y que Dios había destinado para nuestra gloria desde la eternidad. Ninguno de los gobernantes de este mundo la entendió, porque de haberla entendido no habrían crucificado al Señor de la gloria». La sabiduría de Dios no pertenece a este mundo y por eso «los gobernantes de este mundo» no podían verla. Les había sido escondida. Como refirió Jesús, el plan de Dios fue no revelarles a la mayoría de los «sabios e instruidos» en qué consistía su sabiduría (su verdadera identidad). Por lo que Pablo agrega en 1 Corintios 1.26-27: «consideren su propio llamamiento: No muchos de ustedes son sabios, según criterios meramente humanos... Pero Dios

escogió lo insensato del mundo para avergonzar a los sabios». Dios quiso hacer esto: que su «llamamiento» y su obra reveladora les pasara por alto a los «sabios». Eso confirma que Pablo y Jesús abordan de manera similar la revelación de la sabiduría divina que ha sido descubierta a algunos y escondida a otros.

PARA PABLO EXISTEN DOS CLASES DE SABIDURÍA Y DOS CLASES DE SABIOS

Por lo tanto, sería bueno primero comprobar a la luz de la Biblia el pensamiento de Pablo, para así lograr una idea más profunda con respecto al deleite que el Padre y el Hijo hallan en la obra de revelación y encubrimiento que se describe en Lucas 10.21. En 1 Corintios 1.17 Pablo expresa: «Cristo no me envió a bautizar sino a predicar el evangelio, y eso sin discursos de sabiduría humana, para que la cruz de Cristo no perdiera su eficacia». La frase «sin discurso de sabiduría humana» se lee literalmente «no con sabiduría de palabra». Para Pablo el concepto de sabiduría encerraba aspectos negativos y positivos. 1 Corintios 2.6-7 nos declara: «Hablamos con sabiduría entre los que han alcanzado madurez, pero no con la sabiduría de este mundo ni con la de sus gobernantes, los cuales terminarán en nada. ... exponemos el misterio de la sabiduría de Dios». Nos aclara que el predicar a Cristo crucificado es «sabiduría de Dios» (1 Corintios 1.24) y que Cristo es «quien Dios ha hecho nuestra sabiduría». Por lo tanto de acuerdo con el pensamiento de Pablo, existe una sabiduría cuyo sentido es totalmente positivo.

Por otro lado, Pablo considera que existe una sabiduría negativa. «¿Dónde está el sabio? ... No ha convertido Dios en locura la sabiduría de este mundo? ... Los gentiles buscan sabiduría, mientras que nosotros predicamos a Cristo crucificado. ... La locura de Dios es más sabia que la sabiduría humana. ... Hermanos, consideren su propio llamamiento: No muchos de ustedes son sabios, según criterios meramente humanos. ... Cuando fui a anunciarles el testimonio de Dios, no lo hice con gran elocuencia y sabiduría. ... No les hablé ni les prediqué con palabras sabias y elocuentes sino con demostración del

poder del Espíritu. ... Hablamos, no con las palabras que enseña la sabiduría humana sino con las que enseña el Espíritu. ... Si alguno de ustedes se cree sabio según las normas de esta época, hágase ignorante para así llegar a ser sabio. Porque a los ojos de Dios la sabiduría de este mundo es locura. Como está escrito: "Él atrapa a los sabios en su propia astucia" y también dice: "El Señor conoce los pensamientos de los sabios y sabe que son absurdos"» (1 Corintios 1.20,22-23,25-26; 2.1,4,13; 3.18-20). En estas instancias, todos los usos de la palabra «sabiduría» son negativos.

LA SABIDURÍA DE DIOS COMPARADA CON LA SABIDURÍA DEL MUNDO: ¿CUÁL ES LA DIFERENCIA?

¿Cuál es la diferencia entre la sabiduría que Pablo condena y la sabiduría que ama? La respuesta final a esta pregunta deriva de la utilización de los términos que en 1 Corintios describen los dos tipos de sabiduría. Una de ellas se define como la «sabiduría de este mundo» (1.20; 3.19), «sabiduría humana» (2.5), «sabiduría conforme a la carne» (1.26 RVR60) y «sabiduría humana» otra vez (2.13). Tres veces se describe la otra sabiduría como la «sabiduría de Dios» (1.23-24; 2.7) y una sola vez como la «sabiduría no de este siglo» (2.6 RVR60). Por lo tanto, la diferencia final que existe entre estas dos sabidurías es que una es de Dios y la otra del hombre.

¿Cuál es la diferencia entre ellas? Una de las respuestas que se puede dar es considerando lo que se menciona en 1 Corintios 1.17 y 1.23. La sabiduría humana se caracteriza por anular el significado de la cruz de Cristo, mientras que la sabiduría que proviene de Dios lo confirma. Pablo confiesa que si él hubiera predicado según la «sabiduría humana» (traducción literal) «la cruz de Cristo hubiera perdido su eficacia». Agrega que «los gentiles buscan sabiduría [humana]» y por consiguiente consideran que la predicación del evangelio es «locura». Entonces la «sabiduría humana» anula el mensaje de la cruz porque lo concibe como una locura, en tanto que en realidad, la cruz encierra la «sabiduría de Dios» (1 Corintios 1.24).

La cruz marca una división universal entre las dos sabidurías

Podríamos pues decir que una diferencia fundamental entre la sabiduría divina y la sabiduría humana es que la que corresponde a Dios exalta el significado de la cruz, y la humana percibe como ofensivo lo que la cruz representa. ¿Qué simboliza la cruz? La cruz representa la impiedad y la incapacidad del hombre (Romanos 5.6), representa la gracia de Dios (Romanos 3.24) y representa su irreprochable justicia (Romanos 3.25-26). Dicho en otras palabras: la cruz de Cristo ofende al hombre porque humilla su condición y exalta la gracia de Dios. Hace que el ser humano aparezca como dependiente, infantil e impotente y hace que Dios se vea como el ser todo suficiente, todo proveedor y libre que da salvación al pecador.

La cruz de Cristo denota la «sabiduría de Dios» (1 Corintios 1.24) porque en el centro de esa sabiduría descansa su compromiso de confirmar y exaltar la gloria de Dios con el fin de que su pueblo reciba el gozo perpetuo. Podemos ver la gloria de Dios y nuestro gozo en 1 Corintios 2.9, donde Pablo describe que el contenido de la sabiduría de Dios es «lo que Dios ha preparado para los que le aman». ¿Y qué significa eso? Efesios 2.7 responde: «...la incomparable riqueza de su gracia, que por su bondad derramó sobre nosotros en Cristo Jesús». Por lo tanto, la médula de la sabiduría de Dios es la pasión que él siente por desplegar la gloria de su gracia a través de Cristo para el gozo perpetuo de aquellos que creen. En la sabiduría de Dios, la cruz de Cristo ocupa el lugar más importante porque nosotros sólo somos pecadores indignos.

La sabiduría viene de un modo que confunde la jactancia

Por lo tanto, la naturaleza de la sabiduría de Dios determina el modo en que esa sabiduría será revelada y conocida, es decir, de una manera en que doblegue la jactancia en nosotros mismos y nos lleve a gloriarnos en el Señor. También lo vemos en 1 Corintios 3.20-21:

«El Señor conoce los pensamientos de los sabios y sabe que son absurdos. Por lo tanto, ¡que nadie base su orgullo en el hombre!» Dios decide revelar su sabiduría anulando el orgullo y la jactancia del hombre porque el objetivo de la sabiduría divina es exaltar la gloria de la gracia de Dios manifestada en el Cristo crucificado.

Expresándolo en el sentido contrario, Pablo agrega en 1 Corintios 1.30-31 que el Cristo (crucificado) es «a quien Dios ha hecho nuestra sabiduría ... como está escrito: "El que se gloría, gloríese en el Señor"». En otras palabras, la sabiduría de Dios sólo concibe la jactancia en Cristo. La esencia de la sabiduría de Dios es exaltar la gloria de su gracia que ha sido manifestada en la crucifixión de Cristo.

Dios se opone a que el hombre encuentre a Dios por sí mismo

Uno de los versículos más extraordinarios en esta sección, y que mayor similitud muestra con el pasaje de Lucas 10.21 en el que vemos a Jesús deleitándose en que el Padre haya «escondido estas cosas de los sabios e instruidos», es el que revela la esencia de la sabiduría divina. En 1 Corintios 1.21 Pablo dice que: «Dios en su sabio designio, dispuso que el mundo no lo conociera mediante la sabiduría humana». Prestemos atención a la frase «Dios en su sabio designio». Eso significa que la sabiduría de Dios fue la que planeó que el hombre no pudiera llegar a conocer a Dios por medio de su propia sabiduría. Ahora conocemos la razón que llevó a Dios a obrar así. Si el ser humano hubiera podido encontrar y conocer a Dios por medio de su sabiduría e inteligencia, entonces éste podría jactarse de haber atravesado la distancia que separa a Dios del hombre. Y de ese modo el hombre no sólo hubiera superado la distancia entre lo finito y lo infinito, sino también la que existe entre lo santo y lo profano. Para prevenir esta clase de jactancia, Dios no diseñó el mundo de esa manera. «Dios, en su sabio designio, dispuso que el mundo no lo conociera mediante la sabiduría humana.»

Más bien, la sabiduría de Dios determinó otra cosa: que él «tuvo a bien salvar, mediante la locura de la predicación, a los que creen» (1 Corintios 1.21). Las palabras «locura de la predicación» hablan de

la cruz de Cristo: locura ante los ojos de los hombres, sabiduría ante los ojos de Dios. De manera que aquí se pone en contraste el conocimiento de Dios por medio de la sabiduría del mundo y la salvación de Dios por medio de la fe en el mensaje del Cristo crucificado. La cuestión es que no existe conocimiento verdadero de Dios, y no existe salvación, a menos que como niños dependamos de la gracia de Dios en el Cristo crucificado. Si no estamos dispuestos a reconocernos como pecadores impíos e incapaces y clamar para que la gracia de Dios en Cristo tenga misericordia de nosotros, no podremos conocer a Dios o ser salvos por él (que es lo mismo que dijo Jesús en Juan 17.3): «Esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien tú has enviado».

La diferencia última entre la sabiduría del hombre y la sabiduría de Dios

Por lo tanto, podemos concluir que la diferencia última entre la sabiduría divina y la sabiduría humana es ésta: la sabiduría divina tiene como principio, desarrollo y desenlace la supremacía de la gloria de Dios, sin embargo la sabiduría humana se deleita en que el hombre se contemple a sí mismo como ingenioso, autosuficiente, y con la capacidad de decidir por sí mismo, completamente independizado de la gracia de Dios. La sabiduría divina deliberadamente comienza en Dios («El principio de la sabiduría es el temor del Señor»), se sostiene de manera consciente en Dios y tiene como meta predeterminada la gloria de Dios. Cuando la sabiduría divina se revela a los hombres, produce el efecto de humillarnos y darnos la misma perspectiva divina que Dios tiene.

La verdadera sabiduría tiene en cuenta toda la realidad

Expresándolo de otra forma, la sabiduría divina es la verdadera sabiduría, ya que toma en cuenta la realidad de acuerdo con la proporción y la importancia de esa realidad. Cuando Dios no está presente en el

comienzo, el desarrollo y el desenlace del proceso de pensamiento, significa que no estamos pensando con sensatez sino con necedad. La necedad radica en la incapacidad de pensar y actuar de acuerdo con la realidad. La necedad se niega a abrazar los aspectos críticos de la realidad que al fin de cuentas marcan una enorme diferencia. La muy renombrada sabiduría de los hombres que descarta la verdad y el valor de Dios no es sabiduría sino necedad. «Dice el necio en su corazón: "No hay Dios"» (Salmos 14.1; 53.1). «Los necios desprecian la sabiduría y la disciplina» (Proverbios 1.7). «Los necios aborrecerán el conocimiento» (Proverbios 1.22). «Los necios mueren por falta de juicio» (Proverbios 10.21). «Al necio lo engaña su propia necedad» (Proverbios 14.8). Eso significa que ellos no enfrentan la realidad, sino que fundan sus vidas en espejismos e invierten su actividad mental en el intento de persuadirse de que todo eso es real. La esencia de la necedad se halla en apartarse de Dios como la piedra de toque de toda realidad y en edificar una realidad de acuerdo con las propias preferencias. «Necio es el que confía en sí mismo» (Proverbios 28.26).

Volvamos a la pregunta: ¿Por qué se regocijó Jesús?

Ahora sí estamos en condiciones de responder con más certeza la pregunta que surgió al analizar Lucas 10.21. En ese pasaje Lucas relata que Jesús «lleno de alegría por el Espíritu Santo dijo: "Te alabo Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque habiendo escondido estas cosas de los sabios e instruidos se las has revelado a los que son como niños"». A partir de allí (Lucas 10.22) notamos que cuando se refiere a «estas cosas» hace referencia no sólo a la naturaleza verdadera del reino de Dios, sino también a la verdadera identidad de Dios el Padre y Dios el Hijo. De modo que Jesús se alegra de que Dios haya decidido esconder la verdad acerca de Dios a los «sabios e instruidos» y que se la haya revelado a los que son como niños. También hemos considerado que Pablo proclama la misma enseñanza utilizando el término «la sabiduría de Dios». Él, al igual que Jesús, enseña que la voluntad de Dios es que los sabios no lo conozcan a partir de su propia sabiduría, y que la sabiduría de los «sabios e instruidos» sea anulada (1 Corintios 1.19,21).

¿Quiénes son los «niños» a los que Dios se revela?

También hemos analizado la diferencia que existe entre los «sabios e instruidos», a quienes se les esconde la sabiduría de Dios, y los «niños» a quienes les es revelada. Esos niños son aquellos que se saben y sienten incapaces e indignos de recibir cualquier bondad de parte de Dios. Han renunciado a todo orgullo y jactancia. No creen tener los recursos suficientes como para llegar al conocimiento de Dios ni para salvarse a ellos mismos del juicio. Admiten que sin la revelación divina no serían capaces de tener acceso a la más importante de las realidades y que no sabrían cómo vivir de acuerdo con la verdad. Admiten con humildad que si alguna vez llegan a saber quién es Dios en realidad, será debido a la maravillosa obra de la gracia divina a la que Jesús hizo referencia luego de la confesión de Pedro: «No te lo reveló carne ni sangre sino mi Padre que está en los cielos» (Mateo 16.17, RVR95).

Los «niños» que se encuentran de este lado de la cruz saben que dependen por completo de la muerte de Cristo para abrir la puerta que conduce a la sabiduría. Todo acceso a la sabiduría de Dios permanecería interrumpido si no hubiese sido por la muerte expiatoria y sustitutiva de Cristo. Esos «niños» reconocen con anhelo, esperanza y confianza que Cristo es el camino hacia la sabiduría y que él mismo es la suma de todas las sabidurías (1 Corintios 1.30; Colosenses 2.3). Esos son los «espirituales» a los que Pablo se refiere en 1 Corintios 2.15, a los que el Espíritu de Dios ha humillado para que puedan considerar la muerte de Cristo como la gloriosa sabiduría de Dios. A los tales el Padre les revela al Hijo, y el Hijo les revela al Padre. Son los que reciben el mensaje de la cruz porque no es locura para ellos.

¿Quiénes son los «sabios e instruidos» a los que Dios no se revela?

Por el otro lado, los «sabios e instruidos» reciben el «mensaje de la cruz» como una ofensa. Para ellos es sinónimo de locura ya que la cruz pone de manifiesto la incapacidad e indignidad de todos los seres humanos. La cruz exalta la gracia de Dios y socava toda jactancia

excepto la que se relaciona con el Señor. Pero el profundo deleite de los «sabios e instruidos» es el orgullo. Por lo tanto, resisten cualquier pensamiento que contradiga su sentido de autosuficiencia y de ingeniosidad. Quieren recibir el crédito por sus logros intelectuales y también las alabanzas. Su sabiduría consiste en realizar una construcción insólita de la realidad dejando de lado la más importante de las realidades: Dios. La sabiduría de los «sabios e instruidos» no comienza con Dios; no tiene conciencia de que somos sustentados por Dios; y rechaza el propósito que Dios tiene para el universo, que es el de desplegar su gloria. Los «sabios e instruidos» se alegran en la «sabiduría del mundo», cuyo compromiso primordial es el de hacer que el hombre (o la creación) sea la medida de todas las cosas, en lugar de que lo sea Dios, el Creador. Esa sabiduría se pone al servicio del orgullo del hombre y lo confirma por medio de sus logros destacados. Ésta representa a las personas de las que Dios se esconde, de acuerdo con lo que leemos en Lucas 10.21 y 1 Corintios 1.21.

Pablo también enseña que Dios se deleita en esconder la sabiduría de los sabios e instruidos

No es sólo que Dios se esconda, sino que se deleita en hacerlo. Esto lo observamos en Lucas 10.21 (RVR95): «Jesús se regocijó en el Espíritu, y dijo: "Yo te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque escondiste estas cosas de los sabios y entendidos y las has revelado a los niños. Sí, Padre, porque así te agradó"». Jesús se alegró en que el Padre escondiera y revelara estas cosas, y que el Padre encontrara esto «agradable». No obstante, Pablo, en 1 Corintios 1:21 (RVR95), se refiere a la misma cuestión y utiliza la misma expresión con la que Lucas 10.21 denota que esto fue «agradable». «Puesto que el mundo, mediante su sabiduría, no reconoció a Dios a través de las obras que manifiestan su sabiduría, agradó a Dios salvar a los creyentes por la locura de la predicación.» Dios no considera que su sabiduría sea reprochable, reprobable o descorazonadora. Él aprueba lo que su sabiduría dictamina. Así que la sabiduría de Dios dispone que la sabiduría del hombre, que conserva su orgullo, no pueda conocer a Dios;

en su lugar, sólo aquellos que son semejantes a niños y dependen de Cristo pueden llegar a conocer a Dios. Dios se deleita en eso. Eso es «agradable» delante de él.

¿CUÁL ES LA FUENTE DEL DELEITE DIVINO?

Ahora estamos en condiciones de responder a la pregunta: ¿Por qué Dios (Padre, Hijo y Espíritu Santo[11]) se complacen en esconder su identidad de los «sabios e instruidos» y revelarse a los «niños»? El revelarse a sí mismo ante los niños resalta la autosuficiencia de Dios y rebaja la del hombre. Los «niños» no colocan su esperanza en la autosuficiencia sino que ponen su mirada en la gracia de Dios, desviándola de su incapacidad e impiedad. De modo que, el motivo que Dios persigue al revelarse a estas personas es dejar en claro que él lleva a cabo la obra de la revelación y que es digno de confianza. El corazón de un «niño» glorifica la gracia de Dios, mientras que el corazón de «los sabios e instruidos» (como hemos señalado anteriormente) glorifica la autodeterminación y la autosuficiencia del hombre. Por lo tanto, Dios se alegra en revelar su gloria a los «niños» porque son la razón del gozo que Dios experimenta al levantar y desplegar la gloria de su gracia.

Por otro lado, se esconde de los «sabios e instruidos» ya que si ellos accedieran al conocimiento de Dios sin antes haberse convertido en «niños», la gloria de la gracia de Dios se vería oscurecida. No se haría evidente la completa dependencia de Dios que es necesaria para obtener la sabiduría y la salvación. Se jactarían de que fue por su propia sabiduría y según sus propios recursos que encontraron a Dios. Y eso significaría una contradicción para la gran pasión y el enorme compromiso que Dios tiene de exaltarse a sí mismo como el valor supremo que sobrepasa toda sabiduría y todo tesoro.

En cada capítulo de este libro hemos visto esa profunda pasión de

11. Lucas 10.21 expone con claridad que el Espíritu Santo participa en este deleite. El pasaje dice: "Jesús, lleno de alegría por el Espíritu Santo". Menciono este pasaje con el fin de demostrar que el gozo de Cristo en el acto del Padre de revelar y esconder era suscitado y por lo tanto aprobado por el Espíritu.

Dios. Isaías 2.17 también nos la muestra con claridad: «La altivez del hombre será abatida, y la arrogancia humana será humillada. En aquel día sólo el Señor será exaltado». El propósito de Dios a través de la creación y la redención es humillar la soberbia del hombre y exaltar la gracia de Dios. Por lo tanto, él se complace en todo aquello que contribuya a este fin, incluso en el acto de esconderse de «los sabios e instruidos» que se sienten ofendidos por la cruz de Cristo y que se jactan de su conocimiento. A los tales les dice: «A menos que ustedes cambien y se vuelvan como niños, no entrarán en el reino de los cielos» (Mateo 18.3).

ESTOS ACTOS DE ESCONDERSE Y REVELARSE EXALTAN LA GRACIA DE DIOS Y TRAEN ALEGRÍA AL PUEBLO DEL SEÑOR

La sabiduría de Dios al diseñar las cosas logra no sólo la meta de que Dios sea exaltado sino que también provoca máxima alegría en el pueblo de Dios. El gozo supremo se encuentra en Dios. El Salmo 16.11 refleja esa verdad: «Me has dado a conocer la senda de la vida; me llenarás de alegría en tu presencia, y de dicha eterna a tu derecha». El gozo pleno y el gozo eterno no pueden ser mejorados. Nada puede completar lo que ya está pleno, y nada puede extender el tiempo de lo que es eterno. Y ese gozo se debe a la presencia de Dios. No es un logro humano. Por lo tanto, si Dios quiere amarnos infinitamente y hallar en nosotros un deleite pleno y eterno, entonces debe preservar lo único que nos colma de satisfacción eterna. Eso es la presencia y la dignidad de su gloria. Solo él es la fuente de deleite pleno y duradero. Por eso, el compromiso de confirmar y extender su gloria no es vano, sino virtuoso. Dios es el único ser para quien la autoexaltación constituye un acto de infinito amor. Si él decidiera revelarse a los altivos y autosuficientes y esconderse de los humildes y dependientes, estaría menospreciando la misma gloria cuya dignidad constituye el fundamento de nuestro gozo. Por consiguiente, el deleite que Dios tiene en esconderse de «los sabios e instruidos» y en revelarse a los «niños» es el placer de Dios en su gloria y en nuestro gozo.

¿HAY ALGUNA CONDICIÓN NATURAL QUE SEA MÁS ACEPTABLE QUE OTRA?

Debemos plantearnos una pregunta difícil: ¿Quiero decir con esto que Dios considera un condición natural de la humanidad caída más aceptable que otra? ¿Estamos afirmando que el ser «sabios e instruidos» no nos hace aptos para gozar de la obra salvadora de Dios, pero que ser personas sin estudios e ignorantes nos hace más aptos para recibir la gracia de Dios? No. Yo no dije eso. Ni Jesús ni Pablo dijeron que ser como un «niño» fuera una condición natural separada de la obra de la gracia de Dios. Aun cuando Pablo escribe que «Dios escogió lo insensato del mundo para avergonzar a los sabios, y escogió lo débil del mundo para avergonzar a los poderosos», no está diciendo que estos «insensatos» o «débiles» hubiesen sido naturalmente capacitados por su gracia por encima de los «sabios» y «fuertes». Ni tampoco quiere decir que los débiles e insensatos no sean muchas veces orgullosos y presuntuosos.

Lo que Pablo intenta comunicar es que, de acuerdo con las expectativas normales del hombre, uno debería suponer que Dios puede mostrar su favor a aquello que es estimado delante de los ojos del mundo (los «sabios» y los «fuertes»). Sin embargo, Dios decide manifestar su libertad soberana yendo en contra de las expectativas normales del hombre. Muchos de los que elige son débiles e insensatos y otros son sabios y fuertes. Ambos se encuentran en la misma condición delante de Dios: son indignos e incapaces de conocer a Dios por ellos mismos. Pablo deja eso en claro en 1 Corintios 2:14 (RVR95): «El hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura; y no las puede entender, porque se han de discernir espiritualmente». El «hombre natural» puede ser «sabio» o «insensato» por naturaleza (con estudios o sin estudios, fatuo o inteligente). Ambos son espiritualmente incapaces de conocer a Dios. Ambos están tan empeñados en conducir su propia vida y en exaltarse a sí mismos que eso les impide ver que el «morir a uno mismo» que nos propone la cruz es la verdad y la sabiduría de Dios. Ninguno de ellos es «niño» en el sentido en que Jesús habla en Lucas 10.21, ni tampoco «espiritual» en el sentido que Pablo lo señala en 1 Corintios 2.15.

Dios elige revelarse al que él quiere, y eso incluye a ambos, los sabios y los ignorantes, que son igualmente indignos de su gracia. Su sabiduría es la que dicta a quién elegir para frustrar permanentemente el orgullo del sabio y el orgullo del insensato. Cierra la boca de los sabios al pasar por alto a muchos de ellos. Sin embargo, escoge a algunos sabios para asegurarse de que todos (incluso los débiles e insensatos) puedan contemplar la libertad de su obra. Dios no está encerrado entre los débiles e insensatos. Él simplemente va en contra de los porcentajes que los hombres esperarían encontrar en sus elecciones, de modo que resulte evidente que él no está en deuda con los logros del intelecto humano, ni tampoco con la debilidad del hombre. Sin embargo, nada le impide transformar a los «sabios» en «niños».

Si alguna persona comienza a jactarse acerca de que su ignorancia ha sido la que lo capacitó para recibir el regalo de la salvación, ése también puede ser pasado por alto. La ignorancia no garantiza un lugar más cómodo en la mesa, y la inteligencia, en sí misma, no excluye a nadie de la mesa. Dios llama a quien él quiere, y el llamado poderoso de Dios puede convertir tanto a sabios como a insensatos en «niños», para que por la fe sean transformados en adecuadas vasijas para recibir la gracia. El corolario humano para la gracia divina no es la sabiduría ni tampoco la ignorancia, sino la dependencia de la gracia. Y eso surge como resultado del llamado misericordioso de Dios.[12]

LOS «SABIOS E INSTRUIDOS» NO SON LOS CULTOS NI LOS «NIÑOS» SON LOS INCULTOS

Todo lo que hasta ahora hemos visto implica, entonces, que los términos «sabios e instruidos» y «niños» que se mencionan en Lucas 10.21 no corresponden simplemente a personas «cultas» e «incultas». Lo que Jesús quiere transmitir no es que los que no estudian pueden alcanzar la gracia de la revelación y que los que estudian no pueden. Por decirlo de otra manera, hay «niños» dentro de los sabios y hay presuntuosos dentro de aquellos que no tienen educación. Norval

12. Para una base bíblica en cuanto a esta perspectiva del llamado y la elección de Dios, ver en especial el capítulo 5.

Geldenhuys no se equivoca al hacer este comentario acerca del pasaje de Lucas 10.21:

> El contraste que el Salvador señala no es entre los «cultos» y los «incultos» sino entre aquellos que se creen sabios y sensatos e intentan someter las verdades bíblicas a la prueba del intelecto y emitir un juicio de acuerdo con las ideas que ellos mismos han concebido, y aquellos que viven bajo la profunda impresión de que sus propias ideas y sus propios razonamientos no sirven para entender y aceptar las verdades de Dios. Generalmente las personas «incultas» creen que siempre tienen la razón en lo que concierne a asuntos espirituales, y por el otro lado, el carácter de muchos de los más entendidos es humilde y semejante al de un niño que acepta sin reservas las verdades del evangelio. Jesús no establece el contraste entre personas instruidas y aquellas con escasa preparación sino entre las personas con una actitud equivocada y autosuficiente y aquellas que presentan una actitud correcta y semejante a la de un niño.[13]

SI EL CARÁCTER DE LA REVELACIÓN DE DIOS ES SOBRENATURAL, ¿POR QUÉ DEBEMOS REALIZAR INVESTIGACIONES VALIÉNDONOS DE MEDIOS NATURALES?

Esto nos conduce a otra pregunta. Si la educación es algo legítimo, ¿cómo se relaciona el uso de la mente con la revelación de Dios que va más allá de esa capacidad mental? Al hablar de «revelación de Dios» no hago alusión sólo al depósito objetivo de la verdad inspirada por Dios en la Biblia o a los indicadores de la naturaleza que señalan a Dios. Me refiero a la acción de Dios que Lucas 10.22 menciona. Jesús dijo: «Mi Padre me ha entregado todas las cosas. Nadie sabe quien es el Hijo, sino el Padre, y nadie sabe quien es el Padre, sino el Hijo y

13. Norval Geldenhuys, The Gospel of Luke [El Evangelio de Lucas] (Grand Rapids: Wm. B. Eerdmans Publishing Company, 1977), 306-307.

aquel a quien el Hijo quiera revelárselo». Me refiero a la obra de Dios que Jesús mencionó en Mateo 16.17: «Dichoso tú, Simón, hijo de Jonás –le dijo Jesús–, porque no te lo reveló ningún mortal, sino mi Padre que está en el cielo». Si Dios debe revelarnos al Hijo de manera sobrenatural, y el Hijo debe revelarnos al Padre, entonces, ¿por qué buscamos el conocimiento y los caminos de Dios a través de medios naturales como lo son el estudio y la investigación?

La respuesta es que Dios no desea revelarse «inesperadamente», sino en y por medio de la atención a la palabra de Dios, escrita, objetiva e histórica, que describe a ese Cristo histórico y encarnado. Eso lo veo, por ejemplo, en 2 Timoteo 2.7 (DHH), en donde Pablo le escribe a Timoteo: «Piensa en esto que digo, porque el Señor te lo hará comprender todo». Notemos la exhortación a pensar que le hace a Timoteo. Fijémonos que él debe enfocar su pensamiento, según lo que Pablo «dice», en la Palabra escrita. Y por último, veamos que Pablo no enseña que ese pensamiento deba reemplazar la obra «reveladora» de Dios, sino que Dios realizará la obra en y por medio del pensamiento. «Piensa... y el Señor te lo hará entender todo». Dios le «hará entender todo» cuando el hombre decida poner manos a la obra y desarrollar el pensamiento con respecto a Dios, basándose en su Palabra. Es un regalo que Dios concede. No se trata de un mero descubrimiento humano. Por lo tanto, estaríamos equivocados si dijéramos que la labor de la mente y la obra de la revelación divina son diferentes alternativas o adversarios. Van de la mano.

También podemos advertir eso en el pasaje de Proverbios 2.2-6: Si «tu oído inclinas hacia la sabiduría y de corazón te entregas a la inteligencia; ... si pides discernimiento, si la buscas como a la plata, como a un tesoro escondido, entonces comprenderás el temor del Señor y hallarás el conocimiento de Dios. Porque el Señor da la sabiduría». La estructura de este pasaje es similar a la de 2 Timoteo 2.7. Culmina con la promesa de que «el Señor da la sabiduría». No es el mero producto del esfuerzo del hombre. Sin embargo, es un regalo que resulta de una búsqueda diligente, como la de un avaro que anhela encontrar plata o un tesoro. Parece ser que Dios uniera, en lugar de separar, los conceptos de «revelación» de sí mismo, y de estudio formal de lo que él ha mostrado de sí mismo en su Palabra y en el mundo.

Cuando Pedro reconoció que «Cristo era el Hijo del Dios viviente», y se le atribuyó esta revelación a la obra del Padre (Mateo 16.17), él no ignoraba los hechos con respecto a Jesús. La revelación no surgió «inesperadamente». Él había contemplado y escuchado a Jesús, había invertido tiempo en «conocer» al Cristo que había visto con sus ojos y oído con sus oídos y comprendido, en cierta forma, por el uso de su mente. En y a través de este modo natural de «conocer» el Padre le había revelado aquello que él no hubiese sido capaz de entender sin la ayuda divina.

De este modo, en la auténtica necesidad que supone la «revelación» sobrenatural de Dios acerca de la verdadera identidad del Padre y del Hijo, no significa que el estudio y la educación no jueguen un rol importante. Las Escrituras no nos dan pruebas para creer que Dios nos revela a Cristo en forma independiente del conocimiento que podamos obtener de él a través de la predicación, la enseñanza, la lectura o el estudio. Ésa es la suposición que sustenta la necesidad de las misiones mundiales, de la enseñanza y del ministerio de predicación de la iglesia. Dios no revela a Cristo sin explicaciones y declaraciones objetivas en cuanto a su personalidad. Dios desea que el Jesús concreto, objetivo y memorable que aparece en la Biblia sea glorificado, y por consiguiente la obra «reveladora» se realiza por medio del conocimiento más natural que se puede obtener de Cristo, que es a través de su Palabra y teniendo en cuenta la historia. Eso hace que la obra que la mente realiza al leer, estudiar e investigar sea de suma importancia.

¿Entonces podemos o no conocer a Dios a través de medios ordinarios?

Al llegar a este punto, surge otro problema. La Biblia parece decir que las personas pueden acceder al conocimiento de Dios a través de medios ordinarios y a la vez declarar que no es posible conocer a Dios valiéndonos de esos medios. ¿Qué explicación tenemos? Aparentemente la contradicción más clara deriva de la tensión que encontramos entre Lucas 10.22 y Romanos 1.21. En Lucas 10.22 Jesús declara: «Nadie sabe ... quien es el Padre sino el Hijo, y aquel a

quien el Hijo quiera revelárselo». Y en Romanos 1.21, hablando acerca de todos, Pablo dice: «A pesar de haber conocido a Dios, no lo glorificaron como a Dios ni le dieron gracias». Ese versículo hace referencia al conocimiento de Dios que todos los hombres tienen a través de la naturaleza: «Lo que se puede conocer acerca de Dios es evidente para ellos, pues él mismo se los ha revelado. Porque desde la creación del mundo las cualidades invisibles de Dios, es decir, su eterno poder y su naturaleza divina, se perciben claramente a través de lo que él creó, de modo que nadie tiene excusa» (Romanos 1.19-20). Así que mientras Romanos expresa que todos los hombres conocen a Dios, Lucas declara que los únicos que conocen a Dios son los que obtienen la revelación del Hijo. ¿De qué manera podemos conciliar *esos pasajes?*

El conocimiento de los hechos contrapuesto al conocimiento de la gloria

La respuesta emerge en el momento en que nos damos cuenta de que Pablo en Romanos 1.28 reconoce que en cierto modo los hombres no conocen a Dios: «Como estimaron que no valía la pena tomar en cuenta el conocimiento de Dios, él a su vez los entregó a una mente depravada» (traducción del autor). Conocían a Dios en cierto modo (Romanos 1.21), sin embargo en otro modo no lo conocían, ya que sus corazones no querían que Dios formara parte de su conocimiento. Ellos desaprobaron lo que vieron de él. Como dice Romanos 1.18: «con su maldad obstruyen la verdad». Por lo tanto, podemos distinguir dos formas de pensar acerca del conocimiento de Dios. Una de ellas es que la mente tome ciertos hechos relevantes acerca de Dios, que bien sopesados, le proporcionan una visión acertada de Dios. Podemos desestimar o suprimir esta clase de conocimiento, aun de manera inconsciente.

La otra forma de pensar acerca del conocimiento de Dios es que la mente puede realizar una evaluación correcta de lo que Dios ha revelado de sí mismo a través de la naturaleza y de su Palabra. Este modo de conocer proporciona un conocimiento de Dios de acuerdo

al abanico completo de la verdad, incluyendo sus valores, su existencia y sus atributos externos. Su belleza moral (su gloria) es parte de la realidad de Dios y solamente se la puede conocer correctamente después de haberla evaluado adecuadamente. Esta es la esencia del conocimiento de Dios que debe ser revelada al hombre caído. Nunca comprenderemos el significado verdadero de la belleza y el valor de Dios sin que él se revele a sí mismo inmediata y sobrenaturalmente (Mateo 16.17; Lucas 10.22).[14]

BUSCAR EL CONOCIMIENTO DE DIOS COMO UN MINERO QUE BUSCA ORO

Eso implica que nuestra actitud frente al conocimiento debe ser manifestar el deseo de investigar todas las obras divinas, todos los trazos de la influencia divina, todas las pruebas y todos los indicadores que por medio de la naturaleza y de la Palabra nos conducen a Dios. Porque Dios que ha ordenado que «conociéramos la gloria de Dios que resplandece en el rostro de Cristo» (2 Corintios 4.6), hace que su luz brille con un resplandor que se hace evidente en y a través de la comunicación objetiva e histórica de sí mismo por medio de sus hechos y palabras. Dios no se deleita sólo en ser conocido y amado de manera abstracta y sin relación con la obra de la creación y la historia de la redención. Dios creó el mundo y ha intervenido en la historia de modo que no se ignoren sus hechos. Cristo no se hizo hombre de modo que su vida y su obra, registradas en un libro, fueran ignoradas a favor de una desviación mística hacia Dios. Eso no honraría al Cristo de la historia.

14. Para un estudio más completo y más profundo acerca del gran tema de la obra inmediata de Dios en el alma al concederle la luz de la gloria de Cristo, ver los sermones de Jonathan Edwards acerca de Mateo 16.17, "A Divine and Supernatural Light, Immediately Imparted to the Soul by the Spirit of God, Shown to be Both a Scriptural and Rational Doctrine" [Luz sobrenatural y divina, impartida de inmediato al alma por medio del Espíritu de Dios, que manifiesta ser a la vez una doctrina escritural y racional], en The Works of Jonathan Edwards, 2, ed. Edward Hickman (Edinburgh: Banner of Truth Trust, 1974), 12-17. Ver también su sermón acerca de 1 Corintios 2.14, "A Spiritual Understanding of Divine Things Denied to the Ungenerate" [Una comprensión espiritual de las cosas divinas negadas a los no regenerados] en Sermons and Discourses 1723-1729, ed. Kenneth Minkena, The Works of Jonathan Edward, 14 (New Heaven: Yale University Press, 1997) 70-96.

LA «REVELACIÓN» SIN ANÁLISIS PUEDE SER EL ESPÍRITU DEL ANTICRISTO

¿Acaso no resulta notable que se describa al espíritu del anticristo como un ataque a la singularidad de la existencia e importancia histórica de Jesucristo? Como leemos en 2 Juan 1.7: «Han salido por el mundo muchos engañadores que no reconocen que Jesucristo ha venido en cuerpo humano. El que así actúa es el engañador y el anticristo». Por lo tanto, una persona que busca el conocimiento de Dios o del Hijo de Dios minimizando la importancia de la realidad objetiva, histórica, natural, humana y fáctica, en realidad no va hacia Cristo, sino hacia el anticristo. En este capítulo hemos visto que el conocimiento de Dios y del Hijo de Dios (el conocer verdaderamente quienes son) constituye un regalo de Dios y un fruto de la observación del hombre. El conocer a Dios en su plenitud requiere una revelación sobrenatural directa y una seria reflexión de la mente. El verdadero conocimiento de Dios proviene de la luz espiritual y de un trabajo disciplinado y cuidadoso. Resulta esencial aprender a orar y a leer.

LAS DOS PUNTAS DEL CONOCIMIENTO SE AJUSTAN AL PROPÓSITO DE DIOS DE DESPLEGAR SU GLORIA

Esta manera de conocer a Dios a través de dos puntas distintas no es arbitraria. Corresponde al propósito último de Dios de regocijarse en ser glorificado como libre y soberano en su dominio sobre todo conocimiento y como el diseñador, creador y sustentador del universo y de la historia, junto con Jesús, el Hijo encarnado que es el centro de todas las cosas. Dentro de toda la realidad susceptible de ser conocida, Dios es único. No es posible aprender lo que él es como si fuera la tabla periódica o una tabla de multiplicar. Sólo es posible conocerlo como aquel que tiene el control de todo lo cognoscible. Dios no es un ser que se encuentre a disposición de la mente humana. Se da a conocer cuando él quiere. Aun así, en y por medio de la realidad creada podemos conocerlo, ya que son instancias a las que podemos acceder en lo natural. Por consiguiente, la gloria de Dios no es más

exaltada porque conozcamos a Dios aparte de la lectura, el estudio y la observación, sino cuando conocemos a Dios a partir de su revelación misericordiosa y gratuita, en y a través de una seria observación y meditación en sus obras y en la Palabra a lo largo de la historia.

MUCHOS LLAMADOS BÍBLICOS A LA MEDITACIÓN DE LA PALABRA

Por esa razón encontramos en la Biblia tantos llamados a meditar en la palabra de Dios escrita y a orar para que Dios realice en nuestros corazones su obra reveladora.

> Recita siempre el libro de la ley y medita en él de día y de noche (Josué 1.8)
> En la ley del Señor se deleita, y de día y noche medita en ella (Salmo 1.2)
> ¡Cuánto amo yo tu ley! Todo el día medito en ella (Salmo 119.97)
> En tus preceptos medito, y pongo mis ojos en tus sendas (Salmo 119.15)
> Yo amo tus mandamientos, y hacia ellos elevo mis manos; ¡quiero meditar en tus decretos! (Salmo 119.48)
> Se anticipan mis ojos a las vigilias para meditar en tu promesa (Salmo 119.148)
> Traigo a la memoria los tiempos de antaño; medito en todas tus proezas, considero la obra de tus manos (Salmo 143.5)
> Los que viven conforme a la naturaleza pecaminosa fijan la mente en los deseos de tal naturaleza; en cambio, los que viven conforme al Espíritu fijan la mente en los deseos del Espíritu (Romanos 8.5)
> Concentren su atención en las cosas de arriba, no en las de la tierra (Colosenses 3.2)

AMBAS, NO UNA O LA OTRA: MEDITACIÓN Y SÚPLICA

Textos como éstos son los que explican por qué Benjamín Warfield quedó consternado al observar a aquellos que clamaban por iluminación divina por encima de la observación de la Palabra de Dios y la reflexión seria e intelectual sobre lo que ella dice. Hasta su muerte en el año 1921, durante treinta y cuatro años Warfield fue profesor del Seminario de Princeton. En 1911 se dirigió a sus estudiantes con el siguiente discurso: «Oímos decir muchas veces que diez minutos de rodillas transmiten un conocimiento más profundo, verdadero y vigoroso de Dios que diez horas de estudio, "¡Qué! –es la respuesta adecuada– ¿diez minutos de rodillas más que diez horas de estudio?"»[15]

Así es, ambos, y no uno u otro. Con la misma frecuencia con que nos instamos a nosotros mismos meditar en la palabra de Dios escrita y objetiva, debemos orar para que Dios haga lo que la meditación de nuestro corazón no puede lograr por sí misma. «Ábreme los ojos, para que contemple las maravillas de tu ley» (Salmo 119.18). Si Dios no lleva a cabo la obra en los «ojos del corazón», no podremos ver en su Palabra sus maravillas ni los eventos que allí se relatan podrán darnos una verdadera captación de Dios. Por lo cual, Pablo intercedió en Efesios 1.18-19 para que Dios efectuara la obra en los ojos del corazón: «Pido también que les sean iluminados los ojos del corazón para que sepan a qué esperanza él los ha llamado, cuál es la riqueza de su gloriosa herencia entre los santos y cuán incomparable es la grandeza de su poder a favor de los que creemos». Un verdadero y correcto conocimiento espiritual de las cosas no es fruto de la mera observación del hombre, sino de la iluminación divina. De modo que, tanto la meditación como la súplica por misericordia divina son esenciales.

15. Benjamín Warfield, "The Religious Life of Theological Students" [La vida religiosa de los estudiantes de teología], en The Princenton Theology, ed. Mark Noll (Grand Rapids: Baker Book House, 1983), 263.

JONATHAN EDWARDS: LA VERDAD ES UN DON SOBRENATURAL Y TAMBIÉN EL RESULTADO DEL ESTUDIO

Por esta razón, Jonathan Edwards, el gran pastor-teólogo del siglo XVIII en Nueva Inglaterra, no sólo enseñó acerca de la «absoluta impotencia y entera incapacidad que el hombre tiene para conseguir la más mínima medida del conocimiento que salva»[16], sino que también enfatizó la importancia vital que tiene que cada persona «pueda obtener el conocimiento de los asuntos divinos que esté dentro de sus facultades, aún un conocimiento doctrinal de los principios de la religión cristiana»[17]. No implica una contradicción, dijo, el que nosotros tengamos que depender de Dios para contemplar la verdadera gloria de Cristo y que aún así tengamos que esforzarnos para conocer la Palabra: «Debemos invertir mucho tiempo en la meditación; debemos meditar día y noche en la Palabra de Dios (Salmo 1.2). La ley de Dios debe ser nuestra compañía constante al conversar, al acostarnos y levantarnos, y en dondequiera que estemos».[18]

LA ESTIMA QUE LUTERO MOSTRABA CON RESPECTO A LA DEPENDENCIA DE DIOS AL REALIZAR ESTUDIOS

Nadie ha trabajado más duro para cultivar la costumbre de meditar en la Palabra que Martín Lutero. Todavía podemos escuchar lo que en el año 1518 refirió en cuanto a la importancia de la oración y la dependencia de la obra divina en el proceso de conocer a Dios:

> Es verdaderamente cierto que no se puede penetrar en las Sagradas Escrituras a través del estudio y del talento. Por consiguiente, la principal tarea es orar, y orar en el sentido de que, si le place a Dios el lograr algo para su gloria (no para nuestra gloria ni la de otra persona), se digne concedernos una fiel comprensión de sus palabras.

16. Jonathan Edwards, "A Spiritual Understanding of Divine Things Denied to the Unregenerate" [Una comprensión espiritual de las cosas divinas negadas a los no regenerados], 91.
17. Ibíd., 92.
18. Ibíd., 95.

> No existe otro maestro fuera del Autor de estas palabras: «Y serán todos enseñados por Dios» (Juan 6.45). Por lo tanto, debemos perder completamente la esperanza con respecto a nuestra propia habilidad y aplicación, y confiar completamente en la inspiración del Espíritu.[19]

UNA RAZÓN CONVINCENTE PARA LA CAPACITACIÓN RIGUROSA DE LA MENTE

A menudo hemos exaltado esta verdad, hasta el punto de excluir la necesidad de una labor intelectual. Y esto ha hecho que muchas veces permanezcamos ciegos ante el rol indispensable de la educación. Al referirnos a la meditación seria, muchas veces hemos menoscabado la importancia que tiene la educación en el proceso del desarrollo de este hábito. Y existe una razón esencial y convincente que nos lleva a reflexionar acerca del sentido de la educación (la formación rigurosa de la mente) y es la necesidad de su existencia para que una persona pueda leer y entender la Biblia.[20]

Esto parece demasiado obvio como para resultar útil o convincente. Sin embargo, es porque damos por sentado el contar con la maravillosa posibilidad de leer, o, aun más, porque es muy escasa nuestra comprensión acerca del tipo de razonamiento que requiere un pasaje complejo de la Biblia.

El libro de Hebreos, por ejemplo, contiene debates sobre textos del Antiguo Testamento que desafía el intelecto del hombre. Los puntos que el autor señala dependen de comentarios bíblicos a los que sólo se puede acceder a través de una lectura minuciosa y no por medio de una hojeada a la ligera. Asimismo, la comprensión de las interpretaciones que el libro de Hebreos propone en relación con los

19. Ewald M. Plass, comp., What Luther Says: An Anthology [Lo que dice Lutero: una antología], 1 (St. Louis: Concordia Publishing House, 1959), 77. Lutero presentó tres reglas para hacer teología: "Quiero que sepan cuál es la forma correcta de estudiar teología: Yo mismo he puesto en práctica este método. ... A continuación encontrarán tres reglas. A menudo se hallan en los Salmos [119]. Son las siguientes: Oratio, meditatio, tentatio [Oración, meditación, juicio]". What Luther Says [Lo que dice Lutero], 3, 1359.
20. Los párrafos siguientes en cuanto a la educación son una adaptación de los que he escrito en el capítulo 25 de A Godward Life, Book One [Una vida guiada por Dios, Libro uno] (Sisters, Ore: Multnomah Publishers, 1997), 81-83.

sucesos del Antiguo Testamento requiere de un esfuerzo mental y de un pensamiento preciso. Se podría decir lo mismo de libros como Romanos y Gálatas, que proponen la exposición de amplios debates.

Éste es un argumento más que suficiente para animarnos a inculcar en nuestros hijos la búsqueda de una formación disciplinada y rigurosa, que apunte a permitirles discernir los pensamientos que un autor manifiesta a través de un texto, en especial a través de los textos bíblicos. Deben adquirir conocimientos sobre el abecedario, el vocabulario, la gramática, la sintaxis, y los rudimentos de la lógica y de la manera en que las oraciones y los párrafos se relación entre sí para alcanzar significado.

La razón por la que siempre los cristianos han fundado escuelas dondequiera que establecieron iglesias es porque se nos conoce como el pueblo «del Libro». Sin la oración y sin el Espíritu Santo, el Libro nunca tendrá los efectos adecuados. No es un libro de texto para armar debates; se trata de una fuente que sacia la sed espiritual, que provee alimento para el alma. Es la revelación de Dios, un poder vivo y una espada de doble filo. No obstante, nada de esto modifica el hecho de que, sin una disciplina orientada a la lectura, la Biblia es tan impotente como cualquier otro papel. Alguien nos la puede leer; sin embargo, sin lectura, el sentido y el poder de la Biblia permanecerían encerrados.

La habilidad para leer no está dada por la intuición. Debe aprenderse. Y el aprender a leer con entendimiento es un trabajo de toda la vida. Las implicancias para los cristianos son enormes. El objetivo principal de la escuela es educar la mente mediante el desarrollo de una disciplina de lectura atenta. La iglesia de Cristo se debilita cuando su pueblo asume la postura de que es más humilde, democrático y pertinente brindar una educación practica que no involucre la formación rigurosa de la mente en cuanto a pensar arduamente e interpretar el significado de textos complejos.

La importancia de poder ganarse la vida no es ni remotamente comparable con la importancia que tiene el que la próxima generación pueda comprender el significado de la palabra de Dios. Necesitamos una educación que, sujeta a Dios, dé una importancia especial al conocimiento del significado que tiene el libro de Dios y al desarrollo de habilidades que permitan develar estas riquezas durante el resto de

la vida. Sería mejor pasar hambre por falta de alimentos que fracasar en la comprensión de la palabra de Dios.

CUIDADO CON ATACAR LA ENCARNACIÓN Y LA INSPIRACIÓN

Menospreciar el trabajo mental que supone la lectura y la comprensión de lo que leemos es un ataque contra los métodos de Dios de encarnación e inspiración. Creemos que Dios no sólo se humilló a sí mismo en la encarnación del Hijo, sino también en la inspiración de las Escrituras. El pesebre y la cruz no fueron sensacionales. Tampoco la gramática y la sintaxis. Sin embargo, Dios eligió revelarse por medio de ellos. Un pobre campesino judío y una frase preposicional tienen esto en común: ambos son humanos y ambos son comunes. Nada modifica el hecho de que ese campesino pobre haya sido Dios y que la frase prepositiva sea la palabra de Dios. Por lo tanto, si Dios se humilló al tomar la forma de hombre y al adquirir el idioma del hombre, ¡ay de nosotros si con arrogancia nos tomamos la libertad de ignorar la humanidad de Cristo y la gramática de las Escrituras!

EL CAMINO DE LUTERO HACIA EL PARAÍSO

La historia nos enseña que la gloria del evangelio se desentraña por medio de la atención rigurosa que se presta a los detalles puntuales del texto y del contexto bíblico. Por ejemplo, Martín Lutero descubrió en 1518 el evangelio de la justicia de Dios. Veintisiete años después, un año antes de su muerte (5 de marzo de 1545) escribió contando la lucha que esto significó. Él nos muestra el valor inconmensurable que tiene el estudio cuidadoso y el pensamiento exhaustivo:

> Fue una simple palabra en [Romanos 1.17]: «En él la justicia de Dios se descubre»... la que se cruzó en mi camino. Detestaba la frase «la justicia de Dios» que... me había sido enseñada y que debía comprender en su sentido filosófico bajo la clasificación de justicia formal o activa, como la llaman, con la que Dios es justo

> y castiga al pecador impío. ... No obstante, me quedé en ese pasaje y de manera insistente le golpeé la puerta a Pablo, deseando ardientemente saber qué era lo que San Pablo quería.
> Finalmente, meditando de día y de noche, y por la misericordia de Dios, tuve en cuenta el contexto de las palabras. ... Allí comencé a entender [que] la justicia de Dios es aquella por la cual el justo vive por don de Dios, es decir, por la fe. ... «Mas el justo vivirá por la fe». En ese momento sentí que había nacido completamente de nuevo y que por las puertas abiertas había entrado al mismo paraíso.[21]

El camino al paraíso, según Martín Lutero, consistió en golpear con insistencia en el texto griego de Romanos 1.16-17 hasta que la puerta se abrió de golpe. No cabe duda de que fue Dios el que en esta instancia dio un gran paso adelante y se reveló a Lutero de la manera en que se había revelado a Pedro (de acuerdo con Mateo 16.17). No fue algo inesperado. Sucedió en y por medio de la labor mental de la observación y el análisis objetivo e histórico del texto, saturado de oración. Esa fue la experiencia que abrió las puertas del cielo.

La necesidad de cultivar la esfera de la mente

Por consiguiente, si el evangelio debe conservarse por el bien de la iglesia de Cristo, y si a Dios se lo debe conocer por lo que verdaderamente es, necesitaremos cultivar una intelectualidad que aprecie y proteja el estudio minucioso. No todos debemos concentrarnos en lo mismo. No obstante, algunos han sido llamados a realizar esa tarea de forma exacta y regular. Por ello el Nuevo Testamento llama a algunos, no a todos, para que sean maestros (Efesios 4.11; Santiago 3.1) y habla de los ancianos, señalando que «dedican sus esfuerzos a la predicación y a la enseñanza» (1 Timoteo 5.17).

21. John Dillenberger, ed., Martin Luther: Selections from His Writings [Martín Lutero: Selección de sus escritos] (Garden City: Doubleday and Co., 1961), 11-12 (itálicas del autor).

La estima de Wesley por la necesidad de la lectura

John Wesley, uno de los líderes del gran avivamiento que tuvo lugar en Inglaterra hace 250 años, no fue un habitante aislado en una torre de marfil. Recorrió 400.000 kilómetros a caballo y predicó 40.000 sermones. Normalmente comenzaba al amanecer y predicaba tres sermones diarios. Abrió clínicas para los pobres, encontró cura para enfermedades, escribió en su diario sin parar, y dejó escritos 500.000 tratados, folletos y sermones. Pese a todo su activismo, el consejo que le dio a otro predicador muestra la gran estima que sentía por cultivar la esfera de la mente.

> Aquello que te ha perjudicado en el pasado, mejor dicho y según temo, hasta este día, es la carencia de lectura. Jamás conocí a un predicador que leyera tan poco. Y quizás, por descuidarla, has perdido el gusto por la lectura. De ahí que no aumenta tu talento para predicar. Es el mismo que hace siete años. Resulta dinámico, pero no profundo; hay poca variedad; no sigue un hilo de pensamientos. Solamente la lectura, junto con la meditación y la oración diaria, puede suplir esto. Te haces un gran daño al omitirlo. Sin esto nunca serás un predicador profundo ni un cristiano concienzudo. ¡Comienza! Separa un tiempo del día para ejercitarte en lo privado. Puedes adquirir el gusto que no tienes: al principio te resultará tedioso; sin embargo llegará a ser agradable. Te guste o no, lee y ora a diario. Es por tu bien: no existe otra manera: de lo contrario serás un predicador insignificante y muy superficial por el resto de tus días. Sé justo contigo mismo: dedica tiempo y provéete los medios para crecer. Deja de padecer hambre. Toma tu cruz y sé un cristiano de verdad. Así los hijos de Dios se alegrarán (y no se apenarán) por ti.[22]

22. John Wesley, The Arminian Magazine [La revista arminiana] (1780): 449.

SIBI MUTUO CAUSAE: EL PROYECTO MUTUO DEL PENSAMIENTO Y LOS SENTIMIENTOS

Wesley constituye un ejemplo admirable de persona, porque, sin ser un profesional académico, no despreció el lugar que la reflexión minuciosa ocupa en el servicio a la verdad. No es necesario un anti-intelectualismo como el que vimos al comienzo de este capítulo. De hecho, es dañino. Pero nadie debería hacer caso omiso al llamado a la oración y a la reflexión que la Biblia nos hace, porque encierran un provecho mutuo. Thomas Goodwin (1600-1679), uno de los pastores ingleses puritanos y, durante un tiempo, presidente de la universidad Magdalen, en Oxford, expresó la maravillosa ventaja de mutualidad que guardan entre ellos el pensamiento riguroso y los sentimientos espirituales:

> De hecho, los pensamientos y los sentimientos son sibi *mutuo causae* (causa mutua el uno del otro): «Se enardeció mi corazón dentro de mí» (Salmo 39.3); de modo que los pensamientos son el fuelle que despierta y enciende los sentimientos; y si los sentimientos están despiertos hacen que los pensamientos fragüen: por consiguiente los hombres que recién se convierten a Dios, teniendo nuevos y fuertes sentimientos, pueden pensar en Dios con mayor placer que nadie.[23]

EDUCACIÓN SUPERIOR: INDISPENSABLE Y PELIGROSA (COMO LA IGNORANCIA)

Aquellos que por más tiempo han hecho aportes a la iglesia cristiana han tenido en cuenta esta conexión y se han esforzado mucho por mantener juntos la cabeza y el corazón, la mente y las emociones, la revelación y la observación, el estudio y la oración, la fe y la ciencia, evitando convertirlos en enemigos. No ha resultado fácil. Sin embargo,

23. Thomas Goodwin, The Vanity of the Thoughts, Works [La vanidad de los pensamientos, Obras], 3 (Eureka, Calif: Tanski Publications), 526-527.

valió la pena. Mark Noll McManis, profesor de pensamiento cristiano en la universidad Wheaton, advirtió que «durante el período de la Reforma, los protestantes más sobresalientes, como Lutero y Calvino, defendieron la necesidad absoluta de la educación superior que se oponía a los movimientos populistas del anti-intelectualismo. Como siempre, los lugares donde los universitarios protestantes eran más fuertes fueron los lugares donde la Reforma protestante impactó con mayor intensidad».[24] Para ser más preciso, el escepticismo y la incredulidad han irrumpido en las universidades y han hecho que sea necesaria una reforma continua, lo que ha traído como resultado la consolidación de instituciones nuevas y más leales. No obstante, la visión y el ideal deben conservarse.

Pese a todo el entusiasmo que se muestra hacia el plano universitario y hacia la esfera de la intelectualidad, Noll confiesa con sobriedad: «Creo que si las personas no confían de manera profunda e inquebrantable en la veracidad de la Biblia, el pensamiento cristiano no tiene futuro».[25] Argumenta que la estrategia evangelizadora que más redundará en la gloria de Dios en el mundo moderno (en el que la vida intelectual se entrelaza con el tejido cultural) es «abrazar de manera incondicional una cuidadosa doctrina que defienda la inerrancia [de las Escrituras].»[26] Esto sólo constituye el punto de partida, pero resulta fundamental. Preserva la confianza de que en la Biblia encontramos las mismas palabras de Dios y la vida divina. «Nada —argumenta Noll— amenaza más la erudición bíblica evangélica que la negación de esa vida».[27]

En otras palabras, existe un efecto recíproco entre la captación espiritual de la realidad de Dios y de la vida divina que encontramos en la Biblia y la labor mental minuciosa dedicada al estudio del texto de las Escrituras. Dios ha dispuesto no revelarse a menos que nos ocupemos cuidadosamente en escudriñar lo que él ha inspirado. Dios no

24. Mark Noll, "The Scandal of the Evangelical Mind" [El escándalo de la mente evangélica], Christianity Today, 37, no. 12 (25 de octubre de 1993): 31.
25. Mark Noll, y otros, "Scandal? A Forum on the Evangelical Mind" [¿Escándalo? Foro sobre la mente evangélica], Christianity Today, 39, no. 9 (14 de agosto de 1995): 23.
26. Mark Noll, Between Faith and Criticism [Entre la fe y la crítica] (Nueva York: Haper and Row, Publishers, 1986), 196.
27. Ibíd., 197

permite que la luz de Cristo brille de forma «inesperada». La luz de Cristo sólo resplandece por medio del evangelio (2 Corintios 4.4). Distintas demostraciones a lo largo de la historia lo glorifican. No obstante, también es cierto que donde el estudio no revela a Dios, el estudio mismo degenera en un instrumento de orgullo que tergiversa la realidad de manera inevitable. La buena erudición no puede sobrevivir al descuido y menosprecio de su fundamento y propósito final.

TODA LA ERUDICIÓN CRISTIANA SE BASA EN UNA PERSPECTIVA ESPIRITUAL[28]

Toda la erudición cristiana, y no sólo el estudio de la Biblia y la teología, se basa en una perspectiva espiritual. Existe un efecto recíproco entre la captación de la gloria de Dios a través de toda la realidad y la labor mental minuciosa orientada al estudio de esa realidad. La verdadera realidad se ve cuando la contemplamos en relación con la realidad última, es decir, Dios, y la gloria de Dios irrumpe con mayor fuerza cuando consideramos con fidelidad y profundidad el mundo que él ha creado.

El deber de toda erudición cristiana –no sólo de los estudios bíblicos– es examinar la realidad como una manifestación de la gloria de Dios, hablar de ella, escribir sobre ella con fidelidad, y saborear en ella la belleza de Dios. Constituye un descuido enorme el que muchos cristianos se dediquen a la obra académica con tan poca referencia a Dios. Si todo el universo existe según el diseño de un Dios infinito y personal, que tiene como objetivo el dar a conocer su amor y su multiforme gloria, quiere decir que no es erudición tratar una asignatura sin tener en cuenta la gloria de Dios, sino que es insurrección.

La erudición cristiana no está amenazada, y sirve cuando se deja impregnar por sentimientos espirituales para la gloria de Dios en todas las cosas. La mayoría de los eruditos sabe que los sentimientos, sin el

28. La mayor parte del material de esta sección se puede encontrar en John Piper, A Pasión for God's Glory: Living in the Vision of Jonathan Edwards [Pasión por la gloria de Dios: Vivir según la visión de Jonathan Edwards] (Wheaton: Crossway Books, 1998), 43-45.

sustento de la verdad, pueden degenerar en un emocionalismo superficial. Sin embargo no todos los eruditos están dispuestos a reconocer lo contrario: que sin el despertar de los sentimientos espirituales resulta imposible ver la plenitud de la verdad en todas las cosas. Si no existe un despertar espiritual a los propósitos y conexiones divinas en todas las cosas, no podremos conocer aquellas cosas por lo que verdaderamente son.

Alguno podría presentar como objeción que la psicología, la sociología, la antropología, la historia, la física, la química, la lengua, o la computación no tratan asuntos relacionados con «propósitos y conexiones divinas», sino simplemente con asuntos relacionados con las conexiones de la naturaleza. Sin embargo esta objeción perdería de vista la cuestión principal: para ver en verdad la realidad, necesitamos verla en relación con Dios, que la creó, la sustenta y le proporciona todas las propiedades que en ella hay, e interviene en todos los diseños y relaciones que tienen lugar en la creación. Por lo tanto, no podemos llegar a la erudición si en nosotros no hay un sentido o gusto espiritual por Dios, es decir, si no tenemos la capacidad de captar su gloria en las cosas que ha hecho.

Basándose en las Escrituras, Jonathan Edwards mostró que el «sentido espiritual» lo concede Dios a través de un nuevo nacimiento sobrenatural, logrado por la palabra de Dios: «El primer efecto del poder de Dios en el corazón mediante la regeneración, es conceder al corazón un gusto o un sentido divino; provocar el deleite en el encanto y en la dulzura de la excelencia suprema de la naturaleza divina».[29] Por lo tanto, si una persona quiere dedicarse a la erudición, primero debe nacer de nuevo; eso significa que no sólo debe ver los efectos de la gloria de Dios, sino también saborear la belleza de la naturaleza de Dios.

No obstante, no es en vano invertir nuestro tiempo en el trabajo racional que se caracteriza por la observación detallada; es esencial. Esto es así aun cuando todo depende del don espiritual de la vida y de

29. Jonathan Edwards, "Treatise on the Grace" [Tratado sobre la gracia], en Treatise on the Grace and Other Posthumously Published Writtings [Tratado sobre la gracia y otros escritos publicados a título póstumo], ed. Paul Helm (Cambridge: James Clarke and Co. Ltd., 1971), 49.

la visión que da Dios. La razón, explica Edwards, es que «cuanto mayor conocimiento racional alcancemos de los asuntos divinos, mayores oportunidades habrá, cuando el Espíritu se introduzca en el corazón, de ver la excelencia de las cosas y de gustar la dulzura de ellas».[30] Aunque aquí Edwards se refiere mayormente al «conocimiento racional» de la teología y de la Escritura, se puede aplicar, en menor grado, a todo el conocimiento que se adquiere a través de la observación exacta y del pensamiento cuidadoso en cuanto al mundo creado por Dios. En la realidad creada, Dios es el que exhibe la gloria que los eruditos estudian (Salmo 19.1; 104.31; Colosenses 1.16-17). Por lo tanto, la disciplina rigurosa de ver lo que en la realidad se encuentra, analizando sus partes y estudiando sus relaciones resulta esencial para la erudición cristiana.

El propósito que Dios tiene en mente al exhibir su gloria a través del mundo creado no puede ser entendido si el erudito no ha visto ni saboreado la gloria de Dios. Por el contrario, la exaltación de la gloria de Dios se da en y por medio de la contemplación y el disfrute de la mente y del corazón del erudito. Cuando la excelencia de Dios hace eco en los sentimientos de aquellos que lo estudian y resuena a través de sus escritos y oratoria, se alcanza el propósito de Dios para la erudición.

El propósito de toda educación: desplegar la gloria de Dios

Como hemos visto, el propósito de toda educación es manifestar la gloria de Dios. La verdadera sabiduría es consciente de que proviene de Dios, de que es sostenida por Dios y de que existe por Dios. Ella no se ofende por la cruz de Cristo, que lleva a la destrucción del orgullo. Su jactancia está en el Señor, no en sus propios logros. Eso explica por qué sólo la pueden tener aquellos que se vuelven como «niños» (Lucas 10.21). Cada nivel del desarrollo intelectual (desde el más ilustrado al menos ilustrado) está cargado de un poder seductor que

30. "Christian Knowledge" [Conocimiento cristiano] en The Works of Jonathan Edwards [Las obras de Jonathan Edwards], 2 (Edinburgh: Banner of Truth Trust, 1974), 162.

nos inclina a vivir para obtener la alabanza de los hombres. El único lado vulnerable de la elite intelectual es que el mundo apoya ese orgullo prestándole una aprobación y estima extraordinarias, mientras que pasa por alto las formas más vulgares del orgullo, y les concede una veneración mucho menor. El anti-intelectualismo no llegará a su fin en el ámbito cristiano mientras muchos de los eruditos continúen presos de esa vulnerabilidad. Un erudito contemporáneo señala el desenfreno que existe dentro de las facultades de muchas universidades cristianas que pertenecen a la Christian College Coalition:

> Muchos de los miembros del cuerpo docente de esta coalición universitaria obtuvieron sus doctorados en universidades de renombre donde se aprecian poco la fe, la amplitud intelectual y la perspectiva cristiana. Como consecuencia, uno de los sellos característicos de los miembros del equipo docente es que cuando «regresan» a enseñar en un ambiente universitario cristiano sus aspiraciones por cultivar la excelencia intelectual no brotan de una intención de glorificar a Dios, sino del temor mortal a que se les ponga el rotulo de «fundamentalistas».[31]

Aquí nos enfrentamos con una imagen contemporánea que nos permite ver la diferencia entre «los sabios e instruidos» y los «niños» que se mencionan en Lucas 10.21. Los niños no se preocupan mucho de que sus actividades intelectuales (o de algún otro tipo) reciban alabanzas y elogios. La gloria de la gracia de Dios los ha humillado tanto y la belleza de su grandeza, poder, bondad, sabiduría, justicia y verdad ha satisfecho su vida de tal manera que toda la energía que tienen apunta a manifestar gozosamente a este glorioso Dios. Por otro lado, si existe miedo al trato despectivo y deseo de alabanzas, es porque estamos delante de los «sabios e instruidos» a quienes Dios decide ocultar su verdad y su gloria.

31. J.Daryl Charles, "The Scandal of the Evangelical Mind" (A Forum of Responses) [El escándalo de la mente evangélica. Foro de respuestas], First Things, no.51, (Marzo 1995): 39-39.

EL DELEITE DE DIOS Y LA EXCELENCIA DE SU ALMA

El Hijo de Dios se deleita en la sabiduría con la que el Padre obra al esconderse de quienes son moldeados por los temores del hombre y el anhelo de alabanza. Se regocija en la alegría con que la gracia de Dios disfruta al revelarse a los niños. «Jesús, lleno de alegría por el Espíritu Santo, dijo: "Te alabo, Padre Señor del cielo y de la tierra, porque habiendo escondido estas cosas de los sabios e instruidos, se las has revelado a los que son como niños. Sí, Padre, porque esa fue tu buena voluntad» (Lucas 10.21). La tesis de este libro ha sido que «el valor y la excelencia de un alma se miden por el objeto de su amor.»[32] Eso significa que los deleites de Dios (la energía poderosa de su disfrute y aprobación) miden la excelencia de Dios. Hemos visto que su deleite es mostrarse y abrir los tesoros de la sabiduría ante los «niños» y no ante los «sabios e instruidos».

La excelencia de Dios resplandece en esto. Nada hay en el mundo que sea más verdadero o más hermoso y satisfactorio que la gloria de Dios. El objetivo de confirmar el valor de su gloria escondiéndola de aquellos que buscan su propia gloria y revelándosela a aquellos que no desean nada más que ver y saborear la misma gloria de Dios es mostrar que el deleite de Dios finalmente reside en él mismo. Por lo tanto, no hay medida para su valor y excelencia, porque el objeto de su amor es infinitamente glorioso.

32. Ver, p ej., pp. 10, 13, 16, 17, 348

EPÍLOGO

DEMASIADO BUENO COMO PARA SER CIERTO

PALABRAS FINALES DE ESPERANZA

«No tengan miedo, mi rebaño pequeño, porque es la buena voluntad del Padre darles el reino».

LUCAS 12.32

«SI NO HUBIERA SIDO POR JESÚS... ME HUBIESE VUELTO LOCO»

John G. Paton nació el 24 de Mayo de 1824 en el condado Dumfries, Escocia. Su padre había sido un tejedor piadoso que guardaba el huso en la habitación trasera de la casa y la Biblia en la mesa de adelante. Su biografía nos relata que la tradición escocesa de asistir a la iglesia, y de contar historias de la Biblia y del pequeño catecismo no eran «deberes sino deleites» en la casa de los Paton.

Cuando Paton tenía treinta y dos años, aceptó el llamado misionero para ir a servir a las islas Nuevas Hébridas en el Pacífico Sur. En marzo de 1858 se casó con Mary Ann Robson, y el 16 de abril navegaron juntos hacia la isla caníbal de Tanna. En menos de un año había construido una pequeña casa y Mary había dado a luz un hijo. Sin embargo, el 3 de marzo de 1859, a un año de haberse casado, Mary

contrajo fiebre y falleció, y tres semanas después falleció el niño. En soledad, John Paton los enterró y escribió: «Si no hubiese sido por Jesús ... me hubiese vuelto loco y muerto al lado de esta tumba solitaria».

En aquellos días, uno de los regalos que Jesús le había concedido para sostenerlo eran las palabras que su esposa pronunció poco antes de su muerte. Aun en su enfermedad mortal, no murmuró contra Dios, ni tampoco le guardó rencor a su esposo por haberla llevado a aquel lugar. Más bien, pronunció estas increíbles palabras: «No me arrepiento de haber dejado mi casa y mis amigos. Si tuviera que hacerlo de nuevo, lo haría con más placer, sí, lo haría con todo mi corazón».[1]

UN ALMA EXCEPCIONAL

Estas palabras finales de Mary Ann Paton nos conducen de regreso a la fuente de inspiración de este libro, las palabras de Henry Scougal: «El valor y la excelencia de un alma se miden por el objeto de su amor». Al oír a Mary Ann decir que volvería a hacer todo de nuevo («con más placer, sí, lo haría con todo mi corazón») percibimos que estamos ante un alma excepcional. El alma de esa mujer era exepcional porque su deleite provenía de un propósito excepcional. En la última carta que les escribió a sus amigos, con fecha 28 de diciembre de 1858, expresó su sufrimiento al ver que las personas que vivían alrededor de ella en Port Resolution se estaban perdiendo. Escribió: «Todavía confiamos en que pronto se alejará la nube que durante tanto tiempo ha cubierto Tanna. Sobre esta tierra resplandecerá la luz del Sol de Justicia».[2] Su alma se enriquecía con el sueño de que la gloria de Cristo se revelaría y que el reino de Dios vendría a New Hebrides y traería vida, luz y gozo eterno.

1. James Paton, ed., Paton, Missionary to the New Hebrides [Paton, misionero en las New Hebrides], (Edinburgh: Banner of Truth Trust, 1965, orig. 1891), 85.
2. Ibíd., 83.

Nosotros percibimos intuitivamente que su alma era digna, excelente y admirable. Sin embargo, titubeamos cuando Dios nos revela que se conmueve por la misma pasión y el mismo sueño, el de darnos el reino y traernos vida, luz y gozo eterno. Algo entorpece el disparador de milagros. Algo confina nuestros sentimientos. Algo nos hace temer que eso sea demasiado bueno como para ser cierto. ¡Cuántos obstáculos confusos estorban nuestra fe! La forma en que nuestros padres nos trataron, la extraña forma de dar culto que tenía una de nuestras abuelas, la fuerza paralizante de la pobreza o de la riqueza, la anestesia de la mundanalidad que se transmite por televisión, la monotonía de los asuntos triviales, el desierto de un matrimonio vacío, la congoja de los hijos rebeldes, el incesante dolor de las articulaciones artríticas, la memoria del desamor y la frágil esperanza... ¡Cuántas maneras utiliza el enemigo de nuestra alma para hacernos pensar que el Dios y Padre de Cristo Jesús es demasiado bueno como para ser cierto.

JESÚS LUCHA CONTRA NUESTRA INCREDULIDAD

Sin embargo, Jesús no se queda de brazos cruzados, dejándonos en la incredulidad sin siquiera haber peleado. La Palabra es su arma y a través de ella se dirige a todos los que luchan por poder creer: «No tengan miedo, mi rebaño pequeño, porque es la buena voluntad del Padre darles el reino» (Lucas 12.32). Su propósito es desbaratar el pensamiento de que Dios no es la clase de Dios que realmente intenta ser bueno con nosotros, que él no es generoso, servicial, tierno y amable, sino que en definitiva está irritado con nosotros, enojado y con una mala disposición.

A pesar de que creemos en nuestra mente que Dios es bueno, muchas veces sentimos en nuestro corazón que de alguna manera él se ha visto forzado u obligado a actuar con bondad hacia nosotros, quizás como si fuera un juez al que un abogado astuto ha puesto en aprietos por descubrir que en el proceso judicial se ha producido un defecto de forma, y por lo tanto, tiene que levantar todos los cargos en contra del prisionero, aunque hubiera preferido enviarlo a la cárcel. Sin embargo, Jesús se toma la molestia de ayudarnos a desechar

ese pensamiento con respecto a Dios. En este versículo se esfuerza por describirnos el valor y la excelencia indescriptibles del alma de Dios al mostrarnos el deleite desmedido que Dios encuentra en darnos el reino. «No tengan miedo, mi rebaño pequeño, porque es la buena voluntad del Padre darles el reino».

En esa oración sensacional, cada una de estas palabras tiene como objetivo desmantelar el pensamiento con el que Jesús sabe que luchamos: que a Dios le pesa darnos sus beneficios; que él está obligado a hacernos bien y que no es lo normal que él haga cosas lindas; que en el fondo, está enojado y le encantaría dar lugar a su ira. Esa frase nos habla acerca de la naturaleza de Dios. Trata acerca de la clase de corazón que él tiene. Es un versículo que menciona lo que a Dios lo hace feliz; no señala meramente lo que Dios hará o lo que tiene que hacer, sino lo que él se deleita en hacer, lo que le encanta hacer y lo que él se complace en hacer. Cada palabra es importante.

No tengan miedo, mi rebaño pequeño,
porque es la buena voluntad del Padre
darles el reino.

LO QUE DIOS VERDADERAMENTE QUIERE HACER

Fijemos nuestra atención en las palabras «buena voluntad». En el griego es un verbo: «placer», o «estar complacido en». Se podría traducir: «le plació a Dios», o «Dios quiso hacerlo con mucho gusto» o «para él fue un deleite».

En Filipenses 1.15 se emplea la forma nominal de ese verbo: «Es cierto que algunos predican a Cristo por envidia y rivalidad, pero otros lo hacen con buenas intenciones», o podríamos decir «por placer». Pablo menciona que hay dos motivos que impulsan a otros a predicar mientras él está preso en Roma. Un grupo no predica inspirado por el amor a Pablo o al evangelio, sino porque consideran que esa será una manera de aumentar las aflicciones de Pablo (Filipenses 1.17). Sin embargo, el otro grupo predica porque realmente ama predicar el

evangelio y porque también ama a Pablo. Hacen lo que verdaderamente les gusta hacer. Predican por «alegría». Ése es su deleite. Hay integridad en sus corazones. No predican para ocultar envidias y rivalidades. Lo hacen porque es lo que les encanta hacer. El sentido de la palabra es éste.

Y eso es lo que Jesús quiere decir al pronunciar «Es la buena voluntad del Padre darles el reino». En otras palabras: Dios no oculta ni esconde motivos maliciosos al actuar con generosidad. Las palabras «buena voluntad» descartan completamente este pensamiento. En su interior no está cavilando: «Por un tiempo, tendré que ser bueno con ellos, aunque no sea eso lo que quiero. Mi propósito en realidad, es ejecutar juicio sobre el pecador».

El alcance de lo que el Señor expresa es inevitable: Dios actúa en libertad. No está confinado a hacer lo que en realidad no quiere. En ese mismo instante, obra conforme al más profundo deleite al concederle su reino a su rebaño. Eso es lo que la palabra significa: que el gozo de Dios, su deseo, necesidad, anhelo, esperanza, disfrute, alegría y deleite es darle el reino a su rebaño. «No tengan miedo, mi rebaño pequeño, porque es la buena voluntad del Padre [no el deber, ni la necesidad,ni la obligación, sino la buena voluntad] darles el reino». Él es esa clase de Dios. Ésa es la medida de la grandeza de su corazón.

¿CÓMO ES EL PADRE EN VERDAD?

Segundo, analicemos la expresión «del Padre». «No tengan miedo, mi rebaño pequeño, porque es la buena voluntad del Padre darles el reino». Jesús no dice: «Es la buena voluntad del patrón el darles un salario». Tampoco dice: «Es la buena voluntad del amo el darles alojamiento». Ni siquiera dice (algo que podríamos haber esperado que expresara) «Es la buena voluntad del Rey el darles el reino». En esta oración, cada palabra ha sido elegida de modo que contribuya a deshacer el pensamiento de que Dios no tiene buena disposición en cuanto a obrar para nuestro bien, que la generosidad le pesa, o que la amabilidad es una obligación. Por lo tanto Jesús le coloca el nombre de «Padre» a Dios.

Ahora bien, no todos hemos tenido padres que imitaran a Dios como modelo. Y como consecuencia, puede que la palabra «padre» no encierre la paz que Jesús desea. Si esa es la experiencia de alguno de nosotros, tendremos que volver a aprender lo que Dios enseña que un padre debe ser.

Uno de los hombres más maduros y perspicaces de nuestra iglesia creció en un hogar con un padre abusivo. Recuerdo una noche en que estábamos orando en pequeños grupos y lo escuché orar. Se me llenaron los ojos de lágrimas cuando mencionó un pasaje de Hebreos que nunca había escuchado que alguien recitara. Las palabras del pasaje eran éstas: «Después de todo, aunque nuestros padres humanos nos disciplinaban, los respetábamos. ¿No hemos de someternos, con mayor razón, al Padre de los espíritus, para que vivamos? En efecto, nuestros padres nos disciplinaban por un breve tiempo, como mejor les parecía; pero Dios lo hace para nuestro bien, a fin de que participemos de su santidad» (Hebreos 12.9-10). Por aquella oración y por la profunda emoción de su voz, deduzco que ese pasaje había sido en su vida una llave a la esperanza. Su propio padre lo había «disciplinado» con duros castigos que habían dejado profundas heridas. No obstante, a partir de su conversión y con los años, Dios le había enseñado lo que un Padre es en verdad.

De hecho, durante su época de estudiante universitario había descubierto cosas tan profundas que prácticamente se había memorizado el libro de Romanos. Cuando ese tremendo libro llega a su punto culminante, resulta fácil descubrir la razón por la que ese hombre lo había aprendido: «Y ustedes no recibieron un espíritu que de nuevo los esclavice al miedo, sino el Espíritu que los adopta como hijos y les permite clamar: "Abba Padre". El Espíritu mismo le asegura a nuestro espíritu que somos hijos de Dios. Y si somos hijos, somos herederos; herederos de Dios y coherederos con Cristo... La creación aguarda con ansiedad la revelación de los hijos de Dios... Si Dios está de nuestra parte, ¿quién puede estar en contra nuestra?» (Romanos 8.15-17,19,31). Muchos hombres, al igual que éste, han descubierto que es posible volver a aprender lo que realmente significa tener un Padre en los cielos al que le agrada dar el reino a sus hijos.

JESÚS RECONSTRUYE EL SENTIDO DE PATERNIDAD

Jesús declaró: «El que me ha visto a mí, ha visto al Padre» (Juan 14.9). La encarnación del Hijo fue la forma que el Padre utilizó para reconstruir el significado de la paternidad en millones que no podrían haberla conocido de otra manera. Quizás el apóstol Juan fue uno de los que más apreció aprender lo que significaba tener un Padre y ser un padre. Su evangelio resplandece con la relación maravillosa que existía entre Jesús y el Padre en el cielo. En las cartas de Juan, una y otra vez notamos que se dirigía a la iglesia como «hijitos míos». Él fue el que pudo explorar al máximo el corazón paternal de Jesús en la noche de la traición. «Y habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin» (Juan 13.1). Jesús quiere expresar que todo el corazón de Dios anhela darnos el reino. No es un mero asunto de justicia, obligación o deber. Es un deseo que existe en el corazón de Dios. Él es nuestro Padre y si nosotros, que somos malos, sabemos dar cosas buenas a nuestros hijos, cuánto más el Padre que está en los cielos dará el reino a quienes se lo pidan (Mateo 7.11).

ÉL AMA DAR, NO VENDER

Tercero, consideremos la palabra «dar». «Es la buena voluntad del Padre darles el reino». Jesús no dice: venderles el reino, o intercambiarles el reino. Jesús declara que la buena voluntad del Padre es darles el reino.

Una y otra vez hemos visto en estos capítulos (y cuánto oro para que esto penetre en nuestras vidas) que Dios es un manantial de montaña y no un abrevadero. Se deleita en desbordar: ¡en dar y dar! Y por lo tanto, el evangelio es la buena noticia de que Dios no necesita de una brigada de personas con baldes; ¡Él quiere personas que se acerquen a él y beban! El requisito para recibir el reino no es la fortaleza, sino la sed. Es la buena voluntad del Padre el darnos el reino gratuitamente. No existe modo de comprarlo, intercambiarlo ni ganarlo. Sólo existe una forma de conseguirlo, y es la más fácil de todas: la manera del evangelio: «Les aseguro que el que no reciba el reino de Dios como

un niño, de ninguna manera entrará en él». Dios no es tacaño. Tampoco es avaro ni mezquino. Él es desprendido, dadivoso, sincero y generoso. Es su buena voluntad darnos el reino (ver Lucas 8.10).

EL DELEITE DE NUESTRO PASTOR Y DIOS

En cuarto lugar, consideremos la palabra «rebaño». «No tengan miedo, mi rebaño pequeño, porque es la buena voluntad del Padre darles el reino». Observemos la manera en que Jesús acopia metáforas. Dios es el Padre. Y, debido a que es un reino lo que nos da, él debe ser el Rey. Y, ya que somos su rebaño, él debe ser el Pastor. Jesús se toma la molestia de elegir cada palabra de modo que quede claro este punto: Dios no es la clase de Dios al que le pesan las bendiciones.

¿Qué significa ser el rebaño de Dios? ¡Significa el Salmo 23! Significa la promesa de pastos verdes y aguas tranquilas. Significa guía en la luz de la vida y consuelo en los valles tenebrosos. Significa triunfo sobre los enemigos, copas rebosantes de alegría, bondad y misericordia acompañándonos por siempre, cada día de nuestra vida.

En Jesús hemos tenido un encuentro cara a cara con el Pastor. Hemos aprendido que el buen Pastor da su vida (compra el reino) por las ovejas. ¿Lo hace a regañadientes? ¿Lo hace bajo algún tipo de restricción opresiva? ¡No, en absoluto! «Nadie me arrebata la vida, sino que yo la entrego por mi propia voluntad. Tengo autoridad para entregarla, y tengo también poder para volver a recibirla» (Juan 10.18). Al Padre no le pesa el don de su Hijo y al Hijo no le pesa entregar el don de su vida. El Padre se deleitó en quebrantarlo (Isaías 53.10). Por lo tanto, «El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no habrá de darnos generosamente junto con él, todas las cosas?» (Romanos 8.32). La buena voluntad del Pastor es dar el reino (todas las cosas) a su rebaño.

FELIZ DE SER PEQUEÑO

En quinto lugar, prestemos atención a la palabra «pequeño». «No tengan miedo, mi rebaño pequeño, porque es la buena voluntad del Padre darles el reino». Jesús se toma la molestia de elegir cada una de las palabras que nos ayudan a ver lo que Dios realmente es. ¿Por qué dice «rebaño pequeño»? Creo que Jesús intenta lograr dos efectos. Primero, es un término que transmite afecto y cuidado. Si cuando mi familia corre peligro yo les digo: «No tengan miedo, familia pequeña», lo que en realidad intento expresar es: «Sé que están en peligro y que son pequeños y débiles. Sin embargo, yo usaré mi poder para cuidarlos, porque para mí ustedes son muy preciosos». Así que «rebaño pequeño» tiene la intención de ayudarnos a sentir el afecto y el cuidado que Jesús y el Padre tienen por nosotros.

También implica que la bondad de Dios hacia nosotros no depende de nuestra grandeza. Somos un rebaño pequeño: pequeño en tamaño, pequeño en fuerzas, pequeño en sabiduría, pequeño en rectitud, pequeño en amor. Estaríamos en serios problemas si la bondad de Dios dependiera de nuestra grandeza. No obstante, ésa es la cuestión. No depende de ella. Por lo tanto, somos pequeños. «No tengan miedo, mi rebaño pequeño, porque es la buena voluntad del Padre darles el reino.»

SOLAMENTE EL REINO, ESO ES TODO

Por último, notemos la palabra «reino». «No tengan miedo, mi rebaño pequeño, porque es la buena voluntad del Padre darles el reino». En la desmedida alegría que Dios siente al darles dones a sus hijos se comprueba la grandeza del regalo. Dios no promete concedernos riquezas en este mundo. De hecho, afirma: «Le resulta más fácil a un camello pasar por el ojo de una aguja, que a un rico entrar en el reino de Dios» (Lucas 18.25). Tampoco nos promete que tendremos fama, popularidad o admiración entre los hombres. En realidad, declara: «Dichosos ustedes cuando los odien, cuando los discriminen, los insulten y los desprestigien por causa del Hijo del Hombre» (Lucas

6.22). Ni siquiera nos promete que estaremos seguros en esta vida. De hecho, advierte: «Ustedes serán traicionados aun por sus padres, hermanos, parientes y amigos, y a algunos de ustedes se les dará muerte. Todo el mundo los odiará por causa de mi nombre» (Lucas 21.16-17).

Lo único que promete es darnos el reino de Dios.

La magnitud de este regalo recién se percibe cuando nos damos cuenta de que los privilegios indecibles que vienen a causa de él son secundarios con respecto a la recompensa principal. En el reino heredaremos la tierra y el mundo, pero esto es secundario (Mateo 5.5; Romanos 4.13). En el reino juzgaremos a los ángeles, sin embargo esto también es secundario (1 Corintios 6.2-3). En el reino reinaremos con Cristo sobre la tierra y tendremos poder sobre las naciones (2 Timoteo 2.12; Apocalipsis 2.26-28); comeremos del árbol de la vida que está en el paraíso de Dios (Apocalipsis 2.7); el lobo vivirá con el cordero, el león comerá paja como el buey; el niño de pecho jugará junto a la cueva de la cobra y meterá su mano en el nido de la víbora (Isaías 11.6-8); convertiremos nuestras espadas en azadones, y las lanzas en hoces, y ya no alzará su mano nación contra nación, ni se adiestrará más para la guerra (Miqueas 4.3); el derecho fluirá como las aguas y la justicia como arroyo inagotable (Amós 5.24); tendremos cuerpos nuevos y Dios enjugará toda lágrima de los ojos. Ya no habrá muerte, ni llanto, ni lamento, ni dolor (Apocalipsis 21.4); y nos sentaremos en el trono del Rey de reyes (Apocalipsis 3.21). Sin embargo, todas estas cosas son privilegios secundarios del reino.

El fin de nuestra alma: el deleite que Dios tiene en Dios (pero en nosotros)

La recompensa principal del reino, el galardón por sobre todo otro, es que podremos contemplar la gloria de Dios y disfrutar de esa gloria con el mismo deleite que Dios. Una de las grandes frustraciones que experimentamos en la vida es que cuando se nos concede el echar un vistazo a la gloria de Dios, nos damos cuenta de que nuestras capacidades para deleitarnos son tan pequeñas que nos quejamos ante la incongruencia que existe entre lo que el cielo nos revela y la respuesta

de nuestro corazón. Por lo tanto, la gran esperanza de los santos es que no sólo podamos ver la gloria de Dios sino que también se nos conceda una nueva resistencia para que podamos saborear con satisfacción eterna no los deleites momentáneos de este mundo, sino, si fuera posible, el deleite infinito de Dios mismo.

Y Jesús ora para que en el Reino se cumpla esta esperanza que sobrepasa toda esperanza sobre el rebaño pequeño. «Padre, quiero que los que me has dado estén conmigo donde yo estoy. Que vean mi gloria, la gloria que me has dado desde antes de la creación del mundo. ... Yo les he dado a conocer quien eres, y seguiré haciéndolo, para que el amor con que me has amado esté en ellos, y yo mismo esté en ellos» (Juan 17.24,26). Jesús le pide al Padre que podamos ver su gloria. ¡Pero más que eso! Pide que en nosotros esté el mismo amor que el Padre tiene por el Hijo. Jesús ora por el deleite y el privilegio más alto: que podamos ser tan llenos de la plenitud de Dios que el deleite que Dios tiene en la hermosura del Hijo pueda llenarnos y convertirse en nuestro deleite en el Hijo. Ora para que el mismo Hijo esté en nosotros y así seamos llenos del deleite infinito que él tiene en el Padre. Éste es el fin del alma, una bendición más allá de la que podamos imaginar o concebir: una eterna, mutua, santa energia de amor y placer entre Dios el Padre y Dios el Hijo, fluyendo en la persona de Dios el Espíritu, y llenando las almas de los redimidos con eterno e inconmensurable gozo.

Seguramente que éste es el río de los deleites de Dios (Salmo 36.8). Ésta también es el agua de vida que brota para vida eterna y satisface para siempre (Juan 4.10,14). Y es gratuita. La buena voluntad del Padre es dárnosla. «El Espíritu y la novia dicen: "¡Ven!"; y el que escuche diga: "¡Ven!" El que tenga sed, venga; y el que quiera, tome gratuitamente del agua de vida» (Apocalipsis 22.17). Dejemos que éste sea el incentivo más grande para acercarnos y beber: nuestras vidas glorifican más a Dios cuando más satisfechas están en él. Y que el fin de toda nuestra meditación, toda nuestra esperanza, toda nuestra oración, toda nuestra obediencia pueda ser este gran descubrimiento: que nuestra satisfacción en Dios será infinita cuando, por su dádiva y su reino, se convierta en el placer de Dios en Dios.

Apéndice

¿EXISTEN DOS VOLUNTADES EN DIOS?

LA ELECCIÓN DIVINA Y EL DESEO DE DIOS DE QUE NADIE SE PIERDA

I. El objetivo del apéndice

El deleite de Dios en la elección incondicional (capítulo 5) parece contradecir la verdad de que él no desea que nadie perezca sino que todos procedan al arrepentimiento (2 Pedro 2.9). El objetivo de este apéndice es demostrar, sobre la base de la Escritura, que la existencia simultánea de la voluntad de Dios de que «todos los hombres sean salvos» (1 Timoteo 2.4) y de su voluntad de escoger incondicionalmente a quienes serán salvos[1], no es un indicio de esquizofrenia divina o de confusión exegética. Por lo tanto un objetivo oportuno es mostrar que la elección incondicional no contradice la expresión bíblica de la compasión que Dios siente hacia todas las personas y no anula la oferta sincera de salvación que se extiende a todos aquellos que estén perdidos entre los pueblos de la Tierra.

1. Para respaldo bíblico de la doctrina de la elección incondicional, ver capítulo 5. Ver en especial Mateo 22.14; Juan 6.37,44,65; 8.47; 10:26-29; Romanos 8.29-30; 9.6-23; 11.5-10; 1 Corintios 1.26-30; Efesios 1.4-5; 1 Tesalonicenses 1.4; 2 Tesalonicenses 2.13; Santiago 2.5.

Primera Timoteo 2.4, 2 Pedro 3.9 y Ezequiel 18.23 podrían llamarse los pilares sobre los cuales se apoya el arminianismo para argumentar la voluntad salvadora universal de Dios.[2] En 1 Timoteo 2.1-4 Pablo expone que debemos interceder por los gobernantes y por todas las autoridades para que tengamos paz y tranquilidad y llevemos una vida «piadosa y digna. Eso es bueno y agradable a Dios nuestro Salvador pues él quiere [*thelei*] que todos sean salvos y lleguen a conocer la verdad». En 2 Pedro 3.8-9 el apóstol declara que la tardanza de la venida de Cristo es porque para el Señor un día es como mil años y mil años como un día. «El Señor no tarda en cumplir su promesa, según entienden algunos la tardanza. Más bien, El tiene paciencia con ustedes, porque no quiere [*boulomenos*] que nadie perezca sino que todos se arrepientan». Y en Ezequiel 18.23 y 18.32 el Señor habla acerca de lo que siente su corazón hacia aquel que perece: «¿Acaso creen que me complace[3] la muerte del malvado? ¿No quiero más bien que abandone su conducta y que viva? ... Yo no quiero [*'ehepoz*] que nadie muera. ¡Conviértanse, y vivirán! Lo afirma el Señor omnipotente». (Traducción del autor. Ver también Ezequiel 33.11.)

Si hiciéramos una exégesis de 1 Timoteo 2.4 es posible que nos condujera a creer que el deseo de Dios de que «todos sean salvos» no se refiere a cada persona del mundo individualmente sino más bien a toda clase de personas, ya que la frase que aparece en el versículo 1 «por todos» puede bien significar grupos tales como «gobernantes y todas las autoridades» (v. 2)[4]. También es posible que el «ustedes» en 2 Pedro 3.9 («él tiene paciencia con ustedes, porque no quiere

2. Hay numerosos textos en los que Dios expresa su deseo de salvación con respecto a aquellos que finalmente se alejarán de él. Por ejemplo, Mateo 23.37: "¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas y apedreas a los que se te envían! ¡Cuántas veces quise reunir a tus hijos, como reúne la gallina a sus pollitos debajo de sus alas, pero no quisiste!"
3. La duplicación enfática del infinitivo absoluto con la inflexión verbal de tiempo que significa "deleitar" o "alegrar" es otra manera de expresar el juramento de Ezequiel 33.11: "Tan cierto como que yo vivo -afirma el SEÑOR omnipotente-, que no me alegro con la muerte del malvado" La versión King James dice: "Tengo yo algún placer en que el malvado muera". "No me alegro" no es necesariamente equivalente a "tengo yo algún placer". La primera expresión podría indicar "No me alegro en un sentido, pero si en otro". La segunda parecería señalar: "No encuentro placer en ningún sentido". Eso va más allá de lo que las palabras exigen. La intensificación de la negación de Dios con respecto a deleitarse o sentir placer es para enfatizar que realmente quiere decir lo que dijo ("no tengo alegría"), y no que no hay sentido en el que pueda deleitarse. Lo notaremos al avanzar en el capítulo.
4. John Gill, The Cause of God and Truth [La causa de Dios y la verdad] (Londres: W.H. Collingridge, 1855, orig. 1735-1738), 49-52.

que nadie perezca») no haga referencia a todas las personas del mundo sino a «ustedes» los cristianos profesantes entre quienes, como dice Adolf Schlatter «se encuentran personas que sólo pueden alcanzar la gracia de Dios y la promesa de la herencia por medio del arrepentimiento».[5]

De todas maneras, los argumentos a favor de los límites que presenta la voluntad salvadora de Dios nunca han convencido a los arminianos, y probablemente nunca los convenzan, ya que en particular Ezequiel 18.23; 18.32 y 33.11 toleran aun menos limitaciones. Por lo tanto, como un profundo creyente en la elección incondicional y en la elección individual, me alegro de poder afirmar que Dios no se deleita en la muerte del impío y que él siente gran compasión por todas las personas. Tengo por objetivo demostrar que eso no supone una ambigüedad.

El objetivo de este apéndice no es defender la doctrina de que Dios elige incondicionalmente a las personas a las que quiere salvar. Ese objetivo me lo propuse en el capítulo 5 y en otra parte del libro.[6] No obstante, intentaré exponer argumentos que prueben que mientras los textos sobre los que se apoya el arminianismo de hecho son pilares de la doctrina del amor universal, no constituyen armas contra la elección incondicional.

Afirmar que la voluntad de Dios es que todos sean salvos y afirmar que existe la elección incondicional de algunos implica que en Dios hay al menos «dos voluntades», o quizás, dos disposiciones distintas. Implica que Dios decreta un estado de cosas al mismo tiempo que desea y enseña que un estado de cosas diferente debe ocurrir. A través

5. Adolf Schlatter, Die Briefe des Petrus, Judas, Jakobus, der Briefe an die Hebräer, Erläuterungen zum Neuen Testament [Cartas de Pedro, Judas, Santiago, carta a los Hebreos, explicaciones para el Nuevo Testamento], 9 (Stuttgart: Calver Verlag, 1964), 126. Esto es especialmente cierto si tenemos en cuenta el v. 15 que insta a los lectores: "Tengan presente que la paciencia de nuestro Señor significa salvación", y si tenemos en cuenta la demora de la segunda venida parecería resultar no en la salvación de más individuos a nivel mundial, sino en más personas que se pierden mientras el amor de muchos se enfría (Mateo 24.12).
6. Ver también el capítulo 4 y, especialmente, The Justification of God [La justificación de Dios] (Grand Rapids: Baker Book House, 1993); "How Does a Sovereing God Love?" [¿Cómo ama un Dios soberano?] Reformed Journal, 33, no. 4 (abril 1983): 9-13; "Universalism in Romans 9-11? Testing the Exegesis of Thomas Talbott" [¿Universalismo en Romanos 9-11? Prueba a la exégesis de Thomas Talbott], Reformed Journal, 33, no.7 (julio 1983): 11-14. Además de mis materiales, ver también los capítulos 1-3 en Thomas Schneider and Bruce Ware, eds., The Grace of God, The Bondage of the Will [La gracia de Dios, el límite de la voluntad] (Grand Rapids: Baker Book House, 1995).

de los siglos, ha habido diferencias en las formas en que se han expresado las voluntades de Dios. No se trata de nuevas estratagemas. Durante siglos los teólogos han distinguido entre la voluntad soberana de Dios y su voluntad moral, la voluntad permisiva y la voluntad eficiente, la voluntad secreta y la voluntad revelada, la voluntad decretada y la voluntad ordenada, la *voluntas signi* (voluntad como un gesto) y la *voluntas beneplaciti* (voluntad que implica beneplácito), entre otras.[7]

Sin embargo, muchos rechazan esta distinción entre las dos líneas de voluntad de Dios. Clark Pinnock se refiere con desaprobación a «la noción extremadamente paradójica de que haya dos voluntades divinas con respecto a la salvación».[8] En A Case for Arminianism [Un caso para el arminianismo], colección editada por Pinnock, Randall Basinger argumenta que «si todos los sucesos han sido decretados por Dios significa que las cosas no pueden y no deben ser de manera distinta de lo que son».[9] En otras palabras, rechaza la noción de que Dios pueda decretar una cosa y enseñar que hagamos otra. Sostiene que es muy difícil «concebir con coherencia un Dios en el que realmente exista esta distinción».[10]

En el mismo volumen, Fritz Guy argumenta que la revelación de Dios a través de Cristo ha provocado un «cambio de paradigma» con respecto a la manera en que deberíamos pensar acerca del amor de Dios; es decir «una manera más fundamental y superior a los conceptos de *justicia y poder*». *Este cambio, explica, hace posible* que pensemos en la «voluntad de Dios» más como algo «deleitoso que como algo decisivo». La voluntad de Dios no consiste en propósitos soberanos que él establece de modo infalible, sino más bien en «el deseo del amante por el amado». La voluntad de Dios es el anhelo y la intención general de Dios, no el propósito determinante.

7. Ver Heinrich Heppe, Reformed Dogmatics [Dogmática reformada] (Grand Rapids: Baker Book House, 1978, orig. 1860), 143-149 para ver la manera en que los teólogos del siglo XVI y XVII hablaban acerca de la relación entre los decretos y la ley moral de Dios
8. Clark Pinnock, Grace Unlimited [Gracia ilimitada] (Minneapolis: Bethany Fellowship, Inc., 1975), 13.
9. Randall G. Basinger, "Exhaustive Divine Sovereignty: A Practical Critique" [Soberanía divina exaustiva: crítica práctica] en A Case for Arminianism (Grand Rapids: Zondervan Publishing House, 1989), 96, (sus itálicas).
10. Ibíd., 203.

Los argumentos del Dr. Guy alcanzan tal dimensión que llegan a afirmar que «además de una presuposición predestinataria, se hace evidente que la voluntad de Dios siempre [sic] debe ser entendida en términos de deseo e intenciones [como contrapuesta al propósito soberano y eficaz de Dios]».[11]

Estas críticas no son novedosas. Doscientos cincuenta años atrás Jonathan Edwards escribió: «Los arminianos ponen en ridículo la distinción entre la voluntad de Dios secreta y la voluntad revelada, o, expresado de un modo más adecuado, la distinción entre el decreto, y la ley de Dios, ya que sostienen que podemos decretar una cosa y ordenar otra. Y por lo tanto, replican, atribuimos a Dios una contraposición, como si una voluntad contradijera la otra».[12]

No obstante y a pesar de estas críticas, permanece la distinción, no a raíz de una deducción lógica o teológica, sino debido a que eso resulta ineludible en las Escrituras. El exégeta más cuidadoso que escribe en la colección de ensayos de Pinnock, A Case for Arminianism [Un caso para el arminianismo], admite la existencia de dos voluntades en Dios. I. Howard Marshall, erudito del Nuevo Testamento y teólogo no sistemático y mucho menos calvinista, aplica su don exegético a las epístolas pastorales. Con respecto a 1 Timoteo 2.4 explica:

> Con el fin de evitar errores, debería dejarse en claro desde un *principio que el hecho de que Dios desee o quiera que todos* sean salvos no implica necesariamente que todos responderán al evangelio y alcanzarán salvación. Ciertamente debemos distinguir entre lo que a Dios le gustaría que sucediera y lo que en realidad desea que suceda, y ambas cosas pueden ser llamadas voluntad de Dios. La pregunta en cuestión no es si todos

11. Fritz Guy, "The Universality of God's Love" [La universalidad del amor de Dios] en A Case for Arminianism (Grand Rapids: Zondervan Publishing House, 1989), 35.
12. Jonathan Edwards, "Concerning the Decrees in General, and Election in Particular" [En cuanto a los decretos en general y a la elección en particular] The Works of Jonathan Edwards, 2 (Edinburgh: Banner of Truth Trust, 1974), 526. Y, por supuesto, la distinción teológica entre los dos tipos de voluntades de Dios se remonta a mucho tiempo atrás. En la cuarta sección de este libro, The Cause of God and Truth [La causa de Dios y la verdad] John Gills dedica 100 páginas de referencias encolumnadas, de ambos lados, a los antecesores (desde Clemente hasta Jerónimo) con respecto a estas y otras distinciones "calvinistas".

serán salvos, sino si Dios ha previsto en Cristo la salvación de todos, siempre que crean, y sin limitar el alcance potencial de la muerte de Cristo meramente a aquellos que Dios sabe que creerán.[13]

Esta es una concesión sincera y extraordinaria hecha por un hombre al que no se lo puede acusar de haber sido influenciado por la teología calvinista. En este apéndice me gustaría recalcar el punto de Marshall con respecto a que «ciertamente debemos distinguir entre lo que a Dios le gustaría que sucediera y lo que en realidad desea que suceda, y ambas cosas pueden ser llamadas voluntad de Dios». Quizás el modo más eficaz de hacerlo es comenzar dirigiendo nuestra atención a la manera en que las Escrituras describen lo que Dios desea, que en cierto sentido aprueba y en otro desaprueba. Luego de presentar pruebas bíblicas, daremos un paso atrás y consideraremos cómo entender eso en relación con los propósitos salvíficos de Dios.

II. Ilustraciones sobre las dos voluntades en Dios

A. La muerte de Cristo

El ejemplo más convincente que nos muestra a Dios deseando aquello que desaprueba es la muerte de Cristo dispuesta por Dios.

13. Horward Marshall, "Universal Grace and Atonement in the Pastoral Epistles" [Gracia universal y expiación en las epístolas pastorales], A Case for Arminianism, 56 (itálicas del autor). Una de las cosas que debilita seriamente los argumentos que se presentan en el artículo de Marshall es la omisión de un estudio o mención de 2 Timoteo 2.24-26, que dice: "Y un siervo del Señor no debe andar peleando; más bien, debe ser amable con todos, capaz de enseñar y no propenso a irritarse. Así, humildemente, debe corregir a los adversarios, con la esperanza de que Dios les conceda el arrepentimiento para conocer la verdad, de modo que se despierten y escapen de la trampa en que el diablo los tiene cautivos, sumisos a su voluntad". Marshall plantea la pregunta de si existe algún texto en las epístolas pastorales que nos lleve a pensar que "la fe y el arrepentimiento son dones de Dios, que sólo los concede a un grupo que ha sido previamente elegido" (66). Su conclusión es que no lo hay, a pesar de que se omite el texto que más se acerca a este concepto. Ese texto es muy importante porque vemos la misma redacción en 1 Timoteo 2.4. Comparemos el deseo de Dios acerca de que las personas "sean salvas y lleguen a conocer la verdad" (en 1 Timoteo 2.4) con el don de Dios de que a las personas "les conceda el arrepentimiento para conocer la verdad" (en 2 Tim 2.25). Probablemente sólo estos dos textos enseñen que existen "dos deseos" en Dios: el deseo de que todos sean salvos, y el deseo de solo conceder el arrepentimiento a algunos.

Allí tenemos un ejemplo claro de algo que Dios había planeado que sucediera y que involucra un gran pecado y, al mismo tiempo, la desaprobación de aquel pecado. La traición a Jesús, que perpetró Judas fue un acto moralmente maligno inspirado directamente por Satanás (Lucas 22.3). Aun así, Lucas escribe en Hechos 2.23: «Éste fue entregado según el determinado propósito [*boule*] y el previo conocimiento de Dios». La traición fue pecado e implicó la intervención de Satanás; sin embargo, era parte del plan dispuesto por Dios. Eso significa que, en cierto modo, Dios deseaba que el Hijo fuera entregado, aun cuando ese acto constituyera un pecado.

Más aun, el desprecio de Herodes hacia Jesús (Lucas 23.11), la actitud pusilánime de Pilato (Lucas 23.24), el clamor de los judíos «¡Crucifícalo, crucifícalo!» (Lucas 23:21), y la burla de los soldados romanos (Lucas 23.26) también constituyeron actitudes y acciones cargadas de pecado. Aun así, en Hechos 4.27-28 encontramos en la oración que Lucas eleva a favor de los santos de Jerusalén que él entiende que la soberanía de Dios ha estado detrás de todo esto:

> En efecto, en esta ciudad se reunieron Herodes y Poncio Pilato, con los gentiles y con el pueblo de Israel, contra tu santo siervo Jesús, a quien ungiste para hacer lo que de antemano tu poder y tu voluntad [*boule*] habían determinado que sucediera.

Herodes, Pilato, los soldados y los judíos levantaron sus manos en contra del Altísimo y se rebelaron, sólo para descubrir que en los designios inescrutables de Dios su rebelión era un servicio [pecaminoso] que ellos involuntariamente estaban prestando.

La horrenda muerte de Cristo estaba en la voluntad de Dios el Padre y fue obra suya. Acerca de la muerte de Cristo, Isaías escribió: «Nosotros pensamos que Dios lo había herido, que lo había castigado y humillado. ... El Señor quiso oprimirlo con el sufrimiento» (Isaías 53.4,10; DHH, énfasis del autor). La voluntad de Dios estaba muy comprometida con los hechos que provocaron la muerte del Hijo. Y Dios lo consideró apropiado para «perfeccionar mediante el sufrimiento al autor de la salvación» (Hebreos 2:10). Sí, como señala Jonathan Edwards, el sufrimiento de Cristo «sucedió

a causa del pecado, el menosprecio y la vergüenza fueron sólo algunas de las cosas que él tuvo que sufrir».[14]

No hace falta decir que Dios desea obediencia a su ley moral y que la desea de una forma en que muchos rechazan. Esto se vuelve evidente en numerosos textos: «No todo el que me dice: "¡Señor, Señor!", entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad [*thelema*] de mi Padre que está en los cielos» (Mateo 7.21; RVR95). En otras palabras, algunos hacen la voluntad de Dios y otros no. Por lo tanto, indudablemente la «voluntad de Dios» no tiene que ver con un decreto que sucede de manera infalible. Otra vez, Jesús declara: «Pues mi hermano, mi hermana y mi madre son los que hacen la voluntad de mi Padre que está en el cielo» (Mateo 12.50). Y Juan escribe: «El que hace la voluntad de Dios permanece para siempre» (1 Juan 2.17). En estos textos, la «voluntad de Dios» es la instrucción revelada en el Antiguo y Nuevo Testamento, que prohíbe pecar.

Por lo tanto, sabemos que no era la «voluntad de Dios» que Judas, Pilato, Herodes, los soldados romanos y la multitud de los judíos desobedecieran la ley moral de Dios al entregar a Jesús para que fuese crucificado. Sin embargo, también sabemos que era la voluntad de Dios que eso sucediera. Uno de los teólogos evangélicos más grandes del siglo XX, Carl F.H.Henry, lo expresa de esta manera: «Ya que Dios había determinado y profetizado que Judas traicionaría a Cristo, el Dios viviente tenía el poder creativo necesario como para provocar una situación que fuera recriminable en un sentido moral. Sin embargo, la ordenación previa de un acto malo no es algo malo en sí mismo, debido a que Dios no lo deseaba por las mismas razones por las que otros pudieran desearlo».[15] Por consiguiente, sabemos que Dios desea en un sentido lo que en otro sentido no desea. La muerte de Jesús confirma la declaración de I. Horward Marshall: «Ciertamente debemos distinguir entre lo que a Dios le gustaría que sucediera y lo que en realidad desea que suceda».

14. Jonathan Edwards, "Concerning the Decrees in General, and Election in Particular" [En cuanto a los decretos en general y a la elección en particular], 534.
15. Carl F.H. Henry, God Revelation and Authority [La revelación de Dios y la autoridad], 5, parte 1, God Who Stands and Stays [Dios, quien está y permanece] (Wheaton Ill: Crossway Books, 1999, orig, 1982), 315.

B. La guerra contra el Cordero

Dos razones nos llevan a mirar Apocalipsis 17.16-17. Una de ellas es la consumación de la guerra contra el Hijo, que alcanzó su momento culminante y pecaminoso en la cruz, y que confirma lo que hemos estado tratando en cuanto a la voluntad de Dios. La otra es que ese texto revela la comprensión que tuvo Juan acerca de que Dios participaba activamente en la consumación de las profecías cuyo cumplimiento implicaba la intervención del pecado. Juan tiene una visión que revela algunos acontecimientos finales de la historia:

> Y los diez cuernos que viste y el monstruo, odiarán a la prostituta, y la dejarán abandonada y desnuda; comerán la carne de su cuerpo, y la quemarán con fuego. Dios les ha puesto en el corazón la determinación de hacer lo que él quiere que hagan: se pondrán de acuerdo para entregar su autoridad de reyes al monstruo, hasta que se cumpla lo que Dios ha dicho. (Apocalipsis 17.16-17; DHH)

El librar una guerra contra el Cordero es pecado, y el pecado es contrario a la voluntad de Dios. De todas maneras, los ángeles declaran (literalmente): «Dios les ha puesto en el corazón [de los reyes] el hacer su voluntad: se pondrán de acuerdo para entregar su autoridad de reyes al monstruo, hasta que se cumpla lo que Dios ha dicho» (Apocalipsis 17.17, traducción del autor). Por lo tanto vemos que Dios quiso influir [en un sentido] en los corazones de los reyes para que hicieran aquello que va contra su voluntad [en otro sentido].

Más aun, el propósito de Dios fue que se cumplieran las profecías. Los diez reyes colaborarán con la bestia «hasta que se cumpla lo que Dios ha dicho» (v. 17). Esto resulta crucial en la comprensión que Juan tuvo de las «profecías que conducen al derrocamiento del Anticristo»[16] Admite (al menos desde el punto de vista de Juan) que

16. Robert H. Mounce, The Book of Revelation [El libro de Apocalipsis] (Grand Rapids: Wm. B. Eerdmans Publishing Company, 1997), 320. Mounce es la continuación de Isbon Beckwith, The Apocalypse of John [El Apocalipsis de Juan] (Grand Rapids: Baker Book House, 1967, orig. 1919), 703.

las profecías de Dios no son meras predicciones que él sabe que sucederán, sino intenciones divinas que Dios mismo se asegura de que se cumplan. Esa certeza proviene del versículo 17, que dice que Dios está actuando de manera tal que se encarga de que los diez reyes y la bestia se alíen «hasta que se cumpla lo que Dios ha dicho». Por lo tanto, Juan se alegra no en el conocimiento anticipado que Dios tiene y que le permite predecir un evento malo, sino en la maravillosa soberanía de la que Dios dispone y por medio de la que se asegura que estos eventos malos se lleven a cabo. De acuerdo con Juan, la profecía cumplida no tiene que ver sólo con una predicción, sino también con la ejecución prometida.

Es importante tener esto en cuenta, ya que en su evangelio Juan nos relata que algunas profecías que conciernen a la muerte de Jesús involucran pecado. Eso significa que Dios se propone consumar hechos que involucren cosas que él prohíbe. Esos sucesos incluyen la traición de Judas (Juan 13.18; Salmo 41.9), la suerte que se echó sobre las vestiduras de Jesús (Juan 15.25; Salmo 69.4; 35.19) y la laceración de su costado (Juan 19.36-37; Éxodo 12.46; Salmo 34.20; Zacarías 12.10). La teología de Juan en cuanto a la soberanía de Dios queda expresada en esos textos al explicar que esas cosas sucedieron «para que se cumpla la Escritura». En otras palabras, cada suceso no fue una coincidencia que Dios simplemente previó, sino un plan que Dios se propuso llevar a cabo.[17] De ese modo, se confirma una vez más la aseveración de I. Howard Marshall: existen dos niveles de voluntad en Dios.

C. La obra de endurecimiento de parte de Dios

Otra de las pruebas que demuestra la voluntad de Dios en cuanto a que ocurra una circunstancia que en cierto modo él desaprueba, es el testimonio que dan las Escrituras en cuanto a los planes de Dios de endurecer el corazón de algunos hombres de modo que se obstinen en conductas pecaminosas que Dios desaprueba.

17. "Como es característico de Juan, él ve en cada acontecimiento que se produce el cumplimiento de las Escrituras. El propósito de Dios se tenía que cumplir ... Prestemos atención a la importancia de hina". Leon Morris, The Gospel According to John [El evangelio según Juan] (Grand Rapids: Wm. B. Eerdmans Publishing Company, 1971), 822.

El ejemplo más conocido es cuando Faraón endurece su corazón.[18] En Éxodo 8.1 leemos: «El Señor le ordenó a Moisés: "Ve a advertirle al faraón que así dice el Señor: Deja ir a mi pueblo para que me rinda culto"». En otras palabras, la orden de Dios, es decir, su voluntad es que Faraón deje ir a los israelitas. De todas maneras, Dios también desea desde un comienzo que Faraón no deje ir a los israelitas. En Éxodo 4.21, Dios le revela a Moisés: «Cuando vuelvas a Egipto, no dejes de hacer ante el faraón todos los prodigios que te he dado el poder de realizar. Yo, por mi parte, endureceré su corazón para que no deje ir al pueblo». Llega un punto en el que el mismo Faraón reconoce que su reticencia es pecado: «Yo les pido que perdonen mi pecado una vez más» (Éxodo 10.17). Por lo tanto, vemos que Dios es el que le ordena a Faraón hacer algo que él mismo desea no permitir. Dios mismo evita que suceda aquello bueno que él ha ordenado. Y esa acción que provoca, involucra pecado.[19]

Algunos han tratado de evadir las implicancias de esto señalando que el texto no dice explícitamente que durante las cinco primeras plagas Dios haya endurecido el corazón de Faraón, sino que «fue endurecido» (Éxodo 7.22; 8.19; 9.7) o que fue Faraón el que endureció su propio corazón (Éxodo 8.15,32) y que sólo se menciona de manera explícita en la sexta plaga que «el Señor endureció el corazón de Faraón» (Éxodo 9.12; 10.20,27; 11.10; 14.4). Por ejemplo, R.T.Forster y V.P.Marston establecen que a partir de la sexta plaga Dios le dio a Faraón «un poder supernatural para que continuara en el mal camino de la rebelión».[20]

No obstante, esta observación no logra anular la evidencia de que en Dios existen dos voluntades. Aun si Forster y Marston tuvieran

18. Para un estudio detallado en cuanto a los textos que hablan acerca del endurecimiento, ver John Piper, The Justification of God [La justificación de Dios], 139-162. Los textos importantes son: Éxodo 4.21; 7.3,13-14,21-22; 8.11,15,19,28,32; 9.7,12,34-35; 10.1,20,27; 11.10; 13.15; 14.4,8,17. Comparar también G.K. Beale, "An Exegetical and Theological Consideration of the Hardening of Pharaon's Heart in Exodus 4-14 and Romans 9" [Análisis exegético y teológico acerca del endurecimiento del corazón del faraón en Éxodo 4-14 y Romanos 9], Trinity Journal, (1984): 129-154.

19. Esto se ilustra en la forma en que el Señor obró para que los egipcios aborrecieran a su pueblo y luego obró nuevamente para que los israelíes hallaran gracia delante de los ojos de los egipcios. Salmo 105.25: "(Dios) trastornó para que odiaran a su pueblo y se confabularan contra sus siervos". Éxodo 12.36: "El Señor hizo que los egipcios vieran con buenos ojos a los israelitas, así que les dieron todo lo que les pedían".

20. R.T. Forster and V.P. Marston, God's Strategy in Human History [La estrategia de Dios en la historia humana] (Wheaton: Tyndale House, 1973), 73.

razón al decir que Dios no quería que el corazón del Faraón se endureciese durante las primeras cinco plagas[21], reconocen que Dios sí deseaba eso en las últimas cinco plagas, al menos en el sentido de animar a Faraón a que continuara en el camino de la rebelión. Por lo tanto, Dios deseaba en cierto modo que Faraón siguiera negándose a liberar al pueblo de Israel, y en cierto modo Dios quería que Faraón liberara al pueblo. Y por eso ordenó: «¡Deja ir a mi pueblo!» Esto explica por qué los teólogos hablan acerca de la «voluntad ordenada» («¡Deja ir a mi pueblo!») y la «voluntad decretada» («Dios endureció el corazón del Faraón»).

El éxodo no es la única instancia en la que observamos este proceder de Dios. Cuando el pueblo de Israel llegó a la tierra de Sehón, rey de Hesbón, Moisés envió mensajeros que hablaran «esta oferta de paz: "Déjanos pasar por tu país; nos mantendremos en el camino principal"» (Deuteronomio 2.26-27). A pesar de que esa solicitud debería haber llevado a que el trato de Sehón con el pueblo de Israel fuera respetuoso, ya que el deseo de Dios era que su pueblo fuera bendecido más que atacado, no obstante «Sehón, rey de Hesbón, se negó a dejarnos pasar por allí, porque el Señor nuestro Dios había ofuscado su espíritu y endurecido su corazón, para hacerlo súbdito nuestro, como lo es hasta hoy» (Deuteronomio 2.30). En otras palabras, era la voluntad de Dios (en cierto sentido) que Sehón actuara de forma contraria a la voluntad de Dios (en otro sentido) que Israel fuera bendecido y no maldecido.

De manera similar, la conquista de las ciudades de Canaán se debe a que Dios deseaba que los reyes de las tierras resistieran a Josué y no que hicieran la paz con él. «Después de combatir con ellos por largo tiempo. Ninguna ciudad hizo tratado de ayuda mutua con los israelitas, excepto los heveos de Gabaón. A todas esas ciudades Josué las derrotó en el campo de batalla, porque el Señor endureció el corazón de los enemigos para que entablaran guerra con Israel. Así serían exterminados sin compasión alguna, según el mandato que el Señor le

21. Probablemente estén equivocados en este asunto. El argumento de la voz pasiva ("Se endureció el corazón del Faraón") que no fue Dios el que endureció, no es valido. El texto implica que Dios es el que endurece a pesar del uso de la voz pasiva. Sabemos esto porque a la construcción pasiva le sigue la frase "como el Señor había dicho", que hace referencia a Éxodo 4.21 y 7.3 donde Dios había prometido de antemano que endurecería el corazón del Faraón..

había dado a Moisés.» (Josué 11.18-20). Teniendo en cuenta esto, resulta difícil imaginar lo que Fritz Guy quiere decir cuando explica que siempre se prefiere entender la «voluntad de Dios» en términos de un deseo e intención amorosos[22] más que en términos de un verdadero propósito de juicio. Sin embargo, parece más evidente que cuando llega el momento del juicio, Dios desea que el culpable haga cosas que van en contra de su voluntad revelada, como por ejemplo maldecir a Israel en lugar de bendecirlo.

La obra que realiza Dios de endurecer el corazón no se limita a los que no pertenecen al pueblo de Israel. Es más, en ese período de la historia, esa obra desempeñó un papel principal en la vida de Israel. En Romanos 11.7-9 (DHH) Pablo nos habla de que Israel había fracasado en alcanzar la justicia y la salvación que había deseado: «Los israelitas no consiguieron lo que buscaban, pero los que Dios escogió sí lo consiguieron. Los otros fueron endurecidos». Pese a que el mandamiento de Dios es que su pueblo vea, escuche y responda por medio de la fe (Isaías 42.18), no obstante Dios también tiene sus razones para mandar, ciertas veces, un espíritu de aturdimiento con el fin de que no obedezcan su mandamiento.

La misma verdad expresó Jesús al explicar que uno de los propósitos que perseguía al hablar por medio de parábolas a los judíos de su época era provocar en ellos ceguera judicial o aturdimiento. En Marcos 4.11-12 (DHH) dijo a sus discípulos: «A ustedes, Dios les da a conocer el secreto de su reino; pero a los que están afuera se les dice todo por medio de parábolas, para que por más que miren, no vean, y por más que oigan, no entiendan, para que no se vuelvan a Dios y él no los perdone». Aquí vemos de nuevo que Dios desea que prevalezca una situación que él considera condenable. Es su voluntad que se vuelvan y se arrepientan (Marcos 1.15), sin embargo actúa de manera que restringe el cumplimiento de esa voluntad.

Pablo describe el endurecimiento llevado a cabo por mano divina como parte de un plan global que implicará la salvación de los judíos y gentiles. En Romanos 11.25-26 (DHH), escribe a los gentiles: «Hermanos, quiero que sepan este designio secreto de Dios,

22. Ver nota 10.

para que no presuman de sabios: los israelitas se han endurecido en parte, pero solo hasta que hayan entrado todos los que no son de Israel. Cuando esto suceda, todo Israel alcanzará la salvación». El hecho que el endurecimiento tenga un final previsto («hasta que hayan entrado todos los que no son de Israel») muestra que no se trata de un evento contingente fuera del propósito de Dios sino de un suceso que se encuentra dentro de sus planes. No obstante, Pablo expresa su deseo y el deseo del corazón de Dios cuando en Romanos 10.1 escribe: «Hermanos, el deseo de mi corazón, y mi oración a Dios por los israelitas, es que lleguen a ser salvos». Dios le extiende los brazos a un pueblo rebelde (Romanos 10.21) pero ordena un endurecimiento que por un tiempo lo consigna a la desobediencia.

Y este es el punto de Romanos 11.31-32 (DHH). Nuevamente Pablo habla a los gentiles en cuanto a la manera en que el pueblo de Israel había desobedecido al rechazar al Mesías: «De la misma manera, ellos (Israel) han desobedecido ahora, pero solamente para que Dios tenga compasión de ustedes». Cuando Pablo menciona que Israel había desobedecido «para que» los gentiles pudieran ser partícipes de los beneficios del evangelio, ¿el propósito de quién tiene en mente? Solamente puede ser el propósito de Dios. Israel no concebía que su desobediencia pudiera ser una forma para que los gentiles fueran bendecidos o alcanzaran misericordia. Por lo tanto, Romanos 11.31 nos muestra que el endurecimiento de Israel no es un fin en sí mismo, sino parte de un propósito salvador que alcanzará a todas las naciones. Sin embargo, hasta que ese propósito se cumpla Dios determina una condición (dureza de corazón) y ordena a su pueblo que luche contra ella («No endurezcan el corazón» Hebreos 3.8,15; 4.7).

D. El derecho que Dios tiene para contener el mal y su deseo de no hacerlo

Otra prueba bíblica que sugiere que muchas veces Dios desea que suceda aquello que él desaprueba es su elección de ejercer, o no, el derecho que tiene para contener el mal que mora en el corazón del hombre. Proverbios 21.1 señala: «En las manos del Señor el corazón del rey es

como un río: sigue el curso que el Señor le ha trazado». Génesis 20 nos ilustra el derecho divino que Dios tiene sobre el corazón del rey. La escena es esta: Abraham está en Gerar y le informa al rey Abimelec que Sara es su hermana. Así que Abimelec la toma y la incorpora a su harén. Sin embargo, Dios está disgustado y mediante un sueño le advierte a Abimelec que aquella mujer es la esposa de Abraham. Abimelec le declara a Dios que él había hecho esto en integridad. Dios le responde (en el v. 6): «Sí, ya sé que has hecho todo esto de buena fe, le respondió Dios en el sueño; por eso no te permití tocarla, para que no pecaras contra mí».

Aquí resulta evidente que Dios tiene el derecho y el poder para refrenar los pecados de los gobernantes seculares. Lo hace cuando es su voluntad hacerlo. Y no lo hace cuando no es su voluntad hacerlo. Todo esto nos orienta a pensar que algunas veces Dios desea que el pecado sea contenido, y algunas veces desea que el pecado aumente más que si él lo contuviera.[23]

Eso no significa que el Creador tenga el derecho y el poder de contener el mal proceder de sus criaturas y que por lo tanto viole injustamente la acción humana. Expresa el Salmo 33.10-11 (DHH): «El Señor hace fracasar por completo los proyectos de los pueblos paganos, pero los proyectos del Señor permanecen firmes para siempre». Algunas veces Dios frustra el deseo de los gobernantes haciendo que sus planes fracasen. Algunas veces lo hace ejerciendo influencia sobre sus corazones sin que ellos lo sepan, como lo hizo con Abimelec.
Sin embargo, existen muchas ocasiones en las que Dios no usa ese derecho porque quiere que el mal siga su curso. Por ejemplo, Dios quería quitarles la vida a los hijos de Elí. Por lo tanto, dispuso que ellos no escucharan el consejo de su padre: «Elí, que ya era muy anciano, se enteró de todo lo que sus hijos le estaban haciendo al pueblo de Israel, incluso de que se acostaban con las mujeres que servían a la entrada del santuario. Les dijo: "¿Por qué se comportan así? Todo el pueblo me habla de su mala conducta. No, hijos míos; no es nada bueno lo que se comenta en el pueblo del Señor. Si alguien peca

23. Otros ejemplos de que Dios despierta los corazones de los reyes a hacer su voluntad incluyen 1 Crónicas 5.25-26 (ver el pasaje paralelo en 2 Reyes 15.19) y 2 Crónicas 36.22-23 (ver el pasaje paralelo en Esdras 1.1-3).

contra otra persona, Dios le servirá de árbitro; pero si peca contra el Señor, ¿quién podrá interceder por él?" No obstante, ellos no le hicieron caso a la advertencia de su padre, pues la voluntad del Señor era quitarles la vida» (1 Samuel 2.22-25).

¿Por qué los hijos de Elí no habrían de hacer caso al buen consejo de su padre? Y la respuesta que nos da el texto es «pues la voluntad del Señor era quitarles la vida». Eso sólo tiene sentido si el Señor tiene el derecho y el poder para refrenar la desobediencia de ellos, un derecho y un poder que Dios no quiso usar en ese momento. De ese modo, concluimos que Dios, en cierto sentido, quería que los hijos de Elí continuaran haciendo lo que él les había ordenado no hacer: deshonrar a su padre y cometer inmoralidad sexual.

Más todavía: la palabra que se utiliza para «voluntad» en la oración «la voluntad del Señor era quitarles la vida», es la misma palabra hebrea [haphez] que se menciona en Ezequiel 18.23,32 y 33.11, donde Dios afirma que él no desea la muerte de los impíos. Dios quería que los hijos de Elí murieran, pero él no desea la muerte de los malvados. Para nosotros esto supone una gran advertencia. No debemos tomar una afirmación como la que aparece en Ezequiel 18.23 y suponer que conocemos el sentido preciso sin dejar que otros pasajes de la Escritura, como por ejemplo 1 Samuel 2.25, expresen su opinión. Al colocar estos dos pasajes juntos, obtenemos como resultado que, en cierto modo Dios puede desear la muerte de los impíos y en otro, puede no desearla.

En Romanos 1.24-28 encontramos otra ilustración en la que Dios elige no usar su derecho para contener el mal. En este pasaje Pablo repite tres veces que Dios entregó [*paradōken*] a las personas para que se hundieran más y más en la corrupción. Versículo 24: «Dios los entregó a los malos deseos de sus corazones». Versículo 26: «Dios los entregó a pasiones vergonzosas». Versículo 28: «Como estimaron que no valía la pena tomar en cuenta el conocimiento de Dios, él a su vez los entregó a la depravación mental». Dios tiene el derecho y el poder para contener el mal, así como lo hizo con Abimelec. Sin embargo, no quiso hacerlo. En este caso su voluntad fue más bien castigarlos, y en algunas ocasiones parte del castigo por el mal es permitir que ese mal

se incremente. No obstante, eso significa que Dios elige que se desate un comportamiento que él manda que no suceda. Y el hecho de que el deseo de Dios es punitivo no altera eso. Y el hecho de que sea justificablemente punitivo es uno de los puntos de este apéndice. Podríamos dar otros ejemplos,[24] pero continuaremos examinando una línea diferente de pruebas.

E. ¿Dios se deleita en el castigo de los impíos?

Acabamos de ver que Dios «quería» que los hijos de Elí muriesen y que la palabra que se utiliza para querer es la misma que aparece en Ezequiel 18.23 cuando Dios dice que él no se «deleita» en la muerte de los impíos. En Deuteronomio 28.63 (DHH) encontramos otro ejemplo que ilustra ese deseo complejo: «Y así como el Señor se complacía en hacerte bien, y multiplicarte, ahora se complacerá en tu ruina y tu destrucción». Moisés está advirtiendo al reticente pueblo de Israel acerca del juicio venidero. Aquí lo que dice resulta asombrosamente diferente (no contradictorio, vale aclarar) de lo que se menciona en Ezequiel 18.23.

La palabra que se emplea cuando dice que Dios «se complacerá en tu ruina y en tu destrucción» es una palabra aún más fuerte para denotar gozo [*yasis*]. Nos enfrentamos al hecho bíblico ineludible de que en cierto modo Dios no se deleita en la muerte de los impíos

24. Otros ejemplos en los que vemos a Dios no conteniendo el mal porque él había planeado utilizarlo son:
"El Señor había determinado frustrar el plan acertado de Ahitofel, para acarrear el desastre sobre Absalón" (2 Samuel 17.14, DHH).
Cuando Roboam, hijo de Salomón, estaba considerando cómo gobernar al pueblo, observó que el pueblo quería que le aligerara la carga que Salomón les había impuesto (1 Reyes 12.9). Consultó a los jóvenes y a los ancianos. Decidió seguir el consejo de los jóvenes que le recomendaron que les impusiera un yugo más pesado. ¿Por qué sucedió eso? 1 Reyes 12.15 da la respuesta: "El rey, pues, no hizo caso al pueblo, porque el Señor había dispuesto que sucediera así para que se cumpliera lo que el Señor había prometido a Jeroboam, hijo de Nabat". Es importante volver a mostrar que (al igual que más arriba en Apocalipsis 17.17) el cumplimiento de la profecía (1 Reyes 11.29-39) es obra del Señor: "El Señor había dispuesto que sucediera así". La profecía no es el mero conocimiento anticipado de lo que va a suceder por sí mismo. La profecía es una expresión de lo que Dios intenta realizar en el futuro.
Para la desilusión de su padre, Sansón insistió en que él tomaría por esposa a una mujer de entre los filisteos. Su padre lo aconsejó en contra de esa decisión al igual que Elí intentó detener la maldad de sus hijos. Sin embargo, la opinión de Sansón prevaleció. ¿Por qué? "Sus padres no sabían que esto era parte del Señor, que buscaba la ocasión de confrontar a los filisteos" (Jueces 14.4).
En Deuteronomio 29.2-4 (DHH), Moisés explica por qué el pueblo no había respondido a Dios y por qué tantas veces se habían desviado según sus propios caminos: "Ustedes han visto todo lo que el Señor hizo en Egipto ... señales y maravillas. Pero hasta ahora el Señor no les ha dado entendimiento ni les ha permitido comprender el significado de todo ello".

(Ezequiel 18) y en cierto modo sí (Deuteronomio 28.63; 2 Samuel 2:25).[25]

III. ¿CUÁL ES LA EXTENSIÓN DE LA VOLUNTAD DE DIOS?

Detrás de esa relación compleja entre las dos voluntades de Dios permanece la premisa bíblica fundamental de que la soberanía de Dios lo habilita para ejercer el dominio de todas las acciones. R.T. Forster y V.P. Marston intentan superar esta tensión entre la voluntad decretada y la voluntad ordenad afirmando que la mencionada voluntad soberana decretada no existe: «En la Escritura no hay nada que sugiera que hay un tipo de voluntad o plan divino que sea inviolable».[26] Esa es una afirmación sorprendente. Hemos considerado esta cuestión en el capítulo 2: «El deleite de Dios en todo lo que hace». Sin embargo, sería valioso que aquí proporcionáramos, también, algunas de las pruebas que muestran que de hecho existe una voluntad o plan divino que es imposible de violar.

En la Biblia encontramos pasajes que le atribuyen a Dios el control final de todas las calamidades y desastres ocasionados por la naturaleza o por el hombre. Amós 3.6 (DHH): «Si algo malo pasa en la ciudad es porque el Señor lo ha mandado». Isaías 45.6-7 (DHH): «Yo soy el Señor, no hay otro. Yo creo la luz y la oscuridad, produzco el bienestar y la desgracia. Yo, el Señor, hago todas estas cosas». Lamentaciones 3.37-38 (DHH): «Cuando algo se dice, cuando algo pasa, es porque el Señor lo ha ordenado. Tanto los bienes como los males vienen porque el Altísimo así lo dispone». En estos textos cabe destacar que las calamidades que se

25. Uno también debería prestarle atención a los textos que describen a Dios riéndose a causa de la ruina del insolente (Proverbios 1.24-26; Isaías 30.31; Apocalipsis 18.20)

26. R.T. Forster y V.O. Marston, God's Strategy in Human History [La estrategia de Dios en la historia humana], 32. El texto preferido para demostrar que la voluntad de Dios para su pueblo es contingente y no eficaz es Lucas 7.30: "Pero los fariseos y los maestros de la ley no se hicieron bautizar por Juan, despreciando de este modo lo que Dios había querido hacer a favor de ellos" (DHH). Sin embargo, la frase "a favor de ellos", de acuerdo con su ubicación, probablemente no modifique el "propósito de Dios" (como la versión DHH puede sugerir). Más bien, la probabilidad es que modifique a "despreciando". De esta manera, Lucas estaría diciendo que el plan de salvación predicado por Juan el Bautista algunos lo aceptaban y otros lo despreciaban "a favor de ellos". El texto no da evidencia de si Dios tiene un plan específico para cada persona que pueda ser frustrado.

mencionan involucran hostilidades y crueldades humanas que Dios desaprobaría aun cuando quisiera que sucedieran.

El apóstol Pedro también escribió acerca de la participación de Dios en las distintas circunstancias por las que el pueblo pasó en manos de sus opositores. En su primera carta se refirió en dos sentidos a la «voluntad de Dios». Por un lado, era algo que debían perseguir y a lo que tenían que responder. «Porque esta es la voluntad de Dios: que, practicando el bien, hagan callar la ignorancia de los insensatos» (1 Pedro 2.15). «...vivir el resto de su vida terrenal no satisfaciendo sus pasiones humanas sino cumpliendo la voluntad de Dios» (4.2). Por el otro lado, la voluntad de Dios no tenía que ver con una instrucción moral, sino con las distintas situaciones que en él su soberanía provocaba. «Es mejor sufrir por hacer el bien, si así Dios lo quiere, que por hacer el mal» (3.17, DHH). «De manera que los que sufren según la voluntad de Dios, deben seguir haciendo el bien y poner sus almas en manos del Dios que los creó» (4:19, DHH). En este contexto, el sufrimiento que Pedro tiene en mente es aquel que viene de gente hostil y por lo tanto no puede ser causado sino por el propio pecado.

De hecho, los santos del Nuevo Testamento parecían vivir de acuerdo con la serena visión de una soberanía global en lo que respecta a los detalles de la vida y el ministerio. El mismo Pablo habla desde esa perspectiva al referirse a sus planes. En su despedida a los santos de Éfeso, les dice: «Ya volveré si Dios quiere» (Hechos 18.21). A los corintios escribió: «Si Dios quiere, iré a visitarlos muy pronto» (1 Corintios 4.19). Y de nuevo: «Esta vez no quiero verlos solo de paso; más bien, espero permanecer algún tiempo con ustedes, si el Señor así lo permite» (1 Corintios 16.7).

El autor de la carta a los Hebreos expresa que su intención al escribirles era que dejaran atrás las cosas elementales y que continuaran en el proceso de maduración. Pero luego hace una pausa y agrega: «Esto lo haremos, si Dios lo permite» (6.3). Es difícil imaginar que Dios pueda no permitir que uno continúe en el proceso de maduración a no ser que uno carezca de la visión extraordinaria de las prerrogativas de la soberanía de Dios.

Santiago advierte en contra del orgullo de la presunción cuando nos referimos a los planes más simples de la vida sin la debida sumisión

a la soberanía global de Dios. Esta soberanía puede determinar que la agenda del día sea interrumpida por su decisión de quitarnos la vida que él nos dio. Por lo tanto, en vez de decir: Mañana haremos esto o aquello, «más bien debieran decir: "Si el Señor quiere, viviremos y haremos esto o aquello"»[27] (Santiago 4.15). Por lo cual los santos de Cesarea, cuando no pudieron disuadir a Pablo de correr el riesgo de ir a Jerusalén, declaran: «lo dejamos, diciendo: Que se haga la voluntad del Señor» (Hechos 21.14, DHH). Dios sería el que tomara la decisión de que lo matasen o no, tal como Santiago declaró.

Para los primeros cristianos, ese sentido de vivir en las manos de Dios en cada aspecto de la vida, no era nuevo. Lo habían aprendido de la historia de Israel, especialmente de su sabia literatura.

> Los planes son del hombre; la palabra final la tiene el Señor (Proverbios 16.1; DHH)
> Al hombre le toca hacer planes, y al Señor dirigir sus pasos (Proverbios 16.9; DHH)
> El hombre echa las suertes, pero el Señor es quien lo decide todo (Proverbios 16.33; DHH)
> El hombre hace muchos planes, pero sólo se realiza el propósito divino (Proverbios 19.21; DHH)
> Señor, yo sé que el hombre no es dueño de su vida, que no tiene dominio sobre su destino (Jeremías 10.23; DHH)

Jesús no tenía problemas con esa sensación de vivir en las manos de Dios. Si algo él hizo, fue reafirmar esta idea aun más por medio de lo que expresó en Mateo 10.29: «¿No se venden dos gorriones

27. En Clark Pinnock, A Case for Arminianism [Un caso para el arminisnismo], Randall G. Basinger expone en "Exhaustive Divine Sovereignty: A Practical Critique" [Soberanía divina exaustiva: crítica práctica] su argumento de que la creencia en la absoluta soberanía de Dios prácticamente no tiene relevancia en la vida de hoy. De todas las cosas que podrían decirse en contra de esa perspectiva, la de mayor importancia es la que ofrece Santiago, que bajo la inspiración divina, no comparte este pensamiento, sino que enseña que la vida que se vive sin una sumisión consciente a la soberanía de Dios sobre cada asunto es equivalente a una "jactancia de su fanfarronería" (Santiago 4.16). Ver también en Thomas Schreiner y Bruce Ware, eds., The Grace of God, The Bondage of the Will [La gracia de Dios, el límite de la voluntad], capítulo 18 por Jerry Bridges, "Does Divine Sovereignty Make a Difference in Everyday Life?" [¿Acaso la soberanía divina produce una diferencia en la vida cotidiana?].

por una monedita? Sin embargo, ni uno de ellos caerá a tierra sin que lo permita el Padre».

Esta confianza sobre que los detalles diarios de la vida estaban bajo el control de Dios tiene sus raíces en numerosas expresiones proféticas referidas al irrefrenable propósito soberano, que no se puede frustrar. «"Recuerden lo que ha pasado desde tiempos antiguos. Yo soy Dios, y no hay otro; soy Dios, y no hay nadie igual a mí. Yo anuncio el fin desde el principio; anuncio el futuro desde mucho antes. Yo digo: Mis planes se realizarán; yo haré todo lo que me propongo"» (Isaías 46.9-10; comparar con 43.13; DHH). «Ante él nada son los habitantes de la tierra. Él actúa según su voluntad, tanto en el cielo como en la tierra. No hay nadie que pueda oponerse a su poder ni preguntarle por qué actúa como actúa» (Daniel 4.35; DHH). «Yo sé bien que tú lo puedes todo, que no es posible frustrar ninguno de tus planes» (Job 42.2). «Nuestro Dios está en los cielos y puede hacer lo que le parezca» (Salmo 115.3).

Una de las consecuencias más preciosas de esa confianza en la voluntad soberana e inviolable de Dios es que proporciona el fundamento de la esperanza del «nuevo pacto» en cuanto a la santidad sin la cual nadie verá al Señor (Hebreos 12.14). El antiguo pacto, la ley, estaba escrito sobre la piedra y traía muerte cuando se encontraba con la resistencia de corazones no renovados. Sin embargo, la promesa del nuevo pacto es que Dios no dejará que sus propósitos para un pueblo santo naufraguen en la debilidad de la voluntad humana. En su lugar, promete hacer lo que sea necesario para que lleguemos a lo que debemos ser. «Pondrá la marca de la alianza en el corazón de ustedes y en el de sus descendientes para que lo amen con todo su corazón y con toda su alma, a fin de que tengan vida» (Deuteronomio 30.6; DHH). «Pondré en ustedes mi espíritu, y haré que cumplan mis leyes y decretos» (Ezequiel 36.27; DHH). «Haré con ellos un pacto eterno: me comprometeré a no dejar nunca de hacerles bien, y les llenaré del deseo de honrarme y de no apartarse nunca de mí» (Jeremías 32.40; DHH). «Lleven a cabo su salvación con temor y temblor, pues Dios es quien produce en ustedes tanto el querer como el hacer para que se cumpla su buena voluntad» (Filipenses 2.12-13). «El Dios que da la paz ... que él los capacite en todo lo bueno para hacer su voluntad. Y que, por

medio de Jesucristo, Dios cumpla en nosotros lo que le agrada. A él sea la gloria por los siglos de los siglos. Amén» (Hebreos 13.20-21).

Teniendo en cuenta todos estos textos, soy incapaz de entender lo que Forster y Marston habrán querido decir al declarar: «En la Escritura no hay nada que sugiera que hay un tipo de voluntad o plan divino que sea inviolable» (ver nota 24). Ni tampoco puedo entender cómo Fritz puede decir que la «voluntad de Dios» se entiende en términos de deseo e intenciones, contrapuesto al propósito soberano y eficaz de Dios (ver nota 10). Más bien, una y otra vez las Escrituras nos conducen a afirmar que algunas veces se habla de la voluntad de Dios como una expresión de las normas morales para regir el comportamiento del hombre y algunas veces como una expresión de su control soberano de actos que se oponen a esas normas.

Eso significa que la distinción entre «voluntad decretada» y «voluntad ordenada» o «voluntad soberana» y «voluntad moral» no es una distinción artificial requerida por la teología calvinista. Estos términos constituyen un esfuerzo por describir la totalidad de la revelación bíblica. Son un esfuerzo por afirmar todo lo que la Biblia dice y no llamar nada de ello al silencio. Son una manera de decir que sí a la voluntad universal y salvadora de 1 Timoteo 2.4 y sí a la elección individual incondicional de Romanos 9.6-23.[28]

28. He intentado dar una descripción exegética cuidadosa acerca de la interpretación de Romanos 9.22-23 en el libro The Justification of God [La justificación de Dios] (Grand Rapids: Baker House, 1983). Desde una referencia de paso hasta este estudio en A Case for Arminianism [Un caso para el arminianismo] (ver nota 5), parece que no se le ha prestado una atención seria a los argumentos dados aquí. Pinnock manifiesta un interés legítimo en que Romanos 9 sea interpretado teniendo en cuenta la visión de Romanos 10 y 11. Dice: "Creo que si Piper hubiera avanzado más allá del capítulo 9 del libro de Romanos, hubiera descubierto que el deseo más profundo que Pablo manifestaba a Dios era que los perdidos fuesen salvos (10.1) y también hubiera descubierto una explicación de por qué sucede que algunos están incluidos y otros no: a través de la fe o por ausencia de fe (11.20). El capítulo 9 de Romanos debe leerse en un contexto más amplio del que se incluye, o sea Romanos 9-11" (29, nota 10). Sin duda, no discrepo en que Romanos 9 deba ser leído en su contexto. Es por eso que, por ejemplo en las paginas 9-15 y 163-165, trate los límites que presentaba mi enfoque y también la estructura de Romanos 9-11. Con respecto a los dos puntos específicos que propone Pinnock: sí, la fe nos incluye o nos excluye en cuanto a la salvación. Sin embargo, eso no explica por qué una persona accede a la fe y otra no. Ni tampoco el "deseo del corazón de Pablo y oración hacia Dios" clamando por la salvación de los judíos en Romanos 19.1 contradice la declaración explícita de que "parte de Israel se ha endurecido, y así permanecerá hasta que haya entrado la totalidad de los gentiles" (Romanos 11.25). Ver también T.R. Schreiner, "Does Romans 9 Teach Individual Election Unto Salvation? Some Exegetical and Theological Reflections" [¿Enseña Romanos 9 la elección individual para salvación? Algunas reflexiones exegéticas y teológicas] en The Grace of God and the Bondage of the Will, 1: Biblical and Practical Perspectives on Calvinism [La gracia de Dios y el límite de la voluntad, 1: perspectivas bíblicas y prácticas sobre el calvinismo], ed. Thomas Schreiner and Breuce Ware (Grand Rapids: Baker Book House, 1995).

IV. ¿TIENE SENTIDO?

Ahora me propongo reflexionar sobre la manera en que estas dos voluntades de Dios encajan y tienen sentido (en la medida en que resulte posible para una criatura finita y falible estar a la altura de las circunstancias).

Teniendo en cuenta todos estos textos, lo primero que podemos afirmar es que Dios no peca. «Santo, santo, santo es el Señor todopoderoso; toda la tierra está llena de su gloria» (Isaías 6.3). «Dios no puede ser tentado por el mal ni el tienta a nadie» (Santiago 1.13).[29] Dios no peca al ordenar todas las cosas, incluso los actos pecaminosos. Como dice Jonathan Edwards: «No implica ninguna contradicción el suponer que un acto pueda ser un acto malo, y aun que es algo bueno que ese acto haya sucedido. ... Por ejemplo, el que hayan crucificado a Cristo es algo

29. Soy consciente de que Santiago 1.13-15 es un texto que los arminianos podrían usar en contra de mi postura. "Que nadie, al ser tentado, diga: "Es Dios quien me tienta". Porque Dios no puede ser tentado por el mal, ni tampoco tienta él a nadie. Todo lo contrario, cada uno es tentado cuando sus propios malos deseos lo arrastran [exelkomenos] y seducen [deleazomenos]. Luego, cuando el deseo ha concebido [syllabousa], engendra [tiktei] el pecado; y el pecado, una vez que ha sido consumado, da a luz la muerte". No tiene sentido esconder los textos problemáticos de ambas posturas. No se me permite elegir más de lo que los arminianos puedan no rechazar en todos los textos que he citado. Si no puedo encontrar una armonía entre los textos, dejaré que ambos se pongan de pie hasta que alguien más sabio que yo pueda hacerlo (aun si eso significa esperar hasta que Dios ilumine nuestro corazón en el cielo). Mi esfuerzo por entender el pasaje de Santiago 1.13, teniendo en cuenta todos los ejemplos que declaran que Dios desea que sucedan eventos pecaminosos, es afirmar que la "tentación" se define en el versículo 14 como ser "arrastrado" [exelkomenos] y "seducido" [deleazomenos]. En otras palabras, Santiago no está hablando de la tentación en el sentido de un objeto de deseo que alguien coloca frente de nosotros (por ejemplo, no atribuye la "tentación" a Satanás, el mayor "tentador", sino a nuestros "deseos"). Por ejemplo, de acuerdo con el pensamiento de Santiago, la tentación no es la pornografía que se exhibe; más bien es el sentimiento de "arrastre", de "seducción" que hace que una persona mire. Concibe la tentación como el compromiso de las emociones con profundos deseos del mal. Esto es lo que se conoce como la etapa de la "concepción" [syllabousa] antes de que se "engendre" [tiktei] el acto del pecado (v. 15). De este modo, me parece que lo que Santiago está enseñando es que Dios nunca experimenta ese deseo que lo "arrastre" o "seduzca". Y él tampoco provoca directamente (ver nota 32) en los hombres ese "arrastre" o "seducción" hacia el mal. En cierto modo (que nosotros no podemos comprender en la totalidad) Dios es capaz, sin ser un "tentador" culpable, de hacer que una persona haga lo que Dios dispone aun cuando esto comprenda el mal.
No obstante, Santiago no está diciendo que Dios no puede producir un incentivo objetivo para que el mal se presente a las personas, ni tampoco que él mismo algunas veces no disponga los sucesos para que esos incentivos vengan, lo que nos puede conducir, por medio del "arrastre" de nuestros deseos a pecar (Dios lo sabía, y en cierto sentido, lo quería). De hecho, la Biblia revela que Dios a menudo prueba (la misma palabra en el griego para "tentar") a su pueblo (comparar Hebreos 11.17), ordenando circunstancias en las que se presentan desafiantes actos de desobediencia que para que puedan tener temor de pecar, o placeres pecaminosos que puedan llegar a codiciar. En resumen, lo que intento decir es que Dios es capaz de disponer eventos, según le parezca bueno y sabio hacerlo, de tal manera que provoquen el pecado; sin embargo, lo hace sin "tentar" a aquellos que van a pecar, según lo presenta Santiago.

malo, sin embargo fue bueno que la crucifixión de Cristo ocurriera».[30]

Edwards señala que parece que los arminianos, llegan a una conclusión similar:

> Todos reconocemos que muchas veces Dios no quiere entorpecer el incumplimiento de sus mandamientos, ya que en realidad no lo entorpece. ... Sin embargo, podríamos decir, Dios desea permitir el pecado, ya que deja a sus criaturas libradas a su albedrío, y si lo estorbara, estaría interfiriendo con la naturaleza de sus criaturas. Respondo: no obstante, eso conduce al mismo punto que quiero señalar. Algunos dicen: Dios no peca en absoluto; pero, al alterar la ley de la naturaleza y la ley de los causantes libres, lo desea. En algunos detalles, Dios desea lo que es contrario a la excelencia por el bien de una excelencia y orden más amplio. Por lo tanto, el esquema que presentan los arminianos no contribuye al asunto.[31]

A mí me parece que está en lo cierto, y podemos ilustrarlo nuevamente reflexionando de manera directa en 1 Timoteo 2.3-4, donde Pablo declara que el deseo de Dios es que todos sean salvos. «Eso es bueno y agradable a Dios nuestro Salvador, pues él quiere que todos sean salvos y lleguen a conocer la verdad». ¿Qué debemos decir en relación con el hecho de que Dios desea algo que no sucede? Veo dos posibilidades. Una es que en el universo exista un poder superior al poder de Dios que frustra sus intenciones al gobernar sus deseos. Ni los calvinistas ni los arminianos afirman esto.

La otra posibilidad es que Dios quiera que no todos sean salvos, a pesar de que está dispuesto a salvar a todos, ya que existe algo más que él desea y que estaría perdido si él ejerciera su poder soberano para salvar a todos. Esa es la solución que como calvinista avalo junto a los arminianos. En otras palabras, tanto los calvinistas como los

30. Jonathan Edwards, "Concerning the Decrees in General, and Election in Particular" [En cuanto a los decretos en general y a la elección en particular], 529.

31. Ibíd., 528.

arminianos afirman, al considerar de manera profunda el texto de 1 Timoteo 2.3-4, que en Dios existen dos voluntades. Las dos posturas pueden declarar que Dios desea la salvación de todos. Sin embargo, cuando se cuestiona por qué no todos son salvos, tanto los calvinistas como los arminianos responden que Dios tiene un compromiso con algo mayor que la salvación de todos.

La diferencia entre el calvinismo y el arminianismo no está en la existencia o no de dos voluntades divinas, sino en aquello que cada uno dice que representa el compromiso mayor del que estamos hablando. ¿Qué es lo que Dios desea más que salvar a todos? La respuesta que dan los arminianos es que la autodeterminación del hombre y la posibilidad de una relación con Dios resultante del amor tienen más valor que salvar a todos por medio de la gracia soberana y eficaz. La respuesta que propone el calvinismo es que el valor superior lo representa la manifestación de toda la gama de la gloria de Dios a través de la ira y de la misericordia (Romanos 9.22-23) y de la humillación del hombre, para que de esta manera el hombre disfrute de darle a Dios todo el reconocimiento por la salvación recibida (1 Corintios 1.29).

Es totalmente crucial ver esto, ya que implica que 1 Timoteo 2.3-4 no resuelve el asunto trascendental acerca de cuál es el compromiso de Dios que lo retiene de dar salvación a todos. Aquí no se menciona la libre voluntad.[32] Tampoco se menciona la gracia eficaz y soberana. Si lo único que tuviéramos fuera este texto, sólo sería posible adivinar qué es aquello que retiene a Dios de salvar a todos. Cuando en este texto se habla acerca de libre voluntad, se refiere a una suposición filosófica, metafísica y no a una conclusión exegética. La suposición es que, si en cierto modo, Dios desea que todos sean salvos, no puede, por otro lado, desear que algunos sean salvos. En el texto no se encuentra esa suposición, ni tampoco la exige la lógica, ni la enseña el resto de las Escrituras. Por lo tanto, 1 Timoteo 2.3-4 no resuelve el asunto sino que lo crea. Tanto los arminianos como los calvinistas

32. De hecho, 2 Timoteo 2.24-26 enseña que la autodeterminación no es un factor decisivo en el acto de arrepentirse y llegar al conocimiento de la verdad. Ver nota 12. "Un siervo del Señor no debe andar peleando; más bien, debe ser amable con todos, capaz de enseñar y no propenso a irritarse (v. 25). Así, humildemente, debe corregir a los adversarios, con la esperanza de que Dios les conceda el arrepentimiento para conocer la verdad, (v. 26) de modo que se despierten y escapen de la trampa en que el diablo los tiene cautivos, sumisos a su voluntad."

deben buscar en otro lugar la respuesta de si es el don de la autodeterminación del hombre o la gloria de la soberanía divina la realidad que refrena a Dios de dar salvación a todos.

Los calvinistas, a quienes admiro, no aseguran tener una solución fácil y simple para las complejas tensiones bíblicas. Cuando sus escritos son difíciles es porque las Escrituras son difíciles (el apóstol admite en 2 Pedro 3.16 que en parte lo son). Estos calvinistas están luchando por mantenerse fieles (sin resultar contradictorios) a los distintos asuntos de las Escrituras. Tanto los calvinistas como los arminianos sienten por momentos que las burlas que se dirigen en contra de sus complejas exposiciones son en realidad burlas en contra de la complejidad de las Escrituras.

Encuentro útil y equilibrado el esfuerzo de Stephen Charnock (1628-1680), capellán bajo la jurisdicción de Henry Cromwell y pastor no conformista de Londres, por balancear los distintos aspectos que presenta la Escritura en cuanto a la voluntad de Dios.

> Dios no desea [el pecado] de manera directa,[33] ni tampoco por una voluntad eficiente. No lo desea de manera directa ya que

33. Muchas veces los arminianos desdeñan las intentos de los calvinistas por explicar las "causas secundarias" que existen entre la voluntad soberana de Dios y los efectos inmediatos de un acto pecaminoso (comp. Jack Cottrell, "The Nature of Divine Sovereignty" [La naturaleza de la soberanía divina], A Case Arminianism, 100-192). Sin embargo la idea de las causas intermedias, distinta de la causa última de Dios, no se incorpora a causa de las exigencias que presenta el sistema teológico, sino porque la Escritura lo demanda. Por ejemplo, Dios interpuso un "espíritu malo" entre Abimelec y los habitantes de Siquem para cumplir su voluntad (Jueces 9.22-24); Satanás conduce a Judas (Lucas 22.3) a hacer lo que Hechos 2.23 dice que Dios provocó; Pablo dice que Satanás es quien enceguece la mente de los incrédulos (2 Corintios 4.4) pero también declara que Dios los hace espiritualmente insensibles (Romanos 11.8-10); Satanás incita a David a realizar un censo (1 Crónicas 21.1) que resulta ser pecado (2 Samuel 24.10), y a la vez está escrito que en cierto modo, Dios era la causa detrás de Satanás (2 Samuel 24.1); Satanás le pide permiso a Dios para atormentar a Job (Job 1.12; 2.6) sin embargo, luego que Satanás le quita a Job la familia y le causa la enfermedad, las palabras de Job son: "El Señor ha quitado" (Job 1.21), y "si de Dios sabemos recibir lo bueno, ¿no sabremos también recibir lo malo? (2.10), a lo que el autor responde: "A pesar de todo esto Job no pecó ni de palabra" (1.22; 2.10). Textos como éstos hacen bíblicamente razonables las reflexiones teológicas de Theodore Beza (en 1582):
Nada sucede a la porque sí o sin el consentimiento del decreto más justo de Dios, aunque Dios no autoriza ni comparte de ninguna manera el pecado. Su poder y su bondad son tan grandes y tan incomprensibles que cuando él permite que los hombres malvados lleven a cabo alguna obra (a los que luego castigará con justicia) sólo él conoce bien los efectos de su santa obra. ... Estas cosas no lo estorban sino que más bien establecen las causas segundas e intermedias por las que todas las cosas suceden. Cuando Dios decreta desde la eternidad todo lo que va a acontecer en momentos definidos, al mismo tiempo decreta la manera y forma en la que él quiere que sucedan; a punto tal, que si se descubre en la causa segunda algún defecto, aun así para el eterno consejo de Dios no implica ninguna falla o defecto. (Heinrich Heppe, Reformed Dogmatics [Dogmática reformada] [Grand Rapids: Baker Book House, 860], 141-143).

> él, que pone al descubierto su voluntad, ha prohibido el pecado por medio de su ley; por lo tanto, si él deseara el pecado y prohibiera el pecado de forma directa, estaría deseando al mismo tiempo el bien y el mal, y por lo tanto, habría contradicciones en la voluntad de Dios: desear absolutamente el pecado es obrarlo (Salmo 115.3) «Todo lo que quiso ha hecho». Como Dios no puede pecar, entonces Dios no puede desearlo absolutamente. Por medio de un decreto positivo, Dios desea el bien, ya que ha decretado hacerlo. Por un decreto privado, desea el mal, porque he decidido no proveer la gracia que lo impeda. Dios no quiere el pecado de manera simple, porque eso significaría aprobarlo, sin embargo, lo desea, para que su voluntad pueda, a partir de él, obrar el bien. No existe un deseo por el pecado mismo, sino por el acontecimiento.[34]

Alrededor de ochenta años después, Jonathan Edwards llega a conclusiones similares utilizando diferente terminología:

> Al hacer una distinción entre la voluntad revelada de Dios y su voluntad secreta, o entre la voluntad decretada y la ordenada, la palabra «voluntad» adquiere dos sentidos distintos. Su voluntad decretada no es su voluntad en el mismo sentido que la voluntad ordenada. Por lo tanto, no es para nada difícil suponer que una de ellas debe ser lo contrario a la otra: en ambos sentidos, su voluntad se refiere a su inclinación. No obstante, cuando afirmamos que él desea lo virtuoso, o ama lo virtuoso, o la felicidad de sus criaturas, se entiende que la virtud, o la felicidad de sus criaturas, consideradas de manera simple y absoluta, están de acuerdo con la inclinación de la naturaleza de ellas.
> Su voluntad decretada es su inclinación hacia algo, no de manera simple y absoluta, sino con respecto a la universalidad

34. Stephen Charnock, Discourses upon the Existence and Attribbutes of God [Argumentaciones sobre la existencia y los atributos de Dios], 2 (Grand Rapids: Baker Book House, 1979), 148.

de las cosas que han sido, son y serán. Por lo tanto Dios, pese a que en su simpleza detesta una cosa, puede inclinarse a ella con referencia a la universalidad de las cosas. A pesar de que aborrece el pecado, aun así puede desear permitirlo, para promover más su santidad en medio de la universalidad, incluyendo todas las cosas, en todo tiempo. Así que, aunque no tiene interés en el sufrimiento de sus criaturas, considerado de manera absoluta, aun así puede desearlo, para un mayor incremento de la felicidad en medio de esta universalidad.[35]

En mis propias palabras, Jonathan Edwards propone que la complejidad de la mente infinita de Dios es tal que tiene la capacidad de mirar el mundo a través de dos lentes. Puede mirarlo a través de lentes de visión panorámica o de visión reducida. Cuando observa un hecho doloroso o malvado, se coloca los lentes de visión reducida, y considera la tragedia o el pecado por lo que verdaderamente es, y se enoja y se aflige. «No quiero la muerte de ninguno, dice el Señor» (Ezequiel 18.32, traducción del autor). Sin embargo, cuando Dios considera el mismo evento a través de sus lentes de visión panorámica, ve la tragedia o el pecado en relación con todo lo que ha llevado a que eso sucediera y todo lo que resulta de él. Lo ve con todas las conexiones y efectos que forman parte de un modelo o mosaico que se extiende hacia la eternidad. Ese mosaico, con todas sus partes (buenas y malas) deleita a Dios (Salmo 115.3).

Como señalé en la página 72 (nota al diseñador, porner la página que corresponde a la versión en español), la vida emocional de Dios es infinitamente compleja y va más allá de nuestra capacidad de comprensión. ¿Quién de nosotros podría decir cuáles de las emociones complejas son posibles para Dios? Geerhardus Vos, algunas veces llamado «el padre de la teología bíblica reformada» y quien fuera profesor en el Seminario Princeton durante treinta y nueve años hasta su retiro en el año 1932, compartió la idea de que nuestra comprensión de la «psicología de Dios» es limitada. Su argumento es que Dios

35. Jonathan Edwards, "Concerning the Divine Decrees" [En cuanto a los decretos divinos], 527 y siguientes.

tiene un amor universal hacia todas las personas, pero no un amor electivo hacia todos:

El amor universal debe concebirse de manera tal que quede lugar para el pensamiento de que Dios, según razones soberanas, no ha escogido derramar sobre sus criaturas aquel amor superior que no desea meramente sino que dispone y ejecuta la salvación de algunos. Sería difícil entender a partir de una analogía que formule nuestro consciente la forma en que puede existir lo primero sin que esto provoque lo segundo; aun así todo conduce a pensar que éste es el caso de Dios. No se concibe que una imposibilidad lógica esté involucrada, y nuestra completa ignorancia con respecto a los motivos que determinan la elección de la gracia debería contenernos para no emitir juicios precipitados, ya que, desde el punto de vista de la psicología, la existencia de tal amor de Dios hacia el pecador y el decreto de la predestinación[36] con relación a ese pecador se excluyen mutuamente. ... Las Escrituras no afirman que la elección y la predestinación sean decretos arbitrarios de la mente de Dios. Todo lo que dicen es que los motivos que existen detrás de esto son inescrutables para nosotros, y no guardan ninguna relación con la dignidad o indignidad del hombre.[37]

Todo lo que tenemos para seguir avanzando como criaturas finitas es aquello que Dios ha elegido mostrarnos de sí mismo a través de la Biblia. Y lo que nos ha mostrado es que en un sentido él no experimenta complacencia en juzgar a los malvados, y en otro sentido sí.

Por consiguiente, no debemos encontrar tropiezo en el hecho de que Dios se deleita y no se deleita en la muerte de los impíos. Cuando Moisés le advierte al pueblo de Israel que Dios se alegrará

36. Predestinación es el acto de Dios mediante el cual pasa por alto a algunos pecadores y no los elige para que sean salvos aunque desde el punto de vista del hombre no exista una diferencia entre ellos.

37. Geerhardus Vos, "The Spiritual Doctrine of the Love of God" [La doctrina espiritual del amor de Dios] en Redemptive History and Biblical Interpretation: The Shorter Writings of Geerhardus Vos [Historia redentora y la interpretación bíblica: Los escritos más cortos de Geerhardus Vos] (Phillipsburgh, N.J.: Presbysterian and Reformed Pub. Co., 1980), 444.

en ocasionarles ruina y destrucción si no se arrepienten (Deuteronomio 28.63), quiere decir que aquellos que se han rebelado y se han colocado más allá del arrepentimiento no se podrán regodear en haber entristecido al Altísimo. Para Dios el triunfo de sus justos juicios no significa una derrota, al contrario. Moisés les declara que el día en que sean juzgados, involuntariamente estarán dando a Dios motivo para que él se regocije en la manifestación de su justicia, su poder y el valor infinito de su gloria (Romanos 9.22-23).[38] Dios no será chantajeado por la incredulidad de sus criaturas. Él no es un rehén que pueda permanecer en la prisión de la desilusión a causa de la desobediencia del hombre.

Cuando Dios consultó consigo mismo con respecto a si debería dar salvación a todos, consideró no sólo la verdad de lo que ve al colocarse los lentes de visión reducida, sino aquella más amplia que puede contemplar al utilizar los anteojos de visión panorámica de su sabiduría que todo lo conoce.

Si, como dicen las Escrituras, Dios cree que es bueno y sabio elegir incondicionalmente para la salvación solo a algunos y a otros no, la pregunta legítima que deberíamos hacernos es si la oferta de la salvación es del todo genuina. ¿Es de corazón? ¿Nace de una compasión real? ¿El deseo de que nadie perezca es acaso un deseo genuino de amor? Yo creo que las Escrituras enseñan que sí. Con ayuda de una analogía de George Washington, páginas 147-150 (nota al diseñador colocar el número de página de la versión en español), he argumentado que la elección divina y el deseo genuino de Dios de que todos sean salvos no es un pensamiento contradictorio ni inconcebible. Por más que suene paradójico para nuestra mente, es la enseñanza que la Escritura nos transmite. Abrazamos el testimonio de las Escrituras. Por lo tanto, creemos y nos rendimos ante ella.

38. De esta manera Jonathan Edwards abordó el problema de cómo Dios y los santos estarán eternamente felices en el cielo sabiendo que millones de personas sufrirán para siempre en el infierno. No significa que a Dios y a los santos les agrade el sufrimiento o la tristeza, sino que se aprecia de manera profunda la vindicación de la santidad infinita de Dios. Ver John Gerstner, Jonathan Edwards on Heaven and Hell [Jonathan Edwards sobre el cielo y el infierno] (Grand Rapids: Baker Book House, 1980), 33-38.

V. CONCLUSIÓN

Así, afirmo junto con Juan 3.16 y 1 Timoteo 2.4 que Dios ama al mundo con una profunda compasión que desea que todos los hombres sean salvos. Además afirmo también que Dios ha escogido desde antes de la creación del mundo a quienes salvará del pecado. Debido a que no todos son salvos, debemos decidir si creer en que la voluntad de Dios de salvar a todos se restringe por causa de un compromiso con la autodeterminación humana o creer que aquella restricción se debe a que Dios tiene el compromiso de glorificar su gracia soberana (Efesios 1.6,12,14; Romanos 9.22-23).

No debemos tomar esta decisión apoyándonos en suposiciones metafísicas en cuanto a lo que pensamos que la responsabilidad del hombre exige.[39] Debe tomarse teniendo en cuenta lo que las Escrituras enseñan. En la Biblia no encuentro que el ser humano tenga el derecho final de autodeterminación. Hasta donde sé, la autodeterminación final es una inferencia filosófica basada en presuposiciones metafísicas. Por otro lado, este libro tiene como objetivo mostrar que la Biblia enseña la libertad y la soberanía de la gracia de Dios. No es algo que se infiere con la colaboración de suposiciones metafísicas. Muchos pasajes bíblicos lo exponen explícitamente.

El objetivo de este apéndice ha sido mostrar que la voluntad de Dios de que todos sean salvos no se opone a la soberanía que la gracia de Dios manifiesta a través de la elección. Al hablar de la salvación, encontramos «dos voluntades» en Dios. No se contradicen. Han sido ordenadas de acuerdo con la infinita sabiduría de Dios y una ejerce dominio sobre la otra cuando se trata de introducirse en la insondable mente de Dios. De este modo, he intentado respaldar bíblicamente la declaración de I.H.Marshall: «Debemos hacer una distinción entre lo que a Dios le gustaría que sucediera y lo que en realidad desea que suceda».

Mi respuesta a la pregunta qué qué es aquello que impide que la voluntad de Dios salve a todas las personas es ésta: el compromiso

39. Para un ejemplo de la manera en que las suposiciones filosóficas parecen poner límites indebidos a lo que la Escritura enseña, ver capítulo 2, nota 6.

supremo que Dios tiene es el de confirmar y desplegar su multiforme gloria mediante la demostración soberana de toda su perfección, incluyendo la misericordia y la ira, para el disfrute del pueblo que cree y que él ha escogido de entre toda tribu, lengua, pueblo y nación. Ese gozo creciente y perpetuo que el pueblo de Dios halla en la perfección de Dios constituye el resplandor de la gloria de Dios, que fue el objetivo principal al crear y al redimir. El deleite que Dios tiene en ser Dios es el terreno de nuestro gozo y el terreno de la gloria de Dios. Para terminar quisiera compartir la magnífica declaración que Jonathan Edwards hace con respecto a esta verdad gloriosa:

> Al buscar la gloria, Dios busca el bien de sus criaturas, ya que la emanación de su gloria ... implica ... la felicidad de sus criaturas. Y al comunicarles su plenitud, lo hace para sí mismo, ya que el bien de ellos, que es el que él busca, está en la comunión y unión íntima con él. La excelencia de sus criaturas no es otra cosa que la emanación y la expresión de la gloria de Dios. Al buscar la gloria y la felicidad de ellos, Dios se busca a sí mismo, y al buscarse a sí mismo, esto es, la difusión de su persona ... persigue la gloria y la felicidad de sus criaturas.[40]
>
> De este modo, es fácil concebir que Dios busca el bien de la creación ... aun su felicidad, en la consideración suprema de su persona; y la felicidad de ella nace de ... la consideración suprema de Dios ... al contemplar la gloria de Dios, al apreciarla y amarla, y al regocijarse en ella.[41]

40. Jonathan Edwards, The End for Which God Created the World [La finalidad por la que Dios creó el mundo], en John Piper, God's Passion for His Glory: Living in the Vision of Jonathan Edwards [La pasión de Dios por su gloria: vivir según la visión de Jonathan Edwards] (Wheaton, Ill.: Crossway Books, 1998), 114.
41. Ibid., 248, 277 (itálicas del autor).

DESEAR A DIOS

Desiring God [Desear a Dios] existe para extender la pasión hacia la supremacía de Dios en todas las cosas para el disfrute de todos los pueblos por medio de Jesucristo. John Piper no recibe en forma personal las regalías por los libros que escribe sino que se reinvierten en el ministerio de Desiring God. Extender esta pasión a los demás es parte de nuestra visión.

Con eso en mente, los invitamos a visitar la página de Internet de Desiring God en desiringGod.org. Encontrará mensajes gratuitos de John Piper, predicados en los últimos veinte años, cientos de artículos también gratis e información acerca de las próximas conferencias. Se pueden adquirir en línea casetes de audio, material para niños acerca de Dios, libros y materiales de Noël Piper y más de 25 libros de John Piper. Incluso se encuentra disponible información acerca de su floreciente ministerio radial, en desiringGodradio.org.

Desiring God tiene como política «lo que usted pueda», especial para aquellos individuos de escasos recursos. Si desea mayor información al respecto, por favor conéctense con nosotros a la dirección o al teléfono que se indican más abajo.

Existimos para contribuir a hacer de Dios nuestro tesoro. Si podemos servirlos de alguna manera, no tienen más que hacérnoslo saber.

Desiring God
2601 East Franlin Avenue
Minneapolis, MN 55406-1103

Teléfono: 1.888.346.4700
Fax: 612.338.4372
Correo electrónico:mail@desiringGod.org
Página en INTERNET:www.desiringGod.org

Desiring God en Europa
Unit 9-10 Spencer House
14-22 Spencer Road
Londonderry
Northern Ireland
BT47 6AA

Teléfono/Fax: 011.44.28.713.429.07
Correo electrónico: info@christisall.com
Página de INTERNET:
www.christisall.com/dgm

GUÍA DE ESTUDIO

Preparé esta guía de estudio para una clase que daba los miércoles por la tarde ante unas cien personas. Las preguntas contribuyen a la reflexión sobre lo leído. No sólo apuntan al «qué», sino también al «cómo» y «por qué». Es de gran ayuda desarrollar un pensamiento profundo acerca de los grandes temas, y esto contribuye también a que el grado de fe y obediencia aumenten. Me uno a Pablo cuando escribe: «Piensa en esto que te digo, porque el Señor te lo hará comprender todo» (2 Timoteo 2.7, DHH). Es importante considerar que pensar y recibir no son dos actividades que se excluyen, sino que se combinan. Dios ordenó que mediante la ejercitación mental recibiéramos entendimiento de él para conocer su Palabra. Sin lugar a dudas, mi palabra no es su Palabra. Yo me equivoco, él no. Examinemos todas las cosas a través de la Palabra perfecta de Dios. Aferrémonos a lo que es bueno.

INTRODUCCIÓN
CÓMO NACIÓ EL LIBRO

1. ¿Cuál fue la frase clave en el libro de Henry Scougal, The Life of God in the Soul of Man [La vida de Dios en el corazón del hombre], que dio origen a este libro?

2. ¿Qué significa la palabra amor en esa frase clave? ¿Es un compromiso con alguien poco atractivo o un deleite en lo que es bello?

3. La conclusión a la que arribó Piper en esta oración es que meditar en la excelencia de Dios es meditar en...

4. En cuanto a la experiencia de admiración, ¿qué principio psicológico muestra la conexión entre la meditación en la excelencia de Dios y nuestro crecimiento a la semejanza de Cristo?

5. ¿Qué versículo bíblico muestra el poder gradual y transformador que tiene meditar en la excelencia de Dios?

6. Piper resume su objetivo al escribir este libro. ¿Cuáles son los cinco pasos sucesivos para alcanzar el objetivo final?

7. El orden de los capítulos del libro es importante. Los primeros seis se centran en los deleites que tiene Dios en ser Dios y en su obra. Los siguientes tres capítulos se basan en los deleites de Dios en las respuestas de su pueblo. ¿Por qué Piper considera ese orden tan importante?

8. ¿Cuáles son nuestras tres respuestas básicas en las que Dios se deleita y cómo se relacionan entre ellas?

9. ¿A qué se refiere Piper cuando dice que la obediencia a Dios es el incontenible proyecto de relaciones públicas de la cristiandad?

CAPÍTULO UNO
EL DELEITE DE DIOS EN EL HIJO

1. ¿Cómo enseña 1 Timoteo 1.11 que la felicidad de Dios forma parte del evangelio?

2. ¿Cómo nos ayuda Mateo 25.23 a comprender que la felicidad forma parte del evangelio?

3. ¿Cuáles son los tres obstáculos más importantes que existen para hallar felicidad duradera, frente a lo que el mundo puede ofrecer?

4. ¿Cómo muestra la oración de Jesús en Juan 17.26 que cada uno de los obstáculos a la felicidad duradera pueden ser superados?

5. ¿Por qué Dios el Padre decidió, en el Monte de la Transfiguración, envolver a Jesús en lo que Pedro llamó la Gloria Majestuosa, y luego dijo: «éste es mi Hijo amado; estoy muy complacido con él»?

6. A modo de contraste, Dios elige un tono muy diferente para dirigir esas mismas palabras de deleite al Hijo cuando la paloma desciende sobre Jesús en su bautismo. ¿Qué es lo que eso nos enseña acerca del deleite de Dios en su Hijo?

7. ¿Cuáles son los otros dos pasajes que muestran el deleite de Dios en el servicio y la mansedumbre de su Hijo)?

8. ¿Cuáles son las dos imágenes del Hijo de Dios en Apocalipsis 5 que muestran el deleite de Dios en la excelencia diversa del Hijo?

9. Enumerar algunos de los pares de «diversas excelencias» que el Hijo de Dios posee, las que lo hacen un ser glorioso en quien el Padre se deleita infinitamente.

10. ¿Qué respondería Piper a la objeción de que las cualidades de humildad y mansedumbre del Hijo de Dios no fueron manifiestas abiertamente hasta el momento de la encarnación y, por lo tanto, el placer del Padre en la gloria de estas cosas no habría estado allí antes de la encarnación?

11. ¿Cómo se revela la alegría de Dios en Proverbios 10.1: «El hijo sabio es alegría de su padre»?

12. ¿A quién se refiere el «yo» de Proverbios 8.30 (en el contexto de Proverbios 8), y cuál sería en Juan 1 la mención paralela que más se asemeja? ¿Por qué constituye eso una base para el deleite de Dios en el Hijo?

13. ¿Cuál es la diferencia entre la calidad como hijos que muestran los cristianos y la que se aprecia en Cristo con respecto a Dios?

14. ¿Cómo se manifiesta el deleite de Dios en su Hijo a través de la manera en que él trata al Hijo?

15. ¿Cómo reafirma el Padre su amor por el Hijo a través del trato que nos da comparado con el trato que da al Hijo?

16. ¿Cuáles son las tres maneras en que Dios muestra su amor por el Hijo y el honor único que le da en contraste conlos ángeles?

17. ¿Cuáles son las tres maneras en que Dios demuestra su deleite en el triunfo de su Hijo sobre la muerte y el pecado?

18. Romanos 8.32 dice: «El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no habrá de darnos generosamente, junto con él todas las cosas?». Transformemos esta pregunta en una frase afirmativa y expliquemos qué aspecto de la relación entre el Padre y el Hijo genera esta promesa.

19. La pregunta surge de Romanos 8.32: Si fue tan difícil para Dios entregar a su Hijo a la muerte, ¿cómo puede Piper escribir un capítulo entero acerca del deleite de Dios en quebrantarlo (capítulo 6)? La nota 6 a pie de página dice que será aclarado allí pero es más conveniente adelantarse y obtener una respuesta que lo resuma.

20. ¿Cuál es el error del «adopcionismo»?

21. El nacimiento virginal de Jesús es un gran misterio y se mantuvo en silencio por mucho tiempo. ¿Qué nos dice Lucas 1.34-35 acerca la forma en que sucedió?

22. ¿Cuáles son las dos afirmaciones sobre Cristo de Colosenses 2.9 y 1.19 que advierten acerca del adopcionismo y aseguran el deleite de Dios en el Hijo encarnado?

23. La herejía del arrianismo recibió ese nombre luego de la aparición de Arrio en el 256 d.C. ¿Cuál es, en esencia, el error que él enseñó con respecto al Hijo de Dios?

24. ¿Qué dice el Credo de Nicea acerca del Hijo de Dios, en oposición al error de Arrio?

25. ¿De qué manera Arrio usaría Colosenses 1.15 para sostener su punto de vista?

26. En Colosenses 1, ¿cuál es la clave gramatical que mejor indica que la frase «primogénito de toda creación» no significa que Cristo fuera parte de la creación?

27. Resumir los otros tres argumentos dados en la página 40 acerca de por qué Colosenses 1.15 no enseña que el Hijo de Dios es parte de la creación.

28. ¿Cuál es la perspectiva de C.S. Lewis acerca del lenguaje referido a que Jesús fue «engendrado»? ¿Cuál considera que es el punto central de ese uso, si no está dirigido a mostrar que el unigénito Hijo de Dios tuvo un origen?

29. Jonathan Edwards examinó todos los textos que hemos visto, así como también otros que dicen que el Hijo de Dios tiene una perfecta imagen de sí mismo (Colosenses 1.15), un perfecto resplandor de su esencia (Hebreos 1.3), una perfecta imagen de su sustancia (Hebreos 1.3), y una perfecta forma de su gloria (Filipenses 2.6). A partir de todo esto, él desarrolló una manera de comprender la relación del Padre con el Hijo, de manera que se considera al Padre como la fuente, aunque el Hijo sea coeterno, sin comienzo y sin menos gloria. Explicar en las propias palabras la concepción de Edwards.

30. De acuerdo con lo que hemos visto, ¿cuál sería la manera trinitaria de decir que el gozo más profundo y fundamental de Dios es el gozo en sí mismo?

31. ¿Por qué el deleite infinito de Dios en su perfección (reflejada en la gloria de su Hijo) es la esencia de la justicia y no de la vanidad?

32. ¿Qué debe hacer Dios para no ser un idólatra?

33. El infinito deleite de Dios en la gloria del Hijo (su misma gloria reflejada en él) es la base de toda esperanza cristiana. La base de nuestra esperanza de eterno gozo es que Dios se ama a sí mismo más de lo que nos ama a nosotros. ¿Qué motivos justifican eso?

34. ¿De qué manera el deleite de Dios en ser Dios puede convertirse en nuestra experiencia ahora, antes de que la satisfacción prometida en Juan 17.26 tenga su cumplimiento?

CAPÍTULO DOS
EL DELEITE DE DIOS EN TODO LO QUE HACE

1. El primer párrafo en la página 47 presenta otra síntesis del objetivo por el cual Piper escribió este libro. Referir los cinco pasos que se mencionan en ese objetivo.

2. A medida que nos desplazamos del capítulo 1, que trata acerca del deleite de Dios en su Hijo, hacia el capítulo 2 que se refiere al deleite de Dios en todo lo que hace, ¿cuáles son las dos lecciones más importantes del capítulo 1 que nos ayudan a entender el capítulo 2?

3. Establecer una comparación entre Dios y nosotros en cuanto al origen del sentido de suficiencia, contentamiento y satisfacción.

4. ¿Cómo sostienen Romanos 11.34-36 y Hechos 17.25 la verdad de que Dios es autosuficiente y no depende de nada fuera de sí mismo para obtener plenitud y felicidad?

5. Si dejaramos que el rey David fuera nuestro ejemplo, ¿cómo le hablaríamos a Dios cuando le entregamos algo, ya sea una ofrenda en la iglesia o nuestra vida como sacrificio? ¿Qué significado tendría el «dar»?

6. ¿Qué verdad bíblica importante se vio forzado a incluir David Brainerd en su enseñanza a los indígenas norteamericanos que desarrolló a lo largo de la obra misionera en 1740? ¿Por qué consideró eso como una parte importante de las buenas noticias?

7. ¿Cuáles son los tres pasajes de las Escrituras que se citan para demostrar que Dios actúa con libertad soberana?

8. ¿A qué se refiere Piper con el término «libertad soberana»? Ambas palabras reciben una gran carga por parte de estos versículos. ¿Cuál es el sentido de cada una?

9. A veces escuchamos que Dios creó al hombre y a la mujer porque estaba solo y quería compañía o amor. Si él es autosuficiente y tiene libertad soberana, esta afirmación parece oponerse a la motivación que tuvo Dios. Teniendo en cuenta su autosuficiencia ¿Cómo expresa C.S. Lewis la razón por la cuál Dios llevó a cabo la obra de creación?

10. ¿Cómo podemos experimentar aquello a lo que Lewis considera como muy liberador, y hasta asombrosamente poderoso y esperanzador?

11. ¿Cuáles son las cuatro expresiones de 1 Timoteo 6.15-16 («el bendito y único Soberano, el Rey de reyes, el Señor de señores, el único inmortal») que muestran que la felicidad de Dios depende de su omnipotencia?

12. Utilizando la definición de riesgo que aparece en la página 57, explicar por qué Dios no corre riesgos. ¿Por qué el intento de describirlo como un modelo de riesgo a fin de motivarnos a enfrentar riesgos por él tiene un efecto contrario?

13. ¿Qué versículos pueden utilizarse para demostrar que aunque el evangelio no va a alcanzar a las naciones sin la obediencia de su iglesia, Dios soberanamente garantiza que el evangelio de hecho va a alcanzar a todos los pueblos hasta los confines de la tierra?

14. ¿Cuál fue el punto de vista antibíblico acerca de la soberanía de Dios al que William Carey se opuso?

15. De acuerdo con William Carey, ¿cuáles fueron los dos elementos que Pablo combinó en su obra misionera, y que pusieron de manifiesto el equilibrio apropiado entre la responsabilidad humana y la soberanía divina?

16. Cuando se le preguntó a Carey por qué el evangelio no había llegado antes a la India, él podría haber contestado que la iglesia de Cristo había sido desobediente a la Gran Comisión. Eso podría haber sido verdad. Sin embargo Carey sabía que le formularían otra pregunta mucho más fuerte y profunda: Si Dios es soberano, ¿no tuvo el poder y la sabiduría para darle a su pueblo un corazón obediente, como lo expresa el nuevo pacto (Ezequiel 11.19-20; 36.27)? ¿Por qué entonces el evangelio no llegó antes a la India?

17. El problema bíblico más importante al decir «Dios se deleita en lo que hace», es que la Biblia también enseña que Dios hace ciertas cosas en las cuales no se deleita. Por ejemplo, en Ezequiel 18.32 (RVR95) Dios declara: «¿Por qué moriréis, oh Israel? Porque yo no quiero la muerte del que muere, dice Jehová, el Señor». Aquí parece que Dios estuviera interesado en hacer algo que no lo deleita. Sin embargo, en el Salmo 135.6 dice: «El Señor hace todo lo que quiere, en los cielos y en la tierra». En Isaías 46.10 el Señor dice: «Haré todo lo que deseo». No parece que él estuviera interesado en hacer algo en lo que no se deleita. ¿Por qué no se puede solucionar este problema diciendo que la libertad de Dios de hacer lo que él desea está limitada a la esfera natural y no se refiere al ámbito de la vida humana?

18. Alguien podría señalar que nos estamos apresurando al decir que Dios controla el ámbito natural. ¿Acaso Satanás no tiene cierto grado de autoridad sobre el mundo, ya que la Biblia lo describe como «el dios de este siglo» (2 Corintios 4.4), el «príncipe de este mundo» (Juan 12.31) y «el que gobierna las tinieblas» (Efesios 2.2)? ¿Cómo nos puede ayudar la historia en la que Job perdió a sus hijos a describir la relación entre el poder de Dios y el poder de Satanás en las tragedias de la vida?

19. Existe otra razón que se pueda deducir del contexto del Salmo 135 por la que no podemos limitar la voluntad de Dios al ámbito natural. En este salmo ¿qué clase de cosas están incluidas en

la frase «El Señor hace todo lo que quiere»? ¿Qué es lo que se menciona en los versículos 8, 9 y 10 que aclare que la soberana voluntad de Dios no puede verse limitada solamente a la esfera natural, sino también al ámbito de la vida y la muerte humana? ¿Por qué esto parece ser opuesto a lo que está escrito en Ezequiel 18.23 y 32?

20. Ahora bien, en Ezequiel 18.23 Dios declara que «no quiere la muerte del malvado» y en el Salmo 135.6-8 dice que Dios hace todo lo que quiere, incluso la muerte del impío. En los dos textos se emplea el mismo verbo («quiere» y «no quiere»). ¿Qué versículo en Deuteronomio agrava este problema?

21. Piper aclara que el método para enfrentar un problema como el de la pregunta 20, no consiste en «elegir uno de estos textos, o que uno anule al otro, sino en penetrar en la misteriosa mente de Dios para ver (tanto como sea posible) la forma en que ambos son ciertos... Todas estas verdades son las que él ha elegido comunicarnos a través de la Biblia. Y una de las cosas que nos ha dicho es que en cierto modo él no tiene placer en juzgar a los impíos, y que en cierto modo, si lo tiene». ¿Cuáles son los tres momentos en los que Dios es capaz de experimentar emociones aparentemente opuestas a la misma vez, mas allá de lo que imaginemos?

22. ¿Cuál es entonces la solución que presenta Piper ante el problema planteado en la pregunta 20?

23. En la trágica experiencia personal de Piper, ¿cuál fue su consuelo? ¿Qué sería lo contrario al consuelo, y por qué lo es?

CAPÍTULO TRES
EL DELEITE DE DIOS EN LA CREACIÓN

1. Este capítulo comienza con los felices recuerdos de Piper de su contemplación de la naturaleza en Georgia. ¿Qué es lo más importante de estas páginas?

2. ¿A qué se refiere C.S. Lewis cuando habla de que algunos cristianos intentan ser «más espirituales que Dios»? ¿Por qué piensa que están equivocados?

3. ¿Qué problema relacionado con el deleite en la naturaleza trató Piper en su libro Desiring God [Desear a Dios] y como resolvió el problema afín a nuestro gozo por la creación?

4. En el libro Desiring God [Desear a Dios], Piper planteó el mismo problema acerca de deleitarnos en la naturaleza sin pensar en Dios. En este capítulo él sí presenta el problema relacionado con Dios. ¿Cuáles son las dos cuestiones que expone acerca de la relación de Dios con la creación?

5. ¿Qué frases en la narración de la creación en Génesis 1 refuerzan la conclusión de que Dios se deleita en el mundo que ha creado?

6. El Salmo 104.31 es otro de los textos que sostienen la verdad de que Dios se deleita en su creación: «Que la gloria del Señor perdure eternamente; que el Señor se regocije en sus obras» ¿Cuál sería el argumento adecuado para sostener que el deseo que Dios tiene en regocijarse en sus obras no es un deseo por algo incierto?

7. En Job 38.7, Dios describe el acto de la creación: «Mientras cantaban a coro las estrellas matutinas y todos los ángeles gritaban de alegría». ¿Cuáles son las dos razones por las que esta afirmación acerca del regocijo de los ángeles por la creación es una prueba clara de que Dios también se goza en la creación?

8. Luego de haber contestado la pregunta acerca de si Dios se deleita en la creación material, Piper se pregunta el motivo de eso. ¿Cuáles son las dos razones por las que esta pregunta es importante para él?

9. ¿Cuál es el mensaje principal que la creación comunica al hombre? ¿Cuáles son los dos textos que lo demuestran?

10. ¿Por qué no deberíamos pensar que el Hijo de Dios está celoso por la alegría de Dios el Padre en la creación?

11. ¿Qué evidencia bíblica existe de que Dios se deleita en la alabanza que pronuncia la creación, incluso cuando en el corazón del hombre la alabanza no se encienda al contemplar la grandeza y la belleza de la creación?

12. ¿Qué aspecto de la excelencia de Dios que transmite la obra de la creación menciona el Salmo 104.24?

13. Según Isaías 40.26, ¿qué cosa majestuosa acerca de la relación que Dios tiene con las estrellas muestra su poder increíble?

14. La respuesta final que nos explica por qué el amor que Dios y nosotros sentimos por la creación no conduce a la idolatría se encuentra en el final del gran salmo de la naturaleza (el 104), en los versos 33-34. ¿Cuál es la médula de esta respuesta?

CAPÍTULO CUATRO
EL DELEITE DE DIOS EN SU FAMA

1. ¿Por qué este capítulo se llama «El deleite de Dios en su fama» y no «El deleite de Dios en su nombre»?

2. ¿Por qué la primera frase del Padre Nuestro («Santificado sea tu nombre») es una oración misionera?

3. Cuando el pueblo de Israel se rehusó a que Dios fuera su Rey y pidió tener un rey humano como todas las demás naciones (1 Samuel 8.5-7) fue una gran «maldad» (12.7). Sin embargo, Dios respondió de una manera sorprendente, llena de esperanza. Él dijo: «No teman. Aunque ustedes han cometido una gran maldad ... el Señor no rechazará a su pueblo» (12.20,22) .¿Por qué razón no destruiría a su pueblo aunque hubiera hecho una «maldad» tan grande?

4. De acuerdo con 1 Samuel 12.22, ¿por qué el nombre de Dios está implicado en el abandono del pueblo de Israel? Es decir, ¿de qué manera su compromiso con su nombre produce un compromiso con el pueblo?

5. Pensemos acerca de la lealtad de Dios hacia su nombre y la voluntad de elegir con libertad a Israel para sí mismo y hacer un pacto con ellos. ¿Con qué tenía un compromiso mayor Dios: con el pacto de la elección o con su nombre?

6. ¿Qué hay en las palabras de Jeremías 13.11 que aumenta nuestra confianza en que el «nombre» de Dios hace referencia a su reputación pública y que Dios se deleita en esto?

7. Según 2 Samuel 7.23, ¿cuál es la particularidad de Israel? Y por deducción, ¿cuál es la particularidad actual del pueblo de Dios?

8. ¿Cuál fue el propósito último de Dios en el éxodo (la liberación de Israel en Egipto) y cuál fue la eficacia misionera de este propósito, ilustrado en la historia posterior de Israel?

9. Sobre la base del Salmo 106.7-8, explicar a qué se refiere Piper cuando habla de «la lógica del evangelio». ¿Cómo expresa este pasaje que el centralismo de Dios es la base del evangelio?

10. Luego de que el pueblo de Israel colmó la paciencia de Dios por causa de su persistente incredulidad y desobediencia, Dios lo dejó cautivo en Babilonia. Toda esperanza pareció desvanecerse hasta que Ezequiel, Isaías y Daniel descubrieron que no todo estaba perdido. ¿Cuáles son los textos clave y cuál es la esperanza que tenían?

11. ¿Cómo reclamó el salmista perdón para su pecado? ¿Qué fue lo más profundo que él le suplicó a Dios? Citar un par de textos que lo ilustren.

12. ¿Cuáles son las dos frases más comunes que solemos utilizar cuando oramos y que demuestran que la gloria del nombre de Dios es el propósito y la base de nuestras oraciones?

13. En el Salmo 143.1-2, David admite que no es justo delante de Dios pero le pide que le responda por «su justicia». ¿Por qué no es una acción suicida? Se relaciona con lo que significa la justicia de Dios y también con que la postura el corazón humano puede ser transformada con esperanza. Leer el Salmo 143.8,11 y tratar de explicar en qué consiste la justicia de Dios, de modo tal que tenga sentido que los pecadores pidan que Dios los trate según «su justicia». (Esa referencia al Salmo 143 no se encuentra en este libro.) ¿Por qué entonces tiene sentido en 1 Juan 1.9 decir que Dios es fiel y justo (no necesariamente piadoso) para perdonar nuestros pecados?

14. Si nos basamos en Romanos 3.25-26 ¿de qué gran desviación de la justicia pudo haber sido acusado Dios, si Jesús no hubiera muerto para reivindicar su justicia?

15. ¿Cuál fue el propósito de Jesús al venir y morir, de modo que su muerte fuera la base de la justicia de Dios para perdonar a los pecadores?

16. ¿Qué textos muestran que la fama de Dios, es decir, la reputación de su nombre, es lo que motiva a ir, sufrir y morir como misioneros?

17. ¿Cuál es la diferencia entre el modelo misionero de Timoteo y el modelo misionero de Pablo?

18. Cuando se dejan de lado las estadísticas, la confianza segura e inconmovible de que la gran comisión se va a cumplie, se fundamenta en algo más. ¿En qué? ¿Qué textos podríamos citar para demostrarlo?

CAPÍTULO CINCO
EL DELEITE DE DIOS EN LA ELECCIÓN

1. ¿Cómo hizo Piper para llegar a la conclusión de que podemos nutrirnos para llegar a ser como Cristo a partir de preceptos doctrinales que son controversiales?

2. ¿Qué ejemplo presenta Piper para demostrar que no es el ambiente de la controversia lo que da como resultado la nutrición, aunque la verdad nutritiva sea controversial?

3. ¿Cuál es el privilegio que Piper no quiere concederle al diablo en el problema de cuáles doctrinas estudiar para encontrar nutrición que nos lleve a asemejarnos a Cristo?

4. La primera prueba que presenta Piper y por la cual cree que la doctrina de la elección es preciosa y nutritiva, y que puede llevarnos a parecernos más a Cristo, es la vida de George Mueller. ¿Qué es lo que descubrió George Mueller cuando leía el Nuevo Testamento en busca de las doctrinas de la elección y muchas otras llamadas enseñanzas calvinistas, en especial redención individual y gracia perseverante?

5. ¿Qué efecto tuvo en su vida, según dice George Mueller, el creer en la doctrina de la predestinación?

6. Aunque Piper aclara que los cristianos normales no deben limitar su nutrición espiritual y bíblica a aquellas cosas sobre las que están de acuerdo los eruditos, él tiene un gran respeto por el rol que cumplen los doctos. ¿Por qué?

7. ¿Qué pensamientos llevaron a Charles Spurgeon a depositar su confianza en la doctrina de la elección, la que atribuye completamente a Dios el cambio que se produced en nosotros de no creer a creer?

8. ¿Gracias a quién Charles Spurgeon aprendió más acerca de la doctrina de la elección que lo que hubiera aprendido con seis doctores en divinidades? ¿Por qué esto tiene importancia?

9. Abraham era el padre de la nación de Israel. Veremos que Dios considera a esta nación como su pueblo «elegido». Eso significa que Dios escogió solamente a Abraham (Abram) de entre todas las personas de la tierra, para que recibiera sus promesas y se convirtiera en la cabeza del nuevo pueblo de Dios. ¿Cuáles son los textos que se refieren a la elección específica de Abraham?

10. ¿Por qué Dios, en el libro de Ezequiel, se refiere a la liberación del pueblo de Israel de las manos de Egipto como «el día en que escogí a Israel», si de hecho él había elegido a Abraham y a los otros patriarcas mucho antes de eso?

11. ¿Cuáles son las tres ideas que la Biblia utiliza para confirmar la libertad o la incondicionalidad de la elección de Israel?

12. En Deuteronomio 10.14-15, ¿por qué describe Moisés la elección de Israel colocando como telón de fondo la posesión del universo entero por parte de Dios? ¿Por qué dice: «Al Señor tu

Dios le pertenecen los cielos ... y la tierra» y luego agrega «te eligió de entre todos los pueblos»?

13. ¿Cuál parece ser el fundamento de la elección de Israel en Deuteronomio 10.14-15?

14. ¿De qué modo el nacimiento de Isaac, heredero de una promesa y el único que aseguraría la continuidad del pueblo elegido (por contraposición a Ismael), constituye una demostración de la soberana voluntad de Dios en la elección?

15. ¿Cómo demuestran las palabras de Juan el Bautista en Mateo 3.9 la libertad de Dios en cuanto a la elección?

16. La elección de Jacob, y no de Esaú, para ser el heredero de la promesa y llevar adelante al pueblo de Israel, ilustra de forma impactante la libertad de Dios en cuanto a sus elecciones. ¿De qué manera Pablo expone esto en Romanos 9.10-12?

17. Moisés (en Deuteronomio 7.7) expresa: «aunque no eras el pueblo más numeroso sino el más insignificante de todos». ¿Por qué entonces, el Señor amó al pueblo de Israel y lo escogió?

18. ¿Cual es el propósito final de la elección en el Antiguo Testamento?

19. ¿Qué quiere decir Jesús con «el tiempo de los gentiles»?

20. En Lucas 10.21 Jesús se regocija porque su Padre les reveló algo a los niños y lo escondió de los sabios e instruidos. Jesús explica que el Padre lo hizo porque así le agradó. ¿Qué fue lo que el Padre les reveló con agrado a los niños?

21. ¿A qué cosa se opone y qué cosa promueve la elección descripta en 1 Corintios 1.26-31?

22. Algunas veces las personas discuten acerca de que Dios no elige la salvación de las personas individualmente, sino que elige a Cristo como el Salvador o a la iglesia en forma colectiva. Este punto de vista parece descartar la idea de la elección incondicional que Dios hace sobre los individuos. Por ejemplo, un escritor dice: «El punto principal es que la elección de la iglesia es algo colectivo más que individual. No significa que los individuos estén en la iglesia porque son elegidos sino, que son elegidos porque están en la iglesia, la cual es el cuerpo del Elegido». ¿Qué texto del Antiguo Testamento sostiene este punto de vista?

23. ¿Cuáles son las tres o cuatro razones por las que las palabras «él nos escogió en él [Cristo]» probablemente no se refieran a que Cristo es escogido y que los individuos no son escogidos para estar en Cristo?

24. ¿Cómo indica 1 Corintios 1.26-31 que la concepción de la «elección colectiva», mencionada en la pregunta 22, no es correcta?

25. En Efesios 1.3-12 Pablo describe tres veces el propósito de Dios al escoger, predestinar y proteger a su pueblo. ¿Cuál es su propósito y cuáles son los versículos donde se aprecia esto?

26. ¿De qué manera habla Jesús sobre la elección en el evangelio de Juan? Leer 17.6; 6.37-39; 10.25-29.

27. Generalmente el versículo que se encuentra en Romanos 8.29 se utiliza para argumentar que la elección de Dios se basa no sólo en su elección incondicional sino también en su capacidad para prever quién va a utilizar el supuesto poder de autodeterminación para creer. Eso podría dar a entender que Dios no tiene la última palabra acerca de quienes o cuántos irán al cielo, sino que depende de la voluntad humana final. Romanos 8.29 dice que «a los que Dios conoció de antemano, también los predestinó a ser transformados a la imagen de su

Hijo para que él sea el primogénito entre muchos hermanos». Según este contexto (especialmente el v.30), ¿cuál es el argumento que expone Piper acerca de la equivocación en la interpretación del versículo 29?

28. Describir seis pasos de nuestra grandiosa salvación en Romanos 8.28-30. Colocarlos en el orden en el que suceden. Es posible que sólo encontremos cinco, pero analicémoslos con cuidado.

29. Consideremos ahora los razonamientos que proporciona Piper acerca de la importancia de la elección en nuestra vida y los motivos del deleite de Dios. ¿Cómo relaciona Piper el deleite de Dios con el hecho de que la doctrina de la elección sea bíblica?

30. De acuerdo con 1 Corintios 1.26-31, ¿cuáles son los dos objetivos de la salvación de Dios que la doctrina de la elección intenta alcanzar?

31. ¿Qué nos enseña la historia acerca del efecto a largo alcance que tiene en cuanto a preservar la verdad el abrazar las doctrinas centradas en Dios, tales como la elección incondicional?

32. ¿Por qué resulta tan beneficioso saber que la salvación del escogido no es sólo ofrecida sino llevada a cabo?

33. Si Dios no sólo promete salvación, sino que la brinda a algunos, ¿es genuino ese ofrecimiento hecho a todos? ¿Tiene sentido? ¿Se alcanza la salvación por un deseo verdadero? ¿Existe compasión de parte de Dios por aquellos que no se salvan? Si la siente, ¿cómo es posible, teniendo en cuenta la capacidad soberana que Dios tiene para salvar a todo, si quisiera?

34. Haciendo alusión a la enseñanza bíblica de que existe una santidad práctica, sin la cual no veremos al Señor (es decir, no heredaremos la vida eterna) ¿de qué manera se nos alienta a que

perseveremos «hasta el fin» y seamos salvos (Marcos 13.13)? En otras palabras, ¿cómo se pueden sostener a la vez la necesidad de mantenerse en santidad y la seguridad de la salvación?

35. ¿Qué famosa frase de San Agustín resume la forma en que ha de orar el creyente con respecto a la exigencia en cuanto a la santidad y al compromiso de santificarnos que Dios asume?

36. Explicar de qué manera la verdad de la elección conserva tanto la urgencia como la libertad de la obediencia bíblica.

37. Suele decirse que muchos creyentes disfrutan del amor de Dios, que es una muestra de ayuda y salvación, pero nada más. ¿Qué es lo que tiene en mente Piper cuando dice que existe algo más? ¿Cuáles son los textos que lo demuestran?

38. ¿Por qué resulta apropiada la doctrina de la elección para la evangelización y las misiones?

CAPÍTULO SEIS
EL DELEITE DE DIOS EN QUEBRANTAR A SU HIJO

1. A partir de nuestro estudio ¿hay algo en la imagen de Dios y de sus caminos que aparezca distorsionado? Otra forma de expresar esta pregunta es: ¿Cuál es la aparente esquizofrenia de Dios a la que nos enfrentamos en la Biblia?

2. ¿De qué otra forma Piper describe la incertidumbre que existe en la historia redentora, a la que se refiere como una «aparente esquizofrenia»?

3. ¿Cuál es el acontecimiento central en la historia redentora que provee armonía y plenitud ante la aparente esquizofrenia de los caminos de Dios?

4. Un versículo clave en el anuncio del gran suceso que resolverá esta aparente esquizofrenia es Isaías 53.10: «El Señor quiso quebrantarlo y hacerlo sufrir [o causarle dolor], y como él ofreció su vida en expiación, verá su descendencia y prolongará sus días, y llevará a cabo la voluntad del Señor». ¿Qué versículos utiliza Piper, en el contexto de Isaías 53, para demostrar que (a) «quebrantado» significa llevado a la muerte, (b) «prolongar sus días» fue que pasara de la muerte a la nueva vida y (c) «descendencia» hace referencia a las personas que serán salvas de sus pecados por medio de la muerte del Hijo?

5. ¿En qué pasaje del Nuevo Testamento dice que el Padre fue el responsable de la muerte de su Hijo?

6. ¿Qué versículos en Isaías 53 muestran que el camino de muerte que recorrió el Mesías solucionó la disonancia que existía en la historia, por haber sido considerado por Dios como la sustitución de los pecadores?

7. ¿Cómo resuelve esta sustitución la disonancia de la sinfonía de la historia redentora?

8. ¿Qué versículo del libro de Proverbios, aparentemente, podría ser utilizado para acusar a Dios por el aparente desvío de la justicia en el evangelio)?

9. En la actualidad, muchas personas creen que el mayor problema para demostrar que Dios es justo, es superar la aparente injusticia de la gente que sufre. ¿Qué palabras, en Romanos 3.25 muestran el gran problema que Pablo creyó haber superado en orden a establecer la justicia de Dios (pág. 164)? ¿Qué diferencia existe entre el problema actual y la justicia de Dios?

10. ¿Por qué se pone en duda la justicia de Dios cuando él perdona a los pecadores?

11. ¿De qué manera actúa la justicia de Dios, a través de la muerte de Jesús, en la justificación de los impíos?

12. ¿Qué evidencias presentó Jesús para demostrar que su vida y su muerte tuvieron el propósito de manifestar y reestablecer el valor de la gloria de Dios?

13. ¿Qué significa entonces que «la centralidad divina de Dios constituye el fundamento de su gracia hacia los impíos»?

14. ¿Qué piensa George MacDonald acerca de la justicia divina?

15. Se desprenden dos conclusiones interesantes sobre la concepción de la justicia divina referentes al infierno y la expiación. ¿Cuál es la conclusión acerca del infierno y por qué se desglosa de la concepción de la justicia divina?

16. ¿Cuál es la conclusión a la que arriba MacDonald acerca de la expiación)?

17. ¿En qué versículo de Efesios, Pablo expresa que «le agradó al Señor quebrantar a su Hijo»)?

18. ¿En qué se deleitaba específicamente el Padre mientras su Hijo moría en la cruz?

CAPÍTULO SIETE
EL DELEITE DE DIOS EN HACERLES BIEN A TODOS LOS QUE EN ÉL CREEN

1. Jeremías 32.39-41 es un texto fundamental para entender que Dios se deleita en hacer el bien a su pueblo. Sin embargo, está dirigido directamente a los judíos, y no a los gentiles o cristianos. ¿De qué manera alega Piper que los cristianos gentiles pueden decir legítimamente que este texto se dirige a ellos?

2. Piper resalta tres promesas asombrosas en Jeremías 32.39-41. La primera se encuentra en el versículo 40: «Haré con ellos un pacto eterno: Nunca dejaré de estar con ellos para mostrarles mi favor». Teniendo en cuenta todas las situaciones dolorosas que acaecieron al pueblo de Dios, ¿Cómo es posible que ocurriera esto? ¿Qué otros textos lo recalcan?

3. ¿Cuál es la segunda, y aún más asombrosa promesa destacada en Jeremías 32.41?

4. Cite tres o cuatro pasajes que describan el gozo de Dios al hacerle bien a su pueblo.

5. ¿Dónde se enseña en el Antiguo Testamento que la energía emocional en la que se basa la ira divina no es la misma que la que sustenta su misericordia?

6. Piper expresa que «Dios se deleita en mostrar su grandeza».

   ¿Por qué a Dios no se lo identifica con el «bravucón de la clase»?

7. Continuando con la pregunta 3, ¿cuál es la tercera y más admirable promesa señalada en Jeremías 32.41?

8. ¿Cuáles son los dos ejemplos que Piper desarrolla para ayudarnos a interpretar la fuerza de la frase «con todo mi corazón y con toda mi alma» de Jeremías 32.4?

9. En las páginas 190-193, Piper da respuestas bíblicas a cinco objeciones que presentan las personas cuando son llamadas a deleitarse en el hermoso hecho de que Dios se regocija por nosotros con cánticos. Cada objeción encuentra su respuesta en Sofonías. Plantear cada una de las cinco objeciones en una frase y luego presentar el texto, una o dos expresiones de Sofonías y las respuestas de Piper.

10. ¿Qué significa para los cristianos actuales «buscar refugio en el nombre del Señor»?

11. ¿Por qué Juan declara en 1 Juan 1.9 que Dios es justo (no sólo misericordioso) para perdonar nuestros pecados cuando se los confesamos? ¿La justicia no requiere un castigo por los pecados y sólo la misericordia es la que otorga el perdón?

12. Piper hace hincapié en que la enseñanza de la elección incondicional (cap. 5) no anula la enseñanza bíblica que afirma que sólo aquellos que respondan al llamado y mandamiento del evangelio, serán salvos. En otras palabras, el deleite de Dios al elegirnos incondicionalmente no se refiere a que se deleita en salvarnos de la misma forma. Es más, él se deleita en nuestra transformación luego de que somos elegidos. ¿De qué manera nuestra elección garantiza nuestra salvación final si esta última depende de nuestra respuesta al evangelio?

13. Explique por qué este capítulo marcó otro rumbo y por qué es importante para Piper que se mantenga y se entienda este orden.

14. ¿Cuál es el examen que propone Piper para saber si tenemos el corazón de un hijo de Dios?

15. ¿Por qué el evangelio es una buena noticia si exige acciones a los pecadores? ¿Acaso no son las exigencias cargas que nos desaniman en vez de darnos esperanza?

16. ¿Cuál es la petición doble y paradójica que se encuentra en el Salmo 147.11?

17. ¿De qué manera explica Piper que estas dos demandas pueden, en realidad, ejecutarse en un mismo corazón a la misma vez?

18. ¿Cómo resalta la ilustración del glaciar Greenland la forma en que la esperanza y el miedo están unidos en nuestra experiencia con Dios?

19. ¿Por qué Dios se deleita en las personas que le responden con confianza y temor?

20. ¿Qué otra ilustración de Piper destaca que el mandato de Dios es una buena noticia para la gente necesitada? ¿Por qué son buenas noticias?

21. Este mandamiento no significa sólo buenas noticias para los pecadores necesitados, representa también gloria para Dios cuando nosotros oímos y respondemos a él. ¿Por qué?

22. ¿Por qué Dios, según el Salmo 147.10, no se deleita en la fuerza del caballo ni se complace en la agilidad del hombre?

CAPÍTULO OCHO
EL DELEITE DE DIOS EN LAS ORACIONES DE LOS JUSTOS

1. En los capítulos 7-9, Piper se enfoca en el deleite que Dios tiene en nosotros y en lo que somos como cristianos. Él dice que sería deprimente no poder agradar a Dios. No resulta satisfactorio decir que Dios nos acepta aunque pequemos y no le agrademos. Es inconcebible tener una relación personal agradable si una de las personas nunca agrada a la otra y no hace más que decepcionarla. Entonces, si el problema de cómo contentar a Dios es tan difícil ¿por qué Piper dedicó la mitad del libro a los deleites de Dios en sí mismo y en su obra y no apuntó a cómo nosotros podemos agradar a Dios?

2. ¿Qué imagen utiliza Piper para resumir la esencia de lo que hemos aprendido acerca de Dios, y de qué manera esta

concepción evita que intentemos agradar a Dios de una manera deshonrosa?

3. ¿Cuál es nuestra única esperanza de agradar a Dios cuando estamos muriendo de sed en el desierto del valle de la debilidad y la injusticia?

4. ¿Cuál es la idea fundamental del capítulo 7 que se relaciona con los puntos más importantes de los capítulos 8 y 9?

5. En pocas palabras, ¿por qué se deleita Dios en las oraciones de su pueblo?

6. Cuando meditamos acerca de que algo tan «bueno» como un sacrificio puede ser abominable ante Dios, ¿Qué hemos aprendido acerca de la clase de acciones humanas que deleitan a Dios?

7. Mencionar dos o tres textos de las Escrituras que enseñen sobre la clase de actos humanos que agradan a Dios (pág. 211)?

8. ¿Qué tipo de actos del corazón humano, en los quel Dios se deleita en gran manera, conecta nuestras acciones con la gloria de Dios? ¿Cuál es el texto clave que lo demuestra?

9. ¿Por qué no es suficiente decir que la razón por la que Dios rechaza los sacrificios de los débiles es porque son contradictorios: ellos viven religiosamente durante el día de reposo y con orgullo e injusticia durante la semana?

10. Proverbios 15.8 aclara que la oración de los rectos es su gozo. ¿Cuáles son las dos características del corazón del justo que señala la Piper?

11. ¿Cuál es la explicación que da el Salmo 32 en cuanto a que ser «justo» no significa ser perfecto? Esto es importante porque Dios sólo se deleita en las oraciones de los justos, según Proverbios 15.8.

12. Señalar algunos versículos que muestran que las respuestas de Dios a las oraciones lo glorifican.

13. La oración es una de las formas puntuales en que Dios le da esperanza al elegido. Por lo tanto, el agrado de Dios en las oraciones será el eco de su deleite en la elección y en los propósitos de salvación. Sin embargo, muchas personas niegan que Dios tenga derecho a cambiar decisivamente la rebeldía de la gente y convertirlos a la fe. Ellos señalan que el hombre debe tener el poder final de decisión por medio de la autodeterminación. ¿Cuál es el efecto que causan las oraciones en la salvación de las personas?

14. ¿Cuál es el inconveniente al decir que nuestras oraciones por los incrédulos deberían expresarse así: «Oro para que Dios siembre en el corazón de estas personas ... un malestar interno, junto con un anhelo por conocer la verdad»?

15. ¿Cómo pues, presentamos la oración para que los incrédulos sean salvos si hemos aceptado el derecho de Dios de elegir, llamar, regenerar y dar el regalo de la fe?

16. ¿Por qué se deleita Dios en esta clase de oraciones?

17. Demostrar que el propósito de Dios para este mundo depende del ministerio de la Palabra.

18. Ahora demostremos que esa exaltación de la Palabra que es la clave para lograr los propósitos de Dios en el mundo también es una exaltación de la oración.

19. Citar algunos ejemplos de la oración entendida como un walkie-talkie de tiempos de guerra.

CAPÍTULO NUEVE
EL DELEITE DE DIOS EN LA OBEDIENCIA PERSONAL Y EN LA JUSTICIA PÚBLICA

1. ¿Qué añade la obediencia a Dios a la esperanza en él? ¿Y qué adiciona la oración al cumplimiento del propósito de Dios de hacer conocer su gloria?

2. ¿Por qué el desobedecer a Dios sin ningún tipo de temor es tan deshonroso para él?

3. ¿Qué dos deseos seducen a Saúl (y a muchos otros) y lo llevan a desobedecer?

4. ¿Por qué la rebelión y la desobediencia son como pecado de adivinación (1 Samuel 15.22-23)?

5. ¿Cuál es la diferencia al describir la rebelión como pecado de adivinación y la obstinación como idolatría? ¿De qué manera la idolatría representa más maldad que la adivinación?

6. ¿Cómo podría Dios ser digno de confianza si no se deleitara en la obediencia?

7. Si los mandamientos de Dios son como la medicina que prescribe un doctor para curar alguna enfermedad o pecado, y no como las exigencias de trabajo que tenemos para ganarnos el sueldo, ¿por qué es tan bueno que Dios se deleite en la obediencia?

8. ¿Qué textos encontramos en el Antiguo y Nuevo Testamentos que nos enseñan que Dios nunca tuvo la intención de que el mandamiento acerca de la obediencia fuera una carga pesada?

9. ¿Por qué sería malo que la fe verdadera y salvadora fuera una simple creencia en los hechos del evangelio y dejara intacto (sin transformación) el corazón del «creyente»?

10 Algunos viven un cristianismo en dos etapas: una etapa de fe que nos da seguridad y nos salva para ir al cielo y otra etapa de obediencia optativa que proporciona más recompensas en el cielo, pero que no tiene que ver con llegar allí. Se hace esto en nombre de la gracia porque parece derivar de la gracia el hecho de que la obediencia sea optativa. ¿Por qué no tiene que ver con la gracia en realidad?

11. ¿Qué error fundamental se comete con respecto a la gracia en esta aparentemente «graciosa» eliminación de la necesidad de obedecer?

12. ¿Cuál es el punto de unión entre la gracia y la obediencia en 1 Tesalonicenses 1.11-12?

13. ¿Qué versículo nos explica que la santificación (el proceso para ser santo) constituye una parte necesaria de la salvación y es consecuencia de la fe?

14. En pocas palabras, ¿por qué la fe en el momento de la salvación produce obediencia?

15. Existe algo esencial acerca de la fe que nos hace entender claramente que la fe es capaz de producir obediencia. ¿A qué se refiere? ¿Por qué destruye el poder del pecado y produce obediencia?

16. ¿De qué palabras de Jesús puede extraerse la definición de la fe como el «estar satisfechos con todo lo que Dios es para nosotros a través de Cristo»?

17. Explicar con los versículos de Hebreos 10.32-36; 11.24-26 y 11.1-2, de qué manera la fe, como «garantía de lo que se espera» (es decir, la satisfacción de todo lo que Dios es y lo que será), produce obediencia en amor).

18. Expresar por qué es correcto afirmar que obedecer a Dios es básicamente el mandamiento que implica gozarnos en Dios.

CAPÍTULO DIEZ
EL DELEITE DE DIOS EN OCULTARSE DE LOS SABIOS Y REVELARSE A LOS NIÑOS

1. Si la mente no fue creada para servir como «un medio de justificar deseos subjetivos» o «un medio para hacer que las cosas funcionen» ¿para qué fue entonces creada?

2. En base al amplio contexto de Lucas 10, ¿qué cosas le agrada a Dios ocultar a unos y revelar a otros? Leer específicamente Lucas 10.9,11,23,24

3. ¿Cuál es el «misterio del reino»? Según lo que detalla Lucas 17.24-25, ¿cuáles son los dos sucesos que señalan el cumplimiento del reino?

4. Luego de leer Lucas 10.21-22, explicar cuáles son las cosas escondidas y cuáles las reveladas.

5. Para suavizar la tensión aparente entre Juan 6.44 y Lucas 10.21-22, conteste esta pregunta: ¿Quién es el que oculta y quién es el que revela?

6. En la Biblia no siempre se considera apropiado el ser «como niños». ¿Qué aspectos del asemejarnos a los niños condena la Biblia? ¿Cuáles elogia?

7. Pablo declara que existen dos clases de sabiduría y dos clases de sabios. ¿Cuál es la línea divisoria de estas dos sabidurías?

8. ¿Cuál es el «principio de la sabiduría de Dios»?

9. ¿Por qué en 1 Corintios 1.2 la sabiduría de Dios determina que los hombres no pueden conocer a Dios mediante su sabiduría humana?

10. ¿Cuál es la mayor diferencia entre la sabiduría de Dios y la de los hombres?

11. De acuerdo con lo que explica Piper, ¿cuál es la «esencia de la insensatez»?

12. ¿Por qué Dios se deleita en ocultar su persona y la de su Hijo de los «sabios e instruidos" y revelarse a los «niños»?

13. ¿Por qué el ocultamiento y la revelación que exaltan al Dios soberano alegran al pueblo de Dios?

14. Para Dios ¿es más aceptable una condición natural (inteligencia o ignorancia) que otra? Explica.

15. ¿De qué modo nos ayuda 2 Timoteo 2.7 a contestar la siguiente pregunta: Si Dios nos revela lo sobrenatural ¿por qué debemos procurar investigar valiéndonos de los medios naturales?

16. ¿Qué diferencias distingue Piper entre Romanos 1.21 y Lucas 10.22? ¿De qué manera concilia los dos textos? ¿Qué conclusión extrae?

17. ¿Cuál es la doble fórmula para conocer a Dios y cómo se relaciona con el propósito final de Dios?

18. ¿Por qué la «reflexión de la mente humana y la súplica por la misericordia divina» son esenciales?

19. ¿Por qué dice Piper que «despreciar el trabajo mental que supone la lectura y la comprensión de lo que leemos es un ataque a los métodos de Dios de la encarnación y la inspiración»?

20. ¿Cuál es la tarea de todos los eruditos cristianos?

21. ¿Por qué no podemos acceder a la erudición cristiana si no poseemos el sentido o el gusto espiritual por Dios? ¿De dónde proviene el sentido espiritual?

22. De acuerdo con las palabras de Jonathan Edwards, ¿por qué es útil realizar un trabajo racional de observación rigurosa?

23. ¿Por qué la excelencia de Dios resplandece de antemano en su deleite de revelarse a sí mismo a los «niños» y no a los «sabios e instruidos»?

ÍNDICE DE PASAJES BÍBLICOS

REFERENCIA .....PÁGINA

GÉNESIS
1.2 .....96n5
1.4 89
1.10 89
1.12 89
1.21 89
1.25 89
1.31 89
4.1 .....143n5
6.7 .....71n14
8.1 74
12.3 254
15.6 185
15.16 .....62n6
18.17-19 141
18.19 160
18.25 182
20 373
34.8 .....144n7
40.13 .....62n6
40.19 .....62n6
49.10 254,261
50.20 .....75n16, 155n16, 208

ÉXODO
3.19 .....62n6
4.14 .....369n18
4.21 .....369, 369n18, 370n21
4.22 40
4.22-23 143
7.3 .....369n18, 370n21
7.13 .....369n18
7.14 .....369n18
7.21 .....369n18
7.22 369
8.1 369
8.11 .....369n18
8.15 .....369n18, 369
8.19 .....369n18, 369
8.28 .....369n18
8.32 .....369n18, 369
9.7 .....369, 369n18
9.12 .....369, 369n18
9.16 114
9.34 .....369, 369n18
9.35 .....369n18
10.1 .....369n18
10.17 369
10.20 .....369n18
10.27 .....369n18, 369
11.10 .....369n18, 369
12.36 .....369, 369n19
12.46 368
13.15 .....369n18
14.4 .....369n18, 369
14.8 .....
369n18
14.17 .....369n18
14.21 74
15.10 74
17.8-16 267
19.4 142
27.17 .....144n7
32.11-12 .....116n4
33.12 .....141n4
33.18 50
34.6 210
34.6-7 276
34.29 50
38.17 .....144n7
38.28 .....144n7

NÚMEROS
13.30 264
14.13-16 .....116N4
14.21 .....60, 90

DEUTERONOMIO
2.26-27 370
2.30 370
4.20 142
4.37-39 142

6.24 275
7.6-8 ..... 147, 148
7.7 ..... 144n7
7.8 147
8.17-18 ..... 143n6
9.4-5 ..... 143n6
9.27-29 ..... 116n4
10.12-13 275
10.14-15 ..... 135, 144-145, 148, 172n38
10.15 ..... 144n7
14.2 141
18.10 272
21.11 ..... 144n7
23.5 ..... 172n38
25.17-19 267
28.63 ..... 77, 79, 375, 376,388
29.2-4 ..... 155n16, 375n24
30.6 ..... 169, 220, 248,379
30.9 209
30.11 276
31.16 ..... 62n6
32.6 143
32.39 75

JOSUÉ
1.8 332
2.10-11 115
7 116
7.8-9 117
11.18-20 371
24.2-3 140

JUECES
9.22-24 ..... 384n33
14.4 ..... 375n24
21.25 109

1 SAMUEL
2.6 75
2.22-25 374
8 109
8.5 109
8.7 110
8.9 110
8.19,20 110
9.21 272
10.12 110
11.15 268
12.14 269
12.17 110
12.19 110
12.20-21 110
12.22 ..... 107, 108, 111, 112, 114, 116
12.23 268
12.24 269
14.32 271
15 267
15.2-3 267
15.6 268
15.9 268
15.11 ..... 71n14, 268, 268n1, 269
15.1 271
15.13 268
15.15 268
15.17-18 271
15.19 271
15.21 271
15.22 ..... 265, 266
15.22-23 272
15.23 273
15.24 269
15.29 ..... 268n1
16.7 239
23.10-13 ..... 63n6

2 SAMUEL
2.25 376
7.23 113
17.14 ..... 375n24
24.1 ..... 75n16, 384n33
24.10 ..... 384n33

1 REYES
9.19 ..... 144n7
11.29-39 ..... 375n24
12.9 ..... 375n24
12.15 ..... 375n24
13.2 ..... 62n6

2 REYES
13.19 ..... 63n6
15.19 ..... 373n23

1 CRÓNICAS
5.25-26 ..... 373n23
21.1 ..... 75n16, 384n33
29.14 51

2 CRÓNICAS
7.14 243
8.6 ..... 144n7
16.9 209
36.22-23 ..... 373n23

ESDRAS
1.1 ..... 74n16
1.1-3 ..... 373n23
6.22 ..... 74n16

NEHEMÍAS
9.7 141
9.10 116

JOB
1.11-12 74
1.12 ..... 384n33
1.19 74
1.21 ..... 74, 384n33
1.22 ..... 74, 384n33
2.10 ..... 384n33
38.4-7 90
38.25-26 97
39.1 97
39.19-25 229
42.2 ..... 155n16, 379

SALMOS
1.2 ..... 55, 332, 334
1.6 ..... 141n4
2.4-5 ..... 210n6
2.11 ..... 210n6
3 26
4.5 244
7.11 78
8 ..... 114n3
8.3 103
9.8 182
14.1 319
16.3 55
16.8 50
16.11 323
19.1 ..... 114n3, 344
19.1-2 ..... 93, 158
20.7 229
22.18 ..... 62n6
22.27 254
22.27-28 60
23 354
23.3 121
23.6 209
25.11 ..... 45, 119, 120, 266
25.15 50
27.4 ..... 88n2
27.8-9 50
31.3 266
32.1 245
32.1-2 185
32.10-11 243
33.10-11 ..... 74n16, 373
33.17 229
34.20 ..... 62n6, 368
35.19 368
35.27 211
36.8 357
37.4 207
37.18 ..... 141n4
39.3 340
41.9 368
50.10-15 228
50.13-15 246
51.17 243
53.1 219
60.5 ..... 172n38
65.2 225
66.4 130,255
67.3 261
69.4 368
71.4-6 228
71.14 228
73.25-26 ..... 88n2
78.26 74
79.9 ..... 119, 266
84.11 206
86.8-9 255
86.9 131

89.27 40
91.14 .....144n7
102.15 131
103.22 96
104 89
104.14 100
104.24 98
104.25-26 98
104.31 .....83, 92, 344
104.31-34 103
105.25 .....369, 369n19
106.7-8 148
107.10-13 .....209n5
107.25 74
111.10 318
115 1-3 54
115.3 .....54, 55, 65,379, 385,386
119 .....335n19
119.15 332
119.8 330
119.48 332
119.67 206
119.68 207
119.71 206
119.97 332
119.148 332
127.2 .....172n38
135 .....53, 71, 75
135.1-6 54
135.6 .....49, 54, 55,76, 77
135.6-11 77
135.7 71
135.8-10 76
138.2 162
143.5 332
147.4-5 226
147.10 228
147.10-11 .....203, 224
147.11 22,245
147.16-17 226
147.18 71
148.3-5 96
148.7 .....96, 97
148.8 74
149.4 .....78, 211

PROVERBIOS
1.7 319
1.22 .....319, 298
1.24-26 .....77, 376n25
2.1-5 298
2.2-6 327
2.10 298
3.12 .....172n38
8 30
8.11 298
8.30 .....46n24
8.27 30
8.30 30
8.31 .....30n5
10.1 29
10.21 319
11.1 .....265, 287, 289
14.8 319
15.8 .....231, 239, 240, 242
15.20 29
16.1 378
16.4 .....155n16
16.9 .....155n16, 378
16.11 292
16.33 .....155n16, 378
17.15 183
19.21 .....155n16, 378
20.14 288
20.17 290
21.1 .....74n16, 155n16, 372
21.31 229
28.26 319

ECLESIASTÉS
3.4 72
3.7 72

ISAÍAS
1.11 179
1.13 241
1.15-16 241
2.17 323
5.13 298
6.3 381
6.9 .....62n6
8.12-13 269

11.6-8 356
11.15 74
12.4 131
24.15-16 131
29.14 .....313, 297
30.31 .....376n25
30.31-32 77
38.17 .....144n7, 206
40.26 101
40.28 101
42.1 .....16n6, 27
42.9 63
42.18 371
43.1 143
43.4 .....172n38
43.7 148
43.13 .....74n16, 379
43.15 143
43.21 .....113, 148
44.1-2 142
44.28 .....62n6
45.6-7 376
45.7 75
45.11 143
46.9-10 .....55, 63, 65, 379
46.10 .....155n16
48.9-11 .....118, 294
48.14 .....172n38
51.12-13 270
53 179
53.3 303
53.4 365
53.5 182
53.6 181
53.8 180,198
53.9 180
53.10 .....64,177, 179, 180, 181, 184, 198
53.11 181,199
53.12 180,181,198
55.4 261
55.10-11 253
57.15 218
62.4 .....55, 180
62.4-5 213
63.12-14 115
63.17 .....155n16
64.1-2 131
64.4 .....238, 277
64.8 143
65.17-18 204
65.19 212
66.2 243
66.3 243
66.4 243
66.19 130

JEREMÍAS
1.5 160
2.12-13 47
9.23 297
10.23 .....155n16, 378
13.11 .....113, 140
14.7 119
14.9 119
31.2-3 172
31.31-34 205
32.39-41 205
32.40 .....155n16, 379
32.41 .....16n6, 209, 213
38.17-20 .....63n6

LAMENTACIONES
3.37-38 .....74n16, 155n16, 376
3.38 75

EZEQUIEL
3.6-7 .....63n6
5.13 77
11.19 .....248, 251
11.19-20 .....69, 222
11.20 169
18 .....76, 376
18.23 .....70, 359, 360, 361, 374, 375
18.30 70
18.31 71
18.32 .....70, 76,77, 164, 360, 361, 374, 386
20.5 141
20.9 116
33.11 .....360, 360n3, 361
36.20-23 117

36.22-23 294
36.27 .....64, 69, 169, 224, 248, 251, 294, 379
39.25 108

DANIEL
2.20-21 .....74n16
4.34-35 .....74n16
4.35 .....155n16, 379
7.18 264
7.22 264
7.27 264
9.15 116
9.19 118
12.2 .....192n10

OSEAS
4.6 298
11.1 143
14.4 .....172n38

AMÓS
3.2 .....141, 160
3.6 .....74n16, 75, 376
5.24 .....294, 356

JONÁS
1.4 74
4.8 74

MIQUEAS
4.3 356

HABACUC
2.14 .....
90, 258

SOFONÍAS
2.8 218
2.10 218
3.12 219
3.15 217
3.17 .....203,216, 217
3.19 218

ZACARÍAS
12.10 .....62n6, 149, 368

MALAQUÍAS
1.1-5 .....147n8
1.2-3 .....172n38
1.6 143
2.10 143

MATEO
1.21 163
3.9 146
3.12 .....192n9
3.16-17 27
3.17 .....36n11
5.5 356
5.16 .....266, 290
5.23-24 .....195n12
5.24 .....195n12
5.43-47 292
5.44-45 171
5.45 222
5.48 44
6 260
6.9 31
6.9-10 295
6.11 257
6.13 .....257, 263
6.24 .....209n5
7.11 353
7.14 171
7.21 .....155n16, 366
8.25 .....193n9
8.29 .....75n16
9.17 .....193n9
9.38 .....258, 263
10.6 .....193n9
10.28 .....16n6, 193n9
10.29 378
11.21 .....63n6
11.26 .....150n12
11.27 .....31, 222
11.28-30 276
11.30 171
12.14 .....193n9
12.18-20 28

12.28 .....36n11
12.32 .....193n9
12.50 .....155n16, 366
13.38 261
13.43 212
13.55-58 218
16.15-17 306
16.17 .....320, 327, 328, 330, 330n14, 338
16.18 .....75n16
17 25
17.2 25
17.5 .....23, 36n11
17.6 26
18.3 .....312, 323
18.3-4 312
18.8 .....193n9
19.14 312
19.29 132
21.43 149
22.10 292
22.14 .....153n13, 158n18, 159n19, 359n1
22.37 19
23.34 311
23.37 .....71n14, 155n16, 360n2
24.12 .....361n5
24.14 .....253, 263
25.23 24
25.41 .....75n16, 193n9
25.46 .....193n9
26.24 .....193n9

MARCOS
1.11 .....36n11
1.15 371
3.29 .....193n9
4.11-12 371
9.43-48 .....192n9
10.15 312
13.13 .....258n6
14.24 205

LUCAS
1.34-35 35
2.7 40
2.14 .....150n12
3.17 .....192n9
3.22 .....36n11
4.5-7 .....74n16
5.31-32 275
6.13 .....153n13
6.22 355
7.30 .....155n16, 376n26
8.10 354
8.54 35
10.9 304
10.11 304
10.17-18 .....75n16
10.17-24 305
10.19 70
10.21 .....22, 150, 150n12, 152, 302, 303, 310, 311, 314, 316, 319, 321, 322n11, 324,326, 344, 346, 345
10.21-22 313
10.22 .....151, 307, 308, 309, 313, 319, 326, 328, 330
10.23-24 304
11.21-22 .....75n16
11.46 277
12.4-5 .....193n9, 261
12.32 .....36n11, 264, 347, 349
13.6 72
14.7 .....153n13
15.7 .....78, 214
15.10 .....78, 214
15.20 214
15.23 78
16.14-15 236
16.26 .....193n9
17.24-25 305
18.7 y sig 263
18.25 355
19.41-42 164
21.12-19 263
21.16 356
21.24 149
21.36 257
22.3 .....74n16, 365, 384n33
22.31 .....75n16
22.32 .....75n16
23.11 365

23.21 365
23.24 365
23.36 365
23.46 200

JUAN
1.1 .....41, 42
1.1-3 29
1.3 95
1.14 .....31, 34, 41
1.18 .....31, 41
3.16 .....31, 41, 164, 389
3.18 .....31, 41, 222
3.18-19 .....283n8
3.34-35 32
3.35 27
4.10 .....282, 357
4.14 .....282, 357
5.1-4 .....283n8
5.18 31
5.19 370
5.20 32
5.30 309
5.43 .....120, 220
6.35 282
6.37 .....153n13, 157, 222, 359n1
6.37-39 156
6.39 .....153n13, 157
6.44 .....60,307, 308,222, 359n1
6.44-45 .....156n17
6.45 335
6.53 .....282n7
6.64 .....62n6
6.64-65 .....282n7
6.65 .....156n17, 222, 359n1
7.17 .....155n16
7.37-38 .....282n7
8.47 .....359n1
10.3 157
10.3-4 64
10.4-5 157
10.11 157
10.14 157
10.15 157
10.16 .....60, 153n13, 156n17, 173, 222, 310
10.17 .....32, 36, 200
10.18 354
10.25 120
10.25-26 155
10.26 .....153n13
10.26-29 .....359n13
10.27 .....156, 157,173
10.27-29 156
10.28 157
10.30 310
11.14-15 303
11.15 .....150n11
11.52 .....173, 222
12.26 32
12.27-28 .....120, 186
12.28 220
12.31 .....74n16
13.1 .....172, 353
13.18 .....153n13, 368
13.31 186
14.8-9 307
14.9 .....309, 353
14.14 .....246, 220
15.11 .....24, 303
15.13-14 172
15.16 .....153n13
15.19 .....153n13
15.25 368
17 .....24, 186
17.3 318,303
17.4 187
17.5 32
17.6 .....120, 153n13, 156, 157, 220, 308
17.9 .....153n13, 156n17
17.10 157
17.12 220
17.13 .....24, 303n7
17.15 .....75n16
17.22-23 172
17.24 .....29, 36, 153n13, 156n17, 357
17.26 .....25, 27, 120, 357
18.9 .....156n17
19.10-11 .....74n16
19.24 .....62n6
19.36-37 .....62n6, 368

20.17 31
22.3 .....384n33

HECHOS
2.23 .....64, 74n16, 155n16, 181, 365, 384n33
2.47 67
4.12 220
4.13 302
4.27-28 .....74n16, 155n16, 365
4.28 64
7.51 .....155n16, 159n19
9.16 .....122, 132
10.38 72
13.1-3 257
13.48 .....64, 67, 155n16, 173, 222
14.16 68
14.16-17 149
14.17 172
14.22 212
15.14 132
16.1 122
16.9 255
16.14 .....60, 155n16, 173,222,248,251
17.25 .....51, 57, 75, 265
17.30 .....68, 149
18.9-10 174
18.10 222
18.21 377
19.10 112
20.17 112
21.13 122
21.14 378
26.17-18 .....280n4
26.18 .....75n16

ROMANOS
1.5 .....122, 278
1.16 253
1.16-17 338
1.17 337
1.18 .....114n3, 196, 329
1.19-20 329
1.19-23 93
1.21 .....329, 328
1.23 .....178nl, 185
1.24-28 374
1.24-32 196
1.28 329
2.3 196
2.5 196
2.6-8 .....193n9
2.8-9 196
2.16 196
2.29 205
3.6 196
3.19 196
3.23 .....178, 178n1
3.23-26 183
3.24 .....183, 199, 316
3.24-26 196
3.25 185
3.25-26 .....120, 120n5, 184, 184n3, 185, 197, 199, 223, 316
3.26 185
4.5 .....183, 185
4.6-8 185
4.7 .....23n2
4.13 356
4.20-21 241
5.1 158
5.3 .....36n11
5.6 316
5.8-9 .....188n4
5.9 .....196n12
5.9-10 197
5.10-11 .....195-196n12
8.1 211
8.5 332
8.7 173
8.7 *y sig.* 196
8.15-17 352
8.19 352
8.19:22 294
8.21 212
8.28 .....75n16, 155n16, 206
8.28-30 161
8.28-32 157
8.28-33 .....153n13
8.29 .....141n4, 160, 294
8.29-30 .....159n19, 359nl
8.30 .....158, 163, 170, 223

8.31 352
8.32 ....33, 354
8.35-37 209
8.35-39 132
8.37-39 ....75n16
8.39 161
9 ....369n18
9.11 ....79n19, 188n4, 361n6, 380n28
9.1-23 ....380n28
9.6-8 ....150n10
9.6-23 ....359n1, 380
9.8 146
9.10-11 146
9.10-13 146
9.11 146
9.14-23 ....155n16
9.16 250
9.17 114
9.22-23 ....79,79n19, 383, 388, 389
9.23 ....380n28
10.1 ....79n19, 150n12, 247
10.2 298
10.13-17 253
10.21 372
11.4-7 ....153n13
11.5-10 ....359n1
11.7-9 371
11.8-10 ....384n33
11.12 149
11.15 149
11.20 ....79n19
11.24 149
11.24-36 ....155n16
11.25 ....60, 75n16, 79n19,149, 380n28
11.25-26 371
11.28 196
11.31 372
11.31-32 372
11.32 149
11.33-36 167
11.34-36 51
11.36 223
12.19 196
13.1 ....74n16
13.11 279
14.22 ....23n2
14.23 ....240, 278, 911
15.7 220
15.9 220
15.15-18 60
15.18 171
15.19 122
15.20 122
15.23 123
15.26-27 ....36n11
15.31 263
16.19-20 ....75n16
16.20 ....75n16

1 CORINTIOS

1.17 ....314, 315
1.17-2:16 ....313, 316
1.18 279
1.19 ....319, 313, 297
1.20 315,302
1.21 ....35n10, 36n11, 313, 317, 318, 321
1.22 315
1.23 315
1.23-24 ....159n19
1.24 ....159n19, 314, 315, 316
1.25 315
1.26 315
1.26-27 315
1.26-30 ....359n1
1.26-31 ....152, 162
1.27 ....316, 324
1.27-28 ....153n13
1.29 383
1.30 320
1.30-31 317
1.31 223
2.1 315
2.4 315
2.5 315
2.6 315
2.6-7 314
2.7 315
2.7-8 314
2.9 167
2.13 315

2.14 ....173, 324, 330n14
2.15 ....320, 324
2.23-24 222
3.18-20 315
3.19 315
3.20-21 316
4.7 51
4.19 377
5.5 ....193n9
6.2-3 356
6.3 377
8.1 ....10, 297
8.5-6 57
8.6 95
9.26-27 ....258n6
10.5 ....36n11
11.25 205
13.11 312
14.20 ....10, 312
15.10 ....60, 171, 278
15.25 y sig 196
15.50 ....307n10
16.7 377

2 CORINTIOS

3.6 205
3.14-15 ....19n10
3.18 ....19, 19n10
4.3-4 ....19n10, 74n16
4.4 ....23, 23n1, 75n16, 261, 302, 309, 342, 384n33
4.4-6 ....159n19
4.6 ....43, 309, 330
5.4 223
5.8 ....36n11
5.9 236
5.10 196
5.18-20 ....195-196n12
5.19 ....195n12
8.2 ....36n11
10.3-5 ....258n6, 261
10.4 302
11.3 ....75n16
12.10 ....36n11

GÁLATAS

1.6 ....307n10
1.15 ....35n10, 36n11
3.10 196
3.13 200
3.29 205
4.4-5 31
5.6 ....278, 285
5.22 212

EFESIOS

1.3-5 ....152n13
1.4 ....152n13,295
1.4-5 ....359n1
1.4-6 154
1.5 ....53, 150n12
1.6 389
1.9 ....150n12
1.11 ....153n13, 155n16
1.11-12 154
1.12 389
1.14 389
1.17 y sig 263
1.18-19 333
2.2 ....74n16
2.3 196
2.4-5 173
2.5 196
2.7 211,316
2.8 279
3.6 205
3.17-19 282
3.18 263
4.11 338
4.14 212
4.29-30 78
5.1 44
5.2 198
5.16 261
5.25-27 295
6.10-13 ....75n16
6.10 y sig 261
6.12 ....307n10
6.12-13 ....258n6
6.19 ....257, 263

FILIPENSES
1.11 ..... .263
1.15 ..... .150n12, 350
1.17 ..... .350
2.6 ..... .42
2.9 ..... .32, 200
2.11 ..... .220
2.12-13 ..... .64, 155n16, 379
2.13 ..... .150n12, 169
4.6 ..... .257
4.19 ..... .211

COLOSENSES
1.4-5 ..... .295
1.12 ..... .196
1.13 ..... .33, 75n16
1.15 ..... .38, 39, 40, 41, 42
1.15-16 ..... .36
1.16 ..... .40, 95
1.16-17 ..... .344
1.18 ..... .40n18
1.19 ..... .35, 36n11
2.3 ..... .320
2.9 ..... .34, 36
2.15 ..... .75n16
3.2 ..... .332
3.6 ..... .196
3.10 ..... .298
3.12 ..... .172
3.17 ..... .121
4.3 ..... .257, 263

1 TESALONICENSES
1.4 ..... .172, 359n1
1.4-5 ..... .222
2.8 ..... .36n11
3.1 ..... .36n11
3.5 ..... .258n6
3.12 ..... .263
4.3 ..... .155n16
4.7-8 ..... .280
5.17-19 ..... .155n16

2 TESALONICENSES
1.9 ..... .193n9
1.11 ..... .150n12
1.11-12 ..... .279
2.8 ..... .196
2.12 ..... .36n11
2.13 ..... .170, 172, 222, 359n1
2.13-14 ..... .280
3.1 ..... .257, 258, 263
3.1-2 ..... .252

1 TIMOTEO
1.3 ..... .122
1.11 ..... .10, 23, 23n1, 23n2, 56
2.1-4 ..... .360
2.3-4 ..... .382, 383
2.4 ..... .11, 164, 359, 360, 363,364n13, 380, 389
4.10 ..... .172
5.17 ..... .338
6.1 ..... .121
6.9 ..... .193n9
6.12 ..... .258n6, 261
6.15-16 ..... .56
6.20 ..... .297

2 TIMOTEO
2.7 ..... .327
2.12 ..... .356
2.19 ..... .64
2.24-26 ..... .75n16, 155n16, 364n13, 383n32
2.25 ..... .222, 364n13
2.25-26 ..... .64, 248, 251
2.26 ..... .263
4.5 ..... .123
4.7 ..... .258n6

TITO
2.14 ..... .295

HEBREOS
1.2 ..... .95
1.3 ..... .42, 94
1.5 ..... .32
1.6 ..... .32
1.13 ..... .32
1.14 ..... .91
2.9 ..... .32, 200

2.10 ..... .365
2.13 ..... .199
2.14 ..... .307n10
2.14-15 ..... .75n16
3.8 ..... .372
3.15 ..... .372
4.7 ..... .372
4.15 ..... .78, 218
6.1-2 ..... .194n9
8.6-13 ..... .205
10.6 ..... .36n11
10.8 ..... .36n11
10.10 ..... .295
10.29 ..... .32
10.32-36 ..... .285
10.34-36 ..... .295
10.38 ..... .36n11
11.1 ..... .284
11.4 ..... .185, 240
11.6 ..... .240
11.7 ..... .185
11.17 ..... .381n29
11.24-26 ..... .283
12.2 ..... .218
12.9-10 ..... .352
12.14 ..... .169, 171, 379
12.23 ..... .40
13.3 ..... .284
13.5-6 ..... .270n2
13.20 ..... .169
13.20-21 ..... .155n16, 380
13.21 ..... .64

SANTIAGO
1.5-6 ..... .209n5
1.13 ..... .381
1.13-15 ..... .381n29
2.5 ..... .153n13, 153n14, 359n1
2.17 ..... .278
3.1 ..... .338
3.15 ..... .297
4.4 ..... .196
4.6 ..... .222
4.7 ..... .75n16
4.8 ..... .222
4.13-16 ..... .75
4.15 ..... .378
4.16 ..... .378n27
5.16 ..... .258

1 PEDRO
1.2 ..... .280
1.5 ..... .279
1.23 ..... .253
2.9 ..... .113, 223
2.15 ..... .377
3.9 ..... .359
3.14-15 ..... .270
3.17 ..... .377
4.2 ..... .377
4.11 ..... .8, 171, 241, 279
4.19 ..... .377
5.8-9 ..... .75n16

2 PEDRO
1.10 ..... .169
1.17 ..... .36n11
1.17-18 ..... .26
3.8-9 ..... .360
3.9 ..... .11, 164, 360
3.16 ..... .384
3.18 ..... .298

1 JUAN
1.7 ..... .221
1.9 ..... .119, 220
2.12 ..... .45, 121, 221
2.14 ..... .75n16
2.17 ..... .155n16, 366
3.8 ..... .75n16
3.15 ..... .361n5
4.9 ..... .31, 41
5.3 ..... .276
5.18 ..... .75n16

2 JUAN
1.7 ..... .331

3 JUAN
5-8 ..... .124

JUDAS
12-13 .....194n9

APOCALIPSIS
1.16 26
2.3 121
2.7 356
2.26-28 356
3.21 356
5.2 28
5.5 28
5.5-6 28
5.6 28
5.8 246
5.9 .....132, 173
7.9 132
12.12 261
12.17 .....258n6
14.11 .....194n9
17.14 .....258n6
17.16-17 367
17.17 .....155n16, 367, 375n24
18.20 .....77, 376n25
19.3 .....194n9
20.10 .....75n16, 194n9
21.3 282
21.4 356
22.17 .....171, 357

ÍNDICE DE PERSONAS

Alejandro, Obispo 37
Alford, Henry 23nl, 35n10, 41n19
André, Major 166
Anselmo, San 188n4
Aristóteles 104n11
Arrio 37, 38, 38n13, 38n14
Agustín 62n6, 88n2, 170n36

Barrett, C.K. 184n3
Basinger, Randall .. 362, 362n9, 378n27
Bauer, Arndt & Gingrich 36n11
Beale, G.K 369n18
Beckwith, Isbon 367n16
Bergin, G.Fred ....137n1, 207n1,208n2, 208n3 .....
Bettenson, Henry ..39n16, 88n2, 170n36
Beza, Theodore 384n33
Brainerd, David 14, 52, 53n2, 107, 107n1,133, 133n20,256
Bridges, Charles 290, 290n9
Bridges, Jerry 378n27
Briggs, C. 144n7
Brown, F. 144n7
Bryant, David 259, 260n8
Bryant, Robyne 259
Bunyan, Juan 138
Burnet, Obispo Gilbert 15

Calvino, Juan 341
Carey, William 63n6, 66, 67, 68, 69, 71, 124n6, 256
Carré, Capitán E.G. 233, 235n3
Cartwright, Peter 300
Crisóstomo 41
Clemente 363n12
Colson, Charles 293n10
Constantino 38
Cottrell, Jack 384n33
Cranfield, C.E.B. 160, 160n20
Cromwell, Oliver 62n6
Cunningham, William 34n9

Charnock, Stephen ...62n6,384, 385n34
Charles, J.Daryl 345n31
Chauncy, Charles 163

Dabney, Robert L. 165, 165n26, 166, 166n27, 167n28, 167n29, 167n30, 167n31, 168n32, 169n33
Dallimore, Arnold 15n4, 162n21, 62n22
Darwin, Charles 105n11
Denney, James 197
Dillenberger, John 338n21
Driver, S.R. 144n7
Duewel, Wesley L. 258n7
Duff, Alexander 256
Dwight, Sereno 29n4, 73n15

Eastman, Dick 249, 249n4
Edwards, Jonathan 24, 24n3, 29n4, 33, 33n8, 43n22, 46n24, 52n1, 53n2, 53n3, 63n6, 73n15, 78n17, 79n18, 95n3, 103n10, 107n1, 133n20, 162, 63n23,190, 197, 198n15, 198n16, 83n8, 330n14, 334, 334n16, 342n28, 343, 343n29, 344n30, 363, 363n12, 366n14, 381, 382, 382n30, 385,386, 386n35, 388n38, 390, 390n40, 390n41
Edwards, Sarah 73
Eliot, John 255, 256

Finney, Charles 299
Forster, R.T. 152n13, 155n16, 369, 369n20, 376, 376n26, 380

Gamache, Rick 8
Geldenhuys, Norval 326, 226n13
Gerstner, John 79n18, 388n38
Gill, John 360n4, 363n12
Goodwin, Thomas 340, 340n23
Gray, Thomas 97
Grounds, Vernon 197n14

Guiness, Os 289
Guy, Fritz 362, 363n11, 371, 371n22, 380
Harrison, Everett F. 197n13
Hawthorne, Steven 127n6
Hein, Rolland 189n6
Helm, Paul 33n8, 343n29
Henry, Carl F.H 366n15
Heppe, Heinrich 362n7, 384n33
Hickman, Edward 330n14
Hofstadter, Richard 299n1, 299n2, 300n3, 300n5, 302n6
Holtzen, Ellen 98n6
Hudson, Winthrop S. 15n4
Hyde, John 233, 234

Jacobson, Don 8
Jerome 363n12
Johnstone, Patrick 69, 70n12, 70n13, 124, 124n7, 126, 126n9, 127n16, 128n17, 129n18, 130n19, 264, 264n11
Judson, Adoniram 256

Keil and Delitzsch 30n5
Kivengere, Festo 64
Kilby, Clyde ...56n3, 54n4, 104, 104n11
King, Mary 140n3
Koch, Bruce 124n6
Kuyper, Abraham 290

L'Engle, Madeleine 188n4, 192n9
Ladd, George 305
Lewis, C.S. .41n21, 56, 56n3, 57, 59n5, 61n6, 87, 88n1, ...188, 188n4, 189n5
Lightfoot, J.B. 40n17
Livingstone, David 174,175, 256
Luciano 37
Lutero, Martín 280, 280n5, 334, 335n19, 337, 338n21, 341

MacDonald, George 187, 188, 189, 189n5, 189n6, 190, 191, 192, 194, 196, 197n15
MacDonald, William 152n13
Marshall, Chief Justice 166
Marshall, I.Howard 304n8, 363, 364, 364n13, 366, 389
Marston, V.P. 152n18, 155n16, 369n20, 376, 376n26, 380
Martyn, Henry 14
Mather, Cotton 256, 257n5
McCheyne, Robert Murray 14
Metzger, Bruce 41n20
Minkema, Kenneth 330n14
Moody, Dwight L. 231,300
Morris, Leon 368n17
Mounce, Robert 367n16
Mueller, George 136-137, 137n1, 138, 161, 206, 207n1, 208n2, 208n3, 208n4, 232, 232n2
Mueller Lydia 206
Mueller, Mary 207
Murray, Iain 66n8, 163n23, 174n39, 174n40

Newton, John 67
Nicole, Roger 184n3, 197n12
Noll, Mark 333n15,341, 341n24, 341n25, 341n26, 341n27

Oehler, Gustav F. .108n2, 141n4, 170n37

Packer, J.I. 61n6
Pate, Larry 124n7
Paton, John G. 256, 347, 348, 348n1, 348n2
Paton, Mary Ann 347, 348
Perman, Matt 8
Pettit, Norman 53n2, 107n1
Pierson, A.T 264, 264n10
Piper, Abraham 3, 12
Piper, Barnabas 3,12
Piper, Benjamin 3,12
Piper, Karsten 3,12
Piper, Noël 8,12
Piper, Talitha 12
Pinnock, Clark H. 59n5, 61n6,63n6, 79n19, 152n13, 163n23, 362, 362n8, 363, 378n27, 380n28

Plass, Ewald M. 335n19
Powell, Louisa 189

Quayle, William 100, 100n7

Reapsome, Jim 260n9
Rice, Richard 59n5
Ripley, George 301, 302
Robinson, William Childs ..196, 197n13
Robson, Mary Ann 345
Russell, Bertrand 104n11
Ryland, John 67n9, 67n10
Ryland (h.), John 67n9

Sabelio, el Libanés 37
Schaff, Philip 37n12, 62n6
Schlatter, Adolf 361, 361n5
Schreiner, Thomas 361n6, 378n27, 380n28
Scott, John 175
Scott, Peter Cameron 174,175
Scougal, Henry 13-14, 14n1, 14n2, 14n3, 15n4, 16n5, 17n7, 17n8, 18n9, 45, 283n8
Socini 62n6
Sócrates 37
Spurgeon, Charles 138,139, 139n2, 140n3, 163n23, 163n24
Steinbach, Carol 8
Stevenson, J. 34n9
Sunday, Billy 299

Talbott, Thomas 188n4, 193n9, 195n12, 197n15, 361n6
Taylor, Hudson 125
Taylor, Justin 8
Teodoro 34n9
Thornton, Henry 293
Toplady, Augustus 66
Tozer, A.W 33, 33n7, 63n6
Tucker, Ruth 175n41

Vos, Geerhardus 387, 387n37

Ware, Bruce 361n6, 378n27, 380n28
Warfield, Benjamin 333, 333n15
Washington, George 79, 166-167, 168n32, 388
Wells, Tom 68n11
Wesley, Charles 15
Wesley, John 161, 162, 293, 339, 339n22, 340
Whitefield, George 15, 15n4, 63n6, 66, 161,162, 162n21
Wilberforce, William 293-294
Williams, Charles 105n11
Winter, Ralph 124n6

Young, Aaron 8

ÍNDICE DE TEMAS

Amor,
como deleite o placer, 18-19
Amor de Dios,
el amor de Dios como una pasión, 17-18
experiencia de ser amado por Dios, 171
incondicional en la elección, 147-148
Anti-intelectualismo, 299 y sig.
Arañas, 98
Arminianismo, 58 y sig., 60 y sig.
basado en la elección, 169-170
preludio al universalismo, 162 y sig., 162-163
respuesta a sus textos, 359 y sig.
seguridad de salvación, y la demanda de santidad, 169-170
Arrepentimiento de Dios, 267-268
Arrianismo, 37-42
Autosuficiencia de Dios, 50-52

Bendito,
con el sentido de «feliz», 23
Biblia,
el drama central, 178 y sig.
el párrafo más importante, 183

Calvinismo,
el calvinismo de William Carey, 66-67
el descubrimiento de Charles Spurgeon, 139-138
el descubrimiento de George Mueller, 136-137
spurgeon lo identifica con el evangelio, 163
Celos,
¿Jesús debería estar celoso de la creación? 91
Compasión,
la compasión de Dios por todas las personas, 163-164
Compromiso político,
el deleite de Dios en él, 293-294
Conocimiento anticipado,
la elección no basada en el conocimiento anticipado de la fe, 158-160
¿límites en el conocimiento anticipado de Dios?, 58 y sig., 60 y sig.
Conocimiento de Dios,
¿por medios naturales? 328-329
Contemplación,
como una forma de llegar a ser, 16-20
Controversia,
las enseñanzas controversiales, ¿pueden edificar?, 135-136
Conversión,
la conversión de Whitefield, 15
la soberanía de Dios en la, 247-251
la obra de Dios, 64-65
no es un riesgo, 64
Creación,
expresa la gloria de Dios, 92-94
el deleite de Dios en la, 83-106

Decisiones de Clyde Kilby, 104-106
Dios (ver Trinidad),
autosuficiente, 52-55
¿cómo es el Padre en verdad? 350-353
como pastor, 354
compleja vida emocional, 78
¿debería ser acusado de traición? 183-184
de una clase por sí mismo, 56-57
dos voluntades de, 360 y sig.
el deleite en demostrar su grandeza, 211-212
el deleite en el Hijo, 23
el sonido del cantar de Dios, 203-204
el viejo problema de Pablo con Dios, 184-186
excelencias medidas por sus deleites, 17-20
feliz en la comunión con la Trinidad, 50

la libertad en la elección, 140-142
la necesidad del mundo de conocerlo, 20
le encanta dar, no vender, 353
¿medios naturales para conocerlo?, 328-329
no está forzado por las circunstancias, 66
nunca se aburre, 210
obra por aquellos que esperan en él, 237-328
quien da salvación eficaz, 250
reconciliado con nosotros, 194
se deleita en mí o en él mismo, 219
soberanía, 376 y sig
su amor como la raíz de la elección, 147-148
su arrepentimiento, 267-268
su bondad en la tragedia de Mueller, 206-208
su alimento preferido, 246
su compasión por todas las personas, 163-166
su felicidad como su gloria, 24
su semejanza con George Washington, 166-171
sus intereses seculares, 289-290
¿un arriesgado? 57
un manantial de montaña, no un abrevadero, 265

Educación, 335
manifestación de la gloria de Dios, 344
superior, necesaria y peligrosa, 340
El consuelo del corazón del cristiano,
el amor de Dios hacia nosotros des de la eternidad, 171-172
El Credo de Nicea, 38-39
El deleite de Dios,
a dónde nos conduce, 294-295
¿de qué manera agradamos a Dios? 221-222-235-237
en conservar el compromiso político, 293-294
en Dios en nosotros, 356-357
en el Hijo, 23-48
en él mismo no es vanidad, 43-45
en hacerles bien a todos los que esperan en él, 203-230
en la creación, 83-106
¿en la destrucción? 76-78
en la elección, 135-176
en la muerte de los malvados? 70-73
en la obediencia es buena noticia, 274-277
en la obediencia personal y en la justicia pública, 265-296
en las oraciones de los justos, 231-264
¿en nosotros o en él? 335-336
en nosotros, 46
en quebrantar al Hijo, 177-202
en su fama, 107-134
en todo lo que hace,49-82
El mandamiento de Dios
como una buena noticia para el pecador, 224-225
Elección,
confunde las expectativas centradas en el hombre, 151-154
de Israel, 140-142
el deleite de Dios en el amor electivo, 144-145
examen de la visión corporativa, 152
guarda de la falsa filosofía, 162-163
humilla al pecador y exalta a Dios, 162
incondicional, 141-146
la base de la salvación infalible, 157
no se basa en la fe conocida de antemano, 158
para la gloria de la gracia de Dios, 154-157
santidad y seguridad de salvación, 169-170
una verdad bíblica, 161-162
y oración, 247-249
Encarnación,
no es un riesgo, 64-65
Erudición,
sus raíces, 342
Esperanza,
el terreno del lugar central de Dios, 109-111
por qué glorifica a Dios, 245-246

su base en el deleite de Dios, 43-45
un mandamiento que es una buena noticia para el pecador, 227-228
y temor de Dios al mismo tiempo, 224
Esperanza puritana, 254-255
Espíritu Santo,
persona divina de la Trinidad, 46
¿Esquizofrenia en el cielo?, 177
Eudokeo (griego), 36,150
Evangelización,
esperanza en la elección, 158-159
Evangelio,
cimentado en el deleite que Dios tiene en su misma persona, 43-44
definido por la Biblia no por la experiencia, 330
del Dios glorioso y feliz, 23
el valor de Dios es la fuerza impulsora, 20-21,223
¿qué clase de mandamiento es buena noticia? 224-225
¿se necesitan para la obediencia las buenas noticias? 274,277
Expiación,
manera en que la muerte de Cristo la lleva a cabo, 183
perspectiva de Madaleine L'Egles, 187-189
perspectiva de George MacDonald, 189-190

Fama de Dios,
el objetivo de las misiones, 121-124
la oración en su nombre para difundir su fama, 251
Fe,
cómo produce obediencia, 280-283
fuente de obediencia, 239,278
la definición de Jonathan Edwards, 283
la fe que se conoce de antemano no es la base para la elección, 154-157

Galaxias, 101-102
Gloria de Dios,
el amor de Dios como el tema central, 177-178
elección para la gloria de Dios, 154-155
expresada en la creación, 94-95
hecha pública, 112-114
Gozo,
de Dios en esconderse, 322-323
de Jesús, 303-304, 319, 322
Gracia soberana,
de acuerdo con William Carey, 66-67
Gracia,
definición,20,223-224
centrada en Dios,9-10
no estamos preparados para ella por naturaleza, 324-325
poder, no solo perdón, 278-279
origen, 324-325
soberana, 66
Guerra,
la vida es una guerra, 257-259, 270-274

Hijo de Dios (ver Jesús)
Humildad, 243

Imagen de Dios,
en los que no creen, 291
Incredulidad,
Jesús lucha en contra de ella, 349
Incrédulos,
el trabajo honesto, 291-292
Infierno,
perspectiva de George MacDonald, 190
perspectiva de Madeleine L'Engle, 186-188
¿podemos ser felices a pesar de su existencia? 78-80
su justicia, 195
textos que muestran su eternidad, 192
Intelecto,
uso adecuado del, 325-326, 335-337
Intereses seculares de Dios, 289-291
Intimidad,
entre el Padre y el Hijo, 31-32
Investigación,
¿por qué buscarla? 325-326
Israel,
elección de, 140-142

Jactancia, 316-317
Jesús,
abandonado por el Padre pero amado 199-200
¿celoso de la creación? 91
co-creador con el Padre, 29-30, 94-96
combina atributos paradójicos, 27-29, 197 y sig.
como perfecto ideal del Padre, 43
¿cómo pudo Dios deleitarse en su muerte? 198-199
deidad, 34-36
el nombre de Dios, 220-221
engendrado, no hecho, 36-42
intimidad con el Padre, 31-32
lo que su muerte alcanzó, 186-187
¿quién mató a Jesús? 181-183
Justicia,
deleite de Dios en la justicia pública, 286-287
justicia de Dios (ver rectitud de Dios)
perspectiva de George MacDonald, 189-190
Justo,
no es lo mismo que perfecto, 244-245
por qué Dios se deleita en las oraciones de los justos, 245-246

La Gran Comisión,
no es un riesgo, 60-61
La muerte de Cristo,
cómo vindica a Dios y justifica al pecador, 186-187
La oración,
compañera con la meditación, 333
definición desde el punto de vista del catecismo, 231-232
el arma que blande el mundo, 232-235
en el nombre de Dios para difundir su fama, 251-254
expresa la confianza que glorifica a Dios, 245-246
llamado a la oración en tiempos de guerra, 260-264
oración evangélica materialista, 259
paciencia en la, 232
preparación para cada Pentecostés, 264
un walkie-talkie de tiempos de guerra, 257-259
y el dolor pueden hacer cualquier cosa, 257
y la elección, 247-249
Leer,
la necesidad de, 339
Libertad de Dios, 55-56
en elegir a Israel, 142-143
en la elección, 145-147
Llamamiento de Dios,
dos clases de llamados, 158 y sig.

Meditación en la Palabra, 338 y sig.
Mente,
cultivar la esfera de, 335, 337
entrenamiento riguroso de la, 335
Misericordia de Dios,
centrada en Dios, 115-117
fluye de su deleite en su nombre, 119-121
Misiones,
el objetivo es difundir la fama de Dios, 121-124
misioneros del tipo de Pablo, 124-127
misioneros del tipo de Timoteo, 124-127
no fracasará, 54-61
por qué los misioneros no llegaron antes, 68
pueblos no alcanzados, 125-130
segura en la elección, 172
soberanía de Dios sobre Satanás, 65-66

Nombre de Dios, 108
el significado de acuerdo con Oeheler, 108

Obediencia,
¿es la demanda de las buenas noticias? 274-277
la manera en que la fe la produce, 278, 280-283
por qué Dios se deleita en ella, 269-274

todos los deleites de Dios conducen allí, 294-295
Omnisciencia de Dios,
¿limitada? 58 y sig.
Operación Mundo, 69, 70, 127
Orgullo, 294, 316

Pasión,
por Dios, 13
Pecado,
opuesto a la gloria de Dios, 178
Perdón,
fluye del deleite de Dios en su fama, 119-121
Perfección,
justo pero no perfecto, 244-245
Plan del libro, 20-22, 45
Pragmatismo, 298
Propiciación,
definida, 184
Pueblos no alcanzados, 125-130
definición, 125-130
la respuesta de la iglesia, 126-129

Ranger Rick, 98, 101
Reconciliación,
Dios debe ser reconciliado con nosotros, 196
Rectitud,
su esencia, 44
definida en Dios, 183, 186
Reino de Dios,
a Dios le encanta dárnoslo, 353-354
Religión,
abominable, 239-241
Riesgo,
definición, 57
Dios, un arriesgado? 57-66
tomando riesgos por Cristo, 65-66

Sabiduría, 297 y sig., 314-315, 25
Salvación,
efectuada no solo ofrecida, 163
Santidad,
y la seguridad de salvación, 170-171
Santificación,
salvos por ella, 279-280
Satanás,
gobierno limitado del mundo, 73
Sentimientos,
relación con los pensamientos, 340
Soberanía de Dios, 55-56
y sufrimiento, 69-81
¿puede hacer algo tan pesado que él no pueda levantar? 58 y sig.
la extensión, 376 y sig.
en la conversión, 249-250
en mi iglesia, 80
en la muerte de mi madre, 80-81
textos acerca del propósito de Dios imposible de detener, 154-155
Sufrimiento,
¿Dios se deleita en él? 65-81
en mi iglesia, 80
la pérdida de la esposa y el hijo de John paton, 347-348
la tragedia de George Mueller, 206-207
oraciones y dolor, 256
pérdida de mi madre, 80-81

Temblor ante la Palabra de Dios, 243-244
Temor de Dios,
y confianza al mismo tiempo, 224-225
Teología, 300-301
Tiempo de los gentiles, 148-149
Trinidad,
descripción, 43,44,45

Universalismo,
perspectiva de George MacDonald, 191-194
perspectiva de Madeleine L'Engles, 187-189
resultado del arminianismo, 163
textos que muestran la eternidad del infierno, 192 y sig.

¿Vanidad de Dios? 43-45
Verdad,
fruto del estudio y don de Dios, 334
Voluntad de Dios,
que todos sean salvos, 390